SANTA HILDEGARDA DE BINGEN

Scivias (Conoce los caminos)

Scivias

SABBATISMUS

Santa Hildegarda de Bingen (1098–1179)
Scivias · Scivias (Conoce los caminos)

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

EL SCIVIAS DE SANTA HILDEGARDA, O LOS TRES LIBROS DE VISIONES Y REVELACIONES.

LIBRO PRIMERO.

PREFACIO.

He aquí que en el cuadragésimo tercer año de mi curso temporal, mientras me aferraba a una visión celestial con gran temor e intención temblorosa, vi un resplandor inmenso, en el cual se produjo una voz del cielo que me decía: Oh ser humano frágil, ceniza de la ceniza y podredumbre de la podredumbre, di y escribe lo que ves y oyes. Pero porque eres tímida para hablar, sencilla para exponer e indocta para escribir estas cosas, dilas y escríbelas no según la boca del hombre, ni según el entendimiento de la invención humana, ni según la voluntad de la composición humana, sino según lo que de ellas ves y oyes en las alturas celestiales, en las maravillas de Dios; sacándolas a la luz al explicarlas de tal modo como el oyente que, recibiendo las palabras de su maestro, las divulga según el tenor de aquel lenguaje, por su voluntad, indicación y mandato. Así pues, también tú, oh ser humano, di lo que ves y oyes: y escríbelo no según tú, ni según otro hombre, sino según la voluntad de Aquel que conoce, ve y dispone todas las cosas en los secretos de sus misterios. Y de nuevo oí una voz del cielo que me decía: Di, pues, estas maravillas, y escríbelas habiendo sido instruida de este modo, y di. Sucedió en el año mil ciento cuarenta y uno de la encarnación del Hijo de Dios Jesucristo, cuando yo

tenía cuarenta y dos años y siete meses, que una luz ígnea de grandísimo resplandor, viniendo del cielo abierto, infundió todo mi cerebro, e inflamó todo mi corazón y todo mi pecho como una llama, aunque no ardiente sino cálida, tal como el sol calienta algo sobre lo cual lanza sus rayos. Y de repente comprendí el sentido de la exposición de los libros, a saber, del Salterio, de los Evangelios y de otros volúmenes católicos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, aunque no conocía la interpretación de las palabras de su texto, ni la división de las sílabas, ni tenía conocimiento de los casos o de los tiempos. Mas el poder de los misterios, de las visiones secretas y admirables, lo había sentido en mí de modo maravilloso desde mi niñez, a saber, desde aquel tiempo en que tenía cinco años hasta el tiempo presente, tal como todavía lo siento: lo cual, sin embargo, no manifesté a ningún hombre, exceptuando a unos pocos y religiosos que vivían en la misma forma de vida que yo, sino que entre tanto, hasta aquel tiempo en que Dios por su gracia quiso que fuera manifestado, lo mantuve reprimido bajo un tranquilo silencio. En verdad las visiones que vi: no las percibí en sueños, ni durmiendo, ni en frenesí, ni con los ojos o oídos corporales del hombre exterior, ni en lugares ocultos, sino que las recibí estando despierta, mirando a mi alrededor con mente pura, con los ojos y oídos del hombre interior, en lugares abiertos según la voluntad de Dios. Cómo sea esto, es difícil de investigar para el hombre carnal. Pero pasado el límite de la niñez: habiendo llegado a la predicha edad de perfecta

fortaleza, oí una voz del cielo que decía: Yo soy la luz viviente, que ilumina lo oscuro; al hombre que quise, y a quien maravillosamente según me plugo sacudí, lo puse en grandes maravillas más allá de la medida de los antiguos hombres que vieron en mí muchos secretos; pero lo postré en tierra, para que no se erigiera en ninguna elación de su mente. Tampoco el mundo tuvo en él gozo, ni deleite, ni ejercicio en aquellas cosas que a él pertenecen, porque lo aparté de la audacia pertinaz, teniendo temor y temblando en sus trabajos. Pues él dolió en las médulas y en las venas de su carne: teniendo el ánimo y el sentido constreñidos, y sufriendo mucha pasión del cuerpo, de modo que en él no habitó seguridad alguna, sino que en todas sus causas se estimó culpable. Pues rodeé las ruinas de su corazón, para que su mente no se elevara por soberbia o por vanagloria, sino que más bien en todas estas cosas sintiera temor y dolor que gozo o petulancia. Por lo cual, en mi amor, escrutó en su alma dónde encontraría a aquel que corriera el camino de la salvación. Y encontró a uno y lo amó, reconociendo que era un hombre fiel y semejante a sí mismo en alguna parte de aquel trabajo que tiende hacia mí; y reteniéndolo, junto con él se esforzó en todas estas cosas por el celo celestial, para que mis milagros escondidos fueran revelados. Y el mismo hombre no se ensalzó sobre sí mismo, sino que hacia aquel a quien encontró, en la ascensión de la humildad y en la intención de la buena voluntad, se inclinó con muchos suspiros. Tú pues, oh ser humano, que recibes estas cosas no en la inquie-

tud del engaño, sino en la pureza de la sencillez, dirigidas a la manifestación de lo oculto, escribe lo que ves y oyes.

Pero yo, aunque veía y oía estas cosas, sin embargo, por la duda y la mala opinión, y por la diversidad de las palabras de los hombres, durante mucho tiempo me negué a escribir, no por pertinacia sino en el oficio de la humildad, hasta que, abatida por el azote de Dios, caí en el lecho de la enfermedad, de modo que finalmente, obligada por muchas flaquezas: por el testimonio de cierta joven noble y de buenas costumbres y de aquel hombre a quien secretamente (como se ha dicho antes) había buscado y encontrado, puse mi mano para escribir. Mientras hacía esto, sintiendo la alta profundidad de la exposición de los libros, como predije, y recuperando fuerzas, levantándome de mi enfermedad: llevé esta obra a su fin, consumándola apenas en diez años. En los días de Enrique, arzobispo de Maguncia, y de Conrado, rey de los Romanos, y de Cunón, abad en el monte del Bienaventurado Obispo Disibodo, bajo el papa Eugenio, ocurrieron estas visiones y palabras. Y dije y escribí estas cosas, no según la invención de mi corazón ni de hombre alguno, sino tal como las vi, oí y percibí en los cielos a través de los secretos misterios de Dios. Y de nuevo oí una voz del cielo que me decía: Clama, pues, y escribe así.

VISIÓN PRIMERA.

SUMARIO.---Sobre la fortaleza y estabilidad de la eternidad del reino de Dios. Sobre el temor

del Señor. Sobre aquellos que son pobres de espíritu. Que las virtudes que vienen de Dios custodian a quienes temen a Dios y son pobres de espíritu. Que al conocimiento de Dios no pueden ocultarse los esfuerzos de los actos de los hombres. Salomón sobre la misma materia.

Vi como un monte grande, que tenía color de hierro, y sobre él a alguien sentado de tan gran claridad, que su claridad embotaba mi vista, de quien a ambos lados de sí, se extendía una suave sombra como un ala de maravillosa latitud y longitud. Y ante él, a la raíz del mismo monte, estaba una cierta imagen llena de ojos por todas partes, cuya forma humana no podía distinguir por la multitud de ojos; y ante esta, otra imagen de edad pueril, vestida con túnica pálida pero calzada con calzado blanco, sobre cuya cabeza descendió tan gran claridad de aquel que estaba sentado sobre el monte, que no podía contemplar su rostro; pero de aquel mismo que estaba sentado sobre aquel monte salían muchas centellas vivientes, que volaban alrededor de las mismas imágenes con gran suavidad. En el monte mismo se divisaban como muchísimas ventanillas, en las cuales aparecieron como cabezas de hombres, unas pálidas y otras blancas. Y he aquí que el que estaba sentado sobre el monte clamaba con voz fortísima y penetrantísima, diciendo: Oh humano, frágil polvo del polvo de la tierra, y ceniza de la ceniza, clama y di sobre la entrada de la incorrupta salvación: para que sean instruidos aquellos que, viendo la médula de las Escrituras, no quieren decirla ni predicarla, porque son tibios y lerdos

para conservar la justicia de Dios, a quienes abre el cerrojo de los misterios: que ellos, temerosos, esconden sin fruto en un campo oculto. Por tanto, dilátate así en la fuente de la abundancia, y fluye así en la mística instrucción, para que sean sacudidos por la efusión de tu irrigación aquellos que quieren que seas despreciable a causa de la prevaricación de Eva. Pues tú no captas la agudeza de esta profundidad del hombre, sino que la recibes de lo alto del superno y tremendo Juez, donde esta serenidad brillará fuertemente con preclara luz entre los que lucen. Levántate, pues, clama y di: las cosas que se te manifiestan por la fortísima virtud del auxilio divino, porque aquel que impera potente y benignamente sobre toda su criatura, inunda con la claridad de la ilustración superna a quienes le temen y le sirven con suave amor en espíritu de humildad, y conduce a los gozos de la visión eterna a quienes perseveran en la vía de la justicia.

De donde también, como ves, este gran monte que tiene color de hierro designa la fortaleza y estabilidad de la eternidad del reino de Dios; la cual por ningún impulso de cambiante mutabilidad puede ser destruida, y sobre él alguien sentado de tan gran claridad, que su claridad embotaba tu vista: muestra en el reino de la bienaventuranza a aquel que, imperando sobre todo el orbe de las tierras en el fulgor de indeficiente serenidad con su superna divinidad, es incomprensible a las mentes humanas. Pero a ambos lados de sí se extiende una suave sombra como un ala de maravillosa latitud y longitud: la cual es, tanto en la

amonestación como en el castigo, la suave y lene protección de la bienaventurada defensa, demostrando justa y piadosamente la inefable justicia en la perseverancia de la verdadera equidad.

Y ante él a la raíz del mismo monte está una cierta imagen llena de ojos por todas partes, porque ante Dios, contemplando el reino de Dios en humildad, el Temor del Señor, circundado por la perspicuidad de la buena y justa intención, ejerce su empeño y estabilidad entre los hombres, de modo que no puedes discernir ninguna forma humana de ella ante los ojos mismos, puesto que rechaza todo olvido de la justicia de Dios que los hombres muy a menudo sienten en el tedio de su mente a través de la agudísima mirada de su inspección: de modo que la investigación mortal no escudriña su vigilancia en su debilidad.

De donde también ante esta aparece otra imagen de edad pueril, vestida con túnica pálida pero con calzado blanco, porque, precediendo el Temor del Señor, le siguen aquellos que son pobres de espíritu, puesto que el Temor del Señor en la devoción de la humildad sostiene fuertemente la bienaventuranza de la pobreza de espíritu; la cual no apetece la jactancia ni la elación del corazón, sino que ama la sencillez y la sobriedad de la mente, atribuyendo sus justas obras no a sí misma sino a Dios como en el palor de la sujeción, como el indumento de una túnica pálida, y siguiendo fielmente las cándidas huellas del Hijo de Dios. Sobre cuya cabeza desciende tan gran claridad de aquel que está sentado sobre el monte, que no puedes contemplar su rostro; porque

la serenidad de la visitación de aquel que laudablemente impera sobre toda criatura infunde tan gran potestad y fortaleza de su bienaventuranza que no puedes captar su copiosidad con mortal e infirma consideración, puesto que incluso aquel que tiene las riquezas celestiales se sujetó humildemente a la pobreza.

Pero que de aquel mismo que está sentado sobre el monte salen muchas centellas vivientes, que vuelan alrededor de aquellas mismas imágenes con gran suavidad: esto significa que del Dios omnipotente vienen diversas y fortísimas virtudes que fulgen en la divina claridad, las cuales, rodeando con su auxilio y custodia a aquellos que verdaderamente temen a Dios y que fielmente aman la pobreza de espíritu, los abrazan y acarician ardientemente. De donde también en el monte mismo se ven como muchísimas ventanillas, en las cuales aparecen como cabezas de hombres, unas pálidas y otras blancas; porque en la suma altitud, a la profundísima y perspicacísima cognición de Dios no pueden ocultarse ni esconderse los esfuerzos de los actos de los hombres, pues demuestran en sí mismos muy a menudo tanto tibieza como candor, porque a veces los hombres, fatigados en sus corazones y en sus hechos, dormitan en la contumelia: a veces despertados, vigilan en el honor, como Salomón testifica en mi voluntad, diciendo: Pobreza obró la mano remisa, pero la mano de los fuertes prepara las riquezas (Prov. X). Lo cual quiere decir que aquel hombre se hizo débil y pobre que no quiso obrar la justicia, ni destruir la iniquidad, ni

remitir la deuda, donde permaneció ocioso de las maravillosas obras de la bienaventuranza. Pero el que obra las fortísimas obras de la salvación: corriendo el camino de la verdad, alcanza la fuente de la gloria que brota, en la cual se prepara las preciosísimas riquezas en la tierra y en el cielo. De donde quienquiera que tenga ciencia en el Espíritu Santo y alas en la fe, no transgreda mi amonestación, sino que la perciba abrazándola en el gusto de su alma.

VISIÓN SEGUNDA.

SUMARIO.---Que los bienaventurados ángeles, sin ser aterrados por ningún impulso de injusticia, no son apartados del amor y la alabanza de Dios. Que Lucifer, considerando la hermosura y la fuerza de su fortaleza, se ensoberbeció, y por ello con los que le consintieron fue expulsado de la gloria celestial. Que Dios sería injusto si no lo hubiese derribado. Palabras de Job sobre la misma materia. Del infierno que en su voracidad retiene la sumersión de las almas. Que en la derrota del diablo, fue hecho el infierno. Que la gehenna sale al encuentro de los impenitentes; para los que han de ser purgados, otros tormentos están dispuestos. Palabras de Ezequiel sobre la misma materia. Del fraude diabólico que engañó al primer hombre a través de la serpiente. Que el diablo no supo que aquel árbol estaba prohibido sino por la respuesta de Eva. Qué cosas se han de mantener y qué cosas se han de evitar en el matrimonio. Palabras del apóstol sobre la misma materia. Por qué antes de la encarnación

del Señor, algunos tuvieron múltiples esposas. Por qué ni el hombre ni el ángel pudieron liberar al hombre, sino solo el Hijo de Dios. Palabras de la Sabiduría sobre la misma materia. Que los consanguíneos no se unan en matrimonio. Ejemplo sobre la leche. Por qué en el Antiguo Testamento se concedió el matrimonio entre consanguíneos: en el Nuevo está prohibido. Que el varón no tome esposa sino en edad fuerte, y solo una en edad núbil. Sobre evitar la polución ilícita y libidinosa. Por qué la mujer después del parto, o corrompida por un varón, debe permanecer oculta y abstenerse de entrar al templo. Los que se contaminan en la unión con una embarazada son homicidas. Oseas sobre la misma materia. Sobre la recomendación de la castidad. Juan sobre la misma materia. Que, expulsado Adán, Dios fortificó el paraíso. Que porque el hombre se mostró rebelde a Dios, la criatura antes sometida a él se le opuso. Sobre la amenidad del paraíso, que otorga jugo y fuerza a la tierra como el alma al cuerpo. Por qué Dios hizo al hombre tal que pudiera pecar. Que el hombre no debe escrutar las cosas más altas, pues ni siquiera puede examinar las más bajas. Que el hombre ahora brilla con más claridad que antes en el cielo. Semejanza del huerto, la oveja y la perla aplicada al hombre. Sobre la recomendación de la humildad y la caridad, que brillan más que las demás virtudes.

Entonces vi como una grandísima multitud de lámparas vivientes, que tenían mucha claridad; las cuales, recibiendo un resplandor ígneo, alcanzaron un esplendor serenísimo. Y he aquí que

apareció un lago de gran latitud y profundidad, que tenía una boca como la boca de un pozo y vomitaba un humo ígneo con mucho hedor, del cual exhalaba también una niebla muy tétrica que llegaba hasta un fin casi imperceptible a la vista, y en una cierta región clara sopló sobre una nube blanca que había salido de una hermosa forma humana que contenía en sí muchísimas estrellas, y expulsó a aquella nube y a esa misma forma humana de aquella región. Hecho esto, un esplendor lucidísimo rodeó aquella región, y así todos los elementos del mundo, que antes habían permanecido en gran quietud, convertidos en una inquietud máxima, mostraron horribles terrores.

Y de nuevo oí a aquel que antes me había hablado, diciendo: Los que siguen a Dios con fiel devoción, y arden con digno amor en su dilección, no son apartados de la gloria de la bienaventuranza suprema por ningún impulso de injusticia aterrorizados, mientras que aquellos que atienden a Dios fingidamente: no solo no son promovidos a cosas mayores, sino que incluso son arrojados, por un justo examen, de aquellas cosas que falazmente piensan poseer. Lo cual también muestra esta grandísima multitud de lámparas vivientes, que tienen mucha claridad: la cual es el numerosísimo ejército de los espíritus celestiales que brillan en la vida bienaventurada, y que existen en mucho decoro y ornato, puesto que cuando fueron creados por Dios: no se entregaron a la soberbia elación, sino que persistieron fuertemente en el amor divino. Pues ellos mis-

mos, recibiendo un resplandor ígneo, alcanzaron así un esplendor serenísimo, porque cuando Lucifer con los suyos intentó rebelarse contra el Creador supremo, estos, teniendo el celo de Dios en la caída de aquel y de los que le consentían, se vistieron con la vigilancia de la dilección divina, mientras que aquellos incurrieron en la ceguera de la ignorancia por la cual no quisieron conocer a Dios. ¿Cómo? En la caída del diablo, en aquellos espíritus angélicos que perseveraron con Dios en la rectitud, surgió la máxima alabanza, porque, iluminados en su visión, reconocieron perspicazmente que Dios permanece inamovible en su poder, sin mudanza alguna de ninguna mutabilidad, de modo que por ningún guerrero podrá ser vencido. Y así, enfervorizados en su amor y perseverando en la rectitud, despreciaron toda morada de injusticia.

Pero Lucifer, que por su soberbia fue arrojado de la gloria celestial, en el inicio de su creación fue tal y tan grande que no sintió defecto alguno ni en su decoro ni en su fortaleza. Por lo cual, al inspeccionar su decoro y al considerar en sí mismo la fuerza de su fortaleza, encontró la soberbia, la cual le prometió que podría comenzar lo que quisiera, porque podría perfeccionar lo que hubiera comenzado. Y viendo el lugar donde pensó que podría colocarse, queriendo mostrar allí su decoro y fortaleza, decía así en sí mismo: Quiero brillar allí, tal como este aquí. A lo cual todo su ejército dio su asentimiento, diciendo: Lo que tú quieres, eso también lo queremos nosotros. Y cuando, elevado en soberbia, quiso perfeccionar aquello

que había pensado, el celo del Señor, extendiéndose en una negregura ígnea, lo arrojó con todo su séquito, de modo que ellos se volvieron opacos frente a la serenidad que habían tenido.

¿Qué es esto? Porque si Dios no hubiera abatido la presunción de ellos, sería injusto, pues fomentaría a aquellos que querían dividir la integridad de la divinidad; pero los arrojó y redujo su impiedad a la nada, como también aparta de la vista de su claridad a todos los que intentan oponérsele, como muestra mi siervo Job, diciendo: La lámpara de los impíos se apagará, y les sobrevendrá una inundación, y repartirá los dolores de su furor. Serán como paja ante la faz del viento, y como ceniza que el torbellino dispersa (Job 21). Lo cual se dice, la gloria de la maldad soberbia por la falsa prosperidad, como si fuera una luz de honor que procede en la voluntad de la carne de aquellos que no temen a Dios (sino que lo desprecian en su perversa impiedad, despreciando saber que nadie puede impugnarlo, queriendo abrasar en el fuego de su ferocidad todo lo que se les oponga): esta, en la hora de la venganza de Dios, es conculcada como tierra, y por el juicio supremo caerá sobre esos mismos impíos el rechazo de la indignación de todas las cosas que están bajo el cielo, de modo que serán molestos tanto para Dios como para los hombres. Por lo cual, como Dios no les permite tener lo que quieren, por eso, macerados por el dolor en todas partes, se enfurecen entre los hombres por la rabia de su locura, pues arden por poseer esto que Dios no les permite tragar. Y cuando de este modo se alejan

de Dios, son comparados solo con cosas inútiles, de modo que no querrían hacer nada bueno ni en Dios ni en los hombres, desgajados del grano de la vida en el ojo previsor de la inspección de Dios. Por lo cual también son entregados a tal contrición los que se disipan en el tibio sabor del inicuo rumor, ya que no reciben la lluvia sobreviniente del Espíritu Santo.

Pero aquel lago de gran latitud y profundidad que se te aparece, es el infierno, que contiene en sí, como ves, la latitud de los vicios y la profundidad de las perdiciones; que tiene también una boca como la boca de un pozo, y emite un humo ígneo con mucho hedor. Porque, conteniendo en su voracidad la sumersión de las almas, mientras les muestra suavidad y dulzura, las conduce por un engaño perverso a la perversión de los tormentos, donde arde el fuego con una tétrica sufusión de humo y emana con un hirviente hedor mortífero. Pues estos atroces tormentos fueron preparados para el diablo y para los que le siguen (que se apartan del sumo bien, ni se cuidaron de conocerlo o entenderlo); por lo cual también fueron arrojados de todo bien, no porque no lo conocieran, sino porque lo despreciaron con gran soberbia.

¿Qué es esto? En el abatimiento del diablo, fueron puestas estas tinieblas exteriores, que tienen en sí todo género de penas; porque estos espíritus malignos, contra la gloria que les fue preparada, recibieron la miseria de diversas penas, y contra la claridad que tuvieron se vistieron de densísimas tinieblas.

¿Cómo? Cuando el ángel soberbio se elevó como una serpiente, recibió la cárcel del infierno, porque no pudo ser que nadie prevaleciera contra Dios. Y así como no sería conveniente que en un solo pecho hubiera dos corazones, así tampoco en el cielo debieron ser dos dioses. Pero como el mismo diablo con los suyos arrebató una soberbia presunción, por eso encontró el lago de la perdición preparado para él. Así también aquellos hombres que los imitan en sus actos, se hacen partícipes de sus penas según sus méritos.

Pero hay algunas almas que, teniendo un cúmulo de condenación, son proyectadas fuera del conocimiento de Dios; y por eso tendrán penas infernales sin el consuelo de la liberación. Otras, en cambio, no existiendo en el olvido de Dios, sino recibiendo en los exámenes superiores la purga de sus pecados en los que cayeron, finalmente sienten la absolución de sus vínculos, llegando rescatadas al descanso.

¿Qué es esto? La Gehena está al encuentro de aquellos que tienen a Dios en el olvido de su corazón sin penitencia; pero los demás tormentos son para aquellos que, aunque hagan malas obras, sin embargo no perseveran en ellas hasta el fin, sino que finalmente vuelven la mirada a Dios en sus gemidos. Por lo cual los fieles huyan del diablo y amen a Dios, rechazando las malas obras y cumpliendo las buenas con el decoro de la penitencia, como exhorta mi siervo Ezequiel inspirado por mí, diciendo: Convertíos y haced penitencia por todas vuestras iniquidades, y la iniquidad no será vuestra ruina (Ezeq. 18).

Lo cual se dice: Oh vosotros, hombres que hasta ahora habéis yacido en pecados: recordad vuestro nombre cristiano, convirtiéndoos al camino de la salvación, y haced otras obras en la fuente de la penitencia, vosotros que antes hicisteis muchos crímenes en muchos vicios, y así, surgiendo de vuestra mala costumbre: no os deprimirá hacia la ruina de la muerte aquella iniquidad en la que os manchasteis, porque la rechazasteis en el día de vuestra salvación. Por lo cual también de este modo el gozo de los ángeles será sobre vosotros, porque os apartasteis del diablo y corristeis hacia Dios, conociéndolo así mejor en las buenas acciones de lo que antes lo conocíais cuando estabais en la burla del antiguo seductor.

Pero en cuanto a esa niebla tétrica que exhala del mismo lago y que llega hasta un fin casi imperceptible a la vista: esto es que de la profundísima perdición, el fraude diabólico, emanando como una serpiente virulenta que contiene en sí la maldad de la intención fraudulenta para engañar, invadió latente al hombre.

¿Cómo? Porque cuando el diablo vio al hombre en el paraíso, exclamó con gran indignación, diciendo: Oh, ¿quién me seguirá en la mansión de la verdadera bienaventuranza? Y así sabía en sí mismo que aún no había completado en otra criatura la malicia que tenía en sí, pero viendo a Adán y a Eva viviendo con inocencia infantil en el huerto de las delicias, con gran astucia se elevó para engañarlos por medio de la serpiente.

¿Por qué? Porque comprendió que la serpiente se le asemejaba más que cualquier otro animal; se esforzó para que en la dolo de ella pudiera perfeccionar ocultamente lo que en su propia forma no podía completar abiertamente. Por lo cual, cuando vio a Adán y a Eva apartarse del árbol que les estaba prohibido en alma y cuerpo, comprendió en sí mismo que tenían allí un precepto divino, y que en la primera obra que comenzaran, los derribaría muy fácilmente. Pues no sabía que aquel árbol estaba prohibido, sino que reconoció esto según la prueba de su interrogación dolosa y según las respuestas de ellos.

Por lo cual, en esa misma región clara, sopló a través de la niebla tétrica sobre la nube blanca (que había salido de la hermosa forma del hombre conteniendo en sí muchísimas estrellas), porque en ese mismo lugar de amenidad el diablo invadió a Eva, que tenía un ánimo inocente (la cual había sido tomada del inocente Adán, llevando en su cuerpo toda la multitud del género humano que brilla en la preordinación de Dios), a través de la seducción de la serpiente para su abatimiento.

¿Por qué esto? Porque sabía que la blandura de la mujer sería vencida más fácilmente que la fortaleza del hombre; viendo también que Adán ardía tan vehementemente en el amor de Eva, que si él mismo vencía a Eva, cualquier cosa que ella dijera a Adán, Adán la cumpliría. Por lo cual también el diablo expulsó a ella y a la forma del hombre de aquella región, pues el mismo antiguo seductor, expulsando a Eva y a Adán de la sede de

la bienaventuranza con su engaño, los empujó a las tinieblas de la subversión.

¿Cómo? A saber, sedujo primero a Eva, para que ella halagara a Adán para que le diera su asentimiento, porque ella pudo conducir a Adán a la desobediencia más rápidamente que cualquier otra criatura, ya que había sido hecha de su costilla. Por lo cual la mujer derriba al hombre más rápidamente, cuando él, no aborreciéndola, asume fácilmente sus palabras.

En verdad, no a un niño sino a un hombre perfecto, a saber, a Adán, le fue dada una mujer perfecta, así también ahora, cuando el hombre en edad perfecta es fértil, se le debe unir una mujer perfecta, como cuando un árbol comienza a emitir flores, se le debe aplicar el debido cultivo.

Pues de la costilla con el calor y el humor de Adán implantados, fue formada Eva, y por eso ahora, de la fortaleza del hombre y del semen recibido por su calor, la mujer intenta producir la prole en el mundo, pues el hombre existe como sembrador, pero la mujer es la receptora del semen, por lo cual también la mujer permanece bajo la potestad del hombre, ya que como es la dureza de la piedra respecto a la ternura de la tierra, así también es la fortaleza del hombre respecto a la blandura de la mujer.

Que la primera mujer fuera formada del hombre, esto es la unión del desposorio de la mujer con el hombre.

Y esto debe entenderse así. Esta unión no debe ejercerse vanamente ni en el olvido de Dios, porque quien tomó a la mujer del hombre, insti-

tuyó esta unión bien y honestamente, a saber, formando carne de la carne.

Por lo cual, como Adán y Eva existieron como una sola carne; así también ahora el hombre y la mujer se hacen una sola carne en la unión de la caridad para multiplicar el género humano. Y por eso la caridad perfecta debe estar en estos dos, tal como también en aquellos primeros. Pues Adán podría culpar a su mujer porque por el consejo de ella le trajo la muerte, pero sin embargo no la despidió mientras vivió en este siglo, porque reconoció que ella le había sido dada por la potencia divina.

Por lo cual, por la caridad perfecta, no deje el hombre a su mujer, a no ser por aquella causa razonable que la fiel Iglesia le proponga.

Ni se haga en ellos división alguna: a no ser que ambos, con una sola mente, quieran mirar hacia mi Hijo, diciendo así en el ardiente amor de este: Queremos dejar el mundo y seguir a aquel que padeció por nosotros.

Pero si estos dos disienten en una sola devoción para dejar el mundo, entonces no se separen en absoluto el uno del otro, porque como la sangre no puede separarse de la carne mientras el espíritu permanece en ella, así ni el marido ni la mujer se dividan el uno del otro, sino que caminen juntos en una sola voluntad.

Pero si allí hay prevaricación de la ley por fornicación, sea en el hombre o en la mujer, entonces, publicados sea por ellos mismos o por sus sacerdotes, sufrirán la censura del magisterio espiritual según lo que es justo.

El marido además se quejará de la mujer y la mujer del marido ante la Iglesia y sus prelados por la transgresión de su unión según la justicia de Dios: no sin embargo de modo que el marido o la mujer busquen otro vínculo, sino que ellos o permanecerán juntos en la rectitud de la unión, o se abstendrán juntos de tal unión, según lo que se les muestra por la disciplina de la institución eclesiástica, ni se despedazarán con laceración viperina, sino que se amarán con pura dilección, ya que tanto el hombre como la mujer no pueden existir a no ser procreados por este acoplamiento, tal como mi amigo Pablo atestigua, diciendo: Como la mujer es del hombre, así también el hombre por la mujer: pero todo de Dios (1 Cor. 11).

Lo cual se dice: La mujer fue creada por causa del hombre, y el hombre fue hecho por causa de la mujer; porque como ella es del hombre, así también el hombre es de ella, para que el uno no se aparte del otro en la unidad de sus hijos, porque en una sola obra, obran una sola cosa, tal como el aire y el viento complican sus obras entre sí.

¿Cómo? El aire es movido por el viento, y el viento se implica con el aire, de modo que en su circuito todas las cosas verdes les están sujetas.

¿Qué es esto? La mujer coopera con el hombre y el hombre con la mujer en la obra de los hijos, por lo cual los mayores crímenes están allí, donde la fornicación en los días de la creación de los hijos hace una división, porque el hombre y la mujer cortan allí su propia sangre del fundamento de su lugar, arrojándola a un lugar ajeno. A estos ciertamente se les dejará el fraude del

diablo y la ira de Dios; porque prevaricaron contra aquel pacto que Dios les constituyó. Por lo cual, ¡ay de ellos!, cuando no se les perdonen sus pecados.

Pero aunque el hombre y la mujer cooperen entre sí en sus hijos, como se ha mostrado, sin embargo todas las cosas, a saber, tanto el hombre como la mujer y las demás criaturas, son por disposición y ordenación divina, porque Dios las hizo según su voluntad.

Antes de la encarnación de mi Hijo, algunos entre el antiguo pueblo tenían muchas esposas al mismo tiempo según su voluntad; porque aún no habían oído la prohibición de una demostración abierta desde allí, la cual mi Hijo mostró al venir al mundo por el orden más recto de esta unión en marido y mujer mientras respirasen en esta vida, según la unión de Adán y Eva divulgada. Pues esta unión debe ejercerse no según la voluntad del hombre, sino según el temor de Dios; porque es mejor tener un matrimonio (conjugium) recto según la disposición de la discreción eclesiástica que desear la fornicación (fornicatio), aunque ustedes, los humanos, descuidando esto, ejercen su lujuria no solo según los hombres sino también según las bestias.

Haya fe recta y puro amor del conocimiento de Dios entre marido y mujer, para que, estando su simiente contaminada por el arte diabólico, la venganza divina no los hiera cuando se despedazan mutuamente mordiéndose, y cuando siembran sus simientes inhumanamente según la petulancia de las bestias. Por lo cual, cuando la

envidia los atormenta al modo de una víbora, y cuando hay en ellos una manchada superfluidad de su simiente sin temor de Dios y sin disciplina humana; frecuentemente, para el castigo de esta su perversidad, por el recto juicio de Dios, los que nacen de ellos se ven privados de contrariedad en sus miembros y son derribados de la prosperidad de su vida, a menos que, recibiendo su penitencia, me muestre aplacable con ellos.

Pues quienes me invoquen en la penitencia de sus pecados, recibiré su penitencia por amor de mi Hijo; ya que quien levante su dedo hacia mí arrepintiéndose, es decir, quien extienda el gemido de su corazón hacia mí en penitencia, diciendo: "Pequé, Señor, ante ti"; mi Hijo me muestra esa penitencia, Él que es el Sacerdote de los sacerdotes, porque la penitencia que se ofrece a los sacerdotes en el amor de mi Hijo concede la purificación de los pecados a quienes la hacen. Por lo cual, haciendo dignamente su penitencia, los hombres salen de la mandíbula del diablo, puesto que aquel, queriendo tragar el anzuelo del poder divino, fue fuertemente herido por él; donde también ahora las almas fieles, pasando de la perdición, llegan a la salvación. ¿Cómo? Porque los sacerdotes, siendo invocadores de mi nombre en el altar, recibirán la confesión de los pueblos, donde les mostrarán el remedio de la salvación.

Por tanto, para que tengan a Dios aplacable, no contaminen su simiente en la diversidad de los vicios, porque quienes arrojan su simiente en fornicación o en adulterio vuelven más negligentes a sus hijos que nacen de este modo de ellos.

¿Cómo? ¿Acaso quien mezcla lodo o estiércol con arcilla pura hace una vasija estable? Así, ¿quien contamina su simiente en fornicación o adulterio engendra hijos de fortaleza?

Pero muchos de ellos trabajan en la diversidad de sus costumbres y de sus médulas; pero muchos de ellos se vuelven prudentes tanto para el mundo como para Dios. Y con estos se llena la Jerusalén celestial, cuando ellos, abandonando los vicios y amando las virtudes, imitan a mi Hijo en la castidad y en grandes trabajos, llevando su martirio en su cuerpo según su pasibilidad.

Pero donde no quiero que nazcan infantes del hombre, allí quito las fuerzas viriles de la simiente, para que no se coagule en el vientre de la madre; como también niego las fuerzas fructíferas de la tierra donde quiero hacer esto por mi justo juicio.

Pero, ¿por qué te maravillas, oh hombre, de que permita que nazcan infantes en adulterios y en otros crímenes de esta clase? Mi juicio es justo. Pues desde la caída de Adán no he hallado en la simiente humana la justicia que debía haber en ella, donde el diablo la había ahuyentado en el gusto de la manzana; por eso envié a mi Hijo al mundo, nacido de una virgen sin pecado alguno, para que en su sangre, en la cual no había contaminación alguna de la carne, quitara al diablo aquellos despojos que había arrebatado en el hombre.

Pues ni el hombre concebido en pecado, ni el ángel que no tiene cobertura de carne, pudo arrebatar al hombre que yacía en los pecados y

trabajaba bajo la pesadez corporal del poder diabólico, excepto Aquel que, viniendo sin pecado y teniendo un cuerpo limpio sin pecado, lo liberó por su pasión. Por lo cual, aunque los hombres nazcan en pecados, sin embargo los reúno en el reino superior cuando lo buscan fielmente.

Pues ninguna perversidad puede apartar de mí a mis elegidos, donde la Sabiduría testifica, diciendo: "Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no los tocará el tormento de la muerte" (Sab. 3, 1). Lo que se dice: Las almas de aquellos que abrazan el camino de la rectitud están con devoto afecto en las obras del auxiliador superior; de modo que, por las buenas obras con las que atienden al cielo en la altura de la justicia, no los quebrante el tormento de la perdición, porque la verdadera luz los alimenta en el temor y en el amor de Dios.

Pero después de que Adán y Eva fueron expulsados del lugar de la amenidad, conocieron en sí mismos la obra de concebir y parir hijos, y así cayendo de su desobediencia en la muerte, concibieron la dulzura del pecado, cuando conocieron que podían pecar. Pero ellos, volviendo de este modo mi recta constitución en la lujuria del pecado —cuando debían haber conocido la conmoción de sus venas no en la dulzura del pecado, sino en el amor de los hijos— la entregaron a la lujuria por sugerencia diabólica, porque, perdiendo la inocencia de su generación, la enviaron al pecado.

Por lo cual, ya que esto no se llevó a cabo sin la persuasión diabólica, por eso también el mismo

diablo envió sus dardos a esta obra, para que no se perfeccione sin su sugerencia, cuando dijo: "Mi fortaleza está en la concepción de los hombres, por tanto el hombre es mío". Y viendo que el hombre debía ser partícipe de sus penas, porque le había consentido, de nuevo decía en sí mismo: "Para el Dios fortísimo todas las iniquidades son contrarias, puesto que no es del todo injusto". Y este mismo engañador puso en su corazón un sello máximo, a saber, que el hombre que le había consentido espontáneamente no podía serle arrebatado.

Por lo cual hubo en mí un consejo secreto de enviar a mi Hijo para la redención de los hombres, a fin de que el hombre fuera devuelto a la Jerusalén celestial. Y ninguna iniquidad pudo resistir a este consejo, cuando mi Hijo, viniendo al mundo, reunió consigo a todos los que querían oírle e imitarle abandonando los pecados.

Pues yo soy justo y recto, no queriendo iniquidad alguna, la cual tú, oh hombre, abrazas cuando conoces que puedes hacer el mal. Pues Lucifer y el hombre, en el inicio de su creación, intentaron rebelarse contra mí, y no pudieron mantenerse; cayendo del bien y eligiendo el mal. Lucifer ciertamente comprendió todo el mal y rechazó todo bien, ni lo probó en absoluto sino que cayó en la muerte. Adán verdaderamente probó el bien cuando recibió la obediencia; pero codició el mal, y en su concupiscencia lo perfeccionó, cuando resultó desobediente a Dios.

Por qué se haya hecho esto no debe ser investigado por ti, oh hombre, ni puede el hombre

mortal saber qué hubo antes de la constitución del mundo, o qué habrá después del último día; sino que solo Dios sabe estas cosas, excepto cuanto Dios permite que sus elegidos las sepan.

Pero también aquella fornicación (fornicatio) que se hace común a los hombres es abominable ante mí, porque desde el principio constituí al varón y a la mujer en la honestidad y no en la torpeza. Por lo cual aquellos hipócritas que dicen que les es lícito fornicar según el apetito de las bestias con quien quieran, son indignos de mis ojos, ya que, despreciando el honor y la altura de su racionalidad, miran hacia las bestias y se hacen semejantes a ellas; ¡ay de aquellos que, viviendo así, perseveran en esta torpeza!

Ni tampoco quiero que el conocimiento de la sangre se mezcle en el matrimonio, donde el ardor del amor en la consanguinidad aún no se ha atenuado; para que no surja allí un amor impúdico en el recuerdo de la consanguinidad, sino que se encuentre la sangre de una estirpe ajena: la cual ya no sienta arder en sí ningún conocimiento de consanguinidad, a fin de que la disciplina humana esté en su obra. Porque la leche cocida una o dos veces no pierde su sabor, pero cuando se coagula y se cuece por séptima u octava vez, perdiendo sus fuerzas, ya no tiene un sabor deleitable sino por necesidad. Y así como no debe conocerse el conocimiento de consanguinidad en la propia cónyuge, así también debe ser aborrecido el conocimiento de consanguinidad del cónyuge anterior en una unión ajena; ni se una el hombre a tal clase de unión, tal como la Iglesia (Ecclesia)

prohíbe a través de sus doctores, quienes la establecieron con mucha solicitud y honor.

El hecho de que en el Antiguo Testamento los hombres se unieran en la consanguinidad de su sangre por precepto de la ley se hizo por la dureza de ellos, para que tuvieran paz unos con otros, y para que hubiera en ellos una caridad tan firme: no fuera que, mezclándose con la unión dividida de los gentiles, infringieran mi pacto, hasta que llegó aquel tiempo en el que mi Hijo, trayendo la plenitud de la caridad, trasladó la unión de la consanguinidad de la cópula carnal a una progenie ajena con la vergüenza del pudor. Por lo cual, ya que la esposa de ese mismo Hijo mío ha recibido ahora el vínculo de mi temor y la recta justicia en el santo bautismo, por lo tanto también esa unión de consanguinidad esté ahora lejos de ella, porque la fornicación sin pudor y sin moderación de la lujuria en los abrazos del hombre y la mujer se encendería más en la sangre conocida que en la ajena para una obra torpe. Pues yo declaro esta obra a través de este ser humano: para quien es desconocida en el hombre, y que recibió este discurso no del hombre sino del conocimiento de Dios.

¿Pero qué ahora? Cuando el varón está en la edad fuerte, de modo que sus venas están llenas de sangre, entonces es fértil en su simiente; entonces tome a una mujer en los desposorios de la institución legítima, la cual, estando también en edad ferviente, reciba su simiente con pudor y le engendre prole en el camino de la rectitud. Pero el hombre, antes de los años de su fortaleza,

no arroje su simiente en la superfluidad de la lujuria, porque esto es una prueba de pecado por sugerencia del diablo, si intentara sembrar su simiente en la concupiscencia de la lujuria antes de que la misma simiente pueda tener una recta coagulación en el calor ferviente.

Y cuando el hombre ya es muy fuerte en la obra de la generación, no ejerza entonces sus fuerzas según lo que puede en ese tiempo, porque si entonces mira hacia el diablo, realiza una obra diabólica, haciendo también su cuerpo despreciable, lo cual es del todo ilícito. El hombre, sin embargo, según lo que la naturaleza humana le enseña, busque el camino recto en su esposa en la fortaleza del calor y en la abundancia de su simiente; y haga esto con disciplina humana por el afán de los hijos. Pero no quiero que se realice la misma obra en la separación de la mujer cuando ya padece el flujo de su sangre: que es la apertura de los miembros ocultos de su útero, no sea que el flujo de su sangre derrame la simiente madura recibida, y así la simiente derramada perezca; pues entonces la mujer se ve a sí misma puesta en el dolor y en una prisión: tocando, a saber, una porción del dolor de su parto. Pero no condeno este tiempo de dolor en la mujer; pues se lo di a Eva (Eva) cuando concibió el pecado en el gusto de la manzana, por lo cual también la mujer en este tiempo debe ser aliviada con un gran subsidio de misericordia; ella, sin embargo, se contenga en el secreto de la disciplina; pero no de tal modo que se prohíba la salida de mi templo, sino que entre

en él por fiel permiso en el oficio de la humildad para su salvación.

Puesto que, sin embargo, la esposa del Hijo de Dios es siempre íntegra, el hombre con heridas abiertas —si la integridad de sus miembros fue dividida por el contacto de una percusión— no entrará en mi templo sino con temor de gran necesidad, para que no se vea como su hermano Caín rompió cruelmente los miembros íntegros de Abel, que fue templo de Dios. Pero también la mujer, cuando haya parido prole, rotos sus miembros ocultos, no entre en mi templo sino según la ley dada por mí a ella; a fin de que los santos sacramentos de mi mismo templo sean inviolables de toda contaminación y dolor de hombre y mujer, porque una virgen purísima engendró a mi Hijo: la cual fue íntegra sin ninguna herida de pecado. Pues el lugar que está consagrado en honor de mi Unigénito debe estar íntegro de toda corrupción de lividez y herida, ya que mi mismo Unigénito conoció en sí mismo la integridad del parto virginal; por lo cual también la mujer que corrompió la integridad de su virginidad con un hombre, se contenga del ingreso a mi templo en la lividez de su llaga por la cual fue corrompida, hasta que la plaga de su herida sea sanada, según lo que la disciplina eclesiástica le demuestra con toda certeza sobre la misma causa. Pues cuando su esposa fue unida a mi Hijo en el madero de la cruz, ella, hasta que mi Hijo mandó a sus discípulos que diseminaran la verdad del Evangelio por todo el mundo, se contuvo en secreto, y luego surgió abiertamente

y predicó públicamente la gloria de su esposo en la generación del espíritu y del agua. Así también haga la virgen que se une al hombre, a saber, con púdico pudor, hasta aquel tiempo que la censura eclesiástica le propone; permanezca en secreto, y realizado esto, trasladándose de su ocultamiento al amor de su esposo, proceda abiertamente.

Tampoco quiero que se realice la mencionada obra del hombre y la mujer cuando ya la raíz del infante está puesta en la mujer, no sea que la coagulación del infante se contamine con una simiente superflua y perdida hasta la purificación de su parto; lo cual, de nuevo, no se prohíbe que se haga por el amor de los hijos en rectitud y no en petulancia. Así el género humano está puesto para proceder en su procreación en la honestidad de la disciplina humana: y no como clama la vana palabrería de los hombres necios que dicen que les es lícito ejercer su lujuria según su voluntad, diciendo: "¿Cómo podemos contenernos tan inhumanamente?".

Oh hombre, si miras al diablo, él mismo te excita a todo mal y te mata con su veneno mortífero; pero si levantas tus ojos a Dios, Él mismo te ofrece ayuda y te hace casto. ¿Acaso en tu obra no deseas la lujuria más que la castidad? La mujer está sujeta al hombre para que él siembre en ella su simiente, así como también trabaja la tierra para que produzca fruto. ¿Acaso el hombre trabaja la tierra para que engendre espinas y abrojos? De ninguna manera, sino para que dé un fruto digno. Así también este afán del hombre debe estar en

el amor de los hijos y no en la petulancia de la lujuria.

Por tanto, oh hombres, lloren y aúllen a su Dios a quien tan frecuentemente desprecian en sus pecados, cuando en la peor fornicación (fornicatio) arrojan su simiente; resultando allí no solo fornicadores, sino incluso homicidas, porque desechan el respeto a Dios y completan su lujuria según su voluntad. Por lo cual también el diablo siempre los persigue en esta obra, sabiendo que desean más su concupiscencia que lo que miran el gozo de los hijos. Escuchen, pues, los que están en las torres de la Iglesia (Ecclesia). En su fornicación no me acusen, sino mírense a sí mismos; puesto que, cuando corren al diablo despreciándome, hacen obras ilícitas, y por eso no quieren ser castos, como habla mi siervo Oseas sobre el pueblo contaminado, diciendo: "No darán sus pensamientos para volver a su Dios, porque el espíritu de fornicación está en medio de ellos, y no conocieron a Dios" (Os. 5, 4). Lo que se dice: Los hombres malignos, no conociendo a Dios, esconden la faz de su corazón, no volviéndola en las diversas involuciones de su maquinación para que regresen a la verdadera claridad, a saber, no discerniendo con ojo perspicaz las cosas que son de Dios, sino que nutren el mal en sí mismos; puesto que el soplo de la petulante inmundicia por sugerencia diabólica debilita la fortaleza viril que deberían tener en sí mismos, no permitiéndoles poner su buena conciencia en Dios, cuando el adversario los aparta de la vida de felicidad.

Pero ahora me volveré a mis ovejas amadísimas que están plantadas en mi corazón, siendo la simiente de la castidad; pues la virginidad fue plantada por mí, porque también mi Hijo nació de una virgen. Y por eso la virginidad es la manzana más hermosa entre todas las manzanas de los valles, y una gran persona entre todas las personas que están en el palacio del Rey que no desfallece, puesto que ella misma no está sujeta al precepto de la ley, porque dio a mi Unigénito al mundo. Por lo cual escuchen los que quieren seguir al Hijo de Dios en la inocencia de la castidad libre y en la separación de la viudez doliente; puesto que más noble es la virginidad no contaminada desde el principio que la viudez oprimida por el yugo varonil, cuando sin embargo, después de su dolor en el que perdió a su marido, sigue a la virginidad. Pues mi Hijo soportó muchísimos dolores en su cuerpo y sufrió la muerte de cruz; por lo cual también ustedes sufrirán muchas angustias en su amor, cuando venzan en ustedes mismos lo que fue sembrado en la lujuria del pecado por el gusto de la manzana; pero sin embargo sosteniendo allí los arroyos que fluyen del incendio de la lujuria en su simiente, cuando no pueden ser tan castos que la fragilidad de la debilidad humana (fragilitas humanae debilitatis) no se muestre latente en ustedes; en aquello deben imitar la pasión de mi Hijo, cuando resisten en ustedes mismos la llama ardiente de la lujuria, a saber, extinguiéndola en ustedes y otras cosas seculares que son del mundo, a saber, la ira, la soberbia, la lujuria, y otros vicios semejantes,

y perfeccionando esa victoria con un gran certamen. Por lo cual entonces estas batallas aparecen ante mí con gran decoro y mucho fruto, más claras que el sol y más dulces que la suavidad de los aromas; porque imitan a mi Unigénito en sus dolores cuando pisotean la ardiente lujuria en ustedes con tan fuerte certamen. Y cuando así perseveran, consiguen mucha gloria de ello en el reino celestial. Oh flores vernantísimas, mis ángeles, se admiran en su certamen de que escapen de la muerte, de que en el lodo venenoso del mundo no estén contaminados aunque lleven un cuerpo carnal, pisoteándolo por este pacto, porque serán gloriosos en el consorcio de ellos, puesto que aparecen impolutos según la semejanza de ellos. Por tanto, alégrense cuando así perseveran, porque entonces estoy con ustedes, cuando me reciben fielmente y cumplen mi voz con el gozo de su corazón, tal como muestro en la visión secreta de Juan mi amado, diciendo: "He aquí que estoy a la puerta y llamo: si alguno oyere mi voz, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo" (Apoc. 3, 20). Lo que se dice: Ustedes que aman fielmente a mí, su salvador, vean que yo, queriendo socorrerlos, espero al tabernáculo de su corazón, considerando qué contiene su conciencia en el cofre de su corazón, y con la inspiración del recuerdo de su mente amonesto a su espíritu para la apertura de la recepción de la buena voluntad. Que si entonces el corazón fiel percibe el sonido de mi temor, me uno a él abrazándolo, y tomando alimento que no desfallece con él, cuando él me ofrece un suave gusto en las buenas obras, así también él

ha de percibir el alimento de vida en mí mismo, puesto que ama aquello que trae vida a los que desean la justicia.

Pero, como ves, expulsados Adán y Eva (Eva) del paraíso, un resplandor lucidísimo rodeó la misma región; puesto que, al salir ellos del lugar de la amenidad por su transgresión, la potencia de la divina majestad, secuestrando toda mancha de todo contagio de ese mismo lugar, lo protegió así con su claridad, para que en adelante no fuera tocado por ninguna contrariedad, mostrando también que aquella transgresión que se había hecho en él algún día sería absuelta clemente y misericordiosamente. Y así todos los elementos del mundo que antes habían permanecido en gran quietud, vueltos en la máxima inquietud, mostraron horribles terrores; porque aquella criatura que había sido creada para el servicio del hombre, y que no había sentido ninguna adversidad en sí (al tomar el hombre la desobediencia y hacerse desobediente a su Creador), dejó su tranquilidad y recibió la inquietud, infiriendo máximas y muchísimas contrariedades a los hombres para que fuera coercido por ella según el hombre se había inclinado a lo peor.

¿Qué es esto? Porque el hombre en el lugar de las delicias resultó rebelde a Dios, por eso también aquella criatura que estuvo sujeta al hombre en servicio, se opuso al hombre. Y el paraíso es un lugar de amenidad, que florece en el verdor de las flores y de las hierbas, y repleto de las delicias de todos los aromas, y dotado en el gozo de las almas bienaventuradas, dando una fertilísima

fecundidad a la tierra árida, porque atribuye una fortísima fuerza a la tierra, tal como el alma proporciona fuerzas al cuerpo, puesto que el paraíso no se oscurece en la sombra y en la perdición de los pecados.

Por lo cual oigan y entiéndanme ustedes que dicen en sus corazones: "¿Qué son estas cosas? ¿Y por qué son estas cosas?". Oh, ¿por qué son tan necios en sus corazones, ustedes que fueron hechos a imagen y semejanza de Dios? ¿Cómo podría ser tan gran gloria y tanto honor que les fue dado sin prueba, cuando sin embargo el oro, que es casi nada y algo vano, debe ser probado en el fuego, y las piedras preciosas pulidas en la purificación, y todas estas cosas buscadas en todas las cosas? Por tanto, oh hombres necios, aquello que fue hecho a imagen y semejanza de Dios, ¿cómo podría subsistir sin prueba? Pues el hombre ha de ser examinado sobre toda criatura, y por eso ha de ser probado por toda criatura. ¿Cómo? El espíritu ha de ser probado por el espíritu, la carne por la carne, la tierra por el aire, el fuego por el agua, la lucha por la paz, el bien por el mal, la belleza por la deformidad, la pobreza por las riquezas, la dulzura por la amargura, la salud por la enfermedad, lo largo por lo corto, lo duro por lo blando, la altura por la profundidad, la luz por las tinieblas, la vida por la muerte, el paraíso por las penas, el reino celestial por la gehenna, y lo terreno con lo terreno, lo celestial con lo celestial. Así el hombre fue probado en toda criatura, a saber, en el paraíso, en la tierra y en el infierno: después fue colocado en el cielo. Pues abiertamente ven pocas

de las muchas cosas que están escondidas ante sus ojos. ¿Y por qué se burlan de aquellas cosas que son rectas, llanas y justas, y buenas en todos los bienes ante Dios? ¿Por qué se indignan de estas? Dios es justo; pero el género de los hombres en la prevaricación de los preceptos de Dios es injusto, cuando contiende por ser más sabio que Dios. Ahora dime, oh hombre, ¿qué piensas que eras cuando aún no eras en alma y cuerpo? Tú verdaderamente no sabes cómo fuiste creado. Pero ahora, oh hombre, quieres escudriñar el cielo y la tierra, y juzgar la justicia de ellos en la constitución de Dios, y distinguir las sumas; cuando ni siquiera eres capaz de examinar las ínfimas, porque no sabes cómo vives en el cuerpo, o cómo eres despojado del cuerpo. Aquel que te creó en el primer hombre, Aquel previó todas estas cosas. Pero asimismo el mitísimo Padre envió a su Unigénito a morir por el pueblo, para que librara al hombre del poder diabólico. Y así el hombre librado brilla en Dios, y Dios en el hombre; teniendo el hombre consorcio con Dios, posee en el cielo una claridad más fulgurante de la que tenía antes. Lo cual no habría sido si el Hijo de Dios no hubiera vestido la carne, puesto que, si el hombre hubiera permanecido en el paraíso, el Hijo no habría padecido en la cruz. Pero cuando el hombre fue engañado por la astuta serpiente, Dios, tocado en la verdadera misericordia, quiso que su Unigénito se encarnara en una purísima virgen, y así después de la ruina del hombre se elevaron muchísimas virtudes que brillan en el cielo, como es la humildad reina de las virtudes, que floreció en el parto virginal,

como también las demás virtudes que conducen a los elegidos de Dios a las cosas celestiales. Pues cuando un campo se cultiva con mucho trabajo, produce mucho fruto, como se ha mostrado en el género humano; porque después de la ruina del hombre, surgieron muchísimas virtudes para su elevación. Pero, oh hombres, ustedes, gravados por el peso corporal, no ven aquella gran gloria que les fue preparada sin mancha y sin ningún desdén en la plena justicia de Dios, la cual nadie puede quitar; pues antes de que la fábrica del mundo hubiera sido constituida, Dios había previsto todas estas cosas en la verdadera justicia. Por lo cual, oh hombre, considera esta semejanza.

Un Señor que con mucho afán desea hacer un jardín, primero pone un lugar apto para el jardín, y luego disponiendo el lugar de cada plantación, considera el fruto de los buenos árboles que tienen utilidad, sabor y olor, y aromas de diversos géneros. Y así el Señor, un gran y profundo artífice, dispone cada una de sus plantaciones en él, para que pueda ser bien discernida en su utilidad, y luego piensa con qué protección rodearlo, para que ninguno de sus enemigos pueda disipar su plantación. Entonces también constituye a sus perfumistas, que sepan cómo regar el mismo jardín y que recojan su fruto, y de ahí confeccionen diversos pigmentos.

Por lo cual, oh hombre, considera diligentemente, porque si aquel Señor prevé que su jardín, al no producir ningún fruto ni utilidad alguna, ha de ser destruido, ¿por qué entonces un artífice tan grande y tan profundo construye, planta, riega

y protege aquel jardín con tanto afán y con tan grandes trabajos?

Escucha, pues, y entiende. Dios, que es el Sol de Justicia, envió su esplendor sobre el lodo que es la prevaricación del hombre; y aquel esplendor resplandeció con mucha claridad, puesto que aquel lodo era muy feo y opaco. Pues el sol brilló en su claridad, y el lodo se pudrió en su fealdad; por lo cual el sol fue abrazado con mayor delectación por los que lo veían que si el lodo no le hubiera sido puesto cerca. Pero así como el lodo es feo en comparación con el sol, así también la transgresión del hombre es inicua ante la justicia de Dios. Por tanto la justicia, porque es hermosa, ha de ser amada; y la iniquidad, porque es fea, ha de ser odiada. En esta fealdad cayó la oveja del Señor que había plantado el jardín. Y tal oveja fue quitada al Señor por su propio consentimiento, no por ignorancia del Señor; a la cual después el Señor buscó con mucho afán y justicia. Por lo cual entonces el coro de los ángeles fue iluminado con máximo gozo, cuando los ángeles vieron al hombre en el cielo. ¿Qué es esto? Cuando el Cordero inocente fue suspendido en la cruz, los elementos temblaron, porque el nobilísimo hijo de la virgen fue muerto corporalmente por manos de homicidas. En cuya muerte la oveja perdida fue devuelta a los pastos de la vida. Pues el antiguo perseguidor, después de que vio que debía perder a aquella oveja a causa de la sangre del Cordero inocente que el Cordero había derramado para la remisión de los pecados de los hombres, entonces conoció por primera vez quién era aquel

Cordero, puesto que antes no pudo saber cómo el Cordero celestial se encarnó de una virgen bajo la sombra del Espíritu Santo sin simiente varonil y sin ninguna concupiscencia de pecado. Pues el mismo perseguidor, en el inicio de su creación, se elevó en un soplo de soberbia, precipitándose a sí mismo a la muerte, y derribando al hombre de la gloria del paraíso, a quien Dios en su poder no quiso resistir, sino que lo venció en la humildad a través de su Hijo. Y porque Lucifer despreció la justicia de Dios, por el justo juicio de Dios no pudo conocer la encarnación del Hijo Unigénito de Dios. Pues en este consejo oculto la oveja perdida fue devuelta a la vida. Por lo cual, oh hombres rebeldes, ¿por qué asumen tanta dureza? Dios no quiso abandonar al hombre, sino que envió a su Hijo para su salvación; puesto que así Dios aplastó la cabeza de la soberbia en la antigua serpiente. Pues en el rescate del hombre de la muerte, el infierno abrió su cerrojo, gritando Satanás: "¡Ay, ay! ¿quién me ayudará?". Pero también toda la turba diabólica en un gran rugido se despedazó a sí misma, admirándose de qué potencia tan grande era esa, a la cual ella con el príncipe de la malicia no podía resistir, cuando veía que se le arrebataban las almas fieles. Así el hombre fue elevado sobre los cielos; porque Dios en el hombre, y el hombre en Dios apareció a través del Hijo de Dios. El mismo Señor también que había perdido la oveja, pero que tan gloriosamente la había devuelto a la vida, tuvo una perla preciosa en esa misma semejanza, la cual perdida cayó en mucha suciedad. Pero Él, no permitiéndole yacer

así en la suciedad, la buscó, y habiéndola hallado la extrajo gozosamente, y extraída de la suciedad en la que había yacido, la purgó así —como el oro suele purgarse en la fragua— y la reparó en su antiguo honor con mayor gloria. Pues Dios creó al hombre, pero él mismo cayó en la muerte por persuasión diabólica; de la cual el Hijo de Dios lo arrebató por su sangre, y lo condujo gloriosamente al honor celestial. ¿Cómo? En la humildad y la caridad. Pues la humildad hizo que el Hijo de Dios naciera de una virgen, donde la misma humildad no fue hallada ni en los abrazos de un varón, ni en la curiosidad de la carne, ni en las riquezas terrenas, ni en los ornamentos de oro, ni en los honores seculares, sino que el Hijo de Dios yació en un pesebre, porque su madre fue una pobrecilla. Y la humildad siempre gime, llora y destruye todos los crímenes: lo cual es su obra. Por tanto, quienquiera que quiera combatir al diablo, se proteja y se arme con la humildad, puesto que Lucifer huye tanto de ella, y como una culebra se esconde ante ella en una caverna, porque donde ella lo atrapa, lo rompe más rápido que un hilo fragilísimo. La caridad también contiene al Hijo Unigénito de Dios en el seno del Padre en el cielo y lo envió al útero de su madre en la tierra, puesto que ella misma no desprecia ni a los pecadores ni a los publicanos, sino que intenta salvar a todos. Por lo cual también ella, sacando más a menudo una fuente de lágrimas de los ojos de los fieles, ablanda la dureza del corazón. En esto, la humildad y la caridad son más claras que las demás virtudes; puesto que la humildad y la caridad son

como el alma y el cuerpo, que tienen fuerzas más fuertes que las demás potencias del alma y miembros del cuerpo. ¿Cómo? La humildad es como el cuerpo y la caridad como el alma, ni pueden separarse la una de la otra sino que obran juntas, así como ni el alma ni el cuerpo pueden disociarse sino que cooperan entre sí, mientras el hombre vive en el cuerpo. Y así como al alma y al cuerpo les están sujetos diversos miembros del cuerpo según sus fuerzas, así también a la humildad y la caridad les cooperan las demás virtudes según su justicia. Y por tanto, oh hombres, para la gloria de Dios y por su salvación sigan la humildad y la caridad: armados con las cuales no temerán las insidias diabólicas, sino que poseerán la vida que no desfallece. Por lo cual, quienquiera que tenga conocimiento en el Espíritu Santo y alas en la fe, no traspase mi amonestación, sino que la perciba abrazándola en el gusto de su alma.

VISIÓN TERCERA.

SUMARIO.---Que a través de las cosas visibles y temporales se manifiestan aquellas que son invisibles y eternas. Del firmamento hecho a semejanza de un huevo. Del fuego lúcido y la piel sombría. De la posición del sol y de tres estrellas. Del ascenso del sol. De su descenso y qué significa. Palabras de los Hechos de los Apóstoles sobre lo mismo. Del primer viento y sus torbellinos. Del segundo viento y sus torbellinos. Del fuego tenebroso, y del sonido, y de las piedras agudas. Del éter purísimo y de la posición de la luna y de dos estrellas. De la posición de las otras estrellas.

Del tercer viento y sus torbellinos. Del aire acuoso y la piel blanca. Del cuarto viento y sus torbellinos. Del globo arenoso de la tierra. Palabras de David sobre la misma cosa. Del terremoto y qué significa. Del monte máximo entre el aquilón y el oriente. De aquellos que por arte perversa escudriñan el futuro en las criaturas. Palabras del Evangelio. De qué manera el diablo se burla de los hombres por el arte mágico. Parábola sobre la misma cosa. Cuando la salvación del hombre y la utilidad se hayan completado, el siglo se mudará. Palabras de Job sobre la misma cosa. Palabras de Dios sobre lo mismo. Que Dios ya no quiere tolerar los augurios en las estrellas y en las demás criaturas. De la estulticia y contumacia del hombre. Similitud del cabrito, y del ciervo, y del lobo. Comparación del médico. Palabras de Juan.

Después de esto vi un instrumento máximo, redondo y sombrío según la semejanza de un huevo, estrecho arriba y amplio en el medio, y constreñido abajo; en cuya parte exterior en circuito había un fuego lúcido, teniendo como una piel sombría bajo sí. Y en aquel fuego había un globo de fuego rutilante de tal magnitud que todo el instrumento era ilustrado por él, teniendo sobre sí tres hachas colocadas ordenadamente hacia arriba, las cuales con su fuego contenían al mismo globo para que no cayera; y aquel globo a veces se elevaba hacia arriba y mucho fuego le salía al encuentro, de modo que de ahí producía sus llamas más lejos, y a veces se inclinaba hacia abajo, y mucho frío le salía al encuentro: por lo cual retiraba sus llamas más rápido. Pero también

de aquel fuego que había rodeado al instrumento salía un soplo con sus torbellinos, y de aquella piel que yacía bajo él brotaba otro soplo con sus torbellinos, que se difundía de aquí para allá en el mismo instrumento. En la misma piel también había un cierto fuego tenebroso de tanto horror que yo no era capaz de mirarlo, el cual con su fuerza sacudía toda aquella piel, lleno de sonidos, tempestades y piedras agudísimas mayores y menores. El cual, cuando elevaba su sonido, aquel fuego lúcido, y los vientos, y el aire se conmovían, de modo que los relámpagos precedían al sonido mismo, porque aquel fuego sentía primero en sí la conmoción del mismo sonido.

Pero bajo la misma piel estaba el éter purísimo que no tenía bajo sí ninguna piel; en el cual también discernía un cierto globo de fuego candente de muchísima magnitud, teniendo sobre sí dos hachas aparentemente colocadas hacia arriba y que contenían al globo mismo para que no excediera el modo de su curso; y en el mismo éter muchas y claras esferas habían sido colocadas por todas partes; en las cuales el mismo globo a veces vaciándose un poco enviaba su claridad, y así recurriendo bajo el prefatado globo rojo e ígneo, y restaurando sus llamas de él: de nuevo las soplaba en las mismas esferas. Pero también del mismo éter irrumpía un cierto soplo con sus torbellinos; el cual se dilataba por todas partes en el prefatado instrumento.

Bajo el mismo éter, empero, veía un aire acuoso que tenía una piel blanca bajo sí, el cual difundiéndose de aquí para allá, dio humor a

todo aquel instrumento. El cual, cuando a veces se congregaba de repente, emitía una lluvia repentina con mucho fragor; y cuando se difundía suavemente, derramaba una lluvia blanda con suave movimiento. Pero también de él salía un cierto soplo con sus torbellinos, y se expandía por todas partes a través del predicho instrumento.

Y en medio de estos elementos había un cierto globo arenoso de muchísima magnitud: al cual los mismos elementos habían rodeado de tal modo que no podía deslizarse ni hacia aquí ni hacia allá. Pero cuando a veces los mismos elementos con los predichos soplos se chocaban entre sí, compelían al mismo globo a moverse un poco por su fuerza. Y vi entre el aquilón y el oriente como un monte máximo, que hacia el aquilón contenía muchas tinieblas y hacia el oriente mucha luz; de tal modo, empero, que ni aquella luz podía alcanzar a las tinieblas, ni las tinieblas a la luz.

Y oí de nuevo una voz del cielo que me decía: Dios, que fundó todas las cosas por su voluntad, las creó para el conocimiento y honor de su nombre, no solo mostrando en ellas aquellas cosas que son visibles y temporales, sino también manifestando en ellas aquellas que son invisibles y eternas. Lo cual también esta visión que ves demuestra. Pues este instrumento máximo que ves redondo y sombrío según la semejanza de un huevo, estrecho arriba, y amplio en el medio y constreñido abajo, declara fielmente a Dios omnipotente incomprensible en su majestad, e inestimable en sus misterios, y siendo la esperanza de todos los fieles, puesto que al principio los hom-

bres eran rudos y simples en sus actos, después en la ley vieja y nueva más instruidos se molestan y afligen mutuamente, y finalmente hacia el fin del mundo han de sufrir muchas penurias en sus angustias.

En cuya parte exterior en circuito hay un fuego lúcido, teniendo como una piel sombría bajo sí: designa que Dios a aquellos que están fuera de la verdadera fe en todas partes los abrasa por el fuego de su venganza; pero a los que permanecen dentro de la fe católica, en todas partes los purifica por el fuego de su consolación; postrando así la tenebrosidad de la perversidad diabólica, tal como también se hizo cuando el diablo, creado por Dios, queriendo oponerse a Dios, cayó derrotado a la perdición. Y en este fuego hay un globo de fuego rutilante de tal magnitud que todo el instrumento es ilustrado por él; el cual por el esplendor de su claridad muestra que en Dios Padre está su inefable Unigénito, Sol de Justicia, que tiene el fulgor de la caridad ardiente, y siendo de tanta gloria que toda criatura es iluminada por la claridad de su luz, teniendo sobre sí tres hachas colocadas ordenadamente hacia arriba, las cuales con su fuego contienen al globo para que no caiga, a saber, demostrando por su administración la Trinidad que todo lo contiene y demostrando que el Hijo de Dios descendiendo del cielo a las tierras, habiendo dejado a los ángeles en las regiones celestiales, manifestó las cosas celestiales también a los hombres que subsisten en alma y cuerpo, quienes glorificándolo por el beneficio de su claridad: desechan todo error no-

civo, cuando magnificó al verdadero Hijo de Dios encarnado de una verdadera virgen, después de que el ángel se lo anunció a ellos, y después de que el hombre que vive en alma y cuerpo lo recibió con fiel gozo.

Por lo cual también el mismo globo a veces se eleva hacia arriba y mucho fuego le sale al encuentro, de modo que de ahí produce sus llamas más lejos: significando que, cuando llegó aquel tiempo en que el Unigénito de Dios para la redención y elevación del género humano por la voluntad del Padre debía encarnarse, el Espíritu Santo en el poder del Padre obró maravillosamente los misterios celestiales en la bienaventurada Virgen, de modo que dando el mismo Hijo de Dios un fulgor maravilloso en la pudicia virginal con una virginidad fecunda, la virginidad fue hecha gloriosa. Puesto que en la nobilísima virgen, la encarnación sumamente deseable fue demostrada.

Y así también a veces se inclina hacia abajo, y mucho frío le sale al encuentro; por cuya razón retira sus llamas más rápido, declarando que puesto que el mismo Unigénito de Dios nacido de una virgen, y así misericordiosamente inclinado a la pobreza de los hombres, saliéndole al encuentro muchísimas miserias sosteniendo muchas angustias corporales, cuando se hubo mostrado corporalmente al mundo, pasando del mundo volvió al Padre estando también presentes sus discípulos, tal como está escrito: Viéndolo ellos, fue elevado, y una nube lo recibió de sus ojos (Hechos I). Lo cual se dice: A los hijos de la Iglesia

que reciben al Hijo de Dios en la ciencia interior de su corazón: la santidad de su cuerpo fue elevada en la potencia de su divinidad y en un milagro místico una nube de secreto misterio lo recibió escondiéndolo de los ojos mortales con los soplos de los vientos también sirviéndole.

Pero como ves, de aquel fuego que había rodeado al mismo instrumento salía un cierto soplo con sus torbellinos: el cual muestra que de Dios omnipotente que llena todo el mundo con su poder, procedió una verdadera diseminación con sermones justos cuando Él, Dios vivo y verdadero, fue demostrado a los hombres en la verdad.

Y de aquella piel que está bajo él brota otro soplo con sus torbellinos, porque también de la rabia diabólica que ignorando a Dios no teme, sale una pésima fama con nequísimas locuciones; los cuales se difunden de aquí para allá en el mismo instrumento, puesto que en el siglo de diversos modos los rumores útiles e inútiles se mezclan entre los pueblos.

En la misma piel también hay un cierto fuego tenebroso de tanto horror, que no eres capaz de mirarlo: el cual declara que en las peores y en las más inicuas insidias del antiguo traidor, estalla un horrendo homicidio de tal fervor que el intelecto humano no puede discernir la locura de aquel, el cual sacude toda aquella piel con su fuerza; puesto que el homicidio abraza todas las malignidades diabólicas en su horror, ya que en los primogénitos, de la ira brotando el odio, perpetró el fratricidio.

Aquel fuego estaba lleno de sonidos, tempestades y piedras agudísimas mayores y menores: porque el homicidio está lleno de avaricia y de embriagueces y de nequicias saquísimas que se enfurecen sin misericordia tanto en los grandes homicidios como en los vicios menores.

El cual, cuando eleva su sonido, aquel fuego lúcido y los vientos y el aire se conmueven; puesto que, mientras el homicidio en la codicia de la efusión de sangre chirría, los juicios celestiales, los rumores veloces, y por todas partes para la ruina del homicida preparativos extendidos se suscitan en la venganza del recto juicio: de modo que los relámpagos preceden al sonido mismo, porque aquel fuego siente primero en sí la conmoción del mismo sonido.

Pues la severidad del examen divino oprime aquel crimen venciéndolo, puesto que la divina majestad, antes de que el bramido de aquella locura se manifieste públicamente, lo prevé abiertamente con aquel ojo ante el cual todas las cosas están desnudas.

Pero bajo aquella piel está el éter purísimo que no tiene bajo sí ninguna piel; puesto que bajo las insidias del antiguo traidor brilla la fe serenísima, en la cual no se esconde ninguna incertidumbre de infidelidad, no fundada por sí misma, sino sustentada en Cristo, en la cual también ves un cierto globo de fuego candente de muchísima magnitud que verdaderamente designa a la Iglesia unida, presentándote la blancura de la claridad inocente y de muchisímo honor, y teniendo sobre sí dos hachas claramente colocadas hacia arriba que

contienen al globo mismo para que no exceda el modo de su curso, mostrando esto en su significación: que los dos Testamentos, a saber, de la antigua y de la nueva autoridad, atraen a la Iglesia surgida de lo alto hacia los preceptos divinos de los secretos celestiales; porque ellos mismos la contienen para que no se extienda precipitadamente en una variedad de costumbres, y porque tanto el antiguo como el nuevo testimonio le muestran la bienaventuranza de la herencia celestial.

Por lo cual también en el mismo éter muchas y claras esferas han sido colocadas por todas partes, en las cuales el mismo globo a veces vaciándose un poco emite su claridad; puesto que en la pureza de la fe muchísimas y espléndidas obras de piedad aparecen por todas partes, en las cuales la Iglesia por un cierto tiempo sostuvo un poco de conculcación, y el decoro de sus maravillas se desvaneció un poco, mientras ella, yaciendo como en el duelo, admiraba empero la claridad de las obras anteriores en los hombres perfectos; y así recurriendo bajo el prefatado globo rojo e ígneo y restaurando sus llamas de él: de nuevo las sopló en las mismas esferas, puesto que ella, puesta en la contrición, apresurándose bajo la protección del Unigénito de Dios, recibe de Él los sufrimientos de la confortación divina declarando el amor de las cosas celestiales en las obras bienaventuradas.

Por lo cual también del mismo éter irrumpe un cierto soplo con sus torbellinos, el cual se dilata por todas partes en el prefatado instrumento;

porque de la unidad de la fe una fama validísima con aserciones verdaderas y perfectas emanando para el auxilio de los hombres: golpeó los confines de todo el orbe con mucha celeridad.

Bajo el mismo éter, empero, ves un aire acuoso que tiene una piel blanca bajo sí, el cual difundiéndose de aquí para allá presta humor a todo aquel instrumento; puesto que bajo la fe que estaba tanto en los antiguos como en los nuevos padres, el bautismo en la Iglesia para la salvación de los creyentes (como se te manifiesta verdaderamente) fundado en la inocencia de la beatísima estabilidad, dilatándose por todas partes por inspiración divina trajo la irrigación de la salvación a los crevientes en todo el mundo. El cual, cuando a veces se congrega de repente, emite una lluvia repentina con mucho frío; y cuando se difunde suavemente, da una lluvia blanda con suave movimiento, porque, mientras el bautismo a veces por los asertores de la verdad se multiplicaba en la velocidad de la predicación y en la profundidad de la mente de ellos, se manifestaba a los hombres atónitos en una rápida copia de palabras en la inundación de su predicación, a veces también el bautismo dilatado por la predicación con suave temperamento, era propuesto a los pueblos atraídos con suave irrigación con el auxilio de la discreción.

Por lo cual también de él un cierto soplo con sus torbellinos saliendo, se difunde por todas partes a través del predicho instrumento; porque de la inundación del bautismo que trae la salvación a los creyentes, una fama verdaderísima con

las palabras de los sermones más fuertes saliendo, inundó todo el mundo con la manifestación de su beatitud, como ya se declara abiertamente en los pueblos que abandonan la infidelidad y desean la fe católica.

Y en medio de estos elementos hay un cierto globo arenoso de muchísima magnitud, al cual los elementos rodean de tal modo que no puede deslizarse ni hacia aquí ni hacia allá: el cual manifiesta claramente en la fortaleza de las criaturas de Dios, al hombre de profunda consideración morando, hecho del limo de la tierra de modo admirable con mucha gloria, y tan rodeado por la virtud de las criaturas que de ningún modo puede ser separado de ellas; porque los elementos del mundo creados para la servidumbre del hombre le exhiben servidumbre, mientras el hombre, sentado como en medio de ellos, les preside por disposición divina, como también David inspirado por mí dice: Con gloria y honor lo coronaste, y lo constituiste sobre las obras de tus manos (Salmo VIII). Lo cual se dice: Oh Tú, Dios, que hiciste todas las cosas maravillosamente, con una corona de oro y púrpura de intelecto y con un vestimento dignísimo de especie visible coronaste al hombre; poniéndolo así como un príncipe sobre la altura de tus obras perfectas, las cuales justa y bien dispusiste en tus criaturas. Pues Tú, sobre tus otras criaturas, diste al hombre grandes y admirables dignidades.

Pero, como ves, mientras a veces aquellos elementos con los predichos soplos se chocaban entre sí, compelen al mismo globo a moverse un

poco por su fuerza; porque, cuando en el tiempo congruo las criaturas de Dios con la fama de los milagros del creador se chocan entre sí, de modo que el milagro se envuelve en el milagro con un gran trueno de palabras, el hombre, golpeado por la magnitud de aquellos milagros, siente la conmoción de su mente y de su cuerpo, mientras atónito en aquellas maravillas considera la imbecilidad de su fragilidad.

Y ves entre el aquilón y el oriente como un monte máximo, que hacia el aquilón tiene muchas tinieblas y hacia el oriente mucha luz, puesto que entre la impiedad diabólica y la bondad divina aparece la gran caída del hombre por la pésima decepción del maligno en los réprobos, sosteniendo muchas miserias de condenación y, por la deseable salvación en los elegidos, muchísima felicidad de redención, de tal manera, sin embargo, que ni aquella luz puede llegar a las tinieblas, ni aquellas tinieblas a la luz; porque las obras de la luz no se entremezclan con las obras de las tinieblas, ni las obras de las tinieblas ascienden a las obras de la luz, aunque el diablo frecuentemente trabaje por ofuscarlas a través de hombres malos, tal como sucede en los paganos, en los heréticos y en los pseudoprofetas, y en aquellos a quienes estos intentan arrastrar tras de sí por su falaz decepción. ¿Cómo? Porque quieren saber aquellas cosas que no deben ser sabidas por ellos; imitando a aquel que quiso ser semejante al Altísimo. Y puesto que lo siguen a él, por eso también él les demuestra la mentira como si fuera la verdad según la voluntad de ellos, por lo

cual no están conmigo: ni yo con ellos, porque no andan mis caminos, sino que aman sendas extrañas, inquiriendo qué les muestre falazmente la estúpida criatura sobre las causas futuras, y esto lo quieren saber así según lo buscan perversamente despreciándome a mí, y rechazando a mis santos; que con corazón sincero me aman. Pero los hombres de esta clase que con tanta pertinacia me tientan por su arte perversa, de modo que escrutan aquella criatura que fue hecha para el servicio de ellos, preguntando que les muestre aquella cosa que quieren saber según la voluntad de ellos: ¿acaso pueden en el escrutinio de su arte alargar o abreviar el tiempo de la vida que les ha sido constituido por su creador? Ciertamente no prevalecen para hacer esto ni un día ni una hora. ¿O acaso pueden desviar la predestination de Dios? De ningún modo, oh míseros, ¿no permito yo a las criaturas demostraros a veces vuestras pasiones, las cuales tienen entonces signos por esto, porque me temen a mí, Dios, como el siervo muestra a veces la facultad de su señor, y como el buey y el asno y los demás animales manifiestan la voluntad de sus señores, cuando la cumplen fielmente en su servicio? Oh estúpidos, cuando me entregáis al olvido, ni mirando hacia mí, ni adorándome, sino mirando a la criatura sujeta a vosotros qué porte y muestre ella, entonces pertinazmente me rechazáis adorando a la enferma criatura en lugar de vuestro Creador. Por lo cual también yo te digo: oh hombre, ¿por qué adoras a aquella criatura que ni puede consolarte ni auxiliarte, y que no te confiere ninguna prosperidad

en la felicidad? como los matemáticos instructores de la muerte y seguidores en la incredulidad de los gentiles suelen afirmar temerariamente: que las estrellas atribuyen la vida a los hombres y disponen todos vuestros actos. Oh míseros, ¿quién hizo las estrellas? Pero las estrellas a veces, por mi permiso, se declaran a los hombres con ciertos signos, como también mi Hijo mostró en el Evangelio, donde dice: Habrá signos en el sol, y la luna, y las estrellas (Lc 21). Lo cual se dice: En la luz de estos luminares se ministra a los hombres, y por el circuito de ellos se muestran los tiempos de los tiempos. De donde también en los novísimos tiempos se demostrarán en ellos, por mi permiso, tiempos lamentables y peligrosos, de modo que el rayo del sol, y el esplendor de la luna, y la claridad de las estrellas se retirará a veces, para que los corazones de los hombres sean sacudidos por esto. Así también por la estrella, por mi voluntad, fue mostrada la encarnación de mi hijo. Pero el hombre no tiene una estrella propia que disponga su vida, como el estúpido y errante pueblo intenta aseverar, sino que todas las estrellas son comunes a todo el pueblo en el servicio. Pero en cuanto a que aquella estrella brilló más preclara que las demás estrellas: esto es porque mi Unigénito nació antes que los otros hombres por parto virginal sin pecado. Pero ella no aportó ninguna otra ayuda a mi hijo, sino que solo anunció fielmente su encarnación al pueblo, puesto que todas las estrellas y criaturas, temiéndome, cumplen solamente mi mandato, ni tienen significación alguna de ninguna cosa en ninguna

criatura. Pues cuando me haya placido, las criaturas muestran mi mandato, como cuando el herrero haciendo una moneda oculta en ella una forma que le place; entonces la moneda declara la forma que le ha sido impuesta, no teniendo ninguna potestad de sí misma sobre aquella cosa, pues no sabe cuándo el herrero quiera imponerle otra forma, ya que no discierne ni largo ni breve tiempo de su forma. ¿Qué es esto? Oh hombre, si una piedra yaciera ante ti en la que, intuyéndola diligentemente, conjeturaras algunos signos de tus pasiones: entonces según tu falaz estimación, o contristado por tu infelicidad o elado por tu prosperidad en la decepción, dirías: ¡Ah! moriré, o ¡evah! viviré, o ¡ay! cuánta infelicidad; o ¡evah! cuánta es mi prosperidad. ¿Y qué te conferiría entonces aquella piedra? ¿Acaso te quitaría o daría algo? Pero ni valdría para obstarte o proverte. Así tampoco las estrellas, ni el fuego, ni las aves, ni otra criatura de esta clase pueden en los signos de su escrutinio dañarte o ayudarte en nada. Que si confías en esta criatura que ha sido hecha para tu servicio, rechazándome, entonces también yo, por mi justo juicio, te proyecto de mis ojos, quitándote la felicidad de mi reino. Pues no quiero que escrutes las estrellas, o el fuego, o los volátiles, u otras tales criaturas sobre las causas futuras, puesto que, si las inspeccionas pertinazmente, tus ojos me son molestos, y te derribo como al ángel perdido, que desertó de la verdad y se precipitó a sí mismo en la condenación. Oh hombre, cuando las estrellas y las demás criaturas fueron hechas, ¿dónde estuviste? ¿Acaso diste consejo

sobre la institución de ellas? Pero la presunción de esta clase de indagación surgió en el primer cisma: a saber, cuando los hombres habían entregado de tal modo a Dios al olvido, que gente y gente inspeccionó soberbiamente diversas criaturas, y buscó en ellas variados signos sobre las causas futuras. And así también aquel error surgió en Baal: a saber, que los hombres engañados adoraban a la criatura de Dios en lugar de Dios, a lo cual también la irrisión diabólica los excitó, porque miraron tras la criatura más que tras su Creador: deseando saber esto que no debieron saber. De donde también aparecieron cosas peores que estas: cuando los hombres empezaron a enloquecer por el arte mágico a través del diablo, de modo que ven y oyen al diablo; él hablándoles falazmente y mostrándoles, que como si inspeccionaran una criatura y existiera otra. Pero hay que callar cómo los primeros seductores fueron instruidos por el diablo, así también lo ven y oyen los que buscan de este modo, pero ellos mismos son muy reprensibles por esta iniquidad suya; cuando niegan de este modo a mí, su Dios, y siguen al antiguo seductor. Oh hombre, yo en la sangre de mi Hijo te busqué no con malicia e iniquidad, sino con gran equidad; sin embargo, tú me desertas a mí, Dios verdadero, y sigues a aquel que es mentiroso. Yo soy la justicia y la verdad; y por eso te amonesto en la fe, y te exhorto en el amor, y te reduzco en la penitencia, para que, aunque estés sanguinolento en las poluciones de los pecados, sin embargo te levantes de la caída

de tu ruina. Que si me desprecias, sentirás en ti la parábola de esta similitud.

Cierto Señor, que tenía muchos siervos bajo sí, dio a cada uno de ellos muchísimas de sus armas bélicas, diciéndoles: "Sed probos y fuertes, rechazando la tardanza y la socordia". Pero mientras aquellos siervos hacían cierto camino con él, vieron junto al camino a cierto iluso y pésimo inventor de un arte extraño, por lo cual también algunos de ellos engañados dijeron: "Queremos aprender las artes de este hombre". Y rechazando las armas que tenían, corrieron hacia aquel. A los cuales otros decían: "¿Qué hacéis?, siguiendo a este iluso y provocando a vuestro Señor a la ira". And ellos respondieron: "¿En qué obstará esto a nuestro señor?". And el señor de ellos les dijo: "Oh siervos neicuos, ¿por qué habéis rechazado las armas que os había dado?". ¿Y por qué os es más querido amar esta vanidad que servirme a mí, vuestro señor, cuyos siervos naturales sois? Id, pues, tras aquel iluso, como deseáis, porque ya no podréis servirme más a mí, y ved qué os aprovechará su falacia"; y los arrojó de sí.

Lo cual se dice: Aquel Señor es Dios omnipotente, que rige a todos los pueblos bajo su potestad, el cual armó a todo hombre con razón e intelecto: mandándole que sea denodado y vigilante en los instrumentos de las virtudes, sacudiendo de sí la pravidad y la negligencia. Pero mientras los hombres emprenden el camino de la verdad, disponiéndose a caminar en los mandatos divinos: les ocurren muchas tentaciones, de modo que atienden al diablo, seductor de todo el

orbe y nequísimo artífice de múltiples victorias, no en el camino de la verdad sino en la decepción puesto en acechanzas. Por lo cual también algunos de ellos, amantes de la injusticia más que de la rectitud, seducidos por el diablo: estudian más imitar los vicios del antiguo seductor que abrazar las virtudes de Dios. Y el intelecto que deberían convertir a los mandatos divinos, retorciéndolo a los vicios de la iniquidad terrena, se someten al diablo. A los cuales sus directores, como consodales y consiervos, ocurriéndoles frecuentemente a través de las sagradas Escrituras, les echan en cara sus hechos, y les increpan por qué, siguiendo los figmentos diabólicos, inducen sobre sí la venganza divina. Pero ellos, muchísimas veces mofándose de sus amonestaciones, afirman por su soberbia que pecan en pocas cosas y que ofenden mínimamente a su Dios. Por lo cual, cuando perseveran en aquella obduración, reciben la sentencia divina, puesto que se objetaba a esos mismos siervos de la iniquidad por qué sofocaron el intelecto que se les dio desde lo alto, y por qué despreciaron a su Creador, a quien debieron servir denodadamente, antes que recibir las decepciones del antiguo seductor; así ellos, despreciados por Dios, son diputados a las ilusiones diabólicas según sus obras (porque no quisieron servir a Dios), donde se ven obligados a considerar qué les ha aprovechado la nequísima seducción, ya que arrojados de este modo incurren en la condenación, porque posponiendo los preceptos divinos contendieron por seguir más al diablo que a Dios.

Pues no quiero que los hombres me desprecien, quienes deben conocerme en la fe, puesto que, si me rechazan e inspeccionan la criatura sujeta a ellos, imitando en esto al antiguo seductor; entonces también yo permito que les suceda tanto con la criatura como con el diablo según la concupiscencia de su corazón, a fin de que experimenten así qué les aprovecha la criatura que adoraron, o qué les confiere el diablo a quien siguieron.

Y, oh hombres estúpidos, ¿por qué inquirís a la criatura sobre el tiempo de vuestra vida? Pues ninguno de vosotros puede saber el tiempo de su vida, o evitarlo, o saltar sobre aquel que le ha sido constituido por mí para vivir, porque, oh hombre, cuando tu salvación tanto en lo secular como en lo espiritual haya sido completada, mudarás el presente siglo, y pasarás a aquel que no encontrará término. Pues cuando el hombre es de tanta fortaleza que arde más ardientemente en mí que otros, de modo que en la conciencia de la hez terrena de los pecados fétidos no se entorpece y evita las acechanzas de la antigua serpiente; no sacudo el espíritu de este hombre de su cuerpo antes de que conduzca sus dulces frutos en suavísimo olor a un buen fin. Pero a aquel a quien considero de tanta fragilidad, que es tierno y débil en el grave dolor de su cuerpo, y en la atracción del nequísimo acechador para llevar mi yugo; lo sustraigo de este siglo antes de que en el tiempo de su alma marchitante empiece a secarse, pues todo lo sé. Además, quiero dar al género humano toda justicia para su cautela,

de modo que ninguno de los hombres se pueda excusar, cuando amonesto y exhorto a los hombres a hacer justicia, cuando les incuto el juicio de la muerte como si ya estuvieran por morir, cuando todavía han de vivir más tiempo: esto lo hago porque nadie, sino según el fruto que veo en el hombre y según mi voluntad por la cual le concedo vivir, podrá tener o disponer para sí otro tiempo, como también Job testifica por mí, cuando dice: Constituiste sus términos que no podrán ser pasados (Job 14). Lo cual se dice: Tú, que estás sobre todos, y todas las cosas prevés antes de que sucedan: también en el secreto de tu majestad constituiste los términos de la vida humana, de modo que ni por la ciencia, ni por la prudencia, ni por la astucia de ninguna cosa podrán ser pasados en ninguna edad, sea en la infancia, sea en la juventud, sea en la senectud de los hombres, sino según la providencia de tus secretos, que quisiste que los hombres fueran hechos para la gloria de tu nombre. Pues yo, oh hombre, antes de la constitución del mundo te conocí; pero sin embargo quiero considerar tus días en tus obras y discernir el fruto de ellas, y examinar diligente y acutísimamente cada una de tus obras. Pero a quienquiera que de repente sustraigo de la vida temporal, la utilidad de la vida de este ha sido completada, de modo que si su vida se prolongara más no aportaría ya ninguna abundancia de buenos frutos, sino que teniendo como un tibieza de fe carnal, emitiría humo solo como con un vacío sonido de palabras, ni me tocaría con el íntimo tacto de su corazón. Por lo cual no le atribuyo treguas de esta

vida, sino que antes de que caiga en una tibieza de tal infertilidad, lo sustraigo de este siglo. Pero hacia ti es mi palabra, oh hombre. ¿Por qué me desprecias? ¿Acaso no envié a mis profetas a ti, y di a mi Hijo por tu salvación en el madero de la cruz, y destiné a mis apóstoles a ti para que te mostraran el camino de la verdad a través del Evangelio? Por lo cual no puedes excusarte de que no tengas todos los bienes por mí. ¿Y por qué ahora me pospones? Pero el error de esta perversidad, a saber, que buscas signos de tus actos en las estrellas o en el fuego, o en las aves o en otra criatura de esta clase: no quiero tolerarlo más, puesto que todos los que primero inventaron este error por visión diabólica: despreciando a Dios, rechazaron totalmente sus preceptos, por lo cual también ellos fueron despreciados. Pues yo brillo sobre toda criatura en la claridad de mi divinidad: de modo que mis milagros en mis santos te son manifiestos; por lo cual no quiero que ejerzas más este error de agorar, sino que mires en mí. Oh estúpido, considera quién soy yo; considera que soy el sumo bien. Por lo cual todos los bienes te concedo cuando me hayas buscado diligentemente. ¿Y quién crees que soy yo? Dios soy sobre todas las cosas y en todas. Pero tú quieres que yo sea tenido como un rústico; que teme a su señor. ¿Cómo? Tú quieres que yo haga tu voluntad, cuando tú desprecias mis preceptos. Pero Dios no es así. ¿Qué es esto? Pues él no tiene ni opinión de inicio, ni temor de fin. Los cielos suenan en mis alabanzas mirándome, y según aquella justicia por la cual han sido puestos por mí obedeciéndome. El sol

también, la luna y las estrellas aparecen en las nubes del cielo según su tenor: y también los soplos de los vientos y las lluvias corren en el aire como les ha sido constituido, y todas estas cosas obedecen a su Creador según su mandato. Pero tú, oh hombre, no cumples mis preceptos, sino que sigues tu voluntad: como si la justicia de la ley ni te hubiera sido puesta ni mostrada. Pues en tanta contumacia estás, aunque seas ceniza, que no te basta la justicia de mi ley que ha sido arada y cultivada en la sangre de mi Hijo y bien trillada en mis santos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Pero en gran estulticia quieres aprehenderme, cuando me insultas de este modo, diciendo: "Si a Dios le place que yo sea justo y bueno, ¿por qué no me hace recto?". Queriendo tú capturarme así como si un petulante cabrito quisiera capturar a un ciervo, que es fuertemente rechazado y perforado por los fuertísimos cuernos del ciervo. Así también tú quieres jugar petulantemente conmigo en tus costumbres en los preceptos de mi ley como con mis cuernos; por mi justo juicio te desmenuzo. Pues estas son las trompetas que resuenan en tus oídos; pero tú no las sigues, sino que corres tras el lobo a quien crees haber domado de tal modo que no pueda dañarte. Pero el lobo famélico te devora, diciendo: "Esa oveja erró junto al camino ni quiso seguir a su pastor, sino que corrió tras de mí, por lo cual quiero deglutirla, porque me eligió a mí y desertó de su pastor". Oh hombre, Dios es justo: y por eso todas las cosas que hizo en el cielo y en la tierra, las

dispuso con justa ordenación. Pues yo soy el gran médico de todas las languideces: haciendo como el médico que ve al lánguido, que desea ardientemente la medela. ¡Qué es esto! Si la languidez es pequeña, la cura fácilmente; si en cambio es grave, dice al lánguido: "Yo exijo de ti plata y oro. Si me los dieras, te ayudaré". Así también yo, oh hombre, hago. Los pecados menores los borro en el gemido, y las lágrimas, y en la buena voluntad de los hombres; en las culpas más graves mando: oh hombre, haz penitencia y corrección de costumbres, y te mostraré mi misericordia y te daré la vida eterna. Y no inspecciones las estrellas y otras criaturas sobre las causas que te ocurren, ni adores al diablo, ni lo invoques, ni le preguntes nada, puesto que, si quisieras saber más de lo que te conviene conocer, serás engañado por el antiguo seductor, porque, cuando el primer hombre buscó más de lo que debió buscar, fue engañado por aquel y fue a la perdición. Pero sin embargo el diablo no conoció la redención del hombre, donde el Hijo de Dios mató a la muerte, y quebrantó el infierno; pues el diablo en el principio venció al hombre por la mujer; pero Dios al fin de los tiempos trituró al diablo por la mujer, que engendró al Hijo de Dios, quien milagrosamente redujo a la nada las obras diabólicas, tal como mi amado Juan testifica, diciendo: Para esto apareció el Hijo de Dios, para que disuelva las obras del diablo (1 Juan 3). ¿Qué es esto? Por la salud y salvación de los hombres apareció la máxima claridad, a saber, el Hijo de Dios, vistiendo la pobreza del cuerpo humano; pero brillando como una estrella

ardiente en las nubes sombrías, puesto así en el lagar, donde el vino sin la suciedad del fermento debía ser expresado, puesto que la misma piedra angular cayó sobre el lagar; y expresó tal vino que dio el máximo olor de suavidad. Pues él mismo, brillando como hombre claro sin la inundación de sangre poluta en el género humano, con el pie de su milicia conculcó la boca de la antigua serpiente: disolviendo del hígado de la iniquidad de aquel todos los dardos, que estaban llenos tanto de furor como de libido, lo volvió del todo despreciable. Por lo cual, quienquiera que tiene ciencia en el Espíritu Santo y alas en la fe; no transgreda mi amonestación, sino percíbala abrazándola en el gusto de su alma. VISIÓN CUARTA.

SUMARIO.---Querella del alma sobre el camino del error volviendo por la gracia de Dios a la madre Sión. Que en la hermosura de la justicia de Dios no puede encontrarse ninguna injusticia. De los escultiles y que deben ser desertados. El profeta Ezequiel sobre lo mismo. De la desigualdad del semen humano y de la diversidad de hombres procreados de allí. Palabras de Moisés a la misma cosa. Por qué nacen contraídos y distorsionados. Cómo el infante en el útero de la madre es vivificado y, salido de allí, es solidado y sustentado por el alma. Cómo el alma muestra sus fuerzas según las fuerzas del cuerpo. Que el hombre tiene tres sendas en sí. Del intelecto. De la voluntad. De las penas del alma. Similitud del fuego y del pan. De qué modo en el tabernáculo de la voluntad, esto es, en el ánimo, todas las fuerzas del alma se calientan y se conjuntan entre sí. De la razón.

Del sentido. Que el alma es la señora, la carne la esclava. Similitud del árbol con el alma. Que el alma inclinada a los pecados, compungida por el don de Dios, deserta los pecados. Que el alma tentada por las insidias diabólicas por la inspiración superna expulsa de sí los dardos del diablo. Que el alma desertando la habitación del cuerpo, con mucho tremor espera la sentencia de los juicios. Palabras de Dios a los hombres para que obedezcan los preceptos divinos, y rechazando el mal realicen fielmente el bien en el amor de Dios. De la fe católica. Del tabernáculo en el que entró. Palabras de Isaías. Querela del alma que resiste fuertemente a los torbellinos diabólicos con el auxilio de Dios. De los torbellinos que la persuasión diabólica inmite. Por qué causa se excitan estos errores. Por qué razón: la ira, el odio, la soberbia se reprimen. Querella del alma que sale de su tabernáculo con temor. Que la ciencia de Dios no se anubla por ninguna oscuridad de ninguna cosa.

Y después vi un esplendor máximo y serenísimo como llameante con muchísimos ojos, y teniendo cuatro ángulos vueltos a las cuatro partes del mundo; el cual, designando el secreto del superno Creador, me fue manifestado en un máximo misterio, en el cual también apareció otro esplendor semejante a la aurora que tenía en sí la claridad de un fulgor purpúreo. Y he aquí que vi en la tierra hombres que llevaban leche en vasos de barro y hacían quesos de ella; de la cual una parte fue espesa, de donde se hicieron quesos fuertes, una parte delgada, de la cual se

coagularon quesos débiles, y una parte mezclada con podredumbre, de la cual procedieron quesos amargos, y así vi como a una mujer que tenía en su útero la forma íntegra de un hombre. Y he aquí que, por la secreta disposición del superno Hacedor, la misma forma dio el movimiento de la moción vital, y una esfera ígnea que no tenía lineamientos de cuerpo humano poseyó el corazón de aquella forma, y tocó su cerebro, y se transfundió por todos sus miembros. Y después, saliendo aquella forma de hombre del útero de la mujer vivificada de este modo, según los movimientos que la esfera tuvo en aquella forma de hombre, según aquellos también mudó su color. Y vi que muchos torbellinos, invadiendo a una esfera de esta clase que permanecía en el cuerpo humano, la encorvaban hasta la tierra, pero ella, resumidas las fuerzas, irguiéndose varonilmente, les resistió varonilmente, y con gemido así se querelló:

Yo, peregrina, ¿dónde estoy? En la sombra de la muerte. ¿Y por qué camino voy? Por el camino del error. ¿Y qué consuelo tengo? El que tienen los peregrinos. Pues debí haber tenido un tabernáculo adornado con piedras cuadradas, más lúcido que el sol y las estrellas, porque el sol poniente y las estrellas ponientes no debían lucir en él, sino que en él debía haber gloria angélica, ya que el topacio debía ser su fundamento, y todas las gemas su estructura, sus escaleras puestas de cristal y sus plazas pavimentadas de oro. Pues yo debí ser compañera de los ángeles; porque soy un soplo viviente que Dios envió al limo seco. Por lo cual debería conocer a Dios y sentirlo. ¡Pero, ay!

cuando mi tabernáculo comprendió que podía ver con sus ojos por todos los caminos, puso su instrumento hacia el norte. ¡Ah! ¡ah! ¿dónde fui capturada y despojada de los ojos y del gozo de la ciencia, con mi vestidura toda rasgada, y así expulsada de mi herencia? Fui llevada a un lugar extraño, que carece de toda belleza y honor, donde estoy sometida al peor servicio. Pero también los que me capturaron, hiriéndome con bofetadas, me hicieron comer con los cerdos, y enviándome así a un lugar desierto, me ofrecieron también para comer las hierbas más amargas empapadas en miel. Después también, extendiéndome sobre un lagar, me afligieron con muchos tormentos, luego despojándome de mis vestiduras e infiriéndome muchas llagas, me dieron a una cacería donde las peores y venenosas serpientes como escorpiones, y áspides, y semejantes a mí hicieron captura y me rociaron toda con su veneno, de modo que de ahí quedé toda enervada y debilitada. Por lo cual ellos, burlándose de mí, dijeron: ¿Dónde está ahora tu honor? ¡Ah! yo entonces me estremecí toda, y con un gran gemido de dolor dije conmigo en silencio: ¡Oh, ¿dónde estoy?! ¡Ah!, ¿de dónde vine aquí? ¿Qué consolador de esta cautividad buscaré? ¿Cómo romperé estas cadenas? ¡Oh!, ¿qué ojo podrá ver mis heridas? ¿Y qué narices podrán soportar este hedor fétido? ¿O qué mano las ungirá con aceite? ¡Ah!, ¿quién otorgará misericordia a mi dolor? Que el cielo, pues, oiga mi clamor: y que la tierra tiemble con mi dolor, y que todo lo que vive se incline compadecido ante mi cautividad, porque un dolor amarguísi-

mo me oprime; ya que, sin consuelo y sin ayuda, soy peregrina. ¡Oh!, ¿quién me consolará, ya que también mi madre me ha desamparado, porque erré del camino de la salvación? ¿Quién me ayudará sino Dios? Pero cuando me acuerdo de ti, oh madre Sión, en quien debí habitar, miro los servicios amarguísimos a los que estoy sometida. Y cuando traigo a la memoria todo género de música que hay en ti, atiendo a mis heridas. Pero cuando también recuerdo el gozo y la alegría de tu gloria, entonces detesto aquellos venenos con los que estoy infectada. ¡Oh!, ¿a dónde me volveré? ¿Y a dónde huiré? Pues mi dolor es innumerable, ya que si perseverare en estos males, seré compañera de aquellos con quienes en la tierra de Babilonia conversé torpemente. ¿Y dónde estás tú, oh madre mía Sión? ¡Ay de mí!, porque de ti infelizmente me aparté, ya que si no te conociera, más levemente sobrellevaría mi dolor. Ahora, sin embargo, huiré de mis peores compañeros; porque la infeliz Babilonia me ha puesto en una balanza de plomo, y con pesadísimas vigas me ha oprimido, de modo que apenas puedo respirar. Pero cuando derramo mis lágrimas ante ti, oh madre mía, con mis gemidos, la infeliz Babilonia emite tales estrépitos de aguas sonoras, que tú no atiendes a mi voz. Por lo tanto, con mucha solicitud buscaré sendas estrechas, en las cuales pueda escapar de mis peores compañeros y de mi infeliz cautividad. Y cuando hube dicho estas cosas, me deslicé por una senda estrecha donde me escondí en un pequeño agujero contra el norte, llorando amarguísimamente, porque había perdido a mi

madre; allí también consideraba todo mi dolor y todas mis heridas, y tantas efusiones de lágrimas allí emití llorando y llorando; que todo el dolor y todo el cardenal de mis heridas, empapado por aquellas lágrimas, se humedeció. Y he aquí que un suavísimo olor, como una brisa leve emitida por mi madre, imbuyó mis narices. ¡Oh, cuántos gemidos y cuántas lágrimas derramé entonces, cuando sentí que aquel pequeño consuelo estaba presente! Y tantos aullidos con copiosos llantos di de gozo; que incluso aquel monte en cuyo agujero me había escondido se conmovió por ello. Y dije: Oh madre, oh madre Sión: ¿qué será finalmente de mí? ¿Y dónde está ahora tu noble hija? ¡Oh, cuánto tiempo, cuánto tiempo estoy privada de tu dulzura materna, tú que en muchas delicias blandamente me habías nutrido! Y en estas lágrimas tanto me deleitaba, como si viera a mi madre.

Pero mis enemigos, oyendo mis clamores, decían: ¿Dónde está aquella a quien hasta ahora hemos tenido en nuestro consorcio según nuestra voluntad, y que ha cumplido hasta ahora toda nuestra voluntad? He aquí que ahora invoca a los moradores del cielo. Excitemos, pues, todas nuestras artes, custodiándola con tanto empeño y tanta solicitud, que en ninguna parte pueda escapar de nosotros, porque primero nos la sometimos por completo. Si hiciéramos esto, otra vez nos seguirá. Pero yo, habiendo salido secretamente del agujero en que me había escondido, deseaba ir a cierta altura donde mis enemigos no pudieran encontrarme. Pero ellos me opusieron cierto mar de tanto hervor, que de ningún modo

pude vadearlo. Pero también había allí un puente de tanta pequeñez y estrechez, que ni siquiera por él pude pasar. Al final también de aquel mar apareció tal altura de montes de tales cumbres que sentí que ni allí se podía tener camino. Y dije: ¡Oh, ¿qué haré yo ahora, miserable?! Había sentido ahora por un poco la dulzura de mi madre, por lo cual pensaba que me quería reducir a sí; pero, ¡ay!, ¿me dejará otra vez? ¡Ay!, ¿a dónde me volveré? Pues si ahora llegare a mi primera cautividad, seré para mis enemigos motivo de escarnio ahora más que antes, porque fielmente clamé a mi madre y porque sentí por un poco la suavidad de su dulzura, ya que ahora de nuevo soy desamparada por ella. Pero yo, por aquella suavidad que primero había sentido viniendo por mi madre, todavía fui de tanta fortaleza que me volví hacia el oriente y que empecé de nuevo a intentar sendas estrechísimas.

Aquellas sendas, sin embargo, estaban tan cercadas de espinas y abrojos y otros impedimentos de esta clase, que apenas podía fijar en ellas huella alguna; pero, no obstante, con el mayor trabajo y sudor, atravesándolas finalmente a duras penas, por aquel esfuerzo incurrí en tal fatiga, que apenas podía respirar. Así, finalmente, escapando con la mayor fatiga a la cumbre del monte en que antes me había escondido, me incliné hacia su valle, donde, al querer descender, áspides, escorpiones, dragones y otras serpientes semejantes, saliendo al encuentro a la vez, emitieron sus silbidos contra mí. Por lo cual yo, aterrada, emití los mayores aullidos, diciendo: Oh madre,

¿dónde estás? Pues más levemente me dolería si no hubiera sentido antes la suavidad de tu visitación, porque ahora de nuevo caeré en aquella cautividad en que hace tiempo yacía. ¿Dónde está, pues, ahora tu auxilio? Entonces oí la voz de mi madre diciéndome: Oh hija, corre, pues te han sido dadas alas para volar por el más fuerte dador, a quien nadie puede resistir. Por tanto, sobrevuela velozmente todas estas contrariedades. Y yo, reconfortada con mucho consuelo, recibí aquellas alas y salté velozmente sobre todas aquellas cosas venenosas y mortíferas. Y llegué a cierto tabernáculo, que interiormente estaba todo fabricado de un acero fortísimo. Y entrando en él, hice obras de claridad, habiendo hecho antes obras de tinieblas. En aquel tabernáculo, sin embargo, puse al norte una columna de hierro sin pulir, en la cual suspendí abanicos de diversas plumas que se movían de acá para allá, y encontrando maná, lo comí. Al oriente, en cambio, construí un baluarte de piedras cuadradas, y encendiendo en él fuego, bebí allí vino mirrado con mosto. Pero al mediodía construí una torre de piedras cuadradas, en la cual suspendí escudos de color rojo, y en cuyas ventanas coloqué trompetas hechas de marfil. En medio, sin embargo, de aquella torre derramé miel, con la cual confeccioné un precioso ungüento con otros aromas, de modo que de él se difundiera un olor máximo por todo el ámbito del tabernáculo. Al occidente, en verdad, no puse obra alguna, porque aquella parte estaba vuelta hacia el siglo. Pero mientras tanto, mientras me ocupaba y versaba en este trabajo, mis enemigos,

arrebatando sus aljabas, agredieron mi tabernáculo con sus flechas; pero yo, por el empeño de la obra que hacía, no atendí a su locura hasta que las puertas del tabernáculo se llenaron de flechas; ninguna de las flechas, sin embargo, hirió la puerta ni pudo penetrar el acero del tabernáculo, por lo cual tampoco yo pude ser herida por ellos. Lo cual percibiendo ellos, emitieron una máxima inundación de aguas para derribarnos a mí y al tabernáculo; sin embargo, en esta malicia suya nada progresaron. Por lo cual me burlé audazmente de ellos, diciendo: El artífice que construyó este tabernáculo fue más sabio y más fuerte que vosotros. Por tanto, recogiendo vuestras flechas, deponedlas, ya que de ningún modo podrán en adelante lograr victoria alguna de vuestra voluntad en mí. He aquí, ¿qué heridas muestran? Yo con mucho dolor y trabajo libré muchísimas batallas contra vosotros, cuando me queríais entregar a la muerte; pero, sin embargo, no pudisteis, porque munida con armas fortísimas, vibré contra vosotros agudas espadas, por las cuales me defendí de vosotros denodadamente. Alejaos, pues, alejaos, ya que no podréis tenerme más.

Pero yo, frágil e indocta, vi también que muchísimos torbellinos, irrumpiendo en otra esfera, quisieron derribarla, pero no pudieron, ya que ella, repugnando fuertemente, no les dio lugar para ensañarse, sin embargo así dijo con querella: Aunque sea una pobrecilla, he obtenido sin embargo un gran oficio. ¡Oh!, ¿qué soy yo? ¿Y cuál es la querella de mi clamor? Pues soy un soplo viviente puesto en el hombre, en un tabernáculo

de médulas, venas, huesos y carne, de modo que al mismo tabernáculo le atribuyo vegetación, y lo llevo por todas partes en sus movimientos. Pero, ¡ay!, la sensibilidad de aquel profiere suciedad, lascivia y petulancia de costumbres y todos los géneros de vicios. ¡Ah!, oh, con cuán gran gemido me quejo de esto. Pues cuando tengo prosperidad de vida en las obras de mi tabernáculo, me ocurre la persuasión diabólica enredándome en todas las cosas, y en el hálito de la elación de tal modo me levanta que muchas veces digo: Yo quiero obrar según el apetito de las fuerzas de mi tierra; pues en mi tabernáculo entiendo todas las obras; pero por su concupiscencia de tal modo soy impedida que no discierno mis obras antes de que siento en mí graves heridas. ¡Oh!, ¿cuánto llanto emito entonces? Y digo: Oh Dios, ¿no me has creado tú? He aquí que la vil tierra me oprime. ¿Y así huyo en él? ¿Cómo? Cuando mi tabernáculo tiene concupiscencia carnal, entonces, porque tengo placer en la obra, con ella misma perfecciono aquella obra. Pero la razón que en mí con la ciencia florece, me muestra que he sido creada por Dios, en cuya razón también siento que Adán, cuando hubo transgredido el precepto divino, temiendo se escondió. Así también yo, temiendo, me escondo de la cara de Dios cuando siento mis obras en mi tabernáculo contrarias a Dios. Cuando, sin embargo, sobrepeso la balanza de plomo del pecado, desprecio todas aquellas obras que arden en las concupiscencias carnales. ¡Ay de mí, errabunda!, ¿cómo podré subsistir en estos peligros?

Y cuando la persuasión diabólica me invade diciéndome así: ¿Es acaso este bien lo que no conoces, ni lo que ves, ni lo que puedes hacer? ¿Qué será entonces? Y cuando otra vez dice: Lo que conoces, y lo que entiendes, y lo que puedes hacer, ¿por qué lo abandonas? ¿Qué haré entonces? Pero llena de dolor responderé. ¡Ay de mí, miserable!, porque por Adán me fueron insuflados venenos nocivos, cuando él mismo, habiendo transgredido el precepto divino y habiendo sido arrojado a la tierra, reunió tabernáculos carnales. Pues en el gusto que él mismo, por la desobediencia, probó en la manzana, una dulzura nociva se injerta en la sangre y en la carne, y así produce la polución de los vicios. Por lo cual siento en mí el pecado de la carne; pero al Dios purísimo, porque estoy embriagada por la culpa, lo descuido. Pero esto que el gusto de mi tabernáculo tiene en sí, no debo seguirlo. Pues por esto de que Adán en su primera aparición fue creado puro y simple por Dios, temo a Dios, sabiendo que por Él fui creada pura y simple. Pero ahora, por la mala costumbre de los vicios, me convierto en inquietud. ¡Oh, en todas estas cosas soy peregrina y errabunda! Por lo cual los torbellinos de diversos sonidos profieren muchas mentiras, que surgen en mí diciendo así: ¿Quién eres? ¿Y qué dices? ¿Y qué clase de certámenes ejerces? Pues eres infeliz. Porque ignoras si tu obra es buena o mala. ¿A dónde irás finalmente, y quién te conservará? ¿Y cuáles son aquellos errores que te conducen a la insania? ¿Realizarás lo que te deleita, o huirás de lo que te angustia? ¡Oh!, ¿qué harás?, porque esto sabes

y aquello ignoras. Pues lo que te deleita, esto no te es lícito, y a lo que te angustia, a esto eres compelida por el precepto de Dios. ¿Y de dónde sabes si estas cosas son así? Mejor te sería si no hubieras existido. Y después de que estos torbellinos así surgieron en mí, empiezo a andar por otro camino, que es pesado para mi carne, porque empiezo a hacer justicia. Pero otra vez dudo dentro de mí si esto es por el don del Espíritu Santo o no, y digo: Esto es inútil. Y luego quiero volar sobre las nubes. ¿Cómo? Sobre mi intelecto quiero ascender, y empezar aquellas cosas que no puedo realizar. Pero cuando intento hacer esto, excito en mí la máxima tristeza, de modo que ni en la altura de la santidad, ni en la llanura de la buena voluntad realizo obra alguna, sino que siento en mí la inquietud de la duda, de la desesperación, del duelo y de la opresión de todas las cosas. Y cuando la persuasión diabólica así me inquieta, ¡oh, cuánta calamidad me abruma entonces!, porque todos los males que son o pueden ser en vituperación, en maldición, en mortificación del cuerpo y del alma, en palabras torpes contra la limpieza, la salud y la altura que están en Dios: todos estos me ocurren a mí, infeliz. Por lo cual también esta iniquidad surge en mí, a saber, que toda felicidad y todo bien que hay tanto en el hombre como en Dios me será molesto y pesado, proponiéndome la muerte más que la vida. ¡Ah!, ¡qué infeliz certamen así, de trabajo en trabajo, de dolor en dolor, de cisma en cisma se me injerta, quitándome toda felicidad!

¿Pero de dónde se excita el mal de aquellos errores? De esto a saber: que la serpiente antigua tiene en sí astucia y versatilidad engañosa, así como el veneno mortífero de la iniquidad. Pues en su astucia me injerta la contumacia de los pecados, quitando mi intelecto del temor del Señor: de modo que no temo pecar, diciendo así: ¿Quién es Dios? No sé quién sea Dios. En su versatilidad engañosa, sin embargo, me induce una obturación, de modo que me obturo en el mal. Pero en el veneno mortífero de la iniquidad me quita el gozo espiritual, de modo que ni en Dios puedo alegrarme, induciéndome así la duda de la desesperación, a saber: que dudo si puedo salvarme o no. ¡Oh!, ¿qué son estos tabernáculos, que sostienen tales peligros en la decepción diabólica? Pero cuando por el don de Dios recuerdo las cosas que por Dios han sido creadas, entonces, entre estas opresiones, a estas persuasiones diabólicas respondo de este modo. No cederé a la frágil tierra, sino que ejerceré guerras fortísimas. ¿Cómo? Cuando mi tabernáculo quiera ejercer obras de injusticia, triturando la médula, la sangre y la carne en la sabiduría de la paciencia me defenderé, como el león fuerte se defiende, y como la serpiente en su cueva huyendo del golpe de la muerte se esconde. Pues ni debo recibir las flechas del diablo, ni ejercer la voluntad de la carne. ¿Cómo? Pues cuando la ira quiera cebarse en mi tabernáculo, miro hacia la bondad de Dios a quien la ira nunca tocó, y así salgo más suave que el aire que con su lenidad riega la aridez de la tierra, teniendo gozo espiritual, cuando las virtudes

empiezan a mostrar en mí su vigor. Y así siento la bondad de Dios. Cuando, sin embargo, el odio intentara denigrarme, miro la misericordia y el martirio del Hijo de Dios, y así constriño mi carne recibiendo con fiel recuerdo el suave olor de las rosas que nacen de las espinas, y así reconozco a mi Redentor. Pero cuando la soberbia pretendiera poner en mí la torre de su vanidad sin el fundamento de la piedra, y erigir en mí esta altura que a nadie quiere tener por semejante, sino verse siempre más alta que los demás, ¡oh!, ¿quién me socorrerá entonces, ya que la serpiente antigua, que queriendo estar sobre todos cayó en la muerte, intenta derribarme? Entonces con dolor digo: ¿Dónde está mi rey y mi Dios? ¿Qué puedo de bueno sin Dios? Nada. Y así miro de nuevo a Dios que me dio la vida, y corro a aquella beatísima Virgen que trituró la soberbia de la antigua cueva; convertida así en fortísima piedra del edificio de Dios, el lobo rapacísimo que fue estrangulado por el anzuelo de la divinidad, no podrá vencerme en adelante. Y así reconozco el bien suavísimo, esto es, la humildad en la altura de Dios y en el recuerdo entre todas de la humildad de la beatísima Virgen, sintiendo la suavidad del bálsamo indeficiente, y así gozando en la dulzura de Dios como si estuviera en el olor de todos los pigmentos; también derribo los demás vicios con la fortísima humildad.

Y después yo, pobrecilla, vi que otra cierta esfera, contrayéndose de los lineamientos de su forma, resolvió sus nodos y se extrajo de ellos con gemido, y doliéndose rompió su sede. Y dijo: Del

tabernáculo mío saldré. Pero yo, miserable y llena de duelo, ¿a dónde iré? Por sendas horrendas y temibles al juicio donde seré juzgada. Pues las obras que en mi tabernáculo operé mostraré, y allí recibiré la remuneración según mis méritos. ¡Oh, cuánto temor! oh, cuánta angustia habrá allí para mí! Y cuando se resolvía de este modo, vinieron unos espíritus tanto lúcidos como sombríos que fueron compañeros de su conversación según la cual en su sede se había movido, esperando su resolución para que, después de que se hubiera soltado, la llevaran consigo. Y oí una voz viviente diciéndoles: Según sus obras, sea llevada de lugar en lugar; y otra vez oí de cielo una voz diciéndome: La bendita e inefable Trinidad se manifestó al mundo, cuando el Padre envió a su Unigénito, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen, al mundo para que los hombres nacidos en mucha diversidad y ligados por muchos pecados fueran reducidos por Él a la vía de la verdad, de modo que ellos mismos, absueltos de los nexos de la mole corpórea, llevando consigo obras buenas y santas, alcanzaran los gozos de la herencia superna. Lo cual para que más profundamente, oh hombre, captes y más abiertamente juzgues: ves un máximo y serenísimo esplendor como llameante con muchísimos ojos, y que tiene cuatro ángulos vueltos a las cuatro partes del mundo, que significa la gran ciencia de Dios en los misterios y pura en las manifestaciones, radiando con máxima profundidad de perspicuidad y extendiendo agudísimas vistas de estabilidad cuadriforme a las cuatro plagas

del orbe donde ella misma tanto a los que son arrojados como a los que son recogidos viniendo agudísimamente prevé, mostrando el misterio de la superna majestad: que en el tipo de la suma altura y profundidad se te demuestra como ves. En el cual también aparece otro esplendor similar a la aurora que tiene en sí la claridad del fulgor purpúreo; porque la ciencia de Dios también muestra esto, que el Unigénito del Padre tomando carne de la virgen, se dignó derramar su sangre en el candor de la fe para la salvación de los hombres, en cuya ciencia de Dios, se muestran los buenos y los malos, ya que ella no se nubla con la oscuridad de ninguna cosa. Pero tú, oh hombre, dices: ¿Qué hará el hombre, siendo que Dios preconoció todas las cosas que él ha de hacer? A lo cual yo:

A menudo también, como ves, en Mi olvido y en la irrisión del diablo, se perpetra allí la conmixtión de varón y hembra, y allí se encuentra la contracción de los humanos nacientes: para que, ya que sus padres transgredieron Mis preceptos, torturados en sus propios hijos vuelvan a Mí en penitencia; a menudo también permito que esta admirable creación se haga en los hombres para Mi gloria y la de Mis santos, de modo que, mientras aquellos que están distorsionados de este modo son restituidos a la salud por la subvención de Mis electos, Mi nombre sea glorificado por los hombres tanto más ardientemente por esto. Pero quienes se obligan por esta ley, de tal modo que apetecen el decoro de la virginidad; como la aurora ascienden a los secretos celestiales, porque por

el amor de Mi Hijo cortan de sí las delectaciones de su cuerpo.

Pero lo que ves como una mujer que tiene como una forma íntegra de hombre en su útero: esto es porque después de que la hembra ha concebido la semilla humana, el infante se forma en la integridad de sus miembros en la cámara oculta de su vientre. Y he aquí que, por la secreta disposición del Superno Creador, esa misma forma da el movimiento de vívida moción; ya que tú [sabes] que, en la secreta y oculta orden y voluntad de Dios, el infante en el útero materno recibe el espíritu en el tiempo congruo y rectamente dispuesto divinamente, y por el movimiento de su cuerpo muestra que vive, tal como la tierra se abre y profiere las flores de su fruto cuando el rocío ha caído sobre ella. De modo que, como una esfera ígnea que no tiene lineamientos de cuerpo humano, posee el corazón de esa forma, porque el alma, ardiendo en el fuego de la profunda ciencia, discierne diversas cosas en el circuito de su comprensión; y no teniendo forma de miembros humanos: ya que ella, no siendo ni corpórea ni caduca como es el cuerpo del hombre, conforta el corazón del hombre: el cual, existiendo como fundamento del cuerpo, rige todo el cuerpo y, como el firmamento del cielo, contiene las cosas inferiores y cubre las superiores, y también toca el cerebro del hombre, porque en sus fuerzas no solo sabe de lo terreno, sino también de lo celestial, cuando conoce sabiamente a Dios, y se transfundre por todos los miembros del hombre, ya que tributa el vigor de las médulas, de las venas y de todos los miembros

a todo el cuerpo, tal como el árbol imparte desde su raíz el jugo y el verdor a todas sus ramas.

Pero después, esa forma de hombre saliendo del útero de la mujer vivificada de este modo, según los movimientos que esa esfera tiene en la misma forma de hombre, según ellos también cambia su color; porque después de que el hombre ha recibido el espíritu vital en el útero materno y así ha nacido, y ha dado los movimientos de su operación según aquellas obras que el alma opera con el cuerpo, según estas también existen sus méritos, ya que de las buenas se induce claridad y de las malas tinieblas para sí.

Ella también, según las fuerzas del cuerpo, muestra sus propias fuerzas, de tal modo que en la infancia del hombre profiere sencillez, y en la juventud fortaleza; pero en la edad plena, cuando todas las venas del hombre están llenas, declara sus fuerzas más poderosas en la sabiduría, así como también el árbol, siendo tierno en su primer brote y luego mostrando fruto en sí, finalmente lo produce con plenitud de utilidad; pero también después, en la senectud del hombre, cuando la médula y sus venas han comenzado ya a inclinarse hacia la debilidad, el alma muestra fuerzas más leves, como en el tedio de la ciencia del hombre: a la manera en que también el jugo del árbol, cuando ya insta el tiempo invernal, se contrae en sus ramas y hojas, y como ese mismo árbol en su senectud comienza ya a inclinarse.

Pero el hombre tiene tres sendas en sí. ¿Qué es esto? El alma, el cuerpo y los sentidos; en estos se ejercita la vida del hombre. ¿Cómo? El alma vivi-

fica el cuerpo e inspira los sentidos; el cuerpo, en cambio, atrae hacia sí el alma y abre los sentidos; pero los sentidos tocan el alma y atraen al cuerpo. Pues el alma presta vida al cuerpo, como el fuego infunde luz en las tinieblas: teniendo dos fuerzas principales, a saber, el intelecto y la voluntad, como dos brazos; no porque el alma tenga brazos para moverse a sí misma, sino porque en estas fuerzas se manifiesta, como el sol se declara por su esplendor.

Por lo cual, oh hombre a quien no grava la carga de las médulas, atiende en la ciencia de las Escrituras. El intelecto está tan fijado al alma como el brazo al cuerpo. Pues como el brazo, al cual está adjunta la mano con los dedos, se extiende desde el cuerpo, así también el intelecto, con la operación de las otras fuerzas del alma con las que entiende cada obra del hombre, procede certísimamente del alma; pues él mismo, sobre las otras fuerzas del alma, entiende cualquier cosa que hay en las obras de los hombres, sea buena o sea mala; de tal modo que por él, como por un maestro, se entienden todas las cosas, ya que el alma misma de este modo lo discute todo, tal como el trigo es purgado de toda contrariedad; inquiriendo si son útiles o inútiles, si amables u odiables, o si pertenecen a la vida o a la muerte. Por lo cual, así como el alimento sin sal es insulso, así también las otras fuerzas del alma sin el intelecto son insípidas y no discernientes. Pero él mismo está en el alma como la escápula en el cuerpo, siendo la médula en el cerebro de las otras fuerzas del alma y como el hombro fuerte del cuerpo, entendiendo también

la divinidad y la humanidad en Dios es una cierta inflexión del brazo; así también teniendo la fe recta en su obra: que es también la inflexión de la mano, con la cual entonces discierne diversas obras en la discreción como con los dedos; pero él mismo no opera como las otras fuerzas del alma. ¿Qué es esto?

Pues la voluntad calienta la obra y el ánimo la recibe y la razón la produce, pero el intelecto entiende la obra mostrando el bien y el mal, tal como los ángeles tienen intelecto amando el bien y odiando el mal. Y como el cuerpo tiene corazón, así también el alma el intelecto, que también en aquella parte del alma ejerce su fuerza, como la voluntad en la otra. ¿Cómo? Pues la voluntad tiene gran fuerza del alma. ¿Cómo? El alma está en el ángulo de la casa, esto es, en el firmamento del corazón, como algún hombre en algún ángulo de su casa para que, observando toda la casa, rija todos los instrumentos de la casa, levantando el brazo derecho señalando y mostrando cada cosa útil de su casa y volviéndose hacia el oriente. Así también hace el alma por las plazas de todo el cuerpo, mirando hacia el orto del sol; pues ella misma pone la voluntad como el brazo derecho en el firmamento de las venas y médulas y en la conmoción de todo el cuerpo, ya que la voluntad opera cualquier obra, sea buena o sea mala. Pues la voluntad es como un fuego que cuece cada obra como en un horno. Pues el pan se cuece para esto, para que los hombres alimentados de él se reconforten, de modo que puedan vivir. Así también la voluntad es la fortaleza de toda la obra, porque

ella misma en la decepción muele y en el robo pone la levadura, y en la dureza machaca; y así preparando su obra como el pan en la consideración, la cuece en la perfección por la plena obra de su ardor, y de este modo hace mayor alimento para los hombres en la obra que en el pan; pues el alimento del hombre a veces cesa en él: pero la obra de la voluntad en él perdura hasta la separación de su alma del cuerpo, y en cuán gran diversidad sea la obra, a saber, desde la infancia, desde la juventud, desde la edad plena, desde la decrepitud encorvada; sin embargo, en la voluntad camina y en ella demuestra su perfección.

Pero la voluntad tiene en el precordio del hombre un cierto tabernáculo, a saber, el ánimo, al cual tanto el intelecto como la voluntad misma y cada fuerza del alma inspiran con su fortaleza, y todas estas en el mismo tabernáculo se calientan y se conjuntan mutuamente. ¿Cómo? Si la ira se levantara, la hiel se infla y así, emitiendo humo en el tabernáculo, perfecciona la ira. Pero si una torpe delectación se erigiera, el incendio de la libido se suscita en su materia, y esa petulancia que pertenece al pecado se levanta, y en el mismo tabernáculo se coaduna. Pero hay otro amable gozo, que en este tabernáculo se enciende del Espíritu Santo; al cual el alma congozándose lo recibe fielmente, y perfecciona la obra buena en los deseos celestiales. Hay también una cierta tristeza, de la cual en el mismo tabernáculo, de aquellos humores que están alrededor de la hiel, nace el torpor: pariendo indignación, obduración y contumacia en los hombres, y deprimiendo

el alma, a menos que por la gracia de Dios socorriendo sea arrebatada más pronto. Pero también cuando al tabernáculo le ocurren causas contrarias: frecuentemente se conmueve en odio y en las demás cosas mortíferas que matan el alma, y preparan grandes ruinas en la perdición.

Pero cuando la voluntad quiere, mueve los instrumentos de su tabernáculo, y los deposita en el ferviente calor, sean buenos o sean malos. Que si a la voluntad le placieron aquellos instrumentos, allí cuece su alimento y lo propone al hombre para gustar. Por lo cual también en el mismo tabernáculo surge una muchísima turba de bien y de mal: a la manera en que cuando algún ejército se coaduna en algún lugar. Pero cuando el príncipe del ejército sobreviene, si aquel ejército le plació, lo recibe; si en cambio le displació, lo manda irse; así también hace la voluntad. ¿Cómo? Si el bien o si el mal surgió en el precordio del corazón, la voluntad o lo perfecciona o lo descuida. Pero también en el intelecto y en la voluntad la razón se muestra como el sonido del alma; la cual perfecciona cada obra, sea de Dios o del hombre. Pues el sonido levanta la palabra a lo alto; como el viento que subleva al águila para que pueda volar, así también el alma emite el sonido de la razón tanto en el oído como en el intelecto de los hombres; para que sus fuerzas sean entendidas y para que cada obra sea llevada a lo perfecto. El cuerpo, en cambio, es el tabernáculo y el alivio de todas las fuerzas del alma, ya que el alma permaneciendo en el cuerpo, opera con el cuerpo, y el cuerpo con ella, sea el bien o sea el mal.

El sentido, en verdad, es aquello a lo cual la obra de las fuerzas interiores del alma se adhiere; de tal modo que ellas mismas se entienden en los frutos de cada obra por él, y él les está sujeto; porque ellas lo conducen a la obra, pero no es él mismo quien les impone la obra, ya que es su sombra, haciendo según lo que a ellas les ha placido. Pero también el hombre exterior, primero con el sentido en el vientre de la madre antes de que nazca, se despierta; permaneciendo las demás fuerzas del alma todavía en lo escondido. ¿Qué es esto? La aurora denuncia la luz del día; así también el sentido del hombre declara todas las fuerzas del alma con la razón. Y como la ley y los profetas penden de dos preceptos de Dios, así también los sentidos del hombre vigoran en el alma y en sus fuerzas. ¿Qué es esto? La ley ha sido puesta para la salvación del hombre, y los profetas manifiestan los secretos de Dios: así también el sentido del hombre repele del hombre cada cosa nociva y desnuda las cosas interiores del alma. Pues el alma inspira el sentido. ¿Cómo? Ella misma vivifica al hombre con rostro viviente, y lo dota de vista, oído, gusto, olfato y tacto. De tal modo que el hombre, por el sentido del tacto, esté vigilante en todas las cosas; pues el sentido es el signo de todas las fuerzas del alma, así como el cuerpo es el vaso del alma. ¿Cómo? El sentido cierra todas las fuerzas del alma. ¿Qué es esto? El hombre es conocido en el rostro, ve con los ojos, oye con los oídos, abre la boca para hablar, palpa con las manos, camina con los pies, y por eso el sentido en el hombre es como las piedras

preciosas, y como un precioso tesoro sellado en un vaso. Pero como el vaso se ve, y el tesoro en él se conoce; así también en el sentido se entienden las demás fuerzas del alma. El alma, en cambio, es la maestra, la carne en verdad es la sierva. ¿Cómo? El alma rige todo el cuerpo en la vivificación, el cuerpo en cambio recibe el régimen de aquella vivificación, ya que si el alma no vivificara el cuerpo, el cuerpo se disolvería en la solución. Pero cuando el hombre opera una obra mala sabiéndolo el alma, esto es tan amargo para el alma como el veneno para el cuerpo cuando ese cuerpo lo recibe a sabiendas. De la buena obra, en cambio, el alma se goza, así como también el cuerpo se deleita con el suave alimento. Y el alma se infunde en el cuerpo así, como el jugo en el árbol. ¿Qué es esto? Por el jugo el árbol verdea y produce flores y después hace fruto, así también el cuerpo por el alma. ¿Y cómo entonces el fruto del árbol es llevado a la madurez? Por el temple del aire. ¿Cómo? El sol lo calienta, la lluvia lo irriga, y así se perfecciona en el temple del aire. ¿Qué es esto? La misericordia de la gracia de Dios ilustra al hombre como el sol, la inspiración del Espíritu Santo lo irriga como la lluvia, y así la discreción, como un buen temple del aire, lo conduce a la perfección de los buenos frutos.

Pero también el alma en el cuerpo es como el jugo en el árbol y sus fuerzas como la forma del árbol. ¿Cómo? El intelecto en el alma es como el verdor de las ramas y de las hojas en el árbol, la voluntad en cambio como las flores en él, el ánimo en verdad como su primer fruto brotando,

la razón en cambio como el fruto perfeccionado en la madurez, el sentido en verdad como la extensión de su latitud. Y según este modo el cuerpo del hombre es solidado y sustentado por el alma. Por lo cual, oh hombre, entiende qué eres en tu alma; tú que depones tu buen intelecto, y quieres compararte con las bestias.

Pero en cuanto tú, oh hombre, viendo estas cosas, considera también que muchísimos torbellinos, invadiendo una cierta esfera de este tipo que permanece en el cuerpo humano, la encorvan hasta la tierra: esto es que, mientras el hombre vive en el alma y en el cuerpo, muchas tentaciones invisibles perturban el alma del hombre, las cuales frecuentemente la inclinan por la delectación de la carne a los pecados de las concupiscentias terrenas, pero ella, resumidas las fuerzas, erigiéndose varonilmente, les resiste fuertemente; porque el hombre fiel y solícito, cuando ha pecado, a menudo compungido por el don de Dios deserta de los pecados y, poniendo su esperanza en Dios, arroja los fingimientos diabólicos, buscando fielmente a su Creador, tal como también el alma fiel verdaderamente mostró arriba, quejándose de sus miserias.

Pero lo que ves, que en otra esfera muchísimos torbellinos irrumpen queriendo derribarla, pero sin embargo no pueden, es porque muchísimas insidias diabólicas, invadiendo esa alma, intentan arrastrarla a los pecados de muchos crímenes, pero sin embargo no pueden prevalecer sobre ella con sus ilusiones ya que ella, repugnando fuertemente, no les da lugar para ensañarse,

pues muniéndose por la superna inspiración, expulsa de sí los dardos de las falaces decepciones y recurre a su Salvador, tal como también declara arriba en las palabras de su querella, como ha sido premostrado.

Lo que, en verdad, como ves, otra cierta esfera contrayéndose de los lineamientos de su forma resolvió sus nodos: esto es que aquella alma, desertando de los miembros de su habitáculo corporal, dejó la juntura de ellos cuando el tiempo de la resolución de su habitáculo instó, y se extrajo de ellos con gemido, y doliéndose rompió su sede, ya que quitándose de su cuerpo con angustia, permite que el lugar de su habitación caiga con mucho tremor, temiendo el inminente juicio del superno juez, porque entonces sentirá los méritos de sus obras por el justo juicio de Dios, tal como también manifiesta arriba en su querella.

Por lo cual, cuando se resuelve de este modo, viene un cierto espíritu; tanto lúcido como sombrío, que fueron compañeros de su conversación según la cual se movió en su sede; porque en aquella resolución, cuando el alma del hombre deserta de su habitáculo, están presentes espíritus angélicos tanto buenos como malos según la justa y verdadera ordenación de Dios, quienes fueron inspectores de sus obras según lo que en su cuerpo con el cuerpo operó, esperando su resolución para que, después de que se haya soltado, la lleven consigo, ya que ellos mismos aguardan la sentencia del justo juez acerca de aquella alma en la separación de ella del cuerpo; para que ella,

soltada del cuerpo, la lleven a donde el superno juez haya juzgado según los méritos de las obras de ella, como allí también, oh hombre, ha sido fielmente premostrado.

Por tanto vosotros, oh mis carísimos hijos, abrid vuestros ojos y vuestros oídos, y obedeced mis preceptos. ¿Y por qué despreciáis a vuestro Padre, que os liberó de la muerte? Los coros de los ángeles cantan: *Justo eres, Señor*, ya que la justicia de Dios no tiene mancha alguna; quien también liberó al hombre no por su poder, sino por compasión, cuando envió a su Hijo para la redención del hombre al mundo. Pues ninguna contaminación de heces ensucia al sol, así tampoco ninguna perversidad de injusticia podrá tocar a Dios. Pero tú, oh hombre, en la ciencia contemplativa miras el bien y el mal. ¿Y qué eres: cuando te ensucias en la multitud de los deseos carnales? ¿Y qué eres: cuando las clarísimas gemas de las virtudes brillan en ti? El primer ángel despreció el bien y codició el mal, por lo cual recibió el mal en la muerte de la perdición eterna, y fue sepultado en la muerte, porque arrojó lo que es bueno. Los ángeles buenos en verdad despreciaron el mal y amaron el bien, viendo la caída del diablo que quería oprimir la verdad y erigir la mentira: por lo cual ellos mismos se encendieron en el amor de Dios teniendo el firme fundamento de todo bien, de modo que no quieren otra cosa sino lo que place a Dios, nunca cesando en su alabanza. Pero también el primer hombre conoció a Dios y lo amó en simplicidad y recibiendo su precepto se sometió a la obediencia, después se inclinó

al mal, habiendo operado la inobediencia. Pues cuando el diablo le sugirió el mal, desertó del bien y perpetró el mal, y fue arrojado del paraíso. Por lo cual el mal debe ser arrojado en la perdición de la muerte, y el bien debe ser abrazado en el amor de la vida. Pero tú, oh hombre, cuando tienes el recuerdo del bien y del mal estás puesto como en una encrucijada, porque si entonces hubieras despreciado las tineblas del mal queriendo mirar en aquel de quien eres criatura y a quien confesaste en el santo bautismo donde la antigua culpa de Adán fue arrojada, y si hubiera dicho que quieres huir del diablo y de su malicia y seguir al Dios verdadero y sus preceptos; entonces considera cómo eres enseñado a declinar del mal y a hacer el bien, y porque el Padre celestial no perdonó a su Unigénito, sino que lo envió para tu liberación, y ora a Dios para que te socorra, y él mismo escuchándote, dirá: Estos ojos me placen. Y si entonces hubieras arrojado el tedio corriendo fuertemente en los mandatos de Dios, él en todas partes escucha el clamor de tus oraciones. Pues debes domar tu carne y subyugarla al imperio del alma. Pero tú dices: Tantos y tan grandes pesos siento en mi carne, que no soy capaz de superarme. Pero ya que Dios es bueno, que él mismo me haga bueno. ¿Cómo podría domar mi carne siendo hombre? Dios es bueno, que él mismo perfeccione todas las cosas buenas en mí. Pues cuando le haya placido, podrá hacerme bueno. Pero te respondo: Ya que Dios es bueno, ¿por qué desprecias conocer su bondad? porque él mismo entregó a su Hijo por ti; quien te liberó en muchas tribu-

laciones y en grandes trabajos de la muerte. Pero cuando dices que no puedes operar obras buenas, esto lo dices en la injusticia de la iniquidad. Pues tienes ojos para ver, oídos para oír, corazón para pensar, manos para operar, pies para caminar; de modo que con todo tu cuerpo puedes erigirte o inclinarte, dormir o vigilar, comer y ayunar; así te creó Dios. Por lo cual también resiste a las concupiscencias de tu carne y Dios te ayudará. Pues cuando te opones al diablo como un fuerte guerrero a su enemigo; entonces Dios se deleita en tu certamen, queriendo que lo invoques constantemente en todas las horas y en todas tus angustias. Pero cuando no quieres domar tu carne, entonces la haces banquetear en vicios y pecados, ya que le quitas el freno del temor del Señor; con el cual deberías coercerla, para que no fuera a la perdición. Por lo cual así miras hacia atrás al diablo tal como él también miró hacia la iniquidad, cuando cayó en la muerte. Y él mismo gozándose de tu perdición dice: He aquí el hombre que es semejante a nosotros. Y entonces cae sobre ti, y repone sus caminos en la sombra de la muerte según lo que le place en ti. Pero Dios sabe qué de bueno puedes hacer; por eso te ha sido puesta la ley, según lo que puedes trabajar. Dios desde el principio del siglo hasta la consumación de él quiere complacerse en sus electos, para que ellos siendo fidelísimamente adornados en la claridad de las virtudes sean coronados. ¿Cómo? Que el hombre resista a la voluntad de su carne de este modo para que no se disuelva en las delicias de este mundo, ni tampoco viva tan seguro, como si per-

maneciera en su propia casa, ya que es peregrino, porque su Padre lo espera; si quiere volver a él en el cielo, donde sabe que él está. Por lo cual, oh hombre, si hubieras vuelto tus ojos a las dos sendas, esto es al bien y al mal: entonces eres enseñado, y entiendes las cosas grandes y las pequeñas. ¿Cómo? Por la fe entiendes a un solo Dios en la divinidad y en la humanidad; y también ves que las obras diabólicas están en el mal. Y cuando así hubieras conocido los caminos justos e injustos; entonces por mí eres interrogado. ¿Qué camino deseas ir? Si entonces hubieras querido ir por los buenos caminos, y si hubieras oído fielmente mis palabras: ora a Dios con asidua y sincera oración para que te socorra y para que no te deserte, ya que eres frágil en tu carne, e inclina tu cabeza a la humildad; y sacude aquellas cosas que en tus obras son malas, y arrójalas de ti apresuradamente; esto requiere Dios de ti. Y como si alguien te propusiera oro y plomo y dijera, extiende tu mano a lo que hubieras querido: con muchísima avidez tomarías el oro y dejarías el plomo, porque amarías más el oro que el plomo. Así también debes atender a la patria celestial más que a la depresión de los pecados. Que si hubieras caído en pecados, pronto surge en la confesión y pura penitencia, antes de que la muerte surja en ti. Pues tu Padre quiere que clames, llores y pidas auxilio: para que no permanezcas en las suciedades de los pecados. Pero si hubieras recibido heridas, busca un médico para que no mueras. ¿No envía a menudo Dios tempestades a los hombres, para que con tanto mayor atención sea invocado por

ellos? Pero tú, oh hombre, dices: No puedo operar obras buenas. Yo en verdad digo: Puedes. Y tú preguntas, ¿cómo? Respondo: Por el intelecto y la razón. Dices: No tengo el deseo en mí. Respondo: Aprende a luchar contra ti mismo. And dices: No soy capaz de luchar contra mí mismo, a no ser que Dios me haya ayudado. Oye por tanto cómo luches contra ti mismo: Cuando el mal surge en ti no sabiendo cómo arrojarlo; entonces ayudado por el tacto de mi gracia (pues en los caminos de tus ojos interiores mi gracia te toca) clama, ora, confiesa y llora; para que Dios te socorra, y para que quite el mal de ti, y para que te atribuya fuerzas en el bien; pues esto tienes de la ciencia por la cual entiendes a Dios por la inspiración del Espíritu Santo; pues si fueras el operario de algún hombre: ¿cuántas veces convendría que hicieras aquello que fuera difícil para tu cuerpo, no sostendrías muchas cosas laboriosamente por causa de tu recompensa terrena? ¿Y por qué no sirves a Dios por causa de la recompensa superna; que te dio tanto el alma como el cuerpo? Pues si quisieras tener alguna cosa temporal, oh cuánto trabajarías para que pudieras tenerla al menos por un pequeño tiempo. Ahora sin embargo te hastía buscar aquello que no tiene fin. Pues como el buey es aguijoneado por el estímulo, así también tú debes ejercitar tu cuerpo con el temor del Señor; porque si hicieras esto, Dios no te arrojará. Pues si algún tirano te cautivara, enseguida te convertirías a aquel que pudiera serte de auxilio y le suplicarías y le orarías, y le prometerías tu sustancia para que te socorriera. Así también tú, oh

hombre, haz cuando la iniquidad te haya tomado; convirtiéndote a Dios suplica, ora y promete tu corrección, y Dios te ayudará. Pero tú, oh hombre, eres ciego para ver, sordo para oír, insensato para defenderte; ya que el intelecto que Dios te infundió y los cinco sentidos de tu cuerpo que te dio, los tienes como por nada y por vanidad. ¿No tienes intelecto y ciencia? El reino de Dios puede ser comprado, pero no adquirido por juego. Oíd por tanto, oh hombres, y no despreciéis la entrada de la Jerusalén celestial, no toquéis la muerte y neguéis a Dios y confeséis al diablo, no crezcáis en pecados, y faltéis en las cosas buenas. For you do not wish to hear God when you refuse to walk in His precepts, and you run to the devil when you contend to perfect the desire of your flesh. Arrepentíos por tanto y confortaos porque esto os es necesario. El hombre fiel sin embargo considere su dolor y busque un médico antes de que caiga en la muerte. Que si hubiera inspeccionado su dolor y buscado un médico, él siendo hallado le mostrará el amargo jugo del pigmento por el cual podrá ser sanado, que son las amargas palabras por las cuales debe ser probado, si su penitencia procede de la raíz de su corazón o del viento de su inestabilidad. Y cuando haya probado esto, le da el vino de la compunción y de la penitencia, para que lave el hedor de sus heridas y también le ofrece el aceite de la misericordia para que unja las mismas heridas para la salud. Entonces también le ordena que sea solícito acerca de su salud, diciendo: Mira que permanezcas estudioso y estable en esta medicina, ni tomes tedio de ello,

porque tus heridas son graves. Pero hay muchos que apenas reciben la penitencia de sus pecados, y aunque con mucho trabajo sin embargo la realizan por causa del miedo a la muerte. Pero yo les tiendo mi mano, y les vuelvo aquella amargura en dulzura, de modo que realizan aquella penitencia por causa de mi amor con gran tranquilidad, la cual empezaron con gran dificultad. Aquel sin embargo que haya descuidado la penitencia de sus pecados, ya que dice que castigar su cuerpo le es difícil, es miserable porque no quiere mirar en sí mismo, ni buscar ningún médico, ni que sus heridas sean sanadas, sino que oculta la peor lividez en sí mismo y cubre la muerte en simulación para que no pueda ser vista. Por lo cual es perezoso para el gusto de la penitencia, no queriendo mirar en el aceite de la misericordia, ni buscar la consolación de la redención: y por eso se apresura a la muerte ya que amó la muerte, ni buscó el reino de Dios. Por tanto, oh fieles, corred en los preceptos de Dios, para que la condenación de la muerte no os aprehenda. Imitad al nuevo Adán, y arrojad al hombre viejo. Pues para el que corre, el reino de Dios está abierto, para el que yace en la tierra sin embargo, está cerrado, pero miserables son aquellos que veneran al diablo, ignorando a Dios. ¿Cómo? Quienes no adoran a un solo Dios en Trinidad; ni quieren conocer la Trinidad en la unidad. Por lo cual el que quiera salvarse, no dude en la recta y católica fe. ¿Qué es esto? Ya que no adora al Padre, quien niega al Hijo; ni ama al Hijo, quien ignora al Padre; ni tiene al Hijo, quien arroja al Espíritu Santo; ni recibe al

Espíritu Santo, quien no venera al Padre y al Hijo. Por tanto la unidad en la trinidad, y la trinidad en la unidad debe ser entendida. Oh hombre, ¿no eres viviente sin corazón y sin sangre? Así ni el Padre debe ser creído sin el Hijo ni sin el Espíritu Santo, ni el Hijo sin el Padre, ni sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin ellos. Pero el Padre envió a su Hijo para la redención del hombre al mundo y de nuevo lo retiró a sí mismo: tal como el hombre emite los pensamientos de su corazón, y de nuevo los recolecta para sí. Por lo cual acerca de esta salutífera misión del Unigénito de Dios, Isaías habla en la voluntad de la superna majestad, diciendo: *El Señor envió la Palabra a Jacob, y cayó en Israel* (Is. IX). Lo cual se dice: la Palabra por la cual todas las cosas fueron hechas, a saber el Unigénito de Dios, que estuvo siempre en el corazón del Padre según la divinidad sin principio de tiempo, el Señor lo envió, a saber el Padre superno por las bocas de los profetas a Jacob, cuando ellos mismos fielmente preanunciaban que el mismo Hijo de Dios habría de venir al mundo para la salvación de los hombres; para que los hombres prevenidos y premunidos por ellos, suplantaran prudentemente al diablo, y declinaran sabiamente las astucias de sus decepciones. Y así la misma palabra cayó en Israel, cuando el mismo Unigénito de Dios vino a la alta pureza de la virgen, en la cual ningún hombre impuso su paso; sino que mantuvo su flor inviolablemente, para que él nacido de la virgen, pudiera conducir de vuelta a aquellos que ignoraban la luz de la verdad por la falaz ceguera al verdadero camino,

y los restituyera a la indeficiente salvación. Por lo cual quienquiera que tenga ciencia en el Espíritu Santo y alas en la fe, no transgreda esta mi amonestación, sino que la perciba abrazándola en el gusto de su alma.

LA QUINTA VISIÓN.

SUMARIO.---Sobre la Sinagoga, madre de la encarnación del Hijo de Dios. Las palabras de Salomón. Las palabras del profeta Isaías. Sobre el diverso color de la Sinagoga. Sobre su ceguera, y qué significa que en su corazón estaba Abraham, en su pecho Moisés, en su vientre los demás profetas. Que era grande como una torre, teniendo en la cabeza un círculo semejante a la aurora. Las palabras de Ezequiel. Comparación de Sansón y de Saúl y de David sobre el mismo asunto.

Después de estas cosas vi como una cierta imagen femenina pálida desde el vértice hasta el ombligo, y negra desde el ombligo hasta los pies, y sanguinolenta en los pies, teniendo alrededor de sus pies una nube blanquísima y purísima, pero privada de ojos, y tenía las manos bajo sus axilas, estando de pie junto al altar que está ante los ojos de Dios, pero no lo tocaba. Y en su corazón estaba Abraham, y en su pecho Moisés, en su vientre en verdad los demás profetas, cada uno demostrando sus signos, y admirando la hermosura de la nueva esposa. Ésta en verdad apareció de tanta magnitud como la torre más ingente de alguna ciudad, teniendo en su cabeza como un círculo semejante a la aurora. Y oí de nuevo una voz del cielo diciéndome: Dios impuso al antiguo

pueblo la austeridad de la ley, cuando ordenó a Abraham la circuncisión, la cual después convirtió en la gracia de la suavidad, cuando dio a su Hijo, la verdad del Evangelio, a los creyentes, en la cual ungió con el aceite de la misericordia a los heridos por el yugo de la ley.

Por lo cual ves como una cierta imagen femenina pálida desde el vértice hasta el ombligo, que es la Sinagoga, madre de la encarnación del Hijo de Dios y desde el principio de sus hijos nacientes hasta la fortaleza de ellos, previendo los secretos de Dios en la sombra, pero no abriéndolos plenamente. Pues aquella no es la aurora rutilante que habla abiertamente, sino mirándola desde lejos con mucha admiración, como se dice de ella en los Cánticos: *¿Quién es ésta que asciende por el desierto fluyendo delicias: y apoyada sobre su amado?* (Cant. VIII.) Lo cual se dice: Quién es esta nueva desposada, que en muchísimas buenas obras se eleva por los desiertos de las gentes que desertan los preceptos legales de la sabiduría y adoran los ídolos, ascendiendo a los deseos supernos más abundantemente por las delicias de los dones del Espíritu Santo, y así anhelando con mucho estudio y apoyándose sobre su esposo, a saber el Hijo de Dios.

Pues ésta es la que, dotada por el Hijo de Dios, brilla en preclaras virtudes abundando en los riachuelos de las Escrituras. Pero también la misma Sinagoga interroga así a mi siervo Isaías sobre los hijos de aquella nueva esposa con mucha admiración: *¿Quiénes son éstos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas?

* (Is. LX.) Lo cual se dice: Quiénes son éstos que en sus mentes abstrayéndose de las concupiscencias terrenas y carnales: vuelan con pleno deseo y plena devoción a las cosas supernas, y con sencillez columbina sin amargura de hiel, munen los sentidos de su cuerpo y apetecen con mucho ardor de buenas virtudes el munimento de la roca firmísima, que es el Unigénito de Dios. Pues éstos son los que por causa del amor superno pisotean los reinos terrenos, y buscan las cosas celestiales. La Sinagoga, por tanto, se admiraba de la nueva esposa que es la Iglesia, ya que no se reconoció así adornada con virtudes semejantes como la vio a ella, porque la Iglesia está rodeada de presidios angélicos, para que el diablo no la desgarre y la derribe, mientras la Sinagoga, desertada por Dios, yace en los vicios.

Por lo cual la ves también negra desde el ombligo hasta los pies: que es que desde la fortaleza de su dilatación hasta la consumación de su duración, fue sucia en la prevaricación de la ley, y en la transgresión del testamento de sus padres, porque de muchos modos descuidó los preceptos divinos habiendo seguido la voluntad de su carne. Y en los pies está sanguinolenta, alrededor de sus pies sin embargo tiene una nube blanquísima y purísima, ya que en su consumación mató al profeta de los profetas, donde también ella misma habiendo resbalado se derrumbó; en la misma consumación sin embargo surgiendo en las mentes de los creyentes la fe más lúcida y más perspicaz, porque donde la Sinagoga tuvo fin, la Iglesia surgió, cuando la doctrina apostólica tras

la muerte del Hijo de Dios se difundió por todo el orbe de las tierras.

Pero también aquella imagen está privada de ojos sosteniendo sus manos bajo las axilas porque la Sinagoga no miró hacia la verdadera luz, cuando tuvo en desprecio al Unigénito de Dios. Por lo cual también no proyectando de sí las obras de justicia en el tedio de la buena obra y en el torpor las cubre, y las esconde negligentemente como si no fueran. Está de pie junto al altar que está ante los ojos de Dios, pero no lo toca, ya que la ley de Dios que recibió por precepto divino e inspección divina la conoció ciertamente en la corteza, pero no la tocó interiormente, porque más bien la aborreció que la amó, descuidando ofrecer a Dios sacrificios y el incienso de devotas oraciones.

Pero en su corazón está de pie Abraham, ya que el inicio de la circuncisión en la Sinagoga fue él mismo. Y en su pecho Moisés, porque él llevó a los corazones de los hombres la ley divina, y en el vientre los demás profetas, esto es en aquella institución que les había sido entregada divinamente, los inspectores de los preceptos divinos. Cada uno demostrando sus signos y admirando la hermosura de la nueva esposa, ya que ellos mismos mostraron las maravillas de su profecía en signos admirables, y atendieron a la hermosura de la generosidad de la Iglesia con mucha admiración.

Ésta en verdad aparece de tanta magnitud como la torre más alta de alguna ciudad, porque recibiendo la magnitud de los preceptos divinos,

pronunció el munimento y defensa de una noble y electa ciudad teniendo en su cabeza como un círculo semejante a la aurora, porque la Iglesia en su surgimiento demostró el milagro de la encarnación del Unigénito de Dios, y mostró las claras virtudes y misterios que siguen; pues ella misma fue como coronada en la primera mañana, cuando recibió los preceptos divinos, designando a Adán, quien primero percibió el mandato de Dios, pero después en su transgresión cayó en la muerte. Así también hicieron los judíos, quienes primero recibieron la ley divina, pero luego arrojaron al Hijo de Dios en su incredulidad. Pero también tal como el hombre por la muerte del Unigénito de Dios hacia el tiempo novísimo fue arrebatado de la perdición de la muerte, así también la Sinagoga antes del día novísimo excitada por la divina clemencia desertará de la incredulidad, y llegará verazmente al conocimiento de Dios.

¿Qué es esto? ¿No asciende la aurora antes del sol? Pero la aurora retrocede y la claridad del sol permanece. ¿Qué es esto? El Antiguo Testamento ha retrocedido, y la verdad del Evangelio permanece, porque aquellas cosas que los antiguos observaban carnalmente en las observaciones legales, estas el nuevo pueblo las ejercita espiritualmente en el Nuevo Testamento, ya que lo que ellos mostraron en la carne, estos lo perfeccionan en el espíritu. Pues la circuncisión no pereció, porque fue trasladada al bautismo, pues así como ellos fueron signados en un miembro, así también estos en todos sus miembros. Por lo

cual los antiguos preceptos no perecieron, porque fueron trasladados a un estado mejor. También en el tiempo novísimo la Sinagoga se trasladará fielmente a la Iglesia.

Pues, oh Sinagoga, cuando errabas en muchas iniquidades de modo que te polucionabas con Baal y con los demás semejantes a estos, rasgando la costumbre de la ley por costumbres torpísimas, y yaciendo desnuda en tus pecados: hice lo que Ezequiel mi siervo habla, diciendo: *Extendí mi manto sobre ti, y cubrí tu ignominia, y te juré e inicié un pacto contigo* (Ez. XVI). Lo cual se dice: Yo el Hijo del Altísimo en la voluntad de mi Padre extendí mi encarnación, oh Sinagoga, sobre ti, esto es para tu salvación, quitando tus pecados, que en muchos olvidos operaste, y afirmé para ti el remedio de la salvación, de modo que manifesté los caminos de mi alianza para tu salvación, cuando te abrí la verdadera fe por la doctrina apostólica, a fin de que observaras mis preceptos tal como la mujer debe estar sujeta a la potestad de su marido. Pues quité de ti la aspereza de la ley exterior, y te di la suavidad de la doctrina espiritual y te mostré todos mis misterios en doctrinas espirituales por mí mismo, pero tú me desertaste a mí el justo, y te conyugaste al diablo.

Pero tú, oh hombre, entiende: tal como a Sansón su mujer lo desertó, de modo que fue privado de su luz, así también la Sinagoga desertó al Hijo de Dios, cuando endurecida lo despreció, y cuando arrojó su doctrina. Pero después de que sus cabellos ya han renacido, de modo que la Iglesia de Dios ha sido confortada, el Hijo de Dios en

su fortaleza derribó a la Sinagoga, y desheredó a los hijos de ella, cuando también por las gentes que ignoran a Dios fueron contritos por el celo de Dios; pues ella se había sujetado a muchos errores de toda confusión y cisma, y se había polucionado en las prevaricaciones de toda iniquidad.

Pero también tal como David finalmente revocó a su mujer a quien primero se había desposado y que se había polucionado con otro hombre, así también el Hijo de Dios finalmente recibirá a la Sinagoga (que primero le fue conyugada en su encarnación, pero desertando la gracia del bautismo siguió al diablo) hacia el tiempo novísimo, donde ella desertando los errores de su infidelidad volverá a la luz de la verdad. Pues el diablo arrebató a la Sinagoga en su ceguera, y la entregó a la infidelidad en muchos errores, ni cesará de hacer esto hasta el hijo de la perdición. Quien mientras caiga en la exaltación de su soberbia tal como Saúl muerto en el monte Gelboé pereció, que había ahuyentado a David de su tierra, como el hijo de la iniquidad intentará expulsar a mi Hijo en sus electos, entonces mi Hijo, derribado el Anticristo, revocará a la Sinagoga a la verdadera fe tal como también David recibió a su primera mujer tras la muerte de Saúl: pues cuando en el tiempo novísimo los hombres vean vencido a aquel por quien habían sido decepcionados, recurrirán al camino de la salvación con mucha prisa. No obstante no convino que la verdad del Evangelio preanunciara la sombra de la ley, ya que conviene que las cosas carnales precedan y las espirituales subsigan, porque también el

siervo predice que su señor ha de venir y no el señor precede al siervo en el servicio; así también la Sinagoga precede en la sombra de la significación, y la Iglesia ha subsiguiente en la luz de la verdad. Por lo cual quienquiera que tenga ciencia en el Espíritu Santo y alas en la fe, no transgreda esta mi amonestación, sino que la perciba abrazándola en el gusto de su alma.

LA SEXTA VISIÓN.

SUMARIO.---Que Dios maravillosamente creó y dispuso su criatura. Sobre el hábito de los ángeles y su significación. Sobre el hábito de los arcángeles y su significación. Sobre el hábito de las virtudes y su significación. Sobre el hábito de las potestades y su significación. Sobre el hábito de los principados y su significación. Sobre el hábito de las dominaciones y su significación. Sobre el hábito de los tronos y su significación. Sobre el hábito de los querubines y su significación. Sobre el hábito de los serafines y su significación. Que todas estas huestes con voces maravillosas resuenan aquellas maravillas que Dios obra en las almas bienaventuradas. El Salmista sobre el mismo asunto.

Luego vi en la altura de los secretos celestiales dos huestes de espíritus supernos que brillaban con mucha claridad, y los que estaban en la primera hueste tenían como alas en sus pechos y presentaban rostros como rostros de hombres, en los cuales también aparecían semblantes de hombres como en agua pura, y los que estaban en la otra hueste también tuvieron como alas en

sus pechos y mostraron en sí rostros como rostros de hombres, en los cuales también la imagen del Hijo del hombre brillaba como en un espejo. Pero ni en estos ni en aquellos pude discernir otra forma. Estas huestes, sin embargo, habían rodeado a otras cinco huestes según el modo de una corona. Y los que estuvieron en la primera de estas cinco huestes, tenían como rostros de hombres desde el hombro y hacia abajo brillando con gran esplendor. Los que estaban en la segunda fueron de tanta claridad, que no podía mirarlos. Los que en la tercera aparecieron como mármol blanco, y tuvieron cabezas como cabezas de hombres; sobre las cuales se vieron hachas ardientes, y desde el hombro y hacia abajo estuvieron rodeados como por una nube de hierro. Los que en la cuarta teniendo rostros como rostros de hombres y pies como pies de hombres, llevaban yelmos en sus cabezas, vestidos con túnicas de mármol. Los que finalmente estaban en la quinta: no mostrando ninguna forma de hombres en sí, estaban rojos como la aurora. Ninguna otra forma, sin embargo, contemplaba en ellos.

Pero también estas huestes habían rodeado a otras dos también en modo de corona. Los que estaban en la primera hueste de ellas, se veían llenos de ojos y de alas, y en cada ojo aparecía un espejo y en el espejo mismo el rostro de un hombre, y habían elevado sus alas a la altura superna. Y los que estuvieron en la segunda, ardían como fuego, teniendo muchísimas alas en las cuales como en un espejo demostraban todos los órdenes de la institución eclesiástica señalados. Pero otra

forma ni en estos ni en aquellos vi. Y todas estas huestes en todo género de órganos musicales con voces admirables resonaban aquellas maravillas que Dios obra en las almas bienaventuradas, por las cuales glorificaban a Dios magníficamente.

Y oí del cielo una voz diciéndome: El Dios omnipotente e inefable que fue antes de los siglos, ni tuvo principio ni tras el fin de los siglos dejará de ser, creó toda criatura de modo admirable por su voluntad, y la dispuso de modo admirable por su voluntad. ¿Cómo? A algunas criaturas las diputó para adherirse a las cosas terrenas, a algunas en verdad para estar en las celestiales. Él también dispuso a los bienaventurados espíritus angélicos tanto para la salvación de los hombres como para el honor de su nombre. ¿Cómo? Pues a algunos los constituyó de tal modo que subvengan a las necesidades de los hombres, a algunos en verdad para que los juicios de sus secretos sean manifestados a los hombres por medio de ellos. Por lo cual ves en la altura de los secretos celestiales dos huestes de espíritus supernos que brillan con mucha claridad, porque como se te muestra en la altura de aquellos secretos que la mirada carnal no penetra, sino que atiende la visión del hombre interior, estas dos columnas designan que el cuerpo y el alma del hombre deben servir a Dios donde ellos mismos tienen con los ciudadanos supernos la claridad de la eterna bienaventuranza.

Y los que están en la primera hueste tienen como alas en sus pechos, y presentan rostros como rostros de hombres, en los cuales también

los semblantes de los hombres aparecen como en agua pura; estos ángeles expanden los deseos de la profundidad de su intelecto como alas; no porque tengan alas como las aves, sino porque realizan velozmente la voluntad de Dios en sus deseos, tal como el hombre vuela velozmente en sus pensamientos: de modo que también por sus rostros manifiestan la hermosura de la racionalidad en sí mismos, donde también Dios escudriña perspicuamente las obras de los hombres, porque como el siervo que oye las palabras de su señor, las realiza según la voluntad de aquél; así también ellos atienden a la voluntad de Dios en los hombres y le muestran los actos de ellos en sí mismo.

Por lo cual también los que están en la otra hueste también tienen como alas en sus pechos, y muestran rostros como rostros de hombres en sí mismos, en los cuales también la imagen del Hijo del hombre brilla como en un espejo: son arcángeles que también en los deseos de su intelecto contemplan la voluntad de Dios y, manifestando el decoro de la racionalidad en sí mismos, magnifican purísimamente al Verbo encarnado de Dios, porque ellos mismos, conociendo los arcanos de Dios, preinsinuaban frecuentemente los misterios de la encarnación del Hijo de Dios con sus signos. Pero ni en estos ni en aquéllos puedes discernir otra forma, ya que tanto en los ángeles como en los arcángeles hay muchos secretos de misterios que el intelecto humano, gravado por el cuerpo mortal, no es capaz de captar.

Que, sin embargo, estas huestes rodeen a otras cinco huestes según el modo de corona: esto es que el cuerpo y el alma del hombre, comprendiendo los cinco sentidos del hombre por la virtud de su fortaleza, purificados por las cinco llagas de mi Hijo, deben dirigirlos a la rectitud de los mandatos interiores. Por lo cual los que están en la primera hueste de éstas, tienen como rostros de hombres, desde el hombro y hacia abajo brillando con gran esplendor; las cuales son virtudes que ascienden a los corazones de los creyentes y en ardiente caridad edifican una excelsa torre en ellos, que son sus obras. De modo que en su racionalidad muestran las obras de los hombres electos, y en su fortaleza los conducen a un buen fin con mucho fulgor de bienaventuranza.

¿Cómo? A saber, cuando los electos, teniendo la claridad del sentido interior, arrojan todas las iniquidades de sus males por causa de aquella iluminación con la que son iluminados en estas virtudes en mi voluntad, y luchan fuertemente contra las insidias diabólicas, y aquellos certámenes que ellos de este modo ejercen contra la turba diabólica, estas virtudes los muestran incesantemente a mí su Creador. Pues los hombres tienen en sí certámenes de confesión y de abnegación. ¿Cómo? Porque éste me confiesa y aquél me niega. Pero en este certamen hay tal interrogación: ¿Existe Dios o no?

Entonces esta interrogación tiene tal respuesta del Espíritu Santo en el hombre: Dios es quien te creó, pero también quien te redimió. Y mien-

tras esta respuesta de la interrogación está en el hombre, la virtud de Dios no le faltará, porque a esta interrogación y respuesta se adhiere la penitencia. Donde sin embargo esta interrogación no está en el hombre, allí tampoco está esta respuesta del Espíritu Santo, ya que este hombre expulsa de sí el don de Dios, y sin la interrogación de la penitencia se precipita a sí mismo en la muerte. Las virtudes en verdad ofrecen los certámenes de estas guerras a Dios; porque ellas mismas son tal sello ante Dios, por el cual se demuestra con qué intención es Dios adorado o negado.

Los que están en la segunda hueste existen con tal claridad que no puedes contemplarlos; son las Potestades, designando que ninguna imbecilidad de la mortalidad podrá aprehender la serenidad y hermosura del poder de Dios, ni hacerse similar a Él, porque el poder de Dios es infalible.

Pero los que están en la tercera hueste aparecen como mármol blanco y tienen cabezas de hombres, sobre las cuales se ven antorchas ardientes, y desde el hombro y hacia abajo están rodeados como por una nube de hierro; son los Principados, prefigurando que aquellos que por don de Dios existen como príncipes de los hombres en el mundo, deben revestirse de la sincera fortaleza de la justicia para no caer en la diversidad de la inestabilidad, y mirar a su cabeza, que es Cristo el Hijo de Dios, y dirigir sus gobiernos según la voluntad de Él para la necesidad de los hombres, atendiendo sobre sí mismos la gracia del Espíritu Santo en el ardor de la verdad, de

modo que perseveren firmes y estables en la fortaleza de la equidad hasta su consumación.

Por lo cual también los que están en la cuarta hueste, teniendo rostros como rostros de hombres y pies como pies de hombres, llevan yelmos en sus cabezas, vestidos con túnicas de mármol; son las Dominaciones, mostrando que Aquél que es el Señor de todos elevó desde la tierra a los cielos la racionalidad de los hombres que yacía contaminada en el polvo humano, cuando envió a su Hijo a la tierra, quien pisoteó al antiguo seductor con su rectitud: para que los fieles le imiten fielmente a Él, que es su cabeza, poniendo su esperanza en las cosas celestiales y fortaleciéndose con un fuerte deseo de buenas obras.

Pero los que están en la quinta hueste, no mostrando ninguna forma de hombres en sí mismos, enrojecen como la aurora; son los Tronos, demostrando que la divinidad se inclinó hacia la humanidad cuando el Unigénito de Dios se revistió de un cuerpo humano para la salvación de los hombres, quien no tuvo en sí ningún contagio de los pecados humanos; ya que Él, concebido del Espíritu Santo, recibió la carne sin ninguna mancha de toda suciedad en la aurora, a saber, en la bienaventurada Virgen.

Pero no distingues ninguna otra forma en ellos; porque hay muchísimos misterios de secretos supernos que la fragilidad humana no es capaz de aprehender.

Que, sin embargo, estas huestes también rodeen a otras dos huestes en modo de corona: esto es que aquellos fieles que dirigen los cinco senti-

dos de su cuerpo a las cosas supernas, sabiendo que han sido redimidos por las cinco llagas del Hijo de Dios, llegan al amor de Dios y de su prójimo con todo esfuerzo y circuito de su mente, cuando descuidan el placer de su corazón y ponen su esperanza solo en las cosas eternas.

Por lo cual también los que están en la primera hueste de ellas, aparecen llenos de ojos y de alas, y en cada ojo un espejo y en el mismo espejo aparece el rostro de un hombre y elevan sus alas a la altura superna; son los Querubines, significando la ciencia de Dios, en la cual ellos, viendo los misterios de los secretos supernos, cumplen sus deseos según la voluntad de Dios, de modo que ellos, teniendo la purísima perspicuidad en la profundidad de su ciencia: en ella prevén maravillosamente a aquellos que, conociendo al Dios verdadero, dirigen la intención de los deseos de su corazón hacia Aquél que está sobre todos como con alas de una buena y justa elevación, amando las cosas eternas más que apeteciendo las caducas, según lo que también ellos mismos muestran en la elevación de sus deseos.

Pero los que están en la otra hueste arden como fuego y, teniendo muchísimas alas, en las mismas alas como en un espejo muestran todos los órdenes de la institución eclesiástica señalados; son los Serafines, significando que así como ellos arden en el amor de Dios, teniendo los mayores deseos de su visión, así también en sus deseos muestran tanto las dignidades seculares como las espirituales que con mucha pureza vigulan en los misterios eclesiásticos, porque los

secretos de Dios aparecen maravillosamente en ellos; así también todos los que, amando con sinceridad de corazón puro, buscan la vida superna: amen ardientemente a Dios, y abrácenlo con todo deseo, para que lleguen a los gozos de aquellos a quienes tan fielmente imitan.

Pero el que no veas otra forma ni en estos ni en aquéllos: esto es que hay muchos secretos en los espíritus bienaventurados que no deben ser manifestados al hombre, ya que mientras él exista mortal, no podrá discernir perfectamente las cosas que son celestiales.

Pero todas estas huestes, como oyes, resuenan maravillas en todo género de sonidos musicales con maravillosas modulaciones, las cuales Dios obra en las almas bienaventuradas por las cuales magnifican a Dios grandemente, porque los espíritus bienaventurados en la virtud de Dios proferen los mayores gozos con sonidos inenarrables por las obras de aquellas maravillas en los cielos, que Dios perfecciona en sus santos, por las cuales ellos magnifican a Dios gloriosísimamente, donde le buscan en la profundidad de la santidad, alegrándose en el gozo de la salvación tal como también mi siervo David, el inspector de los secretos supernos, testifica diciendo: "Voz de exultación y de salvación en los tabernáculos de los justos" (Salmo 117).

Lo cual se dice: El sonido de la alegría y de la prosperidad de aquello de que la carne es pisoteada y el espíritu es erigido, cuando se conoce con salvación infalible en las habitaciones de aquellos que arrojan la injusticia y obran la jus-

ticia, cuando por sugerencia del diablo podrían hacer lo que es malo; pero por inspiración divina perfeccionan lo que es bueno.

¿Qué es esto? El hombre frecuentemente muestra una indecente exultación en sí mismo: cuando ha perfeccionado un pecado que deseó perfeccionar inconvenientemente, pero no tiene allí la salvación, porque hizo esto que fue contrario al precepto divino.

Aquél, sin embargo, tendrá el baile de la exultación con la prosperidad de la verdadera salvación, quien completa con denuedo el bien que ardientemente deseó, amando mientras habita en el cuerpo la mansión de aquellos que, corriendo la vía de la verdad, declinaron el error de la mentira.

Por lo cual, quienquiera que tenga ciencia en el Espíritu Santo, y alas en la fe, no desprecie mi amonestación, sino percíbala abrazándola en el gusto de su alma. Amén.

LIBRO SEGUNDO.

PRIMERA VISIÓN.

SUMARIO.—De la omnipotencia de Dios. Palabras de Job sobre el mismo asunto. Que el Verbo, antes y después de la humanidad asumida, está indivisible y eternamente junto al Padre. Por qué el Hijo de Dios es llamado el Verbo. Que por la virtud del Verbo de Dios toda criatura fue suscitada y el hombre revivió en la salvación. Que la incomprensible potencia de Dios fabricó el mundo y extrajo diversas especies. Que, creadas

las otras criaturas, el hombre fue creado del limo de la tierra. Que Adán, habiendo recibido el dulce precepto de la clarísima obediencia, no obedeció por consejo del diablo. Que Abraham, Isaac y Jacob y otros profetas rechazaron las tinieblas del mundo con sus significaciones. Que el principal profeta Juan, resplandeciente por sus milagros, preanunció al Hijo de Dios. Que, encarnado el Verbo de Dios, se vio aquel gran y antiguo consejo. Que el hombre no debe escudriñar los secretos de Dios más de lo que Él mismo quiere manifestar. Que el Hijo de Dios, nacido en el mundo, superó al diablo con su muerte, y redujo a los electos a su herencia. Palabras de Oseas sobre el mismo asunto. Que el cuerpo del Hijo de Dios, yaciendo en el sepulcro por tres días, resucitó, y se mostró al hombre la vía de la verdad de la muerte a la vida. Que el Hijo de Dios, resucitando de la muerte, apareció frecuentemente a sus discípulos para corroborarlos. Que, ascendiendo el Hijo de Dios al Padre, su esposa fue fundada con diversos ornamentos.

Y yo, una humana no diestra en las letras al modo de los fuertes leones, ni instruida por la infusión de ellos, sino permaneciendo en la blandura, una costilla frágil, imbuida de un hálito místico: vi como un fuego brillantísimo, incomprensible, inextinguible, todo viviente y todo existiendo como vida, que tenía en sí una llama de color aéreo que ardía ardientemente con un soplo suave; y la cual se adhería tan inseparablemente al mismo fuego lúcido como las vísceras se adhieren en un hombre. Y vi que aquella llama

fulminante se puso incandescente, y he aquí que un aire oscuro y redondo de mucha magnitud surgió de repente, sobre el cual la misma llama dio ciertos golpes, extrayendo de él una chispa tantas veces hasta que el aire fue conducido a la perfección, y así el cielo y la tierra resplandecieron llenos de institución. Después también la misma llama en aquel fuego y ardor se extendió hacia un pequeño terrón de tierra lamosa que yacía en el fondo del aire, calentándolo con sus actos, de modo que hizo carne y sangre, y lo aspiró de modo que fue hecho en alma viviente. Hecho lo cual, aquel fuego lúcido ofreció por la misma llama que ardía ardientemente con un hálito suave al hombre mismo una flor blancuquísima que colgaba en la llama como el rocío cuelga en la hierba, cuyo olor ciertamente el hombre percibió con sus narices, pero no probó con el gusto de su boca, ni tocó con sus manos, de este modo apartándose y cayendo en densísimas tinieblas de las cuales no fue capaz de erigirse.

Pero aquellas tinieblas crecieron en aquel aire dilatándose más y más. Entonces tres grandes estrellas unidas entre sí en su fulgor aparecieron en aquellas tinieblas, tras las cuales también otras muchas tanto pequeñas como grandes que brillaban con muchísimo esplendor, y después una cierta estrella máxima que radiaba con una claridad admirable y dirigía su fulgor hacia la llama predicha. Pero también en la tierra apareció un cierto fulgor como la aurora; al cual la llama superior se infundió maravillosamente, no separada sin embargo del fuego lúcido supradicho, y

en aquel fulgor de la aurora se encendió una voluntad máxima. Y cuando quise considerar más diligentemente el encendido de esta voluntad, en esta visión se me puso un sello secreto, y oí una voz de lo alto que me decía: De este misterio no podrás ver nada más, sino lo que se te concede por el milagro de creer. Y vi de aquel mismo fulgor de la aurora salir un hombre esplendidísimo, que derramó su claridad hacia las tinieblas predichas y fue rechazado por ellas, y convertido en el rojo de la sangre y en la palidez de la blancura golpeó con tanta fortaleza aquellas tinieblas, que aquel hombre que yacía en ellas por aquel contacto apareció brillando, y así salió erguido. Y así aquel hombre espléndido que salió de la aurora, apareciendo en tal claridad más allá de lo que la lengua humana pueda expresar, se tendió hacia la altura eminentísima de una gloria innumerable, donde radiaba magníficamente en la plenitud de toda clase de abundancia y olor.

Y oí del fuego viviente prefado una voz que me decía: Tú que eres tierra frágil e ignorante en el nombre femenino en toda la doctrina de los maestros carnales, a saber, de leer las letras según la inteligencia de los letrados, sino solo tocada por mi luz que te toca interiormente con un incendio como el sol ardiente, clama y narra y escribe estos misterios míos que ves y oyes en la visión mística. No seas, pues, tímida, sino di las cosas que entiendes en el espíritu tal como yo las hablo por ti, a fin de que sean avergonzados aquellos que deberían mostrar al mi pueblo la vía de la rectitud, pero por la perversidad de sus

costumbres rehúsan decir abiertamente la justicia que han conocido, no queriendo abstenerse de sus malos deseos que se les adhieren como si les dominaran, haciéndoles huir de la faz del Señor y avergonzarse de hablar la verdad. Por lo cual, oh pequeña, tú que interiormente estás instruida en el ánimo por la inspiración mística aunque estés suprimida por la forma varonil debido a la prevaricación de Eva; di sin embargo la obra ígnea que se te demuestra por una visión certísima.

Pues el Dios viviente que creó todas las cosas por su Verbo, por el mismo Verbo encarnado redujo a la mísera criatura humana que se sumergió en las tinieblas, a la fiel salvación.

¿Qué es esto? Pues aquel fuego brillantísimo que ves, designa al Dios omnipotente y viviente que en su clarísima serenidad nunca es ofuscado por ninguna iniquidad, permaneciendo incomprensible, porque por ninguna división puede ser dividido, ni por un principio o un fin o por alguna chispa de ciencia de su criatura ser comprendido tal cual es, y existiendo inextinguible, ya que Él es aquella plenitud que nunca ningún fin tocó y todo viviente, porque ninguna cosa en absoluto le está oculta que no sepa, y todo existiendo como vida, ya que todo lo que vive toma de Él el vivir, según lo que Job inspirado por mí muestra, diciendo: "¿Quién ignora que la mano del Señor hizo todas estas cosas? en cuya mano está el alma de todo viviente y el espíritu de toda carne de hombre" (Job 12).

¿Qué es esto? Ninguna criatura es tan roma en su naturaleza que ignore la vicisitud de su

plenitud en aquellas causas en las que consiste fructuosa. ¿Cómo? El cielo tiene luz, la luz el aire, el aire los volátiles y la tierra nutre los verdes, los verdes el fruto, el fruto los animales; todas las cuales cosas testifican que las puso la mano fortísima, esto es la potencia máxima del Dominador de todos, que de tal modo operó todas las cosas en la posibilidad de su virtud que nada les falta en sus usos, y en la omnipotencia del mismo fabricador está la moción de todos los vivientes y terrestres, como de los ganados que buscan la tierra en las cosas terrenas ni tienen en sí la racionalidad del soplo de Dios, y la excitación de los espíritus que habitan la carne humana, en los cuales está la racionalidad, la discreción y la sabiduría.

¿Cómo? El alma circula en las causas terrenas laborando en muchas variedades según lo exigen las costumbres carnales. El espíritu en verdad se erige de dos modos, a saber teniendo suspiro, gemido y deseo hacia Dios, o buscando el señorío y el régimen y la opción en diversas cosas como en un precepto, porque tiene discreción en la racionalidad.

Por lo cual también el hombre contiene en sí la similitud del cielo y de la tierra. ¿Cómo? Él mismo tiene un círculo en el que aparece la perspicuidad, el hálito y la racionalidad, tal como en el cielo se notan las lumbreras; tiene un espíritu que por todo sentido y movimiento fluye velozmente, como el aire los volátiles, también un receptáculo de humor en el que se nota la humedad, aparece

la germinación y el parto, tal como en la tierra los verdes, los fructificantes y los animales.

¿Qué es esto? Oh hombre, tú estás todo en toda criatura y te olvidas de tu Creador; y la criatura sujeta a ti le obedece a Él como le fue constituido, y tú transgredes sus preceptos.

Pero ves que el mismo fuego tiene en sí una llama de color aéreo que arde ardientemente con un hálito suave, y que está tan inseparablemente en el mismo fuego lúcido como están las vísceras en un hombre, lo cual es el Verbo infinito en la eternidad antes de los tiempos de la criatura constituida, el cual en el ardor de la caridad bajo el decurso de los tiempos que se deslizan maravillosamente sin suciedad ni gravamen de pecado por la virtud de la suavidad del Espíritu Santo en la aurora de la bienaventurada virginidad habría de encarnarse, de tal modo sin embargo que, así como antes de la carne asumida estuvo indivisiblemente en el Padre, así también tras la humanidad asumida permaneciera inseparablemente en Él, ya que como el hombre no está sin el tacto vital en la vía de las entrañas, así de su Padre no habría de separarse en absoluto su Verbo vital. ¿Y por qué se llama Verbo? Porque así como por la palabra local que es transitoria en el polvo terreno del hombre, se entienden prudentemente los mandatos del preceptor por aquellos que conocen y prevén la orden del que manda; así también por la palabra ilocal que es intransitoria por la vida inextinguible que vive en la eternidad, se conoce verdaderamente la fuerza del Padre por diversas criaturas del mundo que lo sienten y lo

entienden en el orto en que fueron creadas, y como por la palabra oficial se conoce la potestad y el honor del hombre; así también por el Verbo divino resplandece la santidad y la bondad del Padre.

Que sin embargo ves cómo aquella llama fulminante se pone incandescente: esto es que el Verbo de Dios mostró su virtud como exardeciendo cuando por Él fue fundada toda criatura, y como que se puso incandescente cuando en la aurora y blancura de la virginidad se encarnó, y de Él habían destilado todas las virtudes en el conocimiento de Dios cuando el hombre revivió en la salvación de las almas. Pero también un aire oscuro y redondo de mucha magnitud surgió de repente, el cual es instrumento de ellos en la oscuridad de la imperfección, a saber, aún no ilustrado por la plenitud de las criaturas, y es redondo porque está bajo la incomprensible potencia de Dios, no estando ausente la divinidad en ninguna parte, surgiendo sin embargo él en la máxima potestad de Dios como en un abrir y cerrar de ojos elevado en la voluntad superna, sobre el cual la misma llama como un herrero dio ciertos golpes, extrayendo de él una chispa tantas veces hasta que el mismo aire fue conducido a la perfección, porque el cielo y la tierra resplandecieron llenos de institución, cuando Aquél que sobresale a la criatura universal, el Verbo superno, en la creación de las criaturas que guardan servidumbre mostró la virtud de su fortaleza desde su instrumento, extrayendo diversas especies de criaturas que lucen en el maravilloso

orto de su condición, como el herrero forja competentemente sus formas del bronce, hasta que las mismas criaturas brillaron en la hermosura de su plenitud; teniendo hacia arriba y hacia abajo el decoro y la estabilidad de su perfecta creación, porque las cosas superiores resplandecieron por las inferiores, y las inferiores por las superiores.

Que sin embargo después la misma llama en aquel fuego y ardor se extendió hacia un pequeño terrón de tierra lamosa que yacía en el fondo del aire: esto es que, creadas las otras criaturas, el Verbo de Dios en la fuerte voluntad del Padre y en el amor de la superna suavidad del Espíritu Santo miró la frágil materia de la blanda y tierna fragilidad de la humanidad de todos los hombres tanto malos como buenos que habrían de procrearse, detenida en lo más hondo de su insensibilidad y pesadez, y aún no excitada por un hálito eficaz y vital, fomentándola y calentándola hace carne y sangre en virtud infundiéndole calor, ya que la tierra es la materia carnal del hombre que le nutre con su fruto como la madre con leche a sus hijos, y Dios la aspiró de modo que el hombre fue hecho en alma viviente, porque la excitó por la virtud superna y maravillosamente extrajo de ella al hombre que discierne en alma y cuerpo.

Hecho lo cual, aquel fuego lúcido ofreció por aquella llama que ardía ardientemente con un hálito suave al hombre mismo una flor blancuquísima que colgaba en aquella llama como el rocío cuelga en la hierba, ya que creado Adán, el Padre que es la luz brillantísima dio por su Verbo en el Espíritu Santo a Adán mismo el dulce

precepto de la clarísima obediencia que se adhería al mismo Verbo en mucha lluvia de virtud fructuosa, porque por el mismo Verbo destiló del Padre en el Espíritu Santo el dulcísimo humor de la santidad haciendo el mayor y más abundante fruto tal como el humor puro descendiendo sobre la hierba la fecunda para mucho brote. Cuyo olor ciertamente el hombre percibió con sus narices, pero no probó con el gusto de su boca, ni tocó con sus manos, ya que él mismo atrajo el precepto de la ley con la inteligencia de la sabiduría como con las narices, pero no introdujo perfectamente la fuerza de aquella íntima perfección en la boca ni la cumplió por la obra de sus manos en la plenitud de la bienaventuranza, de este modo apartándose y cayendo en densísimas tinieblas de las cuales no fue capaz de erigirse, porque dio la espalda al precepto divino por sugerencia del diablo cayendo en el baratro de la muerte, porque no buscó a Dios ni en la fe ni en la obra. Por lo cual, gravado por los pecados, no pudo surgir al verdadero conocimiento de Él hasta que vino Aquél que obedeció plenamente a su Padre sin pecado.

Pero aquellas tinieblas crecieron en aquel aire dilatándose más y más: la potestad de la muerte en el mundo siempre tomó incremento en la latitud de los vicios, moviéndose la ciencia del hombre hacia la diversidad de múltiples vicios y fétidos pecados que emergían por el error. Que sin embargo tres grandes estrellas unidas entre sí en su fulgor aparecieran en aquellas tinieblas, tras las cuales otras muchas tanto pequeñas como grandes que brillaban con muchísimo esplendor:

estas son, en figuración de la superna Trinidad, las grandes lumbreras, a saber Abrahán, Isaac y Jacob, abrazándose mutuamente tanto por la obra fiel como por la conjunción de la carne, y rechazando las tinieblas del mundo con sus anuncios, y siguiéndoles otros muchísimos profetas mayores y menores que radiaban en grandes y admirables milagros. Después verdaderamente apareciendo una cierta estrella máxima que brillaba con claridad admirable y dirigía su fulgor hacia la llama predicha, esa es el principal profeta Juan, a saber el Bautista, resplandeciendo con obra fidelísima y clarísima en las maravillas, y en ellas demostrando el verdadero Verbo, esto es el Hijo de Dios, porque no cedió a la iniquidad, sino que la pisoteó con denuedo y fortaleza en las obras de la justicia.

Pero que en la tierra aparezca un fulgor como la aurora, al cual la llama superior se infundió maravillosamente, no separada sin embargo del fuego lúcido supradicho: esto es que Dios plantó un gran esplendor de luz rutilante en el lugar de las cosas generables, enviando hacia él a su Verbo con perfecta voluntad, no separado sin embargo de Él, sino que lo dio como copioso fruto, y lo extrajo como una gran fuente de la cual toda garganta fiel que bebe no se seca más por la sed. Por lo cual también en aquel fulgor de la aurora se encendió una voluntad máxima, porque en la claridad de la enrojecida serenidad se conoció la virtud del grande y antiguo consejo, de modo que todas las legiones predichas y huestes de espíritus celestiales admiraron esto en brillantísima

felicidad. Pero tú, oh hombre, mientras deseas conocer la eminencia de este consejo más plenamente al modo humano, se te opone el claustro de la ocultación, ya que no debes escudriñar los secretos de Dios más de lo que place a la divina majestad manifestar por el amor de los que creen fielmente.

Que sin embargo veas a un hombre esplendidísimo saliendo del fulgor de la aurora, que derramó su claridad hacia las tinieblas y es rechazado por ellas, el cual convertido en el rojo de la sangre y en la palidez de la blancura golpeó con tanta fortaleza aquellas tinieblas, que aquel hombre que yacía en ellas por aquel contacto apareció brillando y así salió erguido: esto designa al Verbo de Dios inviolablemente encarnado en la blancura de la virginidad intacta, y nacido sin dolor, no separado sin embargo del Padre. ¿Cómo? Cuando el Hijo de Dios nació en el mundo de una madre: apareció en el cielo en el Padre, de donde también los ángeles pronto temblaron y exultantes cantaron alabanzas melifluas. El cual Hijo de Dios, habiendo conversado en el mundo sin la mancha del pecado, emitió la brillantísima doctrina de la bienaventuranza y de la salvación hacia las tinieblas de la infidelidad, pero rechazado por el pueblo incrédulo, y conducido a su pasión, derramó su sangre rosada y probó corporalmente la calígine de la muerte. Por lo cual, superando al diablo, liberó del infierno a sus electos que habían estado detenidos y postrados en él, y los redujo misericordiosamente por el tacto de su redención a su herencia que habían

perdido en Adán. Los cuales, mientras llegaban a su herencia, se excitaron los tímpanos y las cítaras y todo el concierto de los músicos con innumerable decoro, porque el hombre que había yacido en la perdición, ya erguido en la bienaventuranza había escapado de la muerte liberado por la virtud superna, como hablé por mi siervo Oseas: "Ligada está la iniquidad de Efraín, escondido su pecado: dolores de parturienta vendrán a él, él es un hijo no sabio. Pues ahora no se detendrá en la contrición de los hijos. De la mano de la muerte los libraré, de la muerte los redimiré. Seré tu muerte, oh muerte, seré tu mordedura, oh infierno" (Oseas 13).

¿Qué es esto? En la eficacia de la ligadura está atada la perversidad de la iniquidad del diablo para que no merezca ser soltada del celo del furor de Dios, porque nunca le vio pensando cosas rectas, así tampoco le contemplan los que fielmente temen a Dios. Pues siempre se eleva contra Dios, diciendo ser él Dios, siempre errando contra Dios, y por causa de él contradiciendo el nombre cristiano. Y por eso su malicia está tan profundizada que ninguna medicina de reparación es digna en la salvación para su pecado que impíamente cometió en una soberbia despreciabilísima, de donde también él mismo estará en la perduración del dolor como la parturienta en la aflicción de la desesperación que desconfía de no poder vivir en la apertura de su útero. Pues esta infelicidad siempre permanecerá sobre él: que fue expulsado de la bienaventuranza, porque la sabiduría de los hijos huyó de él, que no vuelve a sí mismo,

como el hijo pródigo habiendo vuelto a sí mismo regresó de su iniquidad a su padre. Por lo cual nunca confiará en aquella contrición con la que los hijos de la salvación en la muerte del hijo superno quebrantan la muerte de la saevísima iniquidad, que aquel astuto serpiente hizo hervir cuando sugirió al primer hombre la dolosidad que el hombre no conocía. Pero porque los hijos del Salvador desprecian el veneno funestísimo de la sugestión y miran hacia su salvación, de la servidumbre de los ídolos los libraré, de la servidumbre, digo, de los ídolos que tienen la falacia en la potestad de la perdición y en los cuales los infieles conmutan el honor de su Creador, envolviéndose en el lazo del diablo y perfeccionando sus obras según la voluntad de él. Y por eso las almas de aquellos que me adoran, a saber las almas de los santos y de los justos, las redimiré de la pena infernal, ya que ninguno de los hombres podrá ser arrancado de los vínculos del diablo en los que está atado por una durísima muerte debido a la prevaricación de los preceptos de Dios, sino en la redención de Aquél que ha de redimir a sus electos con su propia sangre. Donde hasta el exterminio te mataré a ti, oh muerte, porque en aquello en que piensas vivir, esto te extraeré, de modo que serás llamada cadáver inútil, ya que yacerás postrada en tus fortísimas fuerzas, tal como también el cuerpo que es abandonado por el alma es postrado del todo a la destrucción. Pues la fuente de agua viva te sofocará, cuando las almas felices por el nuevo hombre que será inocente de la venenosa decepción serán arrebatadas miseri-

cordiosamente en la bienaventuranza superna. Por lo cual también para tu confusión seré tu mordedura, oh infierno, cuando mi potestad con gran virtud te arrebate aquellos despojos que fraudulentamente robaste; de modo que también tú, oh muerte, justamente despojada, nunca más aparezcas llena en tus riquezas, sino atravesada por las heridas y yaciendo postrada en la fealdad, reportes tu confusión para siempre.

Pero como ves en aquel hombre resplandeciente que salió de la aurora apareciendo en tal claridad más allá de lo que la lengua humana pueda expresar, se demuestra que sobre el augustísimo cuerpo del Hijo de Dios, nacido de la hermosísima Virgen y oculto por tres días en el sepulcro —para insinuar que hay tres personas en una sola divinidad—, la claridad paterna resplandeció, y así recibió el Espíritu, y resucitó en una fulgentísima inmortalidad que ninguno de los hombres podrá explicar con el pensamiento o la palabra. Al cual también el Padre, con las heridas al descubierto, mostró a los coros celestiales, diciendo: "Este es mi Hijo amado" (Mateo 3), a quien envié para que muriera por el pueblo: por cuya causa, más allá del intelecto humano, un gozo innumerable se renovó en ellos porque la ciega desidia por la cual Dios no era conocido fue tan deprimida que la racionalidad del hombre, que yacía postrada por la sugerencia del diablo, fue elevada al conocimiento de Dios, ya que por la suma bienaventuranza se mostró al hombre el camino de la verdad, en el cual fue reducido de la muerte a la vida. Pero según esto, así como los

hijos de Israel, liberados de Egipto, atravesando el desierto durante cuarenta años, llegaron a la tierra que mana leche y miel, así el Hijo de Dios resucitando de la muerte por cuarenta días se mostró benignamente a sus discípulos con las bienaventuradas mujeres que suspiraban tras Él y deseaban con gran deseo verle, para confirmarlos en la fe, no sea que dudaran, diciendo: "No hemos visto al Señor: por tanto no podemos creer que Él mismo sea nuestra salvación", sino que frecuentemente se les manifestó, para corroborarlos a ellos para que no cayeran.

Que de hecho tendiera hacia la eminentísima altura de gloria innumerable donde radia maravillosamente en la plenitud de toda clase de abundancia y olor: esto es que el mismo Hijo de Dios ascendió al Padre, para quien junto con el Hijo y el Espíritu Santo es la eminentísima y excelentísima altura de inenarrable gozo y alegría, donde el mismo Hijo aparece gloriosamente a sus fieles en la abundancia de la prefugentísima santidad y bienaventuranza; los cuales creen con corazón puro y simple que Él es verdadero Dios y hombre. Pues aun entonces la nueva esposa del mismo Cordero le fue presentada con diversos ornamentos con los cuales ha de ser adornada en todo género de virtudes del fortísimo certamen de todo el pueblo fiel; que han de luchar contra la astuta serpiente. Pero quien ve con ojos vigilantes, y escucha con oídos atentos, dé este el beso del abrazo a mis palabras místicas que emanan de mí, el Viviente.

SEGUNDA VISIÓN.

SUMARIO.—Del sentido de los misterios de Dios. De las tres personas. Que el hombre nunca se olvide de invocar ardientemente a un solo Dios en tres personas. De las tres fuerzas de la piedra. Juan sobre la caridad de Dios. De las tres causas del Verbo humano. De las tres fuerzas de la llama. Palabras de Salomón. De la unidad de la esencia.

Entonces vi una luz esplendidísima y en ella una semejanza de hombre de color de zafiro que ardía toda con un fuego rutilante suavísimo, y aquella luz espléndida bañaba todo aquel fuego rutilante, y aquel fuego rutilante toda aquella luz resplandeciente, y aquella luz esplendidísima y el fuego rutilante toda la semejanza del hombre, existiendo como una sola luz con una sola virtud y potencia. Y de nuevo oí a aquella luz viviente diciéndome: Este es el sentido de los misterios de Dios, para que se discierna y entienda discretamente cuál sea aquella plenitud que no tiene origen y a la que nada le falta, la cual con virtuosísima potencia plantó todos los arroyos de los fuertes. Pues si el Señor estuviera vacío de su propia virtud, ¿qué sería entonces su obra? Ciertamente vana, y por eso en la obra perfecta se discierne quién sea su artífice. Por lo cual ves la luz esplendidísima que no tiene origen, y a la que nada le puede faltar; la cual designa al Padre, y en ella la semejanza de hombre de color de zafiro sin ninguna mancha de imperfección de envidia e iniquidad declara al Hijo, engendrado del Padre antes de los tiempos según la divinidad, pero des-

pués encarnado en el mundo en el tiempo según la humanidad. La cual arde toda con un fuego rutilante suavísimo, cuyo fuego sin el contacto de ninguna mortalidad árida y tenebrosa demuestra al Espíritu Santo por el cual el mismo Unigénito de Dios fue concebido según la carne y nacido de la virgen temporalmente, e infundió en el mundo la luz de la verdadera claridad. Pero que aquella luz espléndida bañe todo aquel fuego rutilante, y aquel fuego rutilante toda aquella luz resplandeciente, y la luz espléndida y el fuego rutilante toda la semejanza del hombre, existiendo como una sola luz en una sola virtud y potestad: esto es porque el Padre, que es la suma equidad, pero no sin el Hijo ni el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo, que es el encendedor de los corazones de los fieles, pero no sin el Padre y el Hijo, y el Hijo, que es la plenitud de la virtud, pero no sin el Padre y el Espíritu Santo, son inseparables en la majestad de la divinidad, ya que el Padre no es sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre, ni el Padre y el Hijo sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin ellos, y estas tres personas existen como un solo Dios en una sola e íntegra divinidad de majestad: y la unidad de la Divinidad en las mismas tres personas vigentes es inseparable, porque la Divinidad no puede ser escindida, sino que ella misma permanece siempre inviolable sin ninguna mutabilidad, pero tanto el Padre es declarado por el Hijo, el Hijo por el nacimiento de las criaturas, y el Espíritu Santo por el mismo Hijo encarnado. ¿Cómo? El Padre es quien antes de los siglos engendró al Hijo; el Hijo, por quien todas las cosas fueron hechas por el Pa-

dre en el inicio de las criaturas, y el Espíritu Santo, que apareció en forma de paloma en el bautismo del Hijo de Dios al final de los tiempos. Por lo cual nunca se olvide el hombre de invocarme a mí, único Dios, en estas tres personas; porque por eso las mostré al hombre para que el hombre arda tanto más estrechamente en mi amor, cuando por amor a él envié a mi propio Hijo al mundo como Juan mi amado protesta, diciendo: "En esto apareció la caridad de Dios en nosotros, porque Dios envió a su Hijo Unigénito al mundo para que vivamos por él. En esto está la caridad, no como si nosotros hubiéramos amado a Dios; sino porque Él nos amó primero a nosotros, y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1 Juan 4). ¿Qué es esto? Porque en esto que Dios nos amó: otra salvación ha surgido que aquella que tuvimos en el origen próximo cuando fuimos herederos de la inocencia y de la santidad, ya que el Padre superno mostró su caridad en nuestros peligros cuando estábamos constituidos en las penas: enviando a su Verbo solo entre los hijos de los hombres en perfecta santidad, por la virtud superna hacia las tinieblas de los siglos donde el mismo Verbo habiendo obrado todos los bienes redujo a la vida por su mansedumbre a aquellos que por la inmundicia de la prevaricación habían sido derribados, ni podían volver a la santidad que habían perdido. ¿Qué es esto? Pues por la misma fuente de la vida vino la dilección paterna del abrazo de Dios; la cual nos educó para la vida, y la cual fue nuestra auxiliadora en los peligros, que es la caridad profundísima y suavísima, ins-

truyéndonos para la penitencia. ¿Cómo? Dios se acordó misericordiosamente de su gran obra y de su preciosísima margarita, el hombre, digo, a quien formó del limo de la tierra y a quien inspiró el soplo de la vida. ¿Cómo? Él mismo instruyó la vida hacia la penitencia cuya eficacia nunca perecerá; porque la astuta serpiente engañó al hombre por la soberbia invasión, pero Dios le derribó en la penitencia que muestra la humildad, la cual el diablo no conoció ni hizo; ya que no supo alzarse hacia el camino recto. Por lo cual esta salvación de la caridad no ha surgido de nosotros, porque ni conocimos ni pudimos amar a Dios en la salvación, sino porque el mismo Creador y Señor de todas las cosas amó tanto al mundo que por su salvación envió a su Hijo, príncipe y Salvador de los fieles, que lavó y limpió nuestras heridas, de donde también de Él sudó la dulcísima medicina, de la cual fluyen todos los bienes de la salvación. Por lo cual también tú, oh hombre, entiende, porque ninguna inestabilidad de mutabilidad toca a Dios. Pues el Padre es el Padre, el Hijo es el Hijo, el Espíritu Santo es el Espíritu Santo: tres personas que vigentes indivisiblemente en la unidad de la divinidad. ¿Cómo? Hay tres fuerzas en una piedra, y tres en una llama, y tres en una palabra. ¿Cómo? En la piedra está la virtud de la humedad, la virtud de la palpabilidad y la fuerza ígnea, pero tiene la virtud de la humedad para que no se disuelva y se desmenuce; la comprensión palpable de hecho para que exhiba habitación y defensa, la virtud ígnea sin embargo para que sea fomentada y consolidada hasta su dureza; y la misma

virtud húmeda significa al Padre; que nunca se seca o se acaba en su virtud, y la comprensión palpable designa al Hijo; que nacido de la virgen pudo ser tocado y comprendido, y la fuerza del fuego rutilante significa al Espíritu Santo; que es el encendedor e iluminador de los corazones de los hombres fieles. ¿Qué es esto? Así como el hombre que por su cuerpo frecuentemente atrae la virtud húmeda de la piedra, por ello se debilita enfermando; así también el hombre que por la inestabilidad de sus pensamientos quiere temerariamente contemplar al Padre, perece en la fe, y como en la comprensión palpable de la piedra los hombres hacen su habitación defendiéndose por ella de los enemigos; así también el Hijo de Dios, que es la verdadera piedra angular, es la habitación del pueblo fiel, protegiéndolo de los espíritus malignos. Pero también así como el fuego rutilante ilumina las cosas teneboras, quemando aquellas sobre las que se ha asentado; así también el Espíritu Santo ahuyenta la infidelidad, quitando todo el orín de la iniquidad. Y del modo que estas tres fuerzas están en una piedra, así también la verdadera Trinidad está en una deidad.

Asimismo, como una llama en un solo fuego tiene tres fuerzas, así también un solo Dios está en tres personas. ¿Cómo? Pues la llama consiste en una espléndida claridad y en un vigor inherente y en un ardor ígneo, pero tiene la espléndida claridad para que brille, y el vigor inherente para que tenga vigor, y el ardor ígneo para que queme. Por lo cual en la espléndida claridad considera

al Padre, que por la piedad paterna expande su claridad a sus fieles, y en el vigor inherente de la espléndida llama en la cual esta llama muestra su virtud, entiende al Hijo; que de la virgen asumió el cuerpo, en el cual la Divinidad declaró sus maravillas, y en el ardor ígneo percibe al Espíritu Santo, que quema suavemente las mentes de los creyentes. Pero donde no hay ni espléndida claridad, ni vigor inherente, ni ardor ígneo, allí no se discierne llama alguna; así donde no se cultiva ni al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo, allí no se le venera dignamente. Por tanto, así como en una sola llama se disciernen estas tres fuerzas, así en la unidad de la divinidad entiéndanse las tres personas. Así también como tres fuerzas han de notarse en la palabra; así también la trinidad en la unidad de la divinidad ha de considerarse. ¿Cómo? En la palabra hay: sonido, virtud y hálito. Pero tiene el sonido para que sea oído, la virtud para que sea entendida, el hálito para que sea completada. En el sonido, pues, nota al Padre, que con inenarrable potestad lo propala todo. En la virtud, al Hijo, que maravillosamente fue engendrado del Padre, y en el hálito, al Espíritu Santo, que sopla donde quiere, y todas las cosas son consumadas. Por lo cual, así como estas tres cosas están en una sola palabra, así también la Trinitad superna está en la unidad superna; y así como en la piedra ni es ni opera la virtud húmeda sin la comprensión palpable y sin la virtud ígnea, ni la comprensión palpable sin la virtud húmeda y el vigor ígneo del fuego rutilante, ni el vigor del fuego rutilante sin la virtud húmeda y

la comprensión palpable, y como en la llama no está, ni opera la espléndida claridad sin el vigor inherente y el ardor ígneo, ni el vigor inherente sin la espléndida claridad y el ardor ígneo, ni el ardor ígneo sin la espléndida claridad y el vigor inherente, y como en la palabra no está ni opera el sonido sin la virtud y el hálito, ni la virtud sin el sonido y el hálito, ni el hálito sin el sonido y la virtud, sino que son cosas adherentes a sí mismas indivisiblemente en su obra; así también estas tres personas de la superna Trinidad vigentes inseparablemente en la majestad de la divinidad ni se dividen entre sí. Así entiende a un solo Dios en tres personas, oh hombre. Pero tú, en la necedad de tu mente, piensas que Dios es tan impotente que no le sea posible subsistir verdaderamente en tres personas, sino solo poder consistir en una: cuando ni siquiera ves que una voz consista sin tres. ¿Qué es esto? Dios ciertamente es en tres personas el Dios verdadero y único, el primero y el último.

Pero el Padre no es sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre, ni el Padre ni el Hijo sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin ellos; ya que estas tres personas son inseparables en la unidad de la divinidad. De qué modo la palabra resuena de la boca del hombre; pero no la boca sin la palabra, ni la palabra sin la vida. ¿Y dónde permanece la palabra? En el hombre. ¿De dónde sale? Del hombre. ¿Cómo? Viviendo el hombre. Así está el Hijo en el Padre a quien el Padre envió para la salvación de los hombres que se sientan en la tierra en las tinieblas, concebido del Espíritu

Santo en la Virgen. El cual Hijo como es unigénito en la divinidad, así es unigénito en la virginidad, y como es el único del Padre, así es también el único de la madre, porque como el Padre lo engendró a Él uno antes de los tiempos, así también la virgen madre lo engendró a Él uno solo en el tiempo, ya que la virgen permaneció después del parto. Por lo cual, oh hombre, entiende en estas tres personas a tu Dios que te creó en la fortaleza de su divinidad, y que te redimió de la perdición. No quieras, pues, olvidarte de tu Creador, tal como Salomón también te persuade, cuando dice: "Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud antes de que venga el tiempo de tu aflicción, y se acerquen los años de los cuales digas: No me agradan" (Ecl. 12). ¿Qué es esto? Con tu sentido intelectual acuérdate de Aquél que te formó, como cuando en los días de tu necia confianza piensas que te es posible que según tu deseo asciendas a lo alto, precipitándote en lo profundo, o estando en la prosperidad cayendo en las extremas miserias. Pues la vida que está en ti siempre se esfuerza para que se perfeccione hasta aquel tiempo en que aparezca perfecta. ¿Cómo? El infante desde su primer nacimiento asciende hasta la estatura perfecta, y de ahí en adelante permanece en la edad perfecta, dejando la petulancia de las costumbres de la necia adolescencia solo con grandes cuidados proviniendo solícitamente qué ha de hacerse por él en sus asuntos, lo cual entonces de ningún modo hacía cuando la necia adolescencia hervía en la inconstancia. Así haga el hombre fiel, deje la infancia

de las costumbres; y ascienda a la cumbre de las virtudes perseverando en la fortaleza de ellas, desertando la exaltación de su codicia que brota en la demencia de los vicios y en la angustia medite qué le sea útil después de que ha declinado la infancia de las costumbres pueriles. Por lo cual, oh hombre, abraza así a tu Dios en la fortaleza de tu vigor antes de que venga el hombre de la purgación de tus obras, cuando todas las cosas se manifestarán, ni nada se dejará oculto donde vienen los tiempos que en su duración no fallarán. De los cuales con tu sentido humano, para que no digas murmurando: No me agradan, ni entiendo si están en la prosperidad o en aquella miseria, porque la mente humana siempre está dudosa en esto; pues aun mientras obra cosas buenas tiene ansiedad de si agradan a Dios o no. Y mientras perpetra cosas malas, teme por la seguridad de la remisión. Pero quien ve con ojos vigilantes y escucha con oídos atentos, dé este el beso del abrazo a mis palabras místicas que emanan de mí, el Viviente.

TERCERA VISIÓN.

SUMARIO.—De la construcción de la Iglesia que siempre engendra a sus hijos en la regeneración del espíritu y del agua. Que la Iglesia en su origen fue decorada con apóstoles y mártires. Que en el oficio sacerdotal y en la distribución de las limosnas se adorna la Iglesia. De la benignidad materna de la Iglesia. Que la Iglesia, aún no perfeccionada para el candor de su consumación, será conducida a lo perfecto cerca del tiempo del

hijo de la perdición. Cómo la Iglesia ofrece devotísimamente a sus hijos en la pureza. Que ninguna perversidad del arte diabólica puede oscurecer a la Iglesia. Que el intelecto humano no vale para contemplar plenamente los secretos de la Iglesia. De la virginidad de María. De la dilatación de los sacramentos de la verdadera Trinidad. Que a cada uno de los fieles asiste el ministerio de los ángeles. De los que son regenerados por la madre Iglesia en la fe de la santa Trinidad, permaneciendo ella misma íntegra. Similitud del bálsamo y del ónice y del carbunclo. Que la beatísima Trinidad aparece en el bautismo a los bautizados, abierto el cielo: y abstrayéndoles la negrura de los pecados viste a cada uno con una vestidura blanca. De la querella de la Iglesia sobre el error de los hijos. Que dos signos fueron entregados a los hombres para defenderse. Similitud del joven. Por qué a Adán no se le debía dar una doble ley. Que la amonestación del Espíritu Santo apareciendo, amenazaba a la antigua serpiente en Noé, la circuncisión le golpeó en la mandíbula en Abraham, la Iglesia lo ligó. De las tres alas, qué significan. Que los varones que no fueron circuncidados en el tiempo de la circuncisión, fueron transgresores de la ley. Así como en la creación de Adán tres causas fueron designadas, así también tres causas hay en el varón al procrear los hijos. Que la mujer que observa su virginidad en el amor de Dios es grandemente adornada por Dios. Que el varón que rehúsa el consorcio del matrimonio en el amor de Dios, es hecho partícipe del Hijo de Dios. Palabras de Isaías profeta. Que la caída de Adán

cerró el cielo al hombre, cuya clausura duró hasta el Hijo de Dios. Palabras del Evangelio. Palabras de Dios exhortante. Que en la circuncisión de Abraham un solo miembro, pero en el bautismo de Cristo todos los miembros son circuncidados. Palabras del Evangelio. Que en todo tiempo y en toda edad Dios recibe piadosamente a todo sexo, a saber, varón y mujer, en el bautismo. Que tres deben asistir en honor de la santa Trinidad para el bautismo, a saber, el sacerdote y dos que prometan la fe por él, y estos mismos no se mezclen con el mismo bautizado en cópula carnal. Comparación del infante. Que todos los pecados son remitidos en el bautismo. Que aunque el sacerdote sea pecador, sin embargo Dios recibe de él el oficio del bautismo. Similitud del hombre rico. En la necesidad, si el sacerdote no asiste, se concede a cualquier hombre fiel bautizar, conservada la forma del bautismo.

Después de estas cosas vi como una imagen mujeril de procera magnitud que tenía el aspecto de una gran ciudad, su cabeza coronada con un ornamento admirable, y unos brazos de los cuales pendía un esplendor como mangas, radiando desde el cielo hasta la tierra. Su vientre, sin embargo, a modo de red con muchos agujeros, por los cuales entra una gran multitud de hombres; de hecho no tenía piernas ni pies, sino que solo estaba sobre su vientre ante el altar que está ante los ojos de Dios, abrazándolo con las manos extendidas, y con sus ojos atendía agudísimamente por todo el cielo. Pero no podía considerar ninguna de sus vestiduras, excepto que brillando toda

con una clarísima luz, había sido rodeada de mucho esplendor, en su pecho como una aurora que brillaba con un fulgor rojo donde también en un multiforme género de música oí de ella este canto como una aurora muy rutilante decantarse. Y aquella imagen expandió su esplendor como una vestidura diciendo: Me conviene concebir y parir. Y pronto le salió al encuentro como un relámpago una multitud de ángeles haciendo grados y sedes en ella para los hombres, por los cuales aquella misma imagen había de ser absuelta. Después vi infantes negros cerca de la tierra en el aire como peces reptando en el agua y entrando en el vientre de la imagen por los agujeros (que estaban abiertos para los que querían entrar). Pero ella gimió atrayéndolos hacia arriba, los cuales también salieron por su boca, permaneciendo ella misma íntegra. Y he aquí aquella luz serena y en ella toda la semejanza de hombre, ardiendo con un fuego rutilante, según la visión que antes había visto, se me apareció de nuevo, y quitando a cada uno de ellos la piel negrísima y proyectando aquellas pieles fuera del camino, vistió a cada uno de ellos con una vestidura blanquísima, y les abrió la luz clarísima, diciendo a cada uno de ellos: Despójate de la vejez de la injusticia, y revístete de la novedad de la santidad, pues se te ha abierto la puerta de tu herencia. Considera, pues, cómo has sido instruido, para que conozcas a tu padre a quien has confesado. Yo te he recibido y tú me has confesado. Ahora, pues, mira dos semicírculos, uno al oriente y otro al norte. Si, por tanto, con tus ojos interiores me has inspeccionado dili-

gentemente como has sido instruido en la fe, te recibiré en mi reino. Y si me has amado perfectamente, haré cualquier cosa que pidas. Si, por el contrario, me has despreciado, apartándote de mí y mirando hacia atrás, ni queriendo conocerme o entenderme, revocándote sórdido en los pecados a la pura penitencia si tú recurres al diablo como si aquel fuera tu padre: entonces te recibirá la perdición, porque serás juzgado según tus obras, ya que habiéndote dado yo el bien, no quisiste conocerme. Los infantes, sin embargo, que habían entrado en el vientre de la imagen, caminaban en el esplendor que la había rodeado. Y ella, mirándolos benignísimamente, decía con voz triste: Estos hijos míos volverán de nuevo al polvo; sin embargo concibo y paro a muchos que me fatigan a mí su madre con diversas conmociones y me oprimen impugnándome con heréticos y cismáticos y con batallas inútiles para ellos mismos, en rapiñas y homicidios, en adulterios y fornicaciones, y en muchos otros errores semejantes de este tipo. Pero muchísimos de estos resurgen en verdadera penitencia para la vida eterna, y muchísimos caen en una falaz obduración para la muerte segunda. Y de nuevo oí una voz del cielo diciéndome: La plena construcción de las almas vivientes que se construye en los cielos vivos de piedras adornadas con inmenso decoro de virtudes en sus hijos a los que abraza como una ciudad capacísima: una gran multitud de pueblos y como una red amplísima una gran multitud de peces florece decentísimamente en las virtudes

supernas según lo que en el nombre cristiano vigila la obra de los hombres fieles.

Por lo cual, que ahora veas como una imagen mujeril de procera magnitud a modo de una gran ciudad, designa a la esposa de mi Hijo que siempre engendra hijos en la regeneración del espíritu y del agua, cuando el fortísimo guerrero la puso en la latitud de las virtudes para comprender y perfeccionar a una gran multitud en sus electos; y es a modo de una gran torre, ya que ningún enemigo prevalece para expugnarla, expulsando de sí la infidelidad por una impugnación contraria y expandiéndose fielmente: lo cual en el siglo mortal se entiende según esto, que cada uno de los fieles ofrece ejemplo a su prójimo, por el cual ellos operan muchísimas virtudes en las cosas celestiales. Pero cuando cada uno de los justos llegue a los hijos de la luz, entonces en ellos aparecerá la obra buena que han obrado, la cual en la mortalidad del polvo terreno no puede ser conocida, ya que aquí ha sido oscurecida en la sombra de la inquietud. Y tiene la cabeza coronada con un ornato admirable; porque ella en su origen, cuando fue suscitada en la sangre del Cordero, fue decentemente decorada en los apóstoles y mártires desposada con verdadero desposorio con mi Hijo, ya que en el cruor de Él se edificó fielmente en la fiel edificación de las santas almas. Por lo cual también tiene brazos de los cuales desciende un esplendor como mangas desde el cielo hasta la tierra radiando; que es la operación de la fortaleza en los sacerdotes que en la pureza del corazón y de las manos en el sacramento del cuerpo y de

la sangre de su Salvador, ofrecen el sacrosanto sacrificio sobre el santo altar en la virtud de las buenas obras, que es una obra clarísima para los que hacen misericordia, los cuales en la largueza siempre gastan auxilio para todo dolor, distribuyendo la limosna entre los pobres con un corazón mitísimo, y así diciendo en su ánimo perfecto: Esta no es mi sustancia, sino de Aquél que me creó, porque esta obra inspirada por Dios: es representada ante sus ojos en el cielo cuando en el cultivo de la Iglesia, se perfecciona por los hombres fieles en la tierra. Que sin embargo su vientre sea a modo de red que tiene muchos agujeros por los cuales entra una gran multitud de hombres: esto es la benignidad materna de ella que está abierta para la captura de las almas fieles en la múltiple excelsitud de las virtudes en las cuales los pueblos creyentes conversan devotamente por la fe de la verdadera credulidad. Pero el que lanzó su red para la captura de los peces es mi Hijo, esposo de su amada Iglesia, a la que en su sangre se desposó consigo para reparar la caída del hombre perdido. La cual todavía no tiene piernas ni pies, porque no ha sido conducida a la fortaleza de su constitución ni al sumo brillo de su consumación, ya que cerca del tiempo del hijo de la perdición que inducirá el error al mundo, padecerá copiosísimamente en sus miembros la ígnea y sanguinolenta angustia de la crudelísima perversidad, por cuya calamidad conducida a lo perfecto por las heridas sangrientas: correrá prontamente a la Jerusalén celestial, y puesto que en la sangre de mi Hijo la nueva esposa surgió suavemente, ella

con este ardor entrará en la vida en la plenitud del gozo de su prole. Pero solo sobre su vientre ante el altar que está ante los ojos de Dios estaba abrazándolo con las manos extendidas; ya que ella misma siempre está encinta y procreando a sus hijos en la verdadera ablución, los ofrece devotísimamente a Dios por las purísimas oraciones de los santos. Y por el suavísimo olor de la discreción de las ocultas y manifiestas virtudes que se profieren en la intención de los ojos de la mente, desechada toda ficción de simulación y apetito de alabanza humana; como el incienso es purgado de toda injuria de hedor contrario, cuya buena operación ciertamente es un sacrificio suavísimo a la vista de Dios; en el cual la nueva esposa frecuentemente trabaja con todo deseo en la obra de las virtudes fructuosas anhelando lo celestial, y edificando la excelsa torre de los muros supernos con el fruto de treinta, sesenta y ciento por uno.

Por lo cual también con sus ojos atiende agudísimamente por todo el cielo, porque su intención, que tiene devotísimamente en lo celestial, ninguna perversidad la puede oscurecer, ni ninguna persuasión del fraude diabólico, ni el error del pueblo prevaricador, ni las conmociones difundidas en diversas tierras donde los hombres insanos en la incredulidad de su furor se despedazan cruelmente a sí mismos. Pero que no puedas considerar ninguna de sus vestiduras, esto es que sus secretos, el intelecto humano gravado en la enfermedad de su fragilidad, no vale para contemplarlos perfectamente, excepto que brillando toda con una clarísima luz, ha sido rodeada de

mucho esplendor; ya que el sol verdadero con la clarísima inspiración del Espíritu Santo y con el decentísimo ornato de las virtudes la bañó por todas partes. En su pecho como una aurora que brilla con un fulgor rojo, porque en los corazones de los fieles brilla con ardentísima devoción la integridad de la beatísima Virgen que engendra al Hijo de Dios, donde también en un multiforme género de música oyes de ella este canto como una aurora muy rutilante decantarse; ya que toda voz de los creyentes, tal como se infunde en tu intelecto, debe abrazar con toda intención en la Iglesia la virginidad de aquella virgen ilesa. Que de hecho la misma imagen expandiera su esplendor como una vestidura diciendo que le conviene concebir y parir: esto es que en la Iglesia se dilata el sacramento de la confesión de la verdadera trinidad, porque el amito de ella está en la protección de los pueblos fieles, por los cuales ella misma surge en la edificación de las piedras vivas blanqueadas en la fuente del purísimo lavatorio, tal como ella misma confiesa necesario para la salvación que conciba hijos en la bendición, y que los para en la ablución por la regeneración del espíritu y del agua. Por lo cual también pronto le salió al encuentro como un relámpago una multitud de ángeles haciendo grados y sedes en ella para los hombres por los cuales la misma imagen ha de ser perfeccionada; porque a cada hombre creyente asiste el temible y amable ministerio de los espíritus bienaventurados que preparan a aquellos fieles el ascenso por la fe y los reposos por la suma quietud en los cuales se reconoce que

aquella feliz madre Iglesia ha de ser conducida para su decoro.

Pero también después ves infantes negros cerca de la tierra en el aire como peces reptando en el agua y entrando en el vientre de la imagen por los agujeros (que están abiertos para los que quieren entrar); lo cual es la negritud de los hombres necios que todavía no han sido lavados en el lavatorio de la salvación, sino que ellos, amando las cosas terrenas y discurriendo por ellas por todas partes y poniendo su habitación en la inestabilidad de aquellas, llegan finalmente a la madre de la santidad, y contemplando la dignidad de sus secretos reciben la bendición de ella, por la cual son arrancados del diablo y devueltos a Dios, entrando en la sagrada constitución del orden eclesiástico en la cual el hombre fiel debe ser beatificado para la salvación, cuando dicen en sí mismos "Creo en Dios", y lo demás que pertenece a la bienaventurada fe. Por lo cual también ella gimió atrayéndolos hacia arriba, los cuales salen por su boca, permaneciendo ella misma íntegra; ya que esta bienaventurada madre exhala íntimos suspiros cuando el bautismo con el carisma se consagra en la santificación del Espíritu Santo, para que el hombre se renueve en la verdadera circuncisión del espíritu y del agua, debiendo ser ofrecido de este modo hacia arriba a la suma bienaventuranza que es cabeza de todos, por lo cual hecho miembro de Cristo, cuando por la invocación de la santa Trinidad es regenerado para la salvación como por la boca de la bienaventurada María; ninguna lesión padece la misma

madre, porque ella permanecerá eternamente en la integridad de su virginidad, que es la fe católica, ya que ella nació en la sangre del verdadero cordero su esposo; el cual sin ninguna corrupción de integridad nació de la integérrima virgen. Así también la misma esposa permanecerá íntegra, de modo que ningún cisma podrá corromperla. A menudo, sin embargo, ha de ser fatigada por hombres perversos, pero por el auxilio de su esposo siempre se protege fortísimamente como una virgen que a menudo es impugnada en las concupiscencias de la carne por el arte diabólico y las persuasiones de muchos hombres; pero sin embargo ella misma, por sus oraciones que derrama al Señor, es liberada denodadamente de las tentaciones de aquellos conservando su benignidad. Así también la Iglesia rechazaba a los nequísimos corruptores que son los errores de los herejes, a saber, tanto de los malos cristianos como de los judíos y de otros infieles que la infestan, queriendo corromper su virginidad que es la fe católica, resistiéndoles ella sin embargo varonilmente, para no ser corrompida, porque siempre fue y es y permanecerá virgen, permaneciendo íntegra la verdadera fe, esto es la materia de su virginidad contra todo error; como también el honor de la casta virgen en la materia del pudor de su cuerpo persevera incorrupto contra todo tacto de la libido. Por lo cual también la Iglesia es la madre virginal de todos los cristianos; ya que en el secreto del Espíritu Santo los concibe y los pare, ofreciéndolos a Dios, de modo que también son llamados hijos de Dios. Y como el Espíritu Santo

obumbró a la beatísima madre, de modo que sin dolor concibió y parió maravillosamente al Hijo de Dios y sin embargo permaneció virgen; así también el Espíritu Santo ilustra a la Iglesia, feliz madre de los creyentes, y sin ninguna corrupción simplemente concibe y pare a los hijos, y ella perdura virgen. ¿Qué es esto? Como el bálsamo suda del árbol, y como las fortísimas medicinas del vaso de ónice que en él se ocultan emanan, y como el clarísimo esplendor del carbunclo se difunde sin ningún impedimento; así el Hijo de Dios nació de la virgen sin ningún obstáculo de corrupción, y así también la Iglesia su esposo engendra a sus hijos sin ninguna inquinación de error; permaneciendo sin embargo virgen en la integridad de la fe.

Que sin embargo veas cómo aquella luz espléndida, y en ella la semejanza de hombre ardiendo toda con fuego rutilante, según la visión que antes habías visto se te aparece de nuevo; esto es que la verdadera trinidad en la verdadera unidad, a saber el lucidísimo Padre, y en el Padre su dulcísimo Hijo que antes de los tiempos según la divinidad permanecía en el Padre, pero en el tiempo según la carne concebido del Espíritu Santo y nacido de la virgen como en la verísima visión se te mostró antes, ahora también se te muestra para confirmación de la fe, ya que la misma beata trinidad aparece en el santo bautismo a los bautizados, abierto el cielo: para que el hombre fiel reciba esta fe, de cómo ha de cultivar a un solo Dios en la verdadera trinidad, la cual también en el primer sacramento del bau-

tismo apareció verazmente. Y quitando a cada uno de ellos la piel integérrima y proyectando las pieles fuera del camino, viste a cada uno de ellos con una vestidura blanquísima y les abre la luz esplendidísima profiriendo a cada uno de ellos palabras de beata amonestación; porque la divina potestad mirando los corazones de los hombres, en el lavatorio del bautismo quita misericordiosamente la infidelidad de sus crímenes, y arroja aquellos crímenes fuera del camino que es Cristo, ya que no la muerte en Cristo sino la vida por la pura confesión y por la ablución de los pecados hay en Él; cuando por Él cada uno de los fieles es vestido con el candor de la salvación, y cuando por Él se le abre la claridad de la beata herencia de la cual el primer hombre fue expulsado, él mismo a saber es amonestado por las palabras de la verdad, para que deponga la vieja costumbre de la iniquidad, y para que asuma el nuevo don de la gracia para la salvación. Pero que los infantes que habían entrado en el vientre de la imagen caminen en el esplendor que la había rodeado: esto es que aquellos cuya feliz madre Iglesia existe por la fuente del sagrado bautismo; deben permanecer en la ley divina en la cual la misma madre ilustrada y adornada los instruyó y deben conservarla, no sea que si infielmente la hubiere desechado: de nuevo sean inquinados por los pecados de los que habían sido limpiados. Por lo cual también ella, mirándolos benignísimamente, dice con voz triste que aquellos hijos suyos volverán de nuevo al polvo; porque la misma beata madre amándolos con interior dilección y condoliéndose por ellos

desde sus íntimas vísceras, se queja de que ellos a quienes engendró en el lavatorio de la regeneración, hechos limpios a saber en lo celestial, de nuevo anhelando las causas terrenas se vuelvan sórdidos en los pecados. ¿Cómo? Porque muchos percibiendo la fe exteriormente: interiormente la impugnan con diversos vicios, caminando más por el camino del error que por el camino de la verdad, de los cuales sin embargo muchísimos se arrepienten de la falsedad, y muchísimos también permanecen en la iniquidad; como también aquella madre por sus palabras que arriba fueron aducidas, demuestra.

Pues se sabe que dos signos de la ley de los señalados han sido entregados a los hombres, a saber, la circuncisión en los antiguos padres, y el bautismo en los nuevos doctores, por los cuales los hombres son uncidos como el buey a su yugo; ya que aunque aquel fuera corregido por el aguijón, sin embargo induciría el surco de los carros si no estuviera ligado al yugo. De modo similar no caminarían los hombres por mis caminos, si no estuvieran ligados al yugo de sus signos. Esto es tal como si algún joven caminara por algún camino, y su padre le dijera: Camina por el camino recto, y sin embargo no le diera una espada ni otras armas belicosas, con las cuales, si ocurriera un peligro, se defendiera. ¿Qué entonces? Huiría desnudo: ni se atrevería ni podría defenderse del peligro que le ocurriera y que quisiera impedirlo de su camino, sino que se escondería, porque no estaría señalado con la terrible armadura, por la cual debería defenderse.

Así estaría mi pueblo desnudo si no fuera bautizado, por lo cual aparece terrible a sus enemigos que lo ven señalado con el crisma del bautismo, por cuyo signo también les repugna fuertemente a quienes lo quieren destruir, ya sea una turba humana o una línea de batalla diabólica. Pero a Adán no se le debía dar una doble ley. ¿Cómo? Yo le di una ley en el árbol, cuando me veía en la inocencia del corazón; él sin embargo me despreció consintiendo a la astuta serpiente, lo cual fue tan nocivo que nunca con ojos mortales podrá verme mientras permanezca en este siglo transitorio. Pero porque Adán transgredió mi precepto, estuvo sin ley con su género, hasta aquel tiempo que preanunció la nobleza de mi Hijo. Mas la amonestación del Espíritu Santo apareció en Noé cuando el género humano se apresuró a perecer: donde sobre el diluvio erigió el arca, ya que antes de los siglos previó que después de aquel género inicuo que se había manchado con tetérrima iniquidad, debía surgir una nueva prole. Pues después del tránsito de Adán, su género ignorando que yo soy Dios, erraba, diciendo: ¿Quién es Dios? ¿Quién es Dios? Y entonces nacía en ellos todo mal: de modo que entre ellos la antigua serpiente corrió con la potestad suelta, persuadiéndoles de que cumplieran toda su voluntad. Pues él entonces estaba suelto del vínculo de la ligadura: de modo que antes del diluvio no se le oponía amenazante la amonestación del Espíritu Santo, como se le opuso en Noé, en quien surgió una nueva prole: cuando instruí a mi pueblo de tal manera que no podrá olvidar aquella instrucción. Pues la amo-

nestación del Espíritu Santo, primero le amenazó en Noé; después sin embargo la circuncisión lo golpeó en la mejilla, en Abraham; luego en verdad la Iglesia lo ligó en el novísimo tiempo hasta que pase el mundo en el último día. Pero yo permití al diablo ejercer su potestad en el mundo antes del diluvio, por causa del antiguo certamen por el cual venció a Adán hasta que llenó su vientre con el cadáver de toda iniquidad; y esto lo permití por eso, porque justo es mi juicio. Por lo cual también yo suscité las aguas del diluvio, y maté a los pecadores, reservando en mi misterio a Noé, a quien el mismo Satanás no pudo despojar, ya que estaba en mi voluntad sobre el diluvio. Y yo designé en el diluvio el germen rectísimo, a saber a mi Hijo preanunciándolo al nuevo siglo, quien viniendo silenciosamente al mundo, manifestó que la santa Trinidad debe ser veracísimamente cultivada. ¿Cómo?

Muestra tres alas que significan la santa Trinidad: donde tú, Sinagoga, me negarás, y donde un pueblo ajeno me recibirá, donde también tú, oh Abrahán, serás magnificado. Oh Abrahán, tú estás circundado por la circuncisión, estás como cercado por un muro por el Antiguo Testamento, estás adornado por la aurora del sol de la Iglesia. A ti y a tu género di la circuncisión hasta mi Hijo, quien abiertamente remitió los pecados de los hombres, y donde la circuncisión carnal del antiguo prepucio cayó: cuando la fuente del bautismo en la santificación del lavatorio de mi hijo verazmente brotó. Pero quienes en el tiempo de la circuncisión de tu género no fueron circunci-

dados según el tiempo que les fue mostrado, ya fueran de menor o de mayor edad, transgredieron el pacto de mi alianza, excepto las mujeres a quienes la circuncisión no les ha sido mandada; pues la mujer no debe ser circuncidada, porque el tabernáculo materno late oculto en su cuerpo, ni puede ser tocado por un tacto exterior, y ya que ella misma está bajo la potestad del varón, como un siervo bajo su señor. Pues el varón tiene tres causas en su obra, esto es, la concupiscencia, la fortaleza y el estudio. Mas la concupiscencia enciende la fortaleza, por lo cual en ambos está el estudio del trabajo y de la ardiente voluntad de ellos. Esto es tal como en la creación de Adán tres causas fueron designadas; porque la voluntad de Dios en la potestad formó al hombre, y esto lo cumplió en gran piedad, cuando él mismo hizo al hombre a su imagen y semejanza. En la voluntad de Dios, nota la concupiscencia del varón; y en la potestad de Dios, la fortaleza del varón, y en la piedad de la voluntad y potestad de Dios, el estudio de la concupiscencia y de la fortaleza del varón. De este modo por el varón es procreado el género humano de la mujer; porque también Dios hizo al hombre del limo de la tierra, ya que así como la tierra está en la virtud del germen de los frutos de los campos, así también la mujer ha sido puesta en el humor del parto para parir hijos. ¿Qué es esto? La mujer tiene un tiempo de revelación del humor que está en ella, y que se difunde en ella con húmeda virtud con calor: de otro modo voluntariamente no recibiría al varón, sino que desdeñándolo no consentiría

a la voluntad de aquel, ni procrearía hijos. Pues si no tuviera la virtud del humor en el calor, permanecería infructuosa: como la tierra árida que no se doblega a ningún uso de fructuosidad. Pero también aquella virtud del humor no siempre tiene en el calor el incendio del ardor de la concupiscencia en la mujer, a no ser que ella misma, tocada primero por el varón, reconozca el ardiente fervor de la concupiscencia: porque en ella no es tan fuerte ni tan ferviente la concupiscencia como en el varón, que es fuerte como un león para la concupiscencia de la obra de los hijos; de modo que él mismo tenga la fortaleza de la concupiscencia y de la obra, teniendo la mujer solamente este negocio que subyace al imperio de la voluntad de aquel, ya que ella misma está ocupada en la procreación de los nacidos, hasta que los produzca al mundo. La cual, mientras desea a mi Hijo, queriendo en su amor observar su virginidad: es muy adornada en el tálamo de él, ya que desprecia el ardor que por la caridad de él sostiene: no queriendo ser disuelta por el incendio de la ardiente libido, perseverando en la pudicia, porque desprecia al varón carnal en el desposorio espiritual; anhelando con todo deseo tras mi Hijo, desechando el recuerdo del varón carnal. Oh carísimos gérmenes, y oh flores más dulces y suaves sobre todos los aromas: donde la naturaleza blanda y frágil surge como la aurora hacia el desposorio de mi Hijo, amándolo mucho con casta dilección, ella para él esposa, y él para ella esposo, ya que este género de vírgenes lo ama

mucho en el reino superno, para ser adornado con insignes ornamentos. Pero ¿qué ahora?

Cuando también la fortaleza del varón rehúsa llevar el consorcio del matrimonio, de modo que el varón por causa del amor de mi Hijo se cohíbe en su vívida naturaleza, cuando florece en el germen de los hijos; él sin embargo, constriñendo sus miembros para que no ejerzan la concupiscencia de su carne, esto me es muy amable porque a saber el varón de este modo se vence a sí mismo. Por lo cual también yo lo haré consorte de mi Hijo; y lo pondré como un espejo serenísimo ante la faz de él, porque fuertemente resistió al diablo; quien se había atraído para sí al género humano por la infidelidad de nequísima suciedad. Para que fuera arrebatado de su lazo, envié a mi Hijo al mundo, nacido de la dulcísima virgen sin ninguna mancha de pecado, trayendo la fuente de la salvación, la cual él mismo, cordero inocente, sacralizó, para que el prepucio del antiguo crimen fuera abolido en él. ¿Qué es esto? El prepucio amarísimo es el crimen de la transgresión de Adán que mi Hijo quitó; cuando él mismo, habiendo entrado en la fuente de la salvación, dedicó nobilísimamente a la cohorte cristiana, para que la serpiente antigua, que había engañado al hombre, fuera sumergida en aquel lavatorio. ¿Cómo? El hijo responde a la condición de su padre; y también retiene su herencia. ¿Qué es esto? El género de Adán por la transgresión de aquel fue expulsado del lugar de la amenidad, y en el bautismo de la salvación por mi Hijo ha sido revocado a la vida. Él mismo sobre los incrédulos

que repugnaron a mis preceptos dio la voz de la bendición; de modo que aterrorizados pidieran perdón en el espíritu de contrición, como Isaías mi siervo según esto que de mí recibió protesta, diciendo: Y vendrán a ti encorvados los hijos de aquellos que te humillaron, y adorarán las huellas de tus pies todos los que te detraían (Is. LX). Oh tú que eres paz superna y sol purísimo, por ti brotará la raíz viviente que es la regeneración de espíritu y agua, cuando ellos vendrán solícitamente al conocimiento tuyo quienes en la suciedad de nefandísima inmundicia bajo gravísima maldición estaban postrados, ya que ellos de este modo como encorvados apenas al fin surgirán a la verdad y a la justicia. ¿Cómo? Ellos chupan la dulzura materna de la verdadera fe, viéndola visiblemente, no sabiendo; sino solo arrebatándola al creer fielmente. ¿Y quiénes son ellos? A saber los que en la materia del pecado nacidos de estos, nunca te vieron en ardiente caridad; sino los que oprimiéndote cruelmente te afligieron pertinazmente, como si tú no dominaras sobre ellos: te amaron dulcísimamente en el buen sentido. And de tal modo cuando hayan seguido la verdadera fe, como a un rey te aprehenderán, y como a Señor te adorarán, y correrán apresuradamente siguiendo tus santísimos caminos que les mandaste de modo que siempre con las manos elevadas miren hacia ti y en las buenas obras siempre vigilen para ti, en la fe, a saber no tomando tedio de verte, y esto lo harán todos aquellos; que antes impúdica e irreverenter te despedazaron, y que en el odio y en la envidia se dividieron de ti, cuan-

do entonces en el espejo de la fe ardientemente te abrazaron. ¿Qué es esto?

Pues la caída de Adán cerró el cielo en mi indignación, cuando el hombre me despreció y escuchó a la astuta serpiente. Por lo cual también le fue cerrada toda la gloria del paraíso. Cuya clausura duró hasta el Hijo de mi claridad, quien en mi voluntad entró en el Jordán que fluye; donde también mi voz tronó claramente cuando dije que él era mi Hijo amado, en quien me había complacido; ya que esto quise, que al fin de los tiempos redimiera al hombre por mi Hijo, adhiriéndose a mí por un indisoluble vínculo de amor, como el panal se adhiere a la miel, a quien también por eso designé para mí en fuente; designándome yo fuente de agua viva, para que él mismo, fuente de salvación, resucitara de la muerte eterna a aquellas almas a quienes en el agua por el Espíritu Santo se les diera la remisión de los pecados. Por lo cual también allí apareció el Espíritu Santo, porque por él se hace la remisión de los pecados a los fieles, donde por un secreto místico el Espíritu Santo mostró a mi Unigénito en especie de paloma, la cual es de costumbres simples y sinceras, ya que también el Espíritu Santo en la simplicidad y en la bondad de todos los bienes es justicia indefectible. Y esto convenía, porque mi Hijo nació de la virgen sin ninguna mancha de crimen, para que también el hombre que nace con pecado de varón y mujer renaciera espléndida y gloriosamente sin pecado, como mi Hijo mismo dice en el Evangelio a Nicodemo: Amén, amén te digo, si alguno no renaciere del

agua y del espíritu, no puede entrar en el reino de Dios (Jn. III). ¿Qué es esto? Con constantísima certeza y no con inestable ambigüedad te digo a ti que has nacido de la corrupción, porque el hombre que surgió del ardiente calor de la concupiscencia y envuelto en vestidura venenosa, si en el verdadero gozo de la nueva prole no renaciere del agua de la santificación y del espíritu de la iluminación, en el tiempo de su negligencia será confundido. ¿Cómo? Porque el hombre como el agua, inunda con el espíritu de su vegetación, ya que como el agua limpia las suciedades, y como el espíritu vivifica lo inanimado (si no es purgado en la verdadera generación) no podrá por la entrada de la salvación hacerse heredero del reino de su Creador, porque en el pecado del primer padre a quien el diablo fraudulentamente engañó fue obligado. ¿Cómo? Ya que como el ladrón que roba el más noble y preciosísimo dinero del rey, entra furtivamente, así la concepción tortuosa en la ingluvie sugerida por el diablo subdolamente se introdujo, de modo que él neciamente arrebató la carísima gema de la santa inocencia y castidad en las cuales el Espíritu Santo habita. Por lo cual ahora en la santificación del lavatorio debe ser limpiada. Pues el calor mortífero que la libido en la acumulación de la concupiscencia de la prevaricación de los preceptos del Dios omnipotente encendió, debe ser sumergido en Aquel que nunca esconde envidiosamente sus maravillas, sino que las muestra misericordiosamente en incomprensible piedad. Oíd, pues, al Hijo en esta constitución de la regeneración que es la

revelación de mi reino, y aprended de él para que cumpláis mis preceptos. Hacedlo así. Pues esto me es acepto, y guardaos de que no os seduzca la antigua serpiente; y no moriréis si conservareis vuestro bautismo, como os ha sido mandado en el nombre de la beatísima Trinidad. Y cuantas veces cayereis, levantaos con la corrección de la penitencia según mi misericordia de vuestros pecados. Oh vosotros, carísimos hijos míos, conoced la bondad de vuestro Padre; que os liberó en sí mismo por la pura confesión y por el verdadero perdón de la quijada del diablo, y que os confirió todos los bienes, en los cuales debéis trabajar para que poseáis la Jerusalén celestial; la cual por el falaz engaño perdisteis, porque nadie puede recuperar su herencia perdida sino por el sudor de su trabajo. Vosotros, sin embargo, la beatitud superna, a saber vuestra excelentísima herencia, podéis recibirla por una ley fácil, no difícil. Pues el Espíritu Santo, como se ha dicho antes, expulsa la potestad de Satán en el bautismo del hombre, santificándolo como hombre nuevo en la regeneración, para que pueda recibir los gozos perdidos. Por lo cual, cualquiera que desee salvarse en la purgación de sus crímenes, no rehúse regenerarse.

Pues yo di a los varones del género de Abrahán la circuncisión de un solo miembro, pero en mi Hijo mandé a varones y mujeres de todos los pueblos la circuncisión de todos sus miembros. ¿Cómo? La circuncisión del bautismo surgió en el bautismo de mi Hijo, la cual ha de durar hasta el novísimo día; y después de aquel día, su santi-

dad permanecerá en la eternidad, ni recibirá fin; y de tal modo los que son circuncidados en el lavatorio del bautismo, veracísimamente serán conservados, si este lavatorio con obras justas fielmente hubieren conservado, porque yo recibiré al hombre, ya sea de edad más débil o más fuerte, si mi alianza hubiere custodiado, la cual conmigo pactó, a saber, creyendo en mí, y en la verdadera Trinidad confesándome, ya sea por sí mismo o por otros que por él fían, como el infante o el mudo que no habla, que requiere las palabras de boca ajena, y no lo borraré para siempre; como a aquel que hubiere rehusado recibir esta fuente con la obra de la fe, tal como en la doctrina del Evangelio de mi Hijo está escrito: El que creyere y fuere bautizado será salvo, mas el que no creyere será condenado (Mc. XVI). ¿Qué es esto? Aquel hombre que por su ciencia, que es el ojo interior, ve aquello que a la visión exterior está escondido, y en esto no duda, este ciertamente cree, y esta es la fe. Pues lo que el hombre distingue exteriormente, esto también exteriormente lo conoce, y lo que interiormente ve, esto también interiormente lo considera. Por eso cuando la ciencia del hombre por el espejo de la vida ardientemente percibe la incomprensible divinidad que el ojo exterior no vale contemplar, entonces los deseos de la carne son oprimidos y estrellados contra la piedra. Por lo cual también el espíritu de aquel hombre suspira hacia la verdadera altura, sintiendo esta regeneración que el Hijo del Hombre concebido por el Espíritu Santo trajo, a quien la madre intacta no recibió de la carne de varón

sudando en la libido; sino del secreto del padre de todos. Quien viniendo suavemente, mostró un espejo purísimo y vivo en el agua; de modo que el hombre por él vive en la regeneración. Pues así como el hombre nace de la carne, creándolo la divina potestad en la forma de Adán; así el Espíritu Santo recupera la vida del alma por la inundación del agua, cuando ella recibe en sí el espíritu del hombre, resucitándolo a la vida, como antes fue resucitado en la onda de la sangre; cuando fue manifestado en el vasito corporal, pues como la forma del hombre entonces sensiblemente se forma cuando se dice hombre: así el espíritu del hombre ante los ojos de Dios entonces en el agua es vivificado, de modo que Dios lo conoce para la herencia de la vida. Por lo cual quien así recibe la fuente de la salvación con la alianza de la justicia, encuentra la vida en la salvación, porque fielmente creyó; mas el que creer no quiere, muerto está, ya que no tiene los espiráculos del espíritu, con los cuales vuele a la altura del cielo: sino que solo tocando con ojos ciegos palpita, no viviendo en la sombreada ciencia de la carne, porque carece de la disciplina vital, que Dios aspiró en el hombre, ascendiendo hacia arriba contra la voluntad de la carne. Por lo cual este será condenado en la muerte de la infidelidad, porque no tuvo el lavatorio de la salvación. Pues yo ni el tiempo ni el género de esta salvación separé, sino que esta vocación a todo pueblo por mi Hijo clementemente instituí. Pues, en cualquier tiempo de las horas que pasan, el hombre de cualquier sexo o edad, ya sea varón o mujer, infante o decrépito: cuando

en el afecto de la devoción viniere al bautismo, yo con el auxilio de la piedad lo recibiré. Y no rehúso el lavatorio del bautismo del infante, como algunos falsos detractores dicen; que mienten que yo tal oblación desecho, como también en el Antiguo Testamento no desprecié la circuncisión del infante; cuando aquel ni con la voz la pedía ni con la voluntad la recibía, la cual sin embargo los padres por él cumplieron. Así también ahora en la nueva gracia no desecho el bautismo del infante: aunque aquel ni hablando ni consintiendo lo busque, sino solo sus padres ejecutando aquello por él.

Y sin embargo, si él desea conseguir la salvación, cumplirá con todo derecho la promesa fiel que por él prometieron quienes lo presentaron ante la sacrosanta fuente, los cuales deben ser tres personas en honor de la santa Trinidad: a saber, el sacerdote que lo rocía, y dos que por él responden las palabras de la fe. Mas quienes de este modo se unen al bautizado en el lavatorio del bautismo; no se mezclen con él en la procreación carnal, porque se han unido a él en la generación espiritual. Pues en el bautismo de mi Hijo yo, el Padre, troné: lo cual muestra al sacerdote dando la bendición en el lavatorio, y el Espíritu Santo fue visto en especie de ave ligera, lo cual anuncia a uno en la simplicidad del corazón, allí hablando y enseñando al hombre que ha de ser bautizado, y mi Hijo estaba presente en la carne para ser bautizado; lo cual declara a la mujer que está en la dulzura de madre por causa de la dulcísima encarnación del mismo Unigénito. ¿Qué ahora?

Pero así como el infante es alimentado corporalmente con leche y con alimentos triturados para él por otro, así también observará desde su íntimo corazón la doctrina y la fe propuesta para él en el bautismo. Porque si no chupa los pechos de su madre, ni recibe los alimentos triturados para él, muere sin tardanza; así también si no recibe los nutrimentos de la piadosísima madre Iglesia, ni retiene las palabras de los fieles doctores propuestas en el bautismo; no escapa a la crueldad de la muerte del alma, ya que rechazó la salvación del alma y la dulzura de la vida eterna. Y así como cuando el mismo infante no puede moler el alimento corporal con sus dientes, otro se lo tritura para que lo degluta y no muera; así también debe hacerse cuando él no tiene palabras en el bautismo para confesarme, le asistirán ayudantes espirituales que le propongan el alimento de la vida, esto es, la fe católica, para que no sean atrapados en el lazo de la muerte perpetua. ¿Cómo? El señor propone su voluntad a su siervo con la voz del que manda, y aquel la cumple con temor por la obra, y la madre enseña a su hija con caridad, y ella perfecciona las palabras de aquella con sujeción; y de modo similar los deudores de la fe profieran oportunamente al bautizado las palabras de la salvación, para que él las cumpla con fiel devoción por el amor de lo celestial.

Pues ninguno está oprimido por tan grave peso de pecados que, si en el nombre de la sacrosanta Trinidad es enviado al santo bautismo, no le borre yo verdaderamente todos los crímenes de su maldad, como también en el infante cuando

es rociado en el lavatorio de la regeneración: lavo verazmente la vieja culpa de Adán. Pero no te maravilles, hombre, de que en la fuente del bautismo el hombre sea justificado de todos sus pecados, de modo que del peso de sus pecados sea clementísimamente aliviado en ella. Pues el cordero inocente que sin ninguna mancha de pecado entró en la fuente del bautismo, con el gran sacramento de su encarnación quitó misericordiosamente en el bautismo los crímenes de los pecados de los hombres. Pero todo lo escruto atentísimamente, tanto en este siglo como en la eternidad donde no hay muerte de los cuerpos, sino que todo está abierto. ¿Qué es esto? La Gehena se prueba en las obras de muerte, y la vida eterna en las obras que pertenecen a la vida. ¿Cómo? La muerte se prueba por la muerte, porque cuando el hombre sin penitencia y sin la misericordia de Dios (ya que no la busca) muere en sus pecados por el justo juicio de Dios; pues la muerte se discute en la muerte del infierno. La vida también se prueba por la vida; de modo que las buenas obras brillan en los cielos, cuando la vida eterna domina sobre ellas. Así también los que son bautizados en la fuente de la bendición, son probados en la santidad de la santa regeneración. Y cuando allí soy invocado por la invocación de la bendición del sacerdote, mis oídos están abiertos a las palabras de la fe, aunque el que allí me invoca esté en las obligaciones de los pecados. Pues, aunque el sacerdote sea pecador, sin embargo recibo de él el oficio del bautismo si lo ejerce fielmente por la invocación de mi nombre. Mas la iniquidad de él mismo lo

condenará si en ella permaneciere sin penitencia. Pero no rehúso recibir de él la celebración del bautismo cuando me hubiere invocado en las palabras de la fe. ¿Qué es esto? Si algún hombre rico tiene un dispensador que, dispensando rectamente sus bienes a sus soldados, ejerce fielmente su oficio, el cual aunque el mismo dispensador sea culpable de otra obra suya; sin embargo su señor no se digna recibir de él su oficio, diciéndole tal vez: Siervo malvado en tu obra, por lo cual también lo tiene por indigno en su mente; pero no desdeñando recibir de él el oficio de su justicia. Así también yo, que tengo muchísimos dispensadores, de un sacerdote que rectamente ungido permanece fielmente en su oficio, aunque deba ser culpado por sus otras obras, no me desdeño de recibir mi sacramento, juzgándolo sin embargo contrario a mí por sus otros actos injustos, pero no contemniendo recibir de él lo que es mío.

Pero si alguno que debe ser bautizado, pensando que la separación de su alma y de su cuerpo está cerca, buscare el bautismo y no pudiere tener un sacerdote por quien sea bautizado, entonces si alguno lo rociare por la invocación de la trina majestad, bautizado está. Y recibirá la remisión de sus pecados, y la gracia de la beatitud superna por esta perfusión, porque ha sido rociado en la fe católica, ni este bautismo podrá ser cambiado. Pero sin embargo en esta invocación ninguna persona de estas tres inefables personas debe ser omitida, ya que si allí alguna de ellas por infidelidad se omite invocar; entonces allí la verdad no obra la salvación, sino más bien la falsedad atribuye el

engaño. Por lo cual también allí la invocación de esta inefable Trinidad no faltará; porque tampoco al purísimo bautismo de mi Hijo faltó la Trinidad, sino que allí declaró maravillosamente sus maravillas por sí misma. Por lo cual también los hombres que desean salvarse, perciban la regeneración de la vida para la salvación; y no descuiden percibirla para que no perezcan, porque como es desechado lo abortivo que perece sin el calor de la vida, no adhiriéndose ni en la formación ni en la excitación a las vísceras de su madre, así también en el peligro de la muerte son detenidos sin el consuelo del Espíritu Santo; quienes ni en la mente ni en la obra son purificados por los sacramentos de la Iglesia, que existe como madre de toda santidad. Oigan esto y entiéndanlo todos los pueblos; los que quieren entrar en el reino de Dios en la regeneración de espíritu y agua, según lo que les ha sido propuesto en las santas Escrituras por el don del Espíritu Santo. Mas el que con ojos vigilantes ve y con oídos atentos oye, dé aquí el ósculo del abrazo a mis palabras místicas que emanan de mí, el viviente.

VISIÓN C

UARTA

SUMARIO.---Que todo bautizado debe ser adornado y estabilizado por la unción del obispo.

Que la inmensa e indeficiente dulzura del Espíritu Santo se da en la confirmación. Que la inefable Trinidad se manifiesta en la confirmación y se declara por verdísimas virtudes. Que

la Iglesia, protegida por la unción del Espíritu Santo, nunca puede ser derribada en el error de la perversidad. Palabras de Moisés sobre la misma cosa. Que los bautizados son decorados por el pontífice en la unción del crisma. Palabras del libro de los Reyes para la misma cosa. Que el bautizado y no confirmado tiene la claridad del bautismo y no tiene el adorno y la unción de su doctor superior. Que en honor del Espíritu Santo la confirmación debe ser ejercida solo por los obispos. El que sostiene con las manos al que va a ser confirmado, no se una a él en la procreación carnal. El que después del bautismo vuelve al diablo, a no ser que se arrepienta, será condenado; mas el que fielmente sigue el bautismo, es recibido por Dios, orando la Iglesia a Dios por sus hijos. Tres modos en que la Iglesia resuena como trompeta. De la diversidad multiforme de los bautizados. Palabras de Ezequiel sobre lo mismo.

Y luego vi como una torre grande y redonda: que consistía toda ella en una piedra íntegra y blanca, y que tenía tres ventanas en su cumbre, de las cuales resplandeció tanto fulgor, que hasta el techo de aquella torre, que se había erigido como en hueco, se distinguía más manifiestamente en la claridad de aquel fulgor. Mas las ventanas mismas estaban adornadas alrededor con hermosísimas esmeraldas. Pero también aquella torre estaba impuesta como en medio de la espalda de la predicha imagen mujeril, a semejanza de alguna torre que se impone en el muro de una ciudad; de modo que aquella imagen por la fortaleza de ella de ningún modo podía caer.

Y a aquellos infantes que habían entrado en el vientre de la imagen (como se ha dicho antes), los vi radiantes con mucha claridad; de los cuales algunos en la frente hasta los pies de ellos, estaban adornados como con color áureo; otros en verdad teniendo solo claridad, carecían de aquel color. Asimismo algunos de ellos contemplaban un esplendor puro y lúcido; otros en verdad un cierto fulgor turbio y rojo que se inclinaba hacia el oriente. Pero de los que consideraban el mismo esplendor puro y lúcido, algunos teniendo ojos claros y pies fuertes caminaban fuertemente en el vientre de aquella imagen. Otros sin embargo teniendo ojos enfermos y pies débiles, eran impulsados de aquí para allá por el viento. Pero ellos mismos sosteniendo un báculo en las manos, volaban ante la imagen, y a veces pero sin embargo tibiamente la golpeaban. Algunos en verdad teniendo ojos serenos pero pies imbéciles, discurrían de aquí para allá en el aire ante aquella imagen. Otros sin embargo tenían ojos enfermos, pero pies fuertes, y sin embargo caminaban lentamente ante la imagen. Pero de los que contemplaban aquel fulgor turbio y rojo, algunos en la prefata imagen bien adornados caminaban alacremente; otros arrebatándose de ella misma, la impugnaban, y subvertían sus ordenadas constituciones, de los cuales algunos por el fruto de la penitencia volvían humildemente a ella; algunos en verdad por el desprecio permanecían en la endurecida elación de la muerte. Y de nuevo oí una voz del cielo que me decía: Así como la nueva esposa del cordero después de la ilustración de

las inundaciones que surgió en el sol de la justicia, que santificó al mundo con su perfusión, ha sido decorada y confirmada en el ígneo ardor del Espíritu Santo para la perfección de su decoro; así también el hombre fiel que percibe la regeneración en el espíritu y el agua, debe ser adornado y estabilizado por la unción del doctor superior, para que en todos sus miembros conformado al efecto de la beatitud proferiendo la plenitud del fruto de la suma justicia, encuentre perfectamente el decoro de su adorno. Por lo cual esta torre que ves, designa la flagración de los dones del Espíritu Santo que envió el Padre al mundo por causa del amor de su hijo, encendiendo los corazones de los discípulos de aquel en lenguas de fuego, por lo cual han sido hechos más robustos en el nombre de la santa y verdadera Trinidad. Pero que ellos mismos antes del advenimiento del mismo ígneo Espíritu Santo estaban sentados cerrados en su habitáculo, mostraba la clausura del cuerpo de ellos, por la cual eran tímidos para hablar la justicia de Dios, e imbéciles para padecer las penas de los adversarios. Y porque habían visto a mi hijo en la carne, por eso con sus ojos interiores cerrados lo amaban en la carne: de modo que entonces no veían la abierta doctrina que después difundieron por el mundo, cuando en el Espíritu Santo fueron hechos más robustos. En cuyo advenimiento de tal modo fueron confirmados, que ninguna pena aborrecían, sino que la toleraban con denuedo. Esta es pues la fortaleza de esta torre, por la cual la Iglesia ha sido de tal modo robustecida, que por ninguna insania

del furor diabólico podrá ser superada. Pero que la veas grande y redonda, y consistiendo toda ella en una piedra íntegra y blanca, esto es que inmensa es la dulzura del Espíritu Santo, y voluble en la gracia rodeando a todas las criaturas; de modo que ninguna corrupcción en la integridad de la plenitud de la justicia la evacua; ya que ella misma teniendo un camino torrencial, emite todos los arroyos de la santidad en la claridad de la fortaleza de ella, en la cual nunca fue encontrada la mancha de ninguna suciedad, porque el mismo Espíritu Santo es claridad ardiente y luciente y la cual enciende fuertemente las ardientes virtudes y nunca se extinguirá, y por eso todas las tinieblas son ahuyentadas por él.

La cual tiene tres ventanas en su cumbre: de las cuales resplandece tanto fulgor, que hasta el techo de aquella torre, que se erige como en hueco, se distingue más manifiestamente en la claridad de aquel fulgor, porque la inefable Trinidad se manifiesta en la efusión de los dones de la excelencia del Espíritu Santo; de modo que de la misma beatísima Trinidad emana tanta claridad de justicia por la doctrina de los apóstoles, que hasta desde allí la fortísima virtud de la divinidad, que existe como incomprensible en la altura de la omnipotencia de su majestad, se hace más abiertamente conocida al hombre mortal, la criatura; pero sin embargo tanto cuanto se discierne posible ser captado por la fe del hombre creyente y fiel. Por lo cual las ventanas mismas están adornadas alrededor con hermosísimas esmeraldas; ya que la misma beatísima Trinidad

ha sido declarada en todo el mundo muy abiertamente por las verdísimas virtudes y las fatigas de los apóstoles, de las cuales se dice que nunca sintieron la aridez de la tibieza de la fe. ¿Cómo? Porque es conocido cómo, por causa de la fe de la verdad, rapacísimos lobos los oprimieron con diversas presiones; por lo cual fueron hechos más robustos para la guerra del certamen: de modo que peleando adquirieron la Iglesia, y la robustecieron para la edificación de la fe con fortísimas virtudes: y la adornaron con multiformes coruscaciones de virtudes. Y ya que la Iglesia fue así confirmada por ellas en la inspiración del Espíritu Santo, por eso ella misma también quiere y exige que sus hijos sean adornados con el signo del Espíritu Santo en esta unción, como el mismo Espíritu Santo penetró los corazones de los fieles en la alta misericordia que es muy mística, de modo que vino al mundo en lenguas de fuego por la voluntad de Dios Padre. Por lo cual también el hombre rociado por el bautismo de la salvación debe ser confirmado por la unción del excelente doctor, así como también la Iglesia ha sido afirmada sobre una firme piedra.

Por lo cual la misma torre fue colocada como en medio de la espalda de la mencionada imagen mujeril, a semejanza de una torre que se coloca en el muro de una ciudad, de modo que aquella imagen por ningún motivo podía caer a causa de su fortaleza; porque el Espíritu Santo ha obrado maravillosamente sus maravillas en la máxima fortaleza de la encarnación de Aquel que existe como verdadero esposo de la Iglesia, y mostró a la

Iglesia tan fuerte en la defensa de su fortificación; para que ella, por aquella fortaleza con la que está protegida por su don ígneo, nunca pueda caer en el error de ninguna perversidad; ya que por la protección suprema siempre gozará sin mancha y sin arruga en el amor de su esposo; porque también el mismo Unigénito mío, concebido del Espíritu Santo, nació noblemente sin mancha de la virgen; tal como hablé a Moisés: «He aquí —dijo—, se ha hablado conmigo; y estarás sobre la piedra, y cuando pase mi gloria, te pondré en la hendidura de la piedra, y mi derecha te protegerá, hasta que yo pase, y quitaré mi mano, y verás mis espaldas» (Éx. 33). ¿Qué es esto? Cerca está el milagro; que se cumplirá en mi voluntad. Pero tú primero lucharás en la dureza de los preceptos legales, mostrando la fuerza de ellos por la significación exterior: donde no hallarás la dulzura y la ligereza que se abrirá en mi Hijo. Y esta dureza de la ley que escribirás en mi precepto, permanecerá tanto tiempo en la dureza de los corazones de piedra, hasta que se manifieste toda aquella gloria que me ha de ser exhibida por ti y por tus imitadores hasta la manifestación de mi Hijo. And cuando esto se cumpla en la ley que ahora escribes, seré glorificado, y te pondré en la piedra perforada. ¿Cómo? Yo te pondré en la dureza de la ley cuando te constituya sobre ella en mi precepto; llamándote a ti precisamente el maestro de esta antigüedad, que el Hijo perforará: exponiéndola más que tú con palabras místicas, cuando lo haya enviado al mundo en el tiempo oportuno. Y por eso la fortaleza de Él te protegerá; porque Él

mismo traerá palabras más agudas que tú, y abrirá la clausura en los preceptos legales; hasta que regrese a mí. ¿Qué es esto? Él dará durante tanto tiempo palabras saludables al mundo corporalmente, hasta que sufra la muerte corporalmente en su carne que tomará de la virgen. Entonces también yo quitaré mi mano; porque lo elevaré hacia mí sobre los astros, desnudando todos sus misterios por medio del Espíritu Santo; y así verás su encarnación, como cuando un hombre es distinguido por la espalda y no es mirado de frente, ya que lo sentirás encarnado, pero no captarás su divinidad, porque tus hijos lo verán más cuando haya regresado a mí, de lo que lo entendieron cuando conversó visiblemente entre ellos.

Y el que veas a aquellos infantes que habían entrado en el vientre de la imagen (como se dijo antes), irradiando con mucha claridad: esto es que aquellos que han sido obtenidos en la inocencia de la pureza de un corazón puro por la madre de la fuente de la regeneración, a saber, la Iglesia, como se te mostró antes: existen como hijos de la luz por causa del lavamiento de sus pecados. Algunos de los cuales, desde la frente hasta los pies, están adornados como con un color dorado; porque desde el principio de las buenas obras hasta el fin de la santidad, son decorados en el crisma por la mano del pontífice a través de los resplandecientes dones del Espíritu Santo en la unción de la verdadera creencia. ¿Cómo? Como el oro es decorado por piedras preciosas sobre las que se colocan, así también el fielmente bautizado, en la unción del bautismo,

se muestra adornado con el crisma por la mano del doctor superior; tal como está escrito: «También el rey cruzaba el torrente Cedrón; y todo el pueblo avanzaba por el camino del olivo que miraba hacia el desierto». ¿Qué es esto? El Hijo de la virgen que domina el mundo entero, como rey terrenal para el resto del pueblo, cruzó las aguas torrenciales del sacrosanto lavatorio: lo cual, en la amonestación del Espíritu Santo, muestra el camino de la salvación con fuerte deseo. ¿Qué es esto? Él mismo dejó la muerte pasando a la vida, cuando en la regeneración del Espíritu y del agua, esto es, en el gran ornamento de la ciudad celestial Jerusalén, que nunca falla, anunció la suma bienaventuranza. Por lo cual todo el pueblo que creía en Él, caminó por la inspiración del Espíritu Santo por aquel camino que estaba oculto en la unción del óleo, mirando hacia la prevaricación de Adán, que estaba desierta de la belleza de la herencia de la justicia de Dios, y mirando hacia esto, que la posteridad de Adán quisiera volver a la salvación; porque el pecado herido del primer hombre tuvo necesidad de que fuera ungido por el oficio sacerdotal, lo cual no fue necesario para el Hijo de la virgen; ya que Él mismo fue totalmente concebido en santidad, no estando herido ni corrompido el vientre de su madre, sino perseverando en el honor de la integridad. Pues lo que por las heridas de la sugestión del diablo fue macerado y confundido, esto debe ser engordado y adornado por la unción del óleo; de modo que sea borrada la voraz envidia que la concupiscencia de la carne produce.

Pero otros, como ves, teniendo solamente claridad, carecían de aquel color dorado; ya que ellos, solamente limpiados en el bautismo del lavamiento, no han alcanzado la unción de su sacerdote superior en el crisma, que es el signo del ardiente Espíritu Santo. ¿Qué es esto? La unción del que ha de ser confirmado brilla especialmente por el don del Espíritu Santo en el oficio episcopal: lo cual debe ser ejercido para el pueblo fiel después de la regeneración del Espíritu y del agua, cuando el hombre creyente ha de ser confirmado sobre una firme piedra. ¿Cómo? Mi Hijo recibió el bautismo en su cuerpo: santificando esto mismo por este pacto en su carne; en la cual no está dividido; porque Él solo es el Hijo vivo de la virgen, y por eso llamado hijo del hombre, ya que aquella virgen no lo concibió del vientre, sino que lo dio a luz de la integridad de su virginidad. El cual, después de la miseria de la pasión y la gloria de la resurrección, penetró en el cielo en la misma carne regresando a mí, y entonces el Espíritu Santo en ardor ígneo ilustró al mundo, confirmando toda justicia en los corazones de sus discípulos, cuando les abrió lo que antes estaba oculto. ¿Cómo? Así el Espíritu Santo encendió los corazones de ellos, como el sol, cuando comienza a aparecer bajo una nube, muestra su ardiente calor en su preclara luz. ¿Qué es esto? El amor de mi Hijo ardía latentemente en sus mentes; y así el calor del Espíritu Santo, penetrándolos, mostraba el fortísimo sol de la doctrina de ellos, ya que este es aquel testimonio que el Espíritu

Santo declaró a la Iglesia; de modo que la muerte no tiene fuerza para resistir a la justicia de Dios.

Por lo cual vosotros, oh hijos de la verdad, oíd y entended la confirmación del Espíritu Santo; la cual Él mismo os ofrece benignamente en la suave unción de su magisterio, Él que es el maestro de todas las unciones. Y por tanto, esta unción debe ser ejercida solamente por el sacerdote superior en honor del mismo Espíritu Santo; porque todo orden eclesiástico ha sido instituido en el Espíritu Santo; y por eso esta unción es del Espíritu Santo. Por lo cual también aquel hombre que recibió el misterio de la regeneración para la vida; si no ha sido ungido de este modo, entonces no ha percibido el ornato de la plenitud eclesiástica, según lo que la Iglesia muestra adornada por el ardiente Espíritu Santo, como se mostró arriba. Pero así como la Iglesia se perfecciona en los dones del Espíritu Santo, así también el hombre fiel debe ser confirmado en la unción del doctor principal, que es un maestro temible en honor del Espíritu Santo, ya que el mismo Espíritu Santo, con su calor, presenta y enciende ardientemente la doctrina más cierta para el pueblo cristiano. Por lo cual, los que en esta unción del Espíritu Santo se han adherido así al ungido, en la procreación secular, no se unan a él; porque han sido acoplados a él en el Espíritu Santo. ¿Qué es esto? La fe lleva al hombre a esta unción: y por eso, quien entonces lo sostiene en sus manos designa la fe, que no busca las cosas carnales, sino que siempre tiende a las espirituales. Pues mi ojo ve al hombre, tal como en sus obras ha de venir a mí.

Pero si tú, oh hombre, después del bautismo me dejas y vuelves al diablo, entonces por un justo juicio serás condenado; ya que te di el gran don del intelecto, y porque te mostré mi misericordia en la fuente del bautismo. Pues todos los que buscan mi misericordia en el bautismo, la encuentran benignamente por causa de mi Hijo que vino al mundo y sostuvo muchos trabajos en su cuerpo, y por eso, oh hombre, debes tolerar pacientemente las luchas de tu alma y de tu cuerpo, y por causa de mi Hijo te recibiré, y nadie debe ser rechazado del lavatorio del bautismo que lo siga fielmente en mi nombre, porque en cualquier tiempo que el hombre me busca, lo recibo fervientemente. Pero si después sus obras fueran malvadas, ellas mismas lo juzgan a la muerte. Por tanto, oh hombre, inúndate en la regeneración del Salvador, y úngete en la unción de la santidad: y huye de la muerte, e imita la vida. Pues también la madre de los fieles, que es la Iglesia, para que sus hijos huyan de la muerte y encuentren la vida, ora fielmente en ellos. ¿Cómo? Ella tiene una voz quejumbrosa en sus hijos; la cual está de tal modo puesta en ella, hasta que la plenitud de sus hijos entre en el tabernáculo de la ciudad suprema. Y tiene esta voz por esta razón; para que me amoneste a mí, que soy antes de los siglos, a ver y mirar siempre que mi Unigénito se encarnó, a fin de que por amor de Él perdone a sus hijos; a los cuales ella recibió en la regeneración del espíritu y del agua; porque no pueden entrar en el reino celestial sino en la salvación. Por lo cual así resuena: «Temed al Padre, amad al Hijo, y

arded en el Espíritu Santo». ¿Cómo? Este sonido le fue dado de mí, el Padre, por medio de mi Hijo en el Espíritu Santo; el cual es la voz que resuena en ella como una trompeta en la ciudad. Y no habla de otro modo; sino así en sus hijos. Por lo cual también el Dios fortísimo es amonestado por medio de su Hijo para que perdone los pecados de los hombres, los cuales, por causa de la penitencia, deben ser tolerados sin perdición, porque el mismo Hijo de Dios asumió la humanidad sin pecado. El cual no debió ser vestido de carne contaminada que fue concebida de la semilla del pecado; ya que Dios es justo, y porque el resplandor del reino celestial no es tocado por ninguna mancha de suciedad. ¿Y cómo podría ser que el hombre que está manchado con inmensa fealdad entrara en el reino supremo, sino por medio de mi Hijo encarnado sin mancha? que recibe a los pecadores purificados en la penitencia. ¿Y quién podría hacer esto sino Dios? Por lo cual también la Iglesia se vuelve hacia sus hijos, y los fomenta con amor materno.

Pero el que veas que, de los mencionados infantes, unos miran hacia un cierto esplendor puro y lúcido, pero otros miran hacia un cierto fulgor turbio y rojo que tiende hacia el oriente: esto es que de los hijos de la Iglesia que ella procrea por la virtud de Dios en la inocencia de su corrupción, algunos atienden a la pureza de la vida espiritual que brilla en una serenísima virtud, es decir, pisoteando las cosas terrenales por amor del verdadero sol; otros, en cambio, teniendo facultades carnales que una gran diver-

sidad de vicios perturba, y sin embargo ardiendo fielmente en la recta fe, también suspiran por lo eterno a causa de la retribución suprema. Y de aquellos que consideran aquel esplendor puro y lúcido, algunos tienen ojos claros y pies fuertes, y caminan poderosamente en el vientre de la imagen, porque estos, mientras siguen las cosas celestiales, ponen la mirada de la justa consideración y el paso de la buena consumación en los mandamientos de Dios; caminando, es decir, en el íntimo abrazo del amor materno de tal modo que ni en lo caduco ni en lo eterno apoyan la devoción de su intención. Pero otros tienen ojos enfermos y pies débiles; ya que no mantienen ni una intención clara ni una fuerte exhibición para la obra de la perfección, por lo cual son arrojados de aquí para allá por el viento, porque se derraman en una diversidad de costumbres por varias tentaciones de soberbia. Pero ellos también sostienen un báculo en sus manos, y vuelan ante la imagen y a veces, aunque tibiamente, la sostienen; ya que poniendo una confianza contumaz en sus obras, se muestran a la Iglesia de Dios con falso renombre, y a veces, pero insensatamente, la critican por prudencia secular, porque cuando por fingida simulación aparecen sabios ante los hombres, se hacen necios ante Dios por la vanagloria. Algunos, en verdad, teniendo ojos serenos pero pies débiles, vagan aquí y allá en el aire ante aquella imagen; porque, aunque los preceptos divinos les son conocidos por la intuición de la consideración, cojeando sin embargo en el pie del cumplimiento, se muestran así a la esposa de

Cristo por el discurso de su propia inestabilidad, como buscando la sabiduría en la sombra, y pensando que la tienen en su poder antes de que les llegue a la mente y obtengan alguna fuerza de ella. Otros, en cambio, tienen ojos enfermos pero pies fuertes, y sin embargo caminan débilmente ante la misma imagen; ya que tienen una intención débil hacia la obra buena, cuando deberían caminar con fuerza en las obras de la justicia; pero no corren simplemente en las instituciones eclesiásticas, porque fijan la mente más en lo terrenal que en lo celestial; y por eso son necios ante Dios, ya que por prudencia secular quieren comprender lo que no pueden alcanzar. Pero de los que miran aquel fulgor turbio y rojo, algunos caminan bien adornados y con fuerza en la mencionada imagen; porque estos, aunque posean cosas terrenales, sin embargo, llevando en las vísceras de la Iglesia el ornato de sus trabajos, no se dignan dejar de poner el pie de la rectitud en la ley divina, cuando obedeciendo los mandamientos de Dios reciben a los peregrinos, visten a los desnudos y alimentan a los hambrientos. ¡Oh, cuán felices son estos!, ya que de este modo reciben a Dios, por lo cual Él mismo habita con ellos. Pero otros, arrebatándose de la imagen misma, la impugnan y oprimen sus ordenaciones constituidas; ya que estos, abandonando las vísceras maternas y los dulces nutrimentos de la Iglesia, la fatigan con varios errores, y por eso despedazan sus leyes constituidas con diversas opresiones; de los cuales algunos vuelven humildemente a ella por el fruto de la primera [penitencia]; porque lo

que gravemente delinquieron lo castigan gravemente en sí mismos arrepintiéndose dignamente para la restauración de la vida; otros, en cambio, por el desprecio de la obcecación permanecen en la soberbia de la muerte, ya que ellos, descuidando la vida, reciben el juicio de la muerte por su contumaz e impenitente locura con un corazón endurecido, como dice Ezequiel en su visión mística: «El rey se lamentará, y el príncipe se vestirá de luto, y las manos del pueblo de la tierra se turbarán». «Según su camino haré con ellos, y según sus juicios los juzgaré, y sabrán que yo soy el Señor» (Ez. 7). ¿Qué es esto? El alma en la que está la racionalidad real, cuando siente que está presente el deleite del pecado, porque conoce el mal, entonces asume un asentimiento lúgubre. ¿Cómo? Porque en ella está la racionalidad, la sabiduría y la ciencia inspirada por Dios; y por eso, aunque consienta al cuerpo, sin embargo tiene el mal por indigno, sintiendo que esto no es bueno. Por lo cual, cuando se mancha con diversos crímenes por la carne operante, exhalando profundos suspiros, anhela a Dios. Y cuando la obra criminal se haya cumplido allí con el espíritu de la soberbia, entonces el cuerpo, como un príncipe ignominioso, se vestirá de confusión, ejerciendo su principado en las inmundicias; ya que así como el hombre se duele cuando es cubierto con vestidos viles, así también se lamenta cuando el rumor de la infamia procede de él para su propia confusión. Por lo cual también las obras perversas de aquellos hombres que en sus malos actos están postrados en la tierra lejos de los pre-

ceptos celestiales, se turbarán, porque no tienen los vestidos de la salvación, es decir, la bienaventuranza con Dios; ya que a quienes les falta esta felicidad, los poseerá una maligna perturbación. Y por tanto, según el camino de la iniquidad al que siempre asisten, es decir, cultivando el camino del pecado y no poniendo ninguna justicia en el viaje de su corazón cuando son movidos por el Espíritu Santo, así haré con ellos, no otorgándoles ninguna misericordia, porque como no entienden la ciencia del bien, no me temen; sino que con la rabia de la perversidad me desprecian a mí, Creador de todo, haciendo cuanto quieren. Por lo cual también según sus juicios, que son aquellas obras que perpetran en sus deseos, los juzgaré: no dándoles ningún premio de felicidad, sino oponiéndoles penas en la perdición; ya que no me exhiben ningún honor, y en esto sabrán que nadie podrá librarlos de allí fuera de mí, que soy el Señor de todos. Pero el que con ojos vigilantes ve y con oídos atentos oye, dé el beso del abrazo a estas mis palabras místicas, que emanan de mí, el viviente.

VISIÓN QUINTA.

SUMARIO.—Que los apóstoles y los fabricantes de ungüentos (pigmentarii), sus seguidores, a saber, los sacerdotes, rodean de manera espléndida a la Iglesia con su doctrina. Ejemplo de Abel. Que los ministros de la Iglesia deben guardar castidad. Los que de entre estos viven regularmente en la clausura de la sujeción, no teniendo el cuidado de los fabricantes de ungüentos, adquieren

una recompensa suprema. Sobre el estado de la nobilísima perfección del gozo virginal. Sobre la imagen de la doncella. Sobre la multitud que la rodea, adornada de modo admirable. Palabras de Juan sobre lo mismo. Que la virginidad ofrecida a Dios debe ser conservada con prudencia. La que habiendo corrompido el pacto de virginidad regresara, carecerá de la flor de la integridad; pues no es recibida como señora, sino como sierva. Ejemplo para la misma cosa. Que hay una gran diferencia entre el deseo celestial y la concupiscencia terrenal, de modo que si no fuera por la sangre del Hijo de Dios, el hombre no sería redimido. Sobre aquellos que, imitando la pasión de Cristo en el ardor de la caridad y existiendo como un olor vivo, emprenden el camino de la regeneración secreta. Palabras del evangelio para la misma cosa. Que el género virginal y este orden que promete el camino de la regeneración secreta, no están en el precepto de la ley. Ejemplo de Juan para la misma cosa. Que los que son el orden vivo que promete el camino de la regeneración secreta, por la necesidad y utilidad de la Iglesia, asuman el régimen eclesiástico, desechando los contagios de las cosas seculares. Palabras del Evangelio sobre Juan. Que en el vestido de estos, distinto al vestido de los otros pueblos, se designa la encarnación y sepultura de Cristo. Que la primera luz del día designa la doctrina apostólica, la aurora el inicio de esta conversación, el sol el camino discreto en Benito, que es como otro Moisés. Los que en esta conversación se hallan probados, por la necesidad de la Iglesia, asuman el sacerdocio

superextendido. Que nadie acceda de repente a la conversación de estos a menos que haya sido examinado por una prueba íntima. Que el pueblo secular que guarda la ley de Dios, adorna muchísimo a la Iglesia de Dios. Que ni el marido deje a la mujer, ni la mujer al marido en este propósito, a menos que sea voluntad de ambos. Palabras del Evangelio. Que las mencionadas instituciones eclesiásticas consolidan a la Iglesia en sus grados y en sus órdenes. Que en cada orden se debe guardar la concordia, y se debe evitar la diversidad de costumbres, la singularidad y la novedad de vida y de vestidos. Palabras de Juan para la misma cosa. Comparación sobre los artífices. Que a cada uno debe bastarle con humildad la institución de sus antecesores. Palabras del Evangelio sobre lo mismo. El Evangelio sobre los que se hacen leyes para sí mismos según su corazón. También palabras del Evangelio. Que en estas novedades Dios derriba a algunos y tolera a otros en silencio; a los cuales, sin embargo, juzga en el futuro. Que de un grado inferior es lícito ascender a uno superior, pero no de uno superior a uno inferior. Ejemplo sobre las almas y los ángeles. Que los que son el orden vivo que promete el camino de la regeneración secreta designan el grano de alimento fuerte; y los fabricantes de ungüentos, los frutos de dulce sabor; y el pueblo secular, la carne. Que estas tres instituciones eclesiásticas versan en dos caminos. El que haya desechado el signo de la religión aceptado por voluntad de su corazón, recibirá el juicio del examen estricto. Palabras de David sobre lo mismo. Que aquellos que no por

amor de Dios, sino por alguna modestia secular constreñidos, reciben el signo de la religión fingida, son comparados con Balaam. Ejemplo sobre Balaam. El que haya aceptado el signo de la religión neciamente y lo haya consumado mal, va a la ruina. Palabras de Jeremías sobre lo mismo. El que quiera someter a sus infantes a la santa conversación, haga esto no imprudentemente sino sabiamente, consintiendo ellos sin coacción. Ejemplo sobre un campo. El que por la envidia de la malicia haya retraído a los que desean seguir a Dios, comete un sacrilegio. Palabras de Moisés. El que por su voluntad accede al servicio de Dios y después despreciándolo lo descuida, debe ser retirado estrictamente. Palabras del Evangelio. Los que viviendo con disciplina no quieren ser corregidos por ningún castigo, para que no contaminen la grey del Señor, sean expulsados. Palabras del apóstol para la misma cosa. Que los que se convierten fingidamente son engañados, y que los que se convierten de todo corazón son recibidos por Dios. Palabras de David para la misma cosa. El que, impenitente, haya dicho blasfemia contra el Espíritu Santo, y el que se haya precipitado a la muerte, Dios no lo conoce. Palabras del Evangelio. Palabras de David sobre lo mismo. Sobre quien cae la blasfemia de la desesperación; si ha resistido al tormento, más pronto es socorrido por Dios. Que cae en la perdición quien separa el cuerpo y el alma que Dios ha unido. Palabras del Evangelio.

Después de estas cosas vi que un cierto resplandor blanco como la nieve, y como cristal

translúcido, había brillado alrededor de la mencionada imagen mujeril desde su cima hasta su garganta. Pero desde la garganta hasta su ombligo otro cierto resplandor de color rojo la había rodeado; el cual desde la garganta hasta sus pechos rutilaba como la aurora; pero desde los pechos hasta su ombligo brillaba como púrpura mezclada con jacinto. Y donde rutilaba como la aurora, extendía su claridad hacia arriba hasta los secretos del cielo, en la cual apareció vestida una hermosísima e imagen doncella con la cabeza descubierta y cabellos negruzcos y una túnica roja que fluía alrededor de sus pies. Y oí una voz del cielo que decía: «Esta es la floridez en la Sion suprema, madre y flor de las rosas y lirio de los valles». «Oh floridez, te desposarás con el hijo del rey poderosísimo; y engendrarás una prole muy renombrada, cuando seas fortalecida en tu tiempo». Y alrededor de la misma doncella vi una multitud grandísima de hombres de pie, más lúcidos que el sol, los cuales estaban todos adornados de modo admirable con oro y gemas; y algunos de ellos estaban velados en sus cabezas con velos blancos adornados alrededor con una zona de oro; sobre cuyas cimas la similitud de la inefable Trinidad, tal como se me mostró arriba típicamente, aparecía como esculpida en una esfera en esos mismos velos, y en sus frentes el Cordero de Dios; y en su cuello la especie de un hombre, y en la oreja derecha un querubín y en la izquierda otra especie angélica: de modo que también desde la misma similitud de la gloria de la suprema Trinidad se extendía hacia estas

especies como un rayo de oro. Pero entre estos aparecieron algunos otros que tenían ínfulas en sus cabezas y los palios del oficio episcopal alrededor de sus hombros. Y de nuevo oí una voz de lo alto que decía: «Estas son las hijas de Sion, y con ellas están las cítaras de los citaristas, y todo género de músicos, y la voz de toda alegría y el gozo de los gozos». Pero bajo el mismo resplandor donde rutilaba como la aurora: vi aparecer entre el cielo y la tierra densísimas tinieblas, que eran de tanto horror que la lengua humana no puede expresarlo. Y de nuevo oí una voz del cielo que decía: «Si el Hijo de Dios no hubiera padecido en la cruz, estas tinieblas de ningún modo permitirían al hombre llegar a la suprema claridad». Pero donde el mismo resplandor brillaba como púrpura mezclada con jacinto, ardía constriñendo fuertemente a la mencionada imagen mujeril. Pero otro resplandor como una nube blanca había rodeado honestamente a la misma imagen desde el ombligo hacia abajo, aunque todavía no creciendo más allá. Y estos tres resplandores, difundiéndose ampliamente alrededor de la imagen, mostraban muchos grados y escalas bien y decentemente ordenados en ella. Pero al ver estas cosas, por el excesivo temblor que me había aprehendido, caí en tierra disueltas mis fuerzas, ni pude dar respuesta a nadie. Y he aquí que un máximo resplandor como una mano me tocó, por lo cual recibí fuerzas y voz. Y de nuevo oí una voz de aquel que me decía: «Grandes misterios son estos: Considera, pues, el sol y la luna y las estrellas». «Yo formé el sol para que brille en el

día, y la luna y las estrellas para que brillen en la noche». «El sol, pues, significa a mi Hijo, que salió de mi corazón e iluminó al mundo cuando nació de la virgen al fin de los tiempos, tal como el sol al salir ilustra al mundo cuando sale hacia el fin de la noche». «Pero la luna designa a la Iglesia desposada con el mismo Hijo mío en un verdadero y supremo desposorio». «Y como la luna siempre tiene incremento y defecto en su constitución, pero no arde por sí misma sino lo que es encendido por la luz del sol, así también la Iglesia está en un circuito de movimiento, de modo que sus hijos a menudo progresan en el incremento de las virtudes, y a menudo fallan en la diversidad de las costumbres y en la dispersión de las adversidades; de modo que muchas veces en sus misterios es impugnada por rapacísimos lobos a través de hombres malignos, tanto cristianos como judíos y otros infieles, y en esto no se enciende por sí misma a la tolerancia, sino que en mí es iluminada por medio de mi Hijo para que persevere en el bien». «Las estrellas, en cambio, diferenciándose entre sí en la claridad de su fulgor, significan los pueblos de diverso orden de la religión eclesiástica».

Por lo cual también ves que un cierto resplandor blanco como la nieve, y como cristal translúcido, brilla alrededor de la mencionada imagen mujeril desde su cima hasta su garganta; porque la doctrina apostólica rodea a la Iglesia de los fieles, la incorrupta esposa del Hijo de Dios, la cual anunció su blanquísima encarnación, la de aquel que descendió del cielo al útero de la virgen,

y que es el espejo más fuerte y lúcido de todos los creyentes: de modo que la misma doctrina, desde este inicio cuando comenzó a ser edificada por primera vez, hasta el tiempo en que ella pudo tragar con fuerza el alimento de la vida, rodeándola espléndidamente, ha cercado fielmente a la misma Iglesia. ¿Cómo? La doctrina apostólica brilló alrededor de la Iglesia en la cabeza, cuando los apóstoles primero comenzaron a edificarla con su predicación, a saber, cuando recorriendo diversos lugares reunieron obreros que la fortalecieran en la fe católica, y que ellos mismos proveyeran presbíteros y obispos y todo el orden eclesiástico, y constituyeran fielmente los derechos de los hombres y mujeres que están bajo matrimonio, y las demás cosas semejantes.

Por lo cual los fabricantes de ungüentos siguen la misma doctrina, teniendo la similitud de los sacerdotes del testimonio legal, que estaban puestos bajo la ley de la circuncisión para nutrir a los pueblos con el alimento interior, de donde también los apóstoles elegían aquellos órdenes con los que adornaban a la Iglesia por inspiración suprema. ¿Qué es esto? Pues sus seguidores, llevando en su lugar los pigmentos saludabilísimos: atraviesan fielmente las plazas y las aldeas y las ciudades y otros lugares de las regiones y tierras, y anuncian la ley divina al pueblo. Pues ellos mismos son los exquisitos padres y dispensadores para proferir la disciplina eclesiástica a todo el pueblo en su doctrina, y para dispensarle el alimento de la vida, de modo que también se exhiban tales en su vida, para que mis ovejas no

se ofendan por sus obras, sino que caminen rectamente tras ellos, porque ellos mismos tienen este oficio de suministrar abiertamente el alimento de la vida al pueblo, y de ordenar discretamente los oficios fieles a cada uno, constriñéndose también a sí mismos de modo que no deseen el acoplamiento carnal, ya que deben ofrecer el alimento espiritual a los creyentes y ofrecer un sacrificio inmaculado a Dios como se prefiguraba en el inocente Abel, tal como de él está escrito: Abel también ofreció de los primogénitos de su rebaño, y de sus grasas (Gén. 4, 4).

¿Qué es esto? En el surgimiento del siglo naciente, la santificación de la manifestación real brilló en aquel que era inocente en su vida; lo cual tocó fuertemente la casa de Dios omnipotente, no la tierra sino el cielo. ¿Cómo? Porque Abel en su integridad ofreció a Dios la intención de su voluntad y el pleno oficio de la misma voluntad: cuando pensó en su corazón ofrecerle el primer germen que tenía en su sustancia, y cuando también lo completó con la obra perfecta, así también el fiel honrando al sumo padre y exhibiéndole la debida reverencia. Por lo cual también, así como Abel presidió su rebaño, y lo custodió para pastorearlo y así como también con simple devoción ofreció a Dios de sus primeras emisiones, y de los pingües nutrimentos de las mismas emisiones: así también los mencionados fabricantes de ungüentos que han sido puestos al frente de los hijos de la Iglesia, esto es, las ovejas de Cristo por su propia dispensación para pastorearlos, nùtranlos fielmente en las palabras de la doctrina de la dis-

ciplina eclesiástica, y fortalézcanlos fuertemente contra las asechanzas del antiguo insidiador, y también con sincera consideración ofrezcan al Inspector de todo algunas donaciones de entre ellos. ¿Cómo? Puesto que si no pueden hacerlos perfectos en todas las cosas, ofrezcan a Dios tal fruto que proceda de ellos, a saber, primero la recta intención de su buena voluntad como un germen simple de los primogénitos de su rebaño, y después la obra perfecta de la operación en esa voluntad de ellos como un suave fruto de sus grasas. Pero ¿de dónde fue esto, que Abel veneró a Dios tan devotamente? La castidad fiel de la integridad lo había impulsado a tan gran devoción.

Por lo cual, quienes constituidos en consagración deben ofrecer el sacrosanto sacrificio a Dios, accedan a su altar en la suavidad de la castidad, porque si ellos mismos son autores de corrupción: ¿cómo pueden tender la mano del medicamento saludable a los heridos en la corrupción? y por tanto, para que puedan conferir el remedio saludable tanto más fielmente a otros, quiero que imiten varonilmente a mi Hijo en el amor de la castidad. Pero si cayeren, apresúrense para que se levanten más pronto por la penitencia, y en esto huyan de la ignominia del pecado como si estuvieran desnudos, buscando la medicina saludable y siguiendo fielmente a Abel, cuyo sacrificio fue acepto a Dios. Pero quienes de entre ellos se contienen en la clausura de la sujeción por el amor de mi Hijo, y observan en sus costumbres la institución de los malvados que profieren por mi inspiración, no teniendo la solicitud del cuidado

de los fabricantes de ungüentos; sin embargo, aunque no lleven las cargas de la ansiedad de ellos, puesto que por los premios eternos están sujetos a sus mayores, adquieren para sí mismos la recompensa suprema en la ciudad elegida junto con los mismos fabricantes de ungüentos.

Pero el que veas que otro cierto resplandor de color rojo rodea a la misma imagen desde la garganta hasta su ombligo: esto es porque, después de la doctrina de los apóstoles, cuando la Iglesia se fortaleció tanto que verdaderamente pudo discernir el alimento saludable y transmitirlo al interior de su fortaleza, surgió la nobilísima perfección de la religión eclesiástica, la cual degustó la dulzura suprema con fragante ardor y, constriñéndose asperísimamente, se tendió hacia la cocción de la fortaleza más secreta, sin llegar sin embargo a la división de la amargura carnal, puesto que rechazó el acoplamiento de la unión humana. ¿Cómo? Pues el mismo resplandor rutila como la aurora desde la garganta hasta sus pechos, porque aquella perfección, desde el gusto de la admirable vegetación, se dilató hacia los dulcísimos nutrimentos de la religión eclesiástica en la alegría virginal, de modo que también desde los pechos hasta su ombligo brilla como púrpura mezclada con jacinto, porque desde las nobilísimas educaciones se fortalecen para la constricción de la íntima castidad, imitando, a saber, la pasión de mi Hijo por el amor supremo que Él tuvo fielmente en su corazón. Por lo cual también, donde rutila como la aurora, extiende su claridad hacia arriba hasta los secretos del

cielo, porque aquella perfección que florece en el honor de la virginidad, dirige admirablemente su virtud no hacia abajo, a las cosas terrenas, sino hacia arriba, a aquellas que están en las celestiales.

En la cual aparece una hermosísima e imagen doncella con la cabeza descubierta y cabellos negruzcos, que es la serenísima e inocente virginidad de toda fealdad de la concupiscencia humana, teniendo la mente desnuda de todo vínculo de corrupción, pero sin embargo no pudiendo todavía desertar perfectamente la fatiga de los pensamientos que se oscurecen en sus hijos mientras están en este mundo, a los cuales sin embargo se opone fuertemente para resistirles. Por lo cual también se viste con una túnica roja que fluye alrededor de sus pies; porque a través del sudor del trabajo en las obras virtuosas persevera hasta el fin de la dilatada y bienaventurada perfección, a saber, rodeada por la variedad de las virtudes, imitando a aquel que es la plenitud de la santidad. La cual también, tal como se te muestra en el secreto de la luz suprema, es el nobilísimo germen en la Jerusalén celestial, a saber, la gloria y el honor de aquellos que por el amor de la virginidad derramaron su sangre, y que también en la blancura de la humildad, observando su virginidad por Cristo, descansaron en la suavidad de la paz, puesto que ella misma, desposada con el Hijo de Dios omnipotente que es el rey de todos, le engendró una nobilísima prole, esto es, un elegantísimo coro de vírgenes, cuando progresando en la paz de la Iglesia fue fortalecida.

Pero el que veas alrededor de la misma doncella una multitud grandísima de hombres de pie, más lúcidos que el sol, los cuales están todos adornados de modo admirable con oro y gemas: esto es porque el coro principal de las vírgenes abraza con los abrazos más ardientes a la nobilísima virginidad, las cuales todas brillan ante Dios con una claridad más ardiente de lo que el sol aparece en la tierra, porque conculcándose a sí mismas vencieron varonilmente a la muerte, por lo cual también son adornadas muy decentemente en la suma sabiduría a causa de las clarísimas obras que realizaron humildemente por Cristo. Por lo cual también algunos de ellos están velados en sus cabezas con velos blancos y adornados alrededor con una zona de oro, porque ellas mismas, brillando en la gloria de la virginidad, demuestran que quienes desean el decoro de la virginidad deben cubrir sus mentes de todo calor nocivo, y aprehender fielmente la blancura de la inocencia decorada con el hermosísimo fulgor de la castidad. Sobre cuyas virtudes la similitud de la inefable Trinidad, tal como se te mostró arriba típicamente, aparece como esculpida en una esfera en esos mismos velos, porque muestran que las intenciones de los hombres deben sostener firme y denodadamente el honor de la suprema y gloriosa Trinidad (como se te prefiguró muy verdaderamente por la manifestación del misterio) en la comprensión del amor y la estabilidad de la castidad.

Lo cual también declaran el Cordero de Dios en sus frentes y en su cuello la especie de un

hombre, y en la oreja derecha un querubín, y en la izquierda otra especie angélica, declara, porque en la reverencia de su castidad imitarán la mansedumbre del Hijo de Dios, deponiendo la petulancia del cuello soberbio y considerándose a sí mismos humanos frágiles, abrazando la ciencia verdadera e indeficiente incluso en la prosperidad de su audición, y buscando los auxilios angélicos en la adversidad que se presente de esa misma escucha suya, de modo que también desde la misma similitud de la gloria de la suprema Trinidad se extiende hacia estas especies como un rayo de oro, puesto que la inefable Trinidad no cesa de obrar las maravillas de los milagros de su profunda sabiduría para los hombres fieles que buscan las virtudes y huyen de las seducciones diabólicas. Pero entre estos aparecen algunos otros que tienen ínfulas en sus cabezas y los palios del oficio episcopal alrededor de sus hombros, puesto que entre aquellos que florecen en el honor de la virginidad, también algunos consisten en la ciudad suprema que, habiendo llevado denodadamente en el siglo la dignidad de los antiguos padres y la gloria del magisterio superior, sin embargo no perdieron el decoro de la virginidad. Por lo cual también, como oyes, todos estos que con sus suspiros por el amor celestial conservaron su integridad, son llamados hijas de Sion en la habitación celestial, por lo cual imitaron a mi Hijo por el amor de la virginidad. Y por eso también están con ellas las resonancias de sonidos espirituales y las invocaciones de melodías de todo género y los ornamentos de agilidad de

las mentes prósperas y la visión áurea de piedras y gemas relucientes.

¿Cómo? Porque tienen esto del Hijo de Dios que del trono sale un sonido, al cual todo el coro de las vírgenes hace coro con el máximo deseo, a saber, sinfonizando un cántico nuevo, como atestigua Juan el amado virgen diciendo: Y cantaban como un cántico nuevo ante la sede y ante los cuatro animales y los ancianos (Apoc. 14, 3). ¿Qué es esto? En aquellos fieles que, abrazando la castidad con buena intención, conservan su virginidad ilesa por el amor de Dios, la buena voluntad de ellos estalla admirablemente en alabanza de su Creador. ¿Cómo? Porque en la aurora de la virginidad que siempre se adhiere al Hijo de Dios, está escondida una alabanza fortísima, a la cual ningún oficio terreno ni ninguna atadura de la ley pueden resistir para que no decante un himno celestial en voz de exultación para la gloria de Dios. ¿Cómo? A saber, porque teniendo un camino veloz, profiere admirablemente aquel cántico en la novedad de la libertad; el cual, antes de que el unigénito de Dios (que es la verdadera flor de la virginidad) encarnado, regresando del mundo a los cielos, se sentara a la diestra del Padre, no fue oído; sino que entonces, como costumbres nuevas que antes no se vieron, cuando se ven, se tienen en estupor, así este nuevo misterio que antes no se oyó, entonces resonando en las cosas celestiales fue conocido en el honor de la virginidad, a saber, ante la majestad de Dios, porque Dios pudo hacer esto, y ante las cuatro ruedas que, recorriendo las cuatro partes del mundo, lle-

vaban la verdad de toda justicia y la humanidad del Salvador como animales en la nueva ley, y ante aquellos antiguos que, imbuidos del Espíritu Santo, demostraban el camino de la rectitud a los hombres en la ley vieja por su camino. ¿Qué es esto? Porque Dios en la nueva gracia suavizó la austeridad de la antigua institución.

Pero porque la virginidad es tan gloriosa ante Dios, por eso, ya que por su propia voluntad la ofrecieron a Dios, consérvenla prudentemente, puesto que este santo propósito, asumido con la suma devoción de la virginidad, debe ser guardado fielmente. Por lo cual también quienes se han acercado a este mismo sacramento, cuiden de no caminar hacia atrás. Pues ellos mismos son amadísimos imitadores de mi Hijo, cuando se ofrecen así a Dios de modo que no estén ligados en la opinión del matrimonio, ni cargados por causa secular rechazando el acoplamiento carnal, para no estar sujetos a él con toda la solicitud de su carne; sino deseando esto, adherirse a la gloriosa inocencia del Cordero inocente. Por lo cual, aquel hombre que delibera en su ánimo no acoplarse ninguna costilla, sino que desea esto, perseverar en el pudor de la virginidad por el amor de mi Hijo, recibirá su compañía, si sin embargo perseverare en las obras de esa misma castidad, porque ofreció estos santos dones al mismo Hijo mío en el voto del pacto sacratísimo de la religión eclesiástica por la gloria de la remuneración suprema. Pero si él después, abandonando el mismo pacto, hubiera perpetrado adulterio por el torpe aguijón de su carne, redujo su libertad a

servidumbre, puesto que corrompió inicuamente el honor de su cuello donde debió imitar castamente a mi Hijo, a través de la torpeza de su delectación; y porque profirió mentira, prometiendo vivir castamente lo cual no cumplió. Por lo cual también, si perseverare en la culpa de su temeridad, sufrirá por ello el estrecho juicio del juez justísimo, ya que ni la torpeza ni la mentira aparecerán en la gloria celestial.

Pero si con amargo llanto antes de su fin hubiere hecho penitencia por esta culpa suya, entonces la onda de la sangre de mi Hijo lo recibe porque aborreció su culpa; pero no lo repone entre sus compañeros que florecen en la gloria de la integridad, puesto que desertando de su sociedad arrojó la libertad de su pacto, y la redujo a la servidumbre del pecado. Pero también la doncella que por su propia voluntad es ofrecida a mi Hijo en santísimo desposorio; es recibida muy decentemente por Él, que quiere tenerla así unida a sí mismo en su consorcio. ¿Cómo? Para que ella lo abrace con casto amor, tal como Él también la ama en su secreto, porque ella le es siempre amable, ya que lo busca a Él más que a un esposo terreno. Pero si después transgrediera su pacto, entonces ante aquellos que están en el gozo celestial, estará polucionada. Por lo cual también, si perseverare en la misma temeridad, carecerá de la gloria suprema por un justo juicio. Pero si se arrepintiere, es recibida como esclava y no como señora, porque desertó del desposorio real, y porque amó a otro más que a aquel a quien debió amar. Aquel también que la violó seducién-

dola, si quisiere enmendar su culpa, de tal modo se arrepienta como si hubiera roto el cielo, para que no caiga en la perdición de la muerte, porque corrompió temerariamente un desposorio supremo.

¿Qué es esto? Pues, si algún gran príncipe tiene una esposa muy querida para sí, a la cual un siervo de sus siervos corrompe cometiendo adulterio, ¿qué hace aquel señor? Verdaderamente en máxima ira envía a sus lictores para que lo destruyan, puesto que lo confundió en sus propias entrañas. Pero si entonces aquel siervo temiendo, ruega a todos aquellos enviados que intercedan por él, y además se postra llorosamente a los pies de su señor para que le perdone, entonces aquel rey por su bondad, y por la petición de ellos dejándolo vivir, le devuelve la sociedad de sus consiervos, pero sin embargo no lo remunera como a sus otros amigos inferiores y familiares, aunque también entre sus otros consiervos le exhiba la debida gracia. Así será también para este, que hubiera violado a la esposa del rey eterno seduciéndola. Pues el sumo rey ejerciendo sus juicios en rectísimo celo lo envía a la perdición, a aquel que lo tuvo como un iluso en el olvido de su mente en este hecho. Pero si aquel miserable anticipando el día de esta indignación rogare suplicante a los elegidos de Dios para que le obtengan el perdón de su señor, y además mirare llorosamente la humanidad de su Salvador, para que por la gracia de este sea absuelto de su pecado: entonces el rey atendiendo a esta sangre que fue derramada por la redención del género humano, y al amor de

los ciudadanos supremos, lo arrebata de su culpa y de la potestad diabólica para que no vaya a la perdición, y lo repone en la salvación de las almas bienaventuradas; pero sin embargo no lo decorará con el baile del desposorio real por el cual los otros amigos de Dios se regocijan junto con estas sagradas vírgenes que están dedicadas a mi Hijo por disposición suprema; y como a aquel que perdió el pudor de la virginidad, no lo coronará con el decoro de la virginidad, aunque se le dé alegría en la ciudad suprema con remuneración inestimable entre sus otros elegidos.

Pero el que bajo el mismo resplandor donde rutila como la aurora, veas aparecer entre el cielo y la tierra densísimas tinieblas, que son de tanto horror más allá de lo que incluso la lengua humana puede expresar: esto es porque bajo la gloria virginal entre el intelecto espiritual y el carnal, la caída del primer padre que fue densísima en el oscurecimiento de la infidelidad, de modo que ninguno de los hombres podía explicar el terror de ella, fue conocida abiertamente. ¿Cómo? Porque en la encarnación del Hijo de Dios que nació de una virgen ascendió el deseo celestial, y la concupiscencia terrenal fue excluida, puesto que la prevaricación de Adán fue admirablemente restaurada en la salvación a través de la sangre del mismo Hijo de Dios, mientras que antes nadie excepto el Unigénito de Dios enviado por el Padre al mundo podía disolverla para el ingreso supremo. Por lo cual, como oyes en la manifestación típica, a menos que el mismo Hijo de Dios hubiera derramado su sangre por la salvación de

los hombres, aquella transgresión comprimiría de tal modo al hombre, que no podría alcanzar el gozo de los ciudadanos supremos.

Pero porque donde el resplandor brilla como púrpura mezclada con jacinto, arde constriñendo fuertemente a la mencionada imagen mujeril: esto designa la perfección de aquellos que, imitando la pasión de mi Hijo en el ardor de la caridad, adornan denodadamente a la Iglesia en su constricción. ¿Cómo? Puesto que ellos mismos son la alta edificación del tesoro naciente en el consejo divino, porque cuando la Iglesia ya fortalecida convaleció, salió para el decoro de ella un olor viviente, prometiendo un camino de regeneración secreta. ¿Qué es esto? Porque entonces surgió un orden admirable que tocó a mi Hijo en la especie de su ejemplo, puesto que así como mi Hijo vino al mundo separado del pueblo común, así también este ejército conversa en el siglo separado del resto del pueblo, fragante como el bálsamo que suda suavemente del árbol; así también este pueblo surgió primero singularmente en el desierto y en lo oculto; y después, como un árbol, expandió sus ramas poco a poco progresando en la multitud de la plenitud. Y a este pueblo bendije y santifiqué; puesto que ellos son para mí amadísimas flores de rosas y de lirios, que germinan en el campo sin obra humana, así también a este pueblo ninguna ley lo constriñe a esto, a que busque aquel camino estrecho, sino que él mismo lo emprende por su voluntad con mi suave inspiración sin precepto de la ley, realizando más de lo que se le ha mandado. Por lo cual también ad-

quiere muchísima recompensa de ello, así como en el Evangelio donde el samaritano introdujo a aquel hombre herido en el establo, tal como está escrito: Al otro día sacó dos denarios, y se los dio al establo y dijo: Ten cuidado de él, y todo lo que supererogares, yo te lo devolveré cuando regrese (Luc. 10, 35).

¿Qué es esto? En el primer día de la salvación, a saber, cuando el Hijo de Dios admirablemente encarnado permanecía corporalmente en el mundo, perfeccionó muchas y admirables obras en su humanidad hasta su resurrección; a través de las cuales condujo saludablemente al hombre herido a los verdaderos remedios. Pero al otro día, cuando todos los misterios de la verdad después de su resurrección fueron puestos abiertamente en la Iglesia, profirió en la manifestación típica el Nuevo y el Antiguo Testamento, la certísima demostración de la vida eterna, y el dulcísimo alimento para el pueblo creyente. Y estos escritos dio por su gracia a los pastores de la Iglesia que custodian su rebaño, y les dijo en palabras de su blanda amonestación. En las constituciones eclesiásticas procurad por la cohorte cristiana, que redimida en mi sangre os he confiado, teniendo esto en vuestra solicitud, que no yerre desfalleciendo en algo que pertenezca a la vida. Todo lo que, sin embargo, de aquello que os he entregado para guardar, añadiereis de más en vuestra buena voluntad, haciendo a saber más de lo que se os ha mandado: yo, que soy vuestro guía y salvador, dejando ahora el mundo y ascendiendo al Padre, cuando regrese de nuevo a juzgar al mundo y a

ponerlo en una estabilidad indeficiente, de modo que no se debilite más por el paso del tiempo, entonces os devolveré la recompensa de vuestros trabajos y de vuestra buena voluntad con fruto aumentado. Y diré: Oh fiel y probo siervo, que ministras fielmente. Quienquiera que añada más de su voto de lo que se le ha mandado en la ley, recibirá doble recompensa, porque lo tengo por glorioso en mi nombre, puesto que me amó mucho.

Y yo digo: Ni el género virginal, ni este orden de singular devoción, ni quienes los imitan como los que yacen en el desierto, están en el precepto de la ley, tal como tampoco los profetas fueron constituidos por hombres bajo la ley carnal; porque caminando solo por mi inspiración vivirán, y estos añaden más de lo que se les ha mandado, lo cual el orden sacerdotal y la demás institución del oficio sacerdotal no hace, porque estas cosas fueron mandadas en Abraham y en Moisés en el Antiguo Testamento, tal como también los apóstoles, tomándolas de esa misma ley y ordenándolas bien en el Espíritu Santo según mi voluntad, las entregaron a la Iglesia para ser guardadas. Pero también la misma doctrina apostólica fue dispuesta en el Evangelio por mi Hijo, donde sus discípulos fueron enviados a derramar las palabras de la verdad por todo el mundo. ¿Qué entonces? Pues cuando los apóstoles anunciaban el camino de la salvación al pueblo, surgió la lucidísima aurora de las hijas de Sion en el amor de mi Hijo, a saber, de aquellos que constriñeron fuertemente su carne y mortificaron duramente

la mala concupiscencia en sí mismos. Y así como entonces esta casta virginidad siguió a mi Hijo en ardiente amor, así también este orden para mí muy amable de singular devoción ha imitado su encarnación, los cuales son mis rectos templos, a saber, como coros de ángeles que me veneran, y llevando en su cuerpo la pasión y muerte y sepultura del mismo unigénito mío; no sin embargo de modo que mueran por la espada u otros terrores por los que los hombres desfallecen, sino imitando así a mi Hijo que desechan la voluntad de su carne, cuando se abdican de todas las cosas y ornamentos seculares en los que el mundo se alegra, como está escrito en el Evangelio sobre Juan, la lámpara del mundo: El mismo Juan tenía su vestidura de pelos de camellos, y una zona de piel alrededor de sus lomos (Mat. 3, 4). ¿Qué es esto? Aquel en quien la divina gracia había suscitado una admirable abstinencia, tenía por la misma gracia la defensa de esta virtud, que en su mente había despreciado el honor y las riquezas seculares, y que también por la constricción que había puesto en la mortificación de los vicios alrededor de la voluptuosidad de su carne, había domado fuertemente los movimientos petulantes de su cuerpo, instituyendo mayores edificaciones que sus predecesores, a saber, cuando caminando por caminos duros y ásperos conculcaba las concupiscencias terrenas. ¿Cómo? Porque realizando denodadamente muchísimas obras de virtudes, amó ardientemente la castidad, ofreciendo también el camino de la medicina a quienes la buscaban devotamente. Por lo cual también aquellos

que son olor viviente, prometiendo un camino de regeneración secreta, siguiendo al mismo Juan que brilla en las máximas tinieblas del siglo, a través de las agudísimas operaciones de las bienaventuradas virtudes en su vida, huyan de la inepta altura y latitud de las cosas mundanas, y en la constricción de su alma difundida, reprimiendo su cuerpo, desechen la mala concupiscencia, así con instrumentos más excelentes que quienes antes de ellos caminando simplemente en el camino del Señor hacían simples habitáculos, brillando serenamente, arrebaten la aguzada y estrecha senda, a saber, conculcando fuertemente bajo sus pies aquellas cosas que están en las voluptuosidades del siglo. ¿Cómo? Puesto que despreciándose a sí mismos y sometiendo su cuerpo a la servidumbre de Cristo en la operación de las virtudes, declinen la petulancia en la austeridad de sus costumbres, brillando así lucidísimamente ante los demás hombres por sus buenos ejemplos. Pues también imitan fielmente al coro angélico. ¿Cómo? En el rechazo de las cosas seculares, puesto que, como los ángeles ni buscan ni concupiscente las cosas terrenas, así también estos los siguen admirablemente de este modo, de modo que desprecian todas las cosas caducas.

Por lo cual también, así como mi Hijo es el mensajero de los sacramentos salutíferos, y el sacerdote de los sacerdotes, y el profeta de los profetas, y el edificador de las torres felices; así también si la necesidad apremiara, quien entre tales hombres tiene la raíz del olor con utilidad,

sea mensajero y sacerdote, sea profeta y consejero de la edificación eclesiástica; ni debe ser separado en absoluto de estos: si solo el ojo de la claridad brilla en él, ni duerma para el uso eclesiástico, sino que vigile para su instrucción, desechando solo la ocupación de la causa secular y los contagios de las cosas seculares, porque ni los ángeles, ni los sacerdotes, ni los profetas ocultarán la justicia de Dios; sino que la proferirán en verdad por su precepto, tal como sobre Juan, que no fue una caña agitada por el viento, cuya austeridad estos siguen; en cuya similitud está escrito de nuevo en el Evangelio: Y salía hacia él toda la región de Judea, y todos los jerosolimitanos, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados (Mat. 3, 5-6).

¿Qué es esto? En suspiros y gemidos desde la delectación de los vicios salían hacia él, en quien la divina gracia obraba toda la devota voluntad de la simple confesión y unánimemente todo el efecto de la visión de la paz de aquellos hombres, a saber, cuyos corazones habían sido sacudidos por el temor de la muerte hacia el amor de la vida. ¿Cómo? Puesto que el mismo Juan, precursor de la verdad, les había intimado tanto la amargura como la dulzura. Por lo cual también ellos mismos pedían la perfusión de la penitencia a su rectitud; para que por la declinación de los males y por la erección de los bienes, haciendo confesión de sus crímenes, merecieran alcanzar a aquel que les anunciaría el remedio no en la sombra de la antigüedad, sino que les conferiría la verdadera salvación en la luz de la novedad.

Pero así como el mismo Juan, enseñando a los hombres que venían a él y perfundiéndolos con el río de la irrigación, recibía las palabras de su penitencia para honor del Salvador venidero; así también ahora, en el nombre del mismo Salvador que viniendo confirió la salvación a los fieles, no descuiden hacerlo aquellos que, por el testimonio de la santificación fulminante, añaden más a la obra por inspiración, a saber, del Espíritu Santo, en la renuncia de las cosas seculares, emprendiendo una nueva austeridad según aquella similitud a la que se acercaron por precepto del mismo testimonio de la santificación a través de la regeneración del espíritu y del agua en el rechazo de la servidumbre diabólica, vistiendo al hombre nuevo; pero donde se presentaran los aguijones de la necesidad apremiante, amonestando y levantando y sanando, tiendan la mano de la devota ayuda a quienes la pidan, si sin embargo han llegado dignamente a esa dignidad por promoción eclesiástica, y en esto imiten fielmente a su predecesor, para que lo que aquel mostró como en sombra, ellos mismos lo completen verdaderamente en la novedad de la luz.

Pues ellos mismos son la zona de la Iglesia, constriñéndola fuertemente, puesto que están ocupados en la encarnación de mi Hijo, y porque también ejercen el orden angélico, a saber, no cesando en ninguna hora cantando con sonido o rezando con compunción, pero no con clamores sacudidos como polvo inútil o seco sin el vigor de la compunción; y porque tampoco rehúsan trabajar para su necesidad, pero sin buscar

cosas seculares en sus manos, sino con caridad y humildad vigilándose estrictamente a sí mismos. Oh mi pueblo fortísimo y amadísimo, cuando atiendo en ellos a aquella aflicción que mi Hijo padeció en su carne, puesto que ellos también mueran según su muerte cuando, desertando de su propia voluntad y sometiéndose al magisterio por la vida eterna, caminan según el imperio de sus prelados.

Por lo cual, su vestidura no se asemeja a la vestidura de otros pueblos, porque ella misma, íntegra, muestra la encarnación incorrupta de mi Hijo, que dista muchísimo de la procreación de los demás hombres. Pues el mandato legal de varón y mujer no tocó aquella encarnación, así como tampoco este pueblo debe ser forzado a esta constricción por ninguna ley escrita; sino que quien se acerca a ella por su propia voluntad, prometiéndola por el amor de Dios, que persevere en ella, para que retrocediendo no caiga, como Lucifer, que desertó de la luz y recibió las tinieblas. Pues una vestidura de este tipo vuela según el coruscamiento de los espíritus superiores con las alas de su sutileza, y designa la encarnación y la sepultura de mi Hijo, porque tiene el signo de la encarnación en su vestidura quien se ofrece a la más fuerte obediencia, y porta el signo de su sepultura en esa misma vestidura quien, en obras de justicia, renuncia a las causas seculares. Por lo cual, quien con pura voluntad se viste con la misma vestidura, es aliviado con un remedio saludable. Y por eso, quien la recibe por la invocación del Espíritu Santo en las bendiciones, no la

arroje, porque quien por el rechazo del mal perseverante la haya despreciado, estará con aquel que despreció el orden angélico y cayó para ser sepultado en la muerte. ¿Qué es esto? Porque este pueblo no fue estimulado a esta constricción por precepto de la ley, sino que por su propia voluntad se acercó a observar mi pacto, e ilustrar así mi Iglesia con su santa conversación. ¿Cómo? Como después de la primera luz del día se ve la aurora del sol, así este orden surgió después de las voces de los apóstoles. ¿Qué es esto?

La primera luz del día designa las palabras fieles de la doctrina apostólica; la aurora demuestra el inicio de esta conversación que primero germinó en la soledad y en las cuevas después de aquella bendita doctrina; pero el sol declara el camino discreto y bien dispuesto en mi siervo Benito; a quien yo conduje a través de un fuego ardiente, enseñándole a venerar la encarnación de mi Hijo en la vestidura de su conversación, y a imitar la pasión de aquel en la abnegación de su propia voluntad, porque el mismo Benito es como otro Moisés yaciendo en un agujero de piedra, y crucificando y constriñendo su cuerpo con mucha aspereza por el amor de la vida, tal como también el primer Moisés, escribiendo la ley áspera y dura en tablas de piedra por mi precepto, la dio a los judíos. Pero así como mi Hijo perforó la misma ley por la dulzura del Evangelio, así también mi siervo Benito hizo del propósito de este orden, que antes de él fue una conversación diversísima, un camino discreto y llano por la dulzura de la inspiración del Espíritu Santo, y

por esto reunió una numerosísima cohorte de su religión; como también mi Hijo, por la suavidad de su olor, congregó para sí al pueblo cristiano. Y luego el Espíritu Santo inspiró los corazones de sus elegidos que tienen suspiros de vida, para que así como en el lavatorio del bautismo se lavan los crímenes de los pueblos, así también ellos mismos, en la significación de la pasión del mismo Hijo mío, desecharan las pompas seculares. ¿Cómo? Pues así como el hombre se convierte de la potestad diabólica en el santo bautismo, desechando los crímenes de la antigua mancha; así también estos reniegan de las causas terrenas en el signo de su vestidura, en la cual también tienen un signo angélico. ¿Cómo? Pues ellos mismos, en mi voluntad, han sido puestos como protectores de mi pueblo.

Por lo cual, aquellos de entre ellos que son hallados probados en la santa conversación, sean constituidos pastores de mi Iglesia, porque también los ángeles, que no son tocados por ninguna mancha de causa terrena, son los custodios de mi pueblo. Pues así como los ángeles gozan de un doble honor ante Dios, así también los hombres de esta religión viven en una vida doble. ¿Cómo? Los ángeles sirven a Dios en los cielos sin intermisión, y también protegen siempre a los hombres en la tierra de las insidias diabólicas; así también este pueblo imita el orden angélico, cuando despreciando las cosas terrenas sirve a Dios diariamente, y cuando también protege al resto de los hombres con sus oraciones de los espíritus malignos día y noche. Por lo cual, si

mi Iglesia no tiene un pastor recto, entonces la asamblea de esta clase de religión debe socorrerla clamando y llorando; y quien en ella sea hallado probado, si fuera necesario, recibiendo el sacerdocio de la superintendencia, defiéndala denodadamente en mi celo. Pero nadie se acerque a su religión de repente y como despertando de un sueño, a menos que primero sea examinado en la constricción de su alma por una prueba íntima de si puede perseverar en este propósito, no sea que si lo recibe por su propia voluntad en el pacto de bendición, y después desechándolo en la perversidad de su error se burle de mí sin penitencia, perezca miserablemente en la condenación de la muerte. Por lo cual, oh carísimos hijos míos, que estáis tan disipados en la contrariedad, levantaos pronto en humildad y en caridad, y consentid viril y unánimemente en vuestro santo propósito.

Pero, como ves, otro esplendor como una nube blanca rodea honestamente a la mencionada imagen mujeril desde el ombligo y hacia abajo, aunque sin sobrepasarla todavía: que es la vida secular la cual, en la blancura de su serena intención, abraza a la Iglesia desde la plenitud de la fortaleza que germina hasta aquella extremidad donde todavía no ha avanzado más en sus hijos, en la reverencia de la justa subvención. ¿Cómo? Porque alrededor del ombligo está el germen de los miembros de los que se procrea todo el género humano, por lo cual también allí en la Iglesia se demuestra el pueblo secular a través del cual ella debe avanzar hasta el número pleno en sus órdenes, cuando se anuncian allí reyes y guías,

príncipes y gobernadores con sus súbditos, y también otros ricos y pobres y necesitados que conversan con el resto del pueblo. Y por medio de estos, toda la Iglesia es adornada en gran manera, porque cuando los hombres seculares conservan fielmente la ley de Dios que se les ha puesto, adornan muchísimo a la Iglesia, y abrazan a Dios con muchos abrazos cuando obedecen a sus maestros con sincera humildad y devoción, y cuando con limosnas y vigilias y continencia, y también viudez y otras buenas obras que son de Dios castigan su cuerpo por el amor de Dios. Por lo cual, aquellos que custodian la ley que se les ha constituido según mi voluntad, me son muy amables. Pero si alguno de ellos desea llevar el yugo de mi libertad en el rechazo de las cosas seculares, venga a mí más pronto a menos que esté en la coyuntura de la unión carnal, cuya ligadura no debe desatar temerariamente sino por la voluntad de aquel con quien tiene consorcio. ¿Cómo? Ni el marido abandone a la mujer, ni la mujer al marido en este propósito, a menos que sea voluntad de ambos; y entonces si así lo han deliberado, o permanezcan ambos en el siglo, o ambos se separen del siglo; puesto que no puede ser que un pie permanezca en el cuerpo y el otro sea cortado del cuerpo, quedando el hombre a salvo. Así tampoco conviene que el marido cultive el siglo y la mujer lo abandone; o que la mujer resida en el siglo y el marido lo huya, si quieren encontrar su decoro en la vida superior; porque si esto se hace indiscreta e insensatamente, no se llamará sacrificio sino rapiña. Por lo cual, quienes están unidos entre sí

en unión carnal por derecho legal, vivan juntos unánimemente, ni se separe el uno del otro insensatamente sin el consentimiento del otro, ni sin la disposición o demostración del vigor eclesiástico, como está escrito de nuevo en el Evangelio: "Lo que Dios pues ha unido, que el hombre no lo separe" (Mat. 19). ¿Qué es esto? Dios en la creación del género humano tomó carne de la carne y los unió en una sola unión, constituyendo así que esta conjunción no se separara precipitadamente la una de la otra. ¿Cómo? Porque así será en la unión del varón y de la mujer donde la carne a la carne y la sangre a la sangre se acoplan por sanción legal, para que no se disocien entre sí por su propia estúpida precipitación, a menos que esto ocurra por una causa justa o por una devoción razonable de ambas ligaduras, puesto que Dios en el secreto de su sabiduría dispuso benignamente esta unión de macho y hembra para la propagación de los hombres. Y porque esta unión fue así decentemente instituida por Él, por lo tanto la estúpida codicia del hombre no haga una abscisión en estas dos partes, ni lleve esta parte o aquella la dote de su sangre a un lugar ajeno; puesto que, como Dios mandó que el hombre no mate al hombre, así también ordenó que el hombre no corte su sangre de su recto lugar por la crueldad de la fornicación. Por lo cual también el hombre deprima el ardor de su codicia, ni transmita su incendio a un fuego ajeno; porque si esta voluntad ardiente concibiera el calor de otra voluntad con la ferviente concupiscencia de una causa más fuerte o más blanda: verdaderamente entonces

con el deseo de su alma y con la ligadura del abrazo de aquella mente se coagulan en uno. Pues el ojo exterior que ve excita el calor interior en una quemadura. Y aunque este cuerpo no opere este pecado con aquel cuerpo, sin embargo la voluntad viviente realiza la obra del ardor en ellos, de modo que todas sus vísceras se conmueven por su conciencia. Por lo cual los claustros del hombre exterior sean observados con tan cauta custodia, para que el hombre interior no sea herido por una insípida negligencia.

Y el que veas que estos tres esplendores se difunden ampliamente alrededor de la misma imagen: es que, en honor de la suprema Trinidad, las tres instituciones eclesiásticas mencionadas consolidan por todas partes a la feliz Iglesia, abrazándola de modo admirable en la dilatación de los gérmenes que brotan y en la difusión de las bienaventuradas virtudes; de donde también muestran en ella muy bien y decentemente muchos grados y escalas, que son los diversos órdenes tanto en los hombres seculares como en los espirituales, a través de los cuales la misma Iglesia, en la bondad de las costumbres y en la disciplina de las virtudes, conduce a lo alto a sus hijos educados con suavísima reverencia. ¿Cómo? Cuando desprecian lo terreno y cuando aman lo celestial. ¿Qué es esto? Porque cumplen fielmente en el amor divino los preceptos legales que les han sido instituidos. Pero, así como en tres personas hay un solo Dios; así también en estos tres órdenes mencionados hay una sola Iglesia, cuyo fundador es aquel que es el plantador de todos los

bienes. Pues cualquier cosa que él no haya plantado, no podrá permanecer en pie. Por lo cual, aquella institución que él mismo no instituyó, caerá en grandes ilusiones. ¿Cómo? Porque Dios no plantó aquellas cosas que intentan ascender a lo superior con el soplo de la soberbia, ni quieren estar sujetas a sus superiores. Esto es allí donde un orden menor contiende por elevarse sobre un orden mayor que fue constituido en mi voluntad por el antiguo consejo de los principales maestros; y donde algunos quieren dilatarse en diversos signos de su vestidura según sus costumbres, tal como piensan en su locura, como si el orden de los ángeles quisiera erigirse sobre el orden de los arcángeles. ¿Y qué sería esto? Serían como nada y vacío, quienes así quisieran dividir en sus vanidades los órdenes de Dios rectamente constituidos. Pero esto no debe ser, que sea invocado por estos en la locura de su diversidad, quienes siempre quieren ser nuevos en su propósito, y rudos en su ciencia para decir aquellas cosas que están en sus mentes, abandonando el camino bien trillado y el arca bien plana de los antiguos Padres, que el Espíritu Santo les inspiró. Por lo cual muchos de estos, con gran soberbia, destituyen las ordenaciones constituidas que la Iglesia tiene en los antiguos Padres, y hacen esto en muchísimos cismas de sus diversas instituciones. Pues ellos mismos, en sus diversos circuitos, quieren ser llamados árboles fructíferos; pero ni siquiera pueden ser llamados cañas vacías, como se le muestra al amado Juan sobre aquel que, marchitándose con el tiempo, es desechado,

como está escrito: "Conozco tus obras, que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, empezaré a vomitarte de mi boca" (Apoc. 3). ¿Qué es esto? Oh necio, que te marchitas torpemente en ti mismo, yo, que soy conocedor de los secretos, veo con un ojo que todo lo sabe las obras de tus deseos, porque no has escapado del todo de las obras que pertenecen al fuego del iluminador ígneo, ni tampoco has desechado del todo las obras que inducen el hielo del frío rigor. ¿Cómo? No eres del todo frío en las malas obras, ni del todo ferviente en los buenos actos; sino que en ambos, por la inestabilidad de tu mente, pendes como un viento tibio, a saber, no sabiendo en ninguno quién eres, porque no consideras ni las penas merecidas en el mal ni los premios dignos en el bien. ¿Cómo? Porque miras a tan gran profundidad que no eres capaz de encontrar su fondo; y porque también asciendes a un monte tan alto que no puedes alcanzar su cima. Oh, mejor te sería saberte siervo inútil y pecador, que estar así en el tiempo que apenas miras hacia la justicia. Pues si estuvieras separado de los buenos actos, te entenderías pecador; o si te abstrajeras de las malas obras, tendrías alguna esperanza de vida. Pero ahora eres como un viento tibio; que ni aporta humedad a los frutos, ni les induce calor. Pues eres como quien empieza y no como quien perfecciona; porque tocas el bien en el inicio, pero nunca te alimentas de él en la perfección, como el viento que golpea la boca del hombre, y no como el alimento que resbala en su vientre. ¿Qué es también más querido, un sonido

vano o una obra perfecta? Pues es más aceptable la obra perfecta que el sonido vano. Y por tanto, obra con el silencio de la humildad y no te ensalces con soberbia, porque aquellos serán contados por nada que desechan la sociedad de la santificación de aquellos que me aman en el obsequio de la mansedumbre; pues persiguen esto por estúpida soberbia, lo cual desdeñan cumplir por suave mansue-dumbre. Que si por el inicio de la rectitud intentaras entrar en la fuerza de mis palabras que proporcionan alimento a los fieles, y si entonces, languideciendo en ella y no mostrando ninguna dulzura de justicia a los que te tocan, caes en cosas peores, entonces también yo, por la tibieza de tu negligencia, empezaré a expulsarte, echándote de la misma fuerza de mis palabras, puesto que no mostrando ningún sabor de suavidad por la eficacia de tu operación, no anhelas las cosas interiores de la bienaventurada recepción. Por lo cual, así rechazado, serás pisoteado, como aquel alimento que por la insipidez del gusto es proyectado de la boca del hombre, antes de ser recibido en su vientre. ¿Pero qué ahora? Pues los vientos vuelan y los estrépitos de los vientos resuenan; pero las raíces no florecen ni producen germen. Pues los que deberían estar bajo mi yugo son lascivos, ni caminan según la disciplina. ¿Qué es esto? Ellos saltan por encima del camino recto y se hacen muchos tabernáculos inútiles. Pues los hombres de este tipo, no teniendo ningún fervor de justicia, sino languideciendo en sí mismos, ni arden en la ley que les ha sido constituida, ni hacen según la conversación de sus padres prece-

dentes; sino que cada uno de ellos planta en sí mismo una cierta singularidad, y se pone una ley según su propia voluntad, elevándose así para volar en sus propios pensamientos y en gran inestabilidad por la inflada soberbia. Y puesto que estos no se adhieren al pacto recto de sus padres, por eso siempre vagan como nuevos y rudos en esta gran inestabilidad de aquí para allá según su propia voluntad.

Por lo cual también yo los comparo con artesanos necios: que, erigiendo un gran edificio en lo alto, no imitan la prudencia de aquellos artesanos que, óptimamente instruidos en muchos instrumentos y examinados por diversas pruebas de edificaciones, han conocido bien todas las cosas pertenecientes a la edificación, y disponen rectamente todos sus instrumentos; sino que ellos, vacíos e insípidos, confían en sí mismos, porque quieren ser sabios por encima de los demás, y disponen sus edificios de tal modo: que son móviles ante las tempestades, por lo cual también son derribados por los vientos; puesto que no están puestos sobre la roca, sino sobre la arena. Así también hacen aquellos que, confiando en sí mismos en su soberbia, desean parecer prudentes por encima de sus antiguos padres, ni quieren caminar según su pacto, sino que se estatuyen leyes para sí mismos según su propia voluntad en gran inestabilidad, y por eso muy frecuentemente son sacudidos hacia los pecados por las tentaciones diabólicas; porque no se apoyan sobre Cristo, sino sobre la inestabilidad de sus propias costumbres.

Por lo cual, para que la inspiración del Espíritu Santo que operaba en los antiguos padres no sea evacuada por la inflada soberbia, quiero que al hombre fiel le baste con humildad lo que le ha sido instituido por sus predecesores, no sea que si hubiera deseado vanamente más de lo que debió buscar con humildad, no sea que después volviéndose tibio y retirándose de allí, reciba por esto el rubor de la confusión, como está escrito en el Evangelio: "Cuando seas invitado a unas bodas, no te reclines en el primer lugar, no sea que tal vez haya otro más honrado que tú invitado por él, y viniendo el que te llamó a ti y a él, te diga: Da a este lugar, y entonces comiences con rubor a ocupar el último lugar" (Luc. 14). ¿Qué es esto? Cuando por inspiración superior hubieras sido amonestado para que por tus fieles trabajos vengas a aquel tabernáculo que siempre abunda en la vida nupcial, de modo que se regocija asiduamente en la sinceridad y en el honor y en la santificación en la vara virginal y en la bienaventurada madre, a saber, la Iglesia, y no se entristece en la corrupción y en la confusión y en el rechazo de su germen y de su flor; entonces comprime tu mente en la humildad, no elevándola en la elación. ¿Cómo? Cuando por amor de Dios hubieras arrojado de tu cuerpo las causas seculares, entonces ascenderás como una bellísima flor que florece sin aridez en la Jerusalén celestial con el Hijo de Dios, en la cual aparecen todos los ornamentos de las almas; porque el hombre viejo produce todas las abominaciones de los hombres, pero el nuevo edifica toda la santificación de las virtudes. Y por

eso, cuando hubieras llegado a esta santificación, avergüénzate de imitar a la antigua serpiente que se arrojó a sí misma desde el lugar de la bienaventuranza por el apetito de la gloria vana. ¿Qué es esto? Si vieras a alguien más adornado que tú, evita por la codicia de tu mente ascender sobre él, diciendo: Quiero estar sobre él, o ser como él es. Que si de este modo te hubieras exaltado, ¿acaso eres entonces un siervo fiel, cuando provocas al Señor a la ira, de modo que te opones a Él? Pero si hubieras comprendido que alguien tiene un don de la naturaleza, de la gracia o de la fortuna más poderoso que el que tú tienes, si entonces por envidia lo hubieras menospreciado, no caminas por la vía plana, sino que avanzas por desviaciones. Por lo cual estudia servir a Dios en la humildad, y no entregarte a la soberbia, ni te ensalces por la vanidad de la simulación sobre aquel que; quien, por justo examen, brilla con mayor deseo de la vida eterna que lo que tú ardes, invitado así a la cumbre de la misma bienaventuranza por ardor superior por aquel que se manifiesta piadoso a todos los que aman la verdad, para que no viniendo en el ojo que todo lo sabe aquel que te llamó a ti en el obsequio de la humildad y a él en el don de la caridad por la inspiración de la bienaventurada amonestación, te juzgue con su recto juicio, diciendo: Tú que por la fragante soberbia te elevaste a aquel lugar del cual no eres compañero, deja tu vana gloria, y da por el oficio de la sujeción a este amado mío la cumbre del honor, que arrebataste temerariamente. ¿Y qué entonces de ti? Porque si de este modo hubieras sido deyectado,

comenzarás a sentir por la angustia del pesar y de la tristeza la extremidad de la abyección, y así a aborrecerte a ti mismo proyectado, porque el custodio de las almas te quitará el honor ajeno que fraudulentamente invadiste: cuando oponiéndote a él, intentabas arrebatar esto temerariamente que no debiste tener, por lo cual también se te quitará lo que querías tener, y se te dará lo que no quisiste tener. Así también cuando un orden menor se exalta sobre uno mayor, por mi justo juicio es deprimido siendo deyectado, puesto que no quiero que ante mis ojos la soberbia sea de otro modo que en la deyección de la confusión. Pues si una sierva se hubiera exaltado sobre su señora, tanto más despreciable será para todos los que la miren, porque habrá intentado hacer esto que no debió desear.

Por lo cual, quienes se hacen leyes para sí mismos según su propio corazón, y en esto no buscan mi voluntad, más bien vienen por esto a la deyección que al provecho, como de nuevo mi Hijo atestigua en el Evangelio, diciendo: "Toda plantación que no plantó mi Padre celestial, será erradicada" (Mat. 15). ¿Qué es esto? Todo germen de ciencia del corazón y de la mente y de las costumbres que surge en aquella fertilidad de la naturaleza por la cual el hombre vive, cuando el hombre lo siembra así en sí mismo, de modo que después, hirviendo en calor, se le acople así según lo que él quiere perfeccionar; a saber, aquello transpuesto o en la exaltación de la mente, o en la petulancia de la carne, o en la polución superflua, o en ocasión de excusa, o en la vicisitud de

la operación, avanzando imprudentemente hacia arriba o hacia abajo, ni discerniendo qué clase de fundamento sea, y despreciando saber si sea útil o inútil: verdaderamente esto será destruido por justo juicio, puesto que aquel Padre que es el habitador de los cielos y de toda justicia no plantó aquella plantación en tal persona, y por tanto, expulsada, se marchitará, porque no ascendió del rocío del cielo, sino que vino del jugo de la carne. ¿Cómo? Porque el hombre, realizando esta obra por su estúpida ciencia, no quiso inspeccionar ni la justicia ni la voluntad de su Creador; sino que miró hacia aquel que siempre agita infatigablemente la rueda de su propia carne. Pues lo que a los hombres, cuando no quieren fijar su ojo agudamente en Dios, les parece a veces bueno por el engaño de su mente; si la inspiración del Espíritu Santo no calienta esto, irá a la perdición, porque esta vana gloria pasa. Pues cuando los hombres vanos son afectados por el tedio en una cosa, se renuevan por la vana gloria en otra, ensalzándose frecuentemente en la soberbia y en la estimulación y en el espíritu de celotipia, y también frecuentemente altercando en la molestia y en la indignación y en la contradicción de otras instituciones que han fluido de mí, así como comprimiéndose mutuamente en los demás bienes que no son para el entumecimiento del tedio, sino en el ardor del deseo de progresar de día en día. Pues lo que haya fluido de mí proporciona un gusto dulce y suave al alma, progresando siempre en los que perseveran, y no mirando hacia atrás en la inestabilidad. Por lo cual es bienaventurado

aquel que, confiando en mí, repone su esperanza y el principio y fin de sus obras no en sí mismo sino en mí. Quien hace esto, no caerá; pero quien quiera estar en pie sin mí, irá a la ruina. ¿Y quiénes son aquellos que se hacen nuevos a sí mismos por la vana gloria, y por el tedio que padecen en mis preceptos, confían en sí mismos? Pues no porque un vestido viejo sea molesto en los pensamientos de los hombres, deba ser yo despreciado en mis dones, puesto que estos son siempre nuevos en la simplicidad, y cuanto más antiguos tanto más queridos son. Por lo cual, lo que los hombres excogitan en sí mismos sin mi inspiración en la vanidad de las costumbres: se disipará por sus inanes estudios, y aunque a veces parezcan estar en pie a los ojos de los hombres, sin embargo, proyectados de mis ojos, los tengo por nada, como está escrito en el Evangelio: "Dejadlos, son ciegos, guías de ciegos. Y si un ciego presta guía a otro ciego, ambos caen en la fosa" (ibíd.). ¿Qué es esto? Dejad que aquellos que son perversos en sus hechos se disipen en su perversidad; porque no quieren corregirse en la rectitud de las buenas obras. Y puesto que en su estimación se nombran a sí mismos justos siendo vanos en sus actos, por su misma facilidad se vuelven ciegos, porque desprecian caminar por la vía de la justicia, y porque proponen la vía de la iniquidad más que la de la verdad a aquellos hombres que se apresuran a seguirlos en las malas obras. Por lo cual, quienes de este modo no tienen la visión de la rectitud estimándose justos siendo injustos, cuando demuestran el camino de la falsa justicia a los que

ignoran el camino de la verdadera doctrina, caen igualmente en la fosa de la desesperación, puesto que ni estos ni aquellos saben a dónde van. Pero en estos yo deyecto a veces a algunos en mi indignación ante los hombres, pero a otros a veces los tolero silenciosamente ante los hombres por la moderación de la visión clara; pero sin embargo vengo a vengar aquellas cosas por la ponderación de mi justo juicio en el futuro. Y por esto el que es fiel, estudie ascender a la altura de las virtudes, y no descender a lo ínfimo de lo secular. ¿Cómo?

Quien está en un grado menor puede ascender a uno mayor, pero quien está en uno mayor no debe declinar hacia uno menor. ¿Qué es esto? Pues los jefes pueden llegar a ser duques, y los duques ascender a reyes; pero no conviene que los reyes desciendan a duques, ni que los duques declinen hacia los jefes. Pues si los reyes se subyugaran a los duques, o si los duques se sometieran a los jefes, todo el pueblo vociferaría indignado, y los tendría en escarnio.

Así, quienes están en las cosas seculares pueden seguir la vía de los predichos fabricantes de ungüentos; y quienes están en la vía de los mismos fabricantes de ungüentos pueden [alcanzar] a los predichos que son el olor viviente que hace voto del camino de la regeneración secreta; pero no conviene que [los mismos que son el olor viviente] pasen a los fabricantes de ungüentos, ni que los mismos fabricantes de ungüentos caigan a lo secular. Que si estos que son el olor viviente que hace voto del camino de la regeneración secreta miran hacia los fabricantes de ungüentos, o

si los fabricantes de ungüentos pasan a lo secular: ¡ay! ¡ay! ¡ay! se dirá sobre ellos por las almas de los justos, y ante mí serán tenidos en abyección, a menos que regresen por una digna penitencia, porque si un grado más alto cae sobre uno inferior, ambos son destruidos.

Así será también para aquellos que desertan su recto camino y caminan hacia atrás. Pues quien se haya revestido de mi Hijo, ¿a qué tal hijo podría revestir? A ninguno, y verdaderamente a ninguno. Pero alegraos en vuestro Padre; puesto que más a menudo veo a los mayores en los menores, y en los mayores encuentro a los menores, porque la soberbia cae y la humildad asciende.

Por lo cual tened paz y caridad y humildad entre vosotros, tal como las almas de los justos la tienen con los ángeles y los ángeles con los arcángeles. Pues las almas de los justos no envidian el oficio de los ángeles, ni los ángeles desdeñan la gloria de los arcángeles. ¿Qué es esto? Los arcángeles demuestran cosas mayores en mayor necesidad; pero los ángeles anuncian cosas menores en frecuente vicisitud; pero el pueblo fiel obecece humildemente.

Por lo cual cada uno ejerza fielmente su oficio. ¿Cómo? Quienes son el olor viviente que hace voto del camino de la regeneración secreta, cuando sobrevenga una mayor ocasión de necesidad eclesiástica, recuerden las causas inevitables de su subvención al igual que los arcángeles; y quienes [están] para sí en la obra de los fabricantes de ungüentos, ejérzanse como los ángeles por asidua determinación en frecuentes causas en torno

a los negocios de su institución, y los hombres que desean llegar a la suma bienaventuranza, reciban fielmente sus palabras.

¿Cómo? Pues quienes existen como el olor viviente que hace voto del camino de la regeneración secreta, son como el grano, que es el alimento seco y fuerte de los hombres; así también ese pueblo mío es áspero y duro al gusto del barniz de las cosas seculares. Pero los predichos fabricantes de ungüentos son como manzanas que proporcionan un dulce sabor a quienes las prueban; quienes, como ellos, por la utilidad de su oficio se exhiben suaves a los hombres. Pero lo común secular se estima como la carne; en la cual también se encuentran aves castas, puesto que quienes viven en el siglo, viviendo carnalmente procrean hijos, entre los cuales sin embargo se encuentran imitadores de la castidad, a saber, viudas y continentes, que vuelan hacia los deseos supernos por el apetito de las buenas virtudes.

Pero también los mismos órdenes de la institución eclesiástica se ocupan en dos vías. ¿Cómo? De los espirituales y de los seculares. ¿Cómo? Como el día y la noche. ¿Qué es esto? El día tiene la claridad del sol y la serenidad del aire luciente, lo cual presagia; porque los hombres espirituales conservan en sí tanto el orden del olor viviente que hace voto del camino de la regeneración secreta, como el orden de los predichos fabricantes de ungüentos. Pero la noche contiene la luz de la luna con las estrellas y la oscuridad de la tenebrosidad umbrosa, lo cual demuestra: que los hombres seculares contienen en sí tanto a los

justos que lucen en sus obras, como a los pecadores gravados por la oscuridad de los delitos. Pero quien haya desertado la noche de los seculares y se haya convertido al día de los espirituales por el amor de la vida: sea estable en este hecho, no sea que si caminara hacia atrás, se asimile al viejo Adán que, transgrediendo el precepto de la vida, fue expulsado a las miserias seculares.

Por lo cual, nadie sea precipitado en dejar el mundo y entrar audazmente en mi pacto por su propia voluntad, a menos que primero haya sido examinado en una gran probación; porque a quien haya tomado a mi Hijo por la túnica, no quiero que lo abandone. Pues quien se haya revestido de su encarnación, y haya tomado su cruz en sus manos, ¿acaso es conveniente que deseche a su Señor? De ninguna manera. Por tanto atiende a esto. El hombre que se haya confesado en la voluntad de su corazón y haya hecho voto en la devoción de su alma de llevar mi yugo en la abyección de las cosas seculares; si entonces también en aquel mismo ardor de su corazón, por la voluntad de su alma deseante, hubiera recibido el signo de la religión en el condimento de la justa intención, permanezca en él, no sea que si después lo desechara en el desprecio del mal perseverante, reciba el juicio de un examen riguroso.

¿Qué es esto? Porque despreció a aquel cuyo signo, recibiéndolo en sí mismo, conculcó; tal como también los judíos lo despreciaron, cuando lo fijaron en la cruz en la locura de la incredulidad. Pues como los judíos no temieron aquella maldad, así también este no teme que desecha la

misma pasión en su voto: Pues lo que el hombre me promete, esto también debe cumplirlo según lo que David atestigua, diciendo: "Entraré en tu casa en holocaustos, te cumpliré mis votos que distinguieron mis labios" (Sal. 65).

¿Qué es esto? Por la intención de la buena y justa operación entraré, oh Dios mío, en la constitución de tu santísimo don, a saber, abandonando en ardiente deseo el estrado de mi voluptuosidad, de modo que nada me sea más dulce que anhelarte a ti, Creador de todo. Y por esto te cumpliré mis votos que profirió mi boca con mi alma; porque quiero perfeccionar lo que antes te había prometido a ti, justo juez, en mi ardiente deseo: a saber, que dirigiría mis actos hacia ti, lo cual transgredí neciamente; pero ahora, deseando recurrir a ti, quiero evitar los males y hacer el bien, puesto que la racionalidad y el intelecto que hierven en mí, por la discreción de la verdadera corrección buscan más anhelarte a ti, Dios vivo, que imitar al diablo por la estupidez de la falsa contrariedad.

Por lo cual, oh hombre, cuando me hayas ofrecido tu corazón de este modo, considera cómo lo perfecciones prudentemente. Pues mi ojo ve agudísimamente lo que la voluntad del hombre me habla. Allí donde está lo que es mío, esto lo requiero con el mayor rigor. Por lo cual, oh estúpidos y más que estúpidos, ¿por qué os imponéis tan grandes cargas que pensáis que os es tan fácil abandonar vuestra voluntad carnal? Pues por la ley que os ha sido dada por mis preceptos, no sois compelidos a esto, a dejar el siglo, a menos que

primero seáis ejercitados por muchos trabajos de tal modo que podáis imponer un freno a los deseos carnales que hay en vosotros.

Pero sois asimilados a un viento tibio, puesto que cuando la vana gloria haya soplado sobre vuestra mente, entonces habláis desde cierta aspereza diciendo así: "Ya no quiero trabajar con el mundo, sino que delibero huirlo apresuradamente. ¿Y por qué habré de quebrantarme así en un trabajo vano?" Pero cuando decís estas cosas dentro de vosotros, pensáis que se terminan tal como las excogitáis. Pues muchos me buscan con ánimo vacilante, de modo que solo están marcados exteriormente por el signo de la religión, no buscándome con ojos puros, ni circunspeccionándose simplemente en la verdadera doctrina sobre cómo huyan del diablo que desea devorarlos, del mismo modo que la paloma, considerando en la pureza del agua al halcón que intenta atraparla, huye; pero ellos no huyen así del diablo cuando lo ven venir en la escritura de las doctrinas, sino que en el repentino sopor que hay en él por la ceguera de su mente, corren hacia mí como un viento tibio.

Pues algunos, desechando no su voluntad sino solo el hábito secular, acometen la religión espiritual; porque sosteniendo muchas miserias y pobrezas en el siglo no pueden tener riquezas, y por tanto abandonan el mundo, puesto que no pueden tenerlo como querrían. Otros, en cambio, son estúpidos y necios para el mundo, de modo que son despreciables a los hombres y no quieren gobernarse a sí mismos, y por eso huyen del

mundo, porque son objeto de escarnio para ellos. Pero también algunos, teniendo debilidad e infinidad de su cuerpo y trabajando mucho en estas calamidades, abandonan el siglo no por mí, sino para que se les socorra tanto más suavemente en estos dolores. Otros, en verdad, sufren tales angustias y opresiones de sus señores carnales a quienes están sujetos, que por temor a ellos se retiran del mundo, no para obedecer mis preceptos, sino para que sus señores carnales no ejerzan más su poder sobre ellos.

Y todos estos vienen a la religión espiritual no por el amor celestial sino por estas molestias terrenales que sostienen, no considerando si yo sea salado o insípido, o dulce o amargo, o habitante del cielo o de la tierra. ¿Qué es esto? Ellos no atienden ni al condimento ni a la dulzura de las Escrituras; ni consideran cómo habitan en sus corazones los hombres que buscan las cosas supernas. Y puesto que no quieren escrutar estas cosas, por eso desechando mi temor caminan según sus voluntades, por lo cual tanto de aquí como de allá son extraños y son llamados fugitivos. Por lo cual ni yo digo que hayan dejado el mundo y venido a mí, sino que en esto son culpables de que temen al siervo y desprecian al Señor, porque siguen causas terrenales; y no me temen a mí, y por eso son llamados miedosos en lo mínimo y audaces en lo máximo.

Por lo cual también son asimilados a Balaam, quien viendo al pueblo israelita hermoso en sus tiendas, deseó con ánimo fingido tener morada con ellos, diciendo: "Muera mi alma la muerte

de los justos, y sea mi fin semejante al de ellos" (Núm. 23). ¿Qué es esto? Cuando el hombre es a veces sacudido en los suspiros de su alma para esto, para que comience obras de justicia, entonces con el deseo naciente las anhela gimientemente, diciendo así en sí mismo: "Yo, miserable, que estoy impedido por muchos pecados y obligaciones, deseo estudiosamente que en la abyección de las concupiscencias carnales mi alma abandone toda malicia de iniquidad, y que por aquella contrición por la que los justos se desprecian a sí mismos, permanezcan en el habitáculo de las buenas obras". ¿Cómo? "Para que en actos rectos se encuentre mi fin, semejante a aquellos hombres que obran la justicia de Dios: de modo que el término de mis buenas obras se iguale al principio de su justa intención".

Pero el hombre que habla estas cosas dentro de sí mismo, si después, pasado el tiempo de aquellos suspiros, es soplado por las tentaciones de los espíritus malignos, y vencido por la concupiscencia carnal regresa a la iniquidad, hace como el mismo Balaam, engañado por la maldad de la codicia, hizo. ¿Cómo? Porque él después, tocado por aquel cisma por el que antes quería maldecir a mi pueblo, donde yo le resistí por mi ángel y por su asna, llevándolo sin embargo en mi celo a esto, a que bendijera a mi mismo pueblo por la bendición de aquellas palabras que puse en su boca: tras aquel deseo por el que deseó asimilarse al mismo pueblo de Israel en su muerte, regresó al primer cisma, y dispersó a mi pueblo por su consejo mediante la fornicación por el di-

nero de la muerte, como prometió diciendo: "Sin embargo, yendo a mi pueblo daré consejo sobre lo que tu pueblo haga aquí en el último tiempo".

¿Qué es esto? A saber: "Cuando me haya retorcido de nuevo hacia el camino de mis deseos que pertenecen al decoro de la carne; entonces entraré en aquellas concupiscencias que antes conocía". ¿Cómo? "Porque sé lo que hay en mi carne a la que honestamente sirvo, de modo que también yo, que estoy imbuido de estas causas que siempre les asisten; a ti, oh hombre, que también ardes en las mismas cosas deleitables, en lo recóndito de mi mente te muestro el estímulo para tus concupiscencias; cuando por la sugerencia de mi placer enciendo así tu ardor humeante, que por los reconocimientos de las cosas terrenales venales que florecen en tu corazón, extingas aquel ardiente deseo con el que antes anhelabas aquellas obras que se llaman santas: de este modo imponiéndoles un fin, y abandonándolas en el tiempo oportuno, como si nunca las hubieras conocido".

Por lo cual, oh hombre, como aquel Balaam, tras aquel recto deseo por el que antes miraba hacia arriba, se inclinó hacia abajo hacia las falaces concupiscencias; así hacen también quienes me buscan fingidamente, porque cuando ven que aquellos que verdaderamente han desechado el mundo caminan simplemente, y perseveran laudable y verdaderamente en una estrecha y bienaventurada vida; dicen que son hermosos y suaves, y de inmediato con un ímpetu repentino acometen su vida, deseando vivir según ellos.

Pero después de que se hayan unido a ellos tal como Balaam inspeccionó al pueblo israelita, entonces frecuentemente, por diversas maldades que antes tenían en sus corazones cuando estaban en el mundo, son llamados de nuevo a los deseos carnales, puesto que aquellos los dominaban anteriormente.

Por lo cual, cuando son así impedidos, contaminan a mi rebaño elegido con su veneno y adversidad, sacudiéndolo con muchas tempestades, y dispersándolo por el consejo de su maldad. Pues cuando se retiraron engañosamente del mundo, no me invocaron en sus oraciones como ayuda para sí mismos, ni me buscaron en la probación de su cuerpo sobre si podrían perseverar en este propósito o no: por lo cual yo también les permito considerar qué puede ayudarles su propia voluntad cuando confían en sí mismos.

¡Oh, ellos existen como estúpidos e infructuosos!; porque son inútiles sin la aradura de la ley de Dios, y sin la fructificación de su palabra; porque no inquirieron qué debían hacer cuando entraron en la vía estrecha, tal como se circunspecciona la buena tierra para ver qué fruto útil produce. Por lo cual oigan; oh hombre, si hoy, cuando ardes fuertemente en las concupiscencias en tu carne, existes como un horno ígneo, ¿quién te dio tan gran refrigerio, que pudieras escapar de tan gran incendio en tu placer?

En verdad, quien haya querido acometer estas cosas, debe caminar con sus ojos interiores sobre cómo las comience por mí, y cómo las perfeccione con mi ayuda, no sea que si las comenzara necia-

mente y las consumara mal, vaya a la ruina, tal como también aquel antiguo enemigo que, confiando en sí mismo, fue abatido en la ira de mi celo; así también serán desechados estos que, no considerándose a sí mismos, en la precipitación de una gran soberbia se revisten de la pasión de mi Hijo, pero después, en el hastío, la rechazan superfluamente. Por lo cual, quienes la hayan puesto sobre sí, atiendan a cómo la amen, según lo que el profeta Jeremías exhorta en el Espíritu Santo diciendo: "Oh todos vosotros que pasáis por el camino, atended y ved si hay dolor como mi dolor, puesto que me ha vendimiado como el Señor ha hablado, en el día de la ira de su furor" (Lam. 1).

¿Qué es esto? Oh todos vosotros que describís los vicios, a saber, en la abyección de las cosas seculares, y en la imitación de las espirituales, pasando por aquel camino que es vida y verdad, que soy yo, el Hijo de Dios; atended en el comienzo de las buenas obras para que no os olvidéis de mi dolor, cuando hayáis comenzado a imitarme en mi pasión, y ved en la perfección de la justicia, que aquel dolor que os imponéis por mi amor: sea semejante a mi dolor. ¿Cómo? De modo que en las mismas miserias que sostenéis por mí perseveréis sin desfallecer hasta el buen fin; tal como yo también perseveré en mi dolor de morir por vosotros, puesto que fui comprimido y conculcado en la pasión de la cruz; tal como la uva es exprimida en el lagar para que comáis mi cuerpo y bebáis mi sangre, como habló el dominador del cielo y de la tierra en la presciencia de su ojo

perspicaz en el juicio cuando Adán dejó la vida y aceptó la muerte; donde sin embargo el mismo Padre mío celestial previó esto, que al final de los tiempos por mí, su Hijo encarnado de la Virgen, que me oponía al diablo en las fortísimas fuerzas de la justicia, superaría al mismo antiguo seductor y liberaría al género humano en la defensa del auxilio superno.

Por tanto, el hombre de cualquier sexo o edad que sea, que se revista de mi pasión, atienda a retenerla fuertemente, no sea que si la desechara por el error de su negligencia, después, cuando quisiera retenerla, no pueda encontrarla.

Por lo cual también aquellos que hayan querido someter a sus infantes a mi pasión en una conversación de humildad, no hagan esto impúdicamente en la presunción de la precipitación, sino sabiamente en el examen de la discreción, no obligándolos a entrar en esto sin el consentimiento de su voluntad, lo cual ellos mismos no pueden sobrellevar. ¿Cómo? Si me ofreces a tu infante cuando aún no hay en él el conocimiento de un intelecto discerniente, sino cuando yace en la estupidez de todo su sentido, y sin embargo lo ofreces así sin su voluntad, no considerando su consentimiento en esto, no has obrado rectamente ofreciendo así un carnero. ¿Cómo? Si un hombre ofrece un carnero en mi altar; si no lo ha atado fuertemente por sus cuernos con sogas, ¿acaso no huye el carnero? Así también si un padre o una madre ofrecen a su hijo, que es un carnero, a mi servidumbre, si en esto no atienden a su voluntad, que son sus cuernos, ni con

diligente custodia, ni con súplica, ni con deprecación, ni con la exhortación de toda la diligencia que se entienda como las sogas de su atadura, puesto que por todas estas cosas el niño debe ser provocado al consentimiento de la buena voluntad; entonces, si no hubiera sido probado por estos exámenes, ciertamente huye o en cuerpo o en mente, a menos que Dios lo guarde en sus maravillas.

Pero si tú, oh hombre, encierras a aquel niño en tan gran custodia de estrechez corporal que no pueda absolverse de la presión de su voluntad repugnante, entonces en todos los frutos tanto del cuerpo como del alma, por aquella captura que le fue injustamente infligida sin su consentimiento, me parece árido. Entonces también yo te digo a ti, oh hombre, que eres el autor de esta ligadura: Yo tenía un campo verde en mi poder; ¿acaso, oh hombre, te lo di a ti para que lo hicieras germinar cualquier fruto que tú mismo quisieras? Y si siembras semilla en él, ¿puedes llevarlo al fruto? No. Pues tú ni das el rocío, ni produces la lluvia, ni otorgas la humedad en el verdor, ni sacas el calor en el ardor del sol; por todas las cuales cosas se ha de producir el fruto competente. Así también puedes sembrar la palabra en el oído del hombre; pero en su corazón, que es mi campo, no puedes infundir ni el rocío de las compunciones, ni la lluvia de las lágrimas, ni el humor de las devociones, ni el calor del Espíritu Santo, en todos los cuales debe germinar el fruto de la santidad. ¿Y cómo osabas tocar tan temerariamente a uno delicado y santificado para mí en el bautismo, de modo

que lo entregaras sin su voluntad en la estrechísima captura de la ligadura para llevar mi yugo? Por lo cual no se ha vuelto ni árido ni verde; porque ni ha muerto para el mundo, ni vive para el mundo. ¿Y por qué lo has oprimido tanto, que es inútil para ambas cosas? Tampoco ha de esperarse de los hombres mi milagro para confortarlo a fin de que permanezca en la vida espiritual, puesto que no quiero que sus padres pequen en su oblación, ofreciéndomelo sin su voluntad.

Pero si alguien, sea padre o madre, quisiera ofrecer a su hijo a mi servicio, antes de presentarlo, diga: "Prometo a Dios que guardaré a mi hijo con solícita custodia hasta su edad inteligible suplicándole, deprecándole, exhortándole para que permanezca devotamente en el servicio de Dios. Y si me consintiera, lo ofrezco apresuradamente a la servidumbre de Dios; o si no me prestara su asentimiento, sea yo hallado inocente ante los ojos de su majestad". Pero si los padres del niño lo hubieran seguido de estos modos hasta su edad inteligible; si entonces el niño, apartándose, no quisiera consentirles; entonces tampoco ellos, porque mostraron su devoción en él cuanto pudieron, lo ofrezcan sin su voluntad, ni lo obliguen a llegar a aquella servidumbre, que ellos mismos ni quieren llevar ni cumplir.

Pero quien libremente haya querido someterse a mí con ánimo devoto, a esto ha de ser exhortado con denuedo para que llegue, y no debe ser retraído de su buena intención por la envidia de ningún alma malévola. Pues si alguien retrajera de su propósito a alguno de aquellos que

desean seguirme, comete sacrilegio, puesto que rompió mi pacto en la mente de aquel, por lo cual también en el recto juicio habrá de rendir cuentas de ello; si permaneciera inflexible en esta maldad, porque apartó a quien quería servirme: lo cual no debió hacer, como está escrito: "Todo lo que se consagra al Señor, sea hombre o animal, o campo, no se venderá, ni podrá ser redimido" (Lev. 27).

¿Qué es esto? Cuando cualquier alma anhelante, con el pleno oficio del conocimiento toca de tal modo el buen sentido en el hombre que este perfeccione alguna cosa; entonces su voluntad confirma aquella cosa diciendo: "Esto conviene para el honor de Dios". Y así, con buena devoción y con justa reverencia, aquel hombre promete a Dios, ofreciéndoselo por el beso del corazón, que es por la voluntad de sus deseos. Y entonces aquello fue ofrecido de este modo a Dios como dote de santificación. ¿Cómo? Porque Dios, viendo en aquel hombre la voluntad edificante, lo recibe así por el anillo de la santificación, tal como el varón suele asegurar para sí a su esposa en pacto de unión por el anillo del desposorio para no abandonarla de allí en adelante. Por lo cual, cuando Dios haya recibido aquella voluntad por la virilidad del alma del hombre, que se constriñe de tal modo que dejó lo que tiene, y que reparte más a Dios que a sí mismo lo que posee, entonces la unión de tal consagración permanecerá así, y no dejará su devoción. ¿Por qué? Porque el conocimiento del hombre la conoció, puesto que su buen sentido la entendió, y porque su voluntad la edificó para el honor de Dios; y por tanto, ya

sea un hombre quien así se ofreció a Dios, o un animal sujeto al hombre que del mismo modo fue ofrecido para el honor de Dios, o un campo que produce fruto que también fue así consagrado a Dios, ni debe darse por un precio más caro, ni retenerse bajo una recompensa más vil, para que el honor de Dios no sea tenido como en una estimación despreciable.

Pero así como nadie ha de ser obligado contra su voluntad a pasar de la vía secular a la senda espiritual; así también quien con la devoción de su voluntad acometió mi servicio, y después despreciándolo lo hubiera descuidado, ha de ser llamado por justo juicio para que lo reciba. ¿Cómo? Si tiene rectores equitativos y maestros espirituales que tengan mi celo, ellos deben llamarlo a mi servidumbre, y esto lo harán primero con súplica, exhortación y suavizándolo con palabra blanda, y luego corrigiéndolo con azotes y con la estrechez del frío y del hambre y con otras castigaciones semejantes a estas, para que, amonestado por estas miserias, llame a su mente las penas infernales, y temiéndolas quite de sí la putrefacción de su alma, y así llamado regrese a aquella senda que había abandonado, tal como también sobre esto está escrito en el Evangelio: "Sal por los caminos y cercados y oblígalos a entrar, para que se llene mi casa" (Luc. 14).

¿Qué es esto? Tú, que eres pastor espiritual y rector justo y maestro recto, sal de tus antiguas costumbres que se te adhieren de tu primer padre, y ve por la vía estrecha y angosta, y a la composición de los preceptos inflexibles que

varones justísimos compusieron en la textura del Espíritu Santo; y considera agudísimamente en mi celo a aquellos que, viviendo bajo tu precepto y magisterio, o recibieron o prometieron por su voluntad y no por la injusta coacción de otro hombre observar el santo propósito de mi pacto, y cuando después, despreciándolo, desean volver a los antiguos vicios: a estos oblígalos con dulces y amargas correcciones a entrar en la disciplina eclesiástica, para que la casa de mi dotación se llene tanto de los corregidos con denuedo como de los amonestados con suavidad, puesto que unos han de ser llamados a la vida por diversas castigaciones y otros por varias y blandas amonestaciones. ¿Cómo? Como el pastor diligente busca solícitamente a su oveja perdida, así también los maestros espirituales deben buscar con mucha diligencia a sus súbditos que yerran por diversos vicios, obligándolos con su solercia a que regresen a la casa de la justicia de la que salieron o querían salir, para que la Iglesia se llene en una parte de ovejas corregidas por amor y en la otra de ovejas blandamente exhortadas, y así sea conducida a los pastos supernos.

Pero aquellos que entonces están tan endurecidos que, ni por la castigación corporal que les es infligida en mi celo por sus maestros presidentes, ni por el temor a mí —puesto que yo soy Dios que no quiere la iniquidad—, ni por el amor de la sangre derramada de mi Hijo que sufrió por ellos, quieren corregirse, sino que trabajan por manchar con su putrefacción a mis amigos fidelísimos que recorren velozmente mis caminos; entonces

deben ser expulsados por mis amigos como lobos para que no contaminen a mi rebaño, tal como mi amigo Pablo exhorta diciendo: "Quitad el mal de entre vosotros" (1 Cor. 5). ¿Qué es esto? Vosotros que estáis en la cumbre del gobierno, y que permanecéis en la humildad de la sujeción, expulsad de vosotros aquel mal que, despreciando mi temor, me contradice a mí, Creador del cielo y de la tierra, expulsándolo de vosotros con tan fuerte examen que no fije su raíz en vuestra conciencia, ni ponga su pie en vuestro consorcio, para que los dulces ungüentos de las buenas obras no se envilezcan en vosotros. Pero quien de estos quisiera volver en penitencia, y buscara con todo el corazón a mí, su Creador; aunque llegara en la extremidad de su curso, yo sin embargo lo recibiré porque juzgo todas las cosas justamente.

Pero quien esconde el tesoro de su corazón sustrayéndolo, diciendo: "A menos que sienta que voy a morir, no me convertiré de las causas seculares", y así difiere su conversión hasta la expiración de su alma, y cuando ya no puede respirar más, desesperando de poder tener más tiempo la vida presente, intenta renunciar al mundo: este engaña a su alma, puesto que su conversión es engañosa, hizo esto burlándose, como también la burla es recibida. Pero aquel que ya próximo a la muerte, de todo corazón por sus pecados y por mi amor hubiera renunciado al mundo, a saber, deseando servirme ardientemente mientras viva; verdaderamente recibo su devoción con todos los coros de los ángeles, y le otorgo la gloria de la vida. Pues aunque el hombre esté ocupado en

mucho crimen, cuando toca sus pecados de modo que llora amargamente sus delictos, y hace esto con un ojo simple porque me provocó a ira, yo lo elevo de la muerte a la salvación, ni le niego la herencia superna, según lo que el salmista David atestigua en mi Espíritu, diciendo: "En cualquier día que te invocare, he aquí que he conocido que tú eres mi Dios" (Sal. 55).

¿Qué es esto? En cualquier luz de mi vida en que alguna claridad de la ilustración superna se hubiera mostrado en mi mente, que yazco en tinieblas, por la divina gracia, de modo que en la amargura de la penitencia de mis pecados y en las heridas de mi corazón gravado te invocare a ti, que concedes el remedio de tu piedad a todos los que te invocan con puro corazón; ¿entonces en la misma visitación conocí que tú, que obras estas cosas misericordiosamente, eres mi Dios? ¿Qué es esto? Cuando por tu gracia me hubieras conducido a esto, a que te conozca a ti mi Dios en las obras de la justicia, de modo que en las obras de la iniquidad me condene y me reprima a mí mismo: entonces me recibes a mí, que te busco simplemente, y que clamo tras de ti lagrimosamente y que te conozco en el verdor de mi alma, porque tú eres aquel que puede hacer estas cosas; pues entonces quebranto mi cuerpo en verdadera penitencia, y lo tengo como por nada. Y cuando el hombre hubiera hecho su penitencia de tal modo, encontrará el remedio de sus pecados. ¿Cómo? Porque me conoció a mí, su Dios. ¿Cómo? Puesto que abandonó sus pecados, y por tanto, por el ojo de la penitencia verá que eran vanas

aquellas cosas que antes perpetró ardientemente en la mala concupiscencia.

Por lo cual, nadie descuide buscar el remedio de la penitencia, porque si lo hubiera descuidado estando sano de cuerpo, estudie sin embargo para que lo encuentre incluso en su último momento, y yo lo recibiré para la salvación puesto que, aunque haya grandes suciedades en los pecados, sin embargo por mi Hijo son lavadas en la pura penitencia, excepto aquel que hubiera dicho una blasfemia impenitente contra el Espíritu Santo, y quien endurecido se hubiera precipitado a la muerte de su cuerpo, porque estas dos cosas son como una sola. A estos no los conozco en la gloria de la vida superna, como está escrito en el Evangelio: "Todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero el espíritu de blasfemia no se perdonará" (Mat. 12). ¿Qué es esto? Todo pecado que se hubiera cometido en la superfluidad de la carne, o con libido, o con amargura, u otros vicios semejantes a estos, o la blasfemia que se da en el culto de los ídolos donde el Dios verdadero es ignorado y un falso fingimiento es adorado, o la invocación de los demonios donde el Dios verdadero es conocido y sin embargo, en la perversidad de los hombres, el diablo es invocado: todas estas cosas se perdonarán a los hombres en la pura penitencia, cuando por la compunción de las lágrimas, desde lo íntimo del corazón, hubieran buscado fielmente al Dios verdadero que presta misericordiosamente su misericordia a todos los que le invocan. Porque, aunque hombres de esta clase falten gravemente errando en los pecados,

sin embargo, si no desechan del todo a Dios que reina en los cielos con imperio y poder, buscando la mano de su ayuda la encontrarán. Pero si hubieran perseverado en su infidelidad, de modo que nunca se arrepientan de esta perversidad, sino que con corazón fijo y alma que consiente nieguen a Dios por completo, diciendo así dentro de sí mismos: "¿Qué es esto que se llama Dios?" Pues no hay misericordia ni verdad de Dios, para que quiera o pueda ayudarme": y así, impenitentes, desconfíen de poder ser limpiados de sus pecados, o de ser salvados de algún modo: estos blasfeman contra Dios, y por esto, debido a la maldad de su endurecimiento, si así perseveraran, no percibirán la remisión de la blasfemia, porque sofocan de tal modo el intelecto de su corazón que no pueden suspirar hacia lo alto, puesto que tienen como nada a aquel por cuya misericordia deben ser salvados, como también David atestigua, diciendo: "Dijo el necio en su corazón: No hay Dios" (Sal. 13).

¿Qué es esto? Por la necia locución de quien estaba vacío de sabiduría e intelecto, negó a Dios en su corazón, incluso para conocerle fue necio. ¿Cómo? Porque no quiso ni saber ni entender al Dios verdadero, cuando en su sentido endurecido decía: "¿Qué es Dios? Dios no es." ¿And qué soy yo mismo? No sé lo que soy". Quien dice estas cosas es necio, puesto que no tiene la verdadera sabiduría por la que se conoce a Dios. Pero quienquiera que no fingidamente haya conocido a Dios que reina en su poder, este es sabio, aunque sea pecador. Por lo cual, quienquiera que tenga esto fijo en

su corazón, desespera de la misericordia de Dios, diciendo: "Dios no es nada, no lo conozco, ya él no me ha conocido, y yo lo niego, puesto que él me ha negado". Y por tanto aquel no resucitará a la vida, ni puede tener gozo alguno, porque todas las criaturas lo desamparan, puesto que tuvo por nada al Creador de ellas. Pero también aquel que desespera de sus pecados, de tal modo que ante la magnitud del peso de ellos no cree poder ser salvado, es infiel, y por tanto no llegará a la vida, porque contradice a aquel que da la vida a todos. Pero si alguien de todos estos, conducido por la penitencia, me hubiera buscado verdaderamente, me encontrará, puesto que a nadie desecho que a mí recurre con puro corazón.

Pues en todo tiempo socorro a cualquier hombre penitente. Por lo cual, oh hombre, si me buscas, me encontrarás; pero si me huyes, no sabes a dónde vayas. Pues quien persevera en sus obras desesperadas, este me tiene por nada a mí, su Creador: quien no quiere conocer mi ser; y por tanto yo en nada le socorro. Y oh, ¡en qué gran ceguera están estos que niegan a Dios, y que desesperan de su misericordia!; puesto que ni a su Creador ni a sí mismos conocen, porque si se conocieran a sí mismos, entonces también conocerían a Dios su Creador. ¿Cómo? Porque el hombre sabe que ha sido hecho y no creado por sí mismo. ¿Y de dónde es? Ciertamente ha sido hecho por Dios. Por lo cual el hombre debe saber que Dios es. Pero también quien se precipita a la muerte carnal, me desprecia y es cruel consigo mismo; por lo cual también tal persona no resu-

citará a la vida, como está escrito: "Todo el que odia a su hermano, es homicida" (1 Juan 3).

¿Qué es esto? Cualquier hombre que no socorre a su prójimo por el amor de Dios, sino que lo desprecia en su corazón teniéndolo como nada, es homicida. ¿Por qué? Porque desprecia mi imagen, a la que debería amar. Y puesto que quien así odia a su hermano es homicida: mucho más homicida es quien se mató a sí mismo en la muerte de su carne por su mente desesperada, puesto que debió amarse a sí mismo más que a su prójimo: como está escrito: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mat. 19). Y puesto que el homicidio, en cualquier hombre que se haya cometido, no es mío; por eso el homicida me es odioso: ni llegará a mi reino quien se mató a sí mismo o a otro hombre, a menos que antes de expirar, invocándome de corazón, se arrepienta: porque toda vida vive para mí.

Pero con la sobredicha imagen progresando ya de este modo en sus poderes, ves como un cierto altar al que ella se acerca frecuentemente y allí, revisando devotamente su dote, la muestra humildemente al Padre celestial y a sus ángeles; porque la Iglesia, como se ha dicho, al tomar aumento en las bienaventuradas y fortísimas virtudes, pronto se te muestra como por una manifestación manifiesta. Por inspiración del Espíritu Santo, la santificación de los altares místicos surgió en la profundidad de los suspiros de los fieles. Allí la misma Iglesia, poniendo las huellas de sus ejemplos con continua intención, considerando su dote, a saber, el cuerpo y la sangre del Hijo de

Dios con la más profunda devoción: lo ofrece al Creador de todo a la vista de las luces vivas y ardientes, es decir, de los ciudadanos celestiales, en la sujeción de la más humilde obediencia. ¿Qué es esto? Puesto que así como la carne de mi Unigénito (Unigenitus) surgió en el útero incontaminado de la Virgen María, y después fue entregada para la salvación de los hombres: así también ahora su carne, aumentada en la integridad incorrupta de la Iglesia, se da para la santificación de los fieles. Porque, así como un herrero, fundiendo ahora su oro por el fuego, lo une, y ahora lo divide una vez unido, así también yo, el Padre, ahora glorifico la carne y la sangre de mi Hijo, por la santificación del Espíritu Santo, en la oblación, y ahora la distribuyo una vez glorificada a los hombres fieles para su salvación.

Por lo cual también cuando el sacerdote, vestido con las vestiduras sagradas, se acerca al altar para celebrar los divinos sacramentos, ves que de repente una gran serenidad de luz, viniendo del cielo con el séquito de los ángeles, resplandece alrededor de todo aquel altar; ya que, estando el procurador de las almas ceñido con el sagrado cinturón y acercándose a la mesa vivificante para la inmolación del Cordero inocente, de repente una gran claridad de la herencia celestial que ahuyenta la densidad de las tinieblas, resplandeciendo desde el secreto de los cielos con la misión de los espíritus celestiales, irradia por todas partes aquella composición de santificación. Porque allí se ejerce el refrigerio de las almas para la salvación de los creyentes. ¿Cómo? Porque cuando

la Iglesia, por la voz del sacerdote, reclama su dote, que es el cuerpo y la efusión de la sangre de mi Hijo, para que ella sea apta para el parto bienaventurado en la salvación de las almas, porque también en la efusión de esta sangre preciosa ha recibido aumento en una gran multitud de pueblos; entonces yo, que soy la luz infalible, irradio el lugar de aquella santificación para honor del cuerpo y de la sangre de mi mismo Unigénito, en mi santidad. Pues cuando el sacerdote comience a invocarme sobre la santificación del altar para que mire lo que mi Hijo me ofreció como pan y vino en la cena de su muerte cuando estaba por pasar del mundo, entonces veo que mi Hijo mismo me mostró esto en la hora de su pasión, cuando iba a morir en el madero de la cruz, designando aquello para que tuviera siempre ante mi vista esa misma pasión suya, ni la borrara de mi agudísima visión cuantas veces se me ofreciera la feliz oblación del sacrosanto sacrificio por el oficio sacerdotal. Puesto que él mismo también en la efusión de su sangre me ofreció el pan y el cáliz, derribando la muerte y levantando al hombre.

Pero también porque la dignidad de entrar y salir de la clausura del pudor virginal no fue de naturaleza humana, sino de potencia divina: por eso también esto puede ser, que la carne de mi Unigénito (Unigenitus) del pan de trigo, y su sangre del vino de la uva con agua, se reitere en la santificación, tal como mostré por mi fiel siervo el profeta Joel, diciendo: 'Y se llenarán las eras de trigo y rebosarán los lagares de vino y aceite.' Y os devolveré los años que comió la langosta y el

pulgón, y el hongo y la oruga. Mi gran fortaleza que envié entre vosotros. Y comeréis alimentándoos y os saciaréis: y alabaréis el nombre de vuestro Dios que hizo maravillas con vosotros, y no será confundido mi pueblo para siempre (Joel 2). ¿Qué es esto? Por la admirable disposición de Dios se llenarán de todo bien las eras de la fe de la Iglesia creyente. Puesto que entrego el fruto del trigo en la carne de mi Hijo, de modo que también en la verdadera salvación por la cual mis fieles serán llamados de nuevo a la patria: abundarán aquellas contriciones en las cuales ellos quebrantan las concupiscencias de su carne por mi nombre. Donde también les conduzco el licor de la uva en la sangre del mismo Unigénito mío; dándoles también el aceite de la misericordia. ¿Cómo? Puesto que por otro modo, a saber, en vuestra salvación, os restituiré los circuitos de aquellas vanidades; los cuales por la infidelidad de la ignorancia comió la langosta del olvido, a saber, allí donde primero surgieron las maldades en los hijos de Adán. De modo que ellos tenían así la fructuosidad de mi justicia en el olvido; como el hombre olvida el alimento de su necesidad después de haberlo transfundido en su estómago, desgarrando así en su impiedad mi justicia, como también la langosta corroe los frutos. ¿Cómo? Porque donde la langosta de la negligencia por la desidia de la mente quita la utilidad de los buenos frutos, allí también el pulgón de la fealdad se envuelve en las heces de la inmundicia. Puesto que hombres de esta clase, envolviéndose en la suciedad de la infidelidad de los ídolos, y de otros

cismas semejantes, y en las inquisiciones diabólicas y en las artes mágicas, y en la inspección de las criaturas del Creador, en los casos fortuitos de las cosas humanas y en la vilísima fealdad de los homicidios y fornicaciones; así se alimentan en estas cosas, tal como el pulgón se nutre del lodo. ¿Cómo? Puesto que donde el pulgón de la torpeza ama el hedor de las suciedades, allí también el hongo de la amargura consume los metales del esplendor fiel, porque aquellos hombres que existen contrarios a la justicia de Dios trabajan así para ofuscarla, como también el hongo suele quitar el decoro de los metales. ¿Cómo? Porque donde el hongo de la mordacidad infecta el fulgor de las buenas acciones, allí también la oruga de la acción nociva deprava las hierbas verdes de mucha utilidad. Puesto que tales hombres, arrojando de sí por la malicia de su iniquidad las clarísimas virtudes, como es la sencillez, la castidad y la fuerte constancia, las cuales el Espíritu Santo irradia en todo el verdor de la bienaventuranza; así intentan borrarlas, tal como también la oruga disminuye la utilidad de las hierbas. Y en todas estas cosas se declara mi máxima fortaleza que por la magnitud de su virtud superó las adversidades diabólicas, cuando la envié para vuestra salvación entre vosotros. ¿Cómo? Yo el Padre envié a mi Hijo al mundo nacido corporalmente de la Virgen, para que por él os redimiera de la perdición de la muerte. De modo que yo en vosotros, y vosotros en mí habitaseis, cuando también mi Hijo yendo a la pasión os entregó su carne para comer y su sangre para beber. Por lo

cual comeréis devotamente este sacramento para vuestra salvación, alimentándoos felizmente por él: y por ello por el aceite de mi misericordia os saciaréis del hambre de la perdición del alma. Puesto que también mi Hijo trajo la medicina de vuestras heridas en la penitencia, y porque también la esposa de mi Hijo está adornada con toda justicia y verdad: por eso alabaréis fielmente mi nombre (que existiendo como un solo Dios en la verdadera Trinidad os gobierno mostrando en vosotros mis maravillas, arrebatándoos, a saber, inmoviblemente de la potestad diabólica). Y por eso por la confusión de la muerte no será confundido mi pueblo en la futura eternidad, a quien tan admirablemente quise sacar de las fauces de los infiernos. Y ves que la predicha serenidad permanece en el altar tanto tiempo hasta que, completado el sacramento, el sacerdote se retire del altar; porque aquella serenidad, a saber, de la visión eterna, se muestra tan claramente en aquellas maravillas hasta que, terminados los misterios del mismo sacrosanto oficio, aquel que es el dispensador de aquellos sacramentos, retirándose de aquella santificación, complete los misterios secretos. ¿Qué es esto? Puesto que es digno que la majestad divina manifieste plenamente su virtud en los mismos felicísimos sacramentos, y que también mientras el hombre permanece en aquellas cosas que pertenecen a Dios, el auxilio de Dios no lo abandone.

Pero también allí, recitado el Evangelio de la paz, y puesta sobre el altar la oblación que ha de ser consagrada, cuando el sacerdote canta la ala-

banza del Dios omnipotente que es: 'Santo, santo, santo, Señor Dios de los Ejércitos (Sabaoth)', y así comienza los misterios de los inefables sacramentos, de repente un relámpago ígneo de inestimable claridad, abierto el cielo, desciende sobre la misma oblación; puesto que, proferida la virtud de la viviente espiración en el beso del rey, e impuesto el fruto de la claridad de la vida que ha de ser blanqueado en la santificación para la edificación del muro de Dios, cuando el mismo nuncio de la verdad emite el dulcísimo sonido en la alabanza del Creador de todo con la triple invocación de la unción del mismo dominador de los ejércitos, y así comienza lo oculto del fulgor de la aurora, a saber, del Hijo de Dios encarnado de la Virgen, de repente una serenidad impenetrable de altura incomprensible, abierto el clarísimo tabernáculo, se inclina sobre los misterios del sacrosanto sacramento, y lo inunda todo con su claridad como la luz solar ilustra aquello que traspasa con sus rayos; porque el calor santísimo en la virtud del Padre inunda de tal modo el mismo círculo rutilante de la misma oblación, que el fulgor radiante entra en aquello sobre lo que se arroja difundiéndose. ¿Qué es esto? La esposa de mi Hijo ofrece la oblación del pan y del vino sobre mi altar con devotísima intención. ¿Cómo? A saber, por la mano del sacerdote con fiel recuerdo advirtiéndome que en la misma oblación le entregue la carne y la sangre de mi Hijo. ¿Cómo? Porque las pasiones del mismo Unigénito (Unigenitus) mío siempre aparecen en los secretos celestiales: por eso también aquella

oblación se coaduna de tal modo con mi Hijo en mi ardiente calor con profundísima admiración, que se hace su carne y sangre con veracísima certeza, de donde la Iglesia se robustece con felicísima vegetación. Pues mientras la predicha claridad irradia aquella oblación de tal modo, como se ha dicho, la eleva invisiblemente hacia arriba a los secretos del cielo; porque el mismo relámpago ígneo, mientras inunda el sacramento mismo con su ilustración, lo atrae hacia arriba por virtud invisible a aquellos ocultos que el ojo mortal no puede ver. Y de nuevo lo remite hacia abajo sobre el mismo altar, puesto que por consideración de condescendencia lo deposita suavísimamente sobre la mesa de la santificación; como cuando el hombre atrae su aliento hacia adentro y de nuevo lo emite hacia afuera; mientras él mismo se introduce hacia adentro el soplo de la viviente vegetación por la que vive por la admirable disposición de Dios y de nuevo, para que pueda vivir, lo conduce fuera de sí. Así aquella oblación hecha verdadera carne y verdadera sangre, aunque ante la vista de los hombres aparezca como pan y vino: porque como Dios es veraz sin ilusión, así también aquella altura del sacramento es altura firme que nadie puede derribar, existiendo verdadera carne y sangre sin engaño. Puesto que como el alma verdaderamente tiene vigor en la carne y la sangre mientras el hombre vive en el cuerpo, así es también este misterio en el pan y el vino donde se cultiva con veraz celebración. Así también apareciendo a los hombres: porque como el ojo ciego del hombre

no puede ver perfectamente a Dios, así también el hombre no puede contemplar corporalmente estos misterios. Puesto que, como el hombre ve el cuerpo del hombre y no su espíritu, así también el hombre puede percibir la especie del pan y del vino y no estos sacramentos. ¿Qué es esto? La claridad que apareció sobre el cuerpo del Hijo de Dios sepultado en el sepulcro resucitándolo del sueño de la muerte, esta también resplandece en el altar sobre el sacramento del cuerpo y de la sangre del mismo Unigénito mío, cubriéndolo de tal modo ante la vista de los hombres que no pueden ver su santidad sino en la especie de pan y vino según que aquella oblación ha sido puesta sobre el altar. Como también por la humanidad del Hijo de Dios la divinidad que estaba en él estuvo así oculta a los hombres: que no pudieron verlo sino como hombre, conversando con ellos como hombre, pero sin embargo sin pecado. ¿Qué es esto? Yo que creé todas las cosas: cuando se me ofrece la predicha oblación por la Iglesia por mano sacerdotal, la recibo benignamente. Puesto que como la Divinidad mostró sus maravillas en el útero de la Virgen, así también en esta oblación demuestra sus secretos. ¿Cómo? Porque se manifiesta la carne y la sangre del Hijo de Dios. ¿Cómo? Puesto que mientras aquella oblación es atraída hacia arriba invisiblemente como en un punto por la virtud de Dios y de nuevo es remitida, así es fomentada en el calor de la divina majestad, que se hace carne y sangre del Unigénito de Dios.

El mismo misterio, al no ser discernido por los hombres por el sentido carnal, es como si alguien

hubiera envuelto un ungüento preciosísimo en pan simple, y pusiera un zafiro en el vino, y yo lo convirtiera en un sabor tan dulce que en tu boca, oh hombre, no pudieras discernir aquel pan con el ungüento ni aquel vino con el zafiro, sino que solo sintieras un dulce sabor; puesto que también mi Hijo es dulce y suave. ¿Qué es esto? En este ungüento se entiende mi Hijo nacido de la Virgen que fue ungido con preciosísimo ungüento. ¿Cómo? Porque fue revestido de santa humanidad, la cual es un ungüento tan precioso que por su suavidad inunda de tal modo las heridas mortíferas de los hombres que ya no se pudren ni hieden en la perdición de Adán cuando se convierten a él. En este zafiro, en cambio, se nota la divinidad que está en el mismo Hijo mío, quien existiendo como piedra angular (lapis angularis) es manso y humilde, puesto que no echó raíces de la raíz de la carne humana que es de hombre y mujer, sino que en mi calor se encarnó admirablemente de la dulcísima Virgen. Por lo cual también su carne y sangre ha de creerse dulce y suave para ser tomada.

Pero tú, oh hombre, no puedes tomar este don espiritual tan visiblemente como si comieras carne visible y bebieras sangre visible, puesto que eres la podredumbre del lodo; sino que, como tu espíritu vivo en ti es invisible, así también este sacramento vivo, siendo invisible en esta oblación, ha de ser tomado invisiblemente por ti. Porque así como el cuerpo de mi Hijo se levantó en el útero de la Virgen, así también ahora la carne del mismo Unigénito (Unigenitus) mío asciende

en la santificación del altar. ¿Qué es esto? Pues el espíritu del hombre que existe invisible toma invisiblemente este sacramento que es invisible en esta oblación, tomando el cuerpo del hombre que es visible visiblemente esta oblación que existe visible en el sacramento, existiendo sin embargo como un solo sacramento, así como Dios y el hombre son un solo Cristo, y como el alma racional y la carne mortal en el hombre existen como un solo hombre; puesto que el hombre que con recta fe me contempla, cuando toma este sacramento, lo recibe fielmente para su santificación. ¿Qué es esto? Mi Hijo nació admirablemente de la integridad de la Virgen, cuya carne nunca hirvió en el deleite de la libido permaneciendo siempre intacta; porque el vaso de la misma Virgen fue purísimo: en el cual quise que se encarnara mi mismo Unigénito. Por lo cual no permití que el vaso mismo de la misma dulcísima Virgen se derramara en el calor del ardor: puesto que en él mi Hijo tomó admirablemente el cuerpo humano.

Pero que la misma bienaventurada Virgen, por la palabra angélica, oyera en aquel mismo secreto una verdadera alocución y desde entonces, hecha creyente, sostuviera los suspiros de su mente cuando decía: 'He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra' (Luc. 1), concibiendo pronto al Unigénito de Dios al sobrevenir el Espíritu Santo, designa que el Dios omnipotente ha de ser invocado por las palabras del sacerdote en el oficio sacerdotal. De modo que el sacerdote, creyendo fielmente en Dios y ofreciéndole una oblación pura con la devoción de su corazón, dará

las palabras de salvación en el obsequio de la humildad, donde también la majestad suprema, recibiendo la misma oblación, la transfundirá en la carne y la sangre del piadoso Redentor por virtud admirable. ¿Cómo? Porque mi Hijo tomó admirablemente primero la humanidad en la Virgen, así también ahora esta oblación se hace admirablemente su carne y sangre en el altar. Por lo cual también este sacramento es todo e íntegro, siendo invisible y visible: como también mi Unigénito (Unigenitus) es todo íntegro, invisible según la divinidad y visible según la humanidad, permaneciendo en el siglo. Pues como el polluelo de las aves sale del huevo, y como el gusanillo volador nace de un exiguo grano, y al volar el animal permanece aquello de donde nació: así también en esta oblación ha de tenerse por fe la verdad de la carne y la sangre de mi Hijo, aunque la misma oblación aparezca ante la vista de los hombres como pan y como vino. Por lo cual también, como contemplas, los signos de la natividad, pasión y sepultura, así como de la resurrección y ascensión del Salvador Unigénito de Dios, aparecen allí como en un espejo, tal como fueron realizados en él cuando el Hijo de Dios estuvo en el siglo; puesto que (para que consideres con verdadera manifestación) los misterios del que nace de la Virgen y padece en la cruz, y es sepultado en el sepulcro, así como del que resucita de entre los muertos y asciende a los cielos, a saber, de aquel que vino a la tierra para la salvación de los hombres, brillan con purísima claridad en los mismos sacramentos, como también cuando el mismo Unigénito

de Dios conversaba temporalmente en el mundo con ellos, por voluntad del Padre para la redención del género humano los padeció en su cuerpo. ¿Qué es esto? Porque ante mis ojos aparece lo que mi Hijo padeció en el mundo por amor al hombre; puesto que la natividad, pasión y sepultura, la resurrección y ascensión de mi Unigénito, mataron la muerte del género humano. Por lo cual también brillan ante mí en los lugares celestiales, porque no me he olvidado de ellos, sino que hasta la consumación del siglo aparecerán ante mí como la aurora en mucha claridad. ¿Qué es esto? Puesto que en aquella pasión hasta el fin del mundo preveo a todos aquellos que han de creer en ella y a los que han de rechazarla; porque ella brillará siempre ante mí, mientras el hombre deba decir aquello que mi Hijo enseñó a sus discípulos para que oraran a Dios, como está escrito: 'Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores' (Mat. 6). ¿Qué es esto? Tú, que tienes todas las cosas en tu potestad, mira la efusión de aquella sangre que fue derramada por el género humano, y perdónanos a nosotros, que somos hijos de la transgresión, nuestras deudas que debimos pagarte pero que, por la encarnación de nuestro corazón, no hicimos. ¿Qué es esto? Porque no cumplimos lo que prometimos en el bautismo; puesto que transgredimos tus preceptos y arrojamos la inocencia, tal como también Adán en el paraíso no te obedeció y corrompió la vestidura de la inocencia. Pero tú que eres piadoso, no nos castigues según nuestra maldad, sino relájanos nuestra transgresión

según tu piedad; como también nosotros, que somos prevaricadores, aunque tengamos mucha malicia en nosotros, sin embargo por el temor y amor de nuestro Salvador perdonamos de nuestro corazón a nuestros deudores aquella injuria que nos infirieron. ¿Cómo? Puesto que a aquellos que debieran amarnos porque somos hombres, perturbándonos en muchas cosas y por ello no amándote a ti sino descuidando tus preceptos, no los perseguimos según aquella malicia que ejercieron contra nosotros, sino que, mirando tu justo juicio, no nos vengamos en ellos cuanto podemos; así también tú, oh Dios, sénos propicio: puesto que eres justo y bueno. Tú, pues, oye, oh hombre, porque mientras se te deba socorrer, y mientras tú puedas socorrer a otros hombres, tanto tiempo la pasión de mi Hijo aparecerá ante mí en la misericordia, y tanto tiempo también su carne y su sangre se consagrarán en el altar para ser recibidas, para los hombres creyentes para la salvación y para la purga de sus crímenes. Pues cuando mi Unigénito estuvo en el mundo corporalmente, su cuerpo fue sustentado en el nutrimento de su carne y sangre de trigo y vino; por lo cual también ahora en el altar su carne y sangre se consagra en la oblación de trigo y vino, para que de allí los hombres fieles sean refrescados en el alma y el cuerpo. Puesto que el mismo Hijo mío redimió admirablemente al hombre de la perdición de Adán, y ahora también absuelve misericordiosamente a los hombres del mal cotidiano en el que frecuentemente caen. En la consecración, pues, de la predicha oblación

aparece lo que mi Hijo en su carne padeció corporalmente por la redención del hombre, y esto no quiero ocultarlo; porque atraigo a sus elegidos hacia arriba a las cosas celestiales, para que por ellos su cuerpo se perfeccione en los predichos miembros.

Por lo cual también yo demuestro admirablemente todos estos sacramentos en esta oblación, puesto que, cuando hayan aparecido sobre el altar, entonces también la misma oblación se hace carne y sangre de mi Hijo, apareciendo sin embargo ante la vista de los hombres como pan y vino; porque la fragilidad del hombre (fragilitas hominis) es tan tierna que aborrecería percibir carne cruda y sangre cruda. Pues el hombre mortal no puede contemplar la Divinidad mientras es mortal. Por lo cual también este misterio, que es todo de la Divinidad, está oscurecido para el hombre mismo: de modo que lo perciba invisiblemente, puesto que también mi mismo Unigénito (Unigenitus), existiendo ahora inmortal, ya no muere. Por lo cual también yo, oh hombre, te entrego su carne y su sangre en la oblación de pan y vino; para que por medio de lo que es visible percibas lo que es invisible en la verdadera fe. Y recibes el mismo sacramento con verdadera certeza por la potencia divina: pero de tal modo que no se te aparece visible, como incluso en gran necesidad les fue demostrado alguna vez a mis elegidos cuando por esto estaban puestos en gran aflicción. Todas estas cosas, sin embargo, las hago por amor y por la utilidad del hombre. Pero toda criatura está sujeta a mis preceptos; tú en

cambio, oh hombre, siempre existes rebelde a mí; por lo cual eres ciego y sordo, pero sin embargo no puedes rebelarte contra mí. ¿Acaso no hago, sin que tú veas, lo que me place? Tú, sin embargo, no ves con tus ojos ni oyes con tus oídos en la carne cómo introduzco el alma del hombre en su cuerpo, y cómo la quito de su cuerpo; pero tu alma me entenderá cuando haya dejado su cuerpo mortal. Así también te entrego la carne de mi Hijo para comer y su sangre para beber, y esto lo realizo en mi potestad sin que tú, oh hombre, lo veas.

Por lo cual, como ves, mientras el mismo sacerdote canta el cántico del Cordero inocente, que es: 'Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo', y se ofrece para percibir la santa comunión, el predicho relámpago ígneo se retira a los lugares celestiales; porque, anunciando el mismo ministro la alabanza de aquel que por la inocencia de su mansedumbre quitó los pecados de los hombres, y abriendo lo interior de su pecho con exterior devoción a los mismos sacramentos, aquella claridad invicta que allí mostró su virtud se retira a los secretos celestiales y así, cerrado el cielo, es decir, retirándose los mismos misterios celestiales, oyes una voz de lo alto que dice que los hombres creyentes y fieles coman y beban con verdadera devoción la carne y la sangre de su Salvador, quien padeciendo por ellos sufrió la muerte temporal para lavar aquella contaminación que los primeros padres, transgrediendo el precepto de Dios, habían introducido en el mundo; para que ellos, purificados de esta prevaricación, fueran restaurados por la fe a la recta

herencia que por la desobediencia habían perdido. Pues como el Unigénito de Dios en la cena entregó su cuerpo y su sangre a sus discípulos, así también ahora en el altar da su carne y su sangre a sus fieles. Tal como el hombre, cuando ha completado la obra de su voluntad, la distribuye para que los hombres la usen. Porque el mismo Hijo de Dios, cumpliendo los preceptos de su Padre, se ofreció a sí mismo por la salvación de los hombres, y dio su cuerpo y sangre para la santificación de ellos para comer y para beber, como también en el Cantar de los Cantares el esposo habla a sus amigos diciendo: 'Comed, amigos míos, bebed y embriagaos, carísimos' (Cant. 5). ¿Qué es esto? Comed en la fe vosotros que por el santo bautismo habéis llegado a mi amistad, puesto que la sangre derramada de mi Hijo os limpió el lapso de Adán, rumiando la verdadera medicina en el cuerpo de mi Unigénito (Unigenitus), para que vuestros reiterados crímenes, cuando frecuentemente obráis injusticia en vuestras obras, os sean misericordiosamente limpiados. Por lo cual también bebed en la esperanza de esta vid que os sacó de la pena eterna; tomando el cáliz de la salvación, a saber, para que creáis fuerte y varonilmente en aquella gracia por la cual habéis sido redimidos. Puesto que también seréis bañados con aquella sangre que fue derramada por vosotros. Y así embriagaos en la caridad los que me sois carísimos, abundando en los arroyos de las Escrituras, a fin de que con sumo estudio os retiréis de los deseos carnales; para que también yo suscite en vosotros clarísimas virtudes para mí

muy amables, entregándoos también el cuerpo y la sangre de mi Unigénito, tal como él mismo dio el mismo sacramento a sus discípulos, como está escrito en el Evangelio: 'Mientras cenaban, Jesús tomó el pan, lo bendijo y lo partió y lo dio a sus discípulos y dijo: Tomad y comed, este es mi cuerpo.' Y tomando el cáliz dio gracias y lo dio a sus discípulos, diciendo: 'Bebed de él todos; esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que por muchos será derramada para remisión de los pecados.' Os digo, sin embargo, que no beberé de ahora en adelante de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre (Mat. 26). ¿Qué es esto? Celebrando el Hijo de Dios junto con sus discípulos aquella consumación por la cual él había de pasar del mundo, a saber, cuando ya no debió conversar más en causas terrenales como antes había hecho, sino que persistiendo en la voluntad del Padre hacia la pasión de la cruz, con suma devoción tomó el pan por la salvación de los hombres en recuerdo de su cuerpo, moviendo con todo deseo a su Padre para que, como salió de él y a él quiso volver, así también él mismo mirara si fuera posible que pasara de la fragilidad de su carne aquel cáliz que había de beber, aunque esto no debiera hacerse. Por lo cual también bendijo aquel pan en recuerdo del sudor de su cuerpo, cuando sometiéndose al precepto del Padre, a saber, queriendo morir en la cruz, en la angustia de la misma pasión entregó su cuerpo y sangre a sus discípulos. Así también, para que ellos tampoco olvidaran que les había dado este ejemplo. Y lo

partió para ellos, porque aunque aquella pasión fuera dura para su cuerpo, sin embargo obedeciendo a su Padre venció la crudelísima muerte en la muerte de su cuerpo, designando también que a los que creen en él se les habría de entregar su carne y sangre en el sacramento de la oblación. Y lo dio para verdadera salvación a sus mismos discípulos: de modo que también ellos hicieran estas cosas en su nombre, tal como él mismo las hacía por amor a ellos, diciendo con voz mitísima: 'Vosotros, que queréis seguirme humildemente, recibid con ardiente amor este ejemplo que os dejo, a saber, mi pasión y mis obras, que en el precepto de mi Padre completé; puesto que él mismo me envió a enseñar y a mostrar su reino.' Y comed fielmente esto que os doy; porque es mi cuerpo. ¿Qué es esto? Comed mi cuerpo; puesto que en vuestro espíritu y en vuestra carne debéis imitar mis obras cuando el Espíritu Santo las inspira a vuestro corazón, como el hombre traga el alimento que introduce en su cuerpo, porque como debéis seguirme en mis obras, así también comeréis mi cuerpo vosotros y todos los que quieran guardar mis preceptos. Y después el Hijo de Dios, recibiendo para la salvación el cáliz de la salvación, dio gracias a su Padre; puesto que, cuando de su costado se derramó sangre, esta gracia fue dada a los creyentes: la cual fue tan fuerte que venció también a la antigua serpiente, y liberó al hombre perdido, y fortaleció fielmente a toda la Iglesia. ¿Cómo? Porque el mismo Salvador entregó su preciosísimo ejemplo en la suavidad de su amor a sus fieles, diciéndoles

con leve inspiración de amonestación: 'Bebed confiadamente de este cáliz saludable todos vosotros que deseáis seguirme fielmente, de modo que castiguéis vuestro cuerpo en la angustia, y restrinjáis vuestra sangre en el sudor por amor a mí para fortalecer a la Iglesia, negándoos a vosotros mismos, tal como yo también me sometí a la pasión y derramé mi sangre por vuestra redención, no considerando en esto la ternura de mi carne sino realizando vuestra salvación.' Pues esta sangre que se os ha derramado no es aquella sangre que en el Antiguo Testamento se esparcía bajo la sombra, sino mi sangre del nuevo Testamento que ha sido dada para la salvación de los pueblos. ¿Cómo? Yo que soy el único Hijo de mi madre, a saber, de la integridad de la Virgen, derramé mi sangre en la cruz por la redención de los hombres que me miran por la fe. Y como la di entonces por la liberación del género humano, así la entrego también ahora en el altar por los hombres, a saber, para la purga de aquellos que la reciben fielmente. Pues en la cena de mi pasión os di mi cuerpo y mi sangre para comer y para beber: a fin de que también vosotros ahora en el altar hagáis lo mismo en mi memoria. Por lo cual también en la apertura de la verdad os digo a vosotros que me habéis seguido fielmente: 'No beberé de ahora en adelante este cáliz de angustia en aquella pesadez que ahora sufro por parte de los judíos, hasta aquel día cuando resurgiendo de la muerte, postrada la muerte, traiga el día de la salvación, donde beberé el mismo cáliz de vuestra redención con vosotros que sois míos,

mostrándoos la novedad de la exultación; porque la perdición del antiguo crimen será arrojada, abriéndoos aquel reino que mi Padre preparó para los que lo aman.' ¿Qué es esto? Puesto que por mi muerte que padecí en la cruz sentiréis la salvación de las almas, cuando también después de mi resurrección, recibiendo en mi ascensión al Espíritu Paráclito, recibiréis la novedad de la nueva doctrina: así también por mi nombre sostendréis muchas tribulaciones, que también yo sostendré con vosotros; no porque de ahora en adelante padezca ningunas miserias corporalmente como antes padecí cuando estuve corporalmente en el mundo; sino porque vosotros las sostenéis en mi nombre, donde también yo las sostengo con vosotros; puesto que vosotros estáis en mí y yo en vosotros.

Y así, como se ha dicho, vosotros que habéis creído fielmente en mí, percibiréis el cuerpo y la sangre de mi Hijo para la abolición de vuestros crímenes, para que, alegrados por este sacramento, obtengáis la virtud del fortalecimiento celestial, tal como también mi siervo David en la voluntad de mi ardor clama diciendo: "Del fruto de tus obras se saciará la tierra, produciendo heno para los jumentos, y hierba para el servicio de los hombres; para que saques el pan de la tierra y el vino alegre el corazón del hombre. Para que alegre el rostro con el aceite: y el pan confirme el corazón del hombre" (Salmo 103). ¿Qué es esto? ¡Oh Dios, cuya magnificencia está sobre todos!, de aquella fe por la cual tú eres conocido en la verdad (de modo que ella misma es fruto de las

virtudes en tu sabiduría) se saciará el hombre, a saber, aquel que, adhiriéndose a la fe, desecha el hambre de la infidelidad en el camino de la justicia, cuando antes, ignorando la verdad, ayuno de rectitud había desfallecido. Pero ahora, en la hartura de las buenas obras, produciendo la contrición de su ánimo, considerando su fragilidad, ofrece fielmente ejemplo de humildad a los que están en la simplicidad, donde también, surgiendo con el germen de las virtudes en la abundancia de la misma seguridad, exhibe el verdor de la verdadera rectitud al servicio de aquellos que anhelan las cosas terrenales; puesto que para utilidad de ellos se afana en aquellos actos que, por el obsequio de su munición y defensa, conducen las almas fieles a los goces celestiales. Así también aquellos que, por la milicia de su fortaleza y protección, defienden fortísimamente a estos que deben proteger. ¡Y estas cosas en los hombres por tu voluntad, oh Dios!, preceden por esto: para que, adornados ellos con esas virtudes, maravillosamente les saques el cuerpo de tu Hijo de aquel fruto que la tierra produce en la pureza del verdor, tal como también tu Unigénito (Unigenitus), viniendo corporalmente del útero de la virginal pudicicia, dio misericordiosamente el pan de vida a los que creen en él mismo. Pero también harás este milagro para que incluso la sangre del mismo Unigénito tuyo, que se derrama para la salvación de las almas, alegre la fuerza interior de los hombres, esto es, sus almas, para la remisión de sus pecados. ¿Cómo? Porque como antes el cuerpo de tu Hijo fue ofrecido en la

cruz para la redención del género humano: así también ahora su carne y su sangre se consagran en el altar para la salvación de los creyentes. Por lo cual, cuando esto se haya hecho maravillosamente en tu voluntad, entonces también será que el mismo sacramento alegre el rostro, esto es, la Iglesia (Ecclesia) perfundida con el aceite de la misericordia, porque los creyentes con el gozo de la fe, abrazando la misericordia, aparecen hermosos a los ojos del Señor; puesto que cuando la salvación del mundo, pendiendo en la cruz, libró misericordiosamente al hombre del lazo del diablo, entonces también absolvió benignamente a los hombres del vínculo de los pecados, para que ellos también, en la alegría de su corazón simple, creyendo fielmente en Dios, no cesen de socorrer a los que padecen miseria con el ardor de la devoción. Y en este amor deben arder los fieles, para que aquel pan que ofrece la vida a quienes lo gustan, confirme los sentidos de aquellos que siempre vacilan en la inestabilidad, no sea que la intención de su corazón decline al mal, sino que ascienda fuertemente hacia aquello que es vida.

Pero este pan es la carne de mi Hijo, a la cual ninguna oscuridad en los pecados oscurece, ni ninguna mancha en las iniquidades nubla: de modo que quienes la reciban dignamente, sean perfundidos en alma y cuerpo con la luz celestial, y sean fielmente limpiados de las manchas de su suciedad interior. Y por lo tanto no haya ninguna duda en esa sacratísima carne; puesto que aquel que formó al primer hombre ni de carne ni de hueso, para él es posible que este sacramento ac-

túe de este modo. Por lo cual, ¡oh brote virginal!, tú surges, creces, te dilatas, y puedes producir una gran rama en muchos gérmenes, por la cual la Jerusalén celestial será edificada, viniendo no de semilla viril, sino de un soplo místico. Pues en tu brote no estás ligado por ninguna mancha de crímenes, sino que floreciste en la magnificación de las virtudes, tú que de un campo no arado surgiste como tal flor que nunca se marchitará por ningún caso de mortalidad, sino que siempre durará en la plenitud de su verdor. Por lo cual también este sacramento de tu cuerpo y sangre ha de ser cultivado en el oficio de la verdad en la Iglesia (Ecclesia) tanto tiempo, hasta que al fin del mundo venga el último hombre, que por el mismo misterio ha de ser verdaderamente salvado, puesto que aquello, viniendo del secreto de Dios, lleva la salvación a los creyentes en ello, como el mismo David testifica diciendo: "Y mandó a las nubes desde arriba, y abrió las puertas del cielo. Y les llovió maná para comer, y les dio el pan del cielo. El hombre comió el pan de los ángeles, les envió víveres en abundancia" (Salmo 77). ¿Qué es esto? El Padre celestial por la potencia de su gloria ablandó las mentes de los hombres desde la altura soberana, cuando con los patriarcas y profetas en el secreto de sus misterios demostró esto por lo cual también predijeron verdaderamente a su Hijo en el Espíritu Santo, y lo designaron maravillosamente a los hombres en los preceptos legales por la sangre de los machos cabríos y por otras demostraciones. Y de este modo, abriendo la suavidad y dulzura

de su corazón, en la lenidad y en el ardor de la caridad les envió a su Hijo, para que por él fueran refrescados del hambre de su infidelidad: dándoles así el refrigerio de las cosas celestiales, con el cual obtuvieran, saciados fielmente, el pleno gozo de todas las felicidades y bienaventuranzas. Por tanto, aquel pan con cuya dulzura los ángeles soberanos no pueden saciarse suficientemente, a saber, contemplando a Dios, así lo recibió el hombre en la humanidad del Hijo de Dios, cuando el sumo Padre envió estos refrigerios de bienaventuranza a los hombres en la abundancia del gozo espiritual. Y por tanto, el hombre fiel oiga con fiel audición: ¡Oh vosotros, hombres fieles, que sois el germen eclesiástico!, oíd e indutid el presidio de vuestra alma, donde no sois hijos del diablo, sino herederos del reino celestial, y considerad cómo yo, el más mitísimo y benignísimo Padre, os he rodeado de grandes felicidades de vuestra salvación. Por tanto, atended a la bondad de vuestro Padre, cómo por mí ha sido ordenado lo que está en vuestra salvación; puesto que aunque seáis ceniza vil, sin embargo la humanidad de mi Hijo exige vuestra salvación. ¿Cómo? Mi Hijo nació de una virgen incorrupta, que fue ignorante de aquel dolor, pero que permaneció en la verde pureza de su integridad: como la hierba vigora en la gloria de su verdor, sobre la cual cae el rocío del cielo.

Y porque aquella virgen fue incorrupta de la cual mi Hijo asumió de este modo la carne sin pecado: por tanto también es justo que su carne ahora se haga de aquel fruto que está sin el jugo de la amargura. ¿Cómo? El grano de trigo es el

fruto más fuerte y mejor de los otros frutos, no teniendo en su caña jugo o médula como los demás árboles, sino surgiendo en su hierba hacia la espiga, tiende así a su fruto, y ni por el calor ni por el frío produce un jugo amargo, sino que ofrece harina seca. Como también la carne de mi Hijo fue seca, sin toda la fealdad de la polución humana por la cual el género humano surge en los abrazos de la libido del hombre y la mujer. No nació así mi Unigénito (Unigenitus), sino que salió en verde integridad virginal, tal como también el grano entretejido engendra el grano de trigo. Pues como la caña del trigo, vigorando sin médula, produce el grano seco en la pureza de la espiga, así también la bienaventurada Virgen, engendrando sin la fortaleza viril, dio a luz a su santísimo Hijo en la simplicidad de la inocencia, quien no extrajo ningún jugo de pecado de su misma madre; puesto que ella también lo concibió sin la médula del hombre, tal como tampoco la caña ofrece jugo al grano puesto que aquel no vigora de un estípite medulado: sino que vigora del sol y la lluvia y del aura blanda, tal como también la predicha integérrima Virgen, no del hombre, sino obumbrada por la virtud del Altísimo y perfundida por la infusión del Espíritu Santo, engendró a su Unigénito en la suavidad de la castidad. Aunque, sin embargo, aquella Virgen hubiera nacido de la voluntad del hombre y la mujer, sin embargo no dio a luz así a su mismo Hijo, sino que, purísima en su integridad, lo engendró a él viniendo del cielo, verdadero Dios y hombre sin la voluntad del hombre. Quien, puesto que ella lo parió purísimo

en su virginidad sin sorde, por tanto también ahora el pan que se consagra verdaderamente como carne de aquel, existiendo purísimo en su integridad; debe ser recibido por los fieles en pureza de corazón y sin la mezcla de diversidad, como mostré antes a los hijos de Israel, tal como está escrito en mi voluntad: "Acordaos de este día en el que salisteis de Egipto (Aegypto) y de la casa de la servidumbre: puesto que con mano fuerte os sacó el Señor de este lugar, para que no comáis pan fermentado" (Éxodo 13). ¿Qué es esto? Vosotros que queréis ser imitadores de mi Hijo, estad mirando atrás de la muerte a la vida, a saber, teniendo en vuestra memoria la salvación de aquel día que es mi Hijo, en el cual él conculcó la muerte y dio la vida, en el cual salisteis en vuestra salvación del miserable exilio de la perdición; cuando a saber, desechasteis las densísimas tinieblas de la infidelidad, así también arrebatándoos de la mansión de la servidumbre diabólica, a la cual fuisteis entregados en la transgresión de Adán. Ahora, por tanto, mirad atrás de los actos terrenales a las cosas celestiales; puesto que en la divina potencia de los males os saqué yo el Señor, que presido a todos con tanta fortaleza que ningún obstáculo de contrariedad se opone a mi virtud para que no lo penetre todo acutísimamente: arrebatándoos así por mi Hijo de este lugar en el cual, por vuestra infidelidad, sirviendo a la muerte, no trabajasteis en buenas obras, sino que yaciendo en vuestra perversidad persististeis torpemente en él. Pero porque ahora en mi Unigénito habéis sido liberados de esta opresión,

corred de virtud en virtud, guardándoos de meter en vuestra conciencia aquella infidelidad que no conforta vuestro corazón en su recepción, sino que más bien lo grava con su amargura. ¿Qué es esto? No queráis seguir las artes diabólicas; ni los demás fingimientos que los hombres en los contagios humanos de los filósofos, paganos y herejes se inventaron para sí mismos; sino imitad a mi Hijo en el espejo de la fe, quien os libró de las cárceles del infierno (inferne), cuando se ofreció a sí mismo por vosotros a la pasión de la cruz. Pero para que podáis seguir sus huellas tanto más cautamente; confortad vuestros corazones con el pan celestial, y tomad su cuerpo con fiel devoción, puesto que él viniendo del cielo, nacido de la suave y pura Virgen, y habiendo padecido en el leño por vuestra salvación, se os entregó a sí mismo: de modo que también vosotros, sin la mezcla de aquella amargura, recibáis con sincero afecto el suave y puro pan, su cuerpo consagrado en el altar por divina invocación, a fin de que por esto, huyendo del hambre del hombre interior, podáis llegar a los banquetes de la eterna bienaventuranza.

Por lo cual también en el vino que fluye de la vid, por la misma invocación a través del sacramento de su sangre, quiero demostrar maravillas. ¿Qué es esto? La sangre de mi Hijo fluyó de su costado, tal como también la uva suda de la vid. Pero como la uva es conculcada por los pies y es prensada en el lagar, fluyendo así un vino dulcísimo y fortísimo para robustecer la sangre en el hombre: así también, macerado mi Unigénito

(Unigenitus) en el sudor de la angustia por los azotes y flagelos y oprimido por el leño de la cruz, emanó de sus heridas la mejor y más preciosa sangre, perfundiendo con salubérrima liberación a los pueblos creyentes. Tal como también la uva es disímil a otros pomos que, teniendo cortezas duras, pueden ser comidos, puesto que los hombres suelen más bien chupar la uva que comerla: así también mi Hijo era disímil en los pecados a los demás hombres; porque ellos, gravados bajo el peso de la nequicia, están sujetos a diversas pasiones, mientras que el mismo Unigénito mío, nacido maravillosamente de la castísima Virgen, carecía de todo contagio de pecado. Por lo cual, y puesto que la uva es de materia tierna, por eso quiero que el vino sea consagrado en la sangre del mismo mi Hijo. Pues, como el vino suda de la vid, así también mi Hijo salió de mi corazón, siendo incluso el mismo Unigénito mío la verdadera vid, y saliendo de él diversos sarmientos; porque los fieles están plantados en él, quienes por su encarnación existen fructuosos en buenas obras. Y como aquel licor emana del dulcísimo y fortísimo fruto de la vid, así también toda justicia aparece en la misericordia y la verdad por la encarnación del mismo mi Hijo, virtudes que encuentran en él todos los que lo buscan fielmente. ¿Cómo? Puesto que los que se adhieren a él fielmente, estos son hechos verdes y fructuosos por él, de modo que ofrecen los mejores frutos en las virtudes; tal como él mismo, siendo suave y mitis, ofreció preciosísimos gérmenes en santidad y justicia, y limpió de toda sorde de infidelidad a los que creen

en él, como está escrito de él en el Cantar de los Cantares: "Botrus de Chipre mi amado para mí en las viñas de Engadi" (Cant. 1). ¿Qué es esto? El Hijo de Dios, que salva mi alma exiliada en su pasión, en su resurrección también me da misericordiosamente el cáliz de la vida. ¿Cómo? Tal como el botrus de Chipre contiene en sí la fortísima plenitud de la poción: de modo que el mismo Hijo de Dios nunca se agotará de este modo, sino que siempre pueda dar el poto de vida a los sedientos, puesto que él mismo es la salud de la vida. Pues nosotros, que antes estuvimos en defecto, ahora confortados en la ostensión y en la ciencia de la verdadera santificación de las buenas obras, comemos por aquel alimento de vida, en el cual también, conociendo a Dios, avanzamos hacia la vida. Puesto que en el Antiguo Testamento, que como por una sombra no tuvo pleno sentido, sino que contuvo en sí mucha diversidad en la ostensión de la significación, sosteniendo mucha hambre, no pudimos surgir a la salvación: ahora, por tanto, saciados en él, bebemos también en aquel cáliz saludable, a saber, gustando fielmente en la verdadera fe quién es Dios, a quien no podemos ver con los ojos exteriores de la carne mortal, sino a quien tenemos dentro por la inteligencia espiritual; tal como también el vino muestra su fortísima fuerza en las venas de los hombres: esto, sin embargo, sin que los hombres lo sientan, sino solo sabiendo dentro de sí que es así. Y por tanto el esposo de las almas es botrus de Chipre, cuyo fruto no faltará. ¿Cómo? El ciego que entra exige la vista de su guía para su ingreso. ¿Cómo? Porque

el hombre que no tiene la claridad de la fe, cuando llega a la fe, entra por la presión del lagar en el rocío de la sangre de Cristo. ¿Cómo? Como por sus preceptos tenemos vida en nuestra alma: así también en su donación recibimos la limpieza en nuestra carne; puesto que nosotros, nacidos en la prevaricación de Adán, existimos inmundos, pero en su sangre somos sanctificados. Por lo cual el desposorio de las almas dice de él en el Espíritu Santo: "Mi amado, que existe dulce y amable para mi corazón, es para mí el vino más fuerte por su sangre en plena sanctificación; porque mientras soy inmunda en la plantación de la carne, como viña que aún yace inculta entre espinas: él, siendo fuente de salvación, limpia misericordiosamente a los pecadores de sus suciedades, y en el misterio de sus secretos los sanctifica gloriosísimamente; puesto que como salió suavemente del corazón del Padre, así también en el vino muestra suavemente su sangre, y como nació maravillosamente de la Virgen, así también en el pan su cuerpo es maravillosamente declarado; porque él mismo es el botrus, que nunca padecerá defecto por ningún detrimento". Por lo cual también sobre el altar es calcado como en un lagar por la voluntad del Padre: a fin de que el hombre que por sí mismo de ningún modo puede subsistir, no desfallezca por la fragilidad de su debilidad. Puesto que, así como la sangre del hombre recibe aumento del poto: así también el hombre tiene la sanctificación de la sangre del Hijo de Dios. Y para que la sangre del hombre no se convierta en aridez sin la irrigación del poto, debe ser refrescado por el poto: así tam-

bién el vino en la consagración de la sangre del Hijo de Dios no faltará, sino que estará siempre sobre el altar en el sacramento de su misterio.

Pero también tú, oh hombre, has de saber atentísimamente que en esta consecración el agua debe estar mezclada con el vino, porque del costado de mi Hijo emanó sangre y agua, de modo que en el vino se entiende su divinidad, y en el agua se siente su humanidad. Y por tanto, puesto que en él hay divinidad y humanidad, así también en esta consecración el agua se unirá al vino; porque mientras el vino significa su divinidad, el agua también muestra su humanidad, la cual existe pura y limpia sin la mezcla de sangre viril. Puesto que también mi Unigénito (Unigenitus), siendo fuente de agua viva, limpió a los hombres en la regeneración de espíritu y agua de la antigua culpa de Adán, y los trasladó a las cosas celestiales cuando vino al mundo por su salvación, tal como está escrito: "Yo como un río Diorix, y como un acueducto salí del paraíso" (Eclesiástico 24). ¿Qué es esto? Dios, fortaleciendo al hombre con la racionalidad, le dio muchísimas cosas místicas cuando, emitiendo en él el soplo de la vida, lo sublimó con la racionalidad. Quien, mientras seducido caía en la muerte, yo el Hijo de Dios que vine a librarlo, fluyendo en el decoro de todas las irrigaciones de la caridad fijada, y emanando en la difusión de la verdadera e indeficiente pureza, salí del secreto de la soberana amenidad; a fin de que el hombre, que por su reato había perecido, fuera arrebatado misericordiosamente de la perdición. ¿Cómo? Para que la sangre inocente de la

inocente inocencia, en la angustia de la pasión sudorosa, fuera derramada por él. ¿Cómo? En la transgresión de Adán, cuando él mismo fue expulsado del paraíso, su sangre por la angustia de la expulsión, porque era reo, se inundó toda, y así derretido en aquella angustia, fue perfundido con el sudor del agua. Y así se conoce el agua mezclada con la sangre del hombre por el sudor. Por lo cual, oh hombre, cuando el Unigénito (Unigenitus) de Dios comenzó a angustiarse en la carne, a saber, cuando quiso padecer por el género humano, su sangre emitió gotas de sudor, y luego, estando él mismo colgado en la cruz, de la herida de su costado emanó agua con sangre. Y por tanto en aquel sacramento donde se ha de celebrar el misterio de su pasión, el agua debe mezclarse con el vino; porque tanto de la herida del costado del Hijo de Dios fluyó agua y sangre. Pero también en el mismo sacrificio el vino superabundará sobre el agua; porque también la sangre supera la podredumbre, tal como también la leche excede a su jugo que es el suero. Quienes sin embargo celebran este misterio, realícenlo así como les ha sido mostrado, y como también allí se exhorta a los hombres, donde por mi inspiración a través de la sabiduría oyen, como está escrito: "Venid, comed mi pan, y bebed el vino que os he mezclado" (Proverbios 9). ¿Qué es esto? Vosotros que queréis deponer la estulticia, venid de aquella ignorancia por la cual no conocéis a Dios, y de aquel estupro por el cual fuisteis enviados al exilio, y volved a vuestra blanca región, que por el espejo de la fe en la fuente del agua viva os fue mostrada antes,

y con piadosa devoción comed mi pan, que el hombre en el campo no sembró, y al que la tierra no dio verdor, sino que salió de Dios y permanece en él. Pues como el pan se come, y como la tierra se conculca, así también el Hijo de Dios, pan vivo, aventaja a los hijos de los hombres; porque el mismo Hijo de Dios en la virtud de su divinidad es estable, y los hijos de los hombres en la debilidad de su carne son lábiles; pues el Hijo de Dios, permaneciendo corporalmente en el mundo, no tuvo la blandura del licor del pecado en su carne, puesto que como el fuego (cociendo) seca el pan ni le deja ningún humor blando, así también el mismo Unigénito (Unigenitus) de Dios, concebido del fortísimo fuego del Espíritu Santo y nacido de la castísima Virgen, subsistió sin ningún contagio de pecado en su cuerpo. Y así como el pan refresca al hombre, así también los hombres fieles son nutridos por el mismo Hijo de Dios en la fe; porque él mismo es el fruto fortísimo que nunca faltará. Por lo cual también vosotros, fieles, comiendo este pan, bebed también con pura intención este vino que carece de toda sorde por completo, y que no va a esta vana vagación donde la corrupción, absorbiendo la inmundicia de la inocencia, la convierte en veneno.

Pues también según aquel modo el primer hombre fue limpio cuando fue creado; puesto que no estaba en ninguna diversidad, sino que fue limpio en su carne y en su sangre. Quien, al cometer la prevaricación, fue burlado: de modo que después siempre esparció su sangre en el hedor de la inmundicia del adulterio. Porque, así como

el mismo hombre había desechado el honor de la inocencia, así también su sangre perdió su color de sangre, convertida en la concepción humana en licor de polución. En el cual licor está también así sin fornicación hasta que aparece la sangre: y así aquella sangre, tomando otra forma después de su nacimiento, yace en la debilidad hasta que su médula encuentra la plenitud de su fortaleza y hasta que el sentido surge en ella por la excitación de una oculta suscitación. Y entonces aparece así la carne limpia y la sangre limpia expiada del veneno, hasta que la hiere el calor nocivo, que por su percusión eyecta la espuma nociva de la inmundicia. Pero de todas estas cosas el Hijo de Dios existió limpio; teniendo a saber carne limpia y sangre limpia, de modo que nunca lo tocó el tacto de ningún calor nocivo; sino que permaneciendo en la sanctificación y honor de la verdísima castidad, por ninguna contagión pudo ser violado. Quien sin embargo, puesto en la angustia de la pasión, derramó agua en la sangre de su costado; porque la sangre no está sin agua en su efusión, sino que existe tan temperada que la sangre conforta al agua, y el agua suaviza la sangre.

Por lo cual también vosotros, que queréis cultivar a Dios con devoción, de modo que amáis vuestra salvación, tomad este cáliz de santificación, que de tal modo os he temperado que no sintáis la aspereza de la venganza en la lenidad de la remisión, puesto que tanto la divinidad como la humanidad están en el Hijo soberano, por cuya pasión liberados de la muerte, y por cuyo cuerpo y sangre vegetados, tengáis sociedad en

la mansión eterna. Pero yo, que soy el principio y el fin (Apoc. 21), te digo de nuevo, oh hombre, sobre mi noble Hijo, que es flor de rosas y lirio de los valles, nacido de la castísima Virgen, que lo engendró en su integridad. El cual parto fue tal que por él me aplaqué de la iniquidad de los primeros padres del género humano, que me provocaron a indignación en su transgresión. Por lo cual también siempre contemplo el mismo parto, cuando tengo el cuerpo y la sangre de mi Hijo diariamente consagrados a mi nombre sobre el altar. De modo que por el mismo sacramento tú, hombre, eres santificado, comiendo su carne y bebiendo su misma sangre. Pues cuando allí el sacerdote ejerce su oficio tal como le ha sido constituido, invocándome con palabras sacratísimas, entonces en la misma potestad estoy allí presente en la cual allí estaba presente, donde mi Unigénito (Unigenitus) fue encarnado sin el cisma de ninguna contagión. Por lo cual también su cuerpo fue purísimo y dulcísimo en toda santidad: de modo que ahora, recibiendo fielmente su carne y su sangre, sean vivificados con tanta dulzura que no padezcan ningún desprecio de abyección, como también está escrito en el Cantar de los Cantares: "¿Quién me daría que fueras mi hermano mamando los pechos de mi madre, para que te encuentre fuera, y te bese y ya nadie me desprecie?" (Cant. 8). ¿Qué es esto? El gemido y la devoción de los puestos en la Iglesia (Ecclesia) con certísima fe dice: ¿Quién es aquel que me dé a mí, misérrimo hombre puesto en las penurias, a ti, esposo de la Iglesia, por la

mitísima oblación: cuando te llamo mi hermano por tu encarnación, mamando la misericordia y la verdad que son aquellos nutrimentos con los que la divinidad nutre a los hombres, la cual para mí es madre en mi creación, a saber, dándome la vida con la educación de la vegetación? ¿Qué es esto? Porque también los nutrimentos de la Iglesia están llenos de tu gracia: cuando le otorgas plena ubertad en el sacramento de tu cuerpo y tu sangre, tú que eres el pan vivo y la fuente de agua viva. Y esto lo haces para que con manifiesta certeza te encuentre fuera: cuando a saber, conociéndote como Hijo de Dios en los cielos, te vea también hombre en la tierra, a quien en la divinidad mis ojos mortales no pueden discernir, de modo que incluso te encuentre en el pan y el vino del divino misterio: cuyo sacramento está sin el peso de la decepción, y sin la ambigüedad de la falacia; y luego de este modo te bese: porque para mi salvación te encarnaste, y porque también me haces partícipe de tu cuerpo y de tu sangre, a fin de que por esto, que al mundo viniste por mí y que te entregaste a mí mismo, ya ninguna criatura de ahí en adelante me desprecie, cuando ella siempre siga tu voluntad siéndote sujeta, y cuando yo, existiendo rebelde a tus preceptos, me encuentre muy frecuentemente contrario a ti.

Ahora por tanto, como ves, oh hombre, cuando el sacerdote, con estas palabras que han sido constituidas en el Espíritu Santo, ofrecido el sacrificio al altar, comenzara a invocarme: amén te digo, que en mi ardiente calor estoy allí presente, y con pleno deseo realizo el sacramento mismo.

¿Cómo? Puesto que en el efecto del mismo misterio expando la ardiente caridad sobre la misma oblación, a saber, desde el inicio de las palabras del sacerdote que me invoca y hace esta memoria: que mi Hijo, en la angustia de su pasión bendiciendo el pan y el vino, los entregó en el sacramento de su cuerpo y su sangre a sus discípulos; para que también ellos hicieran lo mismo por la salvación del pueblo. De veras os digo que nunca será esta invocación sobre tal oblación en recuerdo de mi Unigénito (Unigenitus) sin que allí se realice el misterio del cuerpo y la sangre, que el ojo carnal, mientras sea ceniza, no podrá ver; a menos que en la fe lo perciba con humilde devoción. ¿Cómo? Cuando un ave ve que se le pone un huevo en su nido: vuela ardientemente sobre él, y fomentándolo con su calor saca el polluelo: de modo que la cáscara del huevo queda, y el polluelo vuela. ¿Qué es esto? Yo el Omnipotente, cuando la oblación del pan y el vino sobre el altar dedicado a mi nombre fuera ofrecida en memoria del Hijo, ilustrándola maravillosamente con mi virtud y mi gloria, la transfundo en el cuerpo y la sangre de mi Unigénito. ¿Cómo? Por el mismo milagro por el que mi Hijo asumió la carne de la virgen: también esta oblación en esa consecración se hace carne y sangre de aquel. Pero la especie del pan y del vino se ve allí visible a los ojos exteriores; por dentro, sin embargo, la santidad del cuerpo y la sangre del mismo mi Hijo permanece invisiblemente. ¿Cómo? Cuando mi Hijo estaba con los hombres en el mundo, también estaba conmigo en el cielo: y ahora, permaneciendo

conmigo en el cielo, también permanece con los hombres en la tierra, pero esto es espiritual y no carnal. Así también yo el Padre estoy presente a toda criatura, no alejándome de ninguna; pero tú, hombre, te alejas de mí; de modo que cuando miras en el agua, tu rostro ciertamente aparece en ella, pero de tal modo que no puedes ejercer ninguna de tus fuerzas en ella, y cuando te apartas de ella, ya no apareces en ella. Yo, sin embargo, no aparezco a la criatura en tal mutabilidad, sino que estoy presente con veraz ostensión, ni retiro de ella mi potestad, sino que ejerzo en ella la fortaleza de mi voluntad según lo que me plazca. Por lo cual también en el sacramento del cuerpo y la sangre de mi Hijo demuestro verdaderamente mi majestad; a saber, desde el inicio de las palabras secretas del sacerdote hasta que el mismo misterio sea percibido por el pueblo, ejerciendo allí maravillosamente mis milagros.

Pero también este oficio sacerdotal puede ser ejercido por los fieles desde la primera hora del día hasta la hora novena, según lo que la necesidad del tiempo encuentre en las costumbres de los hombres, puesto que también Adán, surgiendo por la mañana, fue seducido a la hora novena, y porque también la pasión de mi Hijo iniciada en el crepúsculo del día, se reconoce consumada a la hora novena: de modo que muriendo en la cruz expiró, y con su muerte venció varonilmente a la muerte. Donde también la Iglesia (Ecclesia), asistiendo a mi Unigénito (Unigenitus), recibió allí su dote; lo cual también ahora ha de ser celebrado por los hijos de la misma Iglesia. Este oficio, sin

embargo, ha de ser celebrado por los sacerdotes en el sacrificio en el ayuno del vientre y no en la repletura de este, no sea que la coagulación de los manjares evacue el deseo espiritual; puesto que primero debe tomarse el banquete espiritual, y después el refrigerio carnal; y porque también el espíritu ha de ser honrado y la carne reconfortada. Pues este sacramento ha de recibirse con deseo espiritual y no con cupidez carnal: y por tanto debe percibirse en ayunas, y no sobre los banquetes, a menos en aquella necesidad, si el hombre está puesto en esta opinión de que ha de pasar de este mundo. Pero mi Hijo, hacia el fin del día, dio su cuerpo y su sangre a sus discípulos; puesto que les trajo la verdadera mañana de la vida. Y porque también en la consumación del siglo, pasando la muerte temporalmente en los hombres, los elegidos brillarán como el sol en mi reino (Mat. 13). Y de este modo mi Unigénito mismo demostró con su resurrección que aparta las almas de los justos del infierno (inferne), y reduce al género humano a la restauración de la vida eterna, que los ángeles réprobos perdieron, apeteciendo la muerte sin que nadie más se lo sugiriera, de modo que por ningún otro acechador sino por ellos mismos fueron seducidos; puesto que ni siquiera tenían el gusto del pecado en sí mismos, como lo tiene el hombre en la fragilidad de su cuerpo. Por lo cual también el hombre, cuando fue seducido por el acechador teniendo fragilidad de cuerpo, fue también reducido a la vida por quien lo levantó, y el diablo, no teniendo pesadez corporal, fue dejado en su perversidad.

Pero también al hombre se le dio un refrigerio verdadero y saludable en la percepción del cuerpo y la sangre de mi Hijo, para que por este sacramento, reconfortado invisiblemente en su alma, se levante y resista varonilmente a su adversario invisible.

Quienes sin embargo perciben el mismo sacramento en mayor o menor cantidad, entiéndanlo así: porque tanto el que recibe más como el que recibe menos perciben una misma fuerza, puesto que este sacramento no está en la cantidad sino en la santidad, de modo que salva a los que lo perciben según la fe de ellos, como del maná está escrito así: "E hicieron así los hijos de Israel (filii Israel), y recogieron unos más y otros menos, y midieron con la medida de un gomer (gomor). Ni el que había recogido más tuvo de más, ni el que había preparado menos encontró de menos, sino que cada uno congregó según lo que podía comer" (Éxodo 16). ¿Qué es esto? Al sacramento soberano atienden los hijos de la elección según lo que les ha sido preceptuado; quienes desean ardientemente ver a Dios, y lo recogen en sus corazones según la doctrina de sus principales maestros: y según lo que de ellos aprendieron lo escudriñan en sus almas, teniendo uno más de devoción y otro menos de intención en el secreto de su corazón. Por lo cual también miden con su estimación: según lo que sienten en sus almas, discerniendo la fe que tienen en Dios, ni dividiéndola sino teniéndola íntegra, y considerando con cuánta y con qué tipo de devoción perciben el cuerpo y la sangre

de su redención. Pero el mismo sacramento no será más santo para este que más haya percibido de él, ni más contraído para aquel que menos haya tomado de él; sino que según la fe de quien lo percibe, así también lo iluminará. Por lo cual, oh hombre, no ha de percibirse en la magnitud; porque el fortísimo Dios tanto está en la pequeña como en la gran oblación de este misterio, y por tanto quienes lo perciben atiendan solo a esto: que tengan al Dios trino y uno con firme e íntegra fe en su corazón. Y así cada fiel con sincero y recto corazón según lo que la posibilidad de la fe en él exige, congrega las fuerzas de su alma, guardándose de escudriñar la divinidad más alto o más profundo de lo que puede captar con su sentido o pensamiento, sino que esté sujeto al temor del Señor (timori Domini) sobriamente como ha sido instruido en el Espíritu Santo; puesto que el hombre es pobre ceniza (pauper cinis). Pero vosotros, oh hombres estultos, no dudéis de si este sacramento que de este modo se os ha mostrado, sea el cuerpo y la sangre de mi Hijo. Recordad por tanto de dónde creé la carne y la sangre de Adán, a saber, del limo de la tierra. ¿Qué os parece por tanto? ¿Es más posible para mí hacer de esta oblación la carne y la sangre de mi Hijo, o del limo de la tierra hacer al hombre? Pero el varón derrama el semen de su sangre, y la mujer lo recibe. ¿Y qué más añaden entonces? Nada en absoluto ni en la creación ni en la carne del infante. ¿Quién por tanto forma al hombre en la carne y en los huesos, y en las médulas, y en su hermosa faz, sino yo, Padre de todos? Pero el padre y la madre no tienen

aquella potestad de hacer o crear al infante, sino que solo en la ardiente libido sacuden su sangre, y después ninguna potestad tienen de formar en ella. ¿Acaso podéis ver cómo se hacen estas cosas, sino que las veis en sus formas? Tú sin embargo, oh hombre, dices: Yo no veo que esta oblación sea carne y sangre, como veo que el hombre es cuerpo y sangre. A lo cual te respondo: Vosotros visteis a mi Hijo en cuerpo y en sangre, mortal en la tierra: quien ahora es inmortal en el cielo, y por tanto no podéis verlo ahora con los ojos corporales, ni tampoco cómo se consagra su carne y su sangre en el altar; el cual sacramento, por la gloria del sacerdote no se hace allí, sino por la gloria de mi Unigénito (Unigenitus), quien realizó este oficio con sus discípulos en su cena. Pero como no podéis verme en mi claridad mientras seáis mortales: así tampoco veis ni la carne ni la sangre de mi Hijo carnalmente con vuestros ojos carnales, según que no podéis percibir las cosas que son invisibles, sino según esto: que vuestro mortal vistazo puede captar visiblemente las cosas que son visibles.

Este sacramento debe ser ofrecido a mí en una triple materia. ¿Cómo? En pan, y vino, y agua, por el honor de la Trinidad. Por lo cual, si algo de estos tres faltara; entonces allí la Trinidad no es verdaderamente cultivada, ya que en el vino se entiende al Padre, en el pan al Hijo, y en el agua al Espíritu Santo; así, el que ofrece vino sin pan y sin agua, cultiva al Padre, pero niega al Hijo y al Espíritu Santo; o el que da pan sin vino y sin agua, tiene al Hijo, pero arroja al Padre y al Espí-

ritu Santo; o el que usa agua sin vino y sin pan, atiende al Espíritu Santo, pero rechaza al Padre y al Hijo; o el que da vino y pan sin agua, tiene al Padre y al Hijo, pero rechaza al Espíritu Santo; o el que ofrece vino y agua sin pan, cultiva al Padre y al Espíritu Santo, pero niega al Hijo; o el que usa pan y agua sin vino, atiende al Hijo y al Espíritu Santo, pero rechaza al Padre. Por lo tanto, no se haga división en este sacramento; porque yo también, permaneciendo individuo, soy un solo Dios inseparable en tres personas, así como el pensamiento, la voluntad y la obra están en un solo hombre: sin los cuales no hay hombre. Pero si hubiera un defecto en ese sacrificio, de modo que allí se descuidara o el pan, o el vino o el agua, verdaderamente entonces aquel por cuya negligencia esto sucedió, quedará sujeto a una grave venganza. Pues si esto se hizo a sabiendas por la negligencia de la tibieza, o infielmente por la duda de la incredulidad, arrojaré de mis ojos a aquel que esté sujeto a este reato, a menos que él mismo, vuelto a sí por una grave penitencia, se castigue a sí mismo arrepintiéndose gravemente por esto; o si esto sucedió ignorantemente por la negligencia del olvido, entonces el que es reo en esto, ha de responderme por esta culpa suya en la corrección de la penitencia; ya que no previó agudamente si estaban presentes todas estas cosas que pertenecían a mi sacrificio. Pues cuando mi Hijo colgó en la cruz, allí nada de la salvación faltó, porque por su sangre derramada trajo la salvación de las almas a los hombres, por lo cual tampoco en este misterio debe faltar nada. Pues

este sacramento es la sacratísima santificación en toda santidad, y por tanto aquella carne y aquella sangre deben ser recibidas con toda fe y devoción.

Cualquiera que recibe esta sacratísima carne, no rehúse también tomar la sangre del mismo misterio, ya que mi Hijo es limpio sobre todas las cosas, y espejo en las virtudes, y por tanto su nobilísima sangre ha de ser recibida, a menos que por la simplicidad del que recibe el sacerdote tema el peligro de efusión, y entonces para aquel que ha de recibir hágase según la simplicidad de los infantes, a quienes se concede el alimento del pan, y se les deniega la bebida del vino, así también a este se le atribuya esta sacrosanta carne: y la sangre fluyente le sea sustraída, no sea que de ahí surja un peligro mayor, y porque también aquella sacrosanta carne está conjunta a su sangre y aquella sangre a su carne en una sola santidad. Pero si aquel hombre es de esta discreción, que pueda custodiar el misterio, entonces cuando se le da aquella santa carne para comer, entonces también se le da la sangre de la misma carne para beber. El sacerdote, sin embargo, que celebra este sacramento, esté cuidadosamente vestido con aquellas vestiduras con las que los antiguos Padres, enseñados por el Espíritu Santo, constituyeron que se vistiera para el mismo oficio, y atienda con la mayor exactitud a aquellas palabras que el Espíritu Santo inspiró a los mismos Padres para la celebración de este misterio: cuidando solícitamente de no omitir nada en ellas, e inspeccionando también con mucha devoción, para no trascender este ejemplo, donde mi Hijo

tomó el pan y el cáliz, y dio a sus discípulos para comer y para beber. Pero el que en las vestiduras o en las palabras pertenecientes a este oficio hubiera delinquido ignorantemente en algo por la negligencia del olvido, ha de ser corregido con una grave y saludable penitencia. No obstante, buscando mi misericordia la hallará, porque no perpetró aquella transgresión por voluntad o por malicia de su corazón. Pero el que a sabiendas, ya sea por la falta de devoción de su voluntad, o por la iniquidad de su corazón, hubiera transgredido en los mismos sacramentos, a este ofendido le diré: Siervo inicuo, ¿por qué no estabas rectamente vestido con la veste sacerdotal, como te instituyeron en el Espíritu Santo los antiguos mayores maestros tuyos, en la significación del oficio espiritual como mis ángeles siempre me ministran? ¿Y por qué también descuidaste el modo de aquellas palabras que en el Espíritu Santo te entregaron los mismos Padres tuyos en la consagración del cuerpo y de la sangre de mi Hijo, para la salvación y gloria del género humano? Por lo cual, el que en este reato es culpable, ha de responderme de ello, si no se hubiera castigo a sí mismo arrepintiéndose con grave aflicción. Pero el sacerdote que ofrece estos banquetes en mi altar, no se retire de estos banquetes en ayunas, sino que perciba la refección de su alma en el cuerpo y en la sangre de mi Hijo. Pero si sabe que está gravado con cargas más pesadas y es indigno de estos banquetes, entonces no presuma acceder a mi mesa, ni toque a mi Hijo sin lavar del hedor de sus crímenes, como contaminaron tanto

la mesa como la gloria de su natividad aquellos que cruelmente cortaron la cabeza de la lámpara luciente. Por lo cual también este que así está contaminado, muestre la variedad de su peste al sumo sacerdote, a saber, mi Hijo, y también acúsese ante otro sacerdote mortal, quien le muestre el remedio de la consolación con la penitencia, y así finalmente acceda a su oficio purificado.

Pero yo, Padre de todos, no quiero que la secreta disposición del sacratísimo coloquio por el cual el sacerdote debe invocarme en el altar sea en muchos y en grandes discursos, sino en la recta ordenación de los primeros maestros, a quienes el don del Espíritu Santo enseñó a invocarme en recta admonición, y esto no debe ser en la multiplicidad de la necia sabiduría, sino en la simplicidad del corazón; porque no me deleito en el mucho hablar, sino en la pureza del corazón de aquellos que me buscan devotamente, y que me abrazan benignamente en el ardor de la caridad. Pues de otro modo, a mis electos cuando me buscan les impendo mi gracia según la vicisitud de los dones del Espíritu Santo: pero en este sacramento me muestro todo a ellos, ya que mi Hijo está en mí y yo en él, y el Espíritu Santo en nosotros y nosotros en él y somos uno en la divinidad, así como el cuerpo y las alas y las fuerzas de aquel son un solo hombre vivo. Por lo cual, el que accede a este sacramento, cuide de no venir de tal modo que pueda ofender la gloria de la Divinidad. Pero tú, oh hombre, mientras los demás hombres acceden al sacerdote para percibir el sacramento mismo, consideras en ellos

cinco modos, porque aquellos que desean recibir la percepción del divino misterio de su sacerdote, limpien los cinco sentidos de su cuerpo de la hez de sus pecados, y custódienlos digna y laudablemente de la inmundicia que se desliza, para que tanto más saludablemente perciban lo mismo. Por lo cual también de aquellos que acceden al sacramento mismo como ves, algunos son lúcidos en el cuerpo e ígneos en el alma, ya que ellos, teniendo la claridad de la fe hacia el sacramento mismo, no dudan de que sea el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de mi Hijo, y por tanto mientras lo perciben con esta fe son vegetados y santificados en su carne, de modo que santificados por este misterio, aparezcan en el cielo en el mismo cuerpo suyo después de la resurrección, y en su alma son transfundidos y encendidos por el don ígneo del Espíritu Santo; para que empapados por esta ilustración, repudien lo terrenal y deseen lo celestial. ¿Cómo? Porque así como por el viento se excita el incendio del fuego, así también estos son imbuidos por este sacramento para que ardan en el amor superno. Pero otros parecen pálidos en el cuerpo y tenebrosos en el alma, porque tibios en la fe, no tienen una fe firme hacia el mismo sacramento, sino que son duros para entender la sabiduría, como un niño cuyas obras están en la necedad. Pues fuera, en el oído de la oreja oyen, y en la tardanza de su corazón no saborean aquellas cosas que se les dicen sobre el sacramento mismo, de modo que de buena gana las comprenderían perfectamente en la fe, pero sin embargo por la duda que hay en

ellos no pueden contemplar cuánta santidad hay en él. Por lo cual también en el hombre interior están rodeados de tinieblas, ya que no pueden elevar su mente arriba hacia aquella perfección, porque concebidos en pecados, son pesados por la propensión de la fragilidad corporal hacia la perfección de aquella credulidad, consintiendo sin embargo más al espíritu de modo que de buena gana entenderían la fe si pudieran por la tibieza de su corazón. Pues a los que todavía no están gravados con cargas mayores de pecados en sus obras, a estos, aunque como invitados a la fuerza, les conviene consentir al espíritu, ya que el alma teniendo todavía mayor potestad, porque todavía no ha sido aniquilada en los pecados, sujeta el cuerpo a su voluntad. Pues estas son las luchas que hay entre el cuerpo y el alma; porque el alma quiere dominar al cuerpo, ya que le es contrario lo que la carne tiene en su concupiscencia que es pecado, y el cuerpo desdeña la justicia que está en el deseo del alma porque ella ama la vida. ¿Qué es esto? Lo que está muerto, apetece lo muerto, y lo que vive, ama lo viviente. ¿Cómo? La carne ama el pecado, y el alma ama la justicia, y en esto se adversan, y raramente se consienten. Pero como el niño es alimentado y saciado sin trabajo y sin el intelecto de su sentido: así también estos hombres son vivificados por este sacramento como por ignorancia, ya que no lo desdeñan ni por infancia ni por contumacia; sino que solo lo abrazan con ánimo simple.

Pero ciertos son velludos en el cuerpo y en el alma están sucios, empapados de mucha inmun-

dicia de la polución humana, ya que estos, existiendo en su carne como torpes e impúdicos sin vergüenza, y polucionándose con la hez de los vicios; como el puerco se revuelca en el lodo, de este modo contaminan su alma infectándola con la diversa suciedad de los pecados del contagio humano. Y cuando ellos, estando sucios en estos vicios, no temen acceder al sacramento del cuerpo y de la sangre de mi Hijo así sin lavar, han de ser limpiados con un grave examen por esta presunción suya. En la cual purgación, no obstante, no les deniego mi misericordia, porque preveo que en sus mentes surge una digna penitencia. Pero otros en el cuerpo están cercados de agudísimas espinas, y en el alma aparecen leprosos; porque en su corazón, rodeados de ira, odio e invidia, expelen de sí la lentitud, la dulzura y la caridad con estas espinas de iniquidad, por lo cual, apeteciendo así las cosas malas y desertando las buenas, y afectando a los demás hombres con contumelia en la irrisión, vuelven su alma inmunda como con las peores úlceras. Quienes, cuando acceden al divino misterio de este modo, se dañan gravemente a sí mismos, pero sin embargo vuelvo mis ojos hacia ellos, cuando castigándose en la amargura, buscan después mi gracia arrepintiéndose. Pero ciertos parecen sanguíneos en el cuerpo y en el alma hediondos como un cadáver podrido; ya que ellos, haciendo división entre los hombres con mano cruenta, vuelven su alma hedionda, como con la podre putrefacta de la más cruel perversidad, porque no mirando mi temor, destituyen por su crueldad aquello que constituí en el

hombre. Por lo cual, si ellos, manchados por esta contaminación, no temen percibir el cuerpo y la sangre de mi Hijo, se derriban a sí mismos con grave lesión, ya que así sin lavar presumen tocar este sacramento; pero no obstante, la fuente de la salvación los atravesará después, si se hubieran esmerado en lavarse de esta iniquidad suya con una digna penitencia.

Pero de todos estos, mientras ciertos perciben los mismos sacramentos, algunos son empapados como con un esplendor ígneo, pero otros son oscurecidos por una nube oscura, porque mientras los creyentes se esmeran en acceder al misterio del cuerpo y de la sangre de mi Hijo, entonces aquellos que lo perciben con mente devota y fe pura, brillando en las buenas obras, son ilustrados por el don del Espíritu Santo tanto para la salvación de su cuerpo como de su alma; y aquellos que lo toman con corazón contrario y ánimo vacilante, torpes en actos perversos, inducen sobre sí la oscuridad de la infelicidad presuntiva para detrimento de sí mismos, tanto exterior como interiormente, ya que se han atrevido temerariamente a unirse sin lavar a esta santidad. Pues el hombre que es tan rebelde y contumaz que no teme polucionarse, ya sea por simple fornicación en las vísceras de su propio cuerpo por el tacto y la delectación, o contaminarse por doble fornicación emitiendo su semen con hombre o con mujer, o desgarrarse por la ira, el odio y la envidia con los demás hombres, o ensangrentarse por el homicidio en los que le salen al paso, y así sin lavar e incorrecto presume temerariamente

acceder al cuerpo y a la sangre de mi Hijo sin la purga de la confesión, y sin la penitencia de la corrección, él a sabiendas e inteligentemente entra en el fuego judicial por su propia culpa. ¿Cómo? De esta presunción y de su pecado será examinado como el oro en el horno, de modo que no quedará en él ningún polvo de esta presunción, con la cual polucionado e incorrecto accedió a la comunión del Cordero inocente. Pues aquel que así sin lavar, como se ha dicho, hubiera accedido a la santificación del cuerpo y de la sangre de mi Hijo, y así hubiera tomado aquel sacramento, para su juicio se lo toma. ¿Cómo? Como dice mi amadísimo Pablo: Así, cualquiera que comiere el pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Pruébese, pues, a sí mismo el hombre, y así coma de aquel pan y beba del cáliz. Porque el que come y bebe indignamente, juicio para sí come y bebe, no discerniendo el cuerpo del Señor. Por esto entre vosotros hay muchos enfermos y debilitados, y muchos duermen (I Cor. XI). ¿Qué es esto? Verdaderamente os digo: El que comiere el pan de la vida, o el que tomare el cáliz de la salud, que es sacramento de aquel que es el Señor del cielo y de la tierra, de modo que trate esto indignamente estando sucio, a saber, en los pecados, en esto sentirá su culpa. ¿Cómo? Porque recibe el cuerpo y la sangre de su Señor, esto es, del Salvador del mundo, mordaz y mortalmente, cuando propenso al mal y polucionado por la inmundicia, y olvidado del temor del Señor, así contaminado entra en el palacio de la redención salutífera. Por

lo cual también allí comete homicidio. ¿Cómo? Ya que en muchas heridas se apuñala a sí mismo, cuando sin la limpieza y sin el lavatorio de la penitencia, ocultando sus crímenes, trata temerariamente este sacramento. Por lo cual también yo le digo: Oh misérrimo y amarguísimo, ¿cómo osabas enviar a tu Señor a un lago de tanta miseria, a quien siempre desean contemplar los ciudadanos celestiales? Por lo cual, con amarga penitencia serás examinado en tu cuerpo y en tu alma: de modo que si no hubieras corregido tu reato, después de la resurrección de los muertos se encuentre en ti esta corrección.

Y por tanto, con fiel inspección pruébese a sí mismo aquel hombre que aquí hubiera querido ser el purgador de sí mismo, y así, con esta devoción de su consideración, reciba de aquel pan de la santidad, y guste de aquel cáliz de la suavidad, para que así, llegando a la refección incansable, escape del hambre de la debilidad del alma. Pues el que hubiera tratado mal este sacramento, y no purgándose de la suciedad de la iniquidad lo hubiera tomado indignamente, se impone a sí mismo el juicio de la venganza, porque impuro lo come y lo bebe; no prevaleciendo sin embargo en esta presunción suya para dañar u ofuscar el misterio, sino condenándose a sí mismo. Y porque, estando sucios en los vicios, así presumís acceder a este sacramento, por eso hay en vuestro consorcio muchos enfermos, a saber, aquellos que no quieren buscar en esta santidad la medicina del alma, sino que se imponen a sí mismos la amarguísima enfermedad en los mismos sacramentos,

ya que se los toman para su juicio. Y también muchos debilitados, a saber, aquellos que en la ley de Dios son tan débiles, que de ninguna manera quieren mirar quién es aquel a quien tan indignamente reciben. ¿Qué es esto? Porque no quieren considerar cómo deben temer y venerar a su Señor, o cómo con amarga penitencia castiguen su carne, que así en los vicios nutrieron. Pero puesto que son tan negligentes, por eso también en el olvido de esta negligencia duermen muchos, no sabiendo ni queriendo saber cómo deben llorar sus pecados, como el hombre cuando está en la dormición del sueño, no sabe ni entiende qué o de qué modo hay en su cuerpo. Por lo cual tú, oh hombre, cuando ni en las confesiones, ni en la penitencia purgado por ti mismo, recibes sin lavar el cuerpo y la sangre de mi Hijo, entonces en la tremenda inquisición sobre esta presunción de la suciedad de tus pecados serás así examinado, como también el mosto se purga de aquella inmundicia que tiene en sí, cuando en su fervor la arroja de sí.

El mismo sacramento también ha de ser tratado y custodiado con tanta diligencia y solicitud por el sacerdote y por el pueblo: que no sea descuidado por nadie de tal modo que, descuidado, sea arrojado sobre la tierra. Porque si por la tibieza, descuidado, cayera sobre la tierra, vengará aquella contumacia por mi celo, ya sea en la tierra, o en el hombre, a menos que el hombre mismo se castigue con penitencia y amargos azotes; ya que la carne y la sangre deben restituir la carne y la sangre. ¿Cómo? La carne y la sangre del

hombre llorarán en el hombre; las cuales carne y sangre de mi Hijo fueron descuidadamente tratadas por el hombre, así como entonces la tierra tembló, y como los hombres fueron sacudidos por el temor: cuando mi Hijo, puesto en la cruz, entregó su espíritu. Pero si tú, oh hombre, en la inestabilidad de tu corazón dijeras en ti mismo: ¿Cómo se hace esta oblación en el altar el cuerpo y la sangre de mi Hijo?, entonces también yo te responderé: ¿Por qué preguntas esto, oh hombre, y por qué escudriñas estas cosas? ¿Acaso te pido yo esto? ¿Por qué escudriñas mis secretos sobre el cuerpo y la sangre de mi Hijo? Ni se te han de pedir a ti esas cosas, sino que solo recibiéndolas con gran temor y veneración, custódialas diligentemente, y no vaciles más sobre este misterio. Pues no me debes tentar tan temerariamente. ¿Y qué te importa esto a ti? Pero en certísima fe búscame. Pues cuando haya inspeccionado toda tu fe, entonces no te pregunto qué sea el cuerpo y la sangre de mi Hijo, o cómo se consagre este misterio en el altar. ¿Y quién te pregunta a ti, oh hombre, si en el fuego no sientes el ardor del fuego? Nadie. Así tampoco en mis secretos me requieras temerariamente, no sea que por ello seas dañado. Lo cual, si quisieras buscar esas cosas con la devoción de tu ánimo, entonces búscalas diligentemente en la oración, y el llanto y el ayuno, como también tus antiguos Padres las buscaron certísimamente, y frecuentemente les fueron reveladas. Y cuando las hubieras escudriñado de este modo, y las hubieras hallado, entonces lo que reste lo dejarás al Espíritu Santo.

Pero los que acceden a estos sacramentos, no vengan por desviaciones sino por el camino recto; no sea que, proyectados por ellos, sufran una gran caída del alma. ¿Cómo? Pues el peor deceptor, que sin elección y sin la consecración de la unción principal se hubiera usurpado falazmente para sí la cátedra del oficio pastoral, y el nequísimo raptor que, expeliendo a su pastor, hubiera invadido violentamente su cátedra por los susurros de los que le consienten: estos, o por sí mismos por su propia voluntad quedarán sujetos a una grave venganza, o por mi celo sostendrán una grave sentencia por ello; porque en la peor amargura están imitando a aquel que, queriendo tener en sí mismo el máximo honor, fue derribado de toda gloria de felicidad a la muerte; y porque también siguen a Baal, que de tal modo se ilusionó que, llamándose falazmente Dios, fue entregado a la disipación. Y si en esta perversidad de su mentira y presunción simularan que dan mis cosas sagradas, entonces aquellos que de este modo son más bien infectados por ellos que aliviados, así son computados en mi presencia, como son tenidos por irrisión por el pueblo aquellos a quienes los niños en sus bromas y en sus juegos constituyen para sí personas joculares. Pero como esto es vano en los hombres, así también aquello es un ludibrio ante mí, lo que tales invasores en su decepción simulan hacer. Por lo cual, porque la edificación de ellos se prueba que es perversa, no puede estar en pie, ya que ha de caer. Y por tanto, si en mi templo se viera que edifican algo en los

sagrados órdenes, ha de ser borrado; porque no teniendo justicia, se reconoce que es frívolo.

Por tanto, arrepiéntanse de esta temeridad suya: no sea que en las penas se hagan consortes de aquel que, mientras buscaba más de lo que debía, fue enviado desde la altura al abismo de la profundidad.

Pero también aquel laniador que, no teniendo la unción del oficio sacerdotal, por la locura de su mente accede tan furiosamente a mi altar, como si yo fuera un iluso o un bufón, este tocando temerariamente la mesa consagrada a mi nombre, queriendo ofrecer la oblación sagrada, lo cual no es de su oficio, no teme vulnerar a mi Hijo con duro tormento.

¿Cómo? Como el incrédulo invade a Dios con su incredulidad, y como el vesánico corre al fuego con su locura: así este, desconociéndome a mí como Dios, ni sintiéndome como fuego ardiente, arroja mi temor, ni ama mi mansedumbre; sino que vulnera a mi Hijo cuando dilacera con labios no ungidos aquel sermón que mi propio Unigénito confirió a su esposa, cuando le dio en dote su cuerpo y su sangre.

Por lo cual se dice a este que tan temerariamente lo invade: ¿Quién toca a mi Hijo tan contumaz y no ungido? Pero este que de este modo accede a mi altar, cuantas veces presume invocar a mi Hijo con el predicho sermón secreto, tantas veces intenta vulnerarlo; no porque lo atormente así con algún dolor, sino porque no teme tocarlo tan presuntuosamente.

El cual, si permaneciera en este desprecio sin penitencia, estará entre aquellos en las penas que vulneraron a mi Hijo sin causa.

Por lo cual, para que no sienta estos tormentos, asuma para sí la lamentación de la aflicción, de tal modo, sin embargo, que de ahora en adelante no presuma acceder al ministerio de mi altar.

Y los demás que bajo el sacerdote intentan ministrar en el servicio del oficio eclesiástico, guárdense de no presumir apropiarse del mismo ministerio sin el modo de la justicia, no sea que, si se hubieran usurpado falazmente para sí esa rectitud, entonces encontrados informes y sin pulir, sean expulsados de la construcción de la edificación eclesiástica por justo juicio.

Pues quiero que mis ministros aparezcan limpios en mi presencia, sin dolo y sin suciedad.

¿Cómo? Que con recta elección accedan a mi altar, y entonces también asistan allí para mí sin inmundicia.

¿Cómo? Que no miren hacia la copulación secular, porque eligieron la espiritual.

¿Cómo? Porque se acercaron a mi servidumbre.

Pero si alguno de ellos usa de la ardiente libido de su carne, macere su cuerpo con abstinencia y ayuno, y castíguese con frío y con flagelos.

Y si al fin cae en la polución de la mujer, entonces huya de aquella contaminación como de fuego ardiente y veneno mortífero, y limpie sus heridas con amarga penitencia; ya que quiero que se me sirva en castidad.

¿Cómo? Porque también mi Hijo era castísimo, quien también demostraba todos estos órdenes eclesiásticos en sí mismo.

¿Cómo? A saber, obedeciendo, orando y ofreciendo.

¿Cómo? Puesto que también la circuncisión lo tocó con su obsequio, y la profecía lo demostró con su clamor, y él mismo predicó a los hombres por sí mismo, y finalmente se ofreció como sacrificio vivo en el ara de la cruz.

Y porque él mismo se dio a sí mismo como holocausto en castidad, así también imiten su castidad aquellos que intentan ofrecerle holocausto en el altar; los cuales, sin embargo, no solo mantendrán la castidad en otros, sino que también la conservarán en sí mismos.

¿Cómo? Como el sacerdote debe guardarse del contagio de la mujer: así también se contenga de sí mismo, a saber, cuidando que por el tacto de sus manos no saque de sí la polución, de modo que el estrépito de la libido no tumulte penosamente en él.

Pues el crimen de Adán, infiriendo la muerte a los hombres, excitó en ellos el sentido de la fornicación, y por eso los hombres constriñan su carne para que no subyazcan torpemente a los casos de la muerte.

¿Cómo? Porque mi Hijo superó la muerte y les dio la vida.

Quien, puesto que asumió la carne en la integridad de la pudicia virginal, por eso también deben ser castos los que desean servirle, como está escrito por precepto divino: Estad prepara-

dos para el tercer día, y no os acerquéis a vuestras mujeres (Ex. 19).

¿Qué es esto? Los que queréis servir a Dios singularmente, estad preparados con la voluntad de vuestro corazón para el día de aquella serenidad, donde la santa e inefable Trinidad, apareciendo verazmente, demuestra sus maravillas en un gran milagro.

Y por tanto, si allí queréis acercaros dignamente a Dios, guárdense de no unirse con afecto carnal, a saber, con uniones carnales, para que no mezclen su sangre con sangre de estimación más frágil.

Lo cual vosotros, oh sacerdotes y demás ministros míos, que militáis bajo el nombre espiritual, debéis evitar; porque ni siquiera los apóstoles a quienes habéis seguido se dividían en cosas diversas, ni os dejaban tal ejemplo.

Pues no quiero que haya dos uniones, a saber, de estudio espiritual y carnal, en los sacerdotes; ya que el sacerdote se unirá a sí mismo la justicia de Dios, de modo que sea su esposa, con la cual alimentará y enseñará a los demás pueblos, como el padre suele educar y enseñar a sus hijos.

¿Y cómo sería apto que el sacerdote ejerciera dos uniones en recta medida: las cuales son contrarias entre sí en su diversidad?

¿Cómo? Una carnal y otra espiritual.

Y como el sacerdote es pastor y padre de aquellos hombres que tienen matrimonio carnal, si entonces él mismo poseyera de igual modo, ¿quién entonces debería ser sacerdote del mismo?

No podría tener ningún otro sacerdote que le presidiera que el diablo, que debería ser su sacerdote, puesto que también habría imitado a aquel que esconde veneno bajo la miel.

¿Cómo? Porque así como el diablo esconde el mal bajo el bien, así también sacerdotes de esta clase, que siguen más su torpitud que lo que aman la castidad, intentan ocultar la unión carnal bajo el matrimonio espiritual, como veneno bajo la miel.

Pero porque mi Hijo es todo castidad: por eso también estos deben amar la castidad, los cuales tocan su cuerpo y su sangre en el altar; como está escrito: El sacerdote no tomará por esposa a una ramera, ni a un vil prostíbulo, ni a la que ha sido repudiada por su marido, porque está consagrado a su Dios y ofrece los panes de la proposición (Lev. 21).

¿Qué es esto? Aquel que ha sido puesto para esto, para ofrecer sacrificio a Dios, no ame la injusticia del diablo, que en toda suciedad de toda iniquidad es el autor común, ni tampoco degrade sus sentidos tan vilmente que, cuando quiere llevar mi yugo, siga la voluntad de su carne contra la justicia de Dios y contra los ejemplos de los antiguos santos, abrazándola torpemente, para no llevar a cabo en actos contumeliosos aquella inmundicia que fue repudiada por sus mismos antiguos Padres (cuando conocieron que ella era del soplo de la antigua serpiente).

Abandonando, pues, estas suciedades, sea amante de la justicia de Dios; ya que en santidad está consagrado a su Dios, a saber, abstraído de

las concupiscencias carnales en las obras de los hijos que nacen.

Por lo cual, existiendo así sobrio e impoluto, puede ofrecer aquel pan que se pone en la mesa de la consecración para la salvación de los hombres.

¿Qué es esto? A saber, porque aquel sacrificio que es vida de los vivientes, y refacción de las almas, y espejo de todas las virtudes, las cuales son perspicuas por la santa inocencia en forma de castidad, es limpísimo de toda suciedad.

Por lo cual también aquellos que han de ofrecer el mismo sacrificio deben estar sin suciedad de poluciones, conteniéndose también de los banquetes y de la embriaguez, de la broma, de la risa, y de las costumbres ligeras y descompuestas; sino que estén en aquella reverencia, como conviene a los sucesores de los antiguos padres de quienes fueron plantados, y en aquella dignidad, como decora a patronos honorables.

Y también vivan de tal modo que no sean dobles en dos personas, esto es, que no caminen simultáneamente en la vía secular y en la espiritual, porque es difícil servir a dos señores a la vez, como también mi Hijo testifica en el Evangelio diciendo: Nadie puede servir a dos señores (Mt. 6).

¿Qué es esto? Ninguno que está vestido con la túnica mortal vale, por la teneridad de su sentido y de su cuerpo, exhibir servicio a dos señores por igual y con igual obsequio.

¿Qué es esto? Porque no puede servir simultáneamente al señor de la rectitud y al señor de la injusticia.

¿Por qué? Puesto que la rectitud arroja la injusticia, y la injusticia impugna la rectitud.

Así también el sacerdote no puede tener simultáneamente y con igual devoción a la esclava y a la señora, a saber, la unión carnal y el consorcio espiritual; porque estos dos no valen estar juntos en la perfección.

Puesto que aquello que es carnal impugna esto que es espiritual, y lo espiritual deprime aquello que es carnal.

Lo cual, conociéndolo también mi amigo Pablo, demuestra por mi voluntad que es así cuando dice: Conviene, pues, que el obispo sea irreprensible, marido de una sola mujer (1 Tim. 3).

¿Qué es esto? Es necesario que aquel que preemine a los demás hombres en el oficio del magisterio espiritual, constituya así su vida que no se encuentre en él escándalo de ofensa y de reprensión.

¿Cómo? Porque el sacerdote no debe tener dos personas, de modo que sea simultáneamente marido de esposa carnal y varón de cónyuge espiritual; sino que será varón de una sola mujer, a saber, de la Iglesia en santidad, la cual es única en mi Hijo, puesto que una sola Iglesia surgió en él.

Pero esta, aunque sea una, sin embargo tiene muchísimos maridos; porque celebra nupcias con los sacerdotes de mi Hijo que están diariamente en su oficio; permaneciendo, no obstante,

virgen en su integridad, puesto que en ella la fe es incorrupta.

Por lo cual también el mismo Pablo, mi vaso, no dijo que esta mujer fuera de un solo marido, porque está unida a aquellos sacerdotes que surgen en mi mismo Unigénito hasta el último día, hasta que vengan incluso aquellas nupcias que nunca falten por ninguna inestabilidad de mortalidad; sino que también aquellos que bajo los sacerdotes ministran próximamente en el servicio de mi altar, son maridos de la misma esposa, como habló el mismo Pablo ofreciendo a los hombres por mí la doctrina fiel, diciendo: Los diáconos sean maridos de una sola mujer, que presidan bien a sus hijos y a sus casas (ibid.).

¿Qué es esto? Estos que asisten a los sacerdotes con el obsequio de su ayuda, sean maridos por fiel conjunción de una sola mujer.

¿Y quién es aquella mujer? A saber, la castísima esposa que por ninguna corrupción puede ser dañada, como se corrompe aquella mujer que pierde la flor de la virginidad y su inocencia que tiene al inicio de su desposorio, cuando todavía permanece incorrupta con su esposo.

Por lo cual también estos desposadores conversen tan fielmente con esta esposa de la justicia, que también a los que por su ayuda han sido regenerados en espíritu y agua den buenos ejemplos de virtudes, para que también suden con fiel solicitud en su oficio, que pertenece al baluarte de la mansión eclesiástica, como el hombre secular intenta para sus hijos y para su casa toda la devoción de su procuración.

Pues a esta esposa mostró mi amigo Pablo a los sacerdotes y a los demás ministros de mi altar, para que la eligieran para sí por mujer y no apetecieran cónyuge carnal.

Pues ni el mismo Pablo, ni los demás discípulos de mi Hijo, ni los restantes Padres, a saber, sus seguidores, daban por sí mismos a ellos este ejemplo, de tomar cónyuge carnal y abandonar a aquella que antes habían elegido para sí por esposa espiritual.

Pues el sacerdote que es tan contumaz en el pecado que toma ilícitamente una mujer según la voluntad de su carne, perpetra adulterio; ya que abandona a su recta esposa, esto es, la Iglesia que le había sido desposada por el oficio espiritual, y toma impúdicamente a otra según el deleite de su mente.

Pero aunque le sea difícil constreñirse en este ardor, sin embargo, por el amor superno, conténgase de estas concupiscencias, como también mi Hijo exhorta en el Evangelio diciendo: Hay también eunucos que nacieron así del útero materno, y hay eunucos que fueron hechos por los hombres, y hay eunucos que se castraron a sí mismos por el reino de los cielos; el que pueda captar, que capte (Mt. 19).

¿Qué es esto? Puesto que hay algunos hombres que han salido así del útero materno que, por la frialdad o la imbecilidad de su cuerpo, no pueden tener cónyuges.

Por lo cual, por esta continencia suya, no recibirán la utilidad de la merced, sino que solo no sostendrán penas por la obra de aquel pecado;

porque no tendrán penas por el pecado que no perpetraron.

Y hay otros hombres que por la voluntad de algunos hombres han sido así debilitados en su cuerpo que no valen ejercer el deleite de su carne en esta obra conyugal; pero tampoco ellos, conteniéndose así, merecen por ello la gloria de la alabanza, puesto que, aunque no pueden realizar esta obra del incendio, sin embargo en su voluntad sienten muchas veces el ardor de la torpitud.

Y hay otros hombres, a saber, los que emprenden la vida espiritual, que se sustraen a sí mismos esto que fácilmente podrían realizar con su cuerpo; puesto que por la gloria de la herencia superna desprecian la unión carnal, ni la quieren tener, y por eso tendrán de allí la máxima alabanza con la merced de la beata remuneración.

Por lo cual también deben imitarlos con su plenísima voluntad mis sacerdotes y todos los pertenecientes al oficio de mi altar, para que perciban la corona de la continencia con el máximo júbilo del gozo superno.

Y por tanto, cualquiera que en la voluntad de su corazón pueda captar este ejemplo, de modo que por el pleno deseo de la beatitud valga superar su cuerpo y arrojar las concupiscencias carnales, ese con ardentísima devoción capte el consorcio celestial, abandonando fielmente la unión carnal en la constricción de su carne.

Pero aquel que no vale contenerse, que arde en la voluntad de su carne, este ni por persona de soberbia, ni por apetito de riquezas, se haga sacerdote u otro ministro de grado sacerdotal, para

que, si después cayera en el deleite de su carne, no sienta gran detrimento de sí mismo.

Pues contendrán su cuerpo del contagio de las mujeres los que suelen acceder al ministerio de mi altar; ni por cualquier ocasión se unirán en matrimonios de cónyuges, sino que tanto por su voluntad como por la rectitud de mi servicio se contendrán castamente; de lo contrario deben evitar el santo servicio en mi altar.

Servicio que, sin embargo, aunque se encuentre que fue concedido alguna vez a ciertos hombres que antes se habían subyugado al siglo; no obstante se discierne que apareció en aquellos que antes de haber recibido mi servicio, y no después, se habían sometido al yugo carnal, de tal modo sin embargo que, habiendo sido cortado por ellos después el mismo yugo, luego en ellos el Espíritu Santo obró los pregones de alabanza en sus maravillas, puesto que esto fue concedido por milagro en el primordio de la Iglesia surgente por la escasez de sacerdotes; pero ahora ella, adulta y bien confortada, multiplicados sus ministros, según lo que la censura eclesiástica muestra sobre la misma causa, se debe precaver según este ejemplo: puesto que desde el inicio del mundo naciente se concedió a los machos tomar para sí hembras de la estirpe más próxima por la rareza de hombres, lo cual sin embargo no se ha de prohibir a ellos una vez dilatados.

Porque también las piedras informes y sin pulir suelen ponerse en el fundamento del edificio, cuando sin embargo después se requieren piedras bellas y bien compuestas en el muro de

sus paredes: así también en la infancia de la Iglesia los sacerdotes, según lo que entonces se podía encontrar, fueron puestos en aquel oficio; pero ahora en el pueblo espiritual se encuentra el número pleno de aquellos que son aptos para el oficio sacerdotal, de modo que no están ocupados por la carga secular de la unión terrenal.

Puesto que no conviene que el padre de familia que recibe precepto en el matrimonio secular sea llamado mi nuncio en el sacerdocio.

Por tanto, oye esta similitud: Un cierto rey que polía con mucha fortaleza había congregado un pequeño ejército, al cual, cuando lo hubo mirado diligentemente, viéndolo rudo para el ejercicio del trabajo, tomando de él a uno con algunos otros de la plebe común a quienes previó idóneos para la procuración, lo puso al frente del mismo ejército, porque el excelente germen de esta nobleza aún no estaba maduro.

Pero cuando luego ya el mismo ejército había comenzado su aumento, y cuando ya en él los nobles habían llegado a la edad adulta, aquel rey dispuso bien y ordenadamente cada derecho en aquel ejército, y puso al frente del mismo a duques y jefes de entre aquellos más nobles según cada justicia.

¿Qué es esto? El Rey celestial, cuya fortaleza es sobre todos, en la plantación de la Iglesia había coadunado una pequeña hueste de creyentes.

La cual, escudriñando con agudísima inquisición, consideró enferma y débil todavía para sustentar las pasiones corporales por su nombre, y así a Pedro, que existiendo como uno de ellos

antes había conversado en actos terrenales, y después de él a algunos otros que también alguna vez habían gustado el jugo de la tierra, limpiándolos de la suciedad de las cosas temporales, puesto que los preconoció sagaces y fieles, tanto para el cuidado de las almas como para el sustento de los cuerpos en su plantación, abrazando la fe católica, los prefirió en el oficio de la districción y de la relajación; porque la rutilante aurora, abrasando los contagios humanos en el ardor de la castidad, aún no había difundido ampliamente las flores de su dulzura en los hombres.

Pero ya diseminada ampliamente la multitud del germen eclesiástico por los circuitos de todo el mundo, y ya confortada noblemente la gloria del honor eclesiástico, el mismo Rey superno inspiró a los hombres dones tanto seculares como espirituales con benignísima y decentísima disposición, e instituyó a los sacerdotes y demás ministros de los oficios divinos conservando honestísimamente su sobriedad y su castidad según el derecho eclesiástico y según la justicia de Dios.

Por lo cual, oh hombre, porque ya entre los hombres espirituales han surgido muchos que laboran por militar contra el siglo y contra el diablo, y que se apresuran a acceder a mi altar en castidad y constricción de su cuerpo, quiero que mis sacerdotes aparezcan en mi presencia sin el contagio de la unión terrenal.

Pues mientras en el antiguo Testamento se mandó a los sacerdotes que, cuando accedieran a mi altar, se contuvieran del contagio de las mujeres, todo esto ha sido llevado a la plena perfección

en el nuevo Testamento para mis sacerdotes, de modo que lo que aquellos antiguos evitaban por casi una hora en castidad, estos nuevos lo cumplan desde el inicio de su puericia hasta el fin de su senectud.

Y mientras no quise recibir de los antiguos el sacrificio manchado en la conjunción de la mujer, mucho más quiero que mi Hijo sea tratado por los nuevos sacerdotes en el oficio de la castidad.

Ni nadie inmaduro e inconsecuente reciba una iglesia, ni tampoco presuma apetecer varias iglesias, no sea que, si en la edad de la infancia o sin la consagración del oficio sacerdotal hubiera presumido recibir una iglesia, o teniendo una hubiera intentado subyugar para sí varias, siendo en esto un prevaricador de la justicia, sea discutido en el juicio de la gravísima districción, como aquel que antes del tiempo legítimo, o sin el legítimo desposorio, no teme fornicar, o teniendo esposa legítima, se apresura a polucionarse con otras en adulterio.

Pero también de todo el pueblo que está en el nombre cristiano se han de elegir sacerdotes de ingenio sabio y de ánimo viril: de tal modo, sin embargo, que por recto orden, y con justa unción y ánimo voluntario, vengan a mi servidumbre.

Esto, sin embargo, no debe ser así: que accedan al oficio de mi altar los que cojean en alguna debilidad de sus miembros; porque ni siquiera en el reino de los cielos aparecerá mancha alguna de diversos campos en las almas de los hombres.

Y por eso no quiero que asistan a mi altar los que están privados de alguno de sus miembros.

Pero aunque ellos mismos sean débiles en sus cuerpos: sin embargo por esta privación de sus miembros no serán separados del reino de los cielos, si no obstante tienen la sanidad de sus almas, así si en la pureza de las buenas obras me buscan; no quiero, sin embargo, que ejerzan el ministerio de mi altar, sino que obren humildemente la eficacia de las buenas obras.

Así también ni las mujeres deben acceder al mismo oficio de mi altar, puesto que ellas son un habitáculo enfermo y débil, puestas para esto: para que paran hijos, y pariéndolos los nutran diligentemente.

Pero la mujer, no por sí misma, sino del varón concibe al infante, así como tampoco la tierra es arada por sí misma, sino por el agricultor.

Por lo cual, como la tierra no puede ararse a sí misma, así tampoco la mujer en el oficio de la consagración del cuerpo y de la sangre de mi Hijo ha de ser comparada al sacerdote, aunque pueda sonar en la alabanza de su Creador, como también la tierra recibe la lluvia para la irrigación de los frutos.

Y como la tierra produce todo fruto, así también en la mujer se perfecciona todo fruto de buena obra.

¿Cómo? Porque puede recibir al sumo sacerdote como esposo.

¿Cómo? La virgen desposada con mi Hijo lo recibe como esposo: puesto que cerró su cuerpo al varón carnal, y por eso en mi esposo tiene el sacerdocio y todo el ministerio de mi altar, y posee con él todas sus riquezas.

Pero también la viuda puede ser llamada esposa del mismo Hijo mío, la cual renunciando al varón carnal huye bajo las alas de su protección.

Y como el esposo ama mucho a su esposa, así también mi Hijo abraza dulcísimamente a sus esposas, las cuales corren solícitas hacia él por amor de la castidad.

Pero de ningún modo el varón se vista con vestidura femenina, ni la mujer use el hábito del varón, para que de este modo se discierna cada persona; a saber, para que el varón demuestre en sí la fortaleza viril, y para que la mujer muestre en sí la debilidad femenina.

Puesto que esto desde el inicio del género humano está así en mi disposición: a menos que el varón esté en peligro de muerte, o la mujer en peligro de castidad.

Entonces, si para aquella hora o el varón según la mujer, o la mujer según el varón, hubieran cambiado su vestimenta humildemente por el temor de la muerte, cuando hubieran buscado mi misericordia por este hecho suyo la encontrarán; porque no lo hicieron por temeridad, sino por el peligro de su salud.

Y puesto que la mujer no debe vestirse con hábito viril: por eso tampoco accederá al oficio de mi altar; porque no demostrará la persona viril ni en sus cabellos ni en su vestimenta.

Los que acceden a mi altar, aparezcan en castidad en mi presencia. Y no solo estos: sino también los demás que desean percibir el sacramento del cuerpo y de la sangre de mi Hijo, no sea que se lancen a sí mismos al caso de la ruina.

Pero muchos, tanto entre los espirituales como entre los seculares, se encuentran que no solo se polucionan con la fornicación de las mujeres, sino que también contaminándose en la contrariedad de la fornicación, se imponen la gravísima carga del juicio estricto.

¿Cómo? El varón que según el modo de la mujer hubiera pecado con otro varón, peca amargamente contra Dios, y contra aquella conjunción por la que Dios conjuntó al macho y a la hembra.

Por lo cual también ambos aparecen ante Dios polucionados, negros y lujuriosos; horribiles y molestos para Dios y para los hombres, y reos de muerte; porque contra su Creador, destituyen a la criatura que está en ellos.

¿Cómo? Dios conjuntó al varón y a la hembra, a saber, copuló simultáneamente esto que era fuerte y débil, para que el uno fuera sustentado por el otro.

Pero estos, adúlteros contrarios, cuando transfieren su fortaleza viril a la molicie de la contrariedad, arrojando la recta institución del macho y de la hembra, siguen torpísimamente a Satanás en su perversidad, que en su soberbia quieren escindir y dividir a aquel que es individuo.

Pues ellos mismos constituyen en sí mismos un adulterio ajeno y contrario en sus perversas artes, y por eso aparecen en mi presencia polucionados y contumeliosos.

Pero el que del mismo modo hubiera pecado con mujer en esta fornicación contraria, es un lobo voracísimo en esa perversidad suya.

¿Cómo? Pues así como aquel hombre sería contrario y molesto a los hombres que, teniendo hermosísimos y limpísimos manjares, los arrojara y comiera el estiércol que sale en la egestión del hombre: así también estos son indignos e inmundos ante mí; ya que desertan de la recta institución de la conjunción en la mujer, y buscan en ella la ajena prevaricación.

Pero también la mujer que arrebata estas artes diabólicas, porque simula conjuntarse en oficio viril con otra mujer, aparece vilísima en mi presencia, junto con aquella que se le sujeta en tan contumelioso facinio.

Porque, cuando deberían tener vergüenza por su pasión, se usurparon impúdicamente el derecho ajeno.

Puesto que se transmutaron en un modo extraño, por eso me son transpuestas y despreciables.

Aquellos machos también que con el tacto de su prepucio sacan su semen, se imponen una gran caída del alma; porque en esta inquietud se sacuden totalmente, y por eso aparecen ante mí como animales inmundos que devoran a sus cachorros.

Puesto que, sacudiendo perversamente su semen, lo conducen a una polución contumeliosa.

A los cuales imitando también las mujeres con tacto impúdico, cuando en el incentivo de arder de la ardiente libido se fatigan a sí mismas en la constricción de su cuerpo, son de allí muy culpables, porque cuando deberían contenerse en castidad, se polucionan en la inmundicia.

Por lo cual, tanto las mujeres como los varones que por el propio tacto de su cuerpo sacuden de sí su semen, se infectan a sí mismos en sus almas con úlceras y heridas en esta suciedad suya, al no haber querido constreñirse en el oficio de la castidad por amor a mí.

¿Qué es esto? Porque cuando el hombre sintiera que el estímulo de su carne lo punza: corra a la caverna de la continencia, y aprehenda el escudo de la castidad, y así se defienda de la inmundicia.

¿Cómo? Arroje la cizaña del trigo, esto es, separe el estrépito de la libido de la suavidad de la castidad.

Por lo cual, quienquiera que así proyectara lejos de sí el gusto de la libido: me es muy dulce y amable.

Pero vosotros, oh hombres, arrojáis la castidad y amáis la libido, cuando incluso sois no solo fornicadores de hombres, sino también fornicadores de ganados, de modo que enviáis vuestro semen no a aquello que vive, sino a aquello que está muerto, y porque desertáis de vuestro consorte y apetecéis aquello que os está sujeto en servidumbre.

Por lo cual claman sobre vosotros los elementos diciendo: ¡Ay! ¡ay! nuestros dominadores se mezclan a nosotros en la conmistiòn de su semen.

Y así demuestran tener tristeza en vuestras obras por mi indignación.

¿Por qué, pues, convertís vuestro inteligible intelecto en estulticia pecual, sabiendo que sois hombres? ¿Acaso os creé para la juntura de los ganados? De ningún modo.

Y puesto que os unís a ellos, por eso caerán sobre vosotros amarguísimos consorcios de crímenes nefandos, porque despreciáis mi institución en la juntura del macho y de la hembra.

Pues quienquiera que en sus actos se transmuta así, que hace esto que concupiscencia hacer, a saber, que se destituye de tal modo que efunde su semen con el ganado, este se induce a sí mismo la máxima ruina, como también Satanás se derribó a sí mismo por su adversidad cuando quiso ser semejante a Dios.

Por lo cual, todos vosotros que por el uso perverso os contamináis en diversas poluciones de esta clase: resistid a vuestras concupiscencias, y castigando vuestros cuerpos haced amarguísima y verdadera penitencia con gran llanto y ayuno y maceración de vuestra carne y con duros azotes, no sea que os lancéis impenitentes al cúmulo del crudelísimo reato.

Pero no solo quiero que los hombres se purifiquen de la inmundicia de la vigilia, sino que también se purguen dignamente de aquella polución que les ocurriera mientras duermen. Pues si al hombre que duerme le sobreviniera una conmoción del semen en sueños; no quiero que acceda así en aquel ardiente calor al sacramento del oficio de mi altar, hasta que aquel ardor se calme en él, como está escrito: Si hubiera entre vosotros un hombre que esté polucionado por el sueño nocturno, saldrá fuera del campamento; y no volverá antes de que al atardecer se lave con agua, y después del ocaso del sol regresará al campamento (Deut. XXIII). ¿Qué es esto? Si hay entre

vosotros que os afanáis en mi servicio un hombre que se poluciona por la noche en el sueño de su dormición, sepárese de aquella congregación de la santidad que pertenece a mi altar, de modo que no presuma conjuntarse a aquel misterio, antes de que, retirándose el calor nocivo, sea purificado por aquel lavatorio de la penitencia en la confesión y compunción del corazón del incendio de su libido. Y entonces, cumplida aquella penitencia que así había ilustrado su corazón, regrese en el amor de la castidad a aquellos que se defienden fielmente de la inmundicia de la polución, y acceda digna y honorablemente a aquel sacramento que es todo él en santidad.

Pero aquel hombre que tanto durmiendo como velando arde fuertemente en la libido, cuide de no suministrar incendio a su ardor. ¿Cómo? A saber, no se inflame con aquellos alimentos que le ofrecen el jugo de la libido, sino absténgase humildemente de aquellas carnes que salieron desnudas sin cubierta de sus madres, esto es de los ganados; porque en ellas está el fervor del ardor, que no es tanto en la carne de las aves que no sale sin cubierta, sino que nace con cubierta, roto el huevo como testigo. Por lo cual también hay menos incendio en ella. Pero absténgase también del vino inmoderado, no sea que bebido en superfluidad, sus venas llenas de sangre nociva, se calienten torpemente en el ardor del incendio.

Si alguien, empero, trabaja en la superfluidad de estas causas, no valiendo por sí mismo para resistirse a sí mismo, búsqueme con devotísima intención, y demuéstreme las heridas de su

corazón con humildísima detección. ¿Cómo? A saber, ábramelas por la humilde confesión ante el sacerdote. ¿Y por qué esto? Porque la verdadera confesión es la segunda resurrección. ¿Cómo? En la caída del viejo Adán fue muerta la raza humana, a la cual el nuevo Adán excitó en su muerte. Por lo cual también en la muerte del mismo nuevo Adán surgió la resurrección de las almas, de modo que el hombre debe confesar sus pecados, lo que el viejo Adán no hizo, cuando ocultó su prevaricación más de lo que la confesó. ¿Cómo? Porque no la confesó arrepintiéndose, sino que la ocultó acusando a la mujer; por lo cual también se puso la confesión, para que después de que los hombres hubieran caído, por ella sean erigidos de su caída. Y por eso quienquiera que por la pura confesión al sacerdote en mi amor, hubiera confesado sus pecados: de la muerte a la vida resurge, como también fue arrebatada de la muerte aquella que en el convite ante mi hijo se purgó de sus suciedades con lacrimable penitencia.

Cuyo remedio de purga también fue prefigurado durante mucho tiempo en los antiguos padres. ¿Cómo? Pues antes de la ley de la gracia, los patriarcas y los profetas eran el consuelo de los hombres, y bajo la ley los pontífices y sacerdotes fueron la erudición de ellos, cuando después los apóstoles viniendo trajeron la verdadera justicia en mi Hijo, de modo que muchos hombres corriendo a ellos, imploraron devotamente el auxilio de ellos. Y así desde Adán hasta el apostolado de los apóstoles, siempre hubo quienes por la inspiración superna, con su consuelo e instruc-

ción subvenían a las miserias de los hombres. Pero también como los apóstoles mostraban a los hombres con su predicación y muchos milagros, el hombre que por la persuasión diabólica cayendo en la muerte nunca pudo ser erigido por sí mismo, por mi Hijo fue arrebatado de la muerte. ¿Cómo? Puesto que cuando estaba en el mundo sobrellevando muchos trabajos en su cuerpo, finalmente fue puesto en la cruz para la redención del mundo. Esto deben imitar los hombres fieles para su salud con sus sacerdotes. Buscarán el auxilio de mi Hijo: porque cuando después del bautismo hubieran revocado el viejo crimen de Adán, no valen por sí mismos para surgir de su caída. Y por eso como de los patriarcas y profetas buscarán consejo, y de los apóstoles recibirán auxilio: donde demostrarán fielmente sus pecados, denudadas sus heridas, en verdadera y pura manifestación. ¿Cómo? Confesarán sus pecados al sacerdote que es ministro de mi Hijo, con devotísimo corazón y boca. Y entonces aquel sacerdote confiriéndoles el remedio en la penitencia de ellos, así sepultará sus pecados en la muerte de mi Unigénito. Pero ellos después resurgiendo así a la vida, glorificarán también la resurrección de mi hijo.

Pero el que rehúsa denudar las heridas de sus pecados, sino que callando intenta curarlas por sí mismo sin la elevación de otro, según lo que entonces prueba que su corazón quiere, se engaña a sí mismo, porque quiere ser sacerdote para sí mismo. Por lo cual tampoco vale para surgir sin el auxilio de otro; puesto que ni el hombre fue

erigido en la salvación por sí mismo, sino que fue salvado por mi Hijo. Por lo cual quien desea ser salvado, no desespere de confesar sus pecados incluso al final de su vida. Que si alguien puesto en la hora de su muerte busca los remedios de las heridas de sus pecados, y sin embargo no pudiera tener un sacerdote a quien confesar sus pecados, entonces manifiéstelos a otro hombre que tenga en ese mismo momento como oportuno. O si tan de repente no puede tener a ningún hombre, ábramelas desde el íntimo afecto de su corazón ante los elementos con los que también los perpetró, y yo viendo la devoción de su corazón, no rechazo su penitencia. Por lo cual nadie desespere de los pesos de su iniquidad, puesto que si desesperara de mi misericordia, no resurgirá a la vida. Pero el que hubiera luchado con la desesperación, y finalmente la hubiera reducido a la nada, este se libró a sí mismo, porque siendo fuerte venció varonilmente. Pero el que no busca el remedio de su salvación por el tumor de su mente, a este no se le debe socorrer; ya que, pudiendo encontrarme, rehusó buscarme. Por tanto, mientras el hombre tiene tiempo: no se descuide a sí mismo, sino busque el refugio de la pura confesión, como también mi Hijo mandó en el Evangelio, diciendo: Ve y muéstrate al sacerdote, y ofrece tu don que mandó Moisés en testimonio para ellos (Mat. VIII). ¿Qué es esto? Tú que te ensucias en los pecados cuando deseas ser purificado de ellos, ve con buena intención, y muéstralos por la pura confesión al sacerdote que es mi ministro, y ofrece con devoto corazón el don de la verdadera

penitencia, que por voluntad de Dios prefiguró aquel que de muchas inundaciones de la iniquidad terrena fue lavado por la potencia divina, para que testifiquen los que antes te habían visto haberte ensuciado en malos actos, que ahora en la amargura de la penitencia has sido purificado de ellos como en un camino de examinación.

Por lo cual, oh hombre, si el pecador ocultara sus hechos en lo escondido de su corazón: ¿quién existiría entonces como testigo de aquella penitencia contra el acusador? Ninguno. Por lo cual el hombre manifieste sus pecados, a fin de que tenga testigo de su penitencia. Pero el que desea perfeccionar la penitencia de sus pecados, asuma para sí la limosna como auxilio. ¿Cómo? Porque cuando el cuerpo del hombre por su imbecilidad desfalleciera en el trabajo de la penitencia, la limosna le acuda en auxilio. Y puesto que es difícil al hombre que se arrepienta ásperamente y según lo que es justo: por eso asuma para sí a la limosna como madre, a fin de que con ella cumpla aquello que es laborioso para su cuerpo. Pues a la manera que la madre no cesa de subvenir a la necesidad de su hijo, aunque este ya parezca estar educado: así también la limosna socorre a la ternura del cuerpo en la penitencia del hombre, aunque el mismo hombre parezca fuerte al arrepentirse en la maceración de su cuerpo.

No obstante, las malas obras que el hombre perpetró en su cuerpo por la concupiscencia de su carne, castíguelas también en sí mismo corporalmente, para que aquella obra que había sido cara y dulce para su carne: sea fielmente limpiada

de él por la amargura de la penitencia; puesto que la amargura de la penitencia, con la limosna ayudante, debe sanar en los hombres las heridas mortíferas de los pecados. ¿Cómo? Porque cuando el hombre se constriñe en la castigación, se dilate también por la limosna. ¿Cómo? Puesto que la limosna designa mi misericordia. ¿Cómo? Cuando el hombre fiel subviene a los pobres con su sustancia por amor a mí, custodia mis preceptos, porque a los indigentes les prodiga su misericordia por el honor de mi nombre, como también yo no sustraigo mi gracia a los que me buscan en la pureza de su corazón. Pero el que de este modo subviene a los pobres con la refacción de las limosnas por movimiento de misericordia: me es muy amable, ya que tiene entrañas de misericordia cumpliendo esto que está escrito: Pon tu tesoro en los preceptos del Altísimo: y te aprovechará la limosna más que el oro (Ecl. XXIX). ¿Qué es esto? Por justa y recta consideración toma de la materia de tu dinero que está en tu seno y en el abrazo de tu corazón, dividiéndolo según los preceptos de aquel que está sobre todos, porque Dios mandó que te desvíes del mal y hagas el bien. Y por tanto en tus entrañas por tu buena voluntad debes abundar de este modo, no seas de las ovejas perdidas, sino santifícate a ti mismo ante Dios, atribuyendo de tu sustancia a los que desfallecen en la refacción; puesto que incluso entonces Dios no contendrá su misericordia sobre ti en tus miserias. Que si hicieras esto, entonces mayor utilidad te aporta aquella compasión que tienes sobre aquel que no posee ningún tesoro, que si

subiendo sobre un gran monte poseyeras mucho dinero de oro en tu soberbia. ¿Cómo? Pues mejor es para ti que des un poco a los pequeñuelos en humildad, que si poseyeras el reino del mundo con gran voluptuosidad; porque entonces la misericordia en la remuneración de Dios te faltaría por el peso de tu soberbia, ya que alli no tendrías entrañas de compasión sobre el pobre. Por lo cual también los elementos son el lago de las voluptuosidades de los hombres, y muestran sus costumbres. ¿Cómo? Porque inducen la venganza de Dios sobre ellos cuando pecan. Y por tanto, oh hombre, deserta de la inanidad de la avaricia que naufraga; porque tu justísima herencia está en la vida eterna, y dejando el mal, haz el bien, para que dejes la malevolencia de la dureza. Y para que consigas la misericordia, da de tu sustancia a los indigentes, imitado en esto a Dios que es misericordioso.

Por lo cual también, oh hombre, ningún mentiroso puede contradecir esto, que vosotros que así subvenís a los pobres, cumplís mi voluntad en esto. ¿Cómo? Así como yo os prodigo mi gracia, así también vosotros debéis atribuir vuestra limosna a los pobres. Pero los que reciben limosna, no la tomen en vano ni según la avaricia. ¿Qué es esto? Ya que hay muchos que amando la ociosidad, no quieren trabajar corporalmente para poder alimentarse, ni se esmeran en hacer buenas obras espiritualmente para subvenir a sus almas; sino que son como ganados, no teniendo intelecto de justicia ni en su alma ni en su cuerpo. Por lo cual también aparecen indignos ante

mis ojos, si de este modo sin corrección y sin penitencia hubieran perseverado en el tibio de esta pravidad. Pero también hay muchos que padeciendo necesidad corporalmente, perciben la limosna con humildad en el temor, y oran y trabajan por aquellos que les prodigan su misericordia, evitando también las malas obras de la suciedad más inmunda. Entre estos también se encuentran muchos a quienes por eso les sustraigo las riquezas terrenas, ya que quiero darles las riquezas celestiales. Pero los que sufren la pobreza voluntariamente por amor a mi nombre, me son muy amables; pero los que tendrían de buen grado riquezas seculares por su cupidez, y sin embargo no pueden tenerlas, estos pierden la merced de este trabajo. Pero el que para esto busca riquezas, para cumplir mi voluntad y no su cupidez en ellas, este por su buena voluntad reportará ante mí la merced del honor. Así también aquel que apetece la potestad del honor por la jactancia de su soberbia y no para gloria de mi nombre: este es para mí como un cadáver putrefacto; pero el que por eso la busca, para defender no su soberbia sino mi honor desde allí, aparecerá glorioso en mi reino por eso mismo.

Por lo cual también los sacerdotes del oficio del régimen espiritual deben someterse a su magisterio no por sí mismos, sino por mí, para que puedan presidir a mi pueblo tanto más segura y devotamente. ¿Cómo? Porque deben enseñar, amonestar, exhortar y coercer a mi pueblo, para que custodien la ley de Dios digna y laudablemente. Y esto los pastores siempre lo rumiarán:

mientras exhortando mueven al pueblo, no sea que perseveren en sus pecados sin confesión y sin penitencia, sino para que conculquen las malas obras y perfeccionen las buenas. Que si el pueblo no hubiera escuchado a sus sacerdotes en esa amonestación: entonces el pueblo sentirá su reato, y los sacerdotes se habrán librado del caso de esta negligencia; si en cambio los sacerdotes no muestran la autoridad de su magisterio al pueblo, entonces no se llaman sacerdotes sino que se dicen lobos rapaces, ya que tienen su oficio en la rapiña: así como el lobo arrebata cruelmente a la oveja, de modo que más siguen su voluntad que aman la custodia de sus ovejas. Y porque viven perversamente, por eso temen sembrar la verdadera doctrina al pueblo, consintiendo así a la iniquidad como a algún señor suyo, porque son concupiscencias carnales, y cerrando la puerta de su corazón a la equidad como a algún doméstico suyo, que es la justicia de Dios.

Por lo cual, oh vosotros pastores, aullad y plañid vuestros crímenes que en vuestra iniquidad emiten una voz dira, de modo que también los elementos reciben el clamor de ellos, y con ellos reboan ante mí. ¿Pues cómo en vuestro oficio osáis tocar a vuestro Señor con manos sanguinolentas y en contraria suciedad, y en adulterina iniquidad? Verdaderamente vosotros en vuestra inmundicia conmovéis el fondo de la tierra. A saber, cuando ensuciándoos en tantos crímenes no teméis tocar a vuestro Dios, oprimo la tierra en gran dolor, vengando así la carne y la sangre de mi Hijo; ya que no solo conmovéis cruelmente la

tierra en este horror, sino que también contamináis pésimamente el cielo en vuestra inmundicia. Cuando en el fétor de vuestra inmundicia tocáis al Señor Dios vuestro, como el cerdo contamina las margaritas en el estiércol: entonces los cielos recibiendo vuestra iniquidad, emiten la ultión de mi juicio en mi voluntad sobre la tierra. Pues cuando deberíais preceder a mi pueblo en las buenas obras con verdadera justicia y con la ley divina, luciéndole de tal modo que ese mismo pueblo mío caminando tras vosotros no tropezara con su pie en ninguna ofensa; pero a veces contamináis a mi pueblo con mayor iniquidad que la que él mismo se contamina, en lo cual tiene en vosotros un mal y pésimo ejemplo. Pues vosotros deberíais ser una gema tan lúcida, que los creyentes en vuestra luz pudieran reconocer el camino de la rectitud al caminar; pero vosotros les ofrecéis un ejemplo de muerte, de modo que por vuestra iniquidad no valen para encontrar el modo. ¿Y cómo podéis ser los pastores de ellos, cuando así los seducís? ¿Cómo, pues, responderéis por ellos: vosotros que ni por vosotros mismos podéis dar respuesta?

Por lo cual llorad y aullad antes de que el tiempo de la muerte os sustraiga. ¿Y por qué no consideráis vuestro honor: que os ha sido dado sobre los demás hombres? ¿Qué es esto? Ya que en mi Hijo recibisteis las llaves del cielo sobre los otros, que están en el juicio del recto sentido y del justo juicio en la ciencia de las Escrituras: cuando rectamente consideráis qué es lo que debéis ligar. ¿Qué es esto? Cuando los hombres

se me oponen pertinazmente en mi ley: debéis incutirles el temor de mi juicio. Y si entonces no hubieran corregido su culpa, extended vuestra ligadura sobre ellos. ¿Cómo? Porque son rebeldes: por tanto con voces abiertas en mis palabras los ligaréis, y les indicaréis aquella ligadura; ya que también por su contumacia están ligados ante mí: como mi Hijo mostró al primer pastor de la Iglesia diciendo: A ti te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado también en los cielos; y todo lo que soltares sobre la tierra, será soltado también en los cielos (Mat. XVI). Yo que tengo la potestad del cielo y de la tierra, te daré a ti que me has imitado devotamente por mi gracia aquellos juicios que tocan la dignidad del reino de los cielos, de modo que sea un crimen nefando esto, que por justo juicio hubieras ligado sobre la tierra, según lo que ves a los hombres pecar sobre la tierra; porque después de que hubiera abstraído el alma del hombre de su cuerpo, entonces no extenderás tu juicio sobre ella, ya que ese juicio es mío: esté atada en su nequicia, y en las cosas celestiales, a saber desde el cielo, separada y proyectada, porque en la mansión superna ninguna iniquidad se permite tener libertad o lugar. Pero también este vínculo que así antes constreñiste en la rebelión, cuando después lo hubieras denotado en la penitencia de los delincuentes, sobre la tierra será soltado y en los secretos supernos. Y entonces después de la muerte del hombre, orarás por su alma; pero entonces podrás absolverla de los nexos de su

ligadura, porque Dios no rechaza los gemidos del corazón devoto.

Pero vosotros, oh sacerdotes, que de este modo habéis percibido esta potestad por mi Hijo: a nadie ligaréis en mis palabras sin causa culpable por la rabia de vuestro corazón; sino que debéis considerar agudísimamente a quién debéis constreñir así. Pues al que ni por la vergüenza de los hombres, ni por el temor a mí, ni por vuestras preces o preceptos pueda ser cohibido de querer perseverar en su iniquidad, a este lo removeréis de mi Iglesia por la censura eclesiástica en mis palabras. Pero no ligaréis al inocente; ya que si lo constriñerais os introduciríais a vosotros mismos en el nudo de un reato diro. Que si sin embargo él hubiera sido constreñido inconvenientemente de este modo aun siendo inocente; no obstante debe buscar la solución por la humildísima obediencia de la sujeción por el honor de mi nombre, no sea que si resultara despreciador, contraiga para sí el reato de la soberbia. Pero sea tal la ligadura. El hombre que ni a mí, ni a los preceptos de sus mayores en sus perversidades hubiera querido obedecer, este ha de ser separado de las cosas celestiales en mi palabra, como Adán siendo inobediente a mí en mi precepto fue arrojado del paraíso, ni será recibido en el consorcio de los fieles, sino en la penitencia de la obediencia; como también el género humano en el martirio de mi obediente Hijo, fue revocado a la patria celestial.

Pero el que es tan rebelde que no quiere volver en el oficio de la humildad, entonces, si así hubiera perdurado en su contumacia, tendrá el consor-

cio de aquellos que, rehusando arrojar el corazón de piedra sino permaneciendo en su infidelidad, rehusaron tener la gloria de la beatitud eclesiástica. Pues el que está tan obdurado que no cuida de buscar ninguna misericordia por su nequicia, este imita a la antigua serpiente que despreció la misericordia y que, engañando al primer hombre en el paraíso, así decía en sí mismo. Aunque yo he sido proyectado de los cielos cuando, peleando con mis ángeles contra el ejército del Altísimo, no pude resistir, ya que por él fui vencido; sin embargo ahora encontré al hombre en la tierra, en quien ejercitando mi ira me vengaré fuertemente. Pues en la tierra cumpliré en el hombre lo que en los cielos quise hacer, a saber, que fuera semejante al Altísimo. Y si Dios es justo, esta potestad no se me quitará, porque el hombre me consentirá y no obedecerá a Dios. El diablo hablando estas cosas en sí mismo: instruyó todas sus artes contra el hombre para que este se alejara de Dios, el cual también siguió al diablo; por lo cual también se lo ató tan fuertemente, que el hombre lo dio culto por Dios, y negó a Dios su creador.

Pero cuando el hombre yacía en tanta tiniebla de infidelidad, ni podía erigirse a sí mismo: para su salvación envié a mi Hijo de modo admirable encarnado de una virgen, siendo verdadero Dios y verdadero hombre. ¿Qué es esto? Porque de mí el Padre según la divinidad verazmente salió, y puesto que de la Virgen madre según la humanidad verazmente asumió la carne. Oh hombre, blando y tierno en tu cuerpo eres; pero duro e inflexible permaneces en tu incredulidad; pues

la piedra puede ser pulida para el edificio, tú en cambio no quieres ser ablandado para la fe. Atiende, no obstante. Así como el hombre que tiene en su arca una hermosísima gema, la pone sobre metal para que aparezca a los hombres, así también yo teniendo a mi Hijo en mi corazón quise que se encarnara de la Virgen para que él mismo confiriera la salvación de la vida a los creyentes. Que si le hubiera dado un padre carnal, ¿quién sería entonces? A saber, no mi hijo sino mi siervo; pero esto no debió ser. Él mismo, empero, nacido de la Virgen, comió, bebió, y durmiendo descansó, y otras miserias corporales sostuvo; pero sin embargo no sintió el gusto del pecado en su carne; porque no en la mentira sino en la verdad asumió la carne. ¿Qué es esto? Puesto que los demás hombres nacen en la prevaricación de Adán y Eva por el gusto de la delectación, lo cual está en la mentira y no en la verdad. No así surgió mi Hijo: sino en santidad de la castísima Virgen nació para la redención de los hombres. Pues lo semejante no valdría para soltar a lo semejante de su vínculo, a no ser que viniera uno mayor que pudiera arrebatarlo. ¿Qué es esto? Ya que el hombre nacido en pecados no valió para librar al hombre pecador de la perdición de la muerte; por lo cual mi Hijo vino sin pecado: porque arrebató misericordiosamente al hombre de la muerte, vencida la muerte. Pero el que ve con ojos vigilantes, y oye con oídos atentos, este ofrezca el ósculo de la amplexión a mis palabras místicas, que emanan de mí el viviente.

VISIÓN SÉPTIMA.

SUMARIO.---Que Dios dispensando todas las cosas justamente y declarando en la justicia diversos dones del Espíritu Santo, conforta a los hombres fieles en las buenas obras para que no puedan ser superados por el diablo. De la multitud de los fieles y de la ley divina extendida ante ellos. Que los engaños del diablo están patentes a los hombres en el camino de este mundo. Que el diablo abierta y fraudulentamente ofrece riquezas y delicias a los hombres; las cuales el que las concupiscencia, las compra. Que los que le resisten varonilmente arrojan la persuasión diabólica, algunos que viven tibiamente le consienten. Palabras de Ezequiel sobre lo mismo. Que el diablo lleno de toda nequicia, con el veneno de su multiforme arte, trabaja por engañar los cinco sentidos de los hombres. Que la soberbia del diablo fue derribada en la encarnación del Hijo de Dios. Sobre los ojos y oídos y narices de la serpiente qué signifiquen. Sobre sus manos y pies y cola qué signifiquen. Que la potestad del Dios omnipotente así contrito la fortaleza del diablo que no puede ejercitar su nequicia según su voluntad. Que el diablo en las cuatro partes del mundo emite el incendio de la iniqua persuasión en todo género de diversos hombres. Palabras de David sobre lo mismo. De qué manera el diablo en ígneas persuasiones acomete a diversos géneros de hombres espirituales y seculares con multimodas tentaciones. Sobre las tres líneas de batalla de ellos. Sobre la tentación de los seculares. Sobre los

seis modos de tentaciones de los hombres espirituales. Sobre los no bautizados. Sobre las saetas de su boca y sobre el humo de su pecho y sobre el humor de sus lomos qué signifiquen. Sobre el torbellino del ombligo y sobre la inmundicia de las ranas de su vientre qué signifiquen. Que el diablo agita a los hombres estultos por la iniqua incredulidad, pensando ellos que es verdad lo que él les demuestra falazmente. Que los herejes deben ser evitados y arrojados de la Iglesia los cuales dan culto al diablo por Dios y son las entrañas del diablo y el germen precurrente del hijo de la perdición. Que la gracia de Dios deserta de los que desprecian el auditorio de Dios, pero subviene misericordiosamente a los que buscan. Palabras de Salomón sobre lo mismo. Que los verdaderos cultores de Dios que con todo denuedo conculcan las cosas terrenas, derriban a la antigua serpiente con fuerte contrición.

Después vi una luz ardiente de tanta magnitud como algún monte grande y alto es, dividida en su cumbre como en muchas lenguas. Y ante aquella luz estaba una cierta multitud de hombres vestidos de blanco, ante los cuales aparecía extendido, desde el pecho hasta sus pies, como un cierto velo tan traslúcido como el cristal. Pero también ante aquella multitud, como en un cierto camino, yacía de espaldas un cierto gusano de admirable magnitud y longitud: el cual parecía de tanto horror y furia: más de lo que incluso el hombre puede expresar. A su izquierda había como un foro, donde aparecieron las riquezas de los hombres y las delicias seculares y el mercado de diver-

sas cosas; donde también ciertos hombres que corrían con mucha celeridad no ejercían mercado alguno, pero otros que iban lentamente insistían allí en la venta y en la compra. Pero aquel gusano era negro, velludo, ulceroso y lleno de pústulas, llevando en sí cinco variedades que descendían desde la cabeza por su vientre hasta los pies a modo de zonas, de las cuales una aparecía verde, otra blanca, otra roja, una cierta de color azafrán y otra negra, todas llenas de veneno mortífero. Pero su cabeza estaba tan triturada, que incluso su mandíbula izquierda ya parecía disolverse. Sus ojos, en verdad, eran sangrientos por fuera e ígneos por dentro, pero las orejas redondas e híspidas, y las narices y la boca según las narices y la boca de una víbora; pero las manos según las manos del hombre, pero los pies como los pies de una víbora, y la cola aparecía corta y horrible. Y en su cuello había sido impuesta una cadena que había ligado tanto sus manos como sus pies, de modo que incluso aquella cadena, firmísimamente afianzada en la piedra del abismo, lo había constreñido tan válidamente que no podía moverse ni hacia aquí ni hacia allá según la nequicia de su voluntad. Pero de su boca salían muchas llamas que se dividieron en cuatro partes, de las cuales una parte ascendía hasta las nubes, y otra se extendía entre los hombres seculares, otra entre los espirituales, pero otra descendía hasta el abismo. Pero aquella llama que buscaba las nubes combatía contra aquellos hombres que querían ascender a los cielos. De los cuales se veían tres escuadrones; pues un escuadrón marchaba cerca

de las nubes, y uno en aquella medianía que está entre las nubes y la tierra, y uno junto a la tierra: todos vociferando con repetidas voces: 'Vayamos a los cielos'; pero proyectados de aquí para allá por aquella llama, algunos no caían, pero otros apenas se sustentaban sobre sus pies, otros en verdad cayendo a la tierra pero surgiendo de nuevo tendían hacia los cielos; pero aquella llama que se difundió entre los hombres seculares, quemando a algunos de ellos los convirtió en una negrura feísima, pero a otros los traspasó de tal modo con su agudeza, que los inclinó a donde quiso. De la cual, no obstante, algunos arrebatándose a sí mismos y marchando hacia aquellos que buscaban los cielos: '¡Oh vosotros los fieles! prestadnos ayuda', vociferaban con un clamor reanudado; otros, en cambio, permanecieron así traspasados. Pero aquella llama que se extendía entre los espirituales: los cubrió con su calima; a los cuales también consideraba en seis modos; pues a otros la misma llama los dañó con un incendio cruel: pero a los que no pudo dañar los sopló ardientemente con aquel veneno mortífero verde, o blanco, o rojo, o azafranado, o negro que fluía desde la cabeza del gusano hasta sus pies. Pero la llama que buscaba el abismo contenía en sí diversas penas de aquellos que, no lavados por la fuente del bautismo, ignorando la luz de la verdad y de la fe, habían dado culto a Satanás en lugar de a Dios. Y vi también de su boca saetas agudísimas y rechinantes, y de su pecho exhalando un humo negro y de sus lomos bullendo un humor ardiente, y de su ombligo so-

plando un torbellino ferviente, y de la extremidad de su vientre manando como la inmundicia de las ranas; todas las cuales cosas traían gran inquietud a los hombres. Pero también de él saliendo una nebulosa feísima con un fétido olor pésimo, infectó a muchos hombres con su perversidad. Y he aquí que venía una gran multitud de hombres que brillaban con gran claridad, la cual, conculcando fuertemente a aquel gusano por todas partes, lo atormentaba acremente: de tal modo, sin embargo, que ella misma no podía ser dañada ni por las llamas ni por el veneno de él.

Y oí de nuevo una voz que me decía desde el cielo: Dios, dispensando todas las cosas justa y rectamente, llama a los pueblos fieles a la gloria de la herencia superna; pero el antiguo engañador, puesto en emboscadas tratando de impedirlos, excita las artes de su nequicia contra ellos, pero no obstante, vencido por ellos, recibe la confusión de su presunción, mientras que aquellos poseen la patria celestial, y él mismo sufre los horrores infernales. Por lo cual ves una luz ardiente de tanta magnitud como un monte grande y alto, dividida en su cumbre como en muchas lenguas, la cual es la justicia de Dios ardiente en la fe de los creyentes en la fortaleza de su potencia, demostrando la magnitud de las santidades y la altura de la gloria, y declarando admirablemente diversos dones del Espíritu Santo en la misma gloria.

Y una cierta multitud de hombres vestidos de blanco que está ante aquella luz: es la muchedumbre de hombres que brillan en la fe en presencia de la justicia de Dios, bien y honesta-

mente compuestos por sus buenas obras, ante los cuales aparece extendido desde el pecho hasta sus pies como un cierto velo tan traslúcido como el cristal; porque tienen siempre ante su vista la ley divina, fuerte y espléndida, desde la intención de las buenas acciones hasta la consumación de estas, en las cuales de tal modo son confortados que no pueden ser superados por la astucia y el engaño de las falaces persuasiones. Pero que ante aquella multitud, como en un cierto camino, yazga de espaldas un cierto gusano de admirable magnitud y longitud, esto es que ante la noticia de los hombres, manifiestamente conocido en el camino de este mundo que es propuesto tanto a los buenos como a los malos para caminar, aparece proyectado el antiguo serpiente no tanto en su forma, sino en la significación del misterio, a saber, grande en malicia, largo en emboscadas, boquiabierto hacia arriba para derribar por su engaño a los que tienden a lo celestial, pero no obstante yaciente, puesto que por el Hijo de Dios sus fuerzas han sido trituradas, de modo que no vale para estar en pie en ellas; aunque parezca de tanto horror y furia que incluso más de lo que el hombre puede expresar; porque la estimación del hombre mortal no vale para explicar su furor venenoso y sus maliciosos esfuerzos en la multiplicidad de su diversidad. Por lo cual también a su izquierda hay como un foro donde aparecen las riquezas de los hombres y las delicias seculares, y el mercado de diversas cosas; ya que en la muerte, que es entendida como la izquierda de aquel traidor, se divisa un foro, porque sus nequí-

simas obras son de muerte: de tal modo que allí, en las riquezas corruptibles la soberbia y la vana gloria, y en las delicias transitorias la lascivia y la concupiscencia hierven como en un mercado de ventas y compras de muchas variedades de terrenas cupididades: de modo que aquel que ha abominado abiertamente el terror diabólico, sea engañado latente por estas, a saber, cuando se le ofrecen ligeramente muchas persuasiones de vicios, así como cuando por un mercader se muestran diversas mercancías a los hombres, para que deleitados por esto, compren tanto más ardientemente lo que vieren que se les ofrece; pues el diablo ofrece fraudulentamente sus artes a los hombres; pero los que entonces las concupiscencia, las compran. ¿Cómo? Arrojan su buena conciencia como vendiéndola, y contraen para sí las mortíferas heridas de sus almas como comprándolas. Pero allí ciertos hombres que corren con mucha celeridad no hacen mercado alguno, porque ellos, conociendo a Dios, portan el tesoro de la buena voluntad y los aromas de las virtudes y se los comparan para sí mismísimos de manera varonil: de modo que pasando velozmente por los mandatos de Dios a través de los placeres seculares y las suciedades diabólicas, desprecian la dulzura de su carne. Pero otros que van lentamente insisten allí en la venta y en la compra, ya que estos, teniendo tardanza en las buenas obras, extinguen en sí mismos el deseo celestial por la tibieza de su cuerpo como vendiéndolo, y nutren en sí el placer de su carne como comprándolo. Por lo cual aquellos recibirán la merced de la buena

operación, y estos sostendrán las penas de su iniquidad, tal como Ezequiel muestra diciendo: 'La justicia del justo estará sobre él, y la impiedad del impío estará sobre él' (Ez 18). ¿Qué es esto? Las fúlgidas obras del hombre puro lo inundan en santidad, y como mil ojos que miran hacia lo alto y hacia lo profundo lo rodean por todas partes, llevándolo hacia arriba a un gran honor y a la mortificación de su placer, según el Espíritu Santo se lo haya inspirado, así como el ala eleva al ave hacia arriba en el aire a dondequiera que le haya placido. Pero el veneno viperino de la nequicia son las crupulentas víboras, que espuman al cielo, envolviendo la margarita en el lodo, y bramando sobre lo más hermoso de todos los especiosos, pero arrojan a aquel que lo sigue infielmente de la nobilísima obra del dedo de Dios, y de todo honor y de la bienaventuranza de la visión superna, y haciéndolo exiliado, lo cortan del fruto viviente y de la raíz del árbol justo.

Pero lo que ves que aquel gusano es negro, velludo, ulceroso y lleno de pústulas: esto indica que el mismo antiguo serpiente abunda en la negrura de las tinieblas de la infidelidad, y en los pelos de los ocultamientos del engaño, y en las úlceras de las poluciones de las inmundicias, y en las pústulas de las cavernas del furor. Tiene también en sí cinco variedades que descienden a modo de zonas desde la cabeza por su vientre hasta los pies, porque no cesando de soplar sobre los cinco sentidos de los hombres con diversas pasiones de vicios, desde aquel engaño cuando primero estudió cumplirse a sí mismo hasta

aquella consumación cuando su insania recibirá el fin, sino simulando una falaz rectitud, atrae a los hombres a los declives de sus inmundas artes, de las cuales una aparece verde, otra blanca, otra roja, una cierta azafrán, una cierta negra, todas llenas de veneno mortífero; ya que en la verdosidad muestran la tristeza secular, en la blancura la inepta irreverencia, en el rubor la gloria de la falacia, en lo azafranado la mordaz detracción y en la negrura la torpe simulación, con la plenitud de otras perversidades que infieren la muerte a las almas de los hombres que le consienten. Pero que su cabeza esté de tal modo triturada que incluso su mandíbula izquierda ya parece disolverse, esto es que la soberbia de aquel fue de tal modo derribada en la encarnación del Hijo de Dios que también la adversidad de la muerte, ya evacuada, no vale para ejercitar la fortaleza de su amargura. Sus ojos, en verdad, aparecen sangrientos por fuera e ígneos por dentro; porque la intención de su perversidad incute como por fuera un sangriento nefas en los cuerpos de los hombres, e infiere como por dentro un dardo ígneo en las almas de ellos; pero sus orejas son redondas e híspidas, ya que rodea al hombre como en una redondez con los pelos de sus artes para derribarlo celerrísimamente si algo en él que es suyo aprehendiere; pero sus narices y su boca aparecen según las narices y la boca de una víbora, porque muestra indiscretas y fétidas costumbres a los hombres, por las cuales traspasándolos en muchos vicios los mata cruelmente. Pero sus manos se ven según las manos del hom-

bre, puesto que ejercita las maquinaciones de sus artes en las obras de los hombres. Pero sus pies son como pies de víbora, porque no cesa de inferir laceraciones diabólicas en los itinerarios de los hombres en sus emboscadas; y su cola aparece corta y horrible, la cual es la potestad de aquel de un pequeño pero sin embargo pésimo tiempo en el hijo de la perdición, que desea aprehender más bacheando de lo que puede perfeccionar. Y que en su cuello ha sido inyectada una cadena que liga tanto sus manos como sus pies, esto es que la fortaleza diabólica fue de tal modo fracturada y contrita por la potestad del Dios omnipotente, que tanto las pésimas obras como los nequísimos itinerarios de aquel en los cuales seduce a los hombres, han sido comprimidos en su contrición: de tal modo que incluso aquella cadena, firmísimamente afianzada en la piedra del abismo, lo constriñe tan válidamente que no puede moverse ni hacia aquí ni hacia allá según la nequicia de su voluntad; puesto que la potestad de Dios permaneciendo sin defección en la estabilísima eternidad, oprime al diablo con tanta fortaleza en la salvación de las almas, que él no valdrá para remover la salvación de la redención de las almas fieles ni por los instrumentos exteriores ni por los interiores de su nequísimo esfuerzo, sino que lleguen al lugar de gozo que él mismo pertinazmente perdió.

Pero que de su boca muchas llamas que irrumpen se dividan en cuatro partes, esto es que él mismo, desde su rapacísimia voracidad, emitiendo un pésimo y múltiple mal del crudelísimo

incendio de la iniqua persuasión, lo esparce de diversas maneras en las cuatro regiones de todo el mundo entre los hombres para que lo sigan. De las cuales una parte asciende hasta las nubes, porque aquella diabólica aflación retrae con su agudeza a los que buscan el cielo con todo el deseo de su mente, y otra se esparce entre los hombres seculares, ya que ella misma engaña con su diversidad a los que conversan en las causas terrenas; otra empero se extiende entre los espirituales, porque infecta con su simulación a los que sudan en las disciplinas espirituales. Una cierta en verdad desciende hasta el abismo, puesto que ella misma envía a los infieles que le consienten a los tormentos infernales por su seducción; porque ellos yendo por el camino de la falsedad y del engaño, no mantuvieron el camino de la rectitud, ni exhibieron la debida reverencia al Dios verdadero, tal como David testifica diciendo: 'Contrición e infelicidad hay en sus caminos, los que no conocieron el camino de la paz: no hay temor de Dios ante sus ojos' (Sal 13). ¿Qué es esto? La inocencia y las fortísimas obras de Dios que militan en la viva y purísima fuente; a los que expulsan a Dios de su corazón con nequísimas y condenables obras, de tal modo los trituran, como una gran lluvia sumerge cualquier cosa, de modo que ya no aparezca. Y por eso tampoco relampaguean en la presencia de Dios; ya que la infelicidad con la infelicísima costumbre está en los itinerarios de ellos a dondequiera que se haya extendido con el pasto de la muerte. ¿De qué modo? A saber, gustando y comiendo esto que es malo; por lo cual

también desconocen aquel camino que asciende en el calor del sol en sus obras, porque no gustan la dulzura de Dios ni en el honor ni en el amor, donde arrojan su temor como el temor de un extraño, ya que no desean ni verlo ni mirarlo. Por lo cual también, como ves, aquella llama que busca las nubes combate contra aquellos hombres que quieren ir a los cielos; porque aquel nequísimo incendio, cuando haya sentido que las mentes de los hombres fieles tienden hacia arriba, bachea crudelísimamente contra ellos con sus artes, para que no lleguen a aquellas cosas celestiales que ellos buscan con muchos suspiros. De los cuales ves tres líneas de batalla, puesto que ellos no cesan de dar culto a la verdadera e inefable Trinidad (aunque se fatiguen muchísimo en sus certámenes). Pues una línea de batalla marcha cerca de las nubes; porque estos, combatiendo fortísimamente contra el diablo, elevan su mente de los actos terrenos así hacia arriba a lo celestial, del mismo modo que la nube suele fluir sobre la tierra; y una discurre en aquella medianía que está entre las nubes y la tierra, ya que ellos conteniéndose con una cierta moderación, ni con toda su mente sudan en lo celestial, ni con todo su deseo en lo terreno, sino que imponiéndose un modo en estas cosas buscan lo interior, pero no rechazan lo exterior; y una marcha junto a la tierra, porque estos, no desertando perfectamente de las cosas caducas, se adhieren un poco a las cosas caducas, de tal modo que trabajando mucho en ellas sienten en sí mismos muchas fatigas de las pasiones, pero no obstante existen como vencedores por el

auxilio superno, todos vociferando con repetidas voces: 'Vayamos a los cielos'; puesto que tanto estos como aquellos, en muchos suspiros de sus deseos, exhortándose a sí mismos a tender a aquellas cosas que están en los secretos supernos, aunque se fatiguen muchas veces por las artes del antiguo serpiente en esta intención suya. Pero proyectados de aquí para allá por aquella llama; porque agitados por el soplo de la tentación diabólica en la diversidad de costumbres, algunos sin embargo no caen, puesto que ellos existen como fortísimos luchadores, y se defienden varonilmente de estas ilusiones; pero otros apenas se sustentan por sus pasos, porque estos ponen sus itinerarios en el camino de la rectitud, pero fatigados en muchos trabajos, no obstante superando las artes diabólicas perseveran en los mandatos de Dios; otros en verdad cayendo a la tierra, pero surgiendo de nuevo tienden a los cielos, ya que ellos, habiendo colapsado en la diversidad de vicios, pero después erectos por la penitencia, ponen su esperanza con buenas obras en Dios.

Pero que aquella llama que se difunde entre los hombres seculares, quemando a algunos de ellos los convierta en una negrura feísima, esto es que el mismo incendio de nequísima decepción tendiendo a aquellos que insisten en las causas terrenas, sujetando a algunos de ellos a su perversidad, los infecta con los pésimos vicios de la tenebrosa iniquidad: de tal modo que ellos despreciando la claridad de la verdadera fe, y matándose a sí mismos con amarga muerte caen

en tierra y perfeccionan obras nefastísimas en sus actos; pero a otros los traspasa de tal modo con su agudeza, que los inclina a dondequiera que quiere, puesto que su nequicia de tal modo los doma, que los inclina a los universos vicios de su pravidad, a saber sugiriéndoles la dulzura secular en la amplexión de la ardiente libido: de modo que tienen incluso diversas costumbres de sus múltiples ritos, a saber en las palabras, en los cabellos, en la vestidura, en el paso y en otras cosas similares a estas. Por lo cual se vuelven tortuosos, descuidando la justicia de Dios, y existiendo como prevaricadores de la ley, ni imponiéndose a sí mismos la circuncisión de la mente; porque buscan la superfluidad en la libido, ni guardan ningún tiempo de la ley como les fue constituido por Dios; sino que como el mar es sacudido por el viento en la inquietud, así también ellos por el soplo del antiguo dragón son movidos en diversos vicios. De la cual, no obstante, algunos se arrebatan a sí mismos, marchando hacia aquellos que buscan los cielos. '¡Oh vosotros los fieles, prestadnos ayuda!', vociferan con un clamor reanudado; ya que abstrayéndose de la torpe y nociva costumbre e imitando a los que fijan su mente en lo celestial, para que empleen su solicitud, desean para sí el auxilio de corazón y de voz; otros en verdad permanecen así traspasados: porque ellos, enredados en diversos vicios perseveran en los males. Pero que aquella llama que se extiende entre los espirituales los cubra con su calima, esto es que la misma aflación de la persuasión diabólica, emitiendo sus incendios a aquellos que

con todo denuedo deberían servir al espíritu, los nubla con la perversidad de sus vicios, en tanto que anhelan más por la carne que por el espíritu. A los cuales también consideras en seis modos; puesto que el antiguo enemigo trata de pervertir tanto sus cinco sentidos exteriores como la devoción interior del corazón de ellos como un sexto modo. Pues a otros la misma llama los daña; porque el diablo enviándoles sus artes, los sopla con carnales deseos y placeres, de tal modo que los enciende a la libido y a la polución de mucha inmundicia. Pero a los que no puede dañar, a estos los sopla ardientemente con aquel veneno mortífero verde o blanco o rojo o azafranado o negro que desciende desde la cabeza del mismo gusano hasta sus pies. ¿De qué modo? Puesto que cuando rechazan los placeres de las poluciones, o les infunde la tristeza del siglo como una verdosidad brotante por la cual de tal modo son oprimidos que ni en las cosas espirituales ni en las seculares valen; o les inyecta la irreverencia de los vicios como una inepta blancura, de modo que ni ante Dios ni ante los hombres esconden su torpeza; o les muestra el recuerdo de la gloria terrena como un fúlgido rubor, de donde tienen amargura y ansiedad de corazón; o les induce la detracción de los prójimos como un azafrán tibio, de modo que susurrones y bilingües se vuelven por ello; o les impone la simulación de la justicia como una hórrida negrura, por la cual miserablemente son oscurecidos en sus corazones. Todas las cuales cosas son pestes mortíferas: procedentes desde el principio de la decepción del mismo perdidor

hasta aquel fin cuando ya su insania recibirá el fin en el mundo, por las cuales infiere el nocivo ardor de los vicios a los hombres.

Pero el que la llama que busca el abismo tenga en sí diversas penas de aquellos que, no lavados por la fuente del bautismo e ignorando la luz de la verdad y de la fe, adoran a Satanás en lugar de a Dios; esto es que aquel incendio que se adhiere a la perdición, infiere atroces y amargos tormentos a aquellas almas que, no purificadas en la fuente de la salvación y no viendo la claridad de la herencia celestial ni la fe de la institución eclesiástica, no cesan de venerar a aquel que, puesto en emboscada, se esfuerza por enviar las almas de los hombres a la muerte, en vez de a Aquel que otorga la vida y la salvación a los hombres.

Como ves de su boca saetas agudísimas y silbantes, que son las peores y más inicuas infecciones procedentes de la rabia diabólica, y que se enfurecen con muchas iniquidades; y de su pecho exhalando un humo negro, que es la emisión de la más tétrica ira y envidia de sus maliciosos esfuerzos; y de sus lomos un humor ardiente que hierve: que es la efusión de la más ferviente libido por su inmundicia en los prelados. Y de su ombligo soplando un torbellino férvido: que es la sofocación de la más ardiente fornicación por su voracidad en los súbditos; y de la extremidad de su vientre brotando como una inmundicia de ranas: que es una fétida egestión de la perdición de su perversa absorción en la obduración de la desesperación, cuando el mismo antiguo acechador ha llevado a sus seguidores a toda su voluntad; todas las cua-

les cosas causan gran inquietud en los hombres, porque tales perversidades imponen la máxima calamidad de un misérrimo enredo a aquellos que fijan su esperanza no en las cosas celestiales, sino en las terrenas.

Pero el que de él salga una tétrica niebla con un pésimo hedor e infecte a muchos hombres con su perversidad; esto es que del mismo diablo procede el negrísimo error de una conciencia fétida y agita a los hombres necios por una inicua credulidad. ¿De qué modo? De la decapitación de Juan el Bautista, quien mostraba que el Hijo de Dios es el remisor de las heridas de los pecados, surgió un error pésimo, donde el diablo seduce a muchos hombres en diversas imágenes: pensando que esto es verdadero, lo cual él mismo les demuestra falazmente según la estimación de ellos. De donde muchos son engañados según este modo; porque también la fe de ellos siempre vacila en la enfermedad. Pero, oh hijos míos, si queréis vivir justa y piadosamente, huid de este nequísimo error, no sea que la amarguísima muerte os aprehenda en la incredulidad. Huid también de aquellos que moran en las cuevas, siendo las cohortes cerradas del diablo; ¡ay de ellos, ay de ellos que así perseveren!, porque son las entrañas del diablo y el germen precursor del hijo de la perdición.

Por lo cual, oh hijos míos amados, con toda devoción y toda virtud de vuestra alma y cuerpo evitadlos; porque la antigua serpiente los alimenta y viste con su arte, porque lo adoran como a Dios y porque confían en él por falaz engaño.

Ellos mismos son para sí los peores homicidas, de tal modo que matan a los que simplemente se les adhieren antes de permitirles declinar su error; y son en sí mismos torpísimos fornicadores, mortificando también su propia semilla en el homicidio y ofreciéndola al diablo; invadiendo así también en sus cismas y en la plenitud de sus vicios mi Iglesia, cuando neciamente se burlan del bautismo y del sacramento del cuerpo y de la sangre de mi Hijo, y de los demás institutos que mi Iglesia tiene, en sus torpes maquinaciones. Pero aunque por el temor de mi pueblo no se opongan abiertamente a estos mis institutos, sin embargo en sus corazones y hechos los tienen por nada. Pues por ilusión diabólica simulan tener santidad, en la cual son engañados por el diablo; porque, si el diablo se les mostrara abiertamente, sería reconocido por ellos, de modo que lo evitarían. De donde él mismo por su arte les muestra ciertas cosas como si fueran buenas y santas, y así los ilusiona. ¡Oh, ay de aquellos que así perseveren en esta muerte!

Pero porque el diablo sabe que tiene un módico tiempo para su error, por eso ahora se apresura a perfeccionar la infidelidad en sus miembros, los cuales sois vosotros, pésimos engañadores que trabajáis por subvertir la fe católica. Vosotros sois inestables y blandos para evitar las saetas venenosas de la polución humana, las cuales ejercéis según vuestra voluntad contra la ley. De donde, después de que evacuáis vuestra libido con la semilla venenosa de la fornicación, entonces oráis fingidamente y os imponéis falazmente santidad,

lo cual ante mis ojos es más indigno que el lodo fétido. Ciertamente el cisma que surgió en Horeb, donde la plebe judaica haciendo una escultura comenzó a jugar en burla diabólica: así también todavía algunos suelen jugar petulantemente; y el cisma que hubo en Baal en el cual muchos perecieron; y el cisma de las fornicaciones donde se perpetraron hechos torpes con los madianitas, y otras cosas semejantes a estas caerán sobre vosotros: porque en todas estas tenéis parte en vuestros males, siendo peores que el pueblo anterior, pues viendo la verdadera ley de Dios, la rechazáis pertinazmente. Pero, oh vosotros que deseáis vuestra salvación, de modo que habéis recibido el bautismo y sois el monte ungido de Dios, resistid a Satanás y no queráis descender del monte de vuestra salvación.

Pero el hombre que es de tanta dureza que desprecia el auxilio de Dios para resistir al diablo, en este el mismo diablo no cesa de poner sus emboscadas, cuando también ve surgir en él la negrura de la iniquidad, la cual infiere tanta amargura a todo su cuerpo que incluso su cuerpo se marchita por ello en la enfermedad. De donde, cuando el hombre comienza a rumiar el mal y a triturarse a sí mismo en la desesperación, como si no le fuera posible evitar el mal y hacer el bien; entonces el diablo, viendo esto, dice: "He aquí un hombre que es semejante a nosotros, negando a su Dios y convirtiéndose a nosotros, ya nos sigue." Por lo cual apresurémonos todos y corramos hacia él velozmente: coaccionándolo así con nuestras

artes, para que no pueda huir de nosotros. Pues quiere desertar de su Dios y seguirnos.

Pero el hombre que es impugnado por estos males de la sugestión diabólica, a saber, el que se contamina con el homicidio, el adulterio, la voracidad, la embriaguez y la superfluidad de todos los vicios, si entonces persevera en estos impenitente, cae en la muerte; pero el que, resistiendo al diablo, se sustrae de estos vicios arrepintiéndose, resurge a la vida. Pues el que sigue la cupidez de su carne y descuida el buen deseo de su espíritu, de este dice el Fabricante del orbe: "Este me desprecia y ama su carne con el pecado, no queriendo saber que debe apartarse de la perdición, y por eso debe ser desechado." Pero el que ama el buen ardor de su espíritu y desecha la voluptuosidad de su carne, de aquel dice el Creador del mundo: "Este me mira y no nutre su cuerpo en las suciedades, deseando saber que debe apartarse de la muerte, por lo cual debe ser socorrido."

¿De qué modo? Como Salomón dice en mi voluntad: "Los pecadores persiguen el mal, y a los justos se les retribuirán bienes." ¿Qué es esto? Precipitándose en el lapso y cayendo en la ruina, por todas partes los invaden enfermedades mortíferas: de modo que no miran prudentemente lo que es verdadero, sino que lo desechan negligentemente. De donde, porque no son dignos de mirar a Dios, ni de tener ninguna felicidad en Dios o en los hombres, ya que rechazan a Dios y eligen al diablo; por eso aquel mal que obran les infiere mucha adversidad. Pero en los buenos el recto sentido y la justa cogitación edifican en lo

alto: de modo que reciben en su seno la herencia del padre, ya que atienden a la luz superna, no siendo falaces en la burla del foro sobre cómo esto o aquello se vende sin comparación; sino teniendo lo que es verdadero en Dios.

Pero como ves que viene una gran multitud de hombres que brillan con mucha claridad, la cual pisoteando fuertemente al predicho gusano por todas partes lo afecta con un atroz cruciato; esto es que el fiel ejército de los creyentes, aunque procreados en la miseria humana, se apresura a los deseos supernos en la fe del bautismo y en las beatas virtudes con mucho ornato y decoro: de modo que ellos mismos en sus hechos, rodeando a este antiguo seductor con una fortísima contrición, lo derriban y lo desmenuzan con un atroz cruciato, como son las vírgenes, los mártires y otros tales cultivadores del Dios verdadero que con todo empeño pisotean lo terreno y desean lo celestial, de tal modo sin embargo que ellos no pueden ser dañados ni por las llamas ni por el veneno de aquel; porque estos están munidos con tanta fortaleza y constancia en Dios que no pueden ser contaminados ni por los incendios abiertos ni por las ocultas persuasiones de la iniquidad diabólica, ya que con gran fortaleza de virtudes desertan de los vanos figmentos y, viviendo justamente, se adhieren a la santidad. Pero el que ve con ojos vigilantes y oye con oídos atentos, que este ofrezca el ósculo del abrazo a estas mis palabras místicas que emanan de mí, el Viviente.

LIBRO TERCERO.

VISIÓN PRIMA

SUMARIO.---Que los corazones de los fieles deben temer y venerar la magnitud, latitud y altitud del Temor del Señor. Que toda alma fiel que teme sabiamente a Dios es, por la fe, sede de Dios. Que la profundidad de los misterios de Dios es incomprensible para los hombres, a no ser cuanto, dándolo Él mismo, se concibe por la fe. Que en la sabiduría de Dios Padre por el amor de su Hijo se computa la perfección de todos los elegidos. Un ejemplo en el Evangelio sobre la misma cosa. Qué signifique el limo lodoso en el pecho y por qué el hombre no es superado por el ángel. Palabras de Isaías sobre la misma cosa. Palabras de David. Que Dios Padre en su Hijo encarnado de la Virgen Aurora obra, ordena y perfecciona todas sus obras. Sobre el círculo giratorio. Que la potestad de Dios es más alta de lo que el hombre deba saber, y por qué los ángeles alaban a Dios sin conmutación. Que Dios es perspicua justicia, verdadero y justo. Que la virtud, la justicia y el juicio de Dios no tienen fin que pueda ser comprendido por el sentido humano. Sobre la caída del primer ángel y los que consintieron con él, y por qué y cómo y hacia dónde cayeron. Palabras de Ezequiel sobre la misma cosa. Que la gloria de aquel esplendor que el diablo perdió por la soberbia está reservada en el secreto del padre para otra luz hecha. Que el diablo cayó sin heredero. Ejemplo de Goliat y de David. Que la fe que en los

antiguos fue oculta, en el misterio encarnado del Hijo de Dios procedió a la luz.

Y yo, humana tomada de otros humanos, que no soy digna de ser llamada humana a causa de la transgresión de la ley de Dios, cuando debería ser justa y soy injusta, excepto que soy criatura de Dios por su gracia, la cual también me salvará: vi hacia el oriente, y he aquí que allí divisé como una piedra, toda íntegra, de inmensa latitud y altitud, que tenía color de hierro, y sobre ella una nube blanca; y sobre esta puesto un trono real, redondo, en el cual sentaba un joven perlúcido de maravillosa gloria, y de tanta claridad que de ningún modo podía mirarlo claramente, teniendo como en su pecho un limo negro y lutulento, ancho a semejanza de un pecho humano, rodeado de piedras preciosas y margaritas.

Y de aquel lúcido que sentaba en el trono se extendía un gran círculo de color áureo como la aurora (cuya amplitud de ningún modo pude comprender) girando desde el oriente al septentrión, y al occidente y al mediodía, reflejándose así al oriente hacia el mismo lúcido, ni teniendo fin alguno. Y aquel círculo estaba desde la tierra a tanta altitud que no podía comprenderla, rindiendo de sí un esplendor muy terrible, a saber, de color pétreo, calibeo e ígneo, extendiéndose así por todas partes según su amplitud hacia arriba en la altura del cielo, y hacia abajo en lo profundo del abismo, de modo que no me bastaba ver fin alguno de él.

Vi también entonces del secreto del que sentaba en el trono una estrella grande, de muchísimo

esplendor y decoro, que salía, y con ella una muchísima multitud de centellas candentes, las cuales con aquella estrella, todas educidas hacia el austro, miraban al que sentaba en el trono como a un extraño, y apartándose de él anhelaban más al aquilón de lo que querían mirar en él. Pero al punto, en la misma aversión de su inspección, todas se extinguieron, convertidas así en la negrura de los carbones. He aquí que un viento de torbellino surgió de ellas, el cual pronto las proyectó desde el austro detrás del que sentaba en el trono hacia el aquilón, precipitándolas en el abismo, de modo que no pude ver más a ninguna de ellas. Pero aquel esplendor grande que les fue abstraído, vi súbitamente en su extinción retornar al mismo que sentaba en el trono.

Y oí al que sentaba en el trono diciéndome: "Escribe lo que ves y oyes". Y respondí de la ciencia interior de la misma visión: "Te ruego, mi Señor, que me des intelecto, para que pueda proferir enarrablemente estas cosas místicas, y no me desampares; sino confírmame en la aurora de tu justicia, en la cual se manifestó tu Hijo, y dame cómo pueda y de qué modo deba proferir el divino consejo, que en el antiguo consejo fue ordenado; cómo quisiste que tu Hijo se encarnara, de modo que se hiciera hombre bajo el tiempo, queriendo esto antes de toda criatura en tu simplicidad y en el fuego de la paloma, a saber, del Espíritu Santo, para que tu mismo Hijo, como espléndida forma del sol maravillosamente surgiendo, en el incipiente principio de la virginidad

se revistiera verazmente de la humanidad, tomada la forma del hombre por causa del hombre".

Y otra vez lo oí diciéndome: "Oh, cuán bellos son tus ojos en la narración divina, mientras allí surge la aurora en el divino consejo". Y otra vez respondí de la ciencia interior de la visión misma: "Yo me aparezco a mí misma en el seno de mi ánimo como ceniza de cenicienta putrefacción, y como polvo de inestabilidad, por lo cual me siento temblando en la sombra como una pluma; pero no me borres de la tierra de los vivientes como a una extraña; porque trabajo con gran sudor en esta visión, y porque también por la vileza de mi estúpido sentido que es mío en la carne, me reputo frecuentemente en el mínimo y vilísimo lugar, de modo que no soy digna de ser llamada humana, porque temo mucho no osando narrar tus misterios." Oh buen y tierno Padre, enséñame cuál sea tu voluntad, qué deba proferir. Oh tú temible Padre y oh tú dulcísimo, y oh tú lleno de toda gracia, no me desampares: sino consérvame en tu misericordia.

Y otra vez oí al mismo diciéndome: "Ahora di cómo has sido instruida. Quiero que digas: aunque seas ceniza. Di la revelación del pan que es el Hijo de Dios, que es vida en el ígneo amor, resucitando a todo muerto en el alma y en el cuerpo, y relajando los pecados disueltos en la serena claridad, siendo él mismo el inicio de la resucitación de la santidad en el hombre, antes de que sea resucitado en sí." De donde también el magnífico y glorioso e incomprensible Dios dio un gran resguardo enviando a su Hijo a la

pudicicia de la virginidad, la cual no pudo tener ninguna variedad de manchas en su virginidad de donde ella se ablandara. Allí no pudo ni debió haber ninguna polución de la carne en la mente de la Virgen, porque la interfectora y mortificadora de la muerte del género humano, ella misma sin saberlo, como engañada en el sueño, cuando el Hijo de Dios en gran silencio vino a la aurora, a saber, a la humilde doncella. La muerte procedió como segura ignorando la vida que aquella dulce Virgen portó; porque le estaba escondida su virginidad. Pues la misma Virgen era pobre en riquezas terrenas; porque la divina majestad quiso encontrarla así. Ahora escribe de la verdadera agnición del Creador en su bondad así.

Dios, que creó todas las cosas y ordenó al hombre para aquella gloria de la cual el ángel perdido con sus imitadores fue proyectado, debe ser venerado y temido con el máximo honor y temor por toda su criatura, porque es justo que por su criatura se exhiba veneración al Creador de todos, y que Dios sea adorado fidelísimamente sobre todas las cosas. Lo cual también esta piedra que ves designa certísimamente. Pues ella es en misterio la magnitud del Temor del Señor: el cual con purísima intención debe siempre surgir y perseverar en los corazones de los fieles.

Pero el que la veas toda íntegra y de inmensa latitud y altitud, que tiene color de hierro, esto es que la misma firme y grande magnitud del Temor del Señor debe ser tenida firmísimamente, porque Dios debe ser temido por toda criatura en toda integridad, para que se conozca que es

el uno y verdadero Dios, pues ninguno hay fuera de Él, ni semejante a Él, en quien hay inmensa latitud; ya que es incomprensible en todas las cosas y sobre todas las cosas, y altitud; pues nadie puede comprender la santa divinidad, ni llegar a ella con la altitud de su propio sentido, porque ella está sobre todas las cosas. Pero el que sea de la semejanza del color de hierro, esto es que es oneroso y duro para las mentes humanas temer a Dios, siendo aquello muy grave para la molicie de la frágil ceniza, porque la criatura humana es rebelde a Él.

Sobre la piedra misma, en verdad, la nube blanca es la clara sabiduría de la mente humana, y sobre ella puesto el trono real redondo es la fuerte y principal fe que circula en el pueblo cristiano, al cual Dios es conocido fielmente; porque donde el Temor del Señor radica, allí también la sabiduría de la mente humana aparecerá encima, y después, trayendo Dios auxilio, la fe será impuesta sobre esta, en la cual el mismo Dios se prepara un descanso. Pues cuando Dios es temido por la sabiduría de la mente humana, es entendido en la fe; porque con estas debe ser tocado como la sede toca a su Señor. Y entonces en estas Dios se prepara una sede, siendo sumo sobre todas las cosas; porque ni por la potestad ni por la dominación puede ser comprendido, sino que reside en la única y pura fe; ya que uno es el Dios que debe ser creído sobre todas las cosas.

De donde el joven perlúcido que sienta en el trono, de maravillosa gloria, y de tanta claridad que de ningún modo podías mirarlo claramente,

teniendo como en su pecho un limo negro y lutulento, ancho como el pecho de un gran hombre, rodeado de piedras preciosas y margaritas; es el único Dios que reina sobre todas las cosas, luciente en la bondad, y maravilloso en sus obras, cuya inmensa claridad en la profundidad de su misterio ningún hombre puede mirar perfectamente, a no ser cuanto por la fe es comprendido y portado; así como la sede contiene y rodea a su señor, la cual de tal modo le está sujeta que ni puede elevarse contra su señor: así la fe no desea mirar soberbiamente en Dios, sino que solo con íntima devoción lo toca. Y como en su pecho, esto es, en la sabiduría de su misterio, tiene por el amor de su Hijo al ínfirmo y débil y pobre limo que es el hombre, negro en la negrura de los pecados, y lutulento en la polución de la carne, y ancho según la semejanza del pecho del hombre, que es la dilatación de la profunda y gran sabiduría en la cual el mismo Dios creó al hombre, mirando a aquellos que están en la salvación del alma por la penitencia, en cualquier crimen que estén contra Dios, coceando en su debilidad, porque finalmente llegarán a Él. Estos están rodeados de varios ornamentos de aquellos que surgen entre ellos; como piedras preciosas en las grandes personas que son mártires y vírgenes de santidad, y como margaritas, que son los hijos inocentes y penitentes de la redención, con los cuales el mismo limo está muy adornado; mientras en el cuerpo humano brillan tan grandes virtudes, las cuales en Dios son lucientes en toda claridad.

Pues el que constituyó el espiráculo y la vida de los hombres, Él se miró a sí mismo. ¿De qué modo? A saber, con la redención, mientras previó en su predestinación que su Hijo se encarnaría, de modo que en su cuerpo debiera borrarse toda maculada variedad de crímenes. Y así ve también las almas que se justificarán tras la multiplicación de los pecados superfluos mientras todavía están en sus cuerpos, y que se acostumbrarán a caminar en la justicia de Dios tras la diversidad de sus errores, cómo consisten en Dios, y cómo desisten de mucha desidia, y cómo retornan de cada vicio por el cual ellas fueron vulneradas cuando cayeron en pecados mortales; y como están viendo que muchos pueblos surgieron de las vías errantes en las cuales caminaban, llenos de heridas en plagas pésimas, restaurados de la muerte de la fealdad de los crímenes: así también vienen muchos que en la amargura del acerbo dolor del pecado están tan gravemente vulnerados, que ellos mismos en la costumbre de los malos hábitos en los cuales pecaron sobremanera están tan tediosos, que no pueden respirar más en las fluctuaciones, para obrar la obra mortífera en el adulterio, el homicidio y la superfluidad de todos los males.

Oh miseros, ¿acaso no vienen ellos como peregrinos de una región lejana, como dice la Escritura en el Evangelio, donde el hijo menor dijo: "Me levantaré e iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo, hazme como a uno de tus mercenarios"? (Luc. XV). Esto es tal cosa. El hom-

bre que del lapso del pecado por la amonestación del Espíritu Santo vuelve en sí, dice: "Quiero levantarme de los insoportables pecados que de ningún modo han de ser sostenidos por mí, de la grave culpa, sino que volveré en el recuerdo de mi mente llorando y doliéndome por mis pecados: viniendo así a mi padre, que es mi padre porque me creó, y le diré: 'Padre, pequé contra el cielo', esto es, contra la obra celestial que yo soy, a quien formaste en tu voluntad, tocándome así en la creación misma, de modo que yo también debí ser celestial en mis actos, pero me hice contraído con torpísimos trabajos, pecando también 'ante ti', porque destituí la naturaleza humana en mí."

¿De qué modo? En muchas abominaciones, por eso también soy yo reo en mi perdición y en tu majestad: y "no soy digno de ser nombrado hijo tuyo", porque por la nequicia de mi corazón llevé tu criatura en mí de otro modo que como por ti fui constituido. Pero ahora haz conmigo como con tu siervo redimido en la merced de la sangre de tu Hijo, a quien diste en tan gran merced que la muerte nunca podrá repagar con ninguna recompensa, sino que Él perdona a los para pecadores por la penitencia que surgió en la pasión de tu Hijo, porque perdí la recta herencia de los hijos en Adán, quien, creado hijo, fue destituido en la justicia de la gloria de la felicidad. Ahora pues la penitencia debe redimir los pecados del hombre con la sangre de tu Hijo.

Esto ha de decirse por aquellos que reiteran la caída de Adán y tras esto retornan por la penitencia alcanzando así la salvación, y se acuerdan

de que oyeron muchas amonestaciones, que fueron narradas de las Escrituras tanto del cruciato como de la sangre de su Redentor, y recuerdan gimiendo que transgredieron con el oído, por el cual con estudio debieron percibir cómo guardarían la palabra de Dios, ya que ellos descuidaron su ley que les había sido instituida para guardarla, en la constitución del precepto rehusando mirar qué debían hacer o qué debían dejar por el temor del Señor, quienes sin embargo vienen a la verdad, recordando aquellas cosas que oyeron o supieron de Dios, aunque antes estuvieran tan cegados que en absoluto quisieran saber su justicia, para inclinarse a esto que la antepusieran a sus pecados, pues la despreciaban y pues arrojaban atrás la palabra de Dios, rechazando su ley. Muchos de estos serán sobreabundantes in bienes: de modo que ni se sacian, ni les basta con banquetear en la casa de Dios celebrando el divino oficio y obrando su justicia sobreabundantemente, de modo que siempre están llorando y recordando en los dolores los males que en las cosas pasadas perpetraron mientras cultivaban obras ilícitas, traspasando las cosas lícitas de la ley de Dios.

Este es el limo lodoso que ves en el pecho del piadoso Padre. ¿De qué modo? Al Hijo de Dios que salió del corazón del Padre viniendo al mundo, le asiste el pueblo creyente, adhiriéndose a Él con esta intención por la cual creen en Él. Ciertamente por eso también estos aparecen así en el pecho del piadoso Padre, para que ni el ángel ni ninguna criatura desprecie al hombre, porque el Hijo del

sumo Dios encarnado tiene la forma del hombre en sí mismo.

Pues el beato coro angélico por eso tiene indignación contra el hombre porque demasiado se envilece en sus pecados, mientras los mismos beatos ángeles son inviolables sin ninguna transgresión de la justicia, viendo siempre atentísimamente la faz del Padre. Y lo que es amado por el Padre: esto también ellos lo aman en el Hijo. ¿De qué modo? A saber, que el Hijo de Dios nació hombre, pues yo el Padre puse a mi Hijo nacido de la Virgen para la salvación y para la restauración del hombre, como os anuncia el profeta Isaías mi siervo. "Como pastor apacentará su grey, en su brazo congregará los corderos y en su seno los elevará, él mismo llevará a las ovejas paridas". (Isa. XL). Esto es tal cosa. Como el pastor apacienta su grey, así apacentará mi Hijo el buen pastor su redimida grey. ¿De qué modo? Él mismo la apacienta con su ley, la cual él mismo por mí plantó. De donde también en su extensa potestad como en su brazo; porque el mismo mi Hijo es hombre, congregará a los inocentes corderos de la culpa de Adán por la inocencia del bautismo, cuando de ellos se despoja el viejo hombre con sus obras, y los elevará en sus virtudes y en su ley en su seno. ¿De qué modo? A saber, porque los eleva sobre lo excelso de los cielos de tal modo que se hacen miembros de Él. Por lo cual así en el secreto interior de la deidad aparece el hombre en su forma, la cual ni los ángeles tienen ni ninguna otra criatura, porque mi Unigénito por la redención del género humano en carne virginal asumió

la forma del hombre. Él mismo llevará también a las ovejas paridas en su cuerpo. ¿De qué modo? Mi mismo Hijo lleva a los hombres en su sangre: de modo que han sido hechos salvos por sus cinco llagas; porque cualquier cosa que hayan pecado por sus cinco sentidos, esto se borrará por la suma justicia tras la penitencia, ya que Él mismo de tal modo los llevó, que se encarnó, y que padeció las cinco llagas en la cruz, y que murió y fue sepultado y que resucitó de entre los muertos. Él mismo les alargó también su mano, cuando los retrajo hacia sí. ¿De qué modo? A saber, porque mi Hijo asumió la humanidad por aquellos que pensaban por la caída de Adán haber perecido eternamente. El mismo mi Unigénito venció también la muerte, de modo que no pudo dominar más sobre ellos. De donde también Él mismo de tal modo los conoció en la virtud de su claridad, como han de venir en la purgación de la penitencia. Pero el que los veas aparecer en el seno del Padre, esto es que el Hijo del hombre se perfecciona con sus miembros en el secreto del Padre. ¿De qué modo? Pues cuando el mundo se complete, entonces los elegidos también de Cristo que son sus miembros, son perfeccionados.

¡Oh, cuán bello es aquel!, como también dice el Salmista: "Hermoso en forma sobre los hijos de los hombres". (Sal. XLIV). Esto es tal cosa. La más bella hermosura brilla en Él de clarísima forma sin ninguna mancha de pecado, y sin el licor de la fealdad humana, y sin ninguna concupiscencia de hecho realizado en los deseos de los pecados, los cuales exige la carne de la mortal enfermedad.

Esto nunca tocó a este hombre. Y aquella forma del Hijo del hombre nació en simplicidad sobre los demás hombres, de modo que la ilesa Virgen engendró a su nacido en la ignorancia del pecado, sin saberse tener un hijo en la amargura. ¿De qué modo? Puesto que no sintió ningún contacto en los pecados, por eso ignoraba tener dolor en el parto, sino que dentro en ella la integridad de su cuerpo se gozaba. ¡Oh, qué hermoso en forma! Pero sepan los hombres que allí la hermosura carnal no fue mayor sino en cuanto la ordenación de la profunda sabiduría constituyó la forma del hombre, porque el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo un solo Dios en tres personas no se deleita en la hermosura de la carne, sino en la gran humildad por la cual el Hijo de Dios se revistió de humanidad. En la forma pues del hijo del hombre no había ninguna maculosidad, como a veces se distorsiona el hombre con cara molesta en la diversidad del cuerpo, lo cual es en el juicio de Dios, a saber, cuando los miembros del hombre están divididos no rectamente ordenados como de los débiles, lo cual no es según la naturaleza de la formación en el cuerpo del hombre, sino según el juicio de Dios. Y la naturaleza fuerte ciertamente existe en la recta formación, pero la ínfima fluye hacia la diversidad de la formación de contraria forma, lo cual no era necesario en el hombre mi Hijo.

Pero, digo, en gran diversidad estén los hombres en sus miembros, de tal modo que ellos son negros, feos, pollutos, leprosos, hidrópicos y llenos de vicios, teniendo también el herrumbre

del maleficio en la persuasión del arte diabólico, e insipientes y duros para ver los bienes del Señor, y debiendo ser acusados y culpados de mucha desidia porque debieron obrar la justicia y obran el mal, y dejan el bien, despreciando la cruz y el martirio de su Señor.

Dios Padre sin embargo mira con la intención de su bondad la obra hecha de limo, así como un padre mira a sus hijos mientras los eleva a su seno. Y puesto que Él mismo es Dios, tiene la dilección de un piadoso padre hacia sus hijos. Pues de tal modo es para Él la dilección interior del corazón hacia los hombres, que envió a su Hijo al oprobio de la cruz como cordero manso que es llevado a la víctima para ser matado: de modo que mi Hijo trajo de vuelta la oveja perdida, la cual tomó de las fauces del lobo, sobre su hombro, asumida la humanidad, portándola en grandes dolores, cuando se dignó morir por sus ovejas.

En aquellos hombres pues hay muchos rodeados de ornamentos, que también están decorados con el precioso ornato de las virtudes: que son mártires, vírgenes, inocentes y penitentes y sujetos a sus maestros, como ya se ha dicho, y que se reconocen conscientes en sus crímenes, atormentándose en estos con inexpugnable certamen, mientras niegan en sí mismos lo que son.

Allí no se ha de decir quiénes son, o dónde están los elegidos; pues todos han sido computados. Quién es aquel a quien le sea posible ver en la profunda sabiduría del Altísimo y en la discreción de su ciencia qué tenga Él mismo en el número de los que han de ser salvados. Incom-

prensibles son sus juicios para todos los hombres. A vosotros os toca correr; porque os está preparado el reino de Dios. Pues según el estudio de los fieles que obran la justicia de Dios, que son lavados en el bautismo y conocidos en la fe, tal también será la merced de ellos.

Pero el que veas que del que sienta en el trono se extiende un gran círculo de color áureo como la aurora, cuya amplitud de ningún modo puedes comprender, esto es que del Padre omnipotente se extiende su fortísima potestad y su fortísimo trabajo que todo lo comprende en su potencia, con la cual está obrando en su Hijo a quien siempre tuvo consigo en la majestad de la divinidad, por Él ordenando y perfeccionando todas sus obras antes del mundo y en el mundo desde el principio, el cual enrojece con bellísimo fulgor como la aurora; porque el Hijo se encarnó en la sapientísima Virgen a quien la aurora significa, por inspiración del dedo de Dios que es el Espíritu Santo; en el cual también fue hecha toda obra del Padre.

El circuito de esta gloria por ninguna razón puedes comprenderlo, porque ni su potestad ni sus obras, ni hay ninguna medida de ninguna bondad o potestad para medir aquella que sea, o haya sido, o deba hacerse en ninguna criatura, sino que Dios es inestimable e incomprensible en su potestad, e invicto y maravilloso en su obra. Y el mismo círculo girando desde el oriente al septentrión, y al occidente y al mediodía, reflejándose al oriente hacia el mismo que sienta en el trono ni teniendo fin alguno; esto es que la potes-

tad y la obra de Dios circundan, comprendiendo a toda criatura.

¿De qué modo? En la voluntad del Padre que con el Hijo y el Espíritu Santo es un solo Dios, surgieron todas las criaturas, las cuales todas lo sienten en potestad. ¿De qué modo? Todas lo están sintiendo en la creación, a saber, girando desde el oriente que está en el orto de toda justicia, y tendiendo al septentrión para confusión del diablo, y al occidente donde las tinieblas de la muerte quieren oprimir la luz de la vida, resurgiendo sin embargo la luz otra vez, vencida la calígine de las tinieblas, y al mediodía, donde está el ardiente ardor de la justicia de Dios en los corazones de los fieles, convirtiéndose finalmente al orto de la justicia como al oriente se recibe.

¿Qué es esto? Mientras por la suma potestad la obra de Dios según el tiempo preordenado por Dios sea completada en los hombres en este mundo, entonces también se cumplirá el circuito del mundo mismo, perfeccionado al fin del tiempo en el novísimo día, refulgirán todas las obras de Dios en sus elegidos, no teniendo fin el que sienta en el trono; porque Dios es perfecto en la potestad y en su obra, que era y es y permanecerá sin ningún inicio de ningún tiempo en la divinidad, de modo que no fue sino que es.

Y el que aquel círculo esté desde la tierra a tanta altitud que no puedas comprenderla, esto es que la potestad superna es tan excelsa sobre todas las vidas de las criaturas en el sentido y en el intelecto del hombre, y tan incomprensible en todas las cosas y sobre todas las cosas, que ningu-

na cultura podrá medirla con ninguna capacidad de sentido sin que ella misma sea mucho más sublime de lo que le sea dado conocer. De donde también los ángeles frecuentemente resuenan a Dios en alabanzas. Pues ellos mismos lo ven en su potestad y gloria; pero no pueden, mirándolo perfectamente, comprenderlo como si llegaran al fin, ni nunca pueden ser tomados por el fastidio de la saciedad tanto de su magnitud como de su hermosura.

Pero el que de sí devuelva un esplendor muy terrible, a saber, de color lapídeo, calibeo e ígneo, esto es que la divina potestad demuestra de sí una dura virtud en gran severidad contra la iniquidad disimulada e impenitente e impune, formidable, y como calíbea; porque Dios es preclara justicia que no tiene ninguna injusticia de blandura cedente (como el polvo, según se dice, es lo injusto que a Dios no place); sino que Él mismo es aquella justicia que como con acero confirmó toda otra justicia, la cual es mucho más frágil que su justicia como el hierro cede al acero, y también como ígnea; porque Él mismo es el fuego judicial que consume el pecado por toda injusticia que nunca quiso convertirse a Él buscando su misericordia.

Es también Dios como una piedra en el hombre; puesto que Él mismo es verdadero y justo sin ninguna mutación; porque como la piedra no puede convertirse en blandura, así Él no tiene ninguna mutación, y es como el acero, a saber, en la eficacia que atraviesa todas las cosas sin ninguna mutación de lugar o de tiempo, porque Él mismo es Dios que existe sobre todas las cosas,

es también como el fuego; puesto que inflama e incendia e ilumina todas las cosas sin la vicisitud del tiempo subsiguiente en la novedad, porque Él mismo es Dios.

Y el que aquel esplendor por todas partes según su amplitud se extienda así hacia arriba en la altura del cielo y hacia abajo en lo profundo del abismo que no puedas ver su fin, esto es que la virtud de la potestad y de la obra de Dios, y su justicia y su rectísimo juicio en todas partes en su incomprensibilidad no tiene fin alguno ni en lo superior del cielo ni en lo inferior del abismo que pueda ser comprendido por el sentido humano, siendo que está sobre todas las cosas.

Ves también del secreto del que sienta en el trono una estrella grande de muchísimo esplendor y decoro que sale, y con ella una muchísima multitud de centellas que caen; porque por mandato del Padre omnipotente el ángel Lucifer, que ahora es Satanás, en su orto salió adornado con gran gloria y vestido con mucha claridad y decoro, y con él todas las centellas de su agrupe entonces candentes en el fulgor de la luz, pero ahora extinguidas en la tiniebla de la calígine; puesto que propenso al mal, no miró en mí solo el perfecto; sino que estimaba confiando en sí mismo, poder empezar lo que quisiera, y perfeccionar lo que empezara. De donde lo que debía de honor al que sienta en el trono porque por él fue creado, esto lo retorció hacia sí mismo, y en esto mismo se declinaba al mal. Pero el que con aquella estrella todos, conducidos al austro, inspeccionaban al mismo que sienta en el trono como a un extraño,

y apartándose de él anhelaban más al aquilón que lo que quisieran inspeccionarlo a él, esto es que Lucifer y toda su compañía miserablemente consistió en el ardiente bien de Dios, como por oblicuo, en la soberbia a saber desdeñando al que reina en el cielo; porque todos ellos surgidos en la creación; desde el principio gustaron la impiedad que a la perdición se vuelve, inspeccionando a Dios no de modo que quisieran conocerlo en la bondad, sino de modo que quisieran elevarse sobre Él como sobre un extraño, apartándose con flagrante elación de la cognición de Él, y tendiendo más a su caída que lo que desearan conocer a Dios en su gloria.

Pero el que inmediatamente en aquella misma aversión de su inspección todos se extinguieron, así vueltos en la negrura de los carbones, esto es que mientras soberbiamente desdeñaran conocer a Dios, el mismo Lucifer con todos sus secuaces en su malicia se extinguió del fulgor del claro esplendor, con el que por la divina potencia estaba vestido, borrando en sí mismo la belleza interior, de la cual debió haber usado para el bien; y extendiéndose para devorar la impiedad; así se extinguió de la eterna claridad para que cayera en la eterna perdición. De donde todos fueron vueltos en la negrura de los carbones del fuego extinguido; porque con su jefe, a saber el diablo, despojados de la claridad de su esplendor así se extinguieron en la perdición de la tiniebla, careciendo de toda gloria de bienaventuranza, como el carbón carece de toda luz de la centella ígnea. Pero el que un viento de torbellino surgió de ellos,

que pronto los proyectó desde el austro hacia atrás del que sienta en el trono al aquilón precipitándolos al abismo, de modo que no pudieras ver más a ninguno de ellos, esto es que el máximo soplo de impiedad se erigió en los mismos ángeles de iniquidad, cuando quisieron prevalecer sobre Dios y oprimirlo por la soberbia, el cual fue soplado en la amarguísima negrura de la perdición, y los proyectó del austro, esto es del bien, hacia atrás; que es en el olvido de Dios que todo lo rige, como hacia la parte aquilonar, para que donde soberbiamente querían ser exaltados, allí confusos encontraran la caída, precipitados por su soberbia al abismo de la muerte eterna, que es la perdición de ellos para que en ninguna claridad más se vean, como por mi siervo Ezequiel hablé al bosque meridiano que ardientemente debió traer el fruto de la justicia y no lo trajo, diciendo: He aquí que yo encenderé en ti un fuego, y consumiré en ti todo leño verde, y todo leño árido; no se extinguirá la llama del incendio, y se quemará en él toda faz desde el austro hasta el aquilón. Y verá toda carne que yo el Señor la encendí, ni se extinguirá (Ezech. XX).

Esto es tal. Oh necio, que en tu soberbia te erigiste contra mí, yo que ni principio ni fin tengo, haré que en mi celo se encienda en ti el fuego de mi indignación, por el cual consumiré en ti toda tu verdura con la cual quisiste empezar la obra, en falso vigor confiando más en ti que en mí; porque elegiste en tu necia ciencia ser según tu soberbia, y consumiré en ti toda aquella aridez de tu pecado y de los otros perdidos cuando

sugieres el pecado, árido en el bien, al hombre que es ceniza, porque tu sugestión no recibirá en ti ninguna salvación; sino que se hará en ti fuego eterno. Ni resta para ti ninguna remuneración de salud, ni para aquellos que te siguen en tu ejemplo. Y no se extinguirá aquel incendio de las penas en sus suplicios, sino que consumirá la precipitada soberbia como en la faz de la concupiscencia del aspecto del honor que concebiste querer tener en ti mismo, tú que fuiste arrojado de toda tu gloria; surgiendo a saber del austro en ardiente clarísima luz, y cayendo en las tinieblas del aquilón, esto es del infierno. Y esto verá todo hombre: a saber los elegidos y los réprobos conociendo la gehenna, puesto que los elegidos la conocen; porque la huyeron; los réprobos en cambio, puesto que con ella en las penas permanecerán, sabiendo que yo el Señor omnipotente la encendí para retribución de tus males, oh diablo, ni se extinguirá en tus males ni en los de los que te siguen. Y así la perdición de la soberbia diabólica proyectó a Satanás y a sus ángeles a las tinieblas exteriores de los eternos tormentos sin ninguna consolación de luz; de modo que a él no se le encontró lugar alguno en la luz eterna, y tú, oh humano frágil (fragilis homo) horrorizado y estupefacto, no pudiste contemplar más nada de ellos; como también el mismo Ezequiel en mi espíritu dice al rey de Tiro bajo mística significación: Todos los que te vean entre las gentes se estupefactarán sobre ti. En nada te has convertido, y no serás para siempre (Ezech. XXVIII). Esto es tal. Todos los rectos de corazón que te vean,

diablo, embriagado de vicios en aquellas gentes que te abrazan en la prevaricación de la ley de Dios, se secarán estupefactados en tu suciedad, cómo polucionas con tu sugestión el templo en la edificación de Dios que es el hombre; y por eso en nada te has convertido por tu soberbia en la cual caíste de toda gloria de salvación; porque en absoluto eres ningún vigor, en ninguna felicidad, ni serás encontrado teniendo más ninguna gloria en la eternidad de los celestiales, porque tú estás confuso en ellos para siempre sin fin.

Pero el que vieras que aquel gran esplendor que les fue sustraído, en la extinción de ellos repentinamente volvía al mismo que sienta en el trono: esto es que el preclaro y gran fulgor que el diablo por su soberbia y su contumacia perdió cuando en él y en todos sus secuaces entró el germen de la muerte (pues era Lucifer de una luz más pura que los demás ángeles) volvió a Dios Padre de donde había salido, guardado en su secreto; porque el lugar de la gloria de aquel esplendor no debió estar vacío; sino que Dios lo guardó para otra luz hecha. Pues el esplendor de aquel a quien Dios mandó surgir desnudo y no cubierto de carne, que es el diablo con toda su compañía sin embargo en claro esplendor; guardó el esplendor para el limo que formó en hombre, cubriéndolo con la naturaleza más vil de la tierra, por eso mismo para que no se ensalzara en la similitud de Dios, porque aquel a quien había creado claro en mucho fulgor pero no cubierto con tan frágil y tan mísero tegumento como el hombre, este no pudo estar en su elación, porque no hay sino un solo

Dios sin principio y sin fin en la eternidad. Y por eso es esceleradísimo sobre los demás crímenes, por el cual alguien se simula a Dios.

Ahora en cambio yo, Dios celestial, guardé la ilustre luz que retraje del diablo por su mal, escondiendo esta diligentemente conmigo, y la di al limo de la tierra que formé a mi imagen y semejanza, del mismo modo que hace algún hombre, cuando muere su hijo cuya herencia no pasa a sus hijos; porque falleció sin hijos; el padre atrae hacia sí la herencia del hijo y la propone en su mente a otro hijo suyo aún no nacido, para dársela cuando haya nacido de él. Pues el diablo cayó sin heredero, que es la buena obra en la recta intención: porque nunca hizo nada de bueno ni lo empezó, y por esto otro recibió su herencia, el cual también cayó, teniendo sin embargo heredero, a saber el inicio de la obediencia; puesto que la recibió con devoción, aunque no perfeccionara la obra perteneciente a esto, sino que la gracia de Dios perfeccionó aquella obra en la encarnación de la salvación de los pueblos, para restauración de la buena herencia. Y por eso recibió el hombre su herencia en Cristo, porque no desdeñó en el principio el precepto de Dios, mientras que el diablo en absoluto deseó el servicio de su Creador en el bien, sino el honor en la soberbia: de donde no recibió su gloria sino que pereció en la perdición.

Y así como Goliat se levantó despreciando a David; así se erigió el diablo en presunción en sí mismo, queriendo ser semejante al Altísimo. Y como Goliat, ignorando las fuerzas de David,

reputándolo por nada en absoluto, lo vilipendió, así la acumulada soberbia del diablo despreció la humildad en la humanidad del Hijo de Dios, el cual, nacido en el mundo, no buscó su gloria sino la gloria del Padre por todas las cosas. ¿De qué modo? El diablo no deseó imitar este ejemplo, para someterse a su Creador del mismo modo que el Hijo de Dios se sometió a su Padre. Sin embargo David amputó la cabeza de Goliat en la secreta fortaleza de Dios, como por inspiración del Espíritu Santo está escrito: "Tomando pues David la cabeza del filisteo la trajo a Jerusalén, pero sus armas las puso en el tabernáculo" (I Reg. XVII).

Esto es tal. Los despojos y las rapiñas del diablo recibió mi fortísimo Hijo, cuando derribó la cabeza de la misma serpiente antigua. ¿Dónde? En el útero de la Virgen que trituró esta cabeza. ¿Por quién? Por el mismo Hijo suyo. ¿Qué es esta trituración? La santa humildad, que apareciendo en la madre y el hijo hirió el primer inicio de la soberbia, que es la cabeza del diablo. Y así la victoriosa humildad de mi Hijo, según la carne, trajo la misma cabeza a la santa Iglesia que es visión de paz, mostrándole que por la misma fortísima humildad había sido muerta la soberbia del diablo; pero sus fortísimas armas son sus multiformes vicios, con los cuales él superó al género humano que lo adoró por Dios, aterrando así en sus viciosas artes como las armas suelen aterrar a los hombres. Estas las quebrantó mi Hijo poniéndolas en su tabernáculo, esto es en la pasión de su cuerpo mientras padecía en la cruz. De donde dejó la misma lucha también en los tabernáculos

a la vez en los cuerpos de sus elegidos miembros: para que también ellos distribuyan las armas del diablo con él. ¿De qué modo? Para que así como Él mismo venció al diablo en su pasión, así también ellos lo venzan constriñéndose en los deseos, y no sean consintientes a los vicios de aquel. Y según esta similitud, como la gloria de Goliat fue dada a David: así la gloria que fue quitada al primer ángel, la di a Adán y a su género, que me confiesa guardando mis preceptos, muerta la soberbia del diablo. Aquel que tiene las oídos de oír perspicaces del sentido interior, anhele por estas palabras en el ardiente amor de mi espejo, y escríbalas en la conciencia de su alma. SEGUNDA VISIÓN.

SUMARIO. ---Que la fe grande en virtud, surgió públicamente en la circuncisión de Abraham. Que la fe está conjunta al temor del Señor y el temor del Señor a la fe. Que los fieles por las cuatro partes de la tierra edifican buenas obras sobre la fe. De los cuatro cuadrados. Que conviene al hombre caminar humildemente y huir sabiamente de las insidias del diablo. Qué significan las cuatro esquinas del edificio. Item de otro modo sobre las mismas esquinas. Que a los hombres de Dios Padre se les da munición y defensa para obrar bien y son circunspectos porque son carne cenicienta. De la ciencia especulativa. Palabras de Pablo. Palabras de Salomón. De la operación de dos causas. Que las instituciones rectas surgieron en Abraham y en Moisés. Que la ciencia especulativa empezó a aparecer en Noé reinando sin embargo la iniquidad hasta Abraham y Moisés sin interrupción. Palabras de Pablo sobre la

misma cosa. Que la obra recta fue mostrada en Abraham y en Moisés, la justicia preclara en la Encarnación del Hijo de Dios, la obra ardiente por el bautismo en la Iglesia durando hasta el fin del mundo. Palabras de David sobre la misma cosa. Que los miembros de Cristo constan aún imperfectos en sus elegidos y la Iglesia carece aún de la futura perfección que ha de tener. Cómo el número denario atenuado por Adán, surgió en el Hijo de Dios en denario, y el denario en milenario. Palabras del Evangelio sobre la misma cosa. Que en las cinco llagas de Cristo se borran los pecados de los hombres. Que el hombre con los cinco sentidos inspirados en él por el Espíritu Santo, discierne lo bueno y lo malo. Que el hombre trabaje con el alma y el cuerpo para evitar el mal y hacer el bien en lo próspero y en lo adverso. Que la mente humana debe tener sabiduría y discreción para conocer a Dios. Que el hombre constando de cuatro elementos cultive la fe católica con igual devoción. Que el hombre fiel ascienda de virtud en virtud. Que el Hijo de Dios fue enviado al mundo según el tiempo preordenado por el Padre para que cumpliera la voluntad del Padre en la redención del hombre. Que la soberbia del malvado o su fin en la criatura operante, o el inicio o el fin de la justicia superna y la justa distribución de la voluntad de Dios: ningún hombre lo puede escudriñar.

Después vi entre el ámbito del círculo que se extendía del que sienta en el trono como un monte grande conjunto a la raíz de aquella inmensa piedra sobre la cual la nube con el trono y el que

sienta en él habían sido puestos: de modo que la piedra se veía erecta en altura y el monte extendido en latitud. Y sobre el mismo monte estaba como un cierto edificio cuadrangular formado a semejanza de una ciudad cuadrada, teniendo un sitio un poco oblicuo, de la cual una esquina miraba al oriente, y otra al occidente y una al septentrión y otra al mediodía; el edificio en cambio en su circuito llevaba un muro biforme, de la cual una forma era como un esplendor lúcido como la luz del día, y la otra como una trabazón de piedras conjuntadas entre sí en el ángulo oriental y en el ángulo septentrional, de modo que aquella parte lúcida del muro se extendía desde el ángulo oriental y terminaba en el ángulo septentrional, toda íntegra y no teniendo ningún lugar interrumpido, y la otra parte a saber la lapídea se extendía desde el ángulo septentrional al ángulo occidental y al ángulo meridiano y terminaba en el ángulo oriental, teniendo dos lugares interrumpidos entre el ángulo a saber occidental y el ángulo meridiano.

La longitud en cambio del edificio era de cien codos, y su latitud de cincuenta codos, y su altura de cinco codos: de modo que sus dos paredes en cada lado de él eran de una misma longitud, y sus otras dos paredes en el frente y en el fin de él, de una misma latitud. Pero también las mismas cuatro paredes en todas partes en el circuito del edificio mismo eran de igual altura, exceptuados sus baluartes que sobresalían un poco de su altura. La latitud en cambio entre el mismo edificio y el esplendor que del predicho círculo se extendía

a lo profundo del abismo era en el vértice del ángulo oriental de un palmo, en otra parte en cambio, esto es en la parte septentrional y en la occidental y en la meridiana tanta en todas partes era la latitud entre el mismo edificio y el esplendor, que de ningún modo podía comprender su amplitud.

Y estas cosas, maravillándome yo, el que sentaba en el trono de nuevo me dijo: La fe que en los antiguos santos con la obra de la justicia edificada desde arriba por la bondad del Padre, apareció como en palidez, encarnado el Hijo de Dios, por abierta manifestación, con ardientes obras ardientemente procedió a la luz, cuando el Hijo de Dios no codiciando las cosas caducas, enseñó con su ejemplo que aquellas fueran conculcadas y las celestiales amadas; siendo que los anteriores Padres no huyendo del mundo, ni separándose de él, cultivaban a Dios solo con simple credulidad y humilde devoción; porque aún no les había sido mostrado que desertaran de todas las cosas. De donde también el que veas dentro del ámbito del círculo que se extiende del que sienta en el trono, un monte grande conjunto a la raíz de aquella inmensa piedra sobre la cual las nubes con el trono y el que desciende en él han sido puestas, de modo que la piedra se vea erecta en altura y el monte extendido en latitud: esto es que en la potente y fuerte obra de la potestad del Padre superno que potentemente obra, está el monte que significa la fe, la cual es grande en virtud, y surgiendo públicamente en la circuncisión de Abraham, y así progresando hasta el Hijo del Dios superno

después de la ruina de la serpiente antigua inspirada a los hombres por el Espíritu Santo, para que obrando fielmente en la bondad del Padre crean que Él es Dios omnipotente, que pudo superar a tan gran enemigo, de modo que elevados por la misma credulidad lleguen a aquella gloria, de la cual el diablo por su soberbia derribado pereció.

Y el mismo monte está puesto a la raíz de la predicha piedra que tiene el misterio del temor del Señor, porque la fe está conjunta a la estabilidad del temor del Señor, y el temor del Señor también a la fortaleza de fe, a saber cuando del Padre fue enviado el Hijo a nacer de la Virgen, y cuando del Hijo brotaba la verdadera fe primero en el fundamento de la buena obra, la cual el temor del Señor profiere con todas las virtudes tocando a Dios en su altura: de modo que en la sabiduría de las mentes fieles Dios que reina sobre todas las cosas sea fielmente cultivado: ¿De qué modo? Puesto que el temor del Señor penetra los secretos del cielo con la vista de la aguda circunspección: porque él es el inicio de la justa intención, con la cual también la bienaventurada fe ante Dios se extiende en la latitud de la perfección cuando en las buenas obras se dilata hacia la santidad.

Pero el que sobre el mismo monte esté el edificio cuadrangular formado a semejanza de una ciudad cuadrada, esto es que sobre la fe la bondad del Padre edificando buenas obras, reuniendo a muchos de los fieles por los cuatro ángulos de la tierra los atrae a lo celestial, así amonestados en la estabilidad de las virtudes para que el Padre

celestial en su seno, esto es en la potestad interior y en su consejo místico los componga benignamente con cuatro cuadrados en la fe.

¿De qué modo? Yo, que soy el Altísimo, ordené en mi obra el primer cuadrado de los hombres, a saber Adán, cuyo género durmiendo él mismo debilitándose por un gran cisma, procedió hasta el segundo cuadrado, esto es hasta Noé bajo el cual se hizo el diluvio, donde también los misterios de mi Hijo en el arca premostré. Pero en aquel cuadrado que es Noé, por mi amonestación manifesté aquella lúcida parte del muro del predicho edificio; porque allí en el diluvio sofocando a los pecadores, insinué a los hombres que huyeran de la muerte y apetecieran la vida, abriéndoles así públicamente la ciencia especulativa del conocimiento de los dos caminos. ¿Qué es esto? El hombre verdea y vigora en la vida viviente que es el alma, por la cual especula y conoce las dos sendas a saber el bien y el mal, puesto que el hombre es tocado por una u otra parte de estas: de modo que permaneciendo en el cuerpo sea el bien o sea el mal con el alma y el cuerpo lo opera, lo cual ciertamente él mismo empieza por la operación de su mente, cumpliendo así su voluntad en la obra. Y así en Noé fue mostrada por mi amonestación la ciencia especulativa de los dos caminos, a saber por la acutísima consideración despreciar el mal y amar el bien, la cual así con la emisión de la circuncisión tiende en el precursor de la voluntad de Dios, hasta el tercer cuadrado, en el cual Abraham y Moisés fueron conjuntos en la circuncisión y la ley; la cual circuncisión y ley así procedía hasta el

cuarto cuadrado de la santa Trinidad: en el cual el Antiguo Testamento fue terminado en el Hijo de Dios con la significación exterior. De donde también surgió el germen interior por el Hijo de Dios en la Iglesia: el cual nacido y padecido por la salvación de los hombres resurgiendo también y volviendo al Padre, restauró para la salvación, por las almas de los hombres, aquel ángulo que en la caída de Adán había sido escondido y atenuado.

Pero el que el edificio esté situado un poco en oblicuo, esto es que el hombre que es obra de Dios, no puede por su fragilidad caminar firmemente sin pecado, y audazmente sin temor de la frágil carne superando al diablo, sino que le conviene evitarlo con humildad, y huir sabiamente de sus insidias para que no peque, y conjuntarse fielmente a las buenas obras, y así consistir en el Hijo de Dios, el cual sentado como en un ángulo es la piedra angular, por este pacto conjuntando la obra elegida en el hombre. Pero el que una esquina mire al oriente y otra al occidente y una al septentrión y otra al mediodía, esto es que el Hijo de Dios nació de la Virgen y padeció en la carne, para que en el orto de la justicia el hombre fuera restaurado a la vida a quien toda justicia es aplicada, lo cual es la esquina oriental de donde surge la salvación de las almas, como Dios completó en su Hijo toda la justicia que desde Abel hasta Él mismo fue prefigurada; en el cual fue terminada la constitución de la observación carnal del Antiguo Testamento, viniendo ya la salud de los hombres fieles por la fe, la cual el Hijo de Dios trajo enviado por el Padre al mundo en el fin

de los tiempos, lo cual es la esquina occidental. Contra el diablo también en Abraham y en Moisés se elevó la justicia, los cuales premostraban la gracia prometida por la cual el hombre fue salvado a quien el diablo había engañado, matándolo como un ladrón en la caída de Adán, lo cual es la esquina septentrional; de donde también la miserable y mortal caída que se hizo en el género humano, después por la gracia superna fue noble y magníficamente restaurada con pleno fruto, en la ardiente obra de Dios y del hombre, lo cual es la esquina meridional.

La esquina meridional también es; porque el primer hombre Adán fue creado por Dios. Pero el que desde esta esquina la ciencia especulativa del conocimiento de los dos caminos no empiece a brillar, esto es desde el mismo Adán; esto es por tanto, porque su género estaba descompuesto, no cultivando a Dios en su ciencia oficioso por la servidumbre de la ley, sino solo cumpliendo su propia voluntad con sumo mal, de modo que no estuviera brillando ni en la recta ciencia de Dios ni en la verdadera bienaventuranza: sino yaciendo en la muerte, pero estaba escondido solo en el corazón del Padre, qué había decretado hacer con el hombre. La esquina también en el oriente designa a Noé, donde la justicia empezó a mostrarse, y donde también abiertamente fue manifestada la premostrada ciencia especulativa, mostrando toda la santidad que después en el Hijo de Dios había de ser perfeccionada. Y porque cada justicia en el Hijo de Dios que es el verdadero Oriente (Oriens) estaba empezando, por eso este

edificio ha de ser llamado primero al oriente en el honor de la santidad, la cual primero también en Noé fue verazmente declarada. La esquina también en el septentrión es Abraham y Moisés: los cuales contra Satanás con la ejecución de la obra circunvelaban la predicha ciencia especulativa como si la edificaran alrededor con piedras preciosas, y con la obra dorada por encima de la preclara justicia de Dios que era la circuncisión y la ley; porque la justicia antes de la circuncisión y de la ley, estaba como desnuda sin obra. Y la cuarta esquina occidental prefigura también la verdadera Trinidad; la cual fue públicamente manifestada en el baptismo del Salvador, el cual erigió la plena y santa ciudad de Jerusalén con toda su obra, volviendo al cielo en la salvación de las almas. Pero el que el edificio mismo en su circuito tenga un muro de doble forma, de la cual una es como un esplendor lúcido como la luz del día y la otra como una trabazón de piedras conjuntadas entre sí en el ángulo oriental y en el ángulo septentrional, esto es que por la bondad del Padre a los hombres de todas partes les ha sido dada como una seguridad, esto es una munición y defensa en las buenas obras para que rodeados y confortados por ellas deserten de las concupiscencias carnales, y huyan al único Dios que es su fortificación. El cual muro está en dos formas porque una forma del muro es como la ciencia especulativa de los dos caminos, puesto que aquella ciencia en la acutísima y certísima búsqueda de la especulación de su mente la tiene el hombre, para que sea circunspecto en todos sus

caminos, y también la otra forma del muro es como la carne cenicienta (cinerea caro) del hombre, porque por Dios fue creado el hombre operante, hecha la obra en la operación.

Y esta ciencia especulativa brilla en el esplendor de la luz del día; pues a través de ella los hombres ven y consideran sus actos, porque es un rayo espléndido de la mente humana, que se circunspecciona cautamente, pues en el hombre aparece esta preclara ciencia como una nube blanca que impregna las mentes de los pueblos en celeridad así como una nube es rápidamente disipada en el aire, y brillando como la luz del día puesto que ella misma es declarada blanca por la obra esplendidísima que Dios benignamente obra en los hombres, a saber para que cuando ellos eviten el mal, perfeccionen el bien que en ellos brilla como la luz del día. En esta misma ciencia también procede cada obra en el hombre. ¿Cómo? El hombre tiene dos caminos. ¿Cómo? Él mismo es conocedor del bien y del mal con sensibilidad, el cual, mientras pasa del mal, operando el bien, imita a Dios haciendo el bien en Él, que es justo, no queriendo la injusticia. Pero mientras opera el mal, es implicado por el seductores diablo en pecados, el cual no quiere desistir a menos que lo sienta en el vínculo de las malas obras, puesto que el diablo busca la iniquidad, huyendo de la santidad. Si sin embargo el hombre se abstrae del mal y opera el bien: entonces la suma bondad lo recibe, porque se ha superado a sí mismo por el amor de Dios: el cual entregó a su Hijo por él a la muerte de cruz.

De donde también esta ciencia es especulativa: porque ella misma es como un espejo de este modo, puesto que así como el hombre contempla su rostro en un espejo si hay en él hermosura o mancha; así inspecciona él mismo en la ciencia el bien y el mal en la obra hecha, la cual considera dentro de sí, porque esta consideración está en el sentido racional que Dios inspiró en el hombre, cuando en su rostro inspiró el soplo de vida en el alma. Pues el vivir de las bestias desfallece; porque no es racional, pero el alma del hombre nunca desfallece; porque vivirá en la eternidad, puesto que es racional. De donde también el hombre siente en la consideración del bien y del mal que él mismo es una obra réproba o elegida, formado por la gracia de Dios e inspirado por el sentido racional en el orto de su creación, restaurándolo aquella gracia de nuevo en la elección del bautismo, y en la salvación del alma del nuevo testimonio, como dice Pablo mi amantísimo sobre aquella elección de la gracia: "Así también aun en este tiempo han quedado remanentes salvos según la elección de la gracia. Y si por gracia, ya no es por las obras; de otra manera la gracia ya no es gracia" (Rom. 11). Esto es tal. Los remanentes que el lazo de la muerte no comprendió, para que declinaran al ejemplo del diablo, aquellos fueron hechos salvos por la abierta salvación mientras Dios envió a su Hijo a encarnarse, lo cual es la elección de la gracia manifestada para la salvación de los hombres.

¿Cómo? La gracia de Dios constituyó al hombre, pero aquel cayó en obras depravadas. Enton-

ces fue mostrada la elección de la gracia en el vaso elegido, cuando de la Virgen el Hijo de Dios nació, en el cual no era posible que se hiciera ningún tropiezo. Pues si alguno de los hombres hace alguna cosa útil que le es quitada por otro, entonces elige para sí otra más útil, la cual nadie pueda quitarle, y en la cual él mismo abunde plenamente. Así hizo la gracia de Dios. Pues ella misma formó a Adán el primer hombre, a quien el diablo abstrajo de la inocencia de la obra, pero la misma gracia hizo después la plenitud de las buenas obras por el Hijo de Dios en la salvación de las almas. Si sin embargo la gracia de Dios hizo la salvación, entonces la salvación no fue hecha por el mérito de los hombres. ¿Cómo? La justicia de la obra desfalleció en Adán: de modo que el hombre nunca volvería a la salvación por los méritos de sus obras, a menos que fuera recuperado por la misma gracia en el justísimo Hijo de Dios por las obras de Él mismo, porque fue hecho obediente a su Padre, a menos que el hombre también fuera limpiado por el bautismo que el Hijo de Dios entregó a los hombres con la buena obra, la cual obra la gracia de Dios opera con el hombre: y el hombre aquella obra con ella. Y por tanto la gracia de Dios está con esta obra; y esta obra surgió de la gracia. Que si la salvación fuera por el mérito de los hombres y la recta obra del hombre le fuera propia por sí mismo, de modo que la gracia de Dios no encendiera aquella obra, entonces la gracia no sería gracia. ¿Cómo? Entonces el hombre sería por sí mismo y no de Dios: y

ninguna criatura daría gracias a Dios, y la gracia de Dios no sería nada.

Pero ahora la gracia de Dios constituyó al hombre apoyado en la racionalidad para que opere la justicia en la ciencia del bien y del mal, en cuanto que por esta ciencia apetezca el bien arrojando el mal y para que así conozca la vida y la muerte eligiendo por esto en qué parte desea permanecer, como Salomón en el intelecto de la sabiduría dice: "Te puso delante agua y fuego: a lo que quieras extiende tu mano" (Ecli. 15). Esto es tal. Dios puso delante al hombre en la primera suscitación del alma una fuerza grande y aguda, a saber, la noticia de los males y de los bienes, que son agua y fuego. Pues así como el agua siempre inunda y oculta en sí muchos animales mortíferos y muchísimos inútiles, así es también el hombre inundante en sus malos hechos, ocultándolos para que no se divulguen. Y como también el fuego quema no tolerando dentro de sí ninguna impureza incombusta, y como el herrero por el fuego hace más puros sus collares quitada la herrumbre, así también el bien hace al hombre puro, arrancando de él la herrumbre de la iniquidad. Pues el agua y el fuego disienten, sofocándose y matándose mutuamente. Así también hace el hombre. Pues en el mal mata el bien, y en el bien mata el mal y en ambos siempre oculta dentro de sí silenciosamente sus deseos, volviéndolos hacia aquí o hacia allá.

Y en esa misma conmoción de los deseos tiene la opción de la voluntad de aquel camino que desea: y hacia él se vuelve con la voluntad de

la obra, como extendiendo la mano hacia esto, a saber, perfeccionando la buena obra ayudando Dios por la gracia, y realizando la mala acechando el diablo por la sugerencia de sus artes, inspeccionando ciertamente el hombre mismo estas cosas en la ciencia de su racionalidad. Pues en aquella ciencia inspecciona el bien y el mal, y de ahí surge en él el deseo de la opción entre los dos caminos, a saber, del bien y del mal, según su propia voluntad. ¿Qué es esto? La opción es que el hombre ve en el deseo de su alma como en un espejo algunas cosas diciendo dentro de sí: Ojalá pudiera hacer esto o aquello, a lo cual aún no accede por la obra, pero lo tiene en su ciencia, puesto como en la cabecera de los dos caminos, lo cual es tener la ciencia de las ocasiones del bien y del mal, y así según su deseo tiende finalmente a aquella obra ya sea hacia arriba o hacia abajo.

Y la otra forma del muro que ves como una trabazón de piedras mostrando al género humano, designa también las rectas instituciones que surgieron en las mentes de los hombres, como en Abraham y en Moisés y en los demás, que fueron el germen precedente de la ley de Dios, con todos los apéndices de la justicia de Dios en la ley hasta el tiempo novísimo. ¿Cómo? A saber, que la obra de Dios está en el hombre y por el hombre, de modo que Dios envió a su Hijo por la salvación de los hombres al fin de la ley, sin pecado y operando en un cuerpo humano, y poniendo el fundamento de la fe sobre sí mismo, de este modo que llevó al género humano con el primer hombre expulsado del paraíso por la prevaricación de la justicia, ha-

ciendo todo este hecho admirable en el hombre por su ley donde comprendes la multitud cristiana que es esta edificación en la bondad del Padre, y que el hombre ha de ser repuesto en la Jerusalén celestial. De donde también las mismas dos formas del muro están coadunadas en una en la parte del oriente y del septentrión, puesto que en la ciencia especulativa y en la obra humana está la terminación común de la injusticia, en la cual el género humano estaba implicado en el olvido de Dios, la cual se erigió primero desde Adán con insana injusticia antes del diluvio: de modo que ella misma fue deprimida con toda su gente por la gran iniquidad en el diluvio de las aguas, donde la ciencia especulativa empezó a aparecer por mi inspiración cuando la amonestación de Dios erigió la ciencia del bien en Noé: sin embargo la cerviz y el apetito del mal en el recuerdo de él mismo procedió fatalmente hacia el aquilón, de modo que la iniquidad de la rebelión contra Dios no fue conculcada hasta Abraham en quien fue sofocada como en el ángulo septentrional: cuando en él surgió el acutísimo filo de la justicia de Dios.

Pero el que aquella parte lúcida del muro se extienda desde la esquina oriental y se termine en la esquina septentrional, toda íntegra, y no teniendo ningún lugar interrumpido, esto es que la ciencia especulativa en la munición de las mentes de los hombres desde la esquina oriental, esto es desde los días de Noé empezó a aparecer, cuando antes de Noé la iniquidad estudiaba cumplir esto que pudiera perpetrar en la irritación de Dios,

siguiendo los hombres sus concupiscencias más que amando el culto de Dios, porque al primer género de hombres desde Adán donde la ciencia especulativa estaba escondida, lo devoró el diablo con toda su voluntad hasta Noé, en quien aquella ciencia fue abiertamente mostrada, como se ha dicho, no obstante todavía confiaba el diablo que habría de tener a todo el género humano: procediendo así la iniquidad en su precepto hasta el ángulo septentrional, esto es hasta Abraham y Moisés; puesto que antes de ellos en la ciencia especulativa estaba la iniquidad como íntegra en su maldad, y aún no interrumpida o contrita por la constituida justicia de la ley de Dios, porque todavía no se había dado la circuncisión o la ley, en cuyos Padres entonces el mismo diablo empezó a ser confundido, cuando antes reinaba como confiadamente en el mundo, como abre Pablo mi lúcido vaso de elección: "Reinó la muerte desde Adán hasta Moisés aun en los que no pecaron en la semejanza de la prevaricación de Adán, el cual es forma del que había de venir" (Rom. 5). Esto es tal: La muerte reinó sin que nadie militara contra ella, y sin que nadie la superara en guerra, desde Adán hasta Moisés. ¿Cómo? Porque la austeridad y el culto de la ley antes de Moisés no se había dado: excepto que la circuncisión en Abraham por mandato de Dios hecha, la había premostrado levemente, pero el vicio de la muerte procedió de error en error, como le plugo a sí mismo. Entonces surgió en la voluntad de Dios el fuerte soldado Moisés, y preparó las fuertes armas de la justicia, en las cuales la muerte en su culto fue destruida

por los instrumentos de la ley, porque la ley escondió en sí toda la salvación de las almas, con la presignificación del Hijo de Dios, porque también la muerte dominaba en los inocentes: que por la simplicidad de su moderación no conocían en sus actos la obra de la prevaricación de Adán en las naciones, el cual es forma del futuro. ¿Cómo? Adán por Dios fue creado justo e inocente de toda concepción e incepción de pecado: así también el Hijo de Dios nació de la virgen María, viniendo sin ninguna mancha de pecado.

Pero como ves que aquella parte lapídea del muro se extiende desde la esquina septentrional a la esquina occidental y a la esquina meridional, y se termina en la esquina oriental; esto es que las rectas obras de los hombres con las cuales están fortalecidos en Dios, procedieron como de la esquina septentrional, esto es de la circuncisión de Abraham con la ley de Moisés y con los apéndices de su justicia en los hombres hasta la esquina occidental, donde surgió la preclara justicia en la encarnación del Hijo de Dios, desde allí extendida más allá hasta la esquina meridional, donde la ardiente obra por el bautismo y por la restante justicia de la elegida y nueva esposa del mismo Hijo de Dios, para restaurar a Adán en la salvación fue encendida, de nuevo desde allí prolongada más allá y poniendo el término en la primera esquina oriental, volviendo así al sumo Padre. ¿Cómo? El mismo sumo Padre estaba en su misterio ordenando cada justicia cómo debía volver la caída del primer hombre a la salvación de las almas volviendo a Dios. Porque el hombre

había caído, por eso me levanté en misericordia y envié a mi Hijo para la restauración de la salvación de las almas, como mi siervo el salmista David muestra diciendo: "Sino que en la ley del Señor está su voluntad, y en su ley meditará día y noche" (Salm. 1).

Esto es tal: En la ley de la justicia que mi Unigénito nacido de la Virgen demostró al mundo, el cual siendo un solo Dios con el Padre y el Espíritu Santo domina todo el siglo: de modo que el mismo Hijo del Padre encarnado y visto como hombre visible, fue el Señor y elevado en la carne sobre toda criatura, la voluntad del Padre en la salvación. ¿Cómo? Porque el Hijo de Dios engendrado del Padre antes de los siglos, después nacido en el mundo de una madre en el fin de los tiempos, aún no encarnado permanecía invisible en el Padre, como la voluntad es invisible en el hombre antes de que salga a la obra, luego apareció visible en la carne para la salud de los hombres: de modo que con su Hijo medita el Padre omnipotente toda la justicia contra la primera caída de Adán. ¿Dónde? En la dilección del Hijo de Dios, el cual permaneciendo en el Padre en la gloria de la divinidad antes de los tiempos, fue después maravillosamente encarnado bajo el tiempo estatuto del mundo, a quien el Padre desde su corazón envió al mundo como sumo sacerdote sobre toda justicia. De donde también el mismo Hijo recogió la ley de la justicia como la recibió del Padre, hecha ley de los hombres que habrían de creer en Él. Pero en aquella ley que el Padre quiso constituir y fundar en su Hijo, medita

en el día. ¿Cómo? A saber, en el día que es Él mismo, cuando ninguna oscuridad de iniquidad había en ninguna criatura antes de que fundara ninguna criatura de los siglos, meditó esta ley de su Hijo. Y también en la noche. ¿Cómo? Porque en la criatura hecha mientras empezó a erigirse el mal que es como la oscuridad de la noche, en el ángel y en el hombre medita también el Padre hasta el novísimo día al cual llegan sus obras que inefablemente opera, mostrando y abriendo la ley de su Hijo, cuando en Él perfecciona todos los bienes, que en el hombre deben ser perfeccionados.

Pero como ves que la parte lapídea del muro tiene dos lugares interrumpidos entre el ángulo occidental y el ángulo meridional: esto es que la obra del género humano en la munición de su defensa, de dos modos todavía es imperfecta, cuando los miembros del encarnado Hijo de Dios constan todavía como imperfectos en sus elegidos, lo cual es el primer lugar interrumpido como desde el occidente, puesto que el Hijo de Dios fue enviado al mundo en el fin de los tiempos, y puesto que luego la Iglesia similarmente todavía es como imperfecta en todas sus virtudes, como debe consistir y ser edificada en la Jerusalén celestial, lo cual es el otro lugar interrumpido como hacia el mediodía, cuando la Iglesia sea perfeccionada en los cielos. En cuanto a que la longitud del edificio mismo es de cien codos, esto es que el número denario estaba atenuado en el hombre prevaricador, y fue recuperado en mi Hijo por el múltiple centenario del número denario, de las

múltiples virtudes en la salvación de las almas, de cuyo denario por el centenario luego asciende el número milenario perfecto en todas las virtudes, para que sean plenamente evacuadas las mil artes del diablo, con las cuales seduce a toda la grey de todos los amables del Dios omnipotente.

¿Qué es esto? Yo el Omnipotente constituí al principio luces ardientes y vivientes que lucieran en sus esplendores; pero algunas persistieron en mi amor, mas algunas cayeron despreciando a su Creador. Pero no me decantó a mí el Creador que dejara mi institución vacía e írrita. ¿Cómo? A saber, la criatura angélica del ejército soberbio, este bien que su Creador le concedió para su conocimiento; aquel se lo diputó a sí misma para su falaz gloria, de que podía ser semejante a su Creador, de donde cayó en la muerte. Entonces previó Dios, que lo que cayó en aquel ejército perdido, había de ser más fuertemente restaurado en otro. ¿Cómo? Porque creó al hombre del limo de la tierra viviente en alma y cuerpo para que llegara a aquella gloria, de la cual el diablo prevaricador con sus imitadores fue expulsado; puesto que el hombre es muy caro a Dios, ya que también lo hizo a su imagen y semejanza, de modo que en la perfección de la santidad operara todas las virtudes, así como también Dios fundó todas las criaturas, y para que también cumpliera operando en humildísima obediencia y en la obra de las virtudes el orden de subministración de la alabanza entre los gloriosos ángeles, para que en este culmen de la bienaventuranza, adornara la alabanza de los espíritus supernos, que con

asidua devoción están alabando a Dios, y en su misma bienaventuranza cumpliera esto, que el ángel perdido cayendo en su presunción evacuó. Y por tanto el hombre es el pleno número denario, el cual perfecciona todas estas cosas por la virtud de Dios.

Pero el número denario en su naturaleza multiplica el centenario en esta intención, porque el hombre cayendo por la seducción diabólica, al fin amonestado por Dios por la divina conmiseración e inspiración comienza denodadamente a conocer a Dios con la ley y la profecía del Antiguo Testamento, y luego más agudamente con la santidad y todos los ornamentos de la invicta constancia de la Iglesia. Y así comenzó el hombre a operar todas las virtudes desde Abel perfeccionándolas así hasta el novísimo justo, lo cual es el número centenario de la longitud de este edificio, que Dios demuestra en figura mística a los hombres, para que no desesperen habiendo caído en sus iniquidades; sino que levantándose de ellas trabajen fortísimamente en la obra de Dios; porque también cada uno que cae en pecados, cuando se erige de ellos, será más fuerte de lo que era antes, así como también Dios restauró mayores y más fuertes virtudes en el hombre, enviando a su Hijo al mundo para erigir al colapsado género humano, de las que el primer hombre opera. De donde también el hombre opera más fuertemente en el alma y en el cuerpo que si estuviera sin la pesadez corporal, puesto que milita en sí mismo en muchos peligros perfeccionando fortísimas guerras, y existiendo victorioso con el Señor su

Dios militándole fielmente, conociéndolo así en su milicia, castigando su cuerpo, porque el ángel careciendo de la pesadez del cuerpo terreno, es solo un soldado de la armonía celestial lúcido y puro perseverando en la visión de Dios; pero el hombre gravado por la putrefacción corporal es un fuerte y glorioso y santo soldado, con la obra restaurada, que opera por Dios en el alma y en el cuerpo, llegando así por el número centenario del presente trabajo al milenario de la futura retribución, a saber cuando en el novísimo día recibiendo la plena merced sin fin en el alma y en el cuerpo gozará en la habitación celestial.

Así pues el número denario atenuado, fue recuperado por mi Hijo, el cual nacido de la virgen y habiendo padecido en la cruz redujo al hombre a las cosas celestiales, como Él mismo en el Evangelio dice: "¿Qué mujer que tiene diez dracmas, si perdiera una dracma, no enciende una lámpara y barre la casa, y busca diligentemente hasta que la encuentre? Y cuando la haya encontrado, convoca a las amigas y vecinas, diciendo: Congratulaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido" (Luc. 15). Esto es tal: La santa divinidad tenía diez dracmas, esto es en los ángeles elegidos y en el hombre diez órdenes de distinciones supernas, pero perdió una dracma, cuando el hombre siguiendo más la seducción diabólica que el precepto divino cayó en la muerte. De donde Él mismo encendiendo una lámpara ardiente, a saber Cristo verdadero Dios y verdadero hombre, y esplendidísimo sol de justicia, barrió por Él la casa, esto es el pueblo ju-

daico, y entre la ley buscó diligentemente toda la santificación que hubo en la salvación, en la cual instituyó una nueva sanctificación, y así encontró su dracma, a saber al hombre a quien había perdido. Entonces convocó a las amigas, esto es las justicias seculares y a las vecinas, esto es las virtudes espirituales, diciendo: Congratulaos conmigo laudablemente y congozaos y edificad la Jerusalén celestial de piedras vivas, porque he encontrado al hombre, que había perecido por la decepción del diablo.

Pero que la anchura de este edificio sea de cincuenta codos, esto es que toda la anchura de los vicios de los hombres, que debieron haber edificado en la obra de Dios, pero que siguieron más sus concupiscencias que cultivaron la obra de Dios, en las difundidas cinco llagas de mi Hijo que padeció en la cruz, es misericordiosamente limpiada y remitida, de modo que las llagas de sus manos borraron las obras de las manos de la inobediencia de Adán y Eva, y las llagas de sus pies liberaron los caminos del exilio humano, y la llaga de su costado de la cual surgió la Iglesia, borró la culpa de Adán y Eva, puesto que del costado de Adán fue creada Eva. De donde también mi Hijo fue clavado en el leño, para que aboliera aquellas cosas que por el leño se hicieron en la prevaricación, y fue dado a beber vinagre y hiel, para que el gusto de la manzana nociva fuera diluido. Y su altura es de cinco codos; que es la excelencia de las ciencias divinas en las Escrituras que por la obra de Dios están en los cinco sentidos que están en el hombre; los cuales inspiró el Espí-

ritu Santo para utilidad de los hombres, porque el hombre con sus cinco sentidos mira a la altura de la divinidad, discerniendo cada cosa, a saber el bien y el mal. De donde también sus dos muros en cada lado del mismo son de una misma longitud; puesto que en el edificio de la bondad de Dios como en los dos muros del alma y del cuerpo de cada lado, a saber el próspero y el adverso, al hombre le conviene trabajar constantísimamente. ¿Cómo? Para que evite el mal y opere el bien. ¿Cómo? Porque la profunda e incomprensible divina potestad instituyó al hombre, para que con todas sus fuerzas y con todo su sentido cultive a Dios con igual devoción en la longitud de la inteligible racionalidad; puesto que es digno que como Creador de todo, ante todo, y sobre todo Dios sea dignísimamente cultivado. Por lo cual también sus otros dos muros en el frente y en el fin del mismo, son de una misma anchura, puesto que en la obra de Dios la sabiduría y la discreción son como dos muros, a saber la sabiduría como en la parte superior y la discreción como en la inferior, las cuales Dios aspira por su igual y justo don a la magnitud de la anchura de la mente humana; para conocerse a sí mismo.

Pero que aquellos cuatro muros en todas partes en el circuito del edificio mismo sean de igual altura, excepto sus baluartes que sobresalen un poco de su altura; esto es que el hombre puesto en los cuatro elementos, en todas partes tendrá la fe católica por la bondad del Padre con igual devoción y cultura en lo alto, a saber cultivando al Hijo con el Padre y el Espíritu Santo, el cual opera

todas sus obras en ellos. ¿Cómo? Toda obra que el Hijo de Dios operó y opera, esta la perfecciona por la bondad del Padre en el Espíritu Santo. ¿Qué es esto? Puesto que según la voluntad del Padre estaba el Hijo redimiendo al hombre por su encarnación, la cual es gran bondad; porque el Padre así ordenó que su Hijo naciera de la Virgen concebido del Espíritu Santo, asumiendo la humanidad por amor del hombre, para que lo redujera a la restauración de la vida, en cuanto que el hombre tuviera parte con Dios, con la cual entrara en la salvación por Él mismo en la recta y católica fe, en la cual el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo deben ser conocidos, un solo y verdadero Dios. Pero también allí están los baluartes de más excelente altura. ¿Cómo? Porque, cuando el hombre mira hacia el culmen de la buena mente, entonces edifica la altura de los muros de los fieles, en las virtudes de la obra de Dios ascendiendo sobre la inteligible fe, a saber sabiendo que Dios está en la potencia de su divinidad, sobre la cual fe luego construye una estatura más alta de las virtudes de los más excelentes baluartes. ¿Cómo? Pues edifica virtudes más altas, no bastándose a sí mismo que solo tenga fe en Dios: sino que asciende a la verde palma, que es de virtud en virtud por las cuales es exaltada y decorada la rectísima fe como una ciudad con baluartes.

Pero el que la anchura, entre el edificio mismo y el esplendor del predicho círculo que se extiende en lo profundo del abismo, sea en el vértice del ángulo oriental de un palmo: esto es que la amplitud de los secretos supernos está entre la obra

del Hijo de Dios que demostró como un edificio, habiendo conversado sin pecado corporalmente en el siglo, a saber haciendo muchas virtudes en la bondad del Padre y entre la potestad del Padre como un esplendor en su máxima virtud que se extiende a las cosas inferiores y superiores, cuando envió a su Hijo al mundo, en la cabecera del ángulo que mira al oriente, esto es, en la justicia que primero fue presignificada en Noé por la amonestación del Espíritu Santo prefigurando aquella perfecta justicia, que fue declarada en la encarnación del Hijo de Dios, de modo que en estos secretos había como un espacio de una estatura como la mano extendida está desde el pulgar hasta los otros dedos; lo cual es el tiempo ordenado en las entrañas paternas cuando quiso enviar a su Unigénito con mano fortísima, para que Él así rodeara con todos los nudillos de los dedos que son todas sus obras en el Espíritu Santo para que perfeccionara la voluntad de su Padre habiendo padecido en la cruz por la miserable y despreciable inobediencia, que el diablo instiló al primer hombre en su sugerencia, pues por esto para redimir al hombre la misericordia de Dios se inclinó a la tierra, por la humanidad del Hijo de Dios con incomprensible altura de la divinidad. Pero que en otra parte, esto es en la parte septentrional y en la occidental y en la meridional, tanta es en todas partes la anchura entre el edificio y el esplendor que su amplitud de ningún modo puedas comprenderla; esto es que ninguno de los hombres gravado con el cuerpo mortal podrá saber la elación del mal en las entrañas del diablo

aquilonar: ni su fin en la criatura operante en el ocaso del hombre que cae, ni el principio o el fin del ardiente mediodía que es de la justicia superna, ni considerar cómo estas cosas están dilatadas y discretas entre la obra y la potestad de mi ciencia en todos los pueblos, a saber o en los elegidos o en los réprobos, los cuales todos están puestos en la equitativa perscrutación, de modo que con acutísima y diligentísima severidad serán examinados en mis preceptos, cuando sin embargo todos ellos deben confiar precisamente, que yo los alimento en todas sus necesidades, porque todas estas cosas en mis secretos están tan ocultas, que la amplitud de su profundidad, ni el sentido ni el intelecto del hombre de ningún modo valga comprender o entender, excepto cuanto por mi permiso es concedido. Quien por tanto tenga oídos agudos del intelecto interior, anhele aquí en el ardiente amor de mi espejo estas palabras, y las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN TERCERA.

SUMARIO.—Que las virtudes divinas que brotan bajo la ley dan muchísimo fruto en la nueva ley. Que por voluntad de Dios las virtudes operan en los hombres. Del estado del amor celestial, de la disciplina, de la misericordia, de la victoria. Del hábito de las mismas y qué signifique. Especialmente del amor celestial y su hábito y qué signifique. Especialmente de la vergüenza y su hábito qué signifique. De la misericordia. Especialmente de la victoria y hábito y qué signifique. Del estado

de la paciencia y del gemido y qué signifique. Del hábito de los mismos y qué signifique. Especialmente de la paciencia y su hábito y qué signifique. Especialmente del gemido y su hábito y qué signifique.

Después de estas cosas vi y he aquí que como en medio de la longitud de la predicha parte lúcida del muro del edificio designado estaba como una torre de color de hierro impuesta al muro por el exterior, de cuatro codos de anchura y de siete codos de altura, en la cual contemplé cinco imágenes que estaban singularmente en cada uno de los arcos teniendo por encima como un cono torreado, de las cuales la primera miraba al oriente, la segunda al aquilón, la tercera al septentrión, y la cuarta a la columna de la palabra de Dios; en cuya raíz residía el patriarca Abraham, y la quinta a la torre de la Iglesia y a aquellos hombres que en el edificio mismo discurrían de aquí para allá. Pero una misma similitud había en ellas en esto: cada una de ellas estaba vestida solamente como con sendas vestiduras de seda y calzada con calzado blanco, excepto la quinta, que por todas partes parecía armada. Pero la segunda y la tercera estaban con la cabeza desnuda, con la cabellera suelta y blanca careciendo del amictu de los palios; pero la primera y la tercera y la cuarta estaban vestidas con túnicas blancas.

Pero la disimilitud por esto había en ellas: La primera imagen llevaba en su cabeza una ínfula pontifical, con los cabellos esparcidos y blancos, vestida como con un palio blanco, tejido inferiormente en sus dos orillas con púrpura; pero en

la derecha llevaba lirios y otras flores; mas en la izquierda una palma. Y dijo: Oh dulce vida, y oh dulce abrazo de la vida eterna, y oh bienaventurada felicidad en la que están los premios eternos, que siempre estás en las verdaderas delicias, de tal modo sin embargo que nunca pueda ser saciada, nunca ser satisfecha con la alegría interior que está en mi Dios.

Pero la segunda estaba vestida con una túnica de púrpura, estando como un adolescente que aún no es de plena edad varonil: pero sin embargo de gran gravedad; y decía: No me aterrará el horrible enemigo que es el diablo, ni el hombre enemigo, ni este siglo en la disciplina de Dios, a cuyo conspecto siempre asisto.

Pero la tercera cubría su faz con la manga blanca de su mano derecha, y decía: Oh suciedad y oh inmundicia de este siglo; escondeos y huid de mis ojos, porque mi amado nació de la pura virgen María.

Pero la cuarta estaba velada en la cabeza con un velo blanco al modo mujeril, y envuelta en un palio de color croceo; mas en su pecho llevaba una imagen de Jesucristo; alrededor de la cual en su pecho estaba escrito: "Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, en las que nos visitó el Oriente desde lo alto" (Luc. 1). Y decía: Alargo mis manos siempre a los peregrinos y necesitados y a los pobres y débiles, y a los que gimen.

La quinta además estaba armada con una celada superpuesta a su cabeza, vestida también con loriga y grebas, y con guanteletes de hierro llevando también en su izquierda un escudo pen-

diente de los hombros, ceñida también con espada y sosteniendo una lanza con la mano derecha. Pero bajo sus pies yacía como un león bostezando con la boca, con la lengua extendida fuera de su boca, y también como ciertos hombres, de los cuales unos resonaban con trompetas, otros con ciertos instrumentos lúdicos chocaban jocosamente, y otros jugaban diversos juegos: a los cuales aquella imagen a la vez y al mismo león conculcando con sus pies, con la lanza que sostenía en la derecha acritamente traspasaba, y dijo: Venzo al fuerte diablo y a ti odio y envidia, y a ti, oh suciedad, con los que juegan con falaz decepción.

Pero dentro de aquel edificio vi otras dos imágenes que estaban hacia esta misma torre: de las cuales la anterior aparecía estando sobre el pavimento del edificio mismo, como en un arco de ígneo esplendor pintado interiormente con diversas imágenes de espíritus malignos, y puesto contra la predicha torre, mas la otra solamente colateral al mismo arco por el exterior no consistiendo en ningún arco, ambas a saber mirando a veces a la predicha torre, y a veces a los hombres que entraban y salían del edificio. Estaban vestidas también ellas con vestiduras de seda y veladas en la ligadura de la cabeza con un velo blanco al modo femenino, no envueltas en palios, sino vestidas con calzado blanco. Pero la anterior de ellas tenía en su cabeza como una corona triangular roja, como el jacinto rojo es rojo en su color, vestida también con una túnica nivéa, cuyos pliegues estaban por todas partes distin-

guidos con color verde, y dijo: Venzo en el oriente con el fortísimo Hijo de Dios: el cual salió del Padre viniendo al mundo por la redención de los hombres, y el cual de nuevo volvió al Padre; cuando muriendo en la máxima congoja en la carne y resurgiendo de los muertos ascendió al cielo, y por eso no quiero ser confundida; huyendo de las miserias y dolores de este siglo. Pero la otra estaba vestida con una túnica blanca pero de color un poco pálido. Y en su brazo derecho llevaba una cruz con la imagen del Salvador Jesucristo inclinando su cabeza sobre ella, y decía: Este infante soportó muchas miserias en este siglo; y por eso quiero siempre llorar y tener pesadumbre por el gozo de la vida eterna, a la cual las buenas ovejas han de ser conducidas por el noble Hijo de Dios. Y vi que todas las predichas imágenes decían sus sendas palabras por el misterio de Dios para amonestación de los hombres.

Entonces de nuevo el que estaba sentado en el trono que me mostraba todas estas cosas, me dijo: Por la fortaleza y constancia de la voluntad de Dios, las virtudes divinas en el Antiguo Testamento brotaban velozmente, pero allí todavía no daban plenamente un sabor suave y dulce a los que las cultivaban como en la ignorancia, porque entonces solo la austeridad de la ley corregía acritamente a los delincuentes; pero después por la gracia de Dios en la nueva ley produciendo muchísimo fruto, exhibían alimento fuerte y perfecto y con suma dulzura a los que tenían hambre en el amor de las cosas celestiales, cuando antes, como se ha dicho, eran una cierta manifestación

oculta y signo de las cosas futuras, según lo cual también este espectáculo con sus aposiciones lo demuestra. Pues esta torre que ves estar como en medio de la longitud de la predicha parte lúcida del muro del edificio designado, tiene el tipo del precursor de la voluntad de Dios, la cual en la circuncisión de muchos modos y diversas significaciones fue manifestada: de modo que Dios en signo de la misma circuncisión demostró la ley, y por la ley la gracia del Evangelio; puesto que propagada la fe en el fiel Abraham: surgió en él también la circuncisión en el misterio de la verdadera prefiguración; porque por la divina potencia se instruyeron las fuertes virtudes comenzando en Abraham como en medio de la longitud de la ciencia especulativa de los dos caminos de la opción humana bajo la munición de la firmísima bondad del Padre superno, cuando después habrían de ser abiertas por la voluntad de Dios, presignificando aquello en figura que Dios quiso hacer antes de que esto manifiestamente lo mostrara en la obra.

La cual es de color de hierro, e impuesta al muro mismo por el exterior, la cual es la justicia de Dios fuerte e invencible, mostrándose en la misma ciencia especulativa como exteriormente por la circuncisión que se formó afuera carnalmente puesta con las bienaventuradas virtudes en las cosas espirituales del muro espiritual, que constituyó Dios en los hombres. Y la misma torre es de cuatro codos de anchura, porque por la voluntad de Dios las virtudes mismas operan en el hombre, puesto bajo la extensión de los cuatro

elementos, con los cuales es vegetado corporalmente en el cuerpo, y de siete codos de altura; porque en la altura de los siete dones del Espíritu Santo hay tanta firmeza, que la misma torre así se erigió, que de ella procediera la Iglesia en la encarnación de mi Hijo, prefigurada en la circuncisión del Antiguo Testamento.

El que veas en ella cinco imágenes que están singularmente, teniendo cada una sobre su arco como un cono torreado, esto es que en esta torre, esto es en la fortaleza de la circuncisión, pendían cinco fuertes virtudes, no porque alguna virtud sea una forma viviente en sí misma, sino solamente una esfera traslúcida que brilla desde Dios para el auxilio del hombre; porque el hombre se perfecciona con las virtudes, puesto que ellas mismas son la obra del hombre que obra en Dios. De donde estas cinco virtudes, a semejanza de los cinco sentidos del hombre, fueron puestas en esta torre; porque con mucho celo tocaban la circuncisión, cortando de ella la iniquidad, como los cinco sentidos del hombre, en la Iglesia son circuncidados por el sacratísimo bautismo, pero sin embargo en los hombres no obrando por sí mismas; porque el hombre obra con ellas, y ellas con el hombre, así como también los cinco sentidos del hombre no obran por sí, sino el hombre con ellos y ellos con el hombre, produciendo así mutuamente fruto. Y están singularmente; afanándose con el máximo estudio en una estatura singular de maestría que tiene un ápice torreado, esto es una preeminente y bien compuesta dignidad de validísima constancia.

Y la primera imagen mira hacia el oriente, porque aquella virtud miró hacia el Hijo de Dios con el llanto del amor, para que en algún momento viniera, hablando esto abiertamente de la vida eterna que la circuncisión tuvo en secreto. Pero la segunda imagen ve hacia el aquilón; puesto que ella consideró la parte del oriente y la parte del aquilón, en gran disciplina mirando a Dios como hacia el oriente, desdeñando la inconveniencia de la lascivia indisciplinada, a saber, que Dios no era tenido en veneración, y despreciando que la ley de Dios no era dignamente tenida en aquel pueblo, como en el aquilón. Pero la tercera tiende al septentrión; porque fortísimamente ella postra la superflua fornicación, despreciándola, y protegiéndose a sí misma de ella por la institución legal. Pero la cuarta imagen se vuelve hacia la columna de la palabra de Dios, en cuya raíz el patriarca Abraham reside; puesto que ella estuvo vuelta adhiriéndose en la encarnación del Hijo de Dios, la cual como en un fundamento Abraham tocó, con una presignificación de admirable profundidad, con el carnero pendiente en las espinas. Pero la quinta mira hacia la torre de la Iglesia, y hacia aquellos hombres que en el mismo edificio discurren de aquí para allá; porque ella se erigió victoriosamente para destruir toda injusticia que surgió en Adán, mirando hacia la fortaleza de la Iglesia católica, para que victoriosamente y sin intermisión luche contra los vicios del diablo, y hacia los hombres que en ella discurren en diversa variedad de costumbres, mostrándoles en

el temeroso celo de Dios que perseveren en ser ovejas de la justicia.

El que haya una semejanza en ellas: esto es que con igual devoción adoran a Dios en las obras de los hombres; pues cada una de ellas está vestida solo como con sendas vestiduras de seda, porque cada una de esas mismas virtudes tiene en sí una dulzura y suavidad por las cuales de ninguna manera gravan ni constriñen a los hombres; sino que como el bálsamo suda suavemente de su arbusto: así operan blandamente la dulzura del reino celestial en las mentes humanas sin la suciedad y dureza de la injusticia. Y están calzadas con calzado blanco, puesto que rectamente siguen Mi justicia en la blancura del reino celestial, atravesando la sujeción del diablo, y conculcando del todo sus huellas en los hombres. Pero la quinta virtud se ve armada por todas partes; porque ella mira hacia la Iglesia, en la cual se perfeccionan fortísimas luchas contra los vicios diabólicos, extendiendo en ella por todas partes su victoria, con la preciosísima armadura que es la invictísima fortaleza de Dios, la cual, al atravesar, mata toda injusticia en la confusión del fraude diabólico. Pero el que la segunda y la tercera estén con la cabeza desnuda, la cabellera suelta y blanca: esto es que no se imponen ningún suplicio de trabajo, ni carga de riquezas o concupiscencia por mi amor; sino que con la cabeza desnuda, esto es con su conciencia abierta, me abren todo su secreto, ardiendo siempre en mi amor, cuando arrojan de sí toda confusión y lascivia de la concupiscencia de la carne; comenzando esto en los cabellos

blancos, que es la claridad de la mente que desea las buenas obras. Y carecen del amparo de mantos; puesto que proyectan de sí las costumbres de los paganos, con la impudicia y suciedad del diablo y con todos los cuidados seculares; porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios (1 Cor 3). También la primera, la tercera y la cuarta están vestidas con túnicas blancas; lo cual es la aprehensión de la inocencia que prefigura la encarnación de mi Hijo con la suavidad de la castidad, quien sustrajo al hombre de la muerte, vistiéndolo de vida en la salvación. Pero el que haya una disimilitud en ellas: esto es que la fuerza de ellas está a su vez en el don del Espíritu Santo, cuando esta virtud tiene este instrumento del alma, y otra virtud otro, existiendo sin embargo en un solo estudio en Dios: de modo que la Jerusalén celestial sea perfectamente construida con ellas; porque ellas mismas son la obra que los hombres realizan: por la cual llegan a Dios.

De donde esta primera imagen designa el amor celestial, porque este debe estar en los hombres por encima del cuidado del ánimo; llevando en su cabeza una ínfula pontifical, con los cabellos esparcidos y blancos, porque está muy coronada en el sumo sacerdote Jesucristo, y en los sumos sacerdotes del Antiguo Testamento, y en aquellos que dijeron al mismo Hijo de Dios: ¡Ojalá rompieras los cielos y descendieras!; estando con los cabellos descubiertos sin velo mujeril de la cabeza apareciendo en blancura: prefigurando en ellos que el oficio sacerdotal habría de ser despojado del oficio conyugal en el advenimiento de

mi Hijo, de aquel mismo que debe ser imitado por sus sacerdotes en castidad por la salvación; porque ellos deben siempre adherirse así al perfectísimo amor celestial: que sacudan las depravadas costumbres de los hombres del contagio del pecado: siendo una parte clara y cándida en el don espiritual de Dios. La cual también está vestida como con un palio blanco, tejido inferiormente en sus dos orillas con púrpura; esto es que la rodeó la gracia de Dios en la blancura de la lenidad, apoyada y adornada en los fines de sus protecciones con los decorosos ornamentos de la caridad; porque la comprensión de la divina gracia debe estar en el término de cada una de las buenas obras, constando de dos partes, a saber, en la virtud de la dilección de Dios y del hombre. Pero el que en su derecha tenga lirios y otras flores, esto es que en la buena obra tiene los blancos premios de los lirios de la vida eterna y la claridad de la luz eterna, y otras florecillas de santidad que son sus compañeras, que se unen a ella por el amor celestial. Pero el que en su izquierda lleve una palma, esto es que ella, en el recuerdo de la muerte, tiene la palma que asciende de lo oculto de la bienaventurada virtud, con la cual abruma a la muerte como con torrentes de piedras, como también declara en sus palabras a los hijos de Dios, como se ha dicho arriba.

Pero la segunda representa la Disciplina; puesto que tras el ardiente amor de la vida celestial surge la constricción de las concupiscencias carnales en la disciplina de una gran contrición. La cual está vestida con una túnica de púrpura;

porque está rodeada por Mi ley y por la mortificación de la carne en los hombres, lo cual es el ejemplo de Mi Hijo en la vestidura de púrpura: pues el mismo Hijo mío nació de la purísima Virgen en la caridad, la cual operó en Él de todos los modos. Pues consta como un adolescente que todavía no es de plena edad varonil, pero sin embargo de gran gravedad; puesto que la disciplina está siempre en el temor pueril, como un niño está en la constricción temiendo a su maestro bajo la magistratura. De donde también Yo, omnipotente, soy siempre maestro de la disciplina, porque ella hacia Mí es como no varonil; puesto que no quiere ser potente en el oficio de su propia voluntad, sino siempre temer fielmente en la gran restricción de la reverencia, como también manifiesta muy claramente en sus predichas palabras.

Pero la tercera declara la Vergüenza: puesto que tras la disciplina surge el pudor de la vergüenza, ahuyentando de sí la confusión del pecado. Por lo cual cubre también su rostro con la manga blanca de su mano derecha; porque protege su conciencia interior como el rostro del alma, huyendo de la fornicación y de la polución diabólica, defendiéndose con la cándida vestidura de la inocencia y de la castidad, teniéndola en la derecha, lo cual es en la salvación de su obra; puesto que a ella se adhieren potentemente el desprecio de toda la suciedad de Satanás, la cual arroja de sí de todos los modos, como también declara en sus predichas palabras de su amonestación.

Pero la cuarta significa la Misericordia; porque tras la vergüenza se eleva hacia los necesitados la

virtud de la misericordia, porque también en el corazón del Padre eterno está la verdadera misericordia de Su gracia, puesto que Él mismo por ella ordenó esto en Su antiguo consejo, lo cual primero mostró misericordiosamente a Abraham en la circuncisión, sacándolo de su tierra y mandándole que se circuncidara él y su linaje, cuando le demostró grandes maravillas en la verdadera Trinidad, por las cuales también había prenunciado a Su Hijo en figura, todo lo cual es aquella misericordia que el mismo Abraham presignificó ofreciendo a Isaac. Y está con la cabeza velada por un velo blanco de la cabeza a la manera mujeril; lo cual es la cobertura e inicio de la salvación, como la cabeza de quien se compadece de las almas perdidas, conduciéndolas de regreso del exilio de la muerte bajo la blancura de un piadoso velo; puesto que hace blancas las almas y al hombre resplandeciente; mientras esté cubierto con la misericordia de Dios, porque a aquellos hombres que tienen a Dios en indignación, mientras todavía están en pecados, a estos brilla después de habérseles conferido desde el cielo la misericordia, como un rayo de sol en blanda suavidad, puesto que la misericordia en persona mujeril es la fecundísima madre de las almas de la perdición. Pues como la mujer cubre su cabeza, así la misericordia deprime la muerte de las almas, y como la mujer es más suave que el varón, así también la misericordia es más suave que la vesánica locura de los crímenes en la locura del pecador antes de que su corazón sea visitado por Dios: como también la misma virtud

aparece en forma mujeril, puesto que en la femenina castidad, cerrada la materia virginal, surgió en el vientre de María la suavísima misericordia, que siempre estaba obnubilada en el Padre, hasta que el Padre la mostró visible por el Espíritu Santo en el útero de la Virgen. Y está vestida alrededor con un manto de color de azafrán; porque está rodeada por el sol esplendidísimo que es el signo de mi Hijo que resplandece desde el cielo al mundo, como el esplendor del sol sobre la tierra. Puesto que el mismo Hijo mío es el verdadero sol que ilumina al mundo con la santificación de la Iglesia. Pero el que en su pecho tenga la imagen de mi Unigénito mismo: esto es que en el pecho de la misericordia incliné al mismo Hijo mío, cuando lo envié al útero de la Virgen María. Por lo cual también alrededor de ella en el pecho de su virtud está escrito: Por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, en las cuales nos visitó el Oriente desde lo alto (Lc 1). ¿Qué es esto? Porque en todas partes, en Mi poder circundante, se demuestra en el secreto de la ciencia del pecho de la misericordia: que mi Hijo es la verdadera misericordia. ¿Cómo? como se ha dicho arriba en las palabras de mi siervo Zacarías en el Evangelio diciendo: Por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios en las cuales nos visitó el Oriente desde lo alto. Esto es tal: Por las entrañas de la misericordia paterna está la salvación, que estaba oculta en el corazón del Padre, como las entrañas permanecen en los hombres: que Su Hijo en el fin de los tiempos se encarnaría donde Dios visitó a los hombres. ¿Cómo? Por el pan celestial, a saber,

que es Su Hijo nacido en la carne de la Virgen María, quien viniendo de lo alto, esto es saliendo del corazón del Padre, ofreció la máxima misericordia a los que lo buscan, como también la misma virtud se dirige a los hijos de Dios en sus predichas palabras.

Pero la quinta imagen prefigura la Victoria: puesto que tras la misericordia que mostré en la circuncisión, queriendo enviar a Mi Hijo al mundo, se erigió la victoria en la misma circuncisión, procediendo así con mayor virtud hasta mi Hijo, y con Él hasta el último día. Pues en Mi Hijo superé a la antigua serpiente; que se ensalzó sobre su propia cabeza, arrebatando al género humano por mil iniquidades con las cuales lo prendió como en su cadena, porque aquellas iniquidades mi Unigénito las venció por todas las armas belicosas que surgieron en Su encarnación, el cual es la flor de todas las virtudes. ¿Qué es esto? Tras la misericordia surge la victoria cuando el hombre se ha vencido a sí mismo y a los vicios ajenos. ¿Cómo? En las predichas cinco virtudes: primero es el amor celestial, a saber, en esto que el hombre sabe y reconoce a Dios, amándolo sobre todas las cosas. Después, por causa de aquella fe, el mismo hombre es ligado a la ley de la disciplina; por la cual reprime los crímenes de pecar mediante la buena y recta vergüenza. En estas tres fuerzas, por tanto, será justificado el hombre en su corazón: mirando así otra cosa que es la angustia de su prójimo, a quien procurará en todas sus necesidades como a sí mismo. De donde también pronto surge el hombre como un fortísimo soldado con

estas tres fuerzas en las cuales es perfeccionado en su mente imitando en la misericordia a mi Hijo, el verdadero Samaritano, pasando así en la victoria a través de las fuerzas del diablo con las armas de las virtuosísimas virtudes, cuando se vence a sí mismo y rige a su prójimo, matando en las mismas virtudes todo mal, a saber, arrojando la soberbia que expulsó a Adán del paraíso.

Y la misma virtud está armada con un yelmo puesto sobre su cabeza; porque el hombre, con pleno deseo celestial, debe suspirar hacia Dios, que es la cabeza de todo, para que consiga la salvación eterna. Está vestida también con una coraza, para que el hombre resista al diablo constriñendo la injusta voluntad de sus deseos carnales, en el verdadero temor y con justo temblor sujeto a Dios, temiendo fielmente Su estricto juicio como, amonestado por Mí, dice David: Tus relámpagos iluminaron el orbe de la tierra: se conmovió y tembló la tierra (Sal 76). Esto es tal: Brillaron Tus maravillas y secretos, oh Señor de todos; y aparecieron de modo admirable. ¿Cómo? Como el relámpago que en parte se ve y en parte se oculta; puesto que Tus misterios ahora se entienden, pero otras veces se ignoran; pues no hay nación difundida en la latitud de todo el orbe que en Tu voluntad haya sido admirablemente creada, sin que a ella el nombre de Tu gloria y la potencia de Tu majestad haya llegado de diversos modos y por signos admirables de modo maravilloso, aun si la luz de la fe y de la verdad todavía no la haya ilustrado perfectamente para su salvación. Por lo cual el hombre, conmovido en grandes sus-

piros, se aparta de su voluntad, y deserta de sus concupiscencias, temblando a saber ante el juicio superno; porque él antes, caminando en actos terrenos, se había olvidado imprudentemente de sí mismo, cuando ahora sabiamente vuelve a sí. Está también la predicha virtud vestida con grebas para que, denunciado para él el camino recto, escape de los itinerarios de la muerte por la castigación corporal. Está vestida también con guanteletes de hierro, para que escape de las obras del diablo por la circuncisión de la mente, y por la rectísima fe, de modo que crea en Dios: evadiendo así los lazos del truculentísimo enemigo. Tiene también en su izquierda un escudo pendiente de los hombros; puesto que en la parte izquierda, que es la lucha diabólica contra el hombre, rodeada por la gracia de los fortísimos preceptos de Dios, por los cuales el hombre sea rodeado y defendido con tanta fortaleza de la Fe, para que el diablo no lo corrompa con sus persuasiones, y para que el hombre mismo no se sujete a los vicios de aquel por la protección de Dios, rodeado desde los hombros; puesto que la gracia de Dios se adhiere a la recta fortaleza del alma hacia Dios en la ligadura de la dilección de Dios y del prójimo. Y está ceñida con la espada; por la cual el hombre debe constreñirse con la castigación del cuerpo, en la austeridad del sermón de Dios; y cortando de sí y de los otros la iniquidad. También tiene la lanza en la mano derecha; lo cual es para que el hombre, con confianza, sea audaz en Dios para superar toda la sabiduría del diablo; haciendo esto con la fortísima paz del Señor, que es la

verdadera justicia contra el nequísimo certamen del diablo y del hombre; que difícilmente puede ser debelado sino con el auxilio de Dios. Pero el que bajo sus pies yazga como un león con la boca abierta, esto es el diablo, a quien la victoria postró con los pies del camino recto de la vida y de la verdad, cuando el mismo Satanás, con acérrima y amarísima crueldad, con la boca abierta deglutiría al género humano. Pero la lengua extendida de su boca es su estimación, por la cual con terrible iniquidad pensaba devorar del todo a todo el género de los hombres procreado de Adán. Y el que también bajo sus pies yazgan como ciertos hombres: estos son, bajo la agilidad de ella, las tórpidas flautas del diablo, que se doblan al inicio de todo mal, a las cuales ella protegió en el celo de Dios procediendo rectamente en la justicia; porque las mismas perversas maquinaciones en diversas costumbres se sujetan al diablo sirviéndole. De los cuales algunos resuenan con trompetas; puesto que se desenfrenan con el sonido de todos los males, y enloquecen elatados con la mente flagrante odiando la justicia de Dios, linaje a saber sobre linaje haciendo esto con gran soberbia. Y otros con ciertos instrumentos lúdicos jocosamente crepitan; por lo cual son falaces en las ilusiones fantásticas pertenecientes al diablo, y puesto que son pertinaces en la tortuosa lascivia de la elación que envidia la disciplina de Dios. Otros también juegan diversos juegos; puesto que se ocupan en la diversidad y suciedad de los vicios, los cuales, pensando en sí mismos según el placer de su voluntad, cumplen a través de

las insidias diabólicas. Y a todos estos la misma imagen al mismo tiempo conculca con sus pies junto con el león mismo; por lo cual con excesivo celo impele todas estas vanidades de las artes y tritura las persuasiones de Satán en la justicia de Dios. Pero también la lanza que la mano derecha tiene los traspasa acritamente; puesto que por la confianza y audacia hacia Dios traspasa fortísimamente superando y vulnerando en dolores todas estas inmundicias, porque son burladas por Dios y reputadas en nada; como ella misma también demuestra en las predichas palabras de su amonestación.

Pero el que dentro del edificio mismo veas otras dos imágenes que están hacia esta misma torre, esto es que dentro de aquella obra que el Padre celestial realizó por medio de Su Hijo, mostrándolo abiertamente en la obra manifiesta por la cual fue mostrado en la circuncisión, en obnubilación surgieron dos virtudes, una de las cuales es el ejemplo de Cristo y la otra el seguimiento de Sus huellas, apareciendo al encuentro del precursor de la voluntad de Dios con máxima fortaleza y reverencia; porque en sí mismas declaran el fruto que fue prefigurado en la circuncisión. Y la primera de ellas aparece estando sobre el pavimento del edificio mismo como en un arco de ígneo esplendor pintado interiormente con diversas imágenes de espíritus malignos, y puesto contra la predicha torre; porque la misma virtud se perfecciona en las cosas terrenas conculcandolas en la bondad del Padre, cuando diligentemente atraviesa los deseos de la carne en el ejemplo del Hijo de Dios.

¿Cómo? Porque en mucha tolerancia atraviesa las adversidades del mundo, fuertemente examinada y cribada en el arco, esto es en la excelencia de la potestad secular, que es ígnea en el terror de la soberbia detractora a la cual sigue la turba diabólica: atrayendo a su voluntad los interiores deseos carnales del alma de los seculares que los aman, cuando también el mismo arco, por la potencia terrena, de muchos modos a veces se opone a la justicia; repugnando ciertamente al testamento que fue edificado en Dios, todas las cuales sin embargo supera la virtud victoriosa por el auxilio de Dios en los hombres buenos, aunque sean muy impugnados y fatigados por las insidias de los malignos. Pero la otra, solo colateral al arco mismo exteriormente, no consiste en ningún arco; puesto que cuando la virtud anterior vence pacientemente a la túmida potestad que le infirió muchas penas, esta virtud procede fuera de la misma potestad, porque de las penas que aquella soportó, esta surgió como fuera de la misma potestad, huyendo de su rabia; pero sin embargo junto a ella, lo cual es el recuerdo de las penurias de donde tuvo su origen; consistiendo sin la depresión del arco, puesto que es libre de la potestad de este siglo, llevando abiertamente la cruz de Cristo. Pero el que ambas a veces miren hacia la predicha torre, esto es que ellas mismas son la obra plena prefigurada en el precursor de la voluntad de Dios, en la circuncisión del Antiguo Testamento, considerando el inicio de su raíz; siendo sin embargo mayores que su mismo inicio que tuvieron en la circuncisión, porque la

obra resplandeciente descuella sobre el inicio de la doctrina, a veces también mirando hacia los hombres que entran y salen del mismo edificio; lo cual es la amonestación de ellas en el Espíritu Santo a los pueblos que caminan hacia Dios en la vía de la ley de la justicia, y a aquellos que están en los crímenes del diablo queriendo apartarse de la vía justa, de donde son exhortados por ellas, para que las imiten en el bien.

Ellas mismas están también vestidas con vestiduras de seda, porque tienen aquella suavidad, para que el hombre no sea gravado en la indignación del trabajo de las persecuciones. Y están veladas en la ligadura de la cabeza con un velo blanco a la manera femenina, puesto que es justo que el hombre esté sujeto a Dios su cabeza, poniéndolo continuamente alrededor de su mente en la blancura de la dilección, de modo que lo abrace con gozo y alegría, como la mujer tiene a su marido en el honor del temor y del amor, como constituyó Dios. Pero no están revestidas con mantos, porque carecen de toda solicitud secular, inclinándose solo tras aquellas cosas que son eras en Dios en la vida futura. Pero están calzadas con calzado blanco; puesto que lucen en los itinerarios de la justicia por la blancura de la fe en las mentes de los hombres, para que también ellos sigan las huellas del ejemplo de ellas.

Pero la imagen anterior designa la Paciencia, porque ella surgió en el cuerno de Abraham, lo cual es en el inicio del obedecer cuando, obedeciendo a Dios en la circuncisión, significó el primer sonido de la obediencia tras la caída de

Adán, un precursor que opera la obediencia en el Verbo verdadero, que está en el Hijo de Dios, como el sonido precede a la palabra, en la parte septentrional, a saber, opuesta a las iniquidades e inquietud de la antigua serpiente. Y tiene en su cabeza como una corona triangular roja, como el jacinto rojo es rojo en su color, puesto que en el inicio de la mente de los hombres fieles está muy coronada por la fe de la santa Trinidad, quienes, despreciando su propia carne por el amor de Dios y la verdadera fe, no dudan en derramar su sangre, porque también el Hijo de Dios, apareciendo en la carne, venció a la muerte con el rubor de Su sangre por la cual la Iglesia fue decorada, como con un noble jacinto rojo en su decoro. Está vestida también con una túnica blanca cuyos pliegues están por todas partes distinguidos con color verde, porque se viste la vestidura de la obra de Dios adornada en la blancura de la luz perpetua, a saber, en sus pliegues, que son las penurias y el gemido del que dice: ¡Oh!, ¿cuándo vendré al aspecto de la verdadera luz?, cuyo deseo se tiene felizmente en la vida presente en un ejemplo ensombrecido, por el cual se decoran las mismas adversidades de los fieles en la verde vitalidad del alma distinguida por muchas calamidades, sufriendo todas estas cosas en paciencia por Dios, como también la misma virtud declara en sus predichas palabras.

Pero la otra imagen representa el Gemido, puesto que tras la paciencia de los contrarios, se eleva en mis elegidos el gemido del recuerdo de la vida, surgiendo por mi amonestación, como

de Mi corazón envié a Mi Hijo por el gemido de Mi pueblo. Pues Mi pueblo, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, tenía y tiene este recuerdo de la mente, el cual es de quien comprende el gemido en su lamentable ornamento, puesto que ella es la verdadera compunción del corazón. Por lo cual también está en la plaga septentrional, para que repugne a la disoluta inmundicia de las insidias diabólicas. Y está vestida con una túnica blanca, pero de color un tanto pálido, porque está rodeada de buenas obras en la blancura de la fe; mostrando sin embargo un palidez turbulenta, puesto que siempre tiene suspiros y llanto por la eterna felicidad. Pero el que en su brazo derecho lleve una cruz con la imagen del Salvador inclinando Su cabeza sobre ella, esto es que en la derecha, esto es en la parte recta de su fuerte obra, abraza la pasión de mi Hijo anhelando con todo el deseo de su intención, e inclinándose hacia Él, imitándolo en los dolores y penurias, como también demuestra en sus predichas palabras de su exhortación. De donde también ves que todas las predichas imágenes dicen sus sendas palabras por el misterio de Dios para la amonestación de los hombres, porque en todas las virtudes con dulcísima suavidad la piedad de Dios enseña, exhortando a las mentes de los pueblos a que dejen el mal, erigiéndose hacia el bien. Pero quien tiene oídos agudos del intelecto interior, este anhele estas palabras en el ardiente amor de mi espejo, y las escriba en la conciencia de su ánimo.
VISIÓN CUARTA.

SUMARIO. Cuando la austeridad de la ley fue endulzada en la encarnación del Verbo de Dios: los poderosos se mostraron, y la justicia de Dios fue hecha manifiesta. Que los patriarcas en misterio significaban que la ley estaba cerca. Que ninguna soberbia puede resistir a la fortaleza de Dios. Que la justicia de Dios es de temer y su altura sobresale a todas las criaturas. Que el Verbo de Dios tiene tres puntas incidentes: la antigua ley, la nueva gracia, y los expositores de los libros divinos. Sobre el conocimiento divino inicial de la ley y sobre la operación del Evangelio y la exquisita sabiduría de los maestros principales. Que desde el inicio de la ley, Dios extendió los tiempos de los patriarcas y profetas hasta la manifestación de Su Hijo. Que los patriarcas y profetas, venerando la doctrina evangélica, se maravillaron de la encarnación del Hijo de Dios. Que el Verbo de Dios, a través del tipo de la prefiguración, yació oculto en las almas de los antiguos desde el primer elegido hasta el último. Que la doctrina del Hijo sale del Padre y vuelve al Padre, difundiéndose en el fruto de la bendición, llegando así a los doctores de la Iglesia. Que, predicando Cristo, se hicieron apóstoles, mártires y otros elegidos. Difundido el Evangelio, se extendió en los hombres la sabiduría de la divina Escritura, la cual en el inicio era de menor estudio, y al final débil al enfriarse la caridad de muchos. Que el hombre en el principio de la buena obra debe ser temeroso, en el medio fuerte y constante, en lo último humilde. Que los misterios del Hijo de Dios, editados en el profundísimo secreto del Padre en el Antiguo

y en el Nuevo Testamento, fueron declarados por la gracia del Espíritu Santo, cuando al hombre ceniciento (cinereo homini) no se le muestra sino en sombreado. Sobre el conocimiento divino de Dios y lo que significa su estado. Que los ángeles están alrededor de ella y por qué tienen alas. Sobre aquellos que son llamados ovejas compelidas. Que Dios constriñe a unos con un azote más leve, a otros con uno más fuerte, y a otros con la máxima penuria de mente y cuerpo. Ejemplo de Faraón, de mi Moisés y de Aarón para la misma cosa. Sobre los modos de las castigaciones y de las consolaciones de Dios que inspecciona las vías de los hombres. Palabras de la sabiduría de Salomón. Por qué la ciencia de Dios inspecciona a los hombres vestidos con una nueva vestidura.

Y luego, más allá de la predicha torre del precursor de la voluntad de Dios, pero un codo por debajo del ángulo que mira al norte, vi como una columna de color de acero situada exteriormente junto a la predicha parte lúcida del muro del mismo edificio, muy terrible de aspecto, y de tanta magnitud y altura que de ningún modo podía discernir su medida. Y aquella columna tenía tres ángulos desde abajo hasta arriba, agudos como una espada, de los cuales el primero miraba al oriente, el segundo al norte, y el tercero al mediodía, un tanto unido por fuera al mismo edificio. Del ángulo que miraba al oriente procedían ramas desde la raíz hasta su cima, junto a cuya raíz vi en la primera rama a Abraham sentado, en la segunda a Moisés, en la tercera a Josué, y luego a los restantes patriarcas y profetas sentados así

arriba ordenadamente cada uno en sus ramas: según el tiempo en que se habían sucedido unos a otros en este siglo, quienes se volvían todos hacia el ángulo de la misma columna que miraba al norte, admirando las cosas que en espíritu vieron que habrían de ser en ella. Pero entre estos dos ángulos, a saber, el que tendía al oriente y el otro al norte, estaba ante las faces de los mismos patriarcas y profetas aquella columna desde abajo hasta arriba como torneada y redonda, y llena de arrugas, como suele brotar el germen de la corteza de un árbol. Del segundo ángulo que miraba al norte salió un esplendor de maravillosa claridad, extendiéndose y reflejándose hacia el ángulo que miraba al mediodía. Y en aquel esplendor que se difundía en tan gran latitud, divisé a apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, y a otros muchos santos, caminando con gran gozo. El tercer ángulo, que miraba al mediodía, era en medio ancho y extendido; pero abajo y en la cumbre un tanto más grácil y constreñido, según el modo de un arco que se extiende para lanzar saetas. En la cima de la misma columna vi tanta claridad de luz que la lengua humana no puede expresar; en la cual apareció una paloma que tenía en su pico un rayo de color áureo, irradiando aquella columna con mucho fulgor. Y cuando miraba hacia allá oí una voz del cielo, que con gran terror me redargüía y decía: "Lo que ves es divino". Por cuya voz me estremecí tanto que no me atreví a mirar más hacia allá. Vi también entonces dentro del predicho edificio como una cierta imagen de pie ante esta misma columna sobre el pavimento de aquel

edificio, y mirando a veces a la columna misma, y a veces también a aquellos hombres que discurrían por el mismo edificio; pero aquella imagen era de tanto fulgor y claridad que, por el excesivo esplendor que en ella lucía, no podía considerar ni su cara ni las vestiduras con que se vestía, excepto que solo apareció en forma de hombre como las otras virtudes. Y alrededor de ella divisé una hermosísima multitud, que tenía forma angélica y alas, y que estaba en tanta veneración que tanto la temían como la amaban. Pero ante su faz vi otra multitud en forma humana, apareciendo con vestidura tenebrosa, y estando en mucha constricción de miedo. Y la predicha imagen inspeccionó a aquellos hombres que, viniendo del mundo, se vestían con una nueva vestidura en el mismo edificio, diciendo a cada uno de ellos: "Considera el indumento con que te has vestido, y no olvides a tu Creador que te creó". Y cuando admiraba estas cosas, aquel que estaba sentado en el trono me decía de nuevo: "El Verbo de Dios por quien todas las cosas fueron hechas, Él mismo engendrado antes de los tiempos del corazón del Padre, pero después, al fin de los tiempos, como los antiguos santos predijeron, encarnado de una virgen, aunque asumió la humanidad, sin embargo no desertó la divinidad, sino que, existiendo con el Padre y el Espíritu Santo un solo y verdadero Dios, endulzó el mundo con Su dulzura, y lo ilustró con el fulgor de Su claridad." Por lo cual también esta columna que ves más allá de la predicha torre del precursor de la voluntad de Dios, designa el inefable misterio del Verbo de

Dios, porque en el verdadero Verbo, esto es, en el Hijo de Dios, se ha cumplido toda la justicia del Nuevo y del Antiguo Testamento, las cuales han sido explicadas a los hombres que creen fielmente por la inspiración divina para la salud de ellos, cuando el mismo Hijo del Padre superno se dignó encarnarse de la dulcísima Virgen, porque después que, por el precursor de la voluntad de Dios en el inicio de la circuncisión, se mostraron las potentes virtudes; entonces también fue declarado en estricta justicia el misterio del Verbo de Dios, insinuado a saber por el sonido de los patriarcas y profetas, que predijeron que Él se manifestaría con toda justicia, y con todas las administraciones sujetas a Dios, y con la máxima austeridad que tocó la justicia incidente de Dios, no dejando ninguna injusticia ilesa, sin cortarla en los preceptos legales."

Pero estando un codo por debajo del ángulo que mira al norte, lo cual es en el curso humano y singular una vecindad excelente, la cual fue de los patriarcas hablando la estricta justicia del mismo Verbo de Dios en sus significaciones hasta la ley, como en la parte septentrional repugnando al diablo. Por lo cual también es de color de acero situada exteriormente junto a la predicha parte lúcida del muro de aquel edificio, porque invicta e insuperable es la fortaleza del Verbo de Dios, a la cual nadie puede resistir por inane rebelión o por vil soberbia, de modo que incluso a la ciencia especulativa, por las municiones y acciones de la justicia, esto es, los antiguos padres estaban como exteriormente conjuntos: no todavía fijados

en la ígnea y perfecta obra que se erige en el Hijo de Dios, la cual ellos mismos solo premostraban en el exterior sonido de sus palabras.

Es también muy terrible de aspecto, puesto que la justicia en el Verbo de Dios es de temer para la ciencia humana en el impío juicio de los injustos jueces que juzgan según ellos mismos solamente. Es también de tanta magnitud y altura que de ningún modo puedes discernir su medida, porque el mismo Verbo, a saber, el Hijo de Dios, en la magnitud de Su gloria y en la altura de Su divinidad, sobrepasa a todas las criaturas en la majestad paterna, de modo que nadie entre los hombres en carne corruptible puede considerar esto hasta la perfección.

Pero que la misma columna tenga tres ángulos desde abajo hasta arriba, agudos a modo de espada, esto es que la fortaleza del Verbo de Dios, circundante y voluble en la gracia, que el Antiguo Testamento presignificó para ser declarada en el Nuevo, manifestó por el Espíritu Santo tres puntas incidentes, esto es, la antigua ley y la nueva gracia y la explicación de los doctores fieles en las cuales el hombre hecho opera lo que es justo, a saber, desde el inicio de su incepción como en lo ínfimo cuando comienza el bien, tendiendo así hacia arriba hasta lo perfecto como hacia lo sumo cuando esto consuma; porque todo lo que es justo, fue y es, y permanece eternamente en la simplicísima deidad que todo lo penetra, de modo que ninguna potestad puede constar en su malicia, la cual quiere vencer la gloria de Su piedad.

Y el primer ángulo mira al oriente, que es el primer orto de la incepción de conocer a Dios en la divina ley, antes del día perfecto de toda justicia. Pero el segundo hacia el norte, puesto que tras la incepción de la buena e instituida operación, el Evangelio de mi Hijo y otros preceptos en Mí, el Padre, surgieron contra la parte del aquilón, donde toda injusticia ha nacido. El tercero, en cambio, hacia el mediodía, un tanto unido por fuera al mismo edificio, que es, en las robustecidas obras de la justicia, la profunda y exquisita sabiduría de los maestros principales por el calor del Espíritu Santo, que aparecieron en las cosas oscuras en la ley y los profetas, y que en los Evangelios mostraron el germen que hicieron fructuoso para entender, tanto las naciones la materia exterior de las Escrituras en la obra de la bondad del Padre, y rumiando dulcemente en ella la significación mística.

Pero que del ángulo que mira al oriente procedan ramas desde la raíz hasta su cima: esto es que en el orto del conocimiento de Dios por la ley de la justicia, como en el ángulo oriental, aparecieron ramas, a saber, en el tiempo de los patriarcas y profetas, porque aquella aguda columna de la divinidad extendió todas estas cosas desde el inicio de la raíz, esto es, de la buena incepción en las mentes de sus elegidos, hasta su cima: que es hasta la manifestación del Hijo del Hombre, que es toda justicia. Por lo cual también junto a su raíz ves en la primera rama a Abraham sentado, porque, penetrando la divinidad por todas las cosas, se inspiraba este tiempo que primeramen-

te nació en Abraham, cuando con mente quieta dejó su patria obedeciendo a Dios. En la segunda a Moisés, puesto que luego surgió la plantación por inspiración de Dios en el inicio de la ley dada por el mismo Moisés en la prefiguración del Hijo del Altísimo, y en la tercera a Josué, porque él tuvo después este espíritu de Dios, para que confirmara la costumbre de la ley de Dios más robusta en el precepto divino. Y luego ves a los restantes patriarcas y profetas sentados así arriba ordenadamente cada uno en sus ramas, según el tiempo en que se sucedieron unos a otros en este siglo, puesto que en cada tiempo de los subsiguientes patriarcas y profetas Dios inspiró desde lo alto, para la altura de sus preceptos, el germen singular de cada uno, cuando ellos en sus días descansaban dispuesta y ordenadamente en la justicia que se les mostraba, fielmente sujetos a la majestad divina, tal como venían en sus tiempos.

Y todos estos se vuelven hacia el ángulo de la columna que mira al norte, admirando las cosas que en espíritu ven que han de ser en ella: porque todos, amonestados por el espíritu, por el Espíritu Santo se volvieron y miraron hacia la doctrina evangélica de la fortaleza del Hijo de Dios que repugna al diablo, hablando de Su encarnación y admirando que Él, viniendo del corazón del Padre y del útero de la Virgen, se mostró con grandes maravillas en Su obra y en la de los seguidores que, imitándolo maravillosamente en la nueva gracia, pisotearán las cosas caducas y anhelarán fuertemente los gozos de las eternas. Pero que entre estos dos ángulos (uno a saber que

tiende al oriente y el otro al norte), ante la faz de los mismos patriarcas y profetas, esté aquella columna desde abajo hasta arriba como torneada y redonda, y llena de arrugas como suele brotar el germen de la corteza de un árbol: esto es que entre ambas cumbres, a saber, entre mi manifiesto conocimiento y la subsiguiente doctrina de mi Hijo, latió por tipo de prefiguración en las almas de los antiguos padres que moraban en mis leyes, el único Verbo que es mi Hijo, desde el primer elegido hasta el último santo; circundado en mística coronación, porque Él mismo compuso bien y limó todos sus instrumentos, a saber, manifestándose piadoso a todos por la noble gracia, como se prefiguraba en las arrugas de la circuncisión, que fue sombra de las cosas futuras en las significaciones aplicadas por la austeridad de la ley que tenía en sí el rectísimo germen latente de la suma y santísima encarnación. Pero que del segundo ángulo que mira al norte salga un esplendor de maravillosa claridad, extendiéndose y reflejándose hacia el ángulo que mira al mediodía, esto es que del otro, a saber, el Nuevo Testamento opuesto al diablo, salen las palabras de mi Hijo que proceden de Mí y vuelven a Mí; porque al brillar el sol en la carne, que es mi Hijo, fulgura la luz del santo Evangelio en Su predicación, difundiéndose desde Él y desde sus discípulos en el fruto de la benedición, y retornando a la fuente de la salvación, llegando así hasta los rectores, a saber, a los profundos escrutadores de las palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento, mostrando que la sabiduría se ha erguido en el mismo sol

que ilustra al mundo, el cual en su costado arde mucho, como el mediodía en sus elegidos.

Y en el mismo esplendor que se difunde en tan gran latitud, contemplas a apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y a otros muchos santos caminando con gran gozo; porque en la clara luz, mientras mi Hijo estuvo predicando y dilatando la luz de la verdad, se hicieron los apóstoles administradores de la verdadera luz, y los mártires robustos soldados derramando fielmente su sangre, y los confesores diligentes tras mi Hijo, y las vírgenes siguiendo el germen superno, y otros elegidos míos alegrándose en la fuente de la alegría y en la fuente de la salud, mientras el Espíritu Santo los rocía, de modo que sean fragantes y fluyan de virtud en virtud. Pero que el tercer ángulo que mira al mediodía sea en medio ancho y extendido, pero abajo y en la cumbre un tanto más grácil y constreñido según el modo de un arco que se extiende para lanzar saetas, esto es, difundido el Evangelio ardiendo en el fervor del Espíritu Santo, aquella sabiduría de los santos que buscaban en la profundidad, para que por ella hallaran el germen típico de la profundidad, a saber, lo que ellos debían entender en el verbo de Dios; ella misma inmediata, a saber, ancha, porque confortada y robustecida por la fe en el pueblo cristiano, estaba como en medio el ancho sentido saliendo de las almas de los santos doctores, quienes escrutando la profunda aspereza de las Escrituras, la sacaron al conocimiento de muchos que de ellos aprendían, de modo que dilataban su sentido en la extensión de la sabiduría

y ciencia de la divina Escritura, la cual en el inicio como en lo ínfimo de la institución eclesiástica era todavía de más grácil y menor estudio, porque los pueblos todavía no la abrazaban con tal amor como después hicieron, ya que también al fin del siglo como en su cumbre, se enfriarán los estudios de muchos, de modo que la ciencia divina no les será amable en el amor de la obra, sino que esconderán para sí mismos su propia conciencia, como si no debieran cambiar el bien en obra por ellos, conociéndolo solo exteriormente como en sueños.

Y por eso este ángulo es en su medio anchísimo en la aspereza, puesto que las ásperas obras del culto de Dios denudadas del sombreado del Antiguo Testamento, se extendían desde su inicio más constreñido, como hacia su medio, que son las fortísimas virtudes en un estudio más alto, cuando el pueblo fue más veloz contra la iniquidad, a saber, el diablo, en las palabras que son de Dios, y para expulsar y pisotear todos sus vicios con gran austeridad de la justicia de Dios, descendiendo sin embargo así finalmente, en el olvido de sí, y existiendo más constreñido en el fervor del Espíritu Santo hacia el fin del mundo; de tal modo extendido como con la cuerda se extiende la madera para la guerra, porque en alma y cuerpo el hombre debe erigirse contra los vicios, más constreñido por cada parte de sí y más largo en medio, para que en su primera y en su última obra sea circunspecto con gran miedo y humildad y en medio fuerte y constante para emitir los dardos de las buenas obras por el don del Espíritu Santo

contra las insidias del diablo. Pues en la incepción del bien el hombre es de más grácil virtud, pero en la prosecución de su operación cuando opera el bien, es de más robusta fortaleza, puesto que el Espíritu Santo lo traspasó con Su infusión, en la cual sin embargo no puede ser frecuente en la virtud operante. De donde de nuevo será de virtud más constreñida, como al fin de la obra por la fragilidad de su carne. Así siempre debe extenderse el arco de quien se municiona contra los vicios diabólicos.

Pero que en la cima de la misma columna veas tanta claridad de luz que la lengua humana no pueda expresar, esto es que el Padre celestial, en su más alto y más profundo secreto, publicó los misterios de su Hijo, que brilla en el mismo Padre suyo con clarísima coruscación, en la cual fue proferida toda justicia, tanto en la proposición legal como en el Nuevo Testamento, que es la máxima claridad de la sabiduría luciente, de modo que no es posible a ningún hombre terreno proferir esto con discurso alguno mientras está en la carne corruptible. Y en la misma claridad, la paloma que aparece teniendo en su pico un rayo de color áureo irradiando aquella columna con mucho fulgor, es, en la coruscación de la luz del Hijo de Dios que brilla en el corazón del Padre, el ígneo Espíritu Santo, por quien fueron declarados los misterios del mismo altísimo Hijo de Dios que viene de la suma altura para la redención del pueblo seducido por la antigua serpiente. De donde también el mismo Espíritu Santo, inspirando todos los preceptos legales y los nuevos

testimonios, dando a saber la ley de la claridad de su misterio antes de la encarnación del Señor, y en la misma claridad mostrando su virtud en la encarnación del mismo Hijo de Dios, tiene en su profundísima inspiración un esplendor áureo, a saber, la eximia y excelentísima iluminación de su unción con mucha y gran perfusión mística, abriendo los secretos del mismo Unigénito de Dios a los antiguos heraldos, como se ha dicho, que mostraban al Hijo de Dios típicamente, y se maravillaban mucho de Él saliendo inefablemente del Padre, y surgiendo maravillosamente en la aurora de la perpetua Virgen, abrasando también fuertemente el texto del Antiguo Testamento y del Evangelio en germen espiritual, en el cual toda la justicia se ha erguido. Y por tanto, debido a la inmensa fuerza de la divinidad, no te es posible intuir la divina claridad, que por ningún hombre mortal podrá ser vista, sino como yo la muestro en sombreado a quien quiero. Por lo cual también tú, guárdate de presumir temerariamente de intentar entrar en lo que es divino, como también el tremor que te aprehendió te demuestra.

Pero lo que ves dentro del predicho edificio como una cierta imagen de pie ante esta columna sobre el pavimento del mismo edificio, esto es que dentro de la obra de Dios Padre, esta virtud se muestra declarando el misterio del Verbo de Dios, porque ella abrió toda justicia en la ciudad del Omnipotente en el pueblo, a saber, del Antiguo y del Nuevo Testamento, estando sobre el pavimento, esto es, sobre todas las cosas terrenas en la obra del mismo piadoso Padre, puesto que

todas las cosas terrestres así como las celestiales están en Su providencia. Pero que a veces inspeccione la columna misma y a veces también a aquellos hombres que discurrían por el mismo edificio, esto es que considera tanto su secreto que profería la fuerza de la divinidad en el Verbo de Dios, como también perspicazmente a los hombres que operan en la bondad del Padre, que se tocan o no se tocan en la obra, porque conoce la calidad de cada uno según su estudio. La misma imagen declara la Ciencia de Dios; porque ella prevé a todos los hombres y todas las cosas que están en el cielo y en la tierra, existiendo de tanto fulgor y claridad que, por el excesivo esplendor que en ella luce, no puedes considerar ni su cara ni las vestiduras con que se viste; puesto que ella es terrible en el terror como el fulgor de quien amenaza, y suave en la bondad como el esplendor del sol: de modo que en su terror y en su suavidad es incomprensible a los hombres, por el terrible fulgor la divinidad como por su cara, y por la claridad que tiene en sí misma como por las vestiduras de su decoro, tal como tampoco el sol puede ser considerado en su ardiente cara ni en el decoroso vestido de sus rayos. Pues ella está junto a todas las cosas y en todas las cosas, y es de tanta hermosura en su secreto; que por ningún hombre puede ser sabido con cuánta suavidad tolera a los hombres, y cómo les perdona en la perspicaz misericordia; hasta que la piedra durísima ya no puede ser perforada en su imperforable dureza, que es el hombre duro e incorregible, que de ningún modo quiere declinar de su mal. Pero

sin embargo, como las otras virtudes, aparece en forma de hombre; porque Dios en la virtud de Su bondad hizo al hombre, adornado profundísimamente con racionalidad, ciencia e intelecto, para que, amándolo con íntima dilección y cultivándolo con la máxima devoción, desprecie los figmentos de los demonios; amándolo especialmente a Él, que le dio tanto y tal honor.

Pero que alrededor de la misma imagen divises una hermosísima multitud, que tiene forma angélica y alas, y que está en tanta veneración que tanto la temen como la amaban: esto es que por todas partes los espíritus bienaventurados y excelentes en la administración angélica, por la inexplicable y purísima alabanza, cultivan la Ciencia de Dios, lo cual el hombre no puede cumplir tan dignamente mientras está todavía en el cuerpo mortal; ellos mismos abrazando a Dios en su ardor, porque son luz viviente, y elevados: no porque tengan alas como otra criatura volátil, sino porque arden en sus esferas por la virtud de Dios, como si fueran alados. Por lo cual me veneran a Mí, Dios verdadero, persistiendo en el recto temor y en la verdadera sujeción, conociendo mis juicios y ardiendo en mi amor, porque siempre miran mi faz, no deseando ni queriendo nada más sino lo que ven que place a mis perspicaces ojos.

Pero que ante su faz veas otra multitud apareciendo en forma humana y con vestidura tenebrosa, y estando en mucha constricción de miedo, estos son los hombres que existen en la ciencia de Dios. ¿Cómo? El hombre está ante el

conspecto de Dios en gran honor, a quien Él prevé que le pertenece, habiendo sido desechado aquel que más contiende en perdurar en la perdición que en estar en Dios. Pero aquellos hombres, que ves en esta multitud, son llamados ovejas compelidas (compulsae oves), teniendo apariencia humana por las obras de los hombres, y un vestido sombrío que es la duda en las obras de los pecados; pero en la estrechez del temor que teme el juicio de Dios. Se llaman en cambio ovejas compelidas porque de muchos modos los compelo para que lleguen a la vida, arrebatados de la muerte por la sangre de mi Hijo. De donde también ovejas compelidas son aquellos hombres que, por muchas tribulaciones y penurias, son compelidos por Mí contra su voluntad, para que dejen su iniquidad, la cual por la voluntad de su propia carne y por la flor de su juventud cumplirían muy gustosamente mientras se adhirieran al siglo, queriendo así permanecer en el ardor de la libido hasta que los desertara el fuego de la carne por el frío de su edad; a todos los cuales sin embargo constriño de diversos modos, según lo que veo en ellos, para que cesen de sus pecados.

Pues a algunos de ellos en quienes el mundo no arde con tan fuerte deseo no los constriño con un azote más fuerte sino con uno más leve; porque no veo en ellos tanta amargura como en otros, ya que cuando sienten mi corrección, pronto dejan con presteza su propia voluntad y vienen a Mí, renunciando a las pompas seculares. A otros en cambio los corrijo con un azote más fuerte, puesto que son tan ardientes y tan pervi-

caces en los pecados por el vicio de su carne, que a menos que fueran fuertemente coartados por Mí, no serían aptos para mi reino. Mi ciencia los prevé y conoce, y los constriñe según la superfluidad de su cuerpo. Y de nuevo a otros los supero en la máxima y fortísima penuria y miseria de su mente y cuerpo; porque son tan rebeldes y tan superfluos en la obra de la carnal voluptuosidad, que si no fueran constreñidos por una gravísima calamidad, no cesarían de sus crímenes por la petulancia de su carne, porque mientras estuvieran en la prosperidad de su voluntad, no se convertirían a Dios, puesto que de donde uno por la pusilanimidad de su mente cae del todo en la desesperación, de ahí otro bromea por la estolidez de su soberbia, y por aquello por lo que él es del todo conculcado en la desesperación, por esto aquel apenas es constreñido en la plenitud de su ánimo. De este modo coherzo a los que me pertenecen cuando me repugnan en sus obras; para que, porque los conozco, al menos por las calamidades tanto del cuerpo como del espíritu que padezcan, sean compelidos a llegar a Mí, a fin de que ellos mismos se salven, como también Faraón, aterrorizado, compelió finalmente a la plebe israelítica a marchar de su tierra, como está escrito: "Y Faraón, llamando a Moisés y a Aarón de noche, dijo: Levantaos, salid de mi pueblo, tanto vosotros como los hijos de Israel. Id e inmolad al Señor, como decís. Tomad vuestras ovejas y vuestras vacas, como habíais pedido, y al marcharos bendecidme" (Exod. XII).

Esto es tal como: Los onerosos y gravísimos crímenes que se adhieren a este siglo en muchas penurias y miserias, gravan sobremanera a muchos hombres, diciendo en sus corazones: ¡Ay, ay!, ¿adónde huiremos? Y entonces las mismas penurias, riñendo, los expulsan de sí: de modo que también los mismos hombres se apresuran a retirarse de ellas, porque en sí mismos se secan en su cuerpo por la pesadez del azote de la mano de Dios, no pudiendo vivir con alegría en la voluptuosidad del siglo, puesto que Dios los requiere: lo cual es la vocación de los justos por diversas calamidades en las tenebrosas obras de la noche de los pecados. De donde Faraón, los vicios, a saber, los diabólicos, llaman en el clamor de las penurias y miserias a Moisés, esto es, a aquellos hombres a quienes Dios constriñe con fortísimos dolores ya sean espirituales o corporales, y a Aarón, a aquellos a saber a quienes coherce con más leves adversidades, convocados en el tiempo nocturno de las malas obras, diciendo los mismos vicios en la opresión de la voluptuosidad de los hombres: Levantaos de vuestra carnal costumbre y salid de la vieja habitación que con nosotros tuvisteis, separándoos del pueblo común que poseemos cuando nos cultiva, y sustrayéndoos de los negocios seculares a los que de buen grado nos adherimos, vosotros que fuisteis aterrorizados en nosotros cuando estuvisteis en nuestra captura, y los hijos de Dios con vosotros que lo ven en el reconocimiento de Él. Id pues por otro camino dejándonos, y ofreceos vosotros mismos a Dios por causas inexpugnables con las que nos supe-

rasteis (como decís) en vuestros deseos, vuestra suavidad también en la mansedumbre ovina con la cual os es duro trabajar con nosotros, porque queréis sostener otro dolor siguiendo al Cordero, y tomad las victoriosísimas armas en la fortaleza de los rebaños con las que nos superasteis y a las que nosotros no podemos resistir, en la novedad de vuestra mente que ahora queréis tener, y separaos de nosotros como hace tiempo quisisteis cuando nos impugnasteis acremente, y yendo a la patria por la que os doléis en vuestro ánimo comprended otra vida que os conduce de nosotros, y bendecid en la alabanza de Dios aquella lucha en la que os apartasteis de las causas y negocios seculares.

Yo también, Dios omnipotente, así como compelo a las predichas ovejas a pasar a Mí, así también mis columnas, esto es, los más fuertes herederos celestiales, los consolido en el fundamento de la castigación, según la iniquidad de la implicación del pecado en la invasión de la prevaricación de Adán por la que son impugnados, porque no podrían estar en pie si no los confirmara con mi gracia. A algunos de los cuales, a quienes no grava un peso tan grande de vicios, castigo con una castigación más leve, puesto que si los constriñera con un azote más agrio, desfalleciendo del todo su espíritu caerían en la desesperación, porque no están encadenados por el soplo de un torbellino mayor de sugestión diabólica. A otros, en cambio, cargados con una mole más grave en la variedad de costumbres saquísimas y en la superfluidad de concupiscencias

por la lucha diabólica, los tengo en la dureza de la constricción de gravísimos dolores, para que no salgan de mi pacto, en el cual me asisten con todo su deseo queriendo aprehenderme y observar mis preceptos, porque si a estos los castigara levemente como a los primeros, tendrían en nada estas mis correcciones, puesto que son impugnados por el gravísimo certamen de la antigua serpiente. Hay también algunos exiliados de la patria celestial a quienes no conozco, porque me dejan del todo por la avidez de su mente seduciéndose a sí mismos con rapaz rabia, ni buscándome ni queriendo conocerme, sino sofocando en sí mismos el buen deseo, de modo que no me piden auxilio alguno, deleitándose ávidamente solo en sus propias cosas, según les place en los carnales deseos. Algunos de los cuales operan en la superfluidad y en la delectación de la carne todo lo que quieren; no estando sin embargo en el odio ni en la envidia, sino que se revuelcan en blandas voluptuosidades teniendo las delicias y la suavidad de su carne, a quienes dejo los frutos de la tierra en la prosperidad para que no desfallezcan en la pobreza; porque tanto fueron creados por Mí, como porque tampoco absorben al pueblo por su malicia, y por ello se les dará según sus deseos. Otros en cambio son de tanta ferocidad y demasía de amargura de hiel y de odio y envidia, devolviendo mal por mal, ni queriendo sufrir injuria alguna que se les haga, de modo que si tuvieran el honor y las riquezas del siglo, romperían las virtudes celestiales en los hombres para que no fueran cultivadas en ellos;

por lo cual les sustraigo los frutos y las riquezas, abatiéndolos en grandes miserias, a fin de que no se puedan erigir a tanto mal cuanto hay en su voluntad, porque perpetrarían obras diabólicas si tuvieran facultad para ello. Así me opongo a las vías de los hombres, a saber, de los buenos y de los malos, ponderando con recta medida sus ascensos, según lo que mi ojo ve sus cupidatividades, tal como también la sabiduría testifica por Salomón diciendo: "Todas las vías de los hombres están patentes a sus ojos, el ponderador de los espíritus es el Señor" (Prov. XVI).

Esto es tal como: Todos los itinerarios que respira el alma viviente de los hombres en presencia de su ciencia en esto de que el hombre tiene el circuito del intelecto de la utilidad, a saber, de la fructuosidad y de la imbecilidad de la inutilidad: estos están abiertos al conspecto de Dios omnipotente. Así por todas las cosas ve Dios, y en absoluto se esconde nada al aspecto de Su divinidad porque lo sabe todo, mirando así el universo para que dispense rectamente cada cosa. ¿Cómo? Pues Él mismo es el ponderador de los espíritus, halagándolos en la suavidad de los blandimientos y de las tranquilidades, y castigándolos en la tribulación de los dolores y miserias, para que sean sacudidos a la recta medida, la cual contra Él ni corriendo ni huyendo pueden trascender, sino cuanto Él mismo prueba según los méritos de ellos, puesto que la ponderación de los mismos es que en la sacudida de su retribución, ya sea en este siglo o en el futuro, se muestra cómo cultivaron a Dios. De donde también los mismos espí-

ritus son justamente ponderados, de tal modo a saber que la racionalidad del hombre no se eleve más a las cosas superiores ni se deprima más a las inferiores de lo que Dios recompensa con Su justo juicio, puesto que así Él mismo se le resiste que ninguna alma es de tanta potestad en la superfluidad de cosa alguna que pueda repugnar a Dios; porque Él mismo lo juzga todo rectísimamente, oponiéndose a ellos con Su justicia, a la cual no pueden resistir para poder más de lo que es Su promesa. Pues como el plomo pondera justamente el dinero, así Dios con balanza igual opone a buenos y malos tal obstáculo que de ningún modo pueden escapar a la equitativísima norma de Su juicio, recibiendo estos por sus méritos la gloria y el gozo de la vida, y recibiendo aquellos la pena y el dolor de la muerte, según lo que Dios prevé acutísimamente en ellos.

Pero que la predicha imagen mire a aquellos hombres que, viniendo del mundo, son vestidos con una nueva vestidura en el mismo edificio: esto es que la ciencia de Dios conoce a quienes, dejando la perfidia de su infidelidad, en la potestad de la obra de Dios para la vida eterna se visten del nuevo hombre en el bautismo, moviéndolos para que no vuelvan atrás caminando hacia el diablo, o si se han desviado hacia ello, para que regresen a Dios su Creador, según lo que dice a cada uno de ellos en las palabras de su amonestación, como se dijo arriba. Pero quien tiene oídos agudos del intelecto interior, este anhele estas palabras en el ardiente amor de mi espejo, y las escriba en la conciencia de su ánimo.

VISIÓN QUINTA.

SUMARIO.---De la forma del celo de Dios y de qué obra. Que Dios examina diligentemente los pecados de los hombres, o bien castigando en el cuerpo del hombre o en la pena del siglo futuro, o el hombre mismo los purgará por la penitencia en el alma y en el cuerpo. Palabras de Job sobre la misma cosa. Quienes pecan con temor merecen por la gracia de Dios resurgir por la penitencia en la purgación: la cual, si no encuentran más plenamente aquí, la encontrarán en el futuro. Cómo en la racionalidad del hombre lo bueno responde a lo malo y lo malo a lo bueno para la muerte. Que el hombre tiene en sí dos vocaciones: una es llamada a la vida y la otra a la muerte. Palabras del Salmista sobre lo mismo. Que los maravillosos y admirables juicios del celo de Dios se vieron en el Antiguo Testamento para que Dios sea temido. Que Dios no se mueve de la rectitud del juicio ni por sermones falaces ni adulatorios. Que la venganza suprema no excede los actos de los hombres vindicando más gravemente. Palabras de David para la misma cosa. Que los ojos del Señor ven cada injusticia castigándola, de modo que, aunque el sentido humano no pueda escudriñarse por el juicio de Dios: sin embargo, los crímenes de los hombres no se descuidan sin discusión. Que el celo del Señor, juzgando justamente las obras de los hombres, es terrible para toda criatura. Que la virtud de la santa Trinidad, en mucha suavidad y recta venganza, se sujeta las mentes de los hombres según la diversidad de

la intención de ellos. Que el celo de Dios venció primero al diablo en Cristo, luego en los elegidos lo ahuyentó, y tercero en el hijo de la perdición lo quebrantará del todo: perdonando a los que temen, castigando a los rebeldes. Que los endurecidos que desprecian la justicia de Dios y no reciben la amonestación de Dios ni la exhortación del hombre son arrojados a la perdición. Que los elementos se quejan de la dureza de los impenitentes; e inducen venganza sobre ellos. Que Dios induce la venganza de Caín y de Faraón y de aquellos que adoraron al ídolo en Horeb y que fueron iniciados en Beelfegor sobre los rápidos y los que pecan presuntuosa y sabiamente. De la justicia de Dios nacida en Abel, cultivada en otros elegidos, suave en el Hijo de Dios; el celo de Dios, que entonces era, ahora es y permanecerá, castiga esta justicia cuando es transgredida. Quien, a modo de perro, abomina la Iglesia, y destruye la dedicación de la Iglesia y las cosas pertenecientes a las Iglesias, es expulsado por el celo de Dios. Que en el hecho de Jacob se prefiguraba la dedicación de la Iglesia. Dondequiera que el cuerpo de Cristo haya de ser inmolado, debe haber una piedra sellada, aun cuando por alguna imposibilidad no pueda haber allí un templo. Que el templo debe tener la causa de su constitución que se adhiere a sí por el trabajo del pueblo. Cómo y por qué causa Jacob dio los diezmos de toda su sustancia. Quienes destruyen iglesias, polucionan las dedicaciones con sangre de homicidio o fornicación, y quienes no tienen la piedra sellada en el sacrificio, y quienes rapiñan los diezmos o las cosas

del templo: ¡Oh, ay de ellos, oh, ay de aquellos míseros! Quienes dividen las cosas de la iglesia a perros y cerdos, esto es, a hombres depravados, el celo de Dios arrojará a estos o a su semilla desde el grado sumo hasta el ínfimo. Cómo Dios, con su venganza, hiere a los creyentes y a los incrédulos. Quienes se creen sabios y elevan su potestad por juicios injustos, cuán miserablemente el celo de Dios los consume. Que en el celo de Dios no está el clamor de una voz amenazante, sino la inmóvil y firme potestad del justo juicio. Que la ciencia en el hombre es como un espejo en el que late el deseo de lo bueno o de lo malo. Cómo del pavor procede el temor, y del temor el temblor, y cómo el hombre, por medio de estos tres, debe obrar lo que es justo. De la primera raíz, esto es, la discreción del hombre, y de la ígnea predicha gracia en Cristo. Que nadie, en la excusa del pecado, debe murmurar contra su Creador.

Después de estas cosas vi, y he aquí que en el ángulo septentrional de la conjunción de las dos formas del muro del dicho edificio aparecía como una cabeza de maravillosa forma impuesta a aquel ángulo exteriormente de modo inmóvil desde el cuello, de tanta altura desde la tierra cuanta era la altura del mismo ángulo, no excediéndolo sin embargo, sino solo coadecuándose a él en par igualdad en la cumbre. Y aquella cabeza era de color ígneo, rutilante como llama de fuego, y teniendo el terrible rostro de un hombre, y mirando con gran ira hacia el aquilón. Pero del cuello para abajo no vi ninguna forma suya, puesto que el resto de su cuerpo latía oculto y

obstruido, totalmente escondido en el predicho ángulo. Pero vi la cabeza misma como una forma desnuda de cabeza humana, ni cubierta con cabellos a modo de forma varonil, ni con velo al modo mujeril, aunque apareció más varonil que mujeril y muy terrible de contemplar. Tenía además tres alas de maravillosa latitud y longitud, blancas, como es una nube cándida, no erectas en alto, sino solamente extendidas dirigidas separadamente de sí, de modo sin embargo que la misma cabeza las precedía un tanto en altura; de las cuales la primera, surgiendo de la mandíbula derecha, se tendía hacia el aquilón; la segunda, que era la media, se dirigía desde su garganta hacia el septentrión; la tercera, en cambio, desde la mandíbula izquierda se tendía hacia el occidente; moviéndose a veces con gran terror y golpeando en aquellas partes; y a veces cesando del golpe. Y no oí que aquella cabeza profiriera palabra alguna; sino que, permaneciendo inmóvil en sí misma, golpeaba de vez en cuando con sus alas allí donde las alas mismas se tendían, como se ha dicho. Y de nuevo oí al que estaba sentado en el trono diciéndome: Dios, que en el antiguo pueblo ejerció su celo gravemente, en el nuevo, por el amor de su Hijo, se mostró suave y dulce; no porque ahora, disimulando, desprecie negligentemente los pecados de los delincuentes, sino porque misericordiosamente espera la íntima y verdadera penitencia del corazón puro, pero no tolerando la iniquidad del endurecido, lo castiga con su justo juicio. Por lo cual también ves esta cabeza que aparece en el ángulo septentrional de

la conjunción del muro biforme del dicho edificio: muestra en significación el celo del Señor, que es la venganza de la inflexible iniquidad que no desea medicina alguna, surgiendo abiertamente al ser insinuado el misterio del Verbo de Dios por figuras y por el sonido de los patriarcas y los profetas, prenunciado en sus significaciones. Así también su celo se ve en forma de cabeza; porque sobre todo temor es conocido en la severidad de su venganza, como el hombre es conocido en su rostro, y arde contra la parte septentrional porque él mismo, velocísimo y agudo en Dios, mató al diablo y a todo mal, cuando también en Abraham y en Moisés dos partes de la defensa de los operantes, a saber, la ciencia especulativa de las dos causas de opción, esto es, de las dos vías, a saber, de lo bueno y de lo malo, y el género humano se conjugan en la obra de Dios, puesto que fortísimamente contra el diablo, en la ciencia del bien y del mal, debe el hombre operar en todas las causas por la bondad del Padre. Pero la prevaricación que se hace por la ciencia especulativa en las obras de los hombres que transgreden los preceptos de Dios, el celo del Señor la vindica allí donde no hay lugar para la indulgencia. ¿Dónde es esto? Allí a saber donde no hay ni temor del Señor ni del hombre en el reconocimiento de Dios. Y tal corazón, que está tan endurecido y muerto en la suciedad de la iniquidad que ni teme el juicio de Dios ni el rostro del hombre: a este el celo del Señor en la ley de Dios lo confunde y deprime con su venganza con justo juicio. ¿Cómo?

Después del precepto constituido, allí donde se hace la prevaricación de la ley, está el celo que abstrae la injusticia con rectísimo juicio, siendo la injusticia misma abstraída en el Antiguo Testamento con la austeridad de la repensión en el hombre exterior: cuando la transgresión de la ley se vindicaba corporalmente en él, y tras la gracia del Evangelio está el mismo celo por la penitencia, y tras la muerte de los hombres está él mismo por las penas y por los tormentos de la gehena, los cuales examino de tal modo las iniquidades de los hombres concebidas y proferidas y contorsionadas en los operantes, que las vindico o bien corporalmente en el cuerpo del hombre, o bien en la pena del siglo futuro, o bien el hombre mismo las purgará por la penitencia de la remisión viviendo en alma y cuerpo, con los cuales también las operó, como dice en mi espíritu mi siervo Job: Cambio mi rostro y soy atormentado por el dolor. Temía todas mis obras, sabiendo que no perdonarías al delincuente. Si además soy así impío, ¿por qué he trabajado en vano?" (Job IX). Esto es tal como: Inmutaré mi aspecto interior. ¿Cómo? Trastornaré a saber esto de que soy mudable e inundante en la sangre de mis venas, teniendo en mí a veces delectación, a veces también iracundia y a veces una tristeza que me quebranta, lo cual aspicuo en mí como si viera un rostro deleitable cuando de buena gana perfeccionaría esto mismo. Y cambiaré aquello contra mi voluntad convirtiéndome a la obra de la buena operación. Y cuando haga esto, soy atormentado gravemente en este flagelo, de que me constriño a mí mismo,

abstrayéndome de mi rostro cognoscible, que es la obra de mi voluntad en la delectación contraria, adjuntándome a la especulación contemplativa viendo a Dios en una buena conciencia, y no en la concupiscencia de la carne, por la cual no lo atiendo. Y por estas dos causas temo todas mis obras. ¿Cómo? Cuando hago una buena obra, temo que no sea perfecta ante Dios, porque no la inspecciono perspicuamente sino oscuramente como en un espejo: a veces conociéndola en el espíritu, a veces también ignorándola por la carga de mi cuerpo. Pero cuando hago una obra mala, estoy en confusión por la conciencia de mi espíritu, puesto que en el intelecto interior conozco que Dios no perdonará a quienes tienen ciencia en los pecados, que es cuando el hombre entiende qué en su obra es contrario a Dios, sino que le conviene ser purgado, o por la venganza en el cuerpo, o por la pena de la penitencia, o por la pena de los tormentos en la otra vida. Y por ello no perdona al delincuente si no se arrepiente; porque no se le da potestad de pecar para que peque, sino que le conviene ser castigado o aquí o allí. Por lo cual, si soy así impío y de tanto endurecimiento que no quiera ser ablandado para esto de declinar de mis propias cosas que son mis pecados, de modo que no mire aquel gran certamen que me repugna a mí mismo, porque estoy en la fragilidad, sino que siempre existo contrario a Dios en mis causas conocidas, porque fui concebido en pecados deseando siempre operar la iniquidad, ni temiendo ser juzgado por el Señor; ¿por qué entonces, si estoy constreñido en tan

vano trabajo que frecuentemente, con la ciencia por la que reconozco a Dios, contradigo en mí mismo a la iniquidad? Pero no soy tan impotente que ignore el bien y el mal. Por lo cual, si repelo de mí el sentido inteligible diciendo así: Ignoro a Dios, soy mentiroso, porque la ciencia misma me arguye de reprensible, de que soy deudor de Dios cuando empiezo a operar la iniquidad. Pero no trabajo en vano cuando en buena conciencia contradigo al mal, puesto que soy obra de Dios; por lo cual también me convierto a Él, recibiendo por ello una buena merced.

Por tanto, yo, el Señor de todos, testifico que conviene al hombre con el dolor del gemido, o con la contrición de la penitencia, o con la digna venganza, lavar sus pecados, ya sea en este siglo o en el futuro, como se ha dicho. ¿Cómo? Quienes pecan con temor y con el dolor de la penitencia temiendo sus pecados, merecen por la gracia de Dios resurgir con frecuencia de sus faltas en la purgación de las mismas; puesto que, sin embargo, no encuentran esa purgación más plenamente en este siglo, la encuentran en el futuro para la vida. Pero quienes son de tanta dureza de corazón que ni desean ni quieren conocer en el temor y el dolor de la penitencia sus pecados, sino que permanecen en tanta necedad como si no debieran tener a Dios en temor: estos no conseguirán la purgación de los pecados ni en esta vida ni en la futura, sino que tendrán penas sin el consuelo de la purgación para la vida; porque de su racionalidad, tal como fueron creados por mí, no quisieron dar razón de su inobediencia. ¿Cómo?

El intelecto en la racionalidad del hombre tiene dos sendas en la ciencia del bien y del mal, a las cuales pertenecen dos respuestas, a saber, lo bueno y lo malo. ¿Cómo? Lo bueno responde a lo malo cuando le resiste en el Señor. Lo malo, en cambio, responde a lo bueno cuando le repugna con el diablo. Pero estos en lo bueno responden a lo malo, quienes siempre se refrenan en lo malo para no deleitarse en sus propias delectaciones. Estos, en cambio, en lo malo responden a lo bueno, quienes de ningún modo se abstraen de los actos depravados para no deleitarse con sus concupiscencias, no queriendo responder a la vocación de lo malo. ¿Cómo? El hombre tiene en sí dos vocaciones: a saber, el deseo del fruto y la concupiscencia del defecto. ¿Cómo? Por el deseo del fruto es llamado a la vida, y por la concupiscencia del defecto es llamado a la muerte. Pero en el deseo del fruto, cuando el hombre desea obrar el bien diciendo así en sí mismo: "Haz buenas obras", esta es una respuesta contra el mal para evitarlo y dar un fruto útil; en la concupiscencia del defecto, en cambio, cuando concupisce perpetrar el mal, exhortándose así también a sí mismo: "Haz la obra de tu delectación", esta es también una respuesta contra el bien, cuando él no quiere resistir a su iniquidad, sino que se deleita en llegar al defecto, despreciándome en esta respuesta y teniéndome casi por burla al no exhibirme el debido honor. Y porque se aparta del bien, no doliéndose al afligirse por mi temor, se convierte a la ilusión en lo celestial, según dice el Salmista por mi manifestación: "Pusieron en el

cielo su boca, y su lengua transitó por la tierra" (Sal. LXXIII). Esto es tal como: Muchos hombres son insipientes en la racionalidad, no queriendo entender el innumerable temor del Señor, y abstrayendo de sí mismos los buenos deseos en los que deberían anhelarme y conocer al Dios verdadero; rehusando prestar asentimiento a la buena ciencia, que siempre asiste al hombre para que opere buenas obras en Dios, sino que frecuentemente abrazan la amargura en la contradicción del bien, cuando se despojan a sí mismos, quitándose a sí mismos el buen tesoro al atesorar para sí diversa iniquidad. Y en estas cosas ponen en lo celestial el circuito de su mente casi como su boca mal cubierta, despreciando aquellas cosas en sí mismos por la rabia de la mofa, diciendo así en su corazón: "Estas obras de nuestra voluntad podemos hacerlas tan lícitamente como aquellas que se dicen celestiales, las cuales los antiguos (ignorándolo nosotros) instituyeron según les plugo". Y de tal modo mofan las palabras e instituciones de los antiguos Padres, que por la obra celestial fueron puestas en mí. Por lo cual también en el gusto de la obra depravada, como en su lengua, se mueven y se trascienden en la audacia de su posibilidad: de modo que pertinazmente cumplen sus voluntades, no queriendo tener la constricción de su cuerpo contra los vicios, sino que sin el trabajo de su espíritu se revuelcan en los deseos de su carne como en la tierra, que es la seducción diabólica.

Y que veas la predicha cabeza de maravillosa forma, esto es que en el celo del Señor están los

maravillosos y admirables juicios de Dios, que por ningún hombre gravado por pecados pueden ser conocidos. Pero que al mismo ángulo exteriormente de modo inmóvil desde el cuello le sea impuesta, esto es que mi celo contra el diablo, tal como en el Antiguo Testamento fue mostrado por Abraham y Moisés, aparece en la ciencia especulativa y en la ejercitación humana exteriormente en la visión de los pueblos, para que me teman, sintiendo mi terror ojo a ojo, cuando también mi justicia amenaza hacia el aquilón a la crudelísima iniquidad de Satanás. Y permanece inmóvil, porque Dios ni por sermones falaces ni adulatorios puede de ningún modo ser movido o ablandado de la rectitud de su juicio si no se enmiendan los crímenes, como si estuviera infijo por el cuello de su fortaleza desde la ley constituida por Dios para que los hombres obren, devolviendo a saber a cada uno que no observa los preceptos de la ley las penas merecidas, según las malas obras del mismo en las cuales se marchitó estando sucio, repugnando también con su excelentísima fortaleza, casi en la virtud de su cuello, al diablo y a los que lo siguen, oponiéndose a la injusticia de ellos.

Es también de tanta altura desde la tierra cuanta es la altura del mismo ángulo; porque Dios, en la suma justicia de su venganza, supera todas las cosas terrenas, existiendo esta misma venganza de esta altura, como en la prefiguración de Abraham y Moisés por la ley están designadas las obras de los hombres, porque el divino juicio está en la cumbre de la ciencia especulativa y de los actos de los pueblos para que prosterne

la ignorancia de los mismos cuando no quieren conocer a Dios. No excede sin embargo al ángulo mismo, sino que solo se coadecua a él en par igualdad en la cumbre, porque la venganza suprema no excede los actos de los hombres, vindicando en ellos los males más y más gravemente de lo que son sus méritos, sino solo con un juicio igual y justo en la excelencia de su justicia juzgándolo todo rectamente, como de nuevo conoció David en el espíritu cuando decía: "Conocí, Señor, que tus juicios son equidad, y en tu verdad me humillaste" (Sal. CXVIII). Esto es tal como: Por tu bondad conocí en mí mismo, Señor, puesto que por mis pecados no me mataste, no quitándome en el alma y el cuerpo la eficacia de obrar, que ni por tu potencia ni por tu ira juzgas más en quienes saben o ignoran de lo que son sus méritos. Pues opero el bien luchando contra mí, pero hago el mal por la concupiscencia de la carne. Y por ello das al bueno la merced y al malo el juicio, no juzgando sin embargo de otro modo que lo que es igual y justo. ¿Cómo? Si instaras más acremente de lo que son las obras de los hombres en la acción realizada, no habría equidad de juicio. Pero si tepidamente descuidaras, de modo que no provocaras a la penitencia y que no hubiera inquisición en la purgación de la iniquidad, entonces Tú, Dios justo, deliniarías y fomentarías la injusticia. Pues la muerte era en otro tiempo un juicio amarguísimo en la muerte de Adán; pero ahora, devuelta la gracia en la penitencia, revocando al hombre a la vida, lo cual sería imposible de hacerse por nadie sino por ti, Dios. Y este es tu justísimo y equita-

tivísimo juicio, a saber, la purgación para la vida con la gracia, puesto que a cada obra se medirán tus juicios con la recta medida. Pues en la verdad están todas las cosas que haces, de modo que no ejerces demasía alguna sobre el modo falazmente; porque falaz es lo que es más en lo mucho o menos en lo poco de lo que es justo. Pero sin embargo perdonas en las muchas miseraciones de tu potencia, no matando a ninguno por la posibilidad de tu clarísima virtud: imputando esto en ti mismo que perdonas por la penitencia; y por ello por tu misericordia me humillé, dando gloria a tu nombre; a veces también turbado por mis culpas merecidas, por tu juicio.

Pero que veas la cabeza de color ígneo rutilante como llama de fuego, esto es que en el celo del Señor hay un ígneo obstáculo para los malos, enrojeciendo en el fortísimo ardor de su venganza, teniendo el terrible rostro de un hombre; porque los ojos del Señor, rostro a rostro, ven cada injusticia, de modo que las culpas de diversos crímenes no se dejan descuidadas ante Dios, sin que las inspeccione terriblemente, examinándolas con su justo juicio; y porque también son monstruosas y horrendas las inicuas obras del hombre, mostrando el rostro humano en los actos de los deseos carnales. Y con gran ira mira hacia el aquilón, porque Dios en su venganza se digna aborrecer todo mal que surge de la sugestión diabólica. Pero que del cuello para abajo no veas ninguna forma suya, puesto que el resto de su cuerpo está totalmente oculto y obstruido en el predicho ángulo, esto es que en el celo de

Dios los rectos juicios que potentes dispersan las depravadas obras de diversos hombres, ningún sentido humano puede escudriñar casi hasta el fin, puesto que se ocultan y se cubren en el ángulo de la ciencia especulativa y de la obra de los hombres; de modo que ni pueden verse ni comprenderse por escrutinio alguno, a no ser que a veces se conozcan cuando se muestra la cosa realizada en la causa de la venganza de Dios, como se ve el rostro del hombre según los deseos de su voluntad. Por lo cual también en la venganza misma no hay simulación alguna de facilidad alguna, sino siempre justo juicio según los pecados de los hombres, puesto que sus crímenes no se descuidan sin discusión, como se ha dicho, porque el celo del Señor es su examinación.

Pero que veas la cabeza misma como una forma desnuda de cabeza humana, esto es que el mismo celo del Señor no está sujeto a ninguna mortalidad, permaneciendo a saber desnudo de toda sujeción de debilidad, juzgando justamente las obras de los hombres. Ni está cubierto con cabellos a modo de forma varonil, ni con velo al modo mujeril, porque en él no hay solicitud alguna del sentido de debelar a alguien superior con fortaleza varonil alguna, ni hay en él alguna femínea blandura de ánimo tímido para no poder superar las cosas que le son adversas. Es sin embargo más varonil que mujeril; porque la fortísima virtud de Dios está más en el vigor varonil de lo que está en la blandura de la negligencia femínea, y muy terrible de contemplar, porque el celo es terrible y temible para toda criatura

cuando lo siente en la causa dada de su venganza. Pero que tenga tres alas de maravillosa latitud y longitud blancas como es una nube cándida, esto es la expansión de la inexplicable virtud de la santa Trinidad, la cual ninguno de los hombres prevalece a comprender en la latitud de su gloria ni en la longitud de su potestad, fulgurando en mucha suavidad y claridad de la divinidad, y por recta venganza sujetando a sí las mentes de los hombres, discurriendo en gran diversidad como nubes. Las cuales no están erectas en alto, sino solamente extendidas separadamente en directo; de modo sin embargo que la cabeza misma las precede un tanto en altura; porque la venganza del Señor no se eleva con arrogancia alguna, sino que se coadapta a cada causa según los méritos de la misma, en una rectísima norma extendida, por el justo juicio de su corrección; de tal modo sin embargo que la posibilidad de la potestad de Dios, casi en la cabeza de su misma venganza, preceda en la altura de su fortaleza a las obras humanas que la verdadera Trinidad no tolera sin discusión, no vindicándolas sin embargo ni quebrantándolas tan acremente como podría su misma posibilidad de potestad.

Y la primera ala, surgiendo de la mandíbula derecha, se tiende hacia el aquilón; porque Dios, con justo juicio, primero desde la parte derecha de la salvación en su Hijo venció al diablo y a todo mal. La segunda, que es también la media, se dirige desde su garganta hacia el septentrión; porque tras la salvación que se hizo en el Hijo de Dios, casi en el medio ya robada la fe y gustada

la dulzura de los elegidos, por ellos también ahuyentó al rugiente enemigo, rescatándolos de las fauces de aquel. La tercera, en cambio, se extiende desde la mandíbula izquierda hacia el occidente; porque de los elegidos de Dios, ahuyentado Satanás, también desde la parte izquierda de la perdición en el hijo de la perdición será del todo quebrantado, tendiendo ya el mundo hacia el ocaso de su término. Y a veces se mueven con gran terror y golpean en aquellas partes, porque con un juicio terrible y performidable para toda criatura, el celo del Señor se mueve hacia la venganza, ejerciendo allí los juicios de su percusión dondequiera que, por justo juicio, pluguiera a la divina majestad. Pues donde el temor y el amor y el honor de Dios se tienen fielmente en reverencia, allí Dios, mostrándose suave y dulce, no ejerce su venganza, castigando en cambio terrible y justamente a los duros y rebeldes. Por lo cual la primera ala de mi venganza hiere y arroja a aquellos hombres al abismo de la perdición; que están tan endurecidos sobre la dureza de las piedras que, con sus ojos interiores, desdeñando, siempre desprecian mi justicia, mirando atrás por la ciencia de su intelecto y consintiendo más a los deseos carnales y a las persuasiones diabólicas que queriendo conocer la verdadera justicia, y que por consentimiento alguno suyo, ya sea por mi amonestación o por la exhortación del hombre, regresar, como si por su iniquidad así atormentaran al espíritu de su ciencia, porque aman y hacen más la injusticia del diablo que mi justicia. Estos infunden en sus corazones casi co-

mo plomo derretido, esto es, los deseos disolutos de la depravada blandura, enviándolo como para estabilizar la dureza del hierro, a saber, el olvido de Dios, así endurecidos como si fueran de hierro: de modo que ni por causa de Dios ni del hombre se perdonan a sí mismos ni a iniquidad alguna.

Sobre estos claman y se quejan los elementos con el resto de la creación, de que una naturaleza tan vil del hombre, en su brevísimo tiempo, sea tan rebelde a Dios, cuando ellos mismos siempre, en temor y reverencia, perfeccionan los preceptos del Señor. ¿Por qué también sobre el hombre vociferan terriblemente? ¿Cómo? No de modo que los elementos clamen con voz, o se quejen con la ciencia de la criatura racional; sino que, según su modo, vociferan en el estrépito de los sonidos, y que profieren querellas en el temor de los terrores, como cuando el justo juicio de Dios los induce a ellos o a otra criatura sobre los mismos hombres rebeldes; ellos no están de otro modo ni de otro modo se imitan en sí mismos que como la divina potestad los vuelve por su mandato. Por lo cual, aquellos hombres tan cruelmente endurecidos imitan a Satanás, quien en la dureza de su iniquidad no quiere estar sometido a Dios su Creador, por lo cual pereció de toda bienaventuranza y ellos mismos perecerán con él siguiéndolo. La ala media de mi celo hiere a los hombres insanos y a cada mal presuntuoso que hacen sabiamente y temerariamente; que primero se erigió en el hombre en la sangre de Abel, a quien su hermano por esto tenía odio, porque por la oblación de su sustancia que distribuyó con buena voluntad,

era querido por Dios; y que también se erigió en Faraón, quien fue amonestado en mis maravillas; de modo que aterrorizado en mi terror, mal de su grado dejó marchar a mi pueblo Israel, al que de nuevo por su demencia quiso atraer, por lo cual mi celo lo absorbió; y que también se erigió en aquel mi pueblo que, conociéndome y viendo mis maravillas, adoró al ídolo en Horeb, por lo cual la corona cayó de su cabeza, de modo que para ellos la ley de Dios se hizo corruptible en dos tablas lapídeas, otras similares a estas por causa de aquellas que cayeron de su gloria y felicidad, vindicando todas estas cosas mi venganza. Por lo cual también Moisés, mi siervo, de aquella plebe contraria que tan frecuentemente se me oponía en este mi celo, hizo venganza por mi voluntad; cuando eficazmente decía a mis elegidos que matara cada uno a su hermano y amigo y prójimo; y de nuevo cuando ardientemente dijo a los jueces del mismo pueblo que matara cada uno a sus prójimos que se hubieran iniciado en Beelfegor, donde me vengué, muerta aquella iniquidad que luchaba contra mí.

Pero en Abel nació primero la justicia de Dios, y tras él se encontraron muchos otros elegidos de todas estas malas y perversas generaciones, que recogieron y cultivaron mis más sutiles preceptos, como los hijos de Israel, entre los cuales también nació el luto y el dolor, deseando la humanidad de mi Hijo. Realizada en cambio la manifestación de mi mismo Hijo, al que envié nacido de la Virgen: se cocía y se sazonaba toda la justicia de la ley, hecha dulce y suave alimento para

todo el pueblo creyente en mí, manifestando los apóstoles de la verdad la verdad misma. Así pues, en todas estas predichas generaciones, mi justicia sabiamente transgredida fue y es vindicada por este mi celo; porque Dios, que era entonces, es también ahora y siempre permanecerá, y mi celo, que entonces era, es también ahora y siempre estará en pie, hasta que se acaben las tribus y los pueblos, no acabándose la justicia de Dios, que discute toda herrumbre de injusticia.

Por lo cual también en este mismo mi celo quito esta iniquidad, diciendo a aquel a saber que, a modo de perro, abomina la Iglesia que florece en mí, o que por la locura de su iniquidad destruye la dedicación constituida por mí, u otras justicias constituidas pertenecientes a mi templo, las cuales fuertemente surgieron en la prefiguración de mi siervo Jacob, como tiene esta Escritura: "Surgiendo pues Jacob por la mañana, tomó la piedra que había puesto bajo su cabeza, y la erigió en título fundiendo óleo encima, y llamó el nombre de la ciudad Betel" (Gén. XXVIII). Esto es tal como: Jacob se levantó por la mañana, porque él nació como amador tempestivo de la verdadera justicia en el templo constituido, al cual impuso un nombre conveniente para él, puesto que de él debía nacer el rectísimo templo, a saber, la Virgen María, de la cual el Sol de justicia brilló. Y tomando la piedra que, en figura de altar, había puesto bajo su cabeza superior, esto es, Cristo, para que en el nombre de aquel que es la verdadera piedra fuera santificada, y siendo santificada fuera nombrada, porque cada santificación del altar está supuesta

a la potestad de Dios omnipotente, cabeza de todos los fieles, y la erigió en título del libro de la vida, y en la persona del olor principal de la Jerusalén celestial, porque como Cristo es la cabeza de sus miembros en la Jerusalén celestial, así es cada altar santificado la parte más excelente de su templo, derramado el óleo encima en la santificación del crisma, que es la gracia derramada de Dios omnipotente en el santo bautismo. Y llamó a aquel lugar santificado, casa y templo de Dios según el nombre de la ciudad de la Jerusalén celestial, que es el templo vivo del Dios vivo.

Por este ejemplo y significación, se ha de erigir una piedra en el templo que se ha de ordenar en mi nombre, a saber, el templo mismo por eso marcado con una piedra, porque yo soy la roca firme, a quien pertenece toda la justicia y la ley de los cristianos. Pues dondequiera que haya sido santificado un lugar, donde el cuerpo de mi Hijo ha de ser inmolado, allí quiero que esté la piedra marcada en mi nombre; porque yo soy la veracísima fortaleza, aun si allí por alguna imposibilidad no pudiera haber un templo, puesto que mi siervo Jacob erigió la piedra en su prefiguración en mi nombre, como se ha dicho, porque también mi Hijo se encarnó de su estirpe. Pero tal templo a mí dedicado, no debe estar vacío de este asunto sin pedir la causa de su constitución, que se adhiere a sí misma por el trabajo del pueblo que le ministra, así como también la Jerusalén celestial con su cabeza Cristo, no quiere carecer de su justicia siempre, mirando a los trabajos de sus hijos, a quienes ha de recibir en Dios. ¿Cómo? Para que

se abstraigan de la servidumbre diabólica, constriñéndose de los deseos voluntarios de su carne, y afligiéndose contra sí mismos en la abscisión de sus propias cosas por amor de lo celestial; no usándolas todas, sino sustrayéndose algunas para sí mismos, y ofreciéndolas a Dios para honor de él, así también mi siervo precursor Jacob instituyó el diezmo de toda su sustancia cuando decía, como de nuevo está escrito: "Y de todas las cosas que me dieres, te ofreceré diezmos" (ibíd.). Esto es tal como: De todo lo que me dieres, te ofreceré la décima parte, porque esta es tu ley: primero a saber en mi alma, oh Dios mío, cortando de ella mi propia voluntad, ofreciéndote contra mí mi justicia, y después la décima parte de toda mi sustancia que poseo sobre la tierra. ¿Qué es esto? Todo hombre fiel a saber que está comprendido en el décimo orden de los ciudadanos supernos, debe siempre dar al templo mío la décima parte de su sustancia, por causa de aquella restitución por la cual es contado en el décimo número de los numerados, esto es, de los que existen en la ciencia de Dios, y pertenecientes a saber al verdadero templo de la Jerusalén celestial. Pero los que, olvidados de mi temor, destruyen los templos dedicados en mi nombre por la crueldad de su iniquidad, o los que quitan sus dedicaciones según el ejemplo nacido de Jacob, a saber contaminando los lugares santificados, ya sea con sangre de homicidio, o sacando aquello con la contaminación del semen en adulterio o fornicación, o los que en el sacrificio supremo descuidan la instituida dedicación de los antiguos padres sin la piedra

marcada que Jacob erigió en su prefiguración, o los que desamparan la justicia constituida por mí en los diezmos, o en las sustancias de mi templo: ¡Oh ay de los míseros, oh ay de los míseros, oh ay de aquellos míseros hombres que tan torpemente se seducen, y tan perversos existen ante los ojos de mi majestad, a saber, como se ha dicho, descuidando mis institutos los cuales todos han sido trasladados de la ley antigua, porque del Antiguo Testamento fue proferida la nueva ley en mi Hijo según la misericordia de la gracia; y porque de toda la justicia de la ley y de los profetas, lo que era menor se hizo mayor en el mismo mi Hijo, quien mostró manifiestamente en sí mismo en toda justicia todos los signos de los padres anteriores que ellos dijeron ocultamente en la sombra.

Y los que desamparan todas estas cosas de modo que ellos, despreciando el alimento de vida que de ambos Testamentos ha sido hecho, lo pisotean como lodo, y lo dividen a perros y puercos y a otras bestias, esto es a hombres malvados, dándolo más a las costumbres paganas y a la vana ignorancia que a mí Dios omnipotente, y preparándolo para su uso según su voluntad: a estos y a su simiente yo los desampararé, proyectándolos desde el grado sumo hasta el ínfimo, y de las riquezas a la pobreza, en la venganza de este mi celo.

La tercera ala de mi venganza ciertamente golpea tanto a los creyentes como a los incrédulos en sus obras impías e injustas. Ella hiere a los creyentes que no operan en su voluntad obras buenas y justas; que ven bien la fe, y a quienes

es conocida la justicia de Dios, y sin embargo se sientan en la oscuridad de las malas obras, gimiendo ignorantemente tras las tinieblas de la iniquidad, queriendo entregarse a la perversidad, lo cual sin embargo Dios no les permite perfeccionar según su voluntad, cortándoles esto mismo con su venganza, mientras están tan oscurecidos que se han olvidado de él, de modo que de él libentísimamente se apartarían. A los incrédulos en cambio los hiere en su infidelidad, de modo que también a ellos se les sustrae su iniquidad con la retribución de la venganza, al no permitírseles perfeccionar este mal que de buena gana harían, de donde también el maligno diablo superado en la bienaventuranza de los hombres fieles que centellean ante los ojos de Dios; querría arrastrarlos a las tinieblas de la muerte según su maldad, pero ya no los puede atrapar más, sino según sean las obras de ellos. Pero hay otra cierta medida de hombres sobre la tierra, que tienen prosperidad en forma de espíritu sensato, de modo que son sabios para el recuerdo de Dios, según su voluntad encendidos con la ciencia del sentido; de donde entonces en sí mismos presuntuosamente quieren tener la ciencia de la sabiduría haciendo cualquier cosa que hayan pensado, y mezclando la justicia con la iniquidad, pero son necios en la sabiduría, puesto que se reputan a sí mismos como si estuvieran llenos y fueran perfectos para tener y comprender, y para adquirir la plenitud de su voluntad según su arbitrio cualquier cosa que hayan pensado. Y mientras quieren levantar sus alas por su propia potestad

en provincias y ciudades y en otros lugares y en otras causas en las cuales entonces están ocupados con el mando, en el cual no quieren tener una medida inteligible mirando a Dios en lo que hacen, entonces son derramados y desechados ante los ojos de Dios, a causa de los impíos e injustos juicios de ellos que ellos mismos antes juzgaban, en los cuales no querían tener el temor del Señor a sabiendas. Y así por este mi celo serán convertidos en un gran llanto, y en voces fúnebres ante todo el pueblo que vea y oiga el tiempo del juicio de la iniquidad de ellos, para algunos a saber de ellos mismos aún en esta vida en muchas miserias viviendo muchos defectos suyos, para otros también con una muerte pésima, arrebatados en diversas pasiones. En tan diversa vicisitud mi celo venga y abrasa toda injusticia, porque ella es contra mí.

Pero entonces, el que no oigas a la predicha cabeza proferir ninguna palabra, sino permaneciendo inmóvil en sí misma golpeando a veces allí con sus alas hacia donde las alas mismas se extienden: esto es que en el celo del Señor no hay el clamor de una voz amenazante, y de quien se levanta con soberbia, sino que en la potestad de su fortaleza y en sus rectos juicios persistiendo inmóvil, venga con su venganza, tras la locura de las obras, las cosas realizadas sin temor del Señor confundiéndolas y quebrantándolas según la extensión de la venganza de su juicio, como a ti, oh humano, te ha sido premostrado por una veracísima manifestación. Y porque Dios es justo, conviene que toda injusticia sea examinada por

el Justo, puesto que Dios mismo conoce bien el examen discreto, que está en la ciencia del hombre. Pues la ciencia en el hombre es como un espejo, en el cual late el deseo de la voluntad, ya sea bueno o malo. De donde el hombre puesto entre estas dos partes, se inclina con su voluntad a aquella parte que desea. Pero el hombre que se convierte al bien, abrazando aquello con obra fiel por el auxilio de Dios; laudablemente recibirá el premio de la remuneración bienaventurada, porque despreció el mal e hizo el bien; en cambio el que se inclina al mal, deglutiendo esto por una acción perversa por sugestión diabólica, incurrirá miserablemente en las penas de la justa retribución, puesto que descuidó el bien y perpetró el mal. Por tanto, con mucha devoción y humildad el hombre sujetándose a Dios, opere fielmente su salvación, que emana del sumo bien, de modo que su alma se embriague con la santidad interior, porque en una discusión bien dispuesta y rectamente ordenada y con temor sirve a su Creador. ¿Cómo? Puesto que el pavor, esto es el inicio de la angustia, hace el temor; el temor en cambio sacude el temblor, por los cuales debe el hombre operar lo que es justo. ¿Cómo? Que el hombre comience a angustiarse por el pavor, esto lo tiene por el don del Espíritu Santo desde el sentido racional, por lo cual también de ningún modo puede suceder que no conozca a Dios, y aquella ciencia que tiene hacia Dios hace en él el temor, en esto que comienza a temer según aquellas cosas que son de Dios. Y si tiene estas cosas con estudio conociendo a Dios, entonces lo sacude de

nuevo la gracia ígnea en Cristo, amonestándolo para que de ahí comience a temblar, a fin de que por la compunción se aterre, para que opere fielmente la justicia de Dios.

Ahora pues, oh hombres, entended y aprended de dónde son estas cosas. ¿Qué es esto? Dios es el que en vosotros lo que es bueno opera. ¿Cómo? Él así os constituyó, para que por el sentido racional en vuestras obras lo sintáis, las cuales hacéis sabiamente con discreción. Pues el animal irracional hace todas las obras sin intelecto y sabiduría, y sin discreción y vergüenza, ni conoce a Dios porque es irracional, sino que solo lo siente, puesto que es criatura de él. Pero el animal racional que es el hombre, tiene intelecto y sabiduría, discreción y vergüenza en sus obras, las cuales racionalmente opera, lo cual es la primera raíz que la gracia de Dios fijó en todo hombre, cuando excitó el alma para vivir. Estas cosas pues predichas vigoran en la racionalidad, porque en todas estas cosas los hombres son conocedores de Dios, de modo que quieran aquellas cosas que son justas. De donde la obra hirviente y perfecta y próspera en la buena voluntad del hombre que el mismo hombre abraza en su Salvador, a saber en el Hijo de Dios, por quien el Padre opera todas las obras en el Espíritu Santo: esto de nuevo lo enciende y amonesta la gracia ígnea dada en Cristo Jesús. Y por tanto, en el gozo del Espíritu Santo haga el hombre obras de justicia, no dudando en perversa desusanza, esto es, que no diga que algo le falte en todas estas cosas, o en la primera raíz a saber primariamente impuesta al hombre por el don

de Dios, o en la gracia ígnea del Espíritu Santo tocando aquella raíz de nuevo en la amonestación, para que no cayendo perversamente luego se angustie en estas cosas que por un ímpetu reprensible hizo, como si en su raíz interior hubiera tenido algo de menos, a saber, para que después de que haya caído puesto en necesidad no murmure, así diciendo en sí mismo: ¡Ay, ay! ¿qué hice que no pude prever mis obras en Dios? Y también camine sin el peso de la infidelidad, de modo que no desconfíe de Dios en sus obras, sino que esté seguro sin la lacrimosa querella de la mala obra; pues Dios mismo y el hombre existiendo no está dividido en dos, sino que uno es Cristo; no sin embargo por conmutación de la divinidad en carne, sino por asunción de la carne que la divinidad se adjuntó, y que con su claridad así perfundió, como el rayo del sol luce en el sol, ni por esto con alguna confusión la sustancia de la divinidad o la sustancia de la carne se han confundido entre sí, sino que en la verdadera unidad de la persona uno es Cristo verdadero Hijo de Dios. Pues como en el alma racional no hay ninguna conmutación por la carne del hombre, sino que la misma expiración racional es de Dios la cual perfunde todo el cuerpo del hombre, y la cual mueve todas las obras del hombre que opera para que el alma y la carne sean un solo hombre, así también sin ninguna duda el Hijo de Dios nacido antes de los siglos revestido plenamente de la carne asumida de la Virgen como se ha dicho antes, existiendo Dios y hombre es un solo Cristo, llamado Cristo ciertamente por la unción de la gracia de Dios.

Quien en su santa humanidad por la fijación de los clavos y de la lanza fue vulnerado, por causa de la única herida del primer hombre que aquel había infligido a todo su género, a fin de que con el livor de su sangre sanara aquello, y con la unción del óleo de la gracia lo perfundiera, y por la penitencia lo ligara cuando el hombre se doliera de haber pecado. Vulnerado en cambio descendió el espíritu al pozo del profundo infernal, y allí a muchísimos atrajo hacia sí, a saber del infierno arrebató al primer hombre, y a todos los que a Dios en las costumbres de la honorificencia humana nunca habían tocado, y los colocó en el lugar de delicias y gozos que en el primer padre habían perdido. Pero que al tercer día resucitara de la muerte del cuerpo durmiente en esto designó las tres personas de la Deidad, y ascendiendo con el mismo cuerpo se fue a los cielos, y allí dominando se sienta a la diestra del Padre que es la salvación del pueblo creyente, atribuyendo vida a aquellos que con su sangre redimió. Y todos estos antes de los tiempos de todos los principios fueron preconocidos, puesto que el Verbo del Padre por el cual todas las cosas fueron hechas se vistió de carne, para que redimiera al hombre que había formado. El que tiene los agudos oídos del intelecto interior, este en el ardiente amor de mi espejo anhele estas palabras, y las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN SEXTA.

SUMARIO. — Palabras de abstinencia. Palabras de largueza. Palabras de piedad. Palabras

de verdad. Palabras de paz. Palabras de beatitud. Palabras de discreción. Palabras de salvación. Que ninguno de los fieles desprecie estar bajo maestría, porque también por los maestros del pueblo israelita en la ley se prefiguraban los rectores del tiempo de la gracia. Lo que la dureza de la ley ocultó como bajo un velo, la encarnación del Hijo de Dios por la gracia del Espíritu Santo lo elucidó. Que el hombre en la dignidad de la maestría funge en vez de Dios. Que además de la maestría especial hay ciertos mayores de la potestad secular, y hay menores en el pueblo que por ambos son regidos. Que por la maestría exterior se entiende la interior. Por qué causa Dios permitió que un género sobresaliera y otro estuviera sujeto. Palabras de Isaac a Jacob sobre la misma cosa. Aquí se insinúa un triple orden: de los dominantes, de los libres, de los que sirven. Que los seculares y espirituales se dividen en cuatro y cuatro. Que nadie usurpe para sí la dignidad espiritual o secular, o por rapiña, o por hurto, o por compra. Los que son de maduro sentido teniendo buena conciencia, y no buscando palabras volantes y las alabanzas de los hombres, son dignos de la elección del régimen. Quienesquiera que obtienen la potestad del régimen, despreciando si agrada a Dios o no, huyendo de la faz de Dios, están de la parte del diablo, a quienes no se resiste para que sean más duramente castigados. Que las predichas diferencias de hombres como fueron así también son y siempre serán por la extensión del tiempo humano según la autoridad de la divina Providencia. Que en la condición de

los seculares, a saber de los mayores y menores, hay tres partes. Que los maestros espirituales deben presidir al pueblo en la unidad de la fe. Que la potestad del régimen secular y el pueblo, se toquen mutuamente con pureza de inocencia y simple devoción. Que en la obra de Dios seis virtudes prefiguraban a las demás. Del estado de la abstinencia, largueza, piedad, verdad, paz, beatitud, discreción, salvación de las almas: y qué significa. Del hábito de las mismas y qué significa. Especialmente de la abstinencia y su hábito y qué significa. Especialmente de la largueza y su hábito y qué significa. Especialmente de la piedad y su hábito y qué significa. Especialmente de la verdad y su hábito y qué significa. Especialmente de la paz y su hábito y qué significa. Especialmente de la beatitud y su hábito y qué significa. Especialmente de la discreción y su hábito y qué significa. Especialmente de la salvación de las almas y su hábito y qué significa.

Y después de estas cosas vi entre el ángulo septentrional y el ángulo occidental un muro del costado del predicho edificio en su parte interior, todo arqueado según el modo de las celosías, aunque no abierto como celosías; sino íntegro y teniendo en cada arco como una pintura de hombres. En la parte exterior del mismo muro vi otros dos muros menores, de la longitud del espacio que había desde el predicho ángulo septentrional hasta el ángulo occidental, y unidos a los mismos ángulos por cada lado de sí al modo de una bóveda. La altura, en verdad, de los mismos dos muros menores era de tres cubitos. La

anchura, empero, entre el muro arqueado interior y el medio era de un cubito, y entre el exterior y el mismo medio, hubo una anchura de un palmo como de mano infantil. Dentro del mismo edificio vi también seis imágenes de pie ante el predicho muro arqueado sobre el pavimento del mismo edificio, a saber, tres junto a sí en el frente de aquel muro cerca del ángulo que miraba hacia el septentrión, y también tres juntas al final de la misma pared, junto al ángulo que se extendía hacia el occidente, todas mirando la pintura en los arcos del mismo muro. En el mismo final de la misma pared vi otra imagen dentro del mismo edificio sentada sobre una piedra puesta al modo de un asiento en el pavimento, e inclinando su lado derecho al muro, pero volviendo su faz hacia la columna de la verdadera Trinidad. Pero en el mismo final vi otra imagen de pie sobre el mismo muro en un lugar más alto, y también vuelta hacia la predicha columna de la verdadera Trinidad.

En estas imágenes, pues, contemplé tal semejanza. Estaban vestidas como las imágenes anteriores con vestiduras como de seda y calzado blanco, excepto aquella que estaba a la derecha de la de en medio de estas tres, las cuales había visto en la parte extrema de la misma pared, la cual existió de tanta pureza y tanta claridad, que por el excesivo esplendor no podía contemplar perfectamente su forma, y excepto aquella que estaba sobre el muro, como se ha dicho, la cual había sido calzada con calzado negro. Pero todas estaban sin mantos, excepto la de en medio de aquellas tres que estaban en la primera parte del

muro, la cual se vestía con un manto. También dos de las tres superiores que estaban a la derecha, a saber, y a la izquierda de la imagen media, y dos de las tres inferiores, a saber, la media y la que estaba a su izquierda, no tenían velos femeninos en sus cabezas, estando solo con los cabellos blancos desnudos. Pero la media de las tres primeras, y aquella que se sentaba sobre la piedra junto al muro, estaban de cabeza velada con blanca veladura de cabeza, como es costumbre de las mujeres. También la misma media de las tres superiores y las que estaban a su derecha estaban vestidas con túnicas blancas.

Pero vi tal disimilitud de ellas. La imagen que estaba en medio de las tres superiores tenía en su cabeza un círculo de color de azafrán al modo de una corona, grabado en la parte derecha: Enciende siempre. Y vi que por la derecha de la misma imagen volaba una paloma soplando con su boca en el mismo grabado. Y aquella imagen decía: Yo estoy infundida por la misericordia (misericordia) interior, de la cual nace un arroyuelo que de ningún modo quiere esconder el dinero, ni el oro, ni las piedras preciosas, ni las margaritas ante los indigentes y en sus necesidades la sustancia necesaria de quienes no la tienen, y por tanto lloran. Ahora los consolaré y siempre refrescaré su pobreza por el amor del Hijo de Dios, que es suave y manso y que distribuye sus bienes en las almas de los justos, tocando las heridas de sus pecados por la penitencia. Pero otra imagen que estaba a su derecha tenía en su pecho como un león como un espejo lúcido, y de su cuello como una

serpiente de color pálido en una torcida flexura de una varita colgando también hacia su pecho. Y dijo: Contemplo al león lúcido, y por su amor doy. Pero huyo de la serpiente encendida, pero amo a la serpiente que cuelga en el madero.

Y como de las nubes brilló en su pecho un cierto esplendor de maravillosa claridad: dividido de sí en muchos rayos, como el esplendor del sol se divide de sí, cuando brilla por pequeños y muchos agujeros de alguna cosa.

Pero la tercera imagen que estaba a su izquierda se vestía con una túnica semejante al jacinto de color rojo. En su pecho apareció un ángel teniendo de cada lado suyo una ala, de modo que el ala derecha se extendía al hombro derecho de aquella imagen, y el ala izquierda al hombro izquierdo de la misma. Y la imagen misma decía: Tengo compañía angélica, ni camino con los hipócritas que se disimulan, sino que banqueteo con los justos. También la imagen que era la media de las tres inferiores estaba vestida con una túnica de color de azafrán. Y sobre su hombro derecho estaba una paloma blanquísima, soplando con su boca en la oreja derecha de aquella. En su pecho apareció en verdad una monstruosa e informe cabeza de hombre. Yacían también bajo sus pies como especies de hombres pisoteados y triturados por ella. En sus manos empero tenía un papel extendido y por una parte, a saber, hacia el cielo, inscrito con siete líneas, las cuales quise leer, pero no pude, y dijo: Quiero ser vara de amarga corrección y de azote contra aquel mentiroso que es hijo del diablo, porque también

el mismo diablo es perseguidor inefable de la justicia de Dios. Por lo cual soy para él causa contraria y molesta, ya que nunca he sido hallada en su boca, de modo que también yo lo escupo de mi boca como veneno mortífero y letal, porque él nunca me halló en su astucia. Él es también para mí el peor y más molesto mal de todos los males, ya que todo mal de él nació. Por tanto, lo arrojo y lo pisoteo en la amable justicia de Dios, la cual me es incesantemente amable sin fin, de la cual también yo soy sustentadora y conductora, porque sobre mí se solidificará y constará todo edificio de las virtudes de Dios, que edifican en la altura. Oh fortísimo y nobilísimo Dios, atiende.

Pero la otra imagen que estaba a su derecha tenía faz angélica, y de cada lado suyo una ala volátil, apareciendo empero en especie de hombre como las demás virtudes. Y dijo: Yo lucho contra el certamen diabólico que se erige contra mí pertinazmente, diciendo: No puedo sufrir ninguna tribulación, sino que quiero apartar de mí todas las cosas contrarias a mí. A nada temeré. ¿A quién temería? A nadie quiero con temor. Pero los que dicen este mal serán arrojados por mí, porque he sido puesta para siempre alegrarme y siempre gozar en todos los bienes, porque el Señor Jesús es remisor y consolador de todo dolor, ya que también Él mismo padeció dolor en su cuerpo. Y porque Él mismo es también justa corrección, por eso también yo quiero unirme a Él, y siempre llevarlo a Él mismo, arrojando de mí el odio y la envidia, y todos los males. Quiero también siempre tener faz alegre en tu justicia, oh Dios.

Pero la tercera imagen que estaba a su izquierda se vestía con una túnica blanca, distinguida con color verde. Tenía empero en sus manos un pequeño vasito de pálido esplendor, devolviendo de sí mucha luz como un relámpago, de modo que la misma luz lucía en la faz y alrededor del cuello de la imagen misma. Y decía: Yo soy feliz. Pues el Señor Cristo Jesús me hace y me prepara hermosa y blanca, cuando huyo de aquel mortífero consejo del diablo, que siempre rumia aquella infelicidad, a saber, que Dios sea arrojado y el diablo sea atraído por las malas obras. A este Satanás huyo, a este arrojo, y lo tengo siempre por molesto para mí, porque deseo a aquel amador, a quien asiduamente abrace, y a quien con gozo tenga en todas las cosas y sobre todas las cosas. Pero la imagen que al final de esta pared se sentaba sobre la piedra estaba vestida con una túnica negruzca. Pero en su hombro derecho tenía impuesta una pequeña cruz con la imagen de Jesucristo, que se volvía hacia aquí y hacia allá.

En su mano derecha también tenía un pequeño madero al modo de un abanico, de cuya cima tres ramitas habían brotado de modo maravilloso con una flor. Tenía también en su regazo pequeñísimas piedrecitas de todas las gemas, las cuales consideraba con mucha solicitud y diligencia, como un mercader suele considerar diligentemente sus cosas, y dijo: Yo, madre de las virtudes, siempre tengo la justicia de Dios en todas las cosas. Pues en la milicia espiritual y en el estrépito secular, dentro de mi conciencia siempre espero a mi Dios. No condeno, no pisoteo, no desprecio

a los reyes, duques y presidentes, y a las demás maestrías seculares, que por el autor de todas las cosas han sido ordenadas. ¿Cómo sería lícito que la ceniza despreciara a la ceniza? El crucificado Hijo de Dios se volvió a todos, moviéndolos según su justicia y su misericordia. Yo también quiero tener cada ordenación e institución suya según su voluntad.

Pero aquella imagen que en el mismo final estaba de pie sobre el muro tenía la cabeza desnuda y cabellos negros y rizados, y la faz oscura. Estaba también vestida con una túnica varia de muchos colores entretejida. Y vi que se quitó su túnica y su calzado estando desnuda. Y súbitamente sus cabellos y su faz resplandecieron en la belleza de la blancura y la novedad, como de un infante recién nacido, y por todo su cuerpo brilló como un puro y lúcido esplendor luce en la claridad. Entonces también vi en su pecho una esplendidísima cruz con la imagen de Cristo Jesús, puesta de pie sobre un arbolito entre dos flores de lirio y de rosa, que se encorvaban hacia arriba hacia aquella cruz un poco. Y vi que sacudía fuertemente la túnica y el calzado que se había quitado, de modo que mucho polvo se sacudía de ellos. Y dijo: Me quito el Antiguo Testamento y me visto del noble Hijo de Dios con sus justicias en santidad y verdad. Por lo cual he sido reparada en los bienes y mudada de los vicios. Por lo cual también Tú, Dios mío, de los delitos de mi juventud y de mis ignorancias no te acuerdes, ni tomes venganza de mis pecados.

Y cuando yo inspeccionaba estas cosas más atentamente, de nuevo el que se sentaba en el

trono me dijo: Ninguno de los fieles que humildemente quiera obedecer a Dios dude en rehusar estar sujeto a la maestría humana, porque por el Espíritu Santo el régimen en el pueblo, por la eficacia de la utilidad de los vivientes, ha sido dispuesto, y que aquello había de ser en las observaciones eclesiásticas, y fiel y firmemente había de tenerse, fue prefigurado en el antiguo pueblo. De aquí también lo que ves entre el ángulo septentrional y el ángulo occidental, el muro del costado del predicho edificio en su parte interior todo arqueado, según el modo de las celosías, aunque no abierto como celosías, sino íntegro: esto es que desde Abraham y Moisés resistiendo al diablo, como en el ángulo que mira al septentrión hasta la verdadera Trinidad que abiertamente fue declarada en la verdadera y católica fe, cuando desde Dios Padre el Hijo de Dios enviado al mundo emitió su doctrina abundantemente al final de los tiempos, como hacia el ángulo que mira al occidente era el muro, esto es el pueblo israelita constituido en la ley de la justicia de Dios, obrando en la construcción de la bondad del Padre omnipotente, a saber, refrenado en el Antiguo Testamento, y por él convicto, porque después de la manifestación de la aspereza que en el celo del Señor fue excitada por las instituciones de las antiguas prelaciones, fueron presignados los regímenes de las nuevas dignidades. Pues el Antiguo Testamento se extendía hasta el Nuevo, germinando de sí preceptos mucho mayores de la ley del Nuevo Testamento de lo que primero habían nacido en él; y así de lo menor se hizo lo

mayor, de la menor a saber doctrina de los antiguos preceptos la mayor y más amplia doctrina de los nuevos, cuando el Antiguo Testamento era solamente como un fundamento primeramente puesto: sobre el cual fue edificada la profundísima sabiduría de toda doctrina, manifestada en la encarnación del Hijo de Dios, tendiendo desde la antigua ley de la circuncisión hasta la nueva regla del bautismo adornada con mayores preceptos.

Y aquel muro, a saber, la plebe judaica en la parte interior de su entendimiento, en el cual el alma del hombre conoce a Dios, está por todas partes rodeado de arcos, esto es, por todas partes cercado por la significación de la maestría de sus precursores, que claman los preceptos de la ley de Dios y se los muestran a sí mismos, como los menores suelen ser ordenados por los mayores como por hombres que les sobresalen, según la construcción de las celosías, que es la típica prefiguración del Espíritu Santo, que perfora las duras letras en la encarnación del Hijo de Dios, quien demostró plenísimamente las celosías de su misericordia a quienes las piden. No obstante, no está abierto en la perforación del portero, a saber, el Espíritu Santo, que no denuda el entendimiento espiritual en la antigua ley como después se hizo en las celosías de la misericordia en la carne del manifestado Hijo del Altísimo, sino que permanece íntegro en la dureza de los preceptos legales, que después por el Espíritu Santo fueron elucidados en la fuente de agua viva.

Tiene también en cada arco como una pintura de hombres, porque como esta pintura muestra

la imagen de hombres, así en el arco triunfal, a saber, en la dignidad de la maestría, ha sido puesto el hombre, en vez de Dios. ¿Cómo? Puesto que la profundísima y principal sabiduría por la gracia de Dios ha sido puesta en la boca de la racionalidad del hombre, para que el hombre en el nombre de Dios ejerza el oficio de la magistratura, por la fuerza de la justicia y la misericordia del mismo Altísimo.

Lo que empero ves en la parte exterior del mismo muro, otros dos muros menores, esto es que en los negocios exteriores, además de la maestría espiritual, está interceptada la constitución de los pueblos mayores y menores, que han sido constituidos por precepto de Dios, como dos muros, ya que el exterior son los mayores de nacimiento por la fortaleza de la potestad secular en mi ordenación, y el medio son los menores que consisten bajo la potestad tanto de personas espirituales como seculares, como entre los arcos del predicho muro interior que es la maestría espiritual, y el muro exterior que es la potestad secular, como se ha dicho. Por lo cual dos muros puestos fuera del ámbito del interior arqueado, porque las personas seculares están en las causas terrenas, teniendo a saber más las cosas exteriores que las interiores, de modo que no obstante están en la línea de mi constitución. ¿Cómo?

Por lo exterior se entiende lo interior, ya que como el hombre conoce por la persona visible y alta del hombre, cómo el hombre ha de ser temido y rogado y amado, así también en el mismo entendimiento entienda cómo el Dios invisible y

altísimo ha de ser temido y venerado y amado sobre todas las cosas. Pues por la dominación exterior y secular se le advierte al hombre de la interior y espiritual potestad de la divina majestad, la cual está tan cerrada y oculta al hombre, que no puede ser vista por sus ojos carnales sino cuanto por la fe de Él se capta. Y puesto que para la criatura mortal Dios es invisible, al menos por la maestría visible aprenda el hombre a temer y venerar al mismo altísimo institutor de su prelación. ¿Cómo?

La inspiración divina dio en los sentidos de los hombres por su racionalidad, que en una recta constitución entre los pueblos dominen las grandes personas, que por ellos sean temidas y honradas. Pues Dios por eso permitió que un género sobresaliera y otro estuviera sujeto, para que así los hombres se dividieran no sea que mutuamente se mataran por sí mismos y perecieran: de otro modo estarían ociosos no sabiendo proceder al conocimiento de Dios, a menos que esto previeran por el temor y el honor en los hombres. Y así procedió el Espíritu Santo, conduciendo al pueblo a la ley interior del espíritu, por la cual el hombre por dentro y por fuera fuera regido, hasta que la fuente saltante salió apareciendo al mundo en la plenitud de la justicia, quien rige ambos, a saber, el cuerpo y el alma. Por lo cual también el cuidado de la potestad secular así ha sido constituido para el uso de las cosas terrenas, que el cuerpo requiera la refacción para no desfallecer y la maestría espiritual para el suspiro interior de llegar al servicio de Dios, para que

el alma anhele las cosas celestiales. Estas cosas, pues, han sido constituidas por mi ordenación según lo que también Isaac dijo a su hijo Jacob: Sé señor de tus hermanos y incúrvense ante ti los hijos de tu madre (Gén. XXVII). Esto es tal: Señor debes ser de tus hermanos sobresaliendo sobre ellos en los honores y en las beatitudes, bendito en las bendiciones que me han sido dadas por Dios, e inclínense ante ti todos los nacidos de los hijos de tu madre sujetos a ti, por la excelente causa de tu bendición. Pues de ti saldrá un gran género de donde un hombre fortísimo y potentísimo surgirá, a quien sus hermanos perseguirán poniéndolo en fuga; pero él velocísimamente en sus máximas fuerzas, como un león arrebatándose de ellos, les dominará con excelentísima dominación, y los oprimirá en el nombre de su potestad, la cual nunca será erradicada en una vilísima cola, habiendo sido hechos sus hermanos en cola. Así también yo, Padre celestial, dije a mi Hijo encarnado: Sé Señor de todos los nacientes procreados de concebida semilla humana que creé por ti, porque tú maravillosamente nacido de Virgen no concebido por semilla de hombre, sino que saliste de mí por el fragante fuego apareciendo en la tierra, verdadero hombre cerrado el sello de la integérrima y castísima Virgen. Tú pues eres el Señor de ellos en la superna claridad de la divinidad, que son tus hermanos por tu encarnación en la cual eres hombre. Y la inclinación, esto es la sujeción, se te exhiba por los hijos de tu madre, a saber, de tu encarnación, y en el obsequio de piadosísima devoción sean sujetos

a ti los hombres nacidos de hombres. Y puesto que el Hijo de Dios así es el Señor de todas las criaturas, por él también en la voluntad del Padre y en el tacto del Espíritu Santo fue instituida la disposición de diversas potestades en el mundo. ¿Cómo? Así a saber que Dios quitó la demasía y la jactancia aquella por la cual el pueblo no honraría al pueblo; de modo que cada uno haría lo que le pluguiera hacerse si Dios por la inestimable sabiduría de su consejo no hubiera postrado esto, sino que él mismo discreción al pueblo entre el pueblo, a saber, el menor con la ministración de la obediencia estar sujeto a su mayor, pero el mayor en todo régimen de utilidad solícita y devotamente socorrer al menor, como también en la ascensión del Espíritu Santo le fue dado a Jacob por su padre, que fuera señor de sus hermanos, como también se ha dicho.

Pero en esto que se ha mostrado, que fuera Señor, se demostró que el negocio secular tiene la persona de dominar sobre la libertad de los otros, a quienes por el temor del honor que le rinden por su potestad perdone, no oprimiéndolos por el derecho de los servicios, sino teniéndolos como en el amor de hermanos. En esto empero que se dijo que se hiciera incurvación ante él, se insinúa el servicio de la ministración de aquellos que por el vínculo de los que sirven están sujetos a sus señores, como hijos de la carne que tienen cuidado carnal. Pero después que el mismo Jacob arrebató este dominio a su hermano por la bendición paterna; luego constituyó la celebridad celestial por la piedra que erigió en título, y por

el diezmo que prometió que daría, como fue presignado, significando la persona principal en la milicia espiritual, porque cada fiel debe ascender del grado mínimo al sumo: a saber, por la potestad secular aprender la maestría superior de la luz más clara, de la vida espiritual, en la cual se cumple el oficio del piloto según el camino del Cordero inmaculado, que levantó al hombre con la plenitud y bondad de toda justicia, a saber, erigiendo al hombre postrado por las insidias del perverso raptor.

Por lo cual también estas dos instituciones que proceden a lo terreno, a saber, y a lo celestial, se dividen en cuatro y cuatro partes, porque Dios dio una gran fuerza de ciencia de la racionalidad a los hombres, de modo que en la ascensión del Espíritu Santo escrutaran estas cosas en sí mismos en la figura de los cuatro elementos, añadiendo a los predichos dos modos más cosas, las cuales no desprecio ni arrojo, ya que el que en mi nombre multiplica lo que es menos, es digno de merced y no de abyección, las cuales cuatro partes están tanto en los gravámenes seculares como en las instituciones espirituales. ¿Cómo? Porque en las causas seculares hay nobles y más nobles, hay también sirvientes y obedientes. En los sacramentos espirituales en verdad hay excelentes y superiores, hay también obedientes y corrigientes. Pero yo no quiero que aquellas causas de los oficios constituidas por mi ordenación sean arrebatadas en absoluto por el furtivo don de la compra en la venta, sino que quiero que se les asista con causa racional, de modo que los que las

reciben sean útiles ante Dios y los hombres. Pero ciertos escorpiones venenosos transgreden mi justicia, y las arrebatan por el veneno mortífero de la avaricia y la soberbia, no solo en las prefecturas seculares, sino también en las disposiciones espirituales. Pues la rapiña de las dignidades seculares, a saber, las cosas terrenas comparadas por las terrenas, ciertamente ha de ser examinada severísimamente en la ira de mi celo; pero no obstante de mayor peso y examen es la rapiña de las espirituales. Pues los seculares están en lo exterior carne de carne; pero los espirituales están en lo interior unidos al espíritu. Pero aunque los seculares se ocupen en lo exterior teniendo cuidado terreno, no obstante bajo aquella especie deberían anhelar las cosas interiores del espíritu en su régimen; pero los espirituales puestos en la especie de la religión y en el desprecio de las cosas mundanas, ordenados interiormente en el corazón del Padre omnipotente, mucho más bajo el nombre espiritual deberían imitar ardientemente a su Hijo en el sumo sacerdocio; porque, así como el Hijo de Dios salió del corazón de su Padre, así constituyó el Padre ante sí mismo en su Hijo las personas de los maestros que han sido puestos en tan egregia ordenación por la utilidad de la Iglesia, y unidos a Dios en la recta obra. ¿Cómo?

Los que están en la compunción y probación del corazón y en maduro sentido, lo cual me es del todo perspicuo, teniendo a saber buena conciencia, de modo que perversa y contrariamente no apetezcan la maestría, ni escudriñándola por

arte diabólica, ni adquiriéndola por dinero o por potestad secular, ni buscando de ahí las volantes palabras de la alabanza humana, sino recibiéndola por verdadera elección mía y del pueblo, en humildad; estos son mis queridísimos y probadísimos custodios, y mis amiguísimos amigos. Pero los que retroceden, y la adquieren de otro modo en las tinieblas, a saber, por los misterios seculares de las cosas terrenas arrebatando furtivamente los misterios de las celestiales, huyen de mi faz, y amargamente matan sus almas; burlándose de mí en esto, porque así me niegan y contra mi voluntad recalcitran. ¿Cómo? Porque ellos mismos me desprecian no deseando alcanzar la potestad de la maestría por mí; de modo que eleven los ojos interiores de su corazón a mí diciendo así: ¿Place esto a Dios o no? sino que cada uno de ellos dice en sí mismo: Aunque esto sea malo ante Dios, yo no obstante recibiré esto confiando en el Señor, que alguna vez viviendo aún en el cuerpo me arrepienta, y de tal modo adquieren la maestría sin mí, Dios vivo; de modo que ni esto me pidan, ni confíen que llegan a esto por mi voluntad; sino que en este ardor huyan de mi faz arrebatando así la maestría, naufragando de mi misericordia. Estos no están dentro en el corazón del sumo Padre, sino que están fuera en la parte del aquilón, el cual en estas causas es el príncipe de ellos, no queriendo buscarme a mí, Creador de todo, sino siguiendo su propia voluntad la cual tienen por Dios y abandonándome. Pues no quieren conocerme, ni yo a ellos. Su concupiscencia les sugiere lo que quieren. Y porque rehúsan tener mi temor,

por eso también yo no quiero entonces resistirles en el terror de mi ira, para que se les repugne en aquel día en el cual nada más podrán prevalecer; ellos empero, dejados por mí en esta vida, han de responder en el futuro tremendo juicio de estas cosas que hacen; conociéndome a saber en la fe, pero en estas cosas que perpetran no queriendo mirar hacia mí.

Ahora empero como ves que los predichos dos muros menores son de la longitud del espacio que hay desde el predicho ángulo septentrional hasta el ángulo occidental: esto es que en la constitución de los pueblos mayores y menores con la extensión de la longitud del tiempo humano, desde Abraham a saber y Moisés, como desde el septentrión hasta la manifestation de la fe católica en la verdadera Trinidad, cuya fe mi Hijo enviado al mundo por mí como hacia el occidente, enseñó; existieron en mi ley los pueblos y sus principales maestros, a saber, el germen precedente y el ejemplo del pueblo del nuevo testimonio, tendiendo desde el celo hasta mi Hijo nacido en la carne, como fueron y son y siempre serán las interpuestas diferencias en los hombres de los interiores y exteriores, esto es de los espirituales y seculares, de los mayores y de los menores. Los que están unidos a los mismos ángulos por cada lado de sí al modo de una bóveda, ya que tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento por cada lado de su inicio, unidos en el honor y en la maestría se declaran los pueblos, y esto en semejanza de bóveda, lo cual es en la autoridad de la divina providencia bien y dignamente compues-

tos para el estado de la edificación de la Jerusalén celestial.

Que en verdad la altura de los mismos dos muros menores sea de tres cubitos: esto es que en la elevación de la rectitud de las dos condiciones seculares, a saber de los mayores y menores, hay tres partes de hombres, esto es los rectores más excelentes y otros libres del vínculo de la servidumbre de los que sirven, y la plebe común substrata a sus prelados en sujeción. Por lo cual también la anchura entre el muro arqueado interior y el medio es de un cubito, que es la amplitud de la dignidad entre las personas superiores de la maestría espiritual y entre los menores nombres de la servidumbre terrena, en la unidad de la fe según Dios constituida para corregir a sus súbditos. Y entre el exterior y el mismo medio hay una anchura de un palmo como de mano infantil, porque hay también entre la potestad inferior del régimen secular, y entre la sujeción de la ministración secular una extensión de justa consideración, de modo que estas por unánime y simple devoción de inocencia infantil se toquen mutuamente en la mano de su operación conjunta. Pero que dentro del mismo edificio veas seis imágenes ante el predicho muro arqueado sobre el pavimento del mismo edificio de pie, esto es que en la obra de la bondad de Dios seis virtudes se extienden, prefigurando a las demás virtudes, como Dios en seis días creó sus criaturas; a saber, las virtudes mismas apareciendo en figura de las cosas futuras ante el muro, esto es ante el pueblo israelita refrenado por la ley divina, y amurallado

por la maestría y defensa de sus precursores, cuando también pisotean el pavimento de los cuidados terrenos en la misma construcción del sumo Padre en esta significación, para que la milicia cristiana por ellas se oponga al diablo.

Por lo cual tres están de pie junto a sí en el frente del mismo muro cerca del ángulo que mira hacia el septentrión; porque la santa Trinidad inseparable en la virtud de su majestad, en el inicio del Antiguo Testamento empezado por Abraham y Moisés opuestos al diablo, fue designada por diversas y secretas figuras. Y tres también juntas al final de la misma pared junto al ángulo que tiende hacia el occidente, ya que la misma Trinidad reinando en la unidad de la divinidad, en el final de la misma ley que fluye, fue predicada en su nombre abierto, nacido en la carne el Hijo de Dios por la redención del hombre que tiende al ocaso. Todas las cuales miran la pintura en los arcos del mismo muro, porque siempre con igual estudio de devoción en los hombres atienden a la maestría de la ordenación de Dios designada por su potencia en la ley tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento, considerando cómo en ellos se perfeccione. Lo que empero en el mismo final de la misma pared ves otra imagen dentro del mismo edificio sentada sobre una piedra puesta al modo de un asiento en el pavimento, esto es que en la misma reposición de la antigua ley del antiguo pueblo, y en el inicio de la nueva fe comenzada en la verdadera Trinidad, cuando Dios construyó todas las constantes virtudes en la Iglesia, decentemente también apareció esta

virtud en la obra del sumo Padre, obrando en ella por el hombre hasta la consumación del mundo. Por lo cual se sienta también sobre la fortísima piedra, sobre el único, a saber, Hijo de Dios, que es asiento y descanso de todos los fieles que desprecian las cosas caducas, y creen en Él con fe pura. Y el lado derecho inclina al muro, porque en la rectitud del descanso y en la parte de la salvación a este pueblo que bajo la maestría de la disposición de Dios ha sido puesto, se adhiere; de modo que también ellos mismos, mayores con menores, la cultiven en sus obras. Su faz en verdad vuelve hacia la columna de la verdadera Trinidad, ya que en cada cosa dirige su intención a la misma Trinidad con la agudísima vista de la justa consideración, para que así como la perpetua Trinidad en tres personas inviolablemente ha de ser considerada: así todos los que rinden culto a Dios, la consideren diligentemente en sus hechos, y considerándola no la abandonen. Pero lo que en el mismo final ves otra imagen de pie sobre el muro en un lugar más alto: esto es que también en la traslación de la sombra de la antigua ley, en la fe de la santa Trinidad clareando la verdadera luz de la justicia, esta virtud en la maestría principal y en el pueblo fiel en la cima de la salvación del deseo celestial ha sido elevada estando de pie, luchando contra los vicios, erigida en el Hijo de Dios, porque de Él comenzó, y con Él en la Jerusalén celestial después del fin del siglo permanecerá. La cual también está vuelta hacia la predicha columna de la verdadera Trinidad, ya

que confortada por la santa e inefable Trinidad, reconduce las almas a la patria.

Que en verdad contemples una semejanza en las imágenes mismas, esto es que las mismas virtudes son unánimes en la diversidad de los dones de Dios. Por lo cual están también vestidas como las imágenes anteriores con vestiduras como de seda; las cuales son alrededor de ellas, como alrededor de las demás virtudes, las suavísimas obras que los mismos cultores de Dios exhiben en la ley divina: haciéndolas en la justicia de la verdad, y con calzado blanco; porque en el ardor de ellas hay también la blancura de seguir el ejemplo de los buenos actos en los hombres. Pero aquella que está a la derecha de la de en medio de estas tres que ves en la parte extrema de la misma pared, existe toda de tanta pureza y de tanta claridad, que por el mucho esplendor no puedes contemplar perfectamente su forma, ya que aquella virtud con la salud de la verdadera confortación por el don de la santa Trinidad, surgiendo al final de la santa antigua austeridad, es toda traslúcida y pura, careciendo de toda indignación diabólica en la claridad del alegre gozo de la unanimidad de los hombres, de modo que por la multitud de la gloria y el honor que tiene en las cosas celestiales; por ninguna razón su inestimable unanimidad, como su forma, puede ser considerada por ningún hombre mortal, a menos que cuanto Dios se haya dignado revelar. Y aquella que está sobre el muro ha sido calzada con calzado negro, porque tanto en la dignidad más alta como en la menor antes de la encarnación de mi Hijo hubo

un signo y vestigio de muerte en los hombres. Pero que todas estén sin mantos, esto es que igualmente arrojaron los cultos terrenos y el texto exterior de la institución legal, inspeccionando intrínsecamente la verdadera justicia, excepto la de en medio de aquellas tres que estaban en la primera parte del mismo muro, la cual se viste con un manto, ya que ella misma sudando bajo la defensa de Dios en el inicio de la austeridad mandada, está rodeada por la comprensión del amor de Dios, en la cual esconde el tesoro celestial, arrojado el deseo de las cosas carnales. Y dos de las tres superiores que están a la derecha, a saber, y a la izquierda de la imagen media, y dos de las tres inferiores, a saber, la media y la que estaba a su izquierda, no tienen velos femeninos en sus cabezas desnudas, estando solo con los cabellos blancos, porque la ley y los profetas emanando por la virtud de la superna majestad y mostrando la vida y la muerte por su fortaleza, con los dos preceptos del doble amor siguiendo por la misma divina potencia y teniendo la constancia de la íntima circunspección en los contrarios, y el gozo de la suavidad en las cosas divinas, fueron fielmente sueltos de toda sujeción de cualquier dolor o lazo de muerte, en la cabeza a saber en Cristo mi Hijo, no obstante brillando con la cabellera desnuda en la blancura de la virginidad, porque la divinidad amó mucho la naturaleza virginal en la Virgen María. Pero que la media de las tres primeras, y aquella que se sienta sobre la piedra junto al muro, estén de cabeza velada con blanca veladura de cabeza, como es costumbre de las mujeres: es-

to es que ellas mismas en el auxilio de la superna altura y en la estabilidad de la conversación del descanso bienaventurado, blanda y dulcemente están ligadas con la fuerte ligadura de la sujeción, venerando a Dios cabeza de todos los fieles en la blancura de la piadosa devoción, como el marido debe ser honrado por la mujer con sincera caridad. Y la media de las tres superiores y las que están a su derecha están vestidas con túnicas blancas, porque por la misma virtud de la divina majestad en suavísima bienaventuranza emanan sus clarísimas y blanquísimas obras establecidas en los hombres bajo la ley del Señor a la cual están unidas. Pero que también veas disimilitud en ellas, esto es que tienen diversas fuerzas en Dios, no obstante adorándole concordemente.

Por lo cual la imagen que está en medio de las tres superiores prefigura la abstinencia, ya que ella misma en el primer combate es como una ciudad y un firmamento, y el ornamento de las virtudes que se le adhieren, conteniéndose del pecado en la gravedad de las costumbres. De modo que es escrutadora y rechazadora de todas las cosas pueriles en los males, no teniendo ninguna petulancia en sí misma, y apareciendo como una madre en medio de aquellas virtudes que designan la gloria de la Trinidad en el inicio de la ley dada al antiguo pueblo. Y tiene en su cabeza a modo de corona un círculo de color de azafrán grabado en la parte derecha, siempre encendido, porque ella misma ha sido coronada por la cabeza suprema por un rayo de azafrán del sol brillantísimo, a saber, el Hijo de Dios, en cuya claridad

está toda comprendida y no deseando a nadie sino a aquel que también en la parte derecha de la salvación del alma siempre la enciende. Por lo cual, como ves, una paloma vuela desde la derecha de la misma imagen, soplando con su boca en la misma Escritura, ya que en la derecha de la prosperidad celestial está presente el don de la verdadera simplicidad, a saber, del Espíritu Santo en la abstinencia, encendiendo cada cosa buena por la inspiración superna en la salvación de las almas, como también aquella virtud demuestra en las sobredichas palabras de su amonestación.

Pero la otra imagen que está a su derecha significa la largueza, existiendo de simplicidad pueril, no teniendo en absoluto astucia o dureza contra los dolores de los hombres, con la cual la abstinencia siempre se aparta de toda aspereza en la derecha de las buenas obras, tendiendo así hacia Dios, porque la largueza es el inicio de su operación, cuando primero la abstinencia acomete su obra. La cual tiene en su pecho como un león como un espejo lúcido, que es en su corazón mi Hijo Cristo Jesús, el león fortísimo, como un espejo de piadoso y espléndido amor encerrado. Pero que lleve desde su cuello como una serpiente de color pálido en la torcida flexión de una varilla colgando hasta su pecho: esto es que el mismo Hijo mío prudentísimo sostuvo como cuellos fortísimos, a saber, la paciencia, en la palidez de la carne angustiada, la flexión de las penas con la exaltación de la cruz, a saber, en el medicamento de todas las heridas, que la largueza por el amor celestial imprime en su pecho inspeccio-

nando aquello frecuentemente en las mentes de los hombres, como también confiesa en las predichas palabras de su exhortación.

Pero la tercera imagen que está a su izquierda declara la piedad, no teniendo de ningún modo odio o envidia, o alguna fealdad del hombre, sino siempre gozando y abrazando la prosperidad de todos los hombres, por cuya verdura y por la unción de la largueza la abstinencia resiste a la parte izquierda del soplo diabólico, ya que la piedad es la obra plena de la abstinencia en la lucha significante por la cual siempre existe victoriosa. Por lo cual también se viste con una túnica semejante al jacinto de color rojo, porque por la brillantísima obra bajo la cual por un bellísimo sustento yacen ocultas las contrariedades sanguíneas, a saber, padecer todas las injurias, fue rodeada tras la pasión de mi Hijo por el ejemplo del mismo. Pero que en su pecho aparezca un ángel teniendo de cada lado suyo un ala, esto es para que el hombre en su conocimiento siempre imite el orden angélico, amando cada ordenación de Dios, cuando de cada parte suya tanto de las cosas prósperas como de las contrarias en las alas singulares y gemelas, a saber, en un solo Dios por la doble virtud, no engreído sobremanera en los bienes, ni totalmente postrado en los males, se eleva para volar, que es contemplar a Dios en la pureza del corazón, tendiendo así hacia arriba y no arrojándose a la tierra. Por lo cual también el ala derecha se extiende hacia el hombro derecho de la misma imagen, ya que la prosperidad del hombre en la derecha de la salvación de las almas se alarga para

auxilio de la piedad, cuando mi Hijo reportó al hombre a la patria. Y el ala izquierda tiende hacia su hombro izquierdo, porque en la izquierda de la contrariedad de las insidias diabólicas el hombre fiel extiende hacia arriba la pluma volátil, por la cual arroje las obras de las tinieblas, hacia el refugio de mi Hijo, por quien existe fuerte contra toda adversidad, imitando la vida de los justos, como también esta virtud declara en sus dichos, según se mostró arriba.

La imagen también que es la media de las tres inferiores presenta la verdad, porque tras la abstinencia y las virtudes que le son coherentes surge la verdad en todas las causas, con las imágenes que le asisten, existiendo a saber como torre y protección de ellas, designando a saber un fuerte baluarte, como en medio de las virtudes que prefiguran a la santa Trinidad en el ocaso de la costumbre judaica y en el surgimiento de la verdadera fe. Sobre cuyo hombro derecho está una paloma blanquísima, soplando con su boca en el oído derecho de ella: lo cual es en la parte superior de la derecha, a saber, del bienaventurado regreso por la encarnación del Hijo de Dios a la vida, apareciendo la admirable virtud del Espíritu Santo, que sopló por su toque en el oído derecho, esto es en los corazones de los hombres creyentes para que entiendan qué es Dios en su divina potencia. Pero que en su pecho aparezca una cabeza de hombre monstruosa e informe: esto es que Dios permite que en los corazones de sus elegidos haya miserias y persecuciones de los príncipes, tal como también su

Hijo quiso padecer de los príncipes de los sacerdotes. Y puesto que Dios está en el corazón del hombre fiel, por eso también el hombre mismo debe sufrir pacientemente por amor de Dios la persecución de Dios, y porque la muerte se erigió en la caída del diablo, por ello conviene también al hombre fiel sostener muchos combates contra las maldades diabólicas en diversas penalidades, que a menudo son laboriosas y contrarias para su cuerpo, ya que se adhiere al hombre: lo cual el mismo antiguo serpiente siempre persigue. ¿Qué es esto? La concupiscencia de la carne, a la cual aquel maligno enemigo puesto en acecho acecha. Pero que yacen bajo sus pies como especies de hombres pisoteados y triturados por ella: esto es que bajo las huellas de la verdad, todas las falsedades diabólicas que se hacen en las obras de los hombres, son reducidas a nada, teniendo ella misma el amor de la edificación de la Iglesia cuando todas las virtudes aparecen manifiestamente y son probadas en la verdad, la cual escondida en el corazón del Padre antes de los tiempos de los siglos, fue invisible, pero al final de los tiempos apareciendo visible en la verdadera carne del Hijo de Dios. Por lo cual también tiene en sus manos un papel extendido y de una parte, a saber, hacia el cielo, inscrito con siete líneas, porque en todas las obras de la verdad, hay una textura extendida por la gracia de Dios de la ley constituida para el pueblo cristiano, y de parte de los deseos celestiales debe ser tenida con culto abierto y de parte de las concupiscencias carnales debe ser temida, mostrando en sí los siete

dones del Espíritu Santo, a saber, un firmamento inexpugnable contra las insidias diabólicas de la muerte. Y aquello quieres leer pero no puedes, ya que, aunque el hombre desee mucho saber los misterios y las cosas ocultas en los dones de Dios, sin embargo no le es posible mientras está gravado por el cuerpo mortal entender, o captar qué quiere Dios que se haga en sus maravillas, sino que el hombre mismo las abrace y las comprenda en la verdad: a saber, siguiendo los preceptos de Dios, como también esta misma virtud muestra en sus predichas palabras.

Pero la otra imagen que está a su derecha designa la paz, teniendo un signo celestial y compañía angélica, porque en plena verdura germina la verdad, ya que la misma verdad está rodeada de dones excelentes y celestiales en la parte derecha de la salvación de las almas, teniendo paz por el Hijo de Dios. ¿Cómo? Como está escrito en el canto angélico, donde se dice: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (Lucas II). Esto es así: En el altísimo Dios brilla el hombre y Dios en el hombre, porque el Hijo de Dios se encarnó admirablemente. Y por eso Dios es loable y glorioso en el cielo, por toda criatura suya. Por lo cual también en la tierra se hace la paz de la salvación para aquellos hombres que reciben la voluntad del Padre con devoción y fe, porque también la paz de la buena voluntad es la voluntad de toda la bondad del Padre, que es su Hijo, que es Dios y hombre. ¿Y cómo es él mismo la paz? Él mismo es la paz de los hombres, defendiéndolos de las insidias de la antigua serpiente,

que existió como el primer prevaricador, que perdió la luz de la vida arrojado a las tinieblas, cuya luz la paz verdadera, esto es el verdadero Hijo de Dios, trajo a los hombres: de modo que ellos mismos fueron hechos partícipes del reino de Dios en el lugar bienaventurado que perdió el diablo. Y como ves la predicha virtud tiene rostro angélico, ya que ella misma huye de todo mal en la intención santa, como contemplando a Dios en su rostro con deseo angélico. Por lo cual también de cada lado suyo tiene un ala volátil, ya que en cada parte de la muestra tranquila, a saber, y de la turbulenta, tiende hacia arriba a Dios no causando terror ni amargura, sino existiendo siempre en plácida prosperidad comprende a un solo Dios en la unanimidad de las dos alas, porque derribada por ninguna tempestad de inestabilidad ni en lo bueno ni en lo malo, persiste solo en la tranquilidad. Y aparece en especie de hombre como las demás virtudes, porque por el Hijo de Dios brilló admirablemente, ya que también todas las virtudes por ella son probadas en los hombres, de modo que de ninguna manera busca contienda o riña, sino siempre en la lenidad, oponiéndose así a la lucha diabólica como también se manifiesta arriba en las palabras de su locución.

Pero la tercera imagen que está a su izquierda indica la beatitud que apetece la vida eterna, por cuya fidelidad e íntima lenidad la verdad a la izquierda contradice a toda persuasión serpentina de falacia que engaña al hombre que consiente a ella, porque la beatitud es la invicta seguridad de la verdadera claridad en la cual ella misma no

teme la infelicidad de la muerte. Por lo cual también se viste con túnica blanca distinguida por el color verde, ya que está rodeada de obras fieles que blanquean en el deseo celestial, y decoradas con multiformes dones que verdean en la verdura del Espíritu Santo. Pero que tiene en sus manos un pequeño vasito de pálido esplendor: esto es que en su obra demuestra cómo en un pequeño receptáculo, esto es en el contrito secreto de su corazón, el hombre capte a Dios por la fe, no obstante en la palidez de la fragilidad de la carne humana, porque la fe aun en esta misma vida mortal debe ser puramente cultivada, para que la miseria del hombre no le abandone. Por lo cual también devuelve mucha luz como un relámpago de sí misma, de modo que aquella luz brille en el rostro y alrededor del cuello de la misma imagen, ya que el conocimiento de la luz eterna se difunde tanto en el temor como en el amor de Dios, a saber, tendiendo desde el corazón interior del hombre hasta el rostro, esto es hasta el inicio de la obra recta, de quien manifiesta su intención en el buen ejemplo, y alrededor del cuello que es después por doquier comprendiendo prudentemente la fortaleza en la obra completa, cuando aquello brilla más preclaro que el sol en el hombre ante Dios por la beatitud, como también se declara en la predicha manifestación de la misma virgen.

Pero la imagen que se sienta al final del muro sobre la piedra presenta la discreción, porque ella misma en la consumación de la antigua observación descansando en Cristo apareció plena-

mente, existiendo como una muy hábil cribadora de todas las cosas, reteniendo a saber lo que debe ser retenido y cortando lo que debe ser cortado, y para que el trigo sea separado de la cizaña. Y está vestida con una túnica negruzca, ya que está rodeada de la mortificación de la carne, arrojando la levidad de toda vanidad. Pero que tiene en su hombro derecho una pequeña cruz impuesta con la imagen de Jesucristo: esto es que la misma virtud puso su raíz en la parte derecha de la potencia de la fortaleza de Dios, cuando el Dios omnipotente envió a su Hijo a encarnarse admirablemente y a padecer humildemente, a cuyo amor está unida la discreción, ya que por él fue manifestada, para que por ella toda justicia sea discernida. Y como Dios es el dispensador de la conveniente estatura del hombre, así la discreción es imitadora de él en su oficio, cumpliendo sus obras a saber en el dispensador crucificado el Hijo de Dios, ya que ella misma está en cada dignidad, a saber, de la divinidad y de la humanidad. La cual se vuelve hacia aquí y hacia allá, porque en la comprensión de la latitud por la significación de la santa cruz tiene un circuito entre los buenos y los malos. Pero que como desde las nubes brilla en su pecho un cierto esplendor de maravillosa claridad: esto es que de la misericordia de Dios como de una nube clarísima, el encendido de la divina piedad es inspirado en las mentes de los hombres, haciendo discreción en ellos y iluminándolos. Por lo cual también de sí misma está dividido en muchos rayos como el esplendor del sol se divide de sí mismo, cuando

brilla por pequeños y muchos agujeros de alguna cosa, ya que el Espíritu Santo en la virtud superna dividiendo diversos rayos de sus dones a los hombres, los difunde a saber más lúcidos que el sol e inefablemente discretos en las humildes cavernas, esto es en las perspicaces visiones de las almas de sus fieles, ilustrando los sentidos y las mentes de ellos, de modo que entiendan agudísimamente en cualesquiera causas lo que por ellos debe hacerse aptamente en Dios. Pero que en la mano derecha tiene un pequeño madero a modo de abanico: esto es que la discreción en la parte derecha de la salvación de las almas, siempre considera su obra por el don del Espíritu Santo en los hombres como en el madero de la frágil carne, teniendo sin embargo este signo en sí, para que aleje de sí por el auxilio divino diversas moscas a saber de las persuasiones diabólicas, para que por ellas no se disperse en diversas vanidades. Por lo cual también de su cima brotan de modo maravilloso tres ramitas con una flor, para que los hombres fieles crean fielmente sobre todas las cosas y en todas ellas a la santa Trinidad siempre floreciente en sus maravillas, reinando en la unidad de la divinidad gloriosísima, no examinando temerariamente en sí mismos los secretos celestiales; sino que así como Dios dispone justa y discretamente todas sus obras en sus diversas criaturas; así también los hombres mismos por la fuerza de la discreción dispensen todos sus hechos bien y rectamente. Pero que tiene en su regazo pequeñísimas piedrecillas de todas las gemas, las cuales considera con mucha solicitud y diligencia tal

como el mercader suele considerar sus cosas diligentemente: esto es que ella misma en el seno de las mentes de los hombres, contiene todo lo que es apto y conveniente en los pequeñísimos consejos y artes de ellos, como en gemas de virtudes, buscando cada justicia constituida por Dios con cauta y diligente examinación, para que proceda congrua y justamente en todas las cosas en los corazones de los hombres considerando agudísimamente por la recompensa de la obra, donde está la remuneración en Dios, como también en sus palabras propala según se mostró antes.

Pero aquella imagen que está al final sobre el muro significa la salvación de las almas, ya que ella misma en el ocaso de la antigua dureza brilló en la cumbre de la autoridad de la nueva gracia: de modo que la discreción existe como su fundamento, con la cual y sobre la cual aparece la misma salvación de las almas, surgida en el Hijo de Dios cuando nació de la Virgen para la salvación de los hombres. Y tiene la cabeza desnuda y cabellos negros y rizados, porque está desnuda de la servidumbre de la sujeción permaneciendo en libre dignidad, ya que se adhiere abiertamente al Hijo de Dios, por quien también fue clementemente resucitada, sufriendo no obstante la negrura de los cabellos, ya que en el pueblo judaico aparecía ofuscada, no teniendo verdadera claridad, sino múltiple diversidad, como una cabellera rizada de diversas observaciones. Tiene también el rostro oscuro; ya que antes de la encarnación del Hijo de Dios, en la sombra de la muerte no se vio que retuviera la felicidad de la

salvación eterna. Por lo cual también está vestida con una túnica varia, entretejida con muchísimo color, ya que en el pueblo antiguo estaba rodeada de muchos modos por la variedad de las obras, mezclada con la diversidad de muchos vicios. Pero que ves cómo se quita su túnica y su calzado estando desnuda: esto es que en la pasión de mi Hijo, limpiada la muerte cuando también tras la venida del Espíritu Santo el sonido y las palabras de los apóstoles fueron emitidos al mundo, fue excitada en la salvación de las almas, de modo que ella misma despreciando las malas obras y arrojando los pasos contrarios se despojó, siendo fuertemente desnudada de la maestría diabólica diciendo así dentro de sí misma: "Oh tú, torpísimo diablo, nunca me dejarías si no hubiera sido redimida en la sangre del Cordero. Pues en el lago del infierno quisiste retenerme, pero ahora por la gracia de Dios he sido liberada". Y así sus cabellos y su rostro resplandecen en la belleza de la blancura y de la novedad, como de un infante recién nacido, porque tras la encarnación de mi Hijo creció un gran pueblo en la figura de sus miembros, bien iluminado en el rostro interior del alma, adhiriéndose a la verdadera y espléndida justicia, de modo que buscaba la felicidad eterna, confiando en la blancura de la vida y en la liberación de los miembros fieles que se adhieren a Cristo su cabeza por la nueva regeneración, y por la verdadera inocencia de la infancia ser salvado en la vida celestial, y por todo su cuerpo brilla como un puro y lúcido esplendor ilumina hacia la claridad, ya que ella misma a través de casi todos

sus miembros, a saber, por el pueblo fiel sujeto a ella por mi Hijo, fue hecha pura, en la sencillez de la paloma, clara en la lucidísima belleza de la justicia de Dios. Pero que ves en su pecho una brillantísima cruz con la imagen de Cristo Jesús, puesta sobre un arbolillo que está entre dos flores de lirio y de rosa, los cuales se inclinan un poco hacia arriba hacia la misma cruz: esto es que la misma virtud fue hecha el fuerte corazón de los pueblos creyentes en la pasión de Jesús Salvador, quien por su martirio en las huellas de su buen y recto ejemplo, deprimió y trituró el árbol de la muerte y de la perdición de Adán, contra el cual también los dos Testamentos, a saber, el Antiguo en blancura y el Nuevo en rojez, procediendo en pugna con él por disposición de Dios, se reflejan en la altura del intelecto espiritual hacia la pasión del mismo piadoso y nobilísimo Redentor, y hacia toda su justicia desde la perdición de la muerte. Por lo cual ves también que sacude fuertemente la túnica despojada y su calzado, de modo que mucho polvo es sacudido de ellos, porque la salvación de las almas muestra en las nuevas y justas obras de los hombres la túnica sustraída de la anterior costumbre y de todos los antiguos vicios de los delitos, y el arrojado mal ejemplo de la transgresión de Adán, discutiéndolos y despreciándolos con agudísima examinación, y proyectando de sí el polvo de la vana gloria y de otros pecados, como también arriba en su prolocución confiesa sobre sí mismo. Pero quien tiene oídos agudos del intelecto interior: que anhele por estas palabras

en el ardiente amor de mi espejo, y que las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN SÉPTIMA.

SUMARIO. La inefable Trinidad, declarada al final de los tiempos, debe ser creída y adorada con corazón sencillo y humilde por los fieles; para que nadie, investigando más de lo que conviene, pues no puede ser comprendida, caiga en algo peor. El mundo fue salvado en la sangre de Cristo, y el culto de la Santa Trinidad fue declarado muy manifiestamente; sin embargo, ella misma no está abierta al intelecto de nadie. La inefable Trinidad se aparece muy abiertamente a toda criatura en mando y potestad, a excepción de los corazones incrédulos; sin embargo, lo penetra todo como una espada que incide. Aquellos que, entre el pueblo cristiano de la fe católica, se oponen en la aridez de la infidelidad: a estos la divinidad los corta en la confusión. La divinidad abate la jactancia del pueblo judío. El cisma diabólico del pueblo gentil, cortado de Dios, va a la perdición. Parábola sobre el mismo asunto. Palabras de Juan sobre el mismo asunto. Sobre la diferencia y unidad de las tres personas. Sobre tres similitudes para la Trinidad. Palabras del libro de los Reyes sobre el mismo asunto.

Luego vi en el ángulo occidental del edificio mostrado una columna maravillosa, secreta y fuertísima, que tenía el color de una negrura purpúrea, y estaba impuesta en ese mismo ángulo de tal modo que aparecía tanto dentro como fuera del mismo edificio. Era también de tal magnitud

que ni su tamaño ni su altura estaban abiertos a mi intelecto, sino que de modo admirable fue sumamente lisa y sin ninguna arruga. Tenía además en su parte exterior tres ángulos de color de acero desde el pie hasta su cima, que incidían como una espada agudísima, uno de los cuales miraba hacia África, donde muchísima paja podrida había sido cortada y dispersada por él; otro hacia el coro, donde muchas plumitas cortadas por él habían caído; y el del medio hacia el occidente, donde yacían muchísimos leños podridos cortados por el mismo; cada una de estas cosas cortadas por los mismos ángulos a causa de la temeridad de ellos. Y de nuevo, aquel a quien veía sentado en el predicho trono y que me mostraba todas estas cosas, me dijo: Estos dones místicos, admirables y desconocidos, llenísimos, que se te aparecen, oh humano de luz clara, te los muestro en la luz verdadera; te concedo decirlos y mostrarlos para encender los corazones ígneos de los fieles, que son piedras purísimas para la edificación de la Jerusalén celestial.

Pues la santa e inefable Trinidad, ocultada a los que servían bajo el yugo de la Ley, pero manifestada en la nueva gracia a los liberados de la servidumbre, debe ser creída por los fieles con corazón sencillo y humilde como un solo y verdadero Dios en tres personas, y no debe ser escrutada temerariamente, para que quien no quisiera estar contento con el don que recibió del Espíritu Santo, mientras busca más de lo que conviene por la temeridad de su elación, no caiga más bien en algo peor que lo que indecentemente apetece sea

encontrado. Lo cual también muestra la presente visión. Pues esta columna que ves en el ángulo occidental del edificio mostrado está en figura de la verdadera Trinidad, porque el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, un solo Dios existiendo en trinidad y la misma trinidad en unidad, es la columna perfecta de todo bien y que penetra lo sumo y lo ínfimo, rigiendo todo el orbe de las tierras. La cual aparece en la región del occidente porque el Hijo de Dios, encarnado en el tiempo casi como en el ocaso, glorificó a su Padre en todas partes y prometió el Espíritu Santo a sus discípulos, cuando también el mismo Hijo cumplió el bien para los hombres al someterse a la muerte en la voluntad del Padre, para que ellos también caminen rectamente en el edificio del sumo Padre, realizando obras verdaderas y justas en el Espíritu Santo. Pero se muestra maravillosa, secreta y fuertísima, puesto que Dios existe tan maravilloso en sus criaturas, que en modo alguno puede ser llevado a término por ellas, y tan secreto que por ninguna ciencia o sensibilidad de ellas debe ser pertinazmente examinado, y tan fuerte que toda fortaleza de ellas es dirigida por Él, ni puede compararse a su fortaleza.

El hecho de que tenga el color de una negrura purpúrea, y esté impuesta en ese mismo ángulo de tal modo que aparezca tanto dentro como fuera del mismo edificio: esto es que, en la voluntad del Padre, su Hijo único, derramando su sangre purpúrea por la negrura de los pecados de los hombres, y así salvando al mundo por su pasión, trajo la verdadera y recta fe a los creyentes. por-

que en el defecto de la antigua observancia y en el surgimiento de la nueva sanctificación, el culto de la Santa Trinidad fue declarado muy manifiestamente, cuando se creyó abiertamente que el Padre celestial envió a su Hijo al mundo, concebido del Espíritu Santo, quien buscó la gloria del Padre y no la suya, y abrió la profunda consolación del Espíritu Santo, como se ha dicho, de tal modo que esto no estuviera oculto en ninguna parte, sino que se anunciara tanto a los fieles que permanecen en la obra de Dios como a los infieles situados fuera de la fe. Y el que sea de tal magnitud que ni su tamaño ni su altura estén abiertos a tu intelecto: esto es que la misma Trinidad es de tan inefable gloria y potestad que no puede ser determinada por ningún circuito o presunción de la sabiduría de la mente humana, ni en la magnitud de la majestad ni en la altura de la divinidad. Y de modo admirable es sumamente lisa y sin ninguna arruga, puesto que lo que existe como dignísimo de admiración es muy mitigado en la gracia y siempre benigno y liso en la suavidad de la justicia hacia los que le salen al encuentro, de modo que no se encuentra en ella nada rugoso de injusticia alguna, existiendo como justa y buena en la parte de la salvación.

Además, el que tenga en su parte exterior tres ángulos de color de acero desde el pie hasta su cima, que inciden como una espada agudísima: esto es que, opuesta la contrariedad de las tinieblas en todo el mundo, la inefable Trinidad aparece muy abiertamente en la unidad de la deidad, ni está oculta a ninguna criatura en su mando y

potestad, a excepción de los corazones incrédulos a quienes se les oculta por la incredulidad de ellos; por lo cual también el juicio de Dios los mata con digna recompensa según han merecido, como acero fuertísimo que no cede a ninguna inflamación, sino que se opone a ella misma; de donde también el que tienda desde lo sumo hasta lo sumo: a saber, desde el principio de la creación del siglo hasta el fin de este, y lo que resta, esto lo ha penetrado y penetra potentemente en la agudísima divinidad casi como en una espada que incide, siempre por sabiduría y potestad.

Y el que un ángulo mire hacia África, donde muchísima paja seca ha sido cortada y dispersada por él: esto es que la justísima divinidad de la Trinidad, en el pueblo cristiano, corta y quema en su máxima confusión toda aridez de diversidad y contradicción y abyección que se opone a la rectísima fe católica, así como el heno que es conculcado y quemado en el fuego, separado del fructífero grano de trigo, que es la fe con las obras en la ciencia de la Escritura, de la cual todo lo que es contrario e inútil a la misma fe verdadera en su credulidad, es dispersado y quitado, porque el pueblo insensato usa mal de ello como un animal estúpido. Y uno se dirige hacia el coro, donde muchas plumitas cortadas por él caen: porque la misma divinidad abatió la elada jactancia del pueblo judío, que con gran soberbia volaba en la altura de su mente, cuando quería ser justo en sí mismo y no en Dios, como los fariseos que intentaban ascender a lo alto de los cielos, confiando en sí mismos según su propia confianza, pero

por el justo juicio de Dios cortados a causa de la diversidad de sus costumbres, cayendo en esta presunción.

El ángulo medio, en verdad, mira hacia el occidente, donde yacen muchísimos leños podridos abatidos, puesto que por la misma Trinidad es cortado el nefando y diabólico cisma del pueblo gentil, que en el ocaso de la infidelidad yerra en la recta fe, porque así como los leños podridos son molestos e inútiles para los usos de los hombres, así también este pueblo es cortado y arrojado del gozo de la vida, siguiendo más los fingimientos diabólicos que los preceptos divinos. Por lo cual también cada una de estas cosas han sido cortadas por los mismos ángulos a causa de la temeridad de ellos, porque en todas las predichas causas la verdadera y santa Trinidad permite que los infieles —quienes o bien audazmente quieren desgarrarla, o bien quienes se niegan pertinazmente a creer en ella— vayan a la perdición cortados de sí misma, puesto que rabiosa e ignorantemente invaden la divinidad, no queriendo inclinarse a la fe que el Hijo de Dios trajo por sí mismo, y que también transmitió a los hombres por sus discípulos, según lo que dice esta parábola:

Cierto Señor, que tenía una piedra ígnea, quería por ella y por sus mensajeros mandar una cosa necesaria a mucho pueblo. Pero los mensajeros no eran sabios ni sabedores de cómo entender las palabras de su señor, sino insensatos e ignorantes para realizar aquel mandato. Entre tanto surgió un tumulto y una tempestad grande y un torrente y un sañudo trueno, de modo que la

tierra se movió, y que las piedras se partieron, así también que una vasija en la que había muchísimas vasijillas, que yacía escondida en la tierra con el dorso vuelto al cielo, fuera erradicada de la tierra con máxima fortaleza, y que su útero se volviera hacia el cielo. Entonces también de aquel Señor, a través de la piedra misma, llegó un flato de fuego completísimamente vehemente, que traspasó a aquellos mensajeros con tanto ardor que todas sus venas se calentaron, de modo que toda desidia de temor fuera sacudida de ellos con tanta velocidad que cayera velocísimamente de su piel seca, lo cual se derrama sobre ella. Y así finalmente recordaron todas las cosas que habían oído y aprendido de su señor, y se fueron al pueblo que no tenía ombligos, y cuya ciudad había sido destruida, y les anunciaban el mandato de su señor. Pero a algunos incluso les restituyeron los ombligos, y reedificando su ciudad se la devolvieron; a otros, sin embargo, ni les devolvieron los ombligos ni la ciudad, sino que matándolos como a puercos los dividieron. Y así aquella piedra se dio a conocer a todo el mundo, sacudiendo y matando todos los hechos mentirosos de la carne humana.

Esto es así: Este Señor es el Padre omnipotente junto al cual está su Unigénito, a saber, aquella piedra angular que fue concebida del ígneo Espíritu Santo, y nacido hombre de la integridad de la Virgen, siendo él mismo la flor más cándida y hermosa existente en la blancura y hermosura de toda santidad. Pues el Hijo de Dios era inenarrablemente según la divinidad antes de la edad de

toda criatura, con el Padre y con el ígneo refrigerador, después en el tiempo placentero enviado por el Padre, para que concebido del Espíritu Santo, como se ha dicho, verdaderamente encarnado naciera de la Virgen, para conferir a los creyentes el candor y el decoro de la vida. Encarnado el cual, mostró el Padre celestial por él y por sus discípulos anunciando benignamente la cosa necesaria, a saber, la salud y la salvación para los hombres que creyeran en él. Pero sus discípulos, mientras el mismo Hijo permanecía con ellos corporalmente en el mundo, eran necios e ignorantes y estólidos, y lentos para entender vigilantes sus palabras en espíritu y cumplirlas en la obra, sino que solo casi como en sueños las oían en simplicidad, aún no confirmados, sino pávidos y aterrados como hombres. Entre tanto llegó el tiempo de los corazones insanos, de modo que los judíos haciendo tumulto lo buscaban, suscitando muchos cismas contra el Hijo de Dios, para matarlo en esta gran tempestad. Y mientras así cumplían toda su malignidad como desearon, entonces en este precipitado y máximo trueno se llevó a cabo tan grande homicidio, cual no hubo antes ni habrá después, de modo que la tierra se moviera, esto es, que las mentes terrenas de los hombres se aterrasen con el resto de la criatura, y que la ley de piedra de los judíos se rasgara en su acto criminoso. Entonces el primer hombre con su género, en el cual yacía oculto el signo del resto de la criatura, yaciendo sepultado en la muerte; de modo que había vuelto toda su intención a las cosas terrenas, teniendo de dorso el cielo no

queriendo mirar hacia Dios, fue erradicado con la gran fortaleza del Hijo de Dios de la tierra de la muerte en la que duermen con sus hijos, de modo que suspirara de todo corazón con toda su ciencia casi como en un útero volviéndose a la patria celestial, porque oyó que Cristo el Hijo de Dios fue muerto por él. Pero después de la ascensión del mismo Hijo de Dios, del Padre y por el mismo Hijo, como él mismo había prometido, llegó el Espíritu Santo, porque toda la tierra destilaba en la dulzura superna, puesto que el pan celestial había permanecido en el mundo, que los infieles transitoriamente casi como en un rumor habían descuidado, pero los fieles con toda devoción habían recibido. Porque, por tanto, el Verbo se había encarnado, abiertamente el Espíritu Santo apareció en lenguas de fuego, puesto que del Espíritu Santo fue concebido el Hijo que en su predicación convirtió al mundo a la verdad. Y puesto que también los apóstoles habían sido enseñados por el mismo Hijo, el mismo Espíritu Santo de tal modo los inundó en su calor, que hablasen con el alma y el cuerpo en diversas lenguas, puesto que en ellos el alma dominaba al cuerpo, así clamando ellos que en sus voces todo el orbe de las tierras se conmovería.

El mismo Espíritu Santo también les quitó el temor de los hombres; de modo que no había en ellos tal pavor que temiesen la saña de los hombres para no hablar la palabra de Dios, sino que toda timidez de este tipo les fue quitada con tanto ardor y tanta rapidez que quedaron como secos y no blandos, sino como muertos ante toda

adversidad que pudiera haberles ocurrido. Por lo cual también, perfeccionado pronto su sentido, recordaron todas las cosas que antes, lentos en la fe, habían oído negligentemente y percibido de Cristo: reduciéndolas a la memoria como si en esa misma hora las hubieran conocido de Él. Y partiendo hacían su camino entre los pueblos incrédulos que no tenían ombligos, esto es, el sello, a saber, la ciencia de la santa inocencia y la justicia, y para quienes su ciudad, a saber, los instrumentos de la ley de Dios, había sido destruida en la infidelidad, anunciándoles las palabras de la salvación y de la verdadera fe en Cristo. De donde redujeron a muchos de la misma turba al conocimiento de Dios, conduciéndolos al ombligo, esto es, a la fuente del bautismo, en la que recibieron la santidad perdida en la soberbia transgresión, y erigieron la santa ciudad de los preceptos de Dios, reedificándoles aquella misma de la que el acechador diablo los había despojado en Adán, y se la devolvieron en la fe para la salvación. Pero a los que no querían recibir la fe del bautismo y el baluarte del mandato de Dios por causa de su incredulidad, a estos los pasaron por alto en las proclamas de las señales, y condenándolos por la dureza e incredulidad que había en ellos, los entregaron a la muerte, porque envolviéndose en sus crímenes y en las suciedades de las poluciones de la carne, y en los halagos de sus fornicaciones y adulterios como el puerco se envuelve en el lodo, no quisieron convertirse a la verdadera fe, por lo cual también fueron divididos y separados de la vida. Y así el Hijo de Dios fue manifestado

por muchas y admirables señales en todo el orbe de las tierras como habiendo sido engendrado inefablemente del Padre según la divinidad antes de los tiempos, y después en el tiempo maravillosamente encarnado de la Virgen según la humanidad, de modo que los corazones de todos los que oían estas cosas fueron sacudidos con horror y temblor excesivo, y que las obras vanas y falaces que hicieron según sus placeres fueron reducidas a nada en ellos por el desprecio de la muerte, dando testimonio la verdadera palabra de Dios a la santa Trinidad y a la vivificante salvación que se hace por el agua de la regeneración que devuelve a la vida, como el amado Juan muestra en las palabras de su exhortación diciendo: 'Y el Espíritu es el que da testimonio, porque Cristo es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu; y estos tres son uno' (1 Juan 5).

Esto es así: El espíritu del hombre es espiritual, a saber, no procediendo de la sangre ni naciendo de la carne, sino corriendo del arcano de Dios, siéndole invisible lo que está sujeto a la mutabilidad. Y por tanto es su testimonio para el Hijo de Dios cuya gloria es admirable en el soplo místico, la cual ninguno de los hombres puede entender perfectamente, a saber, cómo el mismo Unigénito de Dios fue recibido del Espíritu Santo y vino a este mundo, así como ninguno de los hombres podrá saber plenamente cómo el alma atraviesa el cuerpo y la sangre del hombre, de modo que

haya para ellos una sola vida. Y así como el espíritu del hombre en la certísima causa de la ciencia que le ha sido dada por Dios, atravesando en ella todas las cosas que le han sido concedidas por Dios, puesto que no es una vida falsa y engañosa sino verdadera y fiel: así Cristo es la verdad perfecta en la que la vida resurgió, y la luz de la salvación resplandeció, de la cual la muerte cayó porque ella misma es falaz.

Y tres cosas que significan la santa Trinidad dan testimonio en la tierra: de modo que muestran y conceden en el presente siglo el remedio de la vivificante salvación por el cual se ha de llegar a las cosas celestiales que han de permanecer sin término, las cuales aún no se poseen en realidad como inmortalidad, sino que se esperan en esperanza. Pues el espíritu del hombre tiene de Mí testimonio en sí mismo de que no está en la plena vida de la restauración de la salud, a menos que resurja para Mí en el agua de la regeneración, porque desfalleció en aquella luz que luce en Mí: expulsado de la felicidad por la corrupta concepción del crimen que crece en la sangre. Y el agua tiene aquel testimonio, la cual purga en sí todas las cosas sucias, y que la misma mortífera perdición de la muerte perezca en ella por la purísima purificación, adjunta aquí al espíritu antes que a la sangre, porque así como el espíritu es espiritual, así también el agua trae la santificación espiritual, y puesta en medio entre el espíritu y la sangre, puesto que transmite tanto al alma como al cuerpo a la vida, confortándolos por la generación espiritual. La sangre también

tiene este testimonio, que retuerza sus caminos venenosos hacia la casa de la santificación por el agua de la salvación, la cual es la fuerza medicinal que comienza en mi Hijo, y permanece en Él para la vida, porque la sangre contiene en sí crímenes muy culpables, y corre una gran inquietud de injusticia por caminos errantes, a saber, en la tortuosa dulzura que sirve a la ardiente libido y que sofoca la inocencia por los horridos vicios, comenzando a crecer por el gesto del que come por sugerencia del acechador diablo. Y estos tres son uno, puesto que el espíritu no es hombre vivo sin la materia sanguínea del cuerpo, ni la materia sanguínea del cuerpo es hombre vivo sin el alma, ni estos dos reviven en la gracia de la nueva ley para la vida si no es por el agua de la regeneración, y así son uno en la redención, ni son íntegros en la salvación mientras estén separados de esta agua saludable, porque a la racionalidad le falta el honor excelente de la vida, en la cual el hombre redimido siempre debe resonar la alabanza perfecta en presencia de Dios que le dio la racionalidad. Pues Dios por su propia voluntad creó al hombre para aquel honor que se completa en el cuerpo de su Hijo en la vida eterna: cuando el hombre perdido revive en el honor de la vida, redimido en Dios por la gracia saludable.

Y ciertamente el espíritu, siendo invisible a los ojos corporales, designa al Padre, inestimable para toda criatura; y el agua, haciendo la purga de la suciedad, significa al Verbo, esto es, al Hijo que con su pasión limpia las manchas de los hombres; y la sangre, rodeando y calentando al

hombre, figura al Espíritu Santo que suscita e enciende las clarísimas virtudes en los hombres. Así estas tres cosas, a saber, el espíritu, el agua y la sangre, están en uno, y uno en tres, y son uno en la salvación, a saber, como se ha dicho, y demuestran la Trinidad en la unidad y la unidad en la Trinidad. ¿Cómo? La santa y celestial Trinidad da testimonio celestial: de modo que no es tomado de otro, sino manifestado en sí misma por fe cierta. ¿Cómo? El Padre testifica que su único y fructífero Verbo, al que engendró antes de los siglos, por el cual todas las cosas fueron creadas, el mismo después en el tiempo predestinado floreció gloriosísimamente en la Virgen. Pero el Verbo testifica que salió del Padre, inclinándose a la naturaleza humana, encarnado a saber en el pudor de la virginidad, porque salió del Padre por una egresión espiritual, y de nuevo volvió al Padre en la fructuosidad de la carne, puesto aquí en medio, puesto que del Padre fue engendrado inefablemente antes de los tiempos, y del Espíritu Santo en el útero de la Virgen fue concebido corporalmente en el tiempo. El Espíritu Santo en verdad testifica que encendió la integridad de la Virgen, de modo que concibiera al Verbo de Dios: y que confirmó la doctrina del mismo Verbo en lenguas de fuego, cuando inundó a los apóstoles de tal modo que por todo el mundo vociferaran la verdadera Trinidad. ¿Cómo? Ellos clamaban que Dios Padre perfeccionó aquello que creó, al hombre para la felicidad superna, de la cual el hombre había sido despojado, porque él mismo fue hecho del limo de la tierra en erección hacia arriba, pero

por su voluntad inclinándose hacia la tierra hacia abajo: ahora en la gracia por el encarnado Hijo de Dios erigido de nuevo hacia arriba, y por el Espíritu Santo iluminado y confirmado para que no pereciera en la perdición, sino para que se salvara en la redención restituido a la claridad eterna.

Así el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo testifican que no se distinguen en absoluto en la potestad, aunque se distingan en las personas, porque obran juntamente en la unidad de una sustancia simple e inmutable. ¿Cómo? Puesto que el Padre es el que crea, a saber, todas las cosas por el Verbo, esto es, por su Hijo en el Espíritu Santo; el Hijo por quien todas las cosas son perfeccionadas, en el Padre y el Espíritu Santo; el Espíritu Santo por quien todas las cosas verdean, en el Padre y el Hijo. Y estas tres personas están de tal modo en la unidad de la sustancia inseparable, que no se confunden recíprocamente entre sí. ¿Cómo? Por esto, porque quien engendró es el Padre, y quien nació es el Hijo, y quien procede del Padre y del Hijo con ardentísima viridez, y apareciendo sobre las aguas en especie de ave inocente las santificó, e inundó a los apóstoles con ígneo ardor, es el Espíritu Santo. Pues el Padre antes de los tiempos de los siglos tuvo al Hijo, y el Hijo estaba junto al Padre, siendo el Espíritu Santo eternalmente coeterno con el Padre y el Hijo en la unidad de la divinidad. Por lo cual ha de considerarse que si de estas tres personas faltaran dos o una, Dios no estaría en su plenitud. ¿Cómo? Porque ellas mismas son una sola unidad de la divinidad, puesto que si alguna de ellas faltara, Dios no

sería. Pues aunque las mismas personas estén así distintas, sin embargo son una sola e íntegra e inmutable sustancia de inestimable hermosura, permaneciendo en unidad indivisa. ¿Cómo? Potestad, voluntad, ardor: estos tres ápices están en una sola cumbre de operación. ¿Cómo? En la potestad la voluntad, en la voluntad el ardor, y son inseparables, así como el aliento del hombre en su emisión. ¿Cómo? El viento que circula con la humedad y el calor está en emisión indivisible en la espiración del hombre, así como tu ojo en su integridad. ¿Cómo? El círculo de tu ojo tiene dos cosas traslúcidas en sí, existiendo sin embargo como un solo habitáculo, y rigiendo todas las cosas que le han sido constituidas. Oye y entiende, hombre. Así las tres personas están en una sola e inmutable esencia de la divinidad. En el Padre el Hijo, en ambos el Espíritu Santo, y son uno y cooperan entre sí inseparablemente; puesto que ni el Padre obra sin el Hijo, ni el Hijo sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin ellos, ni el Padre ni el Hijo sin el Espíritu Santo, que son unidad indivisa. Así es Dios en tres personas sin principio antes de la edad; aún antes del exordio del mundo no realizada la asunción de la carne en el Hijo, hasta el tiempo preordinado cuando vino la plenitud de aquel tiempo en que Dios envió a su Hijo. Pero aun encarnado el mismo Hijo, el mismo Dios está en tres personas, queriendo ser así invocado en ellas, cuando la misma flor virginal floreció en la integridad de la virginidad, ni por esto se añadió una persona a la inefable Trinidad; sino que solo el mismo Hijo de Dios se vistió

de la carne inviolablemente asumida. Por lo cual también estas tres personas son un solo Dios en la divinidad. Y quien así no crea, ese será cortado del reino de Dios, porque rasga la integridad de la divinidad y a sí mismo en la fe, como está escrito: 'Al tercer día apareció un hombre que venía del campamento de Saúl con la vestidura rasgada y la cabeza esparcida de polvo' (2 Samuel 1).

Esto es así: En aquel día cuando la fe católica surgió en la manifestación de la santa Trinidad, brotaban hombres en mucho cisma que venían del ejército de la cohorte mortífera, escrutando perversamente aquello que no es posible que el hombre sepa. Por lo cual, encarnados por muchas persuasiones del arte diabólica, fingen que ascienden sobre aquella altura, de modo que quieren saber más de lo que deben saber sobre la incomprensible divinidad. Y por tanto son rasgados de la vestidura de la salvación y de la justicia porque son contrarios a Dios, y son afeados por la diversidad de la dispersión; en la cabeza de la fe no tienen la fe íntegra, sino que esparcen el único honor de la deidad en muchas sectas, y disminuyen su honor superior en la irrisión del cisma. Todos los cuales serán juzgados por Dios, como se contiene en lo que sigue: 'Dijo David al joven que se lo había anunciado: ¿De dónde eres tú? El cual respondió: Soy hijo de un hombre advenedizo amalecita. Y le dijo David: ¿Por qué no temiste poner tu mano para matar al ungido del Señor? Y llamó David a uno de sus criados y dijo: Accediendo, arremete contra él. El cual lo hirió y murió. Y le dijo David: Tu sangre sea sobre tu ca-

beza. Pues tu boca ha hablado contra ti, diciendo: Yo maté al ungido del Señor' (ibid.).

Esto es así: Aquel victorioso que es incomprensible para toda criatura, dice a la ignorancia pueril que hay en el hombre, a saber, a aquella puerilidad que se hace a sí misma una exaltación, queriendo saber esto que no ha de saberse, en cuya estulticia invade a Dios casi por temeridad anunciándole: te conozco bien, Señor. De modo que Él le responde así: ¿De dónde eres tú que teniendo principio quieres saber todo lo que carece de principio? Y la estulticia que surgió en el hombre teniendo principio, responde casi en su ciencia diciendo: Yo soy hijo de un hombre que es peregrino, que viene aquí de esta tierra maldita, porque el primer hombre caído en el gusto de la manzana, hizo el camino hacia este exilio desde la patria, de quien también yo soy progenie. Entonces Dios le dice: Porque eres hombre de tierra maldita y expulsado de la patria como exiliado, ¿por qué no temiste con tanta presunción escrutar lo que no has de saber, sofocando tu obra, de modo que en modo alguno sea útil en la luz de la esperanza, y tocando en ella el mal del homicidio; porque cualquiera que temerariamente escrute qué hizo Dios antes de la criatura del mundo, o qué ha de hacer Dios después del novísimo día: sea anatematizado de la porción de la beata comunión, puesto que esto no ha de saberse por quien tiene un principio mortal, gravado por los pecados; sino que será miserable de la feliz salvación de la buena ciencia, porque con pertinacia ha escrutado lo que no debió escrutar. Por tanto tú,

que haces estas cosas presuntuosa y cruelmente por el asesinato, matas en ti la beata inteligencia de la profecía real, porque tu alma debería proveerse de ciencia pura, a saber fielmente en aquella simplicidad que es conveniente, y creer en Dios. Entonces manda Dios por el celo de su purísima justicia que no tiene ninguna mancha de iniquidad, llamándolo por la rectísima unidad del juicio de sus juicios, diciendo así: Apresúrate y oprímelo de su buena ciencia que tuvo para que no descanse en ninguna felicidad de su sentido; puesto que no me dio ningún descanso en mi corazón. And así la plaga del celo del Señor lo hiere: de modo que ninguna centellita de ojo alguno le permanecerá para ver, esto es, conocer a Dios. Por lo cual también muere a la justicia de la vital consolación, no pudiendo regirse a sí mismo. Entonces le dice Dios: Tu necedad sanguinolenta, con la que te elevas a aquellas alturas que no puedes contemplar, sea sobre tu alma; la cual injustamente eriges contra mí, que aquel mal te conculque en el lugar deprimido del que no puedas levantarte, en la recta medida de la proposición de la fe; tú que no quisiste ir por rectos vestigios, sino que en tu sentido buscó un gran cisma. Pues que tu boca sea abandonada de las palabras de la sabiduría; puesto que ha hablado contra tu salvación, cuando falazmente escrutaste la secreta e incomprensible divinidad, presumiendo saber lo que no ha de saberse, diciendo temerariamente en ti mismo 'bien sé qué es Dios', matando por esta temeridad tu salvación interior, cuando cautamente no quisiste

creer en Dios, sino que te erigiste soberbiamente contra Él. Pero quien tiene oídos agudos del intelecto interior: que anhele por estas palabras en el ardiente amor de mi espejo, y que las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN OCTAVA.

SUMARIO.---Palabras de la humildad. Palabras de la caridad. Palabras del temor. Palabras de la obediencia. Palabras de la fe. Palabras de la esperanza. Palabras de la castidad. Palabras de la gracia de Dios para la amonestación de los hombres. Que la humanidad del Salvador, sustentando la edificación eclesiástica, aparece en la fe de los pueblos que obran fielmente. Que la santidad de la verdadera encarnación, ensombrecida para las mentes humanas, es conocida por las cosas interiores por la fe y la obra, y manifestada a las exteriores por la fama y la voz. Que solo a Dios es conocido cuántos y cuáles han de ser para que se perfeccione el cuerpo de Cristo. Que todas las obras del encarnado Hijo de Dios y la colección de la Iglesia de las cuatro partes del mundo, están en la voluntad del Padre. Que en Cristo todas las virtudes obran plenamente con agudo estudio y en Él han sido manifiestamente declaradas. Que las siete virtudes significan los siete dones del Espíritu Santo. Palabras de Isaías sobre el mismo asunto. Palabras de Salomón para el mismo asunto. Sobre el estado y hábito de las predichas virtudes y qué significa. Sobre la Humildad. Sobre la Caridad. Sobre el Temor del Señor. Sobre la Obediencia. Sobre la Fe. Sobre la

Esperanza. Sobre la Castidad. Sobre la Gracia de Dios y su estado y hábito y qué significa.

Y luego, en la región meridional, en el predicho muro de piedra del edificio mostrado, más allá de la predicha columna de la verdadera Trinidad, vi de nuevo como una columna grande y ensombrecida que aparecía dentro y fuera del edificio, la cual ciertamente apareció tan sombría a mi vista que no pude conocer ni su tamaño ni su altura. Y entre esta columna y la columna de la verdadera Trinidad había un lugar interrumpido de tres codos de longitud, vacío y sin muro, como se mostró arriba, con solo el fundamento allí puesto. Esta columna sombría, por tanto, estaba en este mismo edificio en aquel lugar donde arriba, en los misterios celestiales ante Dios, había visto antes aquel grande y cuadrado esplendor de cándida blancura, que designando el secreto del Creador superno me fue manifestado en el máximo misterio, en el cual también brillaba otro esplendor como la aurora que tenía en sí una aérea claridad de luz purpúrea en lo alto; por el cual me había sido demostrado en mística ostensión el misterio del encarnado Hijo de Dios. Además, en esa columna, desde su fondo hasta su cima, había un ascenso a modo de escala, donde veía a todas las virtudes de Dios descender y ascender cargadas de piedras para ir a su obra, teniendo el estudio atento de perfeccionar la misma obra. Y oí a aquel lúcido que se sentaba en el trono diciendo: Estos son los fuertísimos operarios de Dios.

Pero entre estas virtudes, veía especialmente siete; cuyas formas y hábitos también considera-

ba muy diligentemente. Tal era pues la similitud en ellas: todas, como las otras virtudes que se mencionaron arriba, se vestían como con vestiduras de seda. Pero también todas caminaban con cabellos blancos y la cabeza descubierta, y sin el manto de palios, a excepción de la primera, velada en la cabeza al modo femenino y vestida casi con una casulla traslúcida como el cristal; y a excepción de la segunda que tenía cabellos negros; y a excepción de la tercera que parecía distinta de la forma humana. La primera también y la cuarta y la quinta se vestían con túnicas blancas. Todas además tenían calzado blanco, excepto la tercera que no aparecía según la especie de hombre, como se ha dicho, y excepto la cuarta que calzaba zapatos cristalinos que brillaban de modo admirable. Esta fue pues la disimilitud en ellas.

La primera imagen portaba una corona de oro impuesta en su cabeza, que tenía tres ramos que sobresalían más alto, y que brillaba con mucho ornato de piedras preciosísimas de color verde y rojo y de perlas blancas. En su pecho en verdad tenía un espejo luminosísimo, en el cual con maravillosa claridad aparecía la imagen del encarnado Hijo de Dios. Y dijo: Yo soy la columna de las mentes humildes, y la matadora de los corazones soberbios. En lo mínimo comencé y a las arduas alturas de los cielos ascendí; Lucifer se erigió hacia arriba sobre sí mismo, y cayó bajo sí mismo hacia abajo. Quienquiera que desee imitarme deseando ser mi hijo, si tiene sed de abrazarme como madre perfeccionando mi obra en mí, que toque el fundamento, y suavemente

ascienda hacia arriba a las cosas altas. ¿Qué es esto? Que él primero inspeccione la vileza de su propia carne; y así progrese gradualmente hacia arriba de virtud en virtud con ánimo dulce y suave, porque quien primero aprehende el ramo sumo de un árbol para ascender, con caída repentina muchísimas veces cae. Pero quien queriendo ascender comienza desde la raíz, para este no es tan fácil el caer, si camina cautamente.

Pero la segunda parecía toda como el jacinto de un color aéreo en lo alto, a saber, tanto en la forma como en su túnica. Y a la misma túnica estaban maravillosamente entretejidas dos zonas adornadas de modo inestimable con oro y gemas; de tal modo que sobre cada hombro de la misma imagen una zona descendía hasta sus pies, por delante y por detrás. Y dijo: Yo fui provocada a indignación en el cielo, cuando Lucifer se mordió a sí mismo con odio y soberbia. Pero ¡oh, oh, oh humildad!, ella no quiso tolerar esto. Por lo cual también aquel fue abatido con una gran ruina; formado empero el hombre, ¡oh nobilísimo grano y oh dulcísimo germen!, el Hijo de Dios nació hombre por causa del hombre al final de los tiempos. Y puesto que Lucifer quiso e intentó rasgar mi vestidura e integridad, por eso aparecí como un esplendor luminosísimo en Dios y en el hombre. Ahora empero los ciegos y muertos llaman a los lupanares y a las meretrices y a las incestuosas mis equívocas. Pero cuanto es imposible que el lodo toque el cielo, tanto es imposible que esta suciedad toque mi voluntad. Me haré pues alas en las otras virtudes, con las cuales arrojaré estas

cosas inútiles que Lucifer esparció por el mundo. Oh virtudes, ¿dónde está Lucifer? En el infierno está. Surjamos pues todas, acercándonos a la verdadera luz, y edifiquemos las máximas y fuertísimas torres en las provincias; para que cuando venga el día novísimo, aportemos muchísimos frutos tanto en las cosas espirituales como en las carnales. Y cuando la plenitud de las gentes haya entrado, entonces también nosotras perfeccionaremos en la tierra y en el cielo. Oh torpísimo Lucifer, ¿de qué te aprovechó tu repentina temeridad? En tu primer esplendor, cuando fuiste creado por Dios, quisiste conculcarme enloqueciendo y bacanteando y derribarme del cielo; pero tú caíste al abismo, y yo permanecí en el cielo, descendiendo después a las tierras en el encarnado Hijo de Dios. Y por mí ha sido perfeccionada la multitud de los fieles armados con mil justas y buenas artes; las cuales tú, si pudieras, hace ya mucho les habrías arrebatado de muy buena gana. Oh humildad que elevas hasta los astros a los pisoteados y contritos casi como la tierra: oh humildad que eres la gloriosísima reina de las virtudes, cuán fuerte e invicto baluarte eres para los tuyos en todas partes, no cayendo nadie que te ama con corazón puro, así como yo también contigo soy una defensa muy útil y muy deseable para los míos, porque siendo muy grácil y sutil busco los pequeñísimos orificios de los que me veneran, y los atravieso con toda agudeza.

Mas vi a la tercera imagen en el mismo aspecto en que la había visto en la visión anterior, a saber, de estatura mayor y más larga que las otras

virtudes, y disímil a la forma humana y teniendo muchísimos ojos por todas partes en sí misma, y viviendo toda ella en la sabiduría, y vestida casi con una vestidura sombría a través de la cual ciertamente los ojos miraban, y temblando con mucho temor ante el antedicho luciente sentado en el trono. Y dijo: ¡Ay de los míos, de los miserables pecadores que no temen a Dios sino que lo tienen casi por un iluso! ¿Quién puede escapar al temor del incomprensible Dios, a quien él mismo permite perecer como culpable por no arrojar de sí los males? Por eso yo muy mucho y muy mucho temeré al Señor Dios. ¿Quién me ayudará ante el Dios verdadero? ¿Quién me librará en su tremendo juicio? Ninguno en absoluto sino el mismo Dios justo. A él pues buscaré, a él siempre huiré.

La cuarta en verdad portaba un vínculo níveo alrededor del cuello, y tenía las manos y los pies ligados con una atadura blanca. Y dijo: No puedo correr según mi voluntad por la vía secular, ni por los contagios de la voluntad humana: y por eso quiero volver a Dios padre de todos, a quien el diablo rechazó, y a quien no quiso obedecer.

La quinta también tenía alrededor del cuello un collar rojo, y dijo: Uno es Dios en tres personas, de una esencia, y de igual gloria digno de ser adorado; tendré pues fe y confianza en el Señor, y no borraré eternamente su nombre de mi corazón.

La sexta empero se vestía con una túnica de color pálido. Y la cruz de la pasión del crucificado Hijo de Dios apareció ante ella en el aire; hacia la cual ella erguía los ojos y las manos con mucha devoción, y dijo: Oh piadoso Padre, perdona a los

que pecan, tú que no desamparaste a los exiliados, sino que los elevaste sobre tus hombros. Por lo cual también ya no perecemos teniendo esperanza en ti.

Mas la séptima se vestía con una túnica de un cristal más lúcido y puro; la cual de tal modo relucía en su blancura, como el agua resplandece cuando es inundada por el sol. Sobre su cabeza estaba una paloma con las alas expandidas como para volar, vuelta hacia su rostro. Apareció también casi en su vientre como en un espejo un infante blanquísimo; en cuya frente estaba inscrito: Inocencia. Tenía también en su mano derecha un cetro real, mas la izquierda la había puesto sobre su pecho. Y decía: Yo soy libre y no ligada. Atravesé una fuente purísima, a saber, al dulcísimo y amantísimo Hijo de Dios. Lo atravesé, y de él salí. Mas conculco al soberbísimo diablo que no prevalece para ligarme. Él mismo ha sido cortado de mí, porque siempre permanezco en el Padre superno. Pero en la cumbre de la antedicha columna sombreada vi otra imagen hermosísima, que estaba de pie con la cabeza desnuda, y teniendo cabellos crespos y algo negros, y un rostro viril de tanta ardiente claridad, que no podía considerarla con precisión, como el rostro de un hombre. Estaba también vestida con una túnica de color púrpura y algo negra; a la cual sobre cada hombro de la misma imagen le había sido entretejida una zona de color azafrán rojizo, que se extendía por delante y por detrás hasta sus pies. Tenía empero alrededor del cuello un palio episcopal, adornado de modo admirable con oro y gemas preciosísi-

mas. Un esplendor en verdad blanquísimo de tal modo la había rodeado por todas partes, que en ningún lugar sino por delante desde la cabeza a saber y hacia abajo hasta sus pies podía yo inspeccionarla.

Mas sus brazos y manos y pies me estaban sombreados para verlos. Pero el mismo esplendor que la había rodeado, estaba lleno de ojos por todas partes, y todo él viviente, y difundiéndose aquí y allá, como suele fluir una nube, de modo que ahora se volvía más ancho y ahora empero más constreñido. Y la misma imagen clamó con gran voz al mundo, diciendo a los hombres: Gracia de Dios soy, hijitos míos: por eso oídme e entendedme, porque a aquellos doy luz del alma, que me entienden en la amonestación; a los cuales también contengo en la misma beatitud, para que no vuelvan a la iniquidad. Y puesto que ellos mismos no me despreciaron, por esto también quiero tocarlos con mi amonestación, a fin de que comiencen a obrar cosas buenas, y me digo a aquellos que me buscan en la simplicidad y pureza de corazón. Y mientras distribuyo las margaritas del bien amonestando y exhortando al hombre; así a saber mientras el intelecto del hombre es tocado por mí soy para él el inicio, esto es mientras el sentido del hombre entiende mi amonestación por el oído, de modo que también el mismo sentido es conducido al consenso de mi toque en su ánimo, entonces soy en él el inicio del bien que le conviene comenzar, siendo yo así su ayudante. Entonces y allí es la lucha; para que o bien se perfeccione lo que doy o no.

¿Cómo? Esto así quiero que se entienda; porque mientras amonesto al hombre de tal modo que comienza a gemir y a llorar sus pecados, entonces si la voluntad de aquel aquiesce a la amonestación con que lo amonesté, puesto que el hombre en su sentido siente talmente la mudanza de su ánimo, cualmente levanta sus ojos para ver, y los oídos para oír, y la boca para hablar, y las manos para palpar, y los pies para caminar según aquel deseo que tiene en su ánimo; si entonces la voluntad recibió mi amonestación, pronto ella se eleva y deprime y supera al sentido, de modo que el sentido aprende cosas desconocidas en su costumbre. ¿Cómo? Él se muda a sí mismo, puesto que le conviene a quienquiera seguir aun invitado la voluntad que está sobre él. Pues él le está sujeto en el servicio; porque le es inferior, y la seguirá quiera o no. Pues yo doy el bien en el inicio, y lo caliento en la mente y distribuyo la obra a la voluntad para perfeccionarla, y esto hago por la amonestación, la exhortación y por el calor del don de la inspiración del Espíritu Santo. Si empero la voluntad repugna a estos dones, entonces son reducidas a nada estas cosas que he memorado.

Por lo cual en el mismo tiempo mientras el hombre puede recibir en el incendio de los dones en los signos del pregón que de mí se origina; entonces a aquello se apresure, y aun más pronto venga la voluntad en los bienes, y perfeccione esta obra en la claridad. Pues el conocimiento del bien y del mal por esto lo tiene el hombre para que él mismo en todas sus obras tanto mejor entienda

a Dios, evitando el mal y obrando el bien; porque así cultiva a Dios con temor, abrazándolo en perfecta caridad. ¿Cómo? Así a saber si abre los ojos interiores del espíritu al bien, y si niega y arroja en el hombre exterior el mal que pudo hacer. Por eso también está sujeta la criatura terrena bajo la potestad de él; para que tanto más entienda y ame a Dios, y obre en él la obra de su ciencia con entendimiento, por lo cual él mismo tema y ame al omnipotente, que le diputó el gran honor del servicio de muchísimas criaturas.

Por lo cual y por estas causas difunde el hombre esto que él mismo en su entendimiento sabe comprender: la discreción en las criaturas, de modo que conoce cuáles sean amables y odiables, y cuáles útiles e inútiles, y que también después de estas cosas en la fe por la cual él mismo entiende a Dios se concluyen todas las obras de él; de modo que tanto a Dios como a sus ángeles placen. Alguna vez también toco al hombre en su ánimo, y lo amonesto para que comience a obrar la justicia y a evitar el mal;

pero me desdaña, y piensa que le es posible cuanto quiso hacer, y se constituyó a sí mismo un espacio de arrepentimiento hasta aquel tiempo en que su cuerpo en la simplicidad de la fría edad le consienta, y mientras también por causa de la senectud le sea fastidio pecar más. Entonces otra vez lo amonesto y exhorto al bien, y a que resista a su ánimo. Quien mientras me negligencia: a menudo por muchas adversidades como en las riquezas y otras cosas similares a estas que padece, es conducido a esto, que le conviene casi invitado

y contra sí mismo hacer el bien, y que en tan exasperado ánimo no le deleita mucho cumplir aquellas cosas que antes había propuesto perfeccionar en el tiempo próspero; en el cual le parecía que nada contrario podía estorbarle, según que él en sí mismo había ordenado por tanto tiempo obrar aquellas cosas como le hubiese placido. A este hombre si con duda me recibió, no quiero empero abandonarlo; porque, aunque así me recibió, sin embargo no me despreció del todo. Por lo cual también yo no trabajé en vano en él.

Pues no me es tedio tocar las llagas ulcerosas que están rodeadas por la innumerabilidad de los gusanos que las corroen en los vicios, y por el hedor del mal rumor y de la infamia, y por la languidez de la inveterada iniquidad de los pecados; ni despreciaré el tratarlas suavemente: en aquel tiempo en que comienzo a extraer el voraz lívor de la malicia, esto es cuando intuyo y toco aquellas llagas con el blando calor de la inspiración del Espíritu Santo. Pero a menudo cuando tal dolor se invetera con el antiguo fomento, de modo que el pecado comienza a arder ardiente en el ánimo del hombre, y cuando también así se originan en el dolor las llagas de los pecados, de modo que serán en una obra coagulada de esta inmundicia como un globo y un montón que se erige de la gran suciedad de los gusanos y del fomento del lodo envuelto del cual nacen los mortíferos venenos de los escorpiones, serpientes, ranas y otros similares gusanos venenosos, y cuando también entonces de tal modo se endurecen como la

piedra en tal dureza a saber que ninguno piensa quebrantar,

las cuales son insoportables cargas de crímenes en aquellos hombres que están gravados con cargas más pesadas; ¿qué entonces ante esto? Entonces sanamente los hombres por su infidelidad no pueden confiar que sea posible a este hombre convertirse a Dios de su iniquidad; por la razón de que lo ven ser casi como cebo del diablo. Yo empero no quiero desamparar a aquel hombre, sino que quiero ser una ayuda media y batalla por él en el certamen, donde suavemente primero comienzo a tocar casi la dureza de la piedra de aquel pecado, puesto que casi es difícil que sea quebrantado en tan máximo hedor de horribles crímenes, que le son las antedichas causas de gran suciedad y necedad, y que son como cadáver de putrefacción, y cebo del diablo, que él mismo ciertísimamente absorbió en su vientre.

¿Cómo? La Escritura tiene sobre el Hijo de Dios diciendo: Mi comida es que haga la voluntad de mi Padre (Juan 4), y por el contrario, comida es del diablo que deprima al hombre a la muerte, por la cual a aquellos con tales venenos, como se dijo antes, sopla, que le consienten en su voluntad, y declinan tras él. Y eso mismo es el deseo y continuo estudio del diablo, porque de esta suciedad se origina todo mal.

Pero de estos hombres más me entienden. ¿Cómo? Mientras primero los toco, dice aquel hombre dentro de sí: ¿Qué me pasa? Yo no sé ni sé pensar nada de bien. Y otra vez no sabiendo suspira y dice: ¡Ay de mí pecador! Nada empero más

siente; porque está gravado por la mole de los pecados, y puesto que las tinieblas de la iniquidad lo conturbaron. Entonces otra vez toco sus llagas. Y puesto que antes por mí había sido amonestado, entonces tanto mejor me entiende, y mirando hacia sí mismo otra vez dice: ¡Ay de mí!, ¿qué haré? No sé, ni valgo a excogitar qué sea de mí, por mis múltiples pecados. ¡Ah!, ¿a dónde me volveré o a quién me apresuraré que me ayude, para que los torpísimos crímenes en mí cubra y borre en la penitencia?

Por lo cual otra vez mira hacia sí mismo con aquella lucha que antes tuvo en el estudio de pecar; y con el mismo deseo se convierte a la verdadera penitencia, como antes estudiaba en los pecados. Y porque entonces aquel hombre por mi amonestación así despertó del sueño de la muerte, que para sí por vida había elegido: por eso entonces ni con el pensamiento, ni con la palabra, ni con el hecho que antes ardientemente tuvo hacia los crímenes, quiere pecar más, sino que estudiosísimamente en fuertísima penitencia se eleva hacia mí. Por lo cual pronto también yo lo recibo todo él: y en adelante lo descarto como casi libre: de modo que en las antedichas concupiscencias no tendrá más una grave infestación; como mis carísimos hijos sostienen, a quienes amonesto con múltiple miseria con las flechas ígneas de las persuasiones diabólicas, porque él mismo entonces no necesita de estas. Pues él mismo siempre dolerá por sus pecados pasados, de modo que también airado consigo mismo haga tan acre penitencia que se estime a sí mismo

indigno de ser llamado hombre. Pero esta victoria es en el hedor de la suciedad de aquellos hombres a quienes no quiero arrojar, puesto que después de sus pecados al fin me buscaron. Pues quienes no me desprecian, sino que reciben mi amonestación, y me buscan devotamente, a ellos estoy preparada para hacer cuanto quieran; mas quienes contemniéndome me arrojan, aquellos están muertos, ni los conozco.

Pues hay muchos hombres que mientras sienten que estoy presente entendiendo que su mente ha sido tocada por mi amonestación, huyen de mí por la mala costumbre de los pecados concebidos, que en sí deglutían por voluntad y consenso y obra. Por lo cual también ellos mismos ante Dios son reputados como nada e inanes; porque no quieren ser conscientes de lo que pueden hacer, tocados por mí. Yo empero no quiero estar en la polución de estos pecados de quienes no quieren recibir mi amonestación; ni se quieren purgar por aquella exhortación a fin de que se aparten de sus pecados, ni desean comer aquel cebo que es la Escritura del Evangelio, del cual deben saciarse todos los fieles, ni gustar su sabor según lo que les ha sido dado; sino que se apresuran a huir de la gracia de Dios; porque ni ver, ni oír, ni pensar quieren qué les sea de hacer, mientras son llamados por la amonestación del bien. Huyen de la buena amonestación, como el gusano que entra en la tierra escondiéndose de todo decoro de este siglo. Esto hacen también estos nequísimos hombres huyendo de los preceptos de Dios, y poluyéndose en las heces en que se revuelcan hacia

la muerte, cuando se esconden en su malicia, no queriendo salir del hedor de la nequicia hacia la luz.

Los que tales son, no pertenecen a mí. Pues yo no quiero aquí y allá dividirme en la polución del lodo. ¿Cómo? Con estos quiero estar, que me entienden por pura penitencia; donde también me adjunto a la corruptibilidad humana, porque la quiero purgar. Pero a quienes no me quieren recibir, a aquellos de mí arrojo, no queriendo estar con ellos; porque ninguna parte tengo con ellos, porque están en la parte de la estulta ignorancia no queriendo entenderme, y puesto que no quiero estar en la obra que pertenece a la conglutination de la obdurada perversidad: que es para muerte.

Y quienes de este modo me desprecian, imitan al ángel perdido, que mientras pudo ver a Dios, no quiso inspeccionarlo, de modo que humildemente lo reconociese; y por eso súbitamente huyó de toda gloria celestial, cayendo en la muerte, mientras quiso asimilarse a Dios con similar honor. Estos me desprecian, puesto que obran obra maligna, según exigen los ilícitos deseos de la carne en sus voluptuosidades. Y puesto que me desprecian, por eso hacen lo que mal quieren. Contemnen a Dios, así también negligencian el precepto de aquel.

Por lo cual y muy frecuentemente en mi indignación se les permite hacer lo que quisieran según la plenitud de su mente; porque la vida de la eterna felicidad huye de ellos casi como si fuesen nada, frecuentemente también desfalle-

ciendo tanto en la prosperidad de la presente vida como de la futura, puesto que son duros e inmóviles para la felicidad del bien. Pues al pecador contumaz, perseverante en sus males, deserto: vivificando a aquel que en sí mira y de sus pecados en mi temor con pura penitencia a mí se convierte.

Pues yo soy columna de firme estabilidad, que nunca deserto al que me busca, puesto que quien me aprehende y se me conjunta íntima y fielmente, nunca caerá en la perdición. Pero quien me tiene en el olvido de su mente, y soberbiando se eleva sobre mí, esto es quien en sí mismo más confía que en mí, y por eso contemne tener confianza en mí puesto que por nada computa la gracia de Dios, porque en su ánimo soy como un viento de torbellino, él mismo teniéndome negligentemente en la irrisión y soberbiamente con elación en la desesperación, no por la gravedad de los pecados que haya perpetrado, sino por la soberbia deridiéndome así diciendo, ¿qué es la gracia de Dios? A este yo abatiéndolo mataré, y en mi elección no lo quiero erigir; porque muerto está de la eterna felicidad. Pero también estos hombres que no tienen confianza de poder surgir de las más graves culpas de sus pecados, así arrojando al Dios omnipotente y su gracia, desesperando a saber en la nimia tristeza casi como si no pudiesen salvarse de la enormidad de sus crímenes, desfallecen proyectados por mí, y acerbamente caen en la muerte, muriendo en el infierno con el inferior cruciato de la muerte eterna.

Ahora también hablaré de mis amados hijos que me reciben con sentido abierto y ánimo voluntario y agudo intelecto, y que con gemido y llanto me tocan, exceptuándome con gozo y abrazándome con toda intención.

Oh flores mías, que mientras sienten que estoy presente súbitamente se gozan en mí, y yo en ellos. Ellos me son más dulces y suaves sobre el amor de la piedra preciosísima, y sobre las lucientes preciosas margaritas en la mente de los hombres, que las abrazan con ardiente deseo. Ellos también me son nobilísimas piedras cuadradas; porque ante mi vista, siempre me son amables, a estos asiduamente quiero limar y purgar: a fin de que recta y decentemente sean puestos en la Jerusalén celestial, porque siempre en sus mentes con buena voluntad banquetean conmigo, ni de mi justicia pueden saciarse. Pues pronto cuando sienten mi toque se apresuran hacia mí, como el ciervo a la fuente de agua.

Pero yo a menudo los dejo, de modo que les parece casi como si estuviesen sin ayuda: lo cual por eso hago, para que el hombre exterior en ellos no se infle por la soberbia. Entonces lloran y se lamentan estimando que yo les soy una ofensa; pero yo así escudriño la fe de ellos.

Sin embargo con mano fuerte los sostengo: así quitando de ellos la elación, ni permitiéndoles conocer qué sean en sus ocultos bienes, porque múltiples frutos en ellos quiero hacer: doliendo sus ánimos y heridos sus corazones en los dolores. Pues permito frecuentemente que las persuasiones diabólicas los invadan en ígneas

flechas del soplo de la inmundicia del incendio del ardiente espíritu de fornicación, las cuales hieren sus cuerpos en la enfermedad de la frágil naturaleza; y esto por eso permito a fin de que de este modo tan fuertemente sean imbuidos por la inspiración del Espíritu Santo, que por lo demás se vuelvan insignes pregoneros y fragantes en las virtudes. Ellos ciertamente estarán en la probación casi como el oro en el horno, esto es probados en la irrisión y en la indignación, de modo que por nada serán computados, y que muchísimas veces por los rapaces su sustancia será desnudada, y por la disensión de la plebe en las adversidades como corderos por los lobos serán dilacerados.

Y como las ovejas, mientras el lobo dispersándolas las disipa, sin embargo no mueren; así son también estos hombres en la muerte del alma no muriendo, sino tanto más viviendo purgados en las adversidades.

Pues el buen árbol para que lleve fruto es irrigado, podado, y cavado alrededor; y de él las orugas para que no corroan su fruto son sustraídas. ¿Qué es esto? A saber, el hombre bueno no sea duro, esto es malévolo para la justicia de Dios, sino blando y flexible para cualquier bien, cortando de sí el mal, y considerándose en el escrutinio de sus obras, y quitando de sí la infestación de los enemigos que lo dañan.

Pero sin embargo antes que el hombre me sienta en su pensamiento o el intelecto de él me entienda dentro de sí; soy para él cabeza y raíz de fructuosidad, y virtud y fortaleza de una firme ciudad, que está edificada sobre una firme piedra.

Todo hombre fiel pues óigame diciéndole: Oh hombre, ¿es conveniente y congruo que el hombre racional esté sin intelecto, como el irracional ganado que no hace de otro modo sino según lo que exige la libido de él?

Oh miserables hombres, que no quieren conocer aquella gran gloria, que Dios les dio a la semejanza de sí. Pero no puede ser como quieren que libremente y casi por derecho hereditario todos los males hagan que desean; casi como si esto por la naturaleza de su cuerpo poseyesen, no queriendo considerar que tienen aquel honor, de que buenas obras pueden obrar.

Dios en su ordenación todas las cosas justamente constituyó. ¿Y quién puede repugnarle? ¿Qué es esto? A saber, en una comparación de tal modo que alguno a la ordenación de Dios con similar ejemplo pueda ser comparado, o por la sabiduría o por la discreción en las cosas de aquel. ¿Y por qué es esto que la eficacia aquella que les fue dada a sí mismos quitársela no quieren: que a saber bien y mal pueden hacer? ¿Cómo? Pues yo cuando los amonesto con mi toque, quienes entonces me aprehenden tan pronto como sienten que estoy presente, estos la buena obra que quieren al efecto con mi ayuda pueden conducir. Quienes empero me contemnen, en la imbecilidad de sí y en el mal caen. Pero los hombres pravos se esfuerzan en excusarse: de modo que buenas obras obrar no pueden, y esto por eso hacen para que el hombre exterior en ellos su voluntad ejerza en la libertad.

Ahora, oh carísimos hijos míos, que me sois más dulces en el olor sobre todos los aromas, oídme amonestándoos. Mientras tiempo tenéis de hacer el bien y el mal, con sincera devoción cultivad a vuestro Dios. Oh vosotros otra vez dulcísimos hijos míos, que ascendéis como la aurora, vosotros que arder debéis en la caridad como el sol en su rayo, corred y apresuraos, carísimos míos, en la vía de la verdad que es la luz del mundo, que es Jesucristo el Hijo de Dios, que nos redimió con su sangre al final de los tiempos, para que con guzo después de vuestro tránsito podáis llegar a él.

Y otra vez oí a aquel que sentaba en el trono diciéndome: Por los que desean las cosas celestiales fielmente se ha de creer y no pertinazmente se ha de examinar, cómo el Hijo de Dios enviado al mundo por el Padre haya nacido de la virgen; porque el sentido humano en el frágil y mortal cuerpo con el gravísimo peso de los pecados gravado, los secretos de Dios más dignoscer no podrá, de lo que el Espíritu Santo a quien quiera haya revelado.

Por lo cual por un místico misterio, esta columna también que ves en la región meridional, en el antedicho muro de piedra del edificio demostrado, más allá de la antedicha columna de la verdadera Trinidad, significa la humanidad del Salvador, quien concebido del Espíritu Santo, y nacido de la dulcísima virgen, es hijo del Altísimo, existiendo como fuertísima columna de santidad, a saber, sustentando toda la edificación eclesiástica. Cuya humanidad aparece en la

ardiente fe de las piedras de los pueblos fieles, en la bondad del Padre superno operando fortísimamente, manifestada tras la declaración de la Trinidad; porque certificada la Trinidad en un solo Dios al pueblo creyente, se creyó también que el encarnado Verbo de Dios, verdadero Dios con el Padre y el Espíritu Santo en la unidad de la divinidad, ha de ser adorado en un solo y verdadero Dios.

La cual columna es grande, y apareciendo sombreada dentro y fuera del mismo edificio; puesto que la santidad de la verdadera encarnación es grande e inestimable, de tal modo está sombreada a las mentes humanas que no puede ser considerada, sino cuanto es posible intuir por la fe, y ser conocida por la fe y la obra por los interiores que laboran en el culto divino, y ser manifestada por la fama y la voz a los exteriores que vacan en el ocio. Y a tu vista tan sombría aparece, que ni la magnitud ni la altitud de ella vales conocer; porque mi Hijo entre los hombres en la mortalidad de la carne, puesto que por el pueblo la muerte había de sufrir, apareció como sombreado existiendo a saber mortal sin toda mácula de pecado; de tal modo sin embargo que su verdadera encarnación en la mística magnitud de los secretos de Dios es incomprensible, y en la excelencia de la divina potencia inestimable, excediendo todo conocimiento del intelecto humano.

Mas lo que entre esta columna y la columna de la verdadera Trinidad es un lugar interrumpido de la longitud de tres cubitos, y vacío sin muro

como arriba se te mostró: esto es que el encarnado Hijo de Dios, existiendo Dios verdadero con el Padre y el Espíritu Santo, todavía late en sus miembros que son los hombres fieles, que hasta el fin del mundo han de nacer, hechos miembros de su cabeza por las obras vivientes, como arriba admirable y típicamente fuiste instruida. Quienes, cuántos y cuáles hayan de ser en la prolixidad de los tiempos sobrevinientes, esto es en el misterio de la inefable Trinidad habiendo de adorar a la misma Trinidad en la unidad de la divinidad con fiel cultura: el lugar de ellos (como de los que todavía han de nacer) está vacío, puesto que está sin el muro edificado de las buenas obras. Donde sin embargo el fundamento está puesto, puesto que en la presencia de Dios están, y porque también por la fe de la salvación de ellos que han de tener ya puesta fuertemente consiste: de modo que el hombre esperanza y confianza no tenga en otro que en Dios, no difiriendo de la misericordia de él, sino confiando en él, lo cual es el fuertísimo fundamento del alma fiel.

Mas el que esta sombría columna esté en este mismo edificio en aquel lugar donde arriba en los celestiales misterios ante Dios aquel grande y cuadrado y clarísimo esplendor de blancura antes viste, el cual designando el secreto del superno Creador en el máximo misterio se te manifestó: esto es que el encarnado Hijo de Dios, todas sus obras que corporalmente en el mundo habiendo sufrido muchas injurias operó, las cumplió según la secreta voluntad del Padre.

Qué también aquel esplendor designa, grande a saber en la significación de los misterios de Dios, y de cuatro ángulos; puesto que al conocimiento de Cristo muchos de aquellos que por las cuatro partes del mundo nacen han de llegar, y de eximia blancura; porque a la clarísima divinidad ninguna tiniebla puede ofuscar, donde el mismo secreto de la superna y gloriosa majestad en gran profundidad y misterio de la ciencia del Creador de todos que todo lo creó típicamente allí se abre; de modo que al mismo Creador nadie para esto en auxilio socorriera, ni nadie a él resistiendo en esto repugnara, creando él aquellas cosas tan solo en la voluntad de su bondad por su palabra.

De donde en él otro esplendor como la aurora teniendo en sí una aérea claridad de luz purpúrea en lo alto brilla, por el cual se te demostró en mística ostentación el misterio del encarnado Hijo de Dios; puesto que en el secreto del sumo Dios, la blancura de la aurora a saber de la virgen María se declara, la cual en su útero al Hijo del celestial y altísimo Padre portó, quien su púrpura sangre reluciente con la clarísima luz de la salvación derramó, según lo que a ti en esta secreta visión la encarnación del mismo Hijo por una mística sombra mostró.

Mas el que en la antedicha columna desde el fondo hasta la cumbre de ella haya un ascenso a modo de escala: esto es que en el encarnado Hijo de Dios todas las virtudes plenamente operaban, quien dejó en sí los vestigios de la salvación, de modo que tanto el pequeño como el grande de los fieles competentemente hallen para sí un pelda-

ño en él; en el cual pongan el pie en el ascenso de las virtudes, para que lleguen a los óptimos lugares donde ha de operarse con las virtudes.

¿Cómo? En los óptimos lugares de los buenos corazones se agregan las virtudes para su santísimo trabajo: para que perfeccionen al Hijo de Dios en sus miembros, lo cual es en los hombres electos. De donde también en él está el ejemplo de perfección para todos los fieles que en la ley de Dios están ocupados; para que se reciban de lo bueno a lo mejor, conociendo la manifestación de la verdadera encarnación, donde el Hijo de Dios verazmente en la carne fue demostrado, en quien el fidelísimo ascenso a lo celestial se halla. Por lo cual también ves a todas las virtudes de Dios descendiendo y ascendiendo cargadas de piedras para su obra ir aquí; porque en el Unigénito de Dios las clarísimas virtudes como por la humanidad de él descienden, y como por la divinidad del mismo hacia arriba tienden.

Descienden también por él a los corazones de los hombres fieles; quienes con buen corazón renunciando a su voluntad, se rinden flexibles a las obras rectas según que el operario para levantar la piedra se inclina, la cual lleve al edificio. En él también hacia arriba ascienden, cuando las obras celestiales en los hombres perfeccionadas a Dios gratulabundamente ofrecen, para que el cuerpo de Cristo en sus fieles miembros lo más pronto se perfeccione.

De donde también como piedras a lo más alto llevan; las cuales son obras aladas y lúcidas, que con ellas los hombres para su tutela operan,

puesto que cada acción a Dios ofrece sus alas, por las cuales se eleve de las heces de la mente humana, teniendo también reluciente esplendor, por el cual ante Dios brille; porque obstruirse y esconderse no puede lo que fluye de la fuente de la vida eterna.

Pues como la fuente no debe estar en lo escondido, sino en lo manifiesto para que todo hombre que tiene sed a ella venga y saque y beba, así el Hijo de Dios no está obstruido ni escondido a sus electos, sino manifiesto preparándose para la retribución de las obras, para que las manifieste con justa remuneración, las cuales por la voluntad de él por los hombres se perfeccionan.

Por ello el hombre fiel camine en la fe hacia Dios y busque la misericordia de él, y se le dará. Mas por el que no busca no será hallado, como la fuente no fluye hacia los hombres que solo la conocen ni a ella quieren venir; sino que a ellos les conviene a ella acceder, si el agua de ella desean sacar, así haga el hombre. A Dios acceda por la ley por él mismo constituida, y lo hallará, y se le dará la comida de vida y el agua saludable de modo que más ni hambre ni sed sostenga.

De donde también las antedichas virtudes el intento estudio de perfeccionar la misma obra tienen; puesto que estudiosísimamente como torrentes de agua a la obra divina corren, para que más relucientes que el sol los miembros de Cristo a su cabeza en lúcidas adquisiciones nobilísimamente perfeccionados se unan. Por lo cual también, como oíste, fuertes operarios de Dios son

llamados, porque denodadamente en las buenas obras de los hombres fieles siempre se ocupan.

Mas el que entre estas virtudes especialmente veas siete, cuyas formas y hábitos según se te permite consideras: esto es que entre las diligentes obras estas siete virtudes prestantísimas designan los siete ardentísimos dones del Espíritu Santo, porque en la sombra del Espíritu Santo la clarísima virgen al Hijo de Dios sin pecado concibió, a saber en la santificación de las santas virtudes, las cuales abiertamente en el mismo Unigénito de Dios se manifestaron; como en su forma iluminando los corazones de los fieles, y como en su hábito en la unidad de la fe dilatándose, como Isaías mi siervo testifica, diciendo: Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor de su raíz ascenderá, y reposará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de intelecto, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y lo llenará el espíritu del temor del Señor (Isa., XI).

Esto es tal: La virgen María salió de las angustias de las opresiones seculares a la dulzura de la honestidad de las costumbres, como alguien sale de la casa en la cual estaba encerrado, quien no se eleva sobre la misma casa, sino por recto camino ante sí marcha, y como el riachuelo de vino del lagar se expresa no exaltándose sobre el lagar, sino moderadamente fluyendo a su lugar. ¿Y por qué vara? Porque no fue espinosa en costumbres, ni nudosa por los deseos terrenales, sino plana, esto es no acoplada con la concupiscencia carnal, nacida a saber de la raíz de Jesé, esto es de aquel

que como fundamento era de la regia prole, de la cual aquella ilesa madre nacida procedió.

De donde también de la raíz de la misma vara ascendió un suavísimo olor, el cual fue la íntegra pureza de la misma virgen, tendiendo a la altísima cumbre, irrigándola el Espíritu Santo de tal modo que de ella la nutricia flor nació. ¿Cómo? Como la flor nace en el campo no sembrado con semilla; así surgió en ella el pan celestial sin raíz de mezcla viril, y sin toda carga humana, sino solo nacido en la dulzura de la divinidad, no tocado por ninguna indignación de pecado, viniendo sin saberlo la tortuosa serpiente, ni tocándola ella más de cerca.

De donde también aquella flor latente lo engañó; de modo que ascendió hacia lo alto, y al género humano concebido en pecado a las alturas elevó, al cual aquella serpiente antes fraudulentamente había engañado, y a la perdición consigo había arrastrado. Y puesto que esta flor el Hijo de Dios era, reposó sobre él el Espíritu del Señor, esto es el espíritu de la eterna divinidad. ¿Cómo? Cuando la humildad fue exaltada en el ascenso de aquella flor; donde en escarnio fue postrada la soberbia, a la cual la primera mujer atendió, cuando más de lo que debía saber quiso, sometiéndose la segunda mujer al servicio de Dios, mientras se reconoció pequeña, en humildad confesando a su Dios; el Espíritu Santo ardientemente en él reposó: en el cual la electa caridad latió, la cual salvó a la plebe perdida limpiando los crímenes y las maldades de los hombres.

Pues la plenitud del tiempo estaba en él; porque la luz viviente en él radió, en la cual el nocivo pomo con las siguientes maldades se secó, surgiendo en él la medicina de los muertos, la cual aquel estandarte elevó que la muerte superó y trituró. Pues la santidad en él no careció de ninguna posibilidad, habiendo sido él concebido sin toda mezcla de pecado, como más a menudo se ofende en los nacidos de los hombres que nacen en la variedad de múltiples crímenes. Pero también cuando aquella flor dio operando y enseñando toda inspiración de justicia; ya el fruto en la plenitud del Espíritu Santo produjo, puesto que el mismo Hijo de Dios revestido de carne, abiertamente en su obra demostró lo que antes el Espíritu Santo mística y como en oculto, por su inspiración conmovió.

El cual Espíritu Santo sobre aquella flor septuplicadamente reposar se designa; porque cuando Dios todo por su Verbo en el Espíritu Santo creaba, el séptimo día de toda su obra descansó. Pero también los mismos dones en su signación se duplican; puesto que el cuerpo y el alma a sí conjuntos a la vez en doble amor por la unción del Espíritu Santo deben operar puesto solo el temor del Señor; porque él como en temblor la caridad venerando, designa que uno sobre todas las cosas ha de ser adorado. De donde también el Espíritu del Señor domina a las fuertísimas virtudes de él esclareciendo, como de la raíz las ramas proceden, puesto que uno es Dios de quien todos los bienes vienen, y por quien todos los bienes sabiamente dispuestos están.

Y porque el Espíritu del Señor sobre la misma flor reposó; el espíritu de sabiduría también sobre él permaneció, puesto que gran sabiduría apareció cuando Dios todo por su Verbo creó, la sabiduría de tal modo fue difundida en él: que el mismo Verbo era sabiduría. Mas el mismo Verbo todavía no encarnado invisible fue: aquel empero encarnado visible apareció, puesto que el Verbo que antes de toda criatura estaba en el corazón del Padre por el cual todo fue hecho, y sin el cual nada fue hecho: el mismo brilló como flor bajo el tiempo, a saber reluciendo en la humanidad, profiriendo buen intelecto a los hombres por sus testimonios.

¿Qué es esto? Al intelecto de sabiduría congruamente se adjunta; porque cuando el hombre por Dios en la sabiduría fue creado, a su Creador dignamente entender debió. Ergo antes del parto virginal Dios había de ser entendido sin ninguna duda. Mas tras el parto virginal profiriendo a la antedicha flor en la carne, la misma flor había de ser entendida como Dios y hombre, pero no sin admiración. Y aquel intelecto antes invisible, se vio visible en la flor: cuando la misma flor esta inteligible causa profirió, que el hombre a saber sabiamente entiende a Dios en sus hechos.

¿Cómo? La sabiduría es el origen de las buenas obras, cuando el hombre sabiamente venera a su Dios. Al cual el intelecto se adhiere, puesto que cuando el hombre por la sabiduría obra lo bueno, ya aquello se dilata a otros, de modo que el buen olor y el dulce gusto reluciendo de él con gozo entiendan en él. En virginal también esta flor

al intelecto sigue el consejo; porque el hombre teniendo intelecto, por divino consejo había de ser librado. De donde el espíritu de consejo y de fortaleza sobre él reposó; puesto que este consejo ante el Padre sin tiempo fue, que su Verbo se encarnara, bajo el tiempo perfeccionando todas sus obras según la voluntad del Padre, y mostrando la obediencia por sí mismo, de modo que ella de él a los hombres brillara, para que así en sus hechos imitarlo aprendieran.

Lo cual mientras así apareció en fuertísima virtud todo surgiendo de la divinidad: la fortaleza se en él ocultó, para que al diablo tanto más fuertemente venciera cuanto más secretamente de él se hubiera escondido por el consejo. ¿Cómo?

Al consejo aptamente la fortaleza se adhiere; puesto que el consejo de Dios por la fortaleza de su Hijo el reino del diablo destruyó. De donde el mismo Hijo de Dios, el fuertísimo león a saber, trituró la muerte de la infidelidad por la clarísima luz que es la fe, porque gran fortaleza es que el hombre por el consejo crea aquellas cosas que por la visión corporal no vale ver. ¿Qué es esto? El consejo por la fortaleza a sí conjunta perfora la dureza de los corazones de piedra, los cuales están endurecidos en la costumbre de las depravadas costumbres, pasando así la inepta dureza que la obra carnal es desechada, y la obra de Dios aptísimamente se perfecciona.

Por lo cual también en la antedicha flor a la fortaleza la ciencia acompaña, puesto que los hombres por la fortaleza de Dios al conocimiento de él de modo que lo conozcan llegan. De aquí es

que también el espíritu de ciencia y de piedad en él también por la superna dulzura reposo tuvo, puesto que él sabidamente de las miserias de los hombres se condolió; siendo también la esperanza por la cual se entra a la salvación, cuando la maldad del mundo sabidamente por su muerte limpió en gran piedad. ¿Qué es esto? A la ciencia la piedad rectamente se adjunta, porque el Hijo de Dios sabidamente en gran piedad cumplió la voluntad de su Padre.

Pues el mismo Hijo solo nacido de la virgen, trasfundió entre los pueblos el germen de la celestial virtud; para que sigan el consorcio de los ángeles que es la pudicicia de la castidad, porque esta virtud surgió en la superna piedad: así a saber que en la saliente vara de Jesé, las virtudes de esta flor germinaran, las cuales la primera mujer había ahuyentado mientras consintió oyendo el consejo de la serpiente, de modo que en ella cayó todo el género humano, careciendo del gozo de la superna claridad, sino que la floridez de aquella vara sabidamente lo elevó por la piedad en la santidad de la salvación.

¿Cómo? A la fortaleza que al diablo vence, a la ciencia adherida a ella, el Espíritu Santo inspira; cuando Dios por los hombres fieles devotísimamente en ardientes deseos es reconocido, y por el íntimo tacto del alma fiel deseadísimamente es abrazado. Pero también en la virginal flor a la piedad el temor del Señor subsigue; porque cuando la piedad está en los hombres fieles, el temor del Señor adquieren, para cumplir los preceptos de él. De donde el temor del Señor a la misma flor

llenó; porque él tanta plenitud de virtudes en sí tuvo, que en él ningún lugar vacío fue hallado, donde o la mortífera soberbia, o la delectación del honor, o la prevaricación de la ley asiento hallar hubiera podido; sino que todo lleno estaba del temor del Señor: no buscando la ajena gloria como el primer ángel y Adán buscaron, sino honrando a su Padre en toda su obra, digna a él rindiendo obediencia.

Por ello también el temor del Señor inicio tiene de toda justicia; porque él es fin e inicio de las demás virtudes, como el séptimo día del reposo, muestra la compleción y el orto de las criaturas. ¿Cómo? El temor sacude y mueve el temblor, que es raíz de germinar para que las fructuosas virtudes procedan. De donde también esta flor llena del temor del Señor está; porque todos los gérmenes de las buenas obras se adhieren a ella, puesto que ella es materia de ellos; germinando la misma flor la viridez de cualesquiera virtudes, con el fruto de ellas sobre los demás lleno para que todos los bienes perfeccione, como también de él la Escritura tiene: Como el manzano entre los árboles de las selvas, así mi amado entre los hijos. Bajo la sombra de aquel que deseé me senté, y su fruto dulce a mi garganta (Cant. II).

Esto es tal: El Hijo de la virgen, dulcísimo amador de la casta dilección, al cual aprehende el alma fiel deseando coronar con su dulcísimo abrazo su integridad, dejado el varón carnal, y acoplándose a Cristo, y amándolo con certísimo pacto y en el espejo de la fe mirándolo, es el hermosísimo fruto del árbol fructífero, esto es el

Hijo de la virgen saliendo de la blancura virginal, como pomo de la fructuosa floridez y ofreciendo cebo de refacción a los hambrientos, y jugo de dulzura a los sedientos, y de este modo a los leños silvestres aventajando, esto es a los hijos de los hombres que en pecados son concevidos, y en ellos se ocupan, ni tal fruto aportando cual él aportó, puesto que de Dios salió aportando el pleno fruto de la suavidad de la vida, no teniendo otros por cierto ni viridez ni fruto de sí mismos sino de él.

¿Cómo? Él por su encarnación al mundo la salvación dio, el amado Hijo de Dios entre los hijos de los hombres apareciendo quienes por el fervor de él verdeaban y fruto aportaban, pero no con tanta plenitud fecundos cuanta él lleno estaba, porque todo santo de Dios salió y de la virgen nació. ¿Y por qué amado? Porque él esto conculca, lo que al alma fiel a lo celestial apresurándose obsta. De donde también la santa alma con equitativo juicio lo amado llama: puesto que por la fe de la dilección a sí misma dejándose, y en el gran certamen de las carnales voluptuosidades a él benévolamente anhelando, y en el ardor del lacrimable deseo a sí misma reprobando, a él se adhiere, como la mujer al varón, al cual con el gozo de su voluntad asociada está.

Y por ello cuando en el exordio de conservar la castidad a él empieza a suspirar, a sí misma dice: Quiero postrar la carnal voluptuosidad y conjuntarme a aquel bajo cuya sombra de dilección, con la cual en el ardor de su ardiente deseo del contrario fuego me sombreó, me siento. ¿Cómo?

Mientras el embriagado estudio en el amor de él teniendo, sujeto en el ígneo amor de la carne en el consenso de mi alma oprimo. And por esto el dulcísimo fruto de él que gustaba en mi alma suspirando a Dios, más dulce me es en ella sobre toda dulzura de la carne, la cual sentía en las concupiscencias de ella.

¿Y por qué dulce? Puesto que él de la virgen nacido tiene dulcísimo sabor, y fuertísimo ungüento destilando como bálsamo: lo cual es la resurrección a la vida en la cual los muertos son erguidos, y conteniendo la máxima medicina que limpió las heridas de los pecados por la encarnación de él, la cual plenísima de santidad y dulzura en todo género de virtudes con la virginidad está. De donde, oh virginidad, que de la ígnea encensión consistes, robustísimo germen que de la estrella del mar reluciendo toda suciedad de torpeza contra los saquísimos dardos del diablo siempre luchando conculca, goza en la celestial armonía, en la esperanza del consorcio de los ángeles.

¿Cómo? El Espíritu Santo sinfoniza en el tabernáculo de la virginidad; puesto que ella el Verbo de Dios siempre rumia, cómo pueda a Cristo abrazar con toda devoción ardiendo en su amor, esto teniendo en olvido lo que en la concupiscencia de la carne en el ardor del incendio frágil en el hombre es, a un solo varón que nunca el pecado tocó adhiriéndose, al cual también sin toda concupiscencia de la carne conjunta está, siempre con él floreciendo en el gozo de las regias nupcias.

Pero ahora que ves la similitud en las antedichas virtudes, de modo que todas como también las otras virtudes que arriba se te demostraron son vestidas como con vestiduras de seda: esto es porque en su orden aquellas luminarias preparan una piadosa unanimidad en las mentes de los hombres, también como las restantes virtudes tienen en Dios la blandura de las vestiduras, esto es la lentitud de la devoción en la consideración de las almas santas, carentes de abrojos en la dureza de los vicios. Pero que algunas con blancos cabellos, con la cabeza descubierta y sin el amanto de los palios caminen: esto es porque aquellas en el acoplamiento de la blancura de la inocencia, no tienen la ligadura de la coyuntura de las depravadas costumbres en los miembros de los hombres fieles, y porque también de estudios seculares rodeadas no están, del todo huyendo de la vicisitud de los vicios.

Pero la primera a modo femenino está velada en la cabeza, e incluso vestida como con una casulla como cristal tras lúcia, porque el vínculo de la sujeción humildemente a Dios sujeta lleva, a saber por la superna solicitud toda exaltación diabólica postrando, y a la piadosa cabeza, esto es a Cristo adhiriéndose, incitando también al humildísimo sacerdote y sin todo polvo de pecado purísimo en la lucidísima pureza del corazón, puesto que los constreñidos y humildes y puros sacerdotes sumos sacerdotes deben ser. Pero la segunda negros cabellos tiene, manifiestamente mostrando que en su cabeza a Cristo limpia la negrura de los pecados en los hombres. Pero la

tercera por cierto disímil a la forma humana se ve; puesto que este ministerio tiene, que al hombre así sacuda que sea aterrado y tiemble del juicio de Dios. De donde también carece de la especie de hombre, porque el hombre a menudo posponiendo a Dios, se olvida de su temor, lo cual ella del todo hacer rehúsa.

La primera también y la cuarta y la quinta con blancas túnicas se visten; porque rodeadas están de la vestidura de la inocencia que Adán perdió transgrediendo el piadoso mandato, después sin embargo en el cándidísimo lirio de la floridísima virginidad con la vestida obra de la simple en Dios sujeción recuperada para la salvación, lo cual ante Dios luce como clarísima estrella a los humanos ojos se enciende. Todas también blancos calzados tienen, exceptuada la tercera según la especie de hombre no apareciendo; puesto que ellas mismas hermosísima obra son en los hombres que los deseos de la carne en sí a la nada reducen, según el ejemplo de su Salvador, que es esplendor esplendidísimo; una de ellas al hombre no simulando, porque no tiene respeto de ninguna audacia, siempre solicita y no negligente como el hombre que más a menudo de sí mismo por la contumacia se olvida, ella misma existiendo dispensadora de la justa amonestación para que cada fiel el juicio de Dios cautamente intuya, y exceptuada la cuarta que con cristalinos calzados de modo admirable lucientes se calza; puesto que ella en su voluntad a sí constriñéndose, avanza por el lucidísimo camino de Cristo, así sofocando también la muerte en sí misma por el ígneo ardor

del Espíritu Santo. Pero que en las mismas virtudes hay disimilitud: esto es porque aunque de un solo estudio unanimidad tengan, sin embargo diversas obras en los hombres obran.

Por lo cual también la primera imagen representa la Humildad: la cual primeramente al Hijo de Dios manifestó, cuando Dios que el cielo y la tierra en su potestad tiene, a su Hijo enviar a las tierras no se desdeñó. De donde también lleva una corona de oro impuesta a su cabeza, teniendo tres ramos más alto sobresalientes; puesto que ella misma a las demás virtudes aventajando, y suavemente antecediendo coronada está con corona de oro, a saber con la preciosísima y fulgentísima encarnación del Salvador, quien la decoró como en la cabeza, esto es en este misterio cuando se encarnó. La cual triangular existe; porque la Trinidad está en la unidad y la unidad en la Trinidad, el Hijo a saber con el Padre y el Espíritu Santo, uno y verdadero. Dios todas las cosas excediendo en la altura de la divinidad. Y con preciosísimas piedras de verde y rojo color y con blancas bayas de mucho ornato brilla; puesto que la misma humanidad del Salvador muestra en sí la altísima y profundísima bondad de su obra, la cual el mismo Hijo de Dios obró en aquella viridez cuando las virtudes en su doctrina reverdecían, y en el rubor de su sangre: cuando la muerte padeció en la cruz, salvando al hombre, y en la clarísima blancura de su resurrección y ascensión, con las cuales todas iluminada y adornada está la Iglesia, como aquella cosa se ilustra y decora a la cual piedras preciosas se imponen.

Pero que en su pecho tiene un espejo lucidísimo, en el cual con maravillosa claridad la imagen del encarnado Hijo de Dios aparece: esto es porque en la humildad que en el corazón del sagrado templo está, en la beatísima y esplendidísima ciencia piadosa y humildemente y espléndida y firmísimamente brilló el mismo Unigénito de Dios, en todas sus obras que corporalmente gestó, en las cuales se manifestó al mundo principalmente. De donde también ella misma en la parte más ilustre los corazones de los elegidos fieles consigna, en ellos su tribunal poniendo, todos los actos de ellos a saber rigiendo y dirigiendo; porque el solidísimo fundamento de todos los bienes en los hombres es, como también en su antedicha materna amonestación mostró.

Pero la segunda designa la Caridad; puesto que después de aquella humildad por la cual el Hijo de Dios se dignó encarnarse, fue mostrada también la verdadera y ardentísima lámpara de la caridad, cuando Dios tanto amó al hombre que por el amor de él a su Unigénito envió a encarnar. La cual toda se ve como jacinto de alto color aéreo, a saber tanto en la forma como en la túnica de ella; porque el encarnado Hijo de Dios por su humanidad ilustró a los fieles y celestiales hombres, como aquella cosa por el jacinto se ilustra a la cual se impone, así también encendiéndolos con la caridad; para que a cada hombre indigente fielmente subvengan: como también esta virtud se viste con la túnica de la dulzura de Dios, teniendo este oficio para que por la devoción, el acto y el uso a todos los hombres en la recta

luz luzca. Por lo cual también a la misma túnica dos zonas de modo inestimable, con oro y gemas adornadas, maravillosamente entretejidas están; las cuales son en la dulzura de Dios los gemelos preceptos de la caridad, con buena y principal a saber voluntad casi como oro y con justas obras como con lucidísimas gemas, por el maravilloso don del sumo dador compuestas.

De modo que sobre cada hombro de la misma imagen una zona hasta los pies de ella ante y detrás descienda; puesto que los mismos preceptos en mucha solicitud lleva, uno a saber en Dios como en el hombro derecho, y el otro en el prójimo como en el hombro izquierdo, como está escrito: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo (Mat. XXII). Esto es tal: Así debes amar al Señor tu Dios, que es tu Señor, a saber con este honor con que domina a toda criatura, y tu Dios porque él mismo no teniendo inicio, sino creador de todas existiendo, de modo que por el amor de él en tu corazón primero superes y postres la carne de tu cuerpo, lo cual te es muy duro, porque primero vencida la carne después reinará tu espíritu en ti, y entonces a Dios en tu alma así entenderás que sus mandatos sabidamente custodies, y ellos con no perezosa obra cumplas. Y luego de este modo todas las fuerzas de tu cuerpo y de tu alma a Dios se sujetan; puesto que esta primera victoria en tu cuerpo hecha está, de modo que entonces en todas estas propuestas causas al Dios fuertísimo en tu mente comprendas: lo cual te es como firme

baluarte contra las asechanzas de tus enemigos, de modo que la fortaleza de él en las antedichas cosas ningún enemigo pueda superar, porque tu mente todas estas debe contener, en sí confirmando y consolidando todas las cosas que haces.

Estas cosas por tanto harás con todo el corazón, con toda el alma, y con todas las fuerzas, y con toda tu mente: de modo que nada te falte en la fe, para que no consientas a ninguna cosa que repugna a Dios, dividiéndote en lo ajeno; sino que te recojas a la dulzura de la dilección de él, amándote también a ti mismo. ¿Cómo? Si amas a Dios, amas tu salvación. Y como entonces en todas estas cosas te amas a ti misma, así amarás también a tu prójimo, porque cada hombre fiel te es prójimo, existiendo en el nombre cristiano y en la fe: de modo que así te goces en su recta prosperidad, y superna salvación para que fielmente en la fe se conserve, como también te alegras de tu salvación. Este pues sea el gemelo trabajo de la caridad en el hombre, descendiendo hasta sus pies, esto es al fin de la consumación; ante sí mismo, a saber apareciendo en la ley de Dios; y detrás, a saber en la subvención del hombre, para que también el hombre así la caridad siga, que rechazada la muerte llegue a la perfección de la vida, como también la misma caridad arriba en sus palabras declara.

Pero la tercera imagen significa el Temor del Señor, el cual después de esta caridad que Dios a los hombres manifestó, cuando a su Hijo por ellos la muerte someterse quiso en las mentes de los fieles surgió, de modo que los celestiales

preceptos más plenamente entendieran y más perfectamente que antes cumplieran. A la cual ahora ves en el mismo esquema como en la anterior visión la viste; puesto que el inconmutable Dios, en similar y no disímil honor y reverencia debe ser tenido en toda criatura y hechura de él, como también a ti arriba declarado te fue. Es también de mayor y más larga estatura que las demás virtudes, y disímil a la forma humana; porque ella más que las demás angustia y temblor infiere a los hombres, de modo que la magnitud de la suma majestad y la altura de la divinidad de él con perspicaces ojos siempre considerando pavorezcan; puesto que Dios por todos los hombres con mucha veneración ha de ser temido, porque de él y no de otro creados fueron. De donde también la misma virtud especie de hombre no tiene, porque aquella contradicción por la cual a Dios en los malhechos se resiste (como arriba dicho está) desecha fijando tanto en el temor su conocimiento en Dios, y avanzando por los rectísimos caminos de su voluntad. Por ello también muchísimos ojos por todas partes en sí tiene, toda en la sabiduría viviendo; porque por los ojos del buen intelecto, por todas partes se circunspicia, a Dios intuyendo en todas sus maravillas, de modo que en sus buenas obras recto camino tenga, y en las malas la confusión del diablo por el conocimiento de Dios difuya; toda de tal modo en la sabiduría brillando, porque todas las mortíferas cosas al espíritu nocivas desprecia, la muerte huyendo y la iniquidad dejando, e incluso sabiamente casa para sí en la vida edificando. Vestida está también

como con umbroso indumento, por el cual los mismos ojos prespician; porque rodeada está de validísima constricción, rompiendo los deseos de la carne en los hombres, y mirando por la misma abstinencia en la luz de la vida, en la cual maravillosamente brilla el hombre en la beatitud. Y con mucho temor tiembla ante mí; puesto que angustia y temblor pone en los corazones de los hombres inflamados, de modo que el torbellino y la fragilidad de su carne siempre tengan en pavor, no sea que caigan en pecados, y no sea que la confianza de ellos en sí mismos o en otros hombres pongan, sino en aquel que reina por siempre, como también ella misma como arriba visto fue en su querella mostró.

Pero la cuarta declara la Obediencia; puesto que después de aquel temor, que a mí en reverencia se exhibe, a mis preceptos también congruentemente se obedece. De donde también un níveo vínculo alrededor del cuello lleva; porque cándididísimas hace las mentes de los hombres, quienes por la sujeción de la fiel sujeción por todas partes la fortaleza del cuello de su voluntad abandonan y al inocente Cordero, a saber a mi Hijo se adhieren. Y las manos y los pies con blanco ligamento tiene ligadas; puesto que a la obra de Cristo y a la vida de la verdad en la blancura de la verdadera fe ligada está, no haciendo ni yendo según sí misma, sino según la voz del Dios que preside, como también en sus antedichas palabras demuestra.

Pero la quinta designa la Fe; porque después de la obediencia por la cual el pueblo a mis

preceptos obedece en el oído, se hace también creyente en la fe, aquellas cosas fielmente cumpliendo en la obra, que solícitamente percibió en la amonestación. Y esta alrededor del cuello un collar rojo tiene; puesto que por todas partes en su fortaleza fielmente perseverando, con el martirio de la sangre se decora, su confianza no en falaces vanidades poniendo, sino en Dios según lo cual también ella de sí misma, como arriba mostrado fue, declara.

Pero la sexta prefigura la Esperanza; la cual después del fin de creer en Dios surge a la vida no tenida en la tierra, sino en las celestiales cosas hasta el tiempo de la perpetua remuneración ocultada, a la cual la misma esperanza con todo deseo anhela como el mercenario a su merced, y como el niño a la debida para sí herencia. De donde también con túnica de pálido color se viste; porque la confianza de su obra casi en la palidez se rodea, cuando todavía no en el presente remunerada está, sino a lo que siempre con gemidos suspira, esto futuro con mucha fatiga espera. Que sin embargo la cruz de la pasión de mi crucificado Hijo ante ella en el aire aparece, a la cual ella los ojos y las manos con mucha devoción erige: esto es que al martirio del mismo mi Unigénito, con celestial deseo casi en el aire muchísima confianza en las mentes de los fieles prepara; de modo que a él la interior visión de la fe y las clarísimas obras de su trabajo con humilde y sincera intención erijan, como también esta virtud arriba mostró en su oración.

Pero la séptima representa la Castidad; puesto que después de que los hombres su esperanza plenamente pusieran en Dios, crece en ellos la perfecta obra. De modo que se empiezan de los carnales deseos a constreñir en la castidad, la cual en la flor de la carne agudísimamente siente la abstinencia; como a saber una jovencilla siente el ardor de la concupiscencia no queriendo sin embargo al varón mirar. Así la castidad desecha toda suciedad en los hermosísimos deseos: anhelando a su dulcísimo amador, que es el suavísimo y amantísimo olor de todos los bienes, en las delicias de todas las virtudes, de la virtud de la constancia por sus amadores contemplada en el temor y la hermosura del alma. De donde también de lúcido y puro cristal con túnica se viste, la cual así en la blancura reluce como el agua resplandece cuando por el sol se baña; porque lucidísima en la simple intención y purísima sin todo polvo de la ardiente libido de las concupiscencias maravillosamente confortada por el Espíritu Santo, rodeada está de la vestidura de la inocencia luciendo en la clarísima blancura de la fuente de agua viva, que es el esplendidísimo sol de la eterna claridad. Que por cierto sobre su cabeza con expandidas como para volar alas una paloma está, vuelta según la faz de ella: esto es que la castidad en su inicio como en su cabeza por la expansión y la obumbración de las alas de la paloma, esto es por la protección del Espíritu Santo confortada fue, haciéndola transvolar la vicisitud de las diabólicas asechanzas, cuando por el ígneo amor de la santa inspiración hacia allá

dirigiéndose mira, donde la castidad el rostro de su dulzura manifiesta.

Por lo cual aparece también como en su vientre como en un espejo un cándididísimo infante, a cuya frente inscrita está la inocencia; puesto que en las vísceras de esta purísima y evidente virtud, está la inviolable y hermosísima y certísima integridad, teniendo una ruda forma por la integridad de la simple infancia, como también la frente, esto es el conocimiento de ella no arrogancia y elevada soberbia, sino simple muestra la inocencia. Y que en la mano derecha un real cetro tiene, la izquierda al pecho poniendo: esto es que en la derecha de la salvación por el Hijo de Dios rey de todas, la vida manifestada fue en la castidad, la izquierda de la libido por el mismo propugnador confundiendo y a la nada reduciendo, en los corazones de los que lo aman. ¿Cómo? Porque no quiere a la libido ninguna dejar libertad; sino como rapaz ave un pútrido cadáver arrebatando lo constriñe, y a la nada lo conduce, así a la misma libido ante Dios hedionda desecha y del todo la tritura, de modo que ni bajo ella respirar valga, según lo cual también en sus palabras esta virtud arriba manifiesta.

Pero que en la cumbre de la antedicha obombrada columna una alta hermosísima imagen ves; esto es que por la suma y praecellentísima piedad del Omnipotente, en la misma encarnación del Salvador la lucidísima virtud a saber la gracia de Dios manifestada fue, la cual fortísima plenitud existe en Dios: amonestando a los hombres a hacer penitencia, para que por

ella sean relajados de las nequicias perpetradas por ellos. La cual con la cabeza desnuda está; porque a todos los que la buscan abierta está la dignidad y la claridad de ella; teniendo crespos y subnegros cabellos, puesto que el Unigénito de Dios bajo el tortuoso e implexo en la negrura de su infidelidad pueblo judaico, de humanidad sin mancha de pecado en virginal carne se vistió. Y cara varonil tiene de tanta ardiente claridad, que ella perspicuamente considerar no puedas, como cara de hombre; porque en la gracia de Dios en la potente virtud del Omnipotente, el Señor de la vida en la vida apareció, así ardiendo en la lucidísima divinidad que todo vislumbre tanto inferior como exterior del hombre excede, mientras todavía por la gravedad corporal es gravado, ni así abierta en sus secretos apareciendo que al juicio de los hombres desnuda aparezca, sino escondida; porque los juicios de la divina gracia ocultos son. Pero que está de purpúreo y subnegro color con túnica vestida; esto es que la obra de la gracia de Dios ardiendo en la caridad se inclina a la negrura de los pecados, casi como al indumento de los hombres. ¿Cómo? De modo que los amonesta a la salud elevándolos del lodo del pecado al espectáculo de la luz por la penitencia, puesto que como el día ahuyenta las tinieblas, así ella quita los facinerosos actos reedificando en la penitencia a los pecadores para la vida. A la cual también sobre cada hombro de la misma imagen una zona de color rubicundo de azafrán, ante y detrás hasta los pies de ella extendiéndose entretejida está; porque la gracia de Dios inclinándose

a los hombres fieles, en la fortaleza y piedad suya los eleva arriba a las celestiales cosas ¿cómo? Esto es: por estos dos caminos de las zonas tocando a saber la ansiedad de la frágil carne en sanguínea lucha sudante, y la virtud del vigor de la alma en el cuerpo entibiada y atrayéndolos en el rojo y en el azafranado esplendor de la humanidad y divinidad del Hijo de Dios, a saber del serenísimo sol al amor de los supernos, de modo que a sí mismo en la concupiscencia del pecado el fiel hombre resista en la integridad del tacto de la gracia; a saber ante sí a las virtudes y tras sí a la mortificación de los vicios, para que varonilmente con buen y verdadero fin consuma sus obras, vestido en ellas de la exoptable y deleitable textura.

Pero que alrededor del cuello tiene un palio episcopal de modo admirable con oro y preciosísimas gemas adornado: esto es que Cristo el Hijo de Dios sumo sacerdote del Padre existiendo, por todas partes en la fortísima virtud sacerdotal tiene el oficio, que con oro de sabiduría y gemas de virtudes por los imitadores de él en los miembros de los mismos sus fieles por la gracia de Dios debe ser decorado. De donde también un esplendor cándidísimo así por todas partes la rodea, que en ningún lugar sino delante desde la cabeza a saber y hacia abajo hasta sus pies puedas mirarla; puesto que con serenísimo candor de la misericordia del Omnipotente la gracia de ella rodeada está, la cual en el misterio de la divinidad en los retroactivos tiempos, ante la humanidad del Salvador invisible y menos grata latía, tanto solo desde la encarnación del mismo Salvador hasta el último

de los miembros de él que cerca del fin del siglo ha de ser cuanto al humano intelecto posible es más abiertamente en sus obras manifestada se declara. Pero los brazos y las manos e incluso los pies de ella para que los veas obombrados te están; porque la fortaleza y la obra e incluso el fin del camino de la gracia de Dios en los hombres, a nadie gravado con cuerpo para conocer plenamente aparecen. Pero que el esplendor que la rodea de ojos por todas partes pleno está, y todo viviente: esto es que la divina misericordia a la gracia de Dios adjunta muchas miseraciones de los ojos de las muchísimas misericordias suyas muestra, a los dolores de los hombres mirando que a Dios seguir desean, y todo es viviente, en la consolación y en la salvación de las almas de ellos de ningún modo preparando en ellos la perdición sino la vida. Y por aquí y por allá se difunde como nube fluir suele; puesto que precede a los justos para que se provean no sea que caigan, subsiguiendo a los pecadores para que se arrepientan y resurjan, a todos los que la buscan con celestial don manifestándose, de modo que ahora más lata ahora sin embargo más constreñida se rinda; porque en las miserias y en los plañideros corazones de los fieles, alguna vez con mucha fructuosidad exuberante está, alguna vez también en las flagiciosas y duras mentes de los pecadores contrayéndose, por la aridez de aquellos. Por lo cual también ella misma precede y subsigue, toca y amonesta a los hombres, como predicho está; para que quienes hijos de Dios ser desean, sus palabras gozosamente reciban y recibiéndolas cumplan, las

caducas a saber despreciando, y las permanentes abrazando, como también la misma virtud en la superior exhortación suya a los hijos de Dios habla. Quien sin embargo agudas orejas del interior intelecto tiene: este en el ardiente amor de mi espejo a estas palabras anhele, y ellas en la conciencia de su alma inscriba.

VISIÓN NOVENA.

SUMARIO. Palabras de sabiduría. Palabras de justicia. Palabras de fortaleza. Palabras de santidad que era tricéfala. Palabras de la cabeza derecha. Palabras de la cabeza izquierda. Que por el Hijo de Dios encarnado, la vocación de un nuevo pueblo por la munición de las virtudes; una nueva construcción ha surgido. Que la Iglesia ilustrada por la luz de la humanidad del Hijo de Dios, al interior y exterior conocimiento de los hombres se demuestra. Que la Iglesia todo su ornato a su esposo transmite. Que la divina sabiduría en la obra eclesiástica, el corazón del hombre escudriñar no puede. Que de la Iglesia en el conocimiento de Dios, el pregón todavía oculto está y por solícita industria, la perfección de los doctores a la perfección diariamente apresurarse no cesa. Que la Iglesia inexpugnablemente rodeada está por los siete dones del Espíritu Santo. Que los doctores eclesiásticos en la apostólica doctrina florecientes, con unánime operación suya a la Iglesia confortan. Que los doctores de la Iglesia al camino de la verdad por la fe y la obra condujeron a los errantes. Que los apóstoles y sus seguidores, a saber los varones apostólicos, un mismo tenor

teniendo a la esposa de Dios con mucha solicitud de piedad presidir deben. Palabras de Salomón sobre la misma cosa. Parábola sobre la misma cosa. Que los que carnalmente viven atiendan por el conocimiento a la potestad de Dios. De la diversidad multiforme de los que entran en la iglesia y de los que salen. De los simoníacos y de los ocultos juicios divinos sobre ellos. Palabras de Pedro apóstol sobre la misma cosa. Que la dignidad del régimen buena es para la utilidad de los tiempos por Dios dispuesta para que por ella aprendan a temer a Dios, a quien el que resiste a Dios resiste. De los simoníacos que se arrepienten o que no se arrepienten. Que Dios a la nueva esposa dones del Espíritu Santo para defensa y para decoro dio. De la sabiduría y del estado y hábito de ella y qué signifique. Del estado de la justicia, la fortaleza, la santidad. De la justicia. De la fortaleza. De la santidad.

Después de estas cosas, vi más allá de la mencionada columna de la humanidad del Salvador, una torre de un esplendor lucidísimo, situada sobre el muro de piedra de la región meridional del edificio visto anteriormente, de tal modo que podía verse tanto dentro como fuera del edificio mismo; era de cinco codos de ancho en todas partes en la parte interior de su circuito, pero de tal altura que no podía discernirla. Pero entre aquella torre y la columna de la humanidad del Salvador, solo se había puesto un fundamento, sin que el muro se hubiera edificado todavía encima, sino que aparecía como un espacio interrumpido y vacío; era de un codo de longitud,

como también se mostró arriba. Y esta torre no había sido todavía edificada plenamente, pero estaba siendo construida asiduamente con mucha habilidad y rapidez por muchísimos trabajadores: teniendo en el circuito de su cima siete baluartes, construidos con maravillosa fortaleza. Desde la parte interior del mencionado edificio, vi como si fuera una escalera erigida hasta la cima de aquella torre, y desde lo más bajo hasta lo más alto, en sus escalones, una cierta multitud de hombres que estaban de pie, con rostros ígneos y vestiduras blancas pero calzado negro, y entre ellos algunos de esquema similar pero de mayor estatura y esplendor, mirando la torre con mucha diligencia.

Entonces, en la región septentrional del mismo edificio, vi el mundo y los hombres que son procreados de la semilla de Adán, discurriendo dentro del mencionado muro lúcido de ciencia especulativa del edificio mismo, y el ámbito del círculo que se extendía desde el que estaba sentado en el trono; de los cuales muchos pasaban por el mismo edificio entre la torre del precursor de la voluntad de Dios y la columna de la divinidad de su palabra, entrando y saliendo por el mencionado muro de ciencia especulativa, como una nube se difunde aquí y allá. Pero los que entraban en el edificio mismo eran vestidos con una vestidura blanquísima. Algunos de los cuales, exultando con gran gozo por la suavidad y delicadeza de aquella vestidura, la retenían; pero otros, entristecidos como por el peso y la dificultad de ella, querían quitársela. Esta virtud, que

antes había oído llamar ciencia de Dios, conteniéndolos benignamente con frecuencia, decía a cada uno de ellos: "Considera y custodia la vestidura con la que estás vestido". Y vi que algunos de ellos, castigados por estas palabras, aunque aquel indumento les parecía difícil, sin embargo lo retenían con mucho sudor; pero algunos, burlándose de aquellas palabras y quitándose furiosamente la vestidura misma, la arrojaron; volviendo al mundo de donde habían venido y escudriñando muchas cosas, aprendieron muchas cosas inútiles de las vanidades seculares. Algunos de los cuales, habiendo regresado finalmente al edificio mismo, tomando de nuevo la vestidura que habían arrojado, se la vistieron; pero otros, no queriendo regresar, permanecieron ignominiosamente en el mundo despojados de ella.

Y vi que algunos sucísimos y negrísimos, como excitados por la locura, viniendo del norte, irrumpían en el edificio mismo, e invadiendo con frenesí la mencionada torre, silbaban contra ella como serpientes. Algunos de los cuales, cesando en esta necedad, fueron hechos limpios; mientras otros perseveraban en la misma maldad y suciedad. Pero también dentro del mismo edificio, divisé hacia la misma torre como siete columnas de mármol de color blanco, torneadas con maravillosa redondez, de pie, de siete codos de altura, y en su cima tenían como un tablado de hierro y redondo, decentemente erigido un poco hacia arriba en altura; y en la cima del mismo tablado, vi como una imagen hermosísima de pie, y mirando hacia los hombres en el mundo, cuya ca-

beza radiaba con tanto brillo como el relámpago, que no podía considerarla plenamente. Y había compuesto sus manos reverentemente en su pecho, con sus pies ocultos a mi vista en el mismo tablado. Llevaba en la cabeza un círculo que brillaba con mucho esplendor a modo de corona. Pero estaba vestida con una túnica de color áureo; en la cual, desde el pecho hacia abajo hasta los pies, descendía una zona, decorada con el ornato de gemas preciosísimas, a saber, de color verde, blanco, rojo y áureo, con un resplandor purpúreo entreluciendo entre ellos. Y clamaba a los hombres que estaban en el mundo, diciendo así: "¡Oh tardos!, ¿por qué no venís?" ¿No se os socorrería si quisierais venir? Cuando hayáis empezado a correr el camino de Dios, los mosquitos y las moscas con su estruendo os sirven de impedimento. Pero vosotros, tomad el abanico de la inspiración del Espíritu Santo, y alejadlos de vosotros más rápidamente. Debéis correr, y también de Dios debéis esperar auxilio. Presentaos al servicio de Dios no fingidamente, y seréis confortados por su mano."

Pero en el pavimento de aquel edificio vi otras tres imágenes; una de las cuales estaba arrimada a las mencionadas columnas, y las otras dos restantes estaban a su lado como colaterales, dirigiéndose todas hacia la columna de la humanidad del Salvador y hacia la mencionada torre. Aquella que estaba arrimada a las columnas mismas apareció de tal anchura que puede notarse la anchura de cinco hombres que están de pie a su lado, y de tal estatura que no podía discernir perfectamente su longitud, de modo que miraba

por todo este edificio. Teniendo también una gran cabeza y ojos claros, miraba agudísimamente al cielo, siendo toda blanca y traslúcida como es una nube serena.

Pero no divisé en ella ninguna otra forma humana. Y clamó por todo el edificio a todas las demás virtudes, diciendo: "Levantémonos todas esforzadamente, porque Lucifer difunde sus tinieblas por todo el mundo. Edifiquemos torres y confirmémoslas con baluartes celestiales, puesto que el diablo es el adversario y el acechador de los elegidos de Dios. Quien, así como al principio mucho quiso y tentó en su claridad, así también ahora mucho quiere y tienta en su tenebrosidad. Pues dilata su malicia y su maldad soplando y esparciéndola, ni quiere cesar de esto. Contra estas cosas nosotras, soldados celestiales, hemos sido puestas, para vencerlo en su malicia y maldad; de otro modo los hombres, ante su acechanza, no podrán salvarse en el mundo. Y así como él mismo en su primer origen tentó resistir a la divinidad, así también su imitador, el Anticristo, en el tiempo novísimo tentará resistir a la encarnación del Señor. Lucifer cayó en el inicio de los tiempos, y el Anticristo caerá al final de ellos. Entonces se conocerá quién es el Dios verdadero, y se verá quién es el que nunca cayó. Y así como Lucifer tuvo seguidores demonios, que lo siguieron desde la altura del cielo en la caída de la condenación, así también todavía tiene hombres en la tierra que lo siguen al exterminio de la perdición. Pero nosotras, las virtudes, hemos sido puestas contra sus astucias y soplos que emite

para absorber las almas, de modo que todas sus artes sean reducidas a la nada por nosotras en las almas de los justos, a fin de que por todas partes aparezca confuso. De donde también a través de nosotras Dios será reconocido, porque no debe ser ocultado, sino manifestado, ya que es justo en todas las cosas".

Además, la primera de aquellas que estaban junto a esta imagen como colaterales, parecía armada, vestida a saber con yelmo, coraza, grebas y guanteletes de hierro, sosteniendo también una espada desenvainada en la derecha, y una lanza en la izquierda. Y pisoteando bajo sus pies a un horrible dragón: atravesaba su boca con el hierro de la lanza, de modo que él vomitaba espumas inmundísimas. Pero también vibraba la espada que sostenía como para herir fuertemente. Y dijo: "¡Oh Dios fortísimo!, ¿quién puede resistir y luchar contra ti? Esto no lo puede hacer la serpiente antigua, aquel dragón que es el diablo. Por lo cual yo también, con tu auxilio, quiero luchar contra él, de modo que nadie prevalezca sobre mí o me derribe, ni fuerte ni débil, ni príncipe ni abyecto, ni noble ni innoble, ni rico ni pobre. Quiero ser como el acero más fuerte, haciendo todas las armas aptas para las batallas de Dios invictísimas, en las cuales soy filo agudísimo, ya que nadie podrá quebrantarlas en ti, Dios fortísimo, por quien también me he levantado para expulsar al diablo. Por lo cual seré siempre refugio certísimo para la fragilidad de los hombres, dando a su blandura la espada cortante para defenderse. ¡Oh

Dios misericordiosísimo y piadosísimo!, ayuda a los contritos de corazón".

Pero la otra imagen aparecía tricéfala, de modo que en el lugar natural de la cabeza, y en cada hombro, aparecía una cabeza, sobresaliendo sin embargo la del medio un poco sobre las otras dos. Pero tanto la del medio como la que estaba a su derecha, radiaban con tanto fulgor que su claridad reverberaba mi vista. De modo que si tenían forma viril o femenina, no podía considerarlo perfectamente; pero aquella que aparecía a la izquierda era un poco oscura, y por costumbre femenina, velada con un velo blanco. En verdad, aquella imagen estaba vestida con una túnica de seda blanca, y con calzado blanquísimo. En su pecho llevaba el signo de la cruz, alrededor del cual también un gran esplendor brillaba y resplandecía en su pecho como la aurora. En su mano derecha volteaba una espada desnuda, que aplicaba a su pecho y a la cruz con mucha devoción. Y vi escrito en la frente de la cabeza media, Santidad; y en la frente de la derecha, Raíz del bien; y en la frente de la izquierda, No perdonándose a sí misma. Y la del medio, mirando hacia las otras dos, decía:

Primeramente, de la santa humildad he nacido en ella, como el infante nace en su madre. Por ella también he sido educada y confortada, como por una nodriza el niño es nutrido hacia la fortaleza. Mi madre la humildad vence y supera todas las cosas contrarias, que incluso para otros son intolerables". Y la cabeza que estaba a su derecha, mirando hacia la cabeza principal, dijo:

"Yo, en mi primer origen, me radico en el monte de la alta cumbre, que es Dios. Y por tanto, ¡oh Santidad!, para que puedas estar de pie, conviene que me adhiera a tus entrañas". Pero la que estaba a su izquierda, mirando también hacia su cabeza principal, decía: "¡Ay, ay, ay!: ¡cómo soy tan rígida e inflexible, que tan difícilmente puedo superarme a mí misma, oh Santidad, para tu auxilio!, porque sin mí no podrás estar de pie si yo huyo. ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!: ¡bueno para el negligente!, porque me conviene a mí erradicar la espina inquietísima que, punzándome, intenta empujarme a la perdición, si no la arranco antes de que se clave toda en mí, y antes de que como en un cadáver putrefacto se fomente en mí. ¡Oh Santidad!, para que pueda perseverar libremente en ti, quiero evitar el rapacísimo lazo del diablo, y romperlo en el verdadero Dios".

Y de nuevo el que estaba sentado en el trono, como arriba, me manifestó estas cosas, diciendo: "Encarnado el Hijo de Dios, la vocación de un nuevo pueblo por la doctrina de él en el Espíritu Santo, surgiendo elevada hacia la salvación, fortalecida por el consuelo de hombres fuertes en la exhortación de las bienaventuradas virtudes contra el hostigadísimo enemigo, a quien ninguno de los hombres puede resistir a menos que sea ayudado por la gracia de Dios, así se exhibe inexpugnable por el auxilio de Dios, que por ninguna arte de sus acechanzas puede ser arrancada o borrada de Dios. Por lo cual también la torre que ves más allá de la mencionada columna de la humanidad del Salvador, prefigura la Iglesia; la

cual, completada la encarnación de mi Hijo, como nueva construcción en toda obra buena ha surgido, en la fortaleza y altura de los actos celestiales, como torre munitísima opuesta al diablo para resistir a la iniquidad. Por lo cual también es de esplendor lucidísimo, situada sobre el mencionado muro de piedra de la región meridional del edificio mismo, de tal modo que puede verse tanto dentro como fuera del edificio mismo; porque, ilustrada por la luz serenísima de la humanidad del Hijo de Dios, tiene piedras vivas de este modo encendidas por el calor del Espíritu Santo en la obra divina, para que se demuestre abiertamente tanto al conocimiento interior de las Escrituras de celestial intelecto, como a la exterior necedad de las cosas seculares, y a los fieles e infieles, en aquella edificación que el sumo Padre opera por su Unigénito. Y es de cinco codos de ancho en todas partes en la parte interior de su circuito, porque la amplitud de toda íntima inspección y la intención de toda continua meditación por los cinco sentidos de su ornato en la infusión del Espíritu Santo, con todas aquellas virtudes que el verdadero Cordero le manifiesta, transmite al honor del mismo Cordero, a saber, su esposo. Pero de tanta altura aparece que no puedes discernirla, porque mayor altura y profundidad de la divina sabiduría y ciencia hay en la obra eclesiástica de lo que el corazón humano, frágil y mortal, puede escudriñar por su propia estimación".

Pero el que entre esta torre y la columna de la humanidad del Salvador solo un fundamento esté puesto, sin que el muro se haya edificado

todavía encima, sino que aparezca solo un espacio interrumpido y vacío, de un codo de longitud como también te fue mostrado arriba: esto es que, respecto a la Iglesia unida a mi Hijo en desposorio, un gran pregón en el conocimiento de Dios permanece todavía oculto como en un fundamento firme, que aún no resplandece propuesto en una obra completa de perfección, sino que late oculto sin apertura en los corazones humanos, de un codo de longitud sin embargo, porque los sentidos de los hombres están en la potestad del único verdadero y omnipotente Dios, de modo que incluso el hombre en el conocimiento del bien y del mal puede captar por su intelecto lo que le sea más útil, como también te fue manifestado en la abierta muestra de arriba. Y el que esta torre no esté todavía plenamente edificada, sino que se construya asiduamente con mucha habilidad y rapidez por muchísimos trabajadores: esto es que la misma Iglesia no ha llegado todavía a aquel curso y a aquel estado al que ha de llegar, aunque con mucha solicitud e industria, por la celeridad de los tiempos que pasan, en sus hijos que transcurren y en los que sobrevienen, no cesa diariamente de apresurarse sin demora al efecto de su decoro.

Tiene sin embargo en el circuito de su cima siete baluartes, construidos con maravillosa fortaleza, porque está rodeada en la altura de las obras celestiales por los siete inexpugnables dones del Espíritu Santo, que existen de tanta virtud que ningún adversario puede destruirlos, ni por

la altura de su mente pueda alcanzaros soberbiamente.

En cuanto a que desde la parte interior del mencionado edificio veas como una escalera erigida hasta la cima de aquella torre: esto es que en aquella obra que el Padre celestial operó en el divino consejo por su Hijo, muchos grados florecen en la unanimidad de la sencillez de la constitución de la procesión eclesiástica, a saber, alcanzando la altura de los secretos celestiales, en los cuales la Iglesia confortada y robustecida consiste. Y desde lo más bajo hasta lo más alto, en sus escalones, está una cierta multitud de hombres, porque desde los primeros tiempos del desposorio de la Iglesia hasta aquel tiempo nupcial, cuando ella misma goce abiertamente con su esposo en el muro pleno de sus hijos, lucirán las lumbreras apostólicas en los escalones de la constitución de los preceptos de Dios, con los cuales ella misma fue edificada, defendiéndola de las tinieblas de la infidelidad con su protección.

Por lo cual también tienen rostros ígneos y vestiduras blancas pero calzado negro, porque en su sentido intelectual, es decir de los rectores apostólicos, la fe espectable, a saber creer en un solo Dios por el ardor del Espíritu Santo en ellos es como un rostro encendido, de modo que también por la purísima claridad en la vestidura de las buenas obras ante Dios y el siglo han resplandecido, apareciendo sin embargo negros los indumentos de los pies, porque los itinerarios de la infidelidad y de la suciedad de los múltiples crímenes de los incrédulos atravesaron, a quienes

por su ejemplo a la vía de la justicia (aunque con mucha dificultad) sin embargo convirtiendo condujeron. Pero el que entre ellos algunos de esquema similar, pero de mayor estatura y esplendor aparezcan, esto es que entre los mismos defensores eclesiásticos, están los primeros fundadores de la misma Iglesia, quienes primero después del Hijo de Dios edificándola por su predicación tienen el mismo tenor que también sus seguidores que se conoce que los imitan principalmente, porque según esto como aquellos precedieron, así estos subsiguieron, aventajándolos sin embargo en la forma, porque ellos mismos no tenían ningún otro predecesor de quien el ejemplo de la nueva gracia trajeran excepto del Hijo de Dios, de cuya boca el verbo de la vida oyeron, y aventajándolos en la claridad, porque el fulgor de la encarnación de él ante los demás presencialmente vieron. Quienes también a la misma torre con mucha diligencia miran, porque a la esposa de Dios en el amor divino, con su solicitud de piedad asistir no cesan, para que en su robur perfectamente consista, como está escrito: 'Como la torre de David tu cuello, que está edificada con baluarte. Mil escudos penden de ella, toda la armadura de los fuertes' (Cant. 4). Esto es tal. Como la encarnación del Hijo del sumo Rector, a saber del fortísimo león viniendo de la virginal floridez como fortísimo instrumento de la nueva gracia fue puesta, así la fortaleza de tu fe, oh nueva esposa, durando incorrupta, certísimo baluarte del pueblo fiel fue constituida. ¿Cómo? A tus fortísimas fuerzas asisten y se adhieren todas

las municiones de tus hijos; que han de ser nutridos con la nueva ilustración de los arroyuelos que de vino y de la purísima fuente destilan, los cuales tienes en esta conjunción de la fortaleza; como el cuello al resto del cuerpo está conjunto, de modo que ni destruida ni disipada puedas ser, así como tampoco los victoriosos instrumentos del verdadero David podrán ser superados. ¿Cómo? La virtud de Cristo Jesús Hijo de Dios es una torre fortísima: en la cual la victoriosísima milicia de los fieles por invictísima prueba se ejercita, por la cual ningún adversario se gloriará de prevalecer sobre ellos, porque en sí contienen a Cristo verdadero Dios y hombre; por quien en la segunda regeneración toda la compage de tus hijos a la salvación decentísimamente se extiende. Por lo cual aquella purísima encarnación por los profetas fue predicha, y con preciosísimas piedras de las virtudes adornada con los baluarte de la apostólica doctrina, es decir con los plantadores de la justicia de la verdadera luz en el universo orbe para la salvación de los creentes fue propalada, como esta parábola demuestra: Un señor tenía una ciudad marmórea en la cual con gran voz tronó, con muchísimas esculturas los muros de ella interiormente esculpió, de las cuales una agudísima limadura de piedras impolutas espiró. Hecho lo cual, el mismo señor en su único verbo decía a las aguas de las aguas, que por su efusión hicieran igualdad sobre los montes. Y esto también realizado, al fuego del fuego similarmente amonestó, para que pequeños tabernáculos preparara. Lo cual también cumplido, los mismos

tabernáculos de tal modo en lo alto crecieron, que a aquella ciudad con su celer progreso excedieron en altura. Esto es tal: Este señor es aquel a quien nunca precedió otro en dominación; sino que él solo sobre todas las cosas y en todas está, porque nada antes de él, ni después de él fue hallado, y por tanto Señor de todos es. Este tuvo la noble ciudad, a saber el coro de los profetas contra la rabia de las tempestades seculares fuerte y constante en su potestad; porque de la infusión del Espíritu Santo repletos estaban, cuando en ellos el mismo Señor con gran voz tronó de tal modo que en ellos aquella inspiración suscitó, por la cual los misterios de él con oscuras palabras profirieron, como primero el sonido se oye cuando todavía el verbo no se conoce, el sonido sin embargo de la profecía de ellos, al verdadero Verbo Hijo, a saber de Dios encarnado subsiguiendo. El cual Señor múltiples esculturas en los corazones de ellos hizo: cuando el intelecto de ellos con múltiple espíritu la sabiduría infundió, de tal modo que en el espiritual sentido las profundas cosas de Dios tanto del presente como del futuro a saber siglo profetizaron, por el cual eficacísimos sermones contra las contrarias costumbres de los hombres profirieron, con los cuales los durísimos corazones de los judíos a la suavidad y piedad de los felices actos provocaron. Pero encarnado el Verbo de Dios, el celestial Padre en ellos a su Hijo asintiendo a los apóstoles (quienes hombres siendo segregados estaban del común pueblo como purísimos arroyuelos son elegidos de las demás aguas que fluyen en el llano) decía; que

por la inundación de la verdadera fe fluyeran en el orbe de las tierras, deprimiendo y triturando el gran cisma del desprecio, el soplo de la soberbia y de la exaltación del culto de los ídolos, para que los hombres conociendo al verdadero Dios desertaran de su infidelidad en la predicación de aquellos. Robusta la cual fe en los pueblos: el mismo provisor de todos suavemente también en el Espíritu Santo amonestó las ígneas mentes de sus elegidos, que encendidas habían sido de los ígneos corazones de aquellos a quienes el Espíritu Santo viniendo en lenguas de fuego había tocado, para que despreciadores del mundo hechos en la contemplación de la celestial vida, párvulos y pobres de espíritu ser no rehusaran; sino que por estos pequeños habitáculos de la humildad, para sí celestiales riquezas compararan. Las cuales obras de humildad mientras los despreciadores de las cosas caducas en excelso estudio los sutilísimos preceptos de Dios siempre ruminando imitaban, como mártires, vírgenes y los demás abyectores de sí mismos, así en esta contrición suya al amor de las cosas celestiales ascendieron; que incluso a los agricultores en la viña del Antiguo Testamento trabajando en la celeridad de sus buenos estudios superaran, mientras a sí mismos como por nada teniendo con todo deseo a las eternas suspiraran. Por lo cual también mil escudos, muchas perfectas a saber defensas de la perfecta fe por la nueva gracia, penden del Hijo de Dios; mientras los primeros pastores de la Iglesia el ejemplo de él tomando y por la esperanza de las cosas celestiales a sí mismos conculcando,

la fe católica robustecida por la efusión de su sangre, de los ígneos dardos del diablo (que vulneran las almas de los hombres) protegen, las cuales múltiples virtudes de la milicia celestial en los demás elegidos subsiguiendo; también en este siglo al amor de Dios obedecen. ¿Cómo? Porque la antigua serpiente al primer hombre el pesimísimo hedor del desprecio de Dios insufló: por tanto también el mismo diablo por todo el olor de los aromas de la castidad, a saber y de la continencia y de la ligadura de los preceptos de Dios, y no menos de la sociedad de Cristo, el yugo de él sufriendo y el desprecio de todo el mundo durísimamente en estos dardos celestiales a él contrarios es traspasado, de tal modo que abyectado de la ciudad de Dios, confuso y conculcado en la abierta parte de su condenación sea aborrecido por los fieles.

En cuanto a que en la región septentrional de aquel edificio veas el mundo y los hombres que de la semilla de Adán son procreados, discurriendo entre el mencionado muro lúcido de ciencia especulativa del mismo edificio y el ámbito del círculo que del que está sentado en el trono se extiende: esto es que en los deseos carnales que, mirando a la imbecilidad, se ocupan en las cosas terrenas de las concupiscencias seculares, el mundo y los hombres mundanos por la culpa del primer padre están situados, habiéndoseles puesto de una parte la ciencia del bien y del mal, para que al trabajo de Dios por el bien accedan, y el mal huyan, y de la otra la potestad de Dios mostrada a ellos, para que tanto se sepan bajo la majestad de él, como

no duden que todos sus hechos por él son examinados.

Por lo cual también muchos pasan por el edificio mismo entre la torre de la anticipación de la voluntad de Dios y la columna de la divinidad del Verbo de él, entrando y saliendo por el mencionado muro de ciencia especulativa, como una nube se difunde por aquí y por allá; porque, amonestados, emprendiendo el gran trabajo divino del Antiguo Testamento y del nuevo exordio, entran en él por la ciencia especulativa, dejados los deseos carnales, y muchos, siguiendo sus placeres, salen de allí en sus malas concupiscencias; de modo que en su voluntad, sea para el bien o para el mal, en la velocidad de las nubes, esto es, en la moción de sus pensamientos, relajándose por aquí y por allá se conducen. Pero en cuanto a que los que entran en el edificio mismo son vestidos con una vestidura blanquísima: esto es que los que emprenden el trabajo de Dios con buena voluntad son vestidos, por la misericordia de él, con la purísima y lucidísima vestidura de la verdadera fe para que conozcan a Dios. Algunos de los cuales, exultando con gran gozo por la suavidad y lentitud de la misma vestidura, la retienen; porque con espíritu contrito y humillado, imbuidos de la dulcísima y lentísima fe católica, y perfundidos por el licor interior de la santidad, siempre se alegran con los ojos interiores en las cosas celestiales, cumpliendo y reteniendo devotísimamente aquellas cosas que el Espíritu Santo les inspira. Otros, en cambio, como entristecidos por la pesadez y dificultad de ella, quieren despo-

jarse de ella; puesto que, como gravados por un pesadísimo peso e impedidos como por un camino dificilísimo, desgarrándose y macerándose intrínsecamente por la inquietísima y amarísima costumbre del placer ilícito, intentan arrojar la fe en sus obras, ni permiten ser conmovidos por los preceptos divinos. A los cuales esta virtud que oíste llamar ciencia de Dios, reprimiendo con benignidad más a menudo, dice a cada uno de ellos las verdaderas palabras de su amonestación, como se dijo antes; porque el altísimo Dios, presabiendo que los corazones de piedras duras en los hombres pueden ser ablandados, se inclina en su misericordia hacia ellos (como se te mostró), amonestándolos frecuentemente para que, gimiendo y llorando dentro de sí, le oren a fin de que los libre de la importunidad de su malicia con la que están perfundidos por persuasión diabólica, de modo que en esta penitencia puedan volver al intelecto de la buena voluntad, recordando la vestidura de la inocencia que recibieron en la regeneración del espíritu y del agua. Pero como ves que algunos de ellos, castigados por estas palabras, aunque el mismo indumento les parezca difícil, sin embargo lo retienen con mucho sudor: esto es que ellos, amonestados por inspiración del Espíritu Santo, emprenden el camino en la fe que reciben como un camino grave y difícil para sus mentes, pero aunque con mucho trabajo, sin embargo no desesperando ni entorpeciéndose por el tedio, finalmente lo perfeccionan. Algunos, en verdad, escarneciendo las mismas palabras, y despojándose furiosamente de la vestidura mis-

ma, la arrojan, volviendo al mundo de donde vinieron, y escrutando muchas cosas, aprenden muchas cosas inútiles de las vanidades seculares; estos son los que, teniendo en irrisión la ley de Dios y su justicia, se desnudan de la fe católica en las vanidades de sus errores, negándola en las obras malignas que pertenecen a la muerte, y se inclinan a las vanidades de este mundo, que antes fingidamente habían dejado, y escudriñando hechos libidinosos en actos perversos, aprenden el ardiente gusto del siglo y lo pervierten con irrisones diabólicas según el engaño de aquel. Algunos de los cuales, habiendo vuelto finalmente al mismo edificio, tomando otra vez la vestidura que habían arrojado, se la ponen; porque estos vienen de regreso al trabajo divino desde el camino de su error, y arrojando el cisma del diablo que según la voluntad de aquel habían aceptado, reasumen otra vez con corazón puro y simple el hábito de la verdadera fe que en el bautismo habían recibido y que ellos mismos en sus errores, burlándose del Dios verdadero, habían arrojado. Otros, en cambio, no queriendo volver, permanecen ignominiosamente en el mundo desnudos de ella, puesto que ellos, despreciando volver a Dios por pura penitencia, son despojados de la vestidura de la inocencia, y por tanto desnudos del bien de las obras de los fieles, pero llenos del mal de los vicios de las artes diabólicas, conducen su vida en las nequicias de las vanidades mundanas con la máxima confusión tanto del presente siglo como del futuro, impenitentes hasta la muerte.

Pero en cuanto a que ves cómo algunos sordidísimos y negrísimos, como excitados por la locura, viniendo del aquilón irrumpen en el edificio mismo e invadiendo la mencionada torre con bacanales, silban en ella como serpientes: esto es que ciertos hombres criminales bajo el calor móvil de un alegre estupor, estando sucios por la negrura de la mirada diabólica, miran a Dios, ni buscan aquella causa que desean por el don del Espíritu Santo, sino que inspirados e incitados por el arte diabólico y enviados de la parte de la condenación, entran con arte astuto en el trabajo divino, y sustrayendo furtivamente y arrebatando públicamente y bacanales en la locura, devoran temerariamente por el nefastísimo dinero de la horrible negrura diabólica los oficios constituidos por Dios, y turbando de este modo la Iglesia por el furor insano, dan en ella los silbidos del engaño de la antigua serpiente. ¿Cómo? Con astucia diabólica soplan tanto tiempo a los hombres incautos, hasta que los superan según su voluntad por la mortífera compra, jactándose con este silbido de fanfarronería de que contaminan la Iglesia mientras así roban las potestades que por mi ordenación han sido constituidas. Los cuales, puesto que hacen estas cosas: de mi presencia han sido proyectados impenitentes, ni en estos hechos los conozco; porque ellos los alcanzaron por sí mismos y no por mí, como Oseas mi siervo muestra, diciendo: "Ellos reinaron, pero no de mí: fueron príncipes, y yo no lo supe: de su plata y de su oro hicieron ídolos para sí, para perecer" (Os. VIII). Esto es tal: Los

hombres, siguiendo su propia voluntad, computan y constituyen en sí mismos todo lo que su propio apetito delibera. ¿Qué es esto? A saber, la concupiscencia deseante de aquellas cosas que está en ellos; les persuade a que dominen a los hombres con honor furtivo y arrebatado, no postulado ni tomado, ni constituido por mí, lo cual sin embargo a veces permito que así se haga; para que la pena judicial sobrevenga sobre ellos por sus propias voluntades, porque no me buscaron en esto. ¿Y qué les aprovecha esto? Porque en esto no tienen verdor sino aridez; y puesto que esto no se planta, sino que nace en ellos una hierba inútil sin tronco. Pues las hierbas infructíferas de la tierra fácilmente nacen por sí mismas; las fructíferas, en cambio, se siembran y se plantan con gran trabajo. Así permito que a veces el deseo terreno del hombre, sin raíz en el mal, florezca fácilmente, no buscando la plantación del bien; porque no tiene el verdor del estío, permitiendo también que a veces su recto deseo bien radicado en el bien: aporte fruto por muchas miserias, amando el riego de la santidad, puesto que carece de la aspereza del invierno. Por lo cual también a menudo hombres viles sobresalen en el principado por encima del pueblo común y útil, como las hierbas inútiles a veces son más excelsas que las útiles; estando ellos puestos solo en sus propios deseos, no por mi plantación, o radicados por el tacto del conocimiento de mi don, o de mi ordenación, sino que por justo juicio permito que esto se haga; porque no lo buscaron de mí, sino que lo constituyeron dentro de sí mismos, por

lo cual también me responderán sobre esto en mi juicio. Pues incluso la felicidad de la óptima doctrina, que en su alma deberían examinar de toda indignidad de infidelidad como la plata se purga de toda falsedad, y la utilidad de la profundísima sabiduría, que en su voluntad deberían ordenar con esplendidísima fe, viendo siempre cómo Dios debe ser cultivado, venerado y confesado; se hacen para sí mismos en contrariedad de vanidad. ¿Cómo? Ellos mismos la inclinan a la máxima infelicidad, ofreciendo su intelecto que tienen de Dios a las insaciables concupiscencias de su carne; como si su carne misma, fétida y podrida, fuera su dios, no queriendo erigir sus ojos hacia Dios que los formó, sino teniendo su propia voluntad por Dios, puesto que según esto viven; como en sí mismos ordenan y constituyen. Pero esto no lo hacen por esto; para que posean aquel campo que engendra el alimento de la vida eterna, sino para que estén ausentes de él y perezcan perpetuamente impenitentes, puesto que aquel al que cultivan por dios está muerto: como también ellos mismos están muertos, a saber tanto los vendedores como los compradores de cosas espirituales, deseando ser esto que de mí no buscaron. Pues quien invade la potestad por la vesana concupiscencia, de modo que hace venal el don razonable del Espíritu Santo; ¿cómo podría salvarse de tal venta? porque el hombre que vende su sustancia a extraños, no debe usarla más. ¿Y cómo debería también aquel mercader usar la salvación comprada que no quería recibir de Dios, sino que se apresuró a alcanzarla con

dinero, lo cual sin embargo, para que lo alcanzara, Dios por su recto juicio permitió que se hiciera? Pues con algunos Dios indignado les permite robar aquello; por lo cual sin embargo, por un oculto juicio en el presente los castiga, y no en el futuro; para que según lo que amaron en el olvido del Espíritu Santo, se confundan en sí mismos, de modo que por esta confusión sean conducidos a esto, a que vuelvan a Dios en penitencia; por lo cual, una vez realizada esta, consiguen la remisión en el futuro. Pero a algunos los tolera en esto, no atormentándolos en el presente, sino difiriéndolo por justa causa para el futuro, porque tienen su propia voluntad por dios; por lo cual también él les muestra en el futuro, cuánto les aprovecha su voluntad en amargos tormentos. Pero a otros los castiga tanto en el presente como en el futuro, puesto que su claro intelecto en ellos se hace vil y despreciable por su propia voluntad, imitando al diablo en sus males. A otros también les permite llegar a esto; para que el mal mismo sea confundido en su penitencia, cuando castigándose acerbamente por la injusticia perpetrada, la arrojan como un cadáver podrido. A algunos, en cambio, para que no alcancen esto, resiste misericordiosamente; porque si llegaran a ello, no escapando de las penas gehennales, merecerían ser fuertemente atormentados en ellas. Pero cualquiera que haya prostituido o usurpado para sí la cátedra de la potestad en el consejo de su padre que es el dinero, puesto que ella misma se hace padre de aquel en el mercado, adquiriendo para él la perdición desde aquella dignidad; tanto

el que dio como el que recibió debe ser arrojado, porque si a un hombre su ganado le fuera quitado furtivamente y vendido a otro; aquel a quien se le quitó, una vez hallado, lo repite con todo derecho, y el que vendió o el que compró, ambos lo dejarán sin contradicción. Así también la dignidad de la potestad que según mi justicia debe poseerse, si por alguien es arrebatada por un don furtivo, y perversamente disipada en otros; de mí con estricto juicio es requerida, y por tanto aquel que la puso en mercado, o el que indignamente la comparó, ambos carecerán de la utilidad de ella por justo juicio, porque hicieron del templo consagrado a mi nombre un don de rapiña. ¿Cómo? La sabiduría y el consejo que de mí tuvieron en su corazón: por su propia sentencia los pusieron en el foro, recibiendo para sí de esto el dinero de la iniquidad en la perdición de otros. Por lo cual arrojarán aquel mercado en amarga penitencia; o me responderán de ello en el fuego de duro ardor. Pues quien, comparando la dignidad viviente que el espíritu vivifica en los ápices espirituales con un precio muerto, intenta conducirla al hedor de la putrefacción que brota: por esa misma perversidad de la presunción (si no se arrepiente más pronto) será empujado a la perdición, como el desertor del error, encendido en el Espíritu Santo y dejándolo todo, Pedro el hijo de la paloma, dice al torbellino que pasaba, que en la negrura más tétrica quería absorber la luz: "Tu dinero sea contigo para perdición; porque has juzgado que el don de Dios se poseía con dinero. No tienes parte ni suerte en este discurso: porque

tu corazón no es recto ante Dios" (Hechos VIII). Esto es tal: El dinero de tu falaz confianza que tienes como señor en cosa ajena, pero teniéndote ella a ti como esclavo, más aún como nada, sea para ti en la perdición del fuego gehennal; si tú, impenitente, hubieras retenido este don que es del ígneo Espíritu Santo, comprado por la maldad del dinero, porque en la ciencia transitoria de tu alma falsamente juzgaste que el encendido del inspector acutísimo podía poseerse con dinero; del cual desconfiaste que podías tener por el don de Dios. Pero si por esta causa te hubieras arrepentido: dejarás aquello que compraste, y sentirás así perdido el dinero que por ello diste, porque lo que es eterno, quisiste comerciar con lodo de aquel que te formó del limo. Pero permaneciendo tú en aquella compra, no tendrás parte de la luz en el consorcio de los ángeles supernos; puesto que en el discurso de tu lengua proferiste la rapacidad de tu corazón, deseando otra cosa de lo que los ciudadanos de la claridad eterna desean. Por lo cual también tu corazón en esta perversidad es injusto ante Dios: queriendo tener esto por compra de dinero, que gratuitamente ha de ser donado por Dios. Por tanto, los desertores de este pacto divino, porque deberían buscarlo por el gratuito don del Espíritu Santo y no lo hacen, por justo juicio por mí son comparados con vanos simulacros; puesto que como aquellos, siendo obra de las manos de los hombres, están vacíos del consorcio de la verdad, pero sin embargo son cultivados por los infieles como dios, así también estos, careciendo por la contrariedad de

los dones terrenos de la iluminación del Espíritu Santo, se hacen maestros falaces, no elegidos en el suspiro de su alma como si fueran indignos de aquel oficio, sino recibiéndolos de los hombres en inflamada soberbia, no considerando mi voluntad en esto. Por lo cual no sé de dónde sean aquellos y son como ajenos a mí; porque por esta injusticia suya, si así hubieran perseverado, han sido proyectados por mí. Pero si de todo corazón se arrepintieran, recibiéndolos, haré gozo sobre ellos entre los ángeles.

Pero, aunque obren injustamente los que con perverso ardor desean estas dignidades, ni deba consentirse a los que se esfuerzan por invadirlas con su malicia, como se dijo; sin embargo los gobiernos mismos son buenos y bien dispuestos por Dios para la utilidad de los hombres, ni debe resistírseles con soberbia y pertinacia, sino más bien obedecer en mi amor. Por lo cual ninguno de los fieles que quiera obedecer dignamente a Dios se oponga a la maestría que le preside: puesto que ella imita el honor de Dios, custodiando y apacentando sus ovejas, para que el honor de las ovejas mismas no se disipe hacia un extraño que es ladrón y salteador; porque como nadie debe oponerse a Dios, así nadie debe resistir insensatamente a su maestría. Por tanto todo hombre que vive en alma y cuerpo debe obedecer a las dignidades superiores a él, ya retenga justicias corporales o espirituales: sujeto a ellas debe obedecer para que en el temor de la maestría de ellas se dirija la ley constituida de los hombres, no sea que ellos, desviándose en la indisciplinada liber-

tad de su voluntad, se pongan a sí mismos una ley según lo que quisieren, errando así en el camino del Señor, porque para que no yerren; por esto la potestad es de Dios. ¿Cómo? Por inspiración del Espíritu Santo los gobiernos de los hombres han sido dispuestos; para que por ellos aprendan los hombres a temer al Señor. Los cuales si ellos, según su placer, los pervirtieran en contrariedad; no sin embargo es así en la voluntad de Dios, sino en su secreta permisión para que por justo juicio la concupiscencia de ellos en perverso ardor se cumpla para detrimento de sí mismos. Por tanto las dignidades de las potestades inspiradas por Dios para la utilidad de los hombres por su gran necesidad han sido justamente ordenadas por él; no sea que el pueblo de Dios, viviendo sin gobierno a la manera de los brutos, caminara por todos los desvíos de su inestabilidad. Por lo cual quien se les opone, no queriendo por el impulso de la soberbia obedecerles en la sujeción de la humildad, como es justo; no contradice a los hombres, sino a mí el Creador que justamente dispongo todo, oponiéndose pertinazmente según la transgresión de Adán, acumulando para sí las tinieblas de la condenación por esta rebelión, así como aquel fue expulsado del gozo a las miserias; pero no aquel que, caminando en humildad en mi celo, no consiente a la perversa maldad de los hombres, porque este más bien aumenta la justicia por la justicia de Dios que la disminuye, si hiciera esto congruente y oportunamente; sino aquel que por la elada soberbia quisiera oprimir indecentemente esas dignidades, puesto

que ellas por mi disposición para utilidad de los vivientes, como se dijo antes, han sido manifestadas. Y quien contra ellas soberbiamente corcovea, resiste a mi inspiración, aunque algunos por la locura de su ignorancia no mirando mi temor, se ingieran en las mismas dignidades en la iniquidad de su voluntad prevaricando el precepto divino, lo cual por justo juicio permito que así se haga como ellos mismos desean, habiendo de responder por esto por una equitativa examinación en grave penitencia o en el fuego de la gehena.

Pero como ves que de estos algunos cesando de esta estulticia han sido hechos limpios, mientras otros perseveran en la misma maldad y su suciedad: esto es que de ellos algunos por inspiración divina volviendo en sí de su perversidad, merecen ser limpiados y salvados por pura y verdadera penitencia, permaneciendo otros endurecidos e impenitentes en esa misma astucia suya e inmundicia hasta el fin de su vida, y así sofocados miserable y cruelmente muriendo en los tormentos de la dura muerte.

Pero en cuanto a que contemplas, dentro del mencionado edificio hacia la mencionada torre de la Iglesia, como siete columnas de mármol de color blanco torneadas en una maravillosa redondez, de pie: esto es que en el trabajo del Padre omnipotente para fortalecimiento y para decoro de la nueva esposa, el Espíritu Santo, declarando los siete blanquísimos sostenes de su inspiración que limpian toda adversidad de las tempestades con su fortaleza, manifestó la suma potestad que

no tiene principio ni fin en la redondez de la eternidad. Las cuales son de una altura de siete codos; porque esos dones, excediendo toda la fortaleza y altura de todo el intelecto humano, demuestran que aquel que creó todas las cosas debe ser cultivado con purísima fe. Y en su cumbre tienen como un tablado de hierro y redondo, decorosamente erigido un poco hacia arriba en la altura; puesto que en la excelencia de su claridad designan la invencible e incomprensible potestad de la divinidad, cubriendo y sustentando con su elegantísima rectitud en las cosas celestiales a aquellos que aquí por los dones del Espíritu Santo se hayan separado de los placeres carnales.

Pero en cuanto a que ves como una hermosísima imagen de pie en la cima del mismo tablado: esto es que esta virtud estuvo en el altísimo Padre antes de toda criatura, ordenando en su consejo cada uno de los instrumentos de las criaturas que en el cielo y en la tierra fueron fundados, siendo ella a saber el gran ornato que brilla en Dios, y existiendo en él como el grado más ancho de los grados de las demás virtudes, y unida a él en un baile con el dulcísimo abrazo del amor ardiente. Ella mira hacia los hombres en el mundo; puesto que a aquellos que quieran seguirla siempre los rige y custodia con su protección, amándolos mucho; porque perseveran en ella. Pues esa imagen designa la sabiduría de Dios; porque todas las cosas por ella han sido creadas y son regidas por Dios, cuya cabeza radia con tanto brillo como el relámpago, que no puedes considerarla plenamente; puesto que la divinidad es terrible y

suave para toda criatura, viéndolo y considerándolo todo, como el ojo del hombre juzga aquellas cosas que le fueron puestas delante, sin embargo no pudiendo ser conducida al fin por ninguno de los hombres en la profundidad de su misterio. Por lo cual también compone decorosamente sus manos sobre su pecho: que es la potestad de la sabiduría que sabiamente constriñe hacia sí misma, de modo que dirige todo su trabajo de tal manera, que nadie puede resistirle en nada ni por prudencia ni por potencia, estando sus pies ocultos a tu vista en el mismo tablado; porque sus cosas profundas, escondidas en el corazón del Padre, a ninguno de los hombres están abiertas, sus secretos desnudos y manifiestos solo para Dios. Pero el que tenga en la cabeza un círculo a modo de corona que brilla con mucho esplendor: esto es que la majestad de Dios, careciendo de principio y fin, brilla con incomparable honor, radiando la Divinidad con tanto fulgor, que los filos de las mentes mortales son reverberados en ella. Pero el que esté vestida con una túnica de color áureo: esto es que el trabajo de la sabiduría casi en el oro más puro frecuentemente es considerado. Por lo cual también desde el pecho hacia abajo hasta los pies desciende una zona adornada con gemas preciosísimas, decorada con color verde, blanco, rojo y broncíneo con un fulgor purpúreo que brilla entre ellos; puesto que desde el principio del mundo cuando la sabiduría dio por primera vez su trabajo en abierta manifestación, y ya se ha extendido hasta el fin de los siglos como por un solo camino adornada en santos y justos

mandatos, a saber en la primera plantación del verde germen de los patriarcas y profetas, que en las miserias del gemido de su trabajo con máximo deseo pedían que el Hijo de Dios se encarnara, y después decorada con la blanquísima virginidad en la virgen María, y después en la robustísima y enrojecida fe de los mártires, y finalmente en la purpúrea y lúcida caridad de la contemplación, por la cual Dios y el prójimo han de ser amados por el calor del Espíritu Santo, lo cual así procederá hasta el término del mundo no cesando la amonestación de ella, sino siempre emanando mientras el siglo dure, como también esta virtud declara en su exhortación, como se dijo antes.

Pero en cuanto a que ves otra vez en el pavimento del mismo edificio otras tres imágenes: esto es que estas virtudes, pisando las cosas terrenas y siguiendo las celestiales en el trabajo divino, designan tres instrumentos por los cuales la Iglesia en sus hijos busca las cosas eternas, a saber, el nutrimento de los maestros y la lucha de los fieles contra el diablo, y el regreso de ellos del consenso de los vicios; una de las cuales está apoyada en las mencionadas columnas; porque los doctores eclesiásticos, imbuidos por el don del Espíritu Santo, toman descanso por la fortaleza de él; y las dos restantes están a los lados delante de ella, puesto que el amor a Dios y al prójimo se contiene por la exhortación de ella en la operación conjunta y sociable de aquellas. Por lo cual también todas se dirigen hacia la columna de la humanidad del Salvador y hacia la mencionada torre; porque con igual unanimidad muestran

que el Hijo de Dios, Dios verdadero y hombre verdadero, debe ser devotísimamente cultivado y adorado en la Iglesia, elevando la justicia por la justicia, a saber, designando en los antiguos santos que el Dios altísimo en la encarnación de su Hijo obró la salvación de las almas.

Pero esta imagen que está apoyada en las mismas columnas prefigura la justicia de Dios; puesto que ella, después de la sabiduría, por el Espíritu Santo en los hombres con todas sus justicias trabaja, apareciendo de tanta latitud que puede nombrarse la latitud de cinco hombres que están a su lado; que es la expansión de los cinco sentidos de la capacidad humana, con los cuales ella conversa en la latitud de la ley de Dios, conteniendo y conservando los preceptos de vida instituidos por Dios para los que la aman. Ella es también de tanta proceridad, que no puedes discernir perfectamente su longitud, de modo que también por todo este edificio mira; porque ella en su latitud, excediendo el intelecto humano, tiende hacia arriba a las cosas celestiales; de modo que también en la encarnación del Salvador miró desde el cielo: cuando el mismo Salvador, a saber el Hijo de Dios, salió del Padre, el cual existe como verdadera justicia. Por lo cual también dirige su mirada a todos los instrumentos eclesiásticos; puesto que ellos por ella son fabricados y contenidos, como baluartes más altos que se unen a la torre fortísima por la cual puedan subsistir. Por lo cual también teniendo una gran cabeza y ojos claros, ve acutísimamente hacia el cielo; puesto que la máxima y suma bon-

dad de la justicia declaró una lucidísima visión a los hombres por el Hijo de Dios encarnado, cuando él en cuerpo humano a los ojos terrenales y tenebrosos se manifestó: contemplando las cosas celestiales por la redención de las almas. Y toda ella existe blanca y traslúcida como es una nube serenísima; porque ella habita en la blancura y pureza de las mentes de los hombres justos, que pretenden todo su estudio a esto, a que sean fidelísimamente sujetos a la justicia de Dios. Por lo cual también ella se asimila a las nubes; puesto que en los corazones de los justos prepara para sí una grata habitación. Pero en cuanto a que no ves en ella ninguna otra forma de hombre: esto es que permanece celestial y no terrenal, según lo que también se te declaró, a saber, no adhiriéndose a aquellas obras humanas por las cuales los hombres son gravados, sino a las que los conducen a la justificación de la vida; puesto que Dios es justo, como ella misma, opuesta al diablo, exhortando a las demás virtudes en el trabajo de Dios, fielmente demuestra arriba.

La primera imagen de aquellas que están a los lados delante de la mencionada imagen muestra la Fortaleza (fortitudo); porque después de la justicia de Dios (justitiam Dei) surge la Fortaleza como un príncipe en la presencia del sumo Rey, rechazando en los hombres con una obra recta y santa todas las asechanzas de los adversarios (adversariorum); apareciendo armada, a saber, con la virtud del Dios omnipotente; puesto que ella, fuerte en la fe, resiste fuertemente a la sujeción diabólica.

Por lo cual se viste con un yelmo (galea), esto es, con el vigor supremo para la salvación de los creyentes, y con una coraza (lorica): que es la ley de los cristianos, la cual por la justicia que contiene en sí no es abolida por ninguna saeta del arte diabólico; y con grebas (ocreae), a saber, con los caminos rectos frecuentados en la doctrina de los maestros principales; y con guanteletes de hierro (ferreae chirothecae), que son las obras más fuertes y agudas que los fieles perfeccionan en Cristo. Tiene también una espada desenvainada en la mano derecha, esto es, la amonestación de Dios desnuda y abierta en la divina Escritura para la buena obra, la cual el verdadero Hijo de Dios desnudó en significación mística cuando mostró la dulzura interior del núcleo en el descubrimiento de la ley. Pero teniendo una lanza (hasta) en la mano izquierda, por la cual designa que tiene confianza en las cosas eternas aun en esta acción para los hombres infieles, allí donde son impugnados por las concupiscentias carnales por el deleite de la carne. En cuanto a que pisotea bajo sus pies a un horrible dragón: esto es que por el camino de la rectitud somete al antiguo y hórrido serpiente a su potestad; atravesando también su boca con el hierro de la lanza de modo que él mismo vomite espumas inmundísimas; puesto que, atravesando las fauces de la sordidísima y diabólica libido con la agudísima audacia de la castidad (castitatis), extorsiona de él la expectoración de la ardiente libido con la que él contamina a los hombres. Por lo cual también vibra la espada que sostiene como para herir fuertemente; porque

Dios manifestó su palabra penetrante para matar toda la infidelidad de los ídolos y de otros cismas que son de la incredulidad, en una extensa fortaleza, tal como también esta virtud manifiesta en su amonestación.

Pero la otra imagen significa la Santidad (sanctitas); puesto que cuando se resiste al diablo por la fortaleza, la santidad surge en los hombres buenos para el ornato de la milicia celestial. Ella es tricéfala; puesto que por esta triple dignidad es conducida a su estado, de modo que en el lugar natural de la cabeza y en cada uno de sus hombros aparece una cabeza; porque por una acción justa y digna Dios debe ser temido y venerado como cabeza de toda verdadera exultación tanto en la prosperidad como en la adversidad de las cuales el hombre puede o bien alegrarse o bien entristecerse; con la cabeza media sin embargo sobrepasando un poco a las otras dos; puesto que aquel que existe como juez de los buenos y de los malos sobrepasa todas las cosas por su equidad.

Pero el hecho de que la misma cabeza media y la que está a su derecha irradien con tal fulgor que su claridad reverbere tu visión, de modo que no puedas considerar perfectamente si tienen forma varonil o femenina: esto es que la santidad consiste en la cumbre del honor y en la parte de la prosperidad de la dulzura eterna, infundida con tanto esplendor de la gracia de Dios (gratia Dei) que la profundidad de su misterio excede de tal modo el intelecto de los hombres que, por la pesadez de la mortalidad, no puede contemplar ni su libertad ni su sujeción en Cristo, excepto

lo que florece en él mismo. Pero con aquella cabeza que aparece a la izquierda algo oscura y cubierta con un velo blanco según la costumbre de las mujeres; puesto que esta perfección que se constriñe fuertemente por el amor de Dios, en aquella adversidad en la que ella es impugnada por la infestación diabólica y por la obra humana, tiene como una ansiedad y solicitud de cómo defenderse por el auxilio divino, encomendándose al sumo Redentor en la blancura y hermosura del certamen cristiano con los gemidos de los corazones fieles. En cuanto a que la misma imagen está vestida con una túnica de seda blanca: esto es que aparece envuelta con la obra del lucidísimo y suavísimo estudio, en el cual la perfecta santidad imita a mi Hijo, protegida también por blanquísimos calzados; porque por la muerte de Cristo, en el candor de la regeneración del espíritu y del agua (regeneratione spiritus et aquae) resplandece en las mentes de los hombres, para que ellos también imiten su muerte. Y en su pecho tiene el signo de la cruz, alrededor del cual también un gran esplendor brilla en el mismo pecho como una aurora resplandeciente; puesto que en la intención de las mentes de los fieles que la abrazan diligentísimamente rumia el recuerdo de la pasión de Cristo Jesús. Designando también en todas partes por esta serenísima claridad de la fe en las mismas mentes; que aquel que siendo obediente al Padre padeció talmente en su santa humanidad por la voluntad del Padre, había llegado nacido en la hermosísima aurora del sol que es la virgen María (virgo Maria) sin mancha de

pecado. Pero en cuanto a que en la mano derecha sostiene una espada desnuda, que aplica a su pecho y a la misma cruz con mucha devoción: esto es que por la obra buena y santa muestra cómo ama las Escrituras desnudadas por el Espíritu Santo en el recuerdo de la mente de los hombres electos (porque también ellos dulcísimamente recuerdan la pasión de su Redentor).

Por lo cual también ves escrito en la frente de la cabeza media "Santidad", porque en la faz interior que es de la alma, sin ninguna indignación de pudor, con el gozo de la vida se conoce la santidad, y en la frente de la derecha, "Raíz del Bien"; puesto que ella misma es patentemente el inicio y fundamento en la salvación de la santidad, y en la frente de la izquierda "No perdonándose a sí misma"; porque rechazando sin el cuerpo la molicie y la vanidad de los placeres carnales, siempre se constriñe en la estrechez, uniéndose a sí misma los ornamentos de las demás virtudes para que pueda ser perfeccionada y contiende por perdurar. Pero tanto la media mirando a las otras dos como ellas a ella, confieren su utilidad mutuamente; puesto que ellas, consistiendo fuertemente en la unanimidad de la visión interior y del amor, de modo que ninguna de ellas pueda durar sin el auxilio de la otra, dirigen sus palabras y amonestaciones al provecho de los hombres, como se ha dicho. Quien sin embargo tiene los oídos agudos del intelecto interior; que anhele estas palabras en el ardiente amor de mi espejo (speculum), y las escriba en la conciencia de su alma.

SUMARIO.---Las palabras del Hijo del hombre. Que el hombre, teniendo el conocimiento del bien y del mal, es inexcusable. Amonestación a los casados. Comparación del campo. Que el hombre no debe escudriñar lo que no le es dado saber, como queda patente en los ejemplos. Que nadie arrebate de repente el camino de la santidad, como se ve en los ejemplos propuestos. Amonestación a las vírgenes y a los continentes sobre cómo deben abordar la santidad. Sobre la continencia interior de la mente, como es manifiesto en los ejemplos sujetos. Comparación del tesoro. Palabras de constancia. Palabras de deseo celestial. Palabras de compunción de corazón. Palabras de desprecio del mundo. Palabras de concordia. Que en la altura de la justicia y en la fortaleza de los dones del Espíritu Santo (dona sancti Spiritus) se consolidan las obras que Dios obra en los hombres. Que toda acción que se perfecciona en los fieles por la fe y la obra se une al temor del Señor (timor Domini) por la divina providencia. Que el Hijo de Dios rige al que quiere perseverar en la buena obra para que no caiga en el error, Él que por su humildad destruyó la muerte. Que la sombra de la ley recibió su fin en el nacimiento y la pasión del Hijo de Dios. Las cosas que Dios ha hecho en la Iglesia pueden ser vistas y conocidas por los hombres; pero las futuras no sino por la fe o la revelación divina. Que Dios, mirando misericordiosamente al hombre, le amonesta a que imitando a los santos busque la patria celestial. Sobre el estado de la constancia, del deseo celestial, de la compunción de corazón,

del desprecio, de la concordia. Sobre el hábito de ellas. Sobre la constancia. Sobre el deseo celestial. Sobre la compunción de corazón. Sobre el desprecio del mundo. Sobre la concordia. Que en la vigilante fortaleza de la fe se explica la obra buena y en la perfección de la obra se muestra con qué devoción cada uno cultiva a Dios. Que por la fortaleza de la fe Dios arrojó a la antigua serpiente al profundo de la confusión eterna. Los paganos, los judíos y los falsos cristianos que niegan la verdadera fe están bajo el poder de Dios, aunque han sido arrojados de la Iglesia que está puesta en lo alto. Las palabras de Juan sobre el mismo asunto. Que Dios conduce a efecto la Iglesia recogida de todas las partes del mundo, según lo que predestinó: confundido el diablo, lo cual es en el último día.

Y después de estas cosas, en la cumbre del ángulo oriental del edificio mostrado, donde las mencionadas dos partes del muro, a saber, aquella lúcida y la de piedra, estaban unidas: vi como siete gradas de mármol blanquísimo, que parecían estar enrolladas en forma de bóveda hacia aquella gran piedra sobre la cual apareció sentado en un trono el mencionado ser lúcido. Y sobre aquellas gradas estaba puesto un asiento: sobre el cual un joven sentado tenía un rostro viril y noble, aunque de color pálido, y cabellos negruzcos que fluían hasta sus hombros, vestido con una túnica púrpura. Él se me apareció desde la cabeza hasta su ombligo; pero desde el ombligo hacia abajo estaba ensombrecido para mi vista.

Y él mismo, mirando hacia el mundo, gritaba con la máxima fortaleza a los hombres que estaban en él, diciendo: ¡Oh hombres necios que tibia y torpemente os marchitáis en vosotros mismos, no queriendo ni siquiera abrir un ojo para ver qué sois en la bondad de vuestro espíritu, sino que siempre ardéis en obrar el mal que tiene la concupiscencia de vuestra carne, rehusando estar en una buena conciencia y en la recta especulación de vuestra mente, como si no tuvierais el intelecto del bien y del mal, ni esta gloria para que sepáis evitar el mal y perfeccionar el bien: escuchadme a mí, el Hijo del hombre, diciéndoos: Oh hombre, mira qué eras cuando fuiste una coagulación en el vientre de tu madre. Pues entonces eras ignorante e impotente de ti mismo en la vivificación. Pero entonces te fue dado el espíritu y el movimiento y la sensibilidad; para que viviendo te muevas y, moviéndote a ti mismo, entiendas el fruto de la utilidad. Teniendo en efecto la ciencia del bien y del mal y la eficacia de obrar, por lo cual no puedes excusarte de tener todas las cosas buenas de estas en ti: de modo que, amonestado por la suma inspiración, ames a Dios en la verdad y la justicia, y te resistas a ti mismo en la concupiscencia y en el deleite de la injusticia, de modo que te crucifiques en estas: y de este modo cultives mi martirio, resistiéndote a ti mismo en estos ardores, a saber, llevando mi cruz en tu cuerpo, esto es, huyendo de los deseos ilícitos cuando te deleita pecar. ¿Y por qué tienes tal potestad, a saber, para que evites el mal y hagas el bien? Por la ciencia del bien y del mal, por la cual entiendes que eres

hombre, me has de responder. Pero desprecias el bien y obras el mal ardiendo en deseos carnales, porque el bien te parece como algo pesado: pero el mal en ti fácilmente se excita. Y siendo esto así: no quieres constreñirte, sino pecar libremente. ¿Qué hice cuando por ti padecí en la cruz en la enfermedad de la carne, cuando yo, el Hijo del hombre, temblé y me angustié? Por esto requiero de ti un martirio contra ti mismo que padeces en la voluptuosidad de tu carne, y en tus demás perturbaciones y deseos ilícitos que son contra mi voluntad, y en otras necedades de esta clase que siguen a estas en las cuales no puedes excusarte de saber cuándo obras bien y mal.

Pero no rechazo la cópula de la casta unión legal, que fue establecida por consejo divino para la multiplicación de la procreación de los hijos de Adán; donde esto se haga en el verdadero deseo de prole y no en la falsa voluptuosidad de la carne por aquellos a quienes les es lícito sin injuria, según lo que les fue preceptuado en la ley divina, a saber, los dedicados al siglo y no los segregados en el espíritu. El bien, pues, que tienes de mí, debes amarlo contra ti mismo. Celestial eres en el espíritu, terrestre en la carne. De donde debes amar las cosas que son celestiales, y conculcar las que son terrestres. En la obra de las cosas celestiales te demuestro el premio supremo; pero en la voluntad de tu carne, cuando quieres perfeccionar lo que es injusto, ahí te muestro mi martirio y las penas que sostuve por ti, para que tú en los deseos contrarios te resistas a ti mismo por el amor de mi pasión. Muchísimo entendimiento

tienes en ti, y muchísimo sentido será por lo tanto requerido de ti. Mucho se te ha dado, y mucho también se te ha de requerir. Pero en todas estas cosas soy tu cabeza y tu auxilio. Pues tocado con un toque superno, si me invocaras, oirás respuesta de mí; si llamaras a la puerta, se te abrirá. En el espíritu de la perspicacísima ciencia con la que fuiste dotado, tienes en ti todo lo que te es útil. Y puesto que esto está en ti, por ello también mis ojos, mirando con agudísima perspicacia, considerarán qué encuentren en ti. Por lo cual de tu conciencia requiero heridas y dolor de tu corazón: en las cuales te coerces, cuando sientas que eres arrastrado al pecado por tu propia voluntad. Y cuando así te hayas encendido en ello de tal modo que, totalmente licuado, apenas puedas suspirar: he aquí que entonces te inspecciono. ¿Qué harás entonces? Si entonces en este trabajo, con el corazón herido y los ojos húmedos, sacudido por el temor de mi juicio me invocaras, y si entonces también en este clamor perseveraras para que te socorra contra las maldades de tu carne y contra las batallas de los espíritus malignos: haré todo lo que deseas que se haga por ti, y pondré la casa de mi habitación en ti.

Ahora pues, hijo mío, mira cuánto trabajo y sudor se emplea en el campo antes de que sea sembrado con semilla; pero después de que fue sembrado con semilla, da su fruto. Por tanto atiende y considera estas cosas. ¿Acaso no rehúso conceder a la tierra esto, que engendre fruto sin el sudor del trabajo? Pero cuando me place, se llena tan sobreabundantemente de frutos, que

los hombres tienen abundantísima suficiencia, a veces incluso sobreabundan, y cuando quiero, se les atenúa de tal modo, que los hombres a veces apenas viven por la excesiva hambre, y a veces también muchos, atenuados en aquellas cosas, perecen. Según este modo los hombres son dispuestos por mí; a saber, a aquel hombre que con buen corazón recibe voluntariamente la semilla de mi palabra, le otorgo sobreabundantemente los grandes dones del Espíritu Santo como a un buen campo. Pero aquel que a veces recibe mi palabra y a veces también rehúsa recibirla, es como un campo que en un tiempo verdea y en otro se seca. Este hombre, sin embargo, no perece del todo; porque aunque padezca hambre en el alma, tiene sin embargo algo, aunque poco, de verdor; pero muere en todo aquel que con ninguna intención desea recibir mis palabras, y que ni por la amonestación del Espíritu Santo ni por la doctrina de los hombres quiere excitar de modo alguno su corazón hacia el bien. Te maravillas de estas cosas, oh hombre, y quieres saber por qué suceden así

Pero así como no puedes contemplar la divinidad con una mirada mortal; así tampoco podrás captar sus secretos con un sentido mortal, sino en cuanto te sea posible por su permiso. Tú, sin embargo, con tu ánimo vacilante, te vuelves de aquí para allá. Por lo cual, así como el agua es absorbida por el calor de un horno ardiente, así tu espíritu es oprimido por la inquietud de tu ánimo necio. Puesto que deseas saber estas cosas que no

deben ser conocidas por la carne humana concebida de semilla humana en pecados.

Levanta, pues, tu dedo y toca las nubes. ¿Y ahora qué? Pero esto no puede hacerse, así como tampoco aquello, mientras escudriñas esto que no te es dado saber. Sino que así como las hierbas no pueden comprender sus campos porque carecen de sentido e intelecto, no sabiendo qué son ellas mismas, ni qué son o qué obran con su fruto, aunque llenan y rodean los campos por causa de la utilidad; y así como los mosquitos o las hormigas, u otros animales menores no desean dominar sobre los demás semejantes a ellos, ni saber o entender la virtud o la significación del león o de otros animales mayores, así tampoco tú podrás conocer qué hay en la ciencia de Dios. ¿Qué hiciste tú o dónde estabas cuando el cielo y la tierra fueron creados? Quien creó estas cosas no necesitó entonces tu auxilio, así como tampoco ahora. ¿Para qué escudriñas el juicio de Dios, cuando has sido tocado desde lo alto por la lluvia saludable? Muéstrame cómo trabajas en el campo de tu corazón y cómo lo cultivas. Porque si ese trabajo me pluguiere, te daré el mejor fruto según tu trabajo, y será tu fruto con recompensa. ¿Acaso doy el fruto de la tierra sin trabajo? Así tampoco hago contigo, oh hombre, sin sudor, el cual requiero de ti. Pues tienes por mí aquellas cosas en ti, en las cuales puedes trabajar. Por tanto, ejercítate diligentemente en el trabajo, y de allí conseguirás fruto. Y cuando tengas fruto, de allí reportarás recompensa. ¿Pero qué? Ahora

muchos me buscan con corazón devoto y puro y sencillo, y encontrándome me retienen.

Pero muchos, chanceando y jugando, quieren acercarse a mí sin el trabajo de su mente y de su pensamiento, no queriendo premeditar qué deben hacer, a saber, invocándome y considerando el sentido de su cuerpo, queriendo solamente aprehenderme, como si despertaran de un sueño pesado, arrebatando por un movimiento repentino de simulación y de engaño el camino de la santidad, según se imaginan en sí mismos; algunos ciertamente en el rechazo de los negocios seculares, otros en la continencia de las cosas carnales, otros en el pudor de la virginidad asumiendo sobre sus hombros mi yugo, estimando que les es posible todo lo que quisieran, no queriendo mirar quiénes son o qué pueden perfeccionar, ni queriendo tener en su conocimiento quién los formó, o quién es su Dios, queriendo tenerlo a él solo como su doméstico que perfeccione toda la voluntad de ellos. Así no quiero dar mi don ni sembrar un campo vacío en aquel hombre que, en una vanidad de esta clase, no se conozca ante mí en la alienación de la ignorancia. Por lo cual también su pie estará a menudo en caída.

A quien también digo: Oh hombre, ¿por qué no inspeccionaste el campo de tu ánimo para erradicar las hierbas inútiles y las espinas y los abrojos, a saber, invocándome y considerándote a ti mismo, antes de que vinieras a mí como ebrio e insano e ignorante de ti mismo, puesto que ninguna obra lúcida puedes perfeccionar sin mi auxilio? Pues después de esta precipitación con

la que me buscaste como en sueños; cuando en mi servicio, afectado por el tedio, te acordares de aquel sueño en el que antes dormías en tus pecados habituales, volverás a los mismos crímenes anteriores, insano e ignorante del bien, destituido del auxilio y de la consolación del Espíritu Paráclito. Pero, ¿qué buscaste como guía y auxilio para estas cosas? Ciertamente a tu ánimo falaz y engañoso, que te llevaba neciamente a la aridez, sin verdor y sin el recuerdo de tu intelecto, olvidado de que nada bueno podías hacer sin mí. ¿Y qué tienes entonces? Ciertamente entonces, mísero y vacío, caerás ante mí y ante el pueblo, y como polvo inútil serás pisoteado. Pues, ¿qué te es posible contra mí? Nada. ¿Y qué puedes con mi auxilio? Puedes hacer obras lucidísimas que son más espléndidas que el esplendor del sol, y más dulces en el gusto interior que la miel y la leche, cuando se manifiestan al pueblo que las desea. Pues cuando me buscas con el íntimo intelecto de tu alma, como fuiste enseñado en el bautismo por la fe, ¿acaso no te doy todo lo que deseas? Pero después de su caída, muchos me buscan gimiendo y doliéndose; los cuales antes de caer debieron haberme buscado. A quienes extiendo mi mano, diciendo: ¿Por qué no me buscaste antes de la caída? ¿Dónde estaba yo? ¿Y dónde me buscaste? ¿Acaso cuando me buscabais, os deseché? Y digo: Oh hombre, si estuvieras junto al puente de una agua profundísima, y por una vana jactancia y por el olvido de tu corazón (por el cual me despreciaste en todas las cosas, cuando pensabas que te era posible todo lo que quisiste,

como si no necesitaras mi auxilio) dijeras temerariamente en ti mismo: quiero evitar este puente y caminar por el agua, ¿acaso no actuarías prudentemente? Pero si lo hicieras presuntuosa e insensatamente; ¿acaso no exhalarías tu espíritu en la misma criatura que te fue creada sujeta para tu utilidad? Pero para que esto no te suceda: te precaves por el temor presente y visible del agua, que te absorbería hacia la muerte. O si vieras caer un árbol grandísimo cortado, ¿acaso no huirías para no ser comprimido por él? O si vieras que te saldrían al paso leones u osos, ¿acaso no te esconderías en la tierra si pudieras por el temor que concebirías? Y cuando huyes así de la lesión del cuerpo; ¿por qué no evitas la terribilísima muerte del alma, temiendo a tu Creador? ¿Acaso no viste u oíste que alguno me resistiera jamás? Porque el que no está conmigo, será dispersado; y sobre quien yo cayere, será quebrantado. ¿Qué fuiste cuando el cielo y la tierra fueron creados, que de tal modo ejecutan sus fuerzas como les fue establecido? Tú, en cambio, formado por el consejo de Dios y tocado por su iluminación, trasgredes sus preceptos. ¡Oh gran demencia! Por la criatura que te sirve como sujeta, desprecias a tu Dios; tú pisas la tierra y miras al cielo, los cuales, temiendo a su Creador, le obedecen y cumplen su mandato: ¿qué haces tú, insensatísimo, tan poco cuando ni quieres conocerlo en tu pensamiento ni en tu obra, ni mirar hacia él, de modo que quieras reconocerlo como es debido? Por lo cual, si no te arrepintieres, el infierno por un justo juicio te engullirá, tal como también hizo con

aquel que, endurecido, fue arrojado del cielo, a quien tú has imitado. No obstante, cuando hayas caído, clamando fielmente búscame, y te recibiré levantado. Tú, en cambio, oh hombre, con tanta frecuencia quieres tocar las cosas sumas, tú que ni las ínfimas puedes comprender.

Por lo cual óyeme diciéndote: Si, amonestado por mí en el rechazo de los negocios seculares, o en la continencia de las cosas carnales, deseas llevar mi yugo, antes de que acometas esto, clama primero, y persevera en esto buscándome, y yo te ayudaré.

Pero si también, tocado por mi amonestación, quieres imitarme mirando hacia mí, en el pudor de la virginidad —porque así como una flor nace de un campo no arado, así también yo, sin semilla viril, nací de una virgen como Hijo de Dios — muéstrame el campo de tu ánimo con mucha humildad, y háblame en la largueza de tus lágrimas interiores, y di: Oh Dios mío: yo, hombre indigno, no tengo por mí mismo esta posibilidad de perfeccionar para que pueda conservar mi virginidad, a menos que Tú, Señor, me ayudes, porque soy totalmente culpable en el surgimiento del jugo ardiente del cual broto en muchas miserias, repitiendo frecuentemente el origen de mi fragilidad. Por lo cual tampoco puedo por mi virtud superarme a mí mismo en el gusto de la dulzura de mi carne, mientras soy un árbol concebido y nacido en pecados. Por esto Tú, Señor, dame en tu virtud el don ígneo, que extinga en mí este fomento y este ardor de perversidad, de modo que con rectos suspiros beba del agua de la

fuente viva que me haga gozar en la vida, yo que soy ceniza y polvo, mirando más a las obras de las tinieblas que a las obras de la luz.

Y si tú entonces fueras estudioso y constante en esta súplica, preparo para mí en ti aquel campo que Isaac propuso a su hijo cuando decía: "He aquí el olor de mi hijo como el olor de un campo lleno, al cual bendijo el Señor" (Gén. 27); y bendeciré ese mismo campo mío en tu corazón, y como él también prosiguió diciendo: "Sé señor de tus hermanos, e incúrvatense ante ti los hijos de tu madre" (ibid.). Y de la misma manera también tú serás una generación sublimada ante el pueblo común. Pero yo sembraré rosas y lirios, y otros óptimos pigmentos de virtudes en aquel campo, y con la inspiración del Espíritu Santo lo regaré con lluvia asidua, y en la erradicación de la infecundidad cercenaré de él el mal, de modo que, volviendo mis ojos, los apaciente en el verdor y en la floridez de este campo incorrupto.

Esto es mío y por mí, y no tuyo, oh hombre, ni por ti. Pues yo soy la flor del campo (Cant. 2): puesto que así como el campo sin arado engendra la flor, así yo, el Hijo del hombre, fui engendrado de la virgen sin conjunción viril. Y por eso este don es mío y no tuyo, porque tú, concebido en pecados, naciste de la corrupción en pecados. Pero si pidieras fielmente ese don de mí, lo impetrarás de mí con confianza, y te daré que ante mi Padre tengas mi consorcio en la virginidad.

Pero esto, por la fragilidad de tu cuerpo, no podrás tenerlo sin el trabajo del calor que está en ti, porque la naturaleza humana de tu fragilidad

a menudo se traiciona en ti, lo cual no puedes evitar, porque eres carne de la carne. Pero en esto debes llevar mi cruz e imitar mi martirio: a saber, constriñéndote, de modo que por mí te venzas a ti mismo, lo cual siempre me es amable, porque sé que eres un vasito frágil, y entonces quiero comunicarte y compadecer tus dolores. Pero si también en estas cosas alguna vez cayeras, levantándote más pronto haz penitencia de corazón y, recibiéndote, te salvaré.

Pero algunos, engañados por el diablo y persistiendo en el mal, piensan que están santificados cuando contienen en sí al hombre exterior del matrimonio, desechando la circuncisión de la mente donde son superfluos en pensamientos inmundos, e incluso negando la circuncisión del espíritu donde profieren el mal en sus locuciones y obras. No quieren saber que esto es flagitioso, sino que observan solo tibiamente que su carne esté íntegra de la conmixtión, renunciando del todo a la integridad de su espíritu.

Por lo cual, indignos ante mí, son arrojados fuera de la ley tanto carnal como espiritual; porque ni en la carne ni en el espíritu vivieron según la justicia de Dios. Pues ni mantuvieron la ley del matrimonio que les fue constituida, ni —lo que es más— conservaron lo que en la ley está mandado en el amor de la virginidad. Por lo cual son indignos a mis ojos, puesto que no sé quiénes son. Pues no los vi caminar en el precepto de la ley, ni que en aquella cosa favorecerían más de lo que les fue mandado. Por lo cual también son repelidos de mi visión.

Yo los comparo a la tierra infértil que engendra espinas y abrojos e hierbas infelices, que no valen para ningún uso de los hombres, las cuales en su altura y color se asimilan a las rosas y a los lirios y a otras flores e hierbas útiles que tienen en sí jugo útil y fruto dulce y buen olor para los usos de la medicina. Y de nuevo los comparo al cobre: que exteriormente se asimila al oro, reteniendo dentro la decepción y la hipocresía del oro, puesto que según este modo estos hombres muestran por fuera tener la semejanza de las vírgenes prudentes, pero interiormente están llenos de falacia y de indignación.

Por lo cual también ante mí son como un viento tibio, cuyo calor ni frío tiene vigor alguno; porque ni son útiles en el calor de su ánimo para que perseveren en la continencia de la virginidad como empezaron, ni valen en el frío de la vida mundana para que pasen el tiempo en las cosas seculares como se proponen a sí mismos. Pues ni pecan fuera de la ley como los publicanos, ni dentro de la ley como los injustos; sino que, tibios en sí mismos, ni son perfectamente justos ni injustos.

Pero así como el cachorro de los animales inmundos es desechado antes de que se sienta vivir, o antes de que se fortalezca en la fortaleza de su edad, así este pueblo es arrojado a la muerte, puesto que ni se sabe vivir para la vida, ni en sí entiende la fortaleza de las virtudes que están en la casa de la sabiduría. Por lo cual también los soplo fuera de mi boca; porque son indignos

de mi aspecto, si así perseveraren impenitentes. Ahora, en cambio, oh hombre, mira en ti mismo.

Pues si alguno de los hombres te diera un tesoro, porque te amara muchísimo, y te dijera: "Saca provecho de esto y sé rico, para que también por este pacto se sepa quién es aquel que te dio este tesoro": entonces te convendría pensar muy agudamente cómo sacar provecho de él útilmente, diciendo en ti: "El tesoro de mi Señor debe aparecer en mí con el mejor provecho, de modo que él mismo también sea alabado en él". Y cuando tú lo multiplicaras útilmente aumentado de este modo, llegaría un buen rumor de allí a los oídos de aquel que te había dado el tesoro. Por lo cual él mismo, por esto acordándose de ti, te amaría más y te conferiría mayores dones.

Así también hace tu Creador. Él te dio un tesoro óptimo viviente, a saber, el intelecto, amándote mucho, puesto que eres su criatura, y te mandó por las palabras de la ley por él constituida que saques provecho con tu intelecto mediante buenas obras, y salgas rico en virtudes: de modo que el mismo buen dador sea por esto más diligentemente conocido y alabado. Por lo cual a cada hora te conviene meditar cómo este don tan grande que percibiste, hecho útil tanto para los demás como para ti mismo en las obras de justicia, devuelva de ti el esplendor de la santidad, a fin de que los hombres, provocados por tu buen ejemplo, exhiban de allí a Dios el honor de la alabanza. Lo cual, cuando lo hubieras multiplicado humildemente en toda justicia: la alabanza y la acción de gracias crece hacia el conocimiento

de Dios, quien en el Espíritu Santo te inspiró estas virtudes, por lo cual él mismo, volviendo hacia ti la misericordia de su gracia, por la dulzura de su dilección te hará arder sobreabundantemente más en el amor de él; de modo que, lleno de la consolación del Espíritu Santo, disciernas sabiamente todo lo que es bueno y hagas mayores obras buenas, glorificando con amor ardentísimo a tu Padre, que benignamente te dio estas cosas. Pero oigan mis ovejas estas palabras, y quienesquiera que tengan oídos del espíritu interior, concíbanlas; porque me place que así obren los hombres que me conocen y aman, para que también ellos mismos entiendan en sí mismos qué deben hacer con los dones del Espíritu Santo.

Pero en la misma región oriental vi sobre el pavimento del prefado edificio, ante el mismo joven, tres imágenes que estaban de pie una junto a la otra, y que lo miraban devotísimamente; pero hacia el aquilón, entre aquel círculo grande que se extendía desde el predicho lúcido que se sentaba en el trono, y entre el mismo edificio, distinguí como una rueda que colgaba en el aire, y en ella la imagen de un hombre que aparecía hasta el pecho, y que miraba muy agudamente al mundo. Ante el ángulo, en verdad, del mismo edificio que se inclinaba hacia el austro, otra imagen aparecía dentro del mismo edificio sobre el pavimento; la cual se volvía al predicho joven con gran hilaridad.

Y en estas imágenes había tal semejanza que, como las demás virtudes que antes había visto, todas estaban vestidas con vestiduras de seda.

Todas también estaban cubiertas en sus cabezas con velos blancos: excepto aquella que, estando en medio de las predichas tres a la derecha, parecía tener cabellos blancos con la cabeza desnuda. Ninguna de ellas, sin embargo, había sido envuelta con un palio; excepto la misma media de las tres, que se vestía con un palio blanco. Pero todas se vestían con túnicas blancas: excepto aquella que, apareciendo en la rueda, tenía una túnica tirando a negra. Y excepto esta que, siendo la media de las mismas tres a la izquierda, usaba una túnica de color pálido. Todas también habían sido calzadas con calzado blanco: excepto la media de aquellas tres cuyos indumentos de los pies parecían negros, y pintados con diverso color.

Pero esta fue la disimilitud en ellas. En el pecho de la imagen que fue la media de las predichas tres que le asistían, aparecieron dos ventanitas, y sobre ellas, un ciervo vuelto hacia la derecha de la misma imagen: de modo que había puesto sus pies anteriores sobre la ventana derecha y los posteriores sobre la izquierda, como si se hubiera dispuesto para correr.

Y la misma imagen decía: Yo soy fortísima, columna y no móvil por la ligereza de la inestabilidad, de modo que pueda ser conmovida por un soplo de viento como una hoja de árbol que es movida por él, y es propulsada aquí y allá; sino que debo perseverar en la verdadera piedra que es el verdadero Hijo de Dios. ¿Y quién puede conmoverme? ¿Quién puede dañarme? No podrá esto un príncipe fuerte o débil o un innoble, un rico o un pobre, para que no persevere en el verdadero

Dios que no será conmovido eternamente. Ni yo seré movida; porque estoy fundada sobre un fundamento fortísimo. Pues no quiero estar con los aduladores que por el viento de la tentación son esparcidos por todos los caminos, no persistiendo nunca en el reposo de la estabilidad, sino cayendo siempre a cosas inferiores y peores. Pero yo no soy así: puesto que estoy puesta sobre una roca firme.

Pero la imagen que estaba a su derecha, mirando al predicho ciervo, decía: "Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma hacia ti, Dios" (Sal. 41). Por lo cual quiero saltar montes y collados, y la imbecilidad de la dulzura transitoria de la vida, mirando solo con corazón sencillo hacia la fuente del agua viva; porque él mismo está lleno de gloria innumerable de cuya suavidad nadie puede saciarse, con un tedio de su saciedad.

Pero la imagen que estaba a su izquierda, viendo a través de las predichas ventanitas, decía: Siempre miro, siempre tengo la luz verdadera y eterna: ni pensando ni mirando hacia arriba ni contemplando podré saciarme con la perpetua dulzura que está en el Dios superno.

Pero la imagen que apareció en la rueda contra el aquilón tenía en su mano derecha un ramito verde; y la misma rueda se revolvía asiduamente permaneciendo la misma imagen inmóvil en ella. Y en el circuito de la misma rueda estaba escrito: "Si alguno me sirve, sígame; y donde estoy yo, allí también estará mi servidor" (Jn. 12). En el pecho de la misma imagen estaba esculpido: Yo soy

hostia de alabanza en las provincias. Y la misma imagen decía: Al que venciere le daré a comer del árbol de la vida que está en el paraíso de mi Dios, porque la fuente de la salvación sumergiendo la muerte ha transfundido sus arroyos en mí y me ha hecho reverdecer en la redención.

Pero la imagen que aparecía ante el ángulo que miraba hacia el austro era de tal esplendor en su rostro que no podía contemplarla perfectamente. Pero de cada uno de sus lados tenía un ala de color blanco, cuya latitud superaba la longitud de cierta imagen, y dijo: ¿Quién es de tanta fortaleza que intente repugnar a Dios? ¿Y quién es de esta audacia que se atreva a desnudarme y corromperme en la torpeza del odio y de la envidia? Dios es justo y uno en sincera potestad y gloria. A él siempre quiero abrazarlo con puro corazón y alegre rostro, y siempre gozar en todas sus justicias. No quiero, sin embargo, ser mudable, sino siempre durar en un mismo ánimo y alabar a Dios asiduamente. Por lo cual ni el diablo ni el hombre malévolo podrán ablandarme, ni derribarme a esta rabia de la dolosidad; sino que siempre perseveraré como imitadora de la paz en recta unanimidad. Pasado, en cambio, el mundo, apareceré más claramente en la visión celestial.

Después de estas cosas vi y he aquí que todo el pavimento del predicho edificio apareció todo como vidrio blanco, devolviendo de sí un esplendor serenísimo. Pero también el esplendor de aquel lúcido que se sentaba en el trono, que me demostaba todas estas cosas, resplandeció por el mismo pavimento hasta el abismo. Pero entre

aquel círculo extendido desde el que se sentaba en el trono, y entre este edificio, apareció entonces la tierra, e inclinándose como un poco hacia abajo de modo que el mismo edificio parecía de allí como puesto sobre un monte.

Y el lúcido que se sentaba en el trono me decía de nuevo: El Hijo del Dios vivo nacido de la Virgen, siendo él mismo la piedra angular, a quien reprobaron aquellos que en la ley de Dios debieron edificar por su salud —lo cual sin embargo rehusaron hacer, amando más las tinieblas que la luz y la muerte que la vida— reina poderosamente en estos, que, ardiendo por el contacto del Espíritu Santo, se pisotean saludablemente a sí mismos exteriormente, arrebatándose con todo esfuerzo hacia lo interior del espíritu en la plenitud de las virtudes y de las buenas obras.

Por lo cual también en la cima del ángulo oriental del edificio pre-demostrado, donde las predichas dos partes del muro mismo —a saber, la lúcida y la lapídea— están conjuntas, ves como siete gradas de blanquísima piedra, puesto que en la altura de la justicia que emana del verdadero Oriente, el cual es la piedra angular en la obra divina, donde las dos conjunciones de la necesaria munición —a saber, la ciencia especulativa y la obra humana— se adhieren entre sí en la unanimidad del reposo: allí está el ascenso septenario de blanquísima fortaleza, lleno de rectísima acción, la cual Dios obra y perfecciona en el hombre, como habiendo trabajado en seis días descansó en el séptimo.

Las cuales gradas se ven decentemente envueltas a modo de bóveda hacia aquella piedra grande sobre la cual aparece el predicho lúcido que se sienta en el trono; porque toda acción que se perfecciona por la fe y la obra en los hombres fieles se une por la autoridad de su providencia, con un dignísimo efecto de composición, al Temor del Señor, al cual preside él mismo con fortísima omnipotencia, él que rige todas las cosas. Por lo cual también sobre aquellas gradas está puesto un asiento, esto es, sobre las obras que Dios obra en los hombres, un firmísimo firmamento de protección de quien los rige y ayuda; porque quienquiera que quiera perseverar con él no caerá en el error; puesto que él mismo existe como el más fuerte sostén, sobre el cual toda la justicia está constituida. Y sobre el asiento está sentado un cierto joven con el más constante régimen, el Hijo del hombre, el Hijo de Dios reinando en toda justicia con el Padre y el Espíritu Santo, un solo Dios; teniendo un rostro varonil y noble, porque el mismo león fortísimo destruyó la muerte con noble rostro, viniendo visible a saber sin pecado, nacido de la virgen; existiendo sin embargo de color pálido, puesto que con las cosas terrenas no buscó el honor terreno, sino que humildísimo, módico y pobre, apareció en santa humildad.

Por lo cual también tiene cabellos tirando a negros que descienden hasta sus espaldas, porque el pueblo judaico, no buscando la claridad de la fe que fue demostrada en la encarnación del mismo Hijo de Dios, pertinaz e infielmente se

consumió, ensombrecido en la sombra del intelecto exterior de la ley; nacido sin embargo en la cabeza de la justicia y llegando hasta el hombro de la fortaleza donde la obra perfecta floreció en la humanidad del Hijo de Dios, allí recibió su fin en su incredulidad. Y está vestido con túnica púrpura; puesto que en la caridad derramando su sangre, redimió al hombre que había perecido.

Pero lo que se te aparece desde la cabeza hasta el ombligo: esto es que desde su encarnación hasta el tiempo presente las obras que realizó en la Iglesia son manifiestas a los fieles, pero del ombligo hacia abajo está ensombrecido para tu visión; porque aquellas cosas que han de ser en la misma Iglesia desde este tiempo hasta la consumación de este siglo, no podrán ser ni vistas ni sabidas sino en cuanto se perciben por la revelación divina y la fe católica, puesto que las máximas coruscaciones de las virtudes que han de manifestarse en los hombres antes del novísimo día, todavía yacen ocultas e incógnitas a los hombres. Y él mismo mirando al mundo, porque el mismo Hijo de Dios dirigiendo el aspecto de su misericordia a los hombres, dice por causas pasadas y futuras las fidelísimas palabras de su amonestación a ellos, para que ellos mismos imiten en sus santos la milicia celestial huyendo de los peligros de los pecados, y para que luchando fortísimamente alcancen la felicidad superna en sus hechos contradiciendo las penas de los impíos.

Pero eso que ves en la misma región oriental sobre el pavimento del prefado edificio ante el

mismo joven, tres imágenes que están de pie una junto a la otra y que lo miran devotísimamente: esto es que en el surgimiento de la justicia, que deprime los deseos carnales, en la disposición del Padre omnipotente al aparecer el Hijo de Dios en la carne, estas tres virtudes, unánimes en la devoción por la virtud de la trinidad más constante, se han manifestado dirigiendo su aspecto hacia él; porque lo desean y lo buscan en los hombres fieles.

Por lo cual también hacia el aquilón, entre aquel círculo grande que se extiende desde el predicho lúcido que se sienta en el trono, y entre el mismo edificio, distingues como una rueda que cuelga en el aire, y en ella la imagen de un hombre que aparece hasta el pecho, y que mira muy agudamente al mundo. Esto es porque contra las artes diabólicas, entre la secreta potestad de Dios y la edificación espiritual de él, la circuición de su misericordia en las mentes de los hombres se revuelve colgando como en el aire, y ahora tocando la potencia de la justicia de Dios, ahora confirmando fuertemente su obra en ellos. En la cual la perfección cristiana en el desprecio del mundo aparece hasta el pecho de su fortaleza; porque esta virtud, confiando en Dios en el vigor del certamen más fuerte, amonesta con el agudísimo instinto de su amonestación a los hombres que conversan secularmente en el mundo, para que en el rechazo de las cosas terrenas imiten el ejemplo del precedente Hijo de Dios, aspirando fuertemente hacia él con intención constantísima.

Por esto también ante el ángulo del mismo edificio que se inclina hacia el austro, otra imagen que aparece dentro del mismo edificio sobre el pavimento se vuelve al predicho joven con gran hilaridad. Esto es porque para que la caída del hombre fuera restaurada a la vida por la bondad del padre superno en el ardor de la fructuosidad, esta virtud, pisoteando las cosas seculares en la plenitud de la obra divina, y manifestándose abiertamente en la dulzura de su afecto, se dirige al Hijo de Dios en el consorcio del orden angélico con el gozo de los hombres fieles, porque en la encarnación del mismo Salvador floreció por la virtud superna.

Pero en estas imágenes hay una sola semejanza, porque con igual devoción manifiestan a Dios en los hombres, quienes lo magnifican concordemente en sus obras.

Por lo cual también, como las demás virtudes que antes viste, todas se visten con vestiduras de seda; puesto que en sus fuerzas no existen disímiles a las restantes virtudes que arriba se te demostraron como veracísimas, sino que en el suave negocio de la dulcísima obra de los hombres fieles, están siempre tendiendo juntas hacia arriba, hacia Dios.

Pero el hecho de que todas estén cubiertas con velos blancos en sus cabezas, esto es que juntas están ocupadas en el blanco propósito de la institución legal con una gran ligazón ante Dios, cabeza de todas las cosas, como la mujer suele velarse ante su marido, excepto aquella que, estando a la derecha de la media de las predichas

tres, parece tener cabellos blancos con la cabeza desnuda. Esto es porque en la misma prosperidad de vigor que aparece por la trinidad superna, gravada por ninguna solicitud de este siglo, en la blancura solo del deseo celestial busca ser disuelta y estar con Cristo, por lo cual también ninguna de ellas está envuelta con un palio. Pues han sido desnudadas de todo oficio de servidumbre, por el cual pudieran ser impedidas del oficio de su libertad —a saber, mirar siempre al cielo y anhelar a Dios—, no deseando ninguna otra cosa sino lo que está separado de las cosas terrenas, excepto la media de aquellas tres que se viste con un palio blanco. Por el cual en el sostén divino se insinúa la hermosura de la discreta obra de la bendita ley, con el cual la misma virtud está de tal modo envuelta y cubierta como el hombre es rodeado por su palio.

Pero el que todas se vistan con túnicas blancas: esto es que en la blancura de las buenas obras conversan sin la negrura de las malas costumbres quienes están oscurecidos en las nequicias y vicios de la infidelidad cegada: excepto aquella que, apareciendo en la rueda, tiene una túnica tirando a negra. Porque esta, en la volubilidad de la divina clemencia, está rodeada por estos actos que en su rigor son difíciles para la carne, y excepto esta que, asistiendo a la izquierda de la media de las mismas tres, usa una túnica de color pálido. Ella misma en la adversidad está rodeada y amurallada por la munición de la suma majestad para su defensa, en el lacrimable pesar de la obra

que gime, en la cual llorando y ululando suspira siempre a Dios.

Por lo cual también todas han sido calzadas con calzado blanco; puesto que, luciendo en la muerte de mi Hijo, preparan el camino de la paz en las mentes de los hombres, a fin de que deseen las cosas celestiales, excepto la media de aquellas tres cuyos indumentos de los pies parecen negros y pintados con diverso color. Puesto que esta, permaneciendo bajo la protección de Dios pero sosteniendo grandes cismas de los infieles en la irrisión de la negrura que se desvía del camino de la verdad, decorada sin embargo por el recto camino de la fe, no disintiendo en la mortificación de mi Hijo por muchas infestaciones de las artes diabólicas y por diversas tribulationes de las costumbres de los hombres, perseverando en su fortaleza y hermosura tiende a lo superno.

Pero sin embargo hay una disimilitud en ellas; porque aunque son unánimes y se adhieren mutuamente en la operación, sin embargo cada una demuestra sus fuerzas en los hombres a ella sujetos, singularmente en el fervor de la claridad superna.

Por lo cual la imagen que es la media de las predichas tres que le asisten, declara la Constancia; la cual es columna y munición de aquellas virtudes que se le adhieren, significando en medio de este número la santísima Trinidad, manifestándose y mostrando a los hombres que sean constantes en las buenas obras, porque también Cristo, Dios y hombre, consumó con buen fin sus obras que realizó en el mundo, tal como también

esta virtud, existiendo como firmamento de las virtudes interiores en los hombres, con gran disciplina conduce a los hombres a Dios.

Por tanto también en su pecho aparecen dos ventanitas: lo cual es en los corazones de los hombres la manifestación de las cosas celestiales demostrada en los dos espejos de la fe, puesto que se ha de creer la divinidad y la humanidad en el Hijo de Dios; por quien aquella virtud perfeccionada en los hombres no será movida de la fortaleza de su rectitud.

Pero sobre las mismas ventanas aparece un ciervo vuelto hacia la derecha de la misma imagen, porque sobre esta fe de que el Hijo de Dios es creído Dios y hombre, él mismo es puesto firmísimamente por la credulidad del pueblo fiel, cuando por el curso de su velocidad designando el deseo celestial, se vuelve a la derecha de la Constancia; Puesto que la vida eterna se encuentra en la perseverancia de la buena obra, de modo que pone sus pies anteriores sobre la ventana derecha, y los posteriores sobre la izquierda; Porque el que él mismo sea verdadero Dios, no debe ser despreciado en la tranquilidad de la fe, o el que sea verdadero hombre, no debe ser dudado en la impugnación de la misma fe por nadie que ame a Dios verdaderamente. Por lo cual también se dispone como para correr, puesto que la salvación de las almas fue hallada en su curso; cuando él mismo en grandes dolores apresurándose a la pasión de la cruz, confirió la vida a los que perseveran en la verdad, como también esta virtud designa arriba en las palabras de su confesión.

Pero la segunda imagen que está a su derecha prefigura el Deseo Celestial, mirando siempre al cielo y tendiendo a la salvación, por lo cual la Constancia, no apeteciendo la prosperidad de las cosas caducas, desea más la felicidad de las eternas. Por lo cual también mira al predicho ciervo; porque atendiendo asiduamente al Hijo de Dios en su obra lucidísima, no podrá saciarse en los dulcísimos abrazos de aquel, tal como también afirma arriba en la locución de su deseo.

Pero la tercera imagen que está de pie a su izquierda muestra la Compunción de Corazón y el recuerdo de la mente que gime y llora su exilio con asidua contrición, por cuya bendita efusión la Constancia, declinando la contrariedad de la parte siniestra que es la perdición del alma, se apresura de la muerte a la vida. Por lo cual también mira hacia las predichas ventanitas; puesto que en los corazones de los fieles, dirigiendo toda su intención al Hijo de Dios que reina tanto en la humanidad como en la divinidad, se deleita en disfrutar de su suavidad con continua visión, como también demuestra con abierta manifestation en sus palabras.

Pero la imagen que aparece en la rueda contra el aquilón, prefigura la perfección de Cristo y el desprecio del mundo, porque la plenitud de las virtudes en el rechazo de las cosas seculares fue declarada muy abiertamente por el Hijo de Dios; quien, habiendo conversado entre los hombres no ansiando las cosas terrenas, amonesto fuertemente a sus imitadores a anhelar las cosas celestiales con todo ardor.

Ella tiene en su mano derecha un ramito verde, puesto que en la felicidad de la salvación del alma contiene la obra del verdísimo y hermosísimo germen de las benditas virtudes que fue infundido por la inspiración del Espíritu Santo. Por lo cual también la misma rueda se revuelve asiduamente permaneciendo la misma imagen inmóvil en ella, porque la misericordia de Dios por piadosa compasión inclinándose hacia los hombres, y compadeciéndose de sus miserias, es siempre flexible para quienes la buscan, mientras que la perfección de Cristo en el desprecio del mundo no tiene movilidad alguna de inestabilidad, sino que siempre tiende a aquellas cosas que están sin ninguna ofensa de mutabilidad.

Pero lo que está escrito en el circuito de la misma rueda: "Si alguno me sirve, sígame. Y donde estoy yo allí también estará mi servidor" (Jn. 12): esto es que la por todas partes flexible misericordia de Dios, contiene esto en sí, que quienquiera que exhibiera obsequio al Hijo de Dios imitando su ejemplo, gozará en la beatitud celestial, habiendo de alcanzar con él el consorcio sin fin de los ángeles. Por lo cual también en el pecho de la imagen aparece esculpido: "Yo soy hostia de alabanza en las provincias". Esto es porque Cristo, enseñando sabiamente el desprecio de las cosas seculares, por el secreto de su consejo insinúa en los corazones de sus electos que toda alma fiel venera y adora con íntima devoción a él mismo, la hostia del Padre ofrecida en el madero de la cruz. Cuando también en todo el orbe de las tierras la voz y lengua de todos los fieles, por la remune-

ración de la vida, no cesa de resonar su gloria y alabanza, tal como también ella misma proclama abiertamente en su locución.

Pero la imagen que aparece ante el ángulo que mira hacia el austro: significa la Concordia, que huye de la rabia de los espíritus malignos, pero abraza el consorcio de los ángeles bienaventurados, puesto que ella por el amor de Dios evita las escisiones de los infieles; y anhela la visión de la paz perpetua. Por lo cual también es de tal esplendor en su rostro que no puedes contemplarla perfectamente; puesto que, careciendo de odio mortífero y de envidia, prepara una mayor claridad en las almas de los hombres de la que la mente mortal puede captar, gravada por el cuerpo frágil.

Pero el que tenga de cada uno de sus lados un ala de color blanco cuya latitud supera la longitud de la misma imagen; esto es que tanto en las cosas prósperas como en las adversas para los que se unen al sudor del justo trabajo, aquella virtud extendiendo la protección de su blanquísima bondad, posee más en la latitud de su expansión que posee en la caridad de lo superno, de lo que tiene en la longitud del naciente género humano; Porque acabado el mundo ella misma volando sobre los cielos de los cielos, aparecerá más entonces que ahora en su claridad. Donde nada terreno y nada caduco se busca; sino que lo que le es celestial y eterno, es amado con dulcísimo abrazo, y donde todas las cosas claras y alegres perdurarán; borrada toda nube de iniquidad, tal

como también en las palabras de la profesión de esta virtud se denuncia fielmente.

Pero el que veas el pavimento del edificio apareciendo todo como vidrio blanco y devolviendo de sí un esplendor serenísimo: esto es que la fortaleza de la verdadera fe, que porta y explica la obra y la ciudad de Dios, es toda ella purísima y planísima en la blancura y en el espejo de la simplicidad. Esa fe, con todas las obras que le pertenecen, vigila y edifica en la misma ciudad de Dios, a fin de que Dios en el inicio de las buenas obras de los hombres sea tocado por el esplendor de la serenísima intención; y en el fin de ellas, por la salvación del alma, sea conocidísimo muy abiertamente, porque acabada la operación: la fe misma muestra con qué devoción buscó cada alma a Dios.

Por lo cual también el esplendor de aquel lúcido que se sienta en el trono, quien te demuestra todas estas cosas, resplandece por el mismo pavimento hasta el abismo; puesto que la gracia del Dios omnipotente que rige todas las cosas, que te manifiesta lo que conoces en esta visión, por la fortaleza de la fe redujo a la nada al diablo en la perdición de la muerte. ¿Cómo? Dios arrojó a la serpiente antigua y a la muerte de la perdición eterna por la fe purísima, la cual está en la regeneración del espíritu y del agua, a lo profundo de la confusión perpetua, atravesando fuertemente las tinieblas de la infidelidad, cuando el Hijo de Dios amonestó a sus fieles para que emitieran al mundo las palabras de su doctrina recibidas de él.

Pero el que entre aquel círculo extendido por el que se sienta en el trono y entre este edificio aparezca solo tierra, como inclinándose un poco hacia abajo, de modo que el edificio parezca desde allí como puesto sobre un monte; esto es que entre la fortaleza de la potestad del Dios omnipotente y entre la obra elegida de su bondad, hay muchísimos hombres que, negando la verdadera fe, siguen más las cosas temporales que las eternas, como son los paganos, los judíos y los falsos cristianos, descendiendo siempre de mal en mal, ni mirando hacia arriba al espejo de la fe católica en las cosas caducas, sino más bien trabajando en sus placeres para arrastrar la obra depravada al abismo de los pecados; de modo que la máxima y hermosísima obra de Dios, entre las tinieblas de esta infelicidad, aparezca patentemente en la altura de la suma bondad a todo hombre que la busque; como atestigua Juan el amado evangelista en la revelación divina, diciendo: "Y me llevó en espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa Jerusalén que descendía del cielo teniendo la claridad de Dios" (Apoc. XXI). Esto es así: el espíritu eleva al espíritu. ¿Cómo? En su virtud el Espíritu Santo atrae la mente del hombre desde el peso de la carne, para que pueda volar en la visión de los ojos de aquel espíritu que ve lo interior, no oscurecido por la ceguera de los placeres carnales. ¿Qué es esto? Sino que el Espíritu Santo eleva hacia arriba el espíritu del hombre al monte de los deseos celestiales: para que pueda considerar perspicazmente las obras que han de realizarse en el espíritu, que es la magnitud de las

obras de Dios; a la cual están sometidas mil artes de la obra diabólica, de modo que las domina así como un monte se antepone a la llanura de la tierra, y porque es un fundamento inmóvil como el monte que no pasa de su lugar, siendo también de tanta altura que el hombre mortal no puede narrarla en su sentido; porque sobrepuja toda prudencia humana, que asciende de las mentes terrenas de cualidades terrenas. Y así a la fiel y santa alma se le muestran las obras del espíritu: como también la Jerusalén celestial ha de ser edificada espiritualmente sin la obra de las manos de la carne, por la obra dada por el Espíritu Santo, de modo que apareciendo en el espíritu la magnitud y altura de las obras santas, esa misma ciudad sea adornada en las obras buenas que se hacen en los hombres por el toque del Espíritu Santo; puesto que ella, así puesta sobre el monte y edificada por innumerables edificaciones, recoge en sí las nobilísimas piedras que son las almas santas en la visión de paz, purificadas de toda podredumbre de pecado. Por lo cual también con las mismas piedras preciosas brilla como el oro porque en los hombres buenos la sabiduría demuestra la obra de su claridad. Pero aquellas obras realizadas en la rectitud de la justicia, con las cuales también la misma Jerusalén celestial perfeccionada se adorna, ¿de dónde surgieron y vinieron? A saber, de la altura del cielo, puesto que como el rocío desciende de las nubes y baña la tierra con su humor; así las buenas obras descienden de Dios a los hombres, y son regadas por la infusión del Espíritu Santo; de modo que el hombre fiel, gene-

rando buen y suave fruto, alcanza el consorcio de la ciudad superna. Así pues, las obras celestiales que vienen del cielo a los hombres por el don del Espíritu Santo, tienen claridad en aquel de quien también emanaron. ¿Cómo? Porque la claridad de Dios brilla en las buenas obras de los hombres justos: de modo que él mismo es conocido, adorado y venerado tanto más ardientemente en la tierra por cuyas virtudes la misma ciudad hecha es decorada en sus ornamentos; porque el hombre, haciendo buenas obras con el auxilio de Dios, le venera en sus maravillas. Y así es esta revelación vista y conocida por los ojos del espíritu, de modo que por la inspiración del Espíritu Santo las obras rectas realizadas en los hombres aparecen ante Dios en lo alto.

Por tanto, como se ha mostrado antes, Dios obra desde el oriente y desde el septentrión y desde el occidente hacia el mediodía; donde por su Hijo en el amor de la Iglesia conduce a aquel efecto que es el último día todo lo que antes de la constitución del mundo había sido predestinado, así como también sacando esta obra suya por sí mismo la devuelve a sí mismo, confirmada y adornada con las predichas torres y virtudes en designación mística, y completada en la suma perfección. ¿Cómo? La justicia de la acción justa, designada en Noé después de la caída de Adán; tiende hacia el último día amurallada por muchos milagros, que Dios no ha cesado de demostrar en sus elegidos por diversos tiempos, como en la preparación en Noé, y en la ostentación en Abrahán y en Moisés, y en la operación en

su Hijo. ¿Cómo? Antes de los tiempos estaba en el corazón del Padre celestial que quería enviar a su Hijo al mundo al fin de los tiempos para la verdadera salvación y redención del hombre perdido; quien, nacido de una virgen, completó con obra perfecta todas las cosas que los antiguos santos, llenos del Espíritu Santo, habían predicho, así como el brazo del hombre se flexiona primero para la obra, y como después la mano opera. ¿Qué es esto? A saber, la justicia por el justo juicio de Dios fue arrojada de la tierra de la floridez con Adán: comenzó primero a moverse en Noé como en la primera coyuntura del hombro, tendiendo así a cosas más fuertes en Abrahán y en Moisés como a cosas más flexibles según la coyuntura del brazo, llegando así finalmente a la obra perfecta en el Hijo de Dios, por quien todos los signos y anuncios de la antigua ley fueron completados por obra abierta; y por quien todas las virtudes, con las cuales la Jerusalén celestial será adornada en sus hijos, fueron manifestadas por certísima declaración en la regeneración del espíritu y del agua, como la mano en sus dedos conduce la obra que opera a la perfecta ostentación: de este modo perfecciono mi obra para mi gloria y para tu confusión, oh diablo, opuesto a ti por la fortaleza de mi brazo en el aquilón, en el septentrión y en el occidente, y también resistiéndote según el curso del sol desde el oriente y desde el mediodía, subvirtiéndote así en el occidente, para que en toda parte seas confundido, porque en mi iglesia, que es el monte de la fortaleza, para tu perdición, oh deformísimo impostor, hago la obra de la jus-

ticia y de la santidad; de modo que tú, vencido del todo, perezcas, tú que querías que mi pueblo pereciera. Quien tenga oídos aguzados del intelecto interior: anhele estas palabras en el ardiente amor de mi espejo, y escríbalas en la conciencia de su alma.

UNDÉCIMA VISIÓN.

SUMARIO. Sobre los cinco ferocísimos cursos de los reinos temporales. Sobre el perro ígneo. Sobre el león leonado. Sobre el caballo pálido. Sobre el cerdo negro. Sobre el lobo gris. Sobre el colina que tiene cinco cimas y sobre qué significan las cinco cuerdas de las bestias. Palabras de Job sobre la misma cosa. Que la Iglesia brilla en el decoro de la justicia desde su perfección hasta el tiempo del Anticristo. Que entonces la fe de la Iglesia está como en duda, excepto por el testimonio de Enoc y de Elías. Que antes del fin del mundo, por el testimonio de los mismos, el esposo de la Iglesia brillará blanquísimamente, vencido el hijo de la perdición y manifestada la fe de la verdad. Palabras de David sobre la misma cosa. Que la Iglesia, al enfriarse la justicia, sostendrá lamentablemente muchas y diversas pasiones y persecuciones. Que el Anticristo, despedazando a los fieles con un terror horrible, infunde a los hombres el hedor de su crueldad y la locura de su mordacidad. Que el hijo de la perdición intentará encorvar con las más crueles persecuciones a quienes no puede con halagos. Que la Iglesia en la consumación del mundo será bañada con la sangre más noble, hasta los dos testigos de la

verdad. Que estamos en el séptimo milenio. Por qué causa Dios habla nuevos secretos y muchos misterios hasta ahora latentes por medio de uno que no habla y es indocto. Exhortación de Dios a los doctores para que no desprecien este discurso, sino que eleven el estandarte victoriosísimo contra el hijo de la iniquidad. Palabras del Espíritu Santo a la Iglesia sobre el último tiempo. El Evangelio sobre lo mismo. Que perturbado el orbe, los cuatro elementos serán lavados y la Iglesia se llenará en sus hijos, para que no falten los miembros a la cabeza. Que el curso del mundo está ahora en el número séptimo, y después del trabajo los sellos de las Escrituras se proferirán abierta y suavemente como en este libro, y no hay otro número; lo que resta, el hombre no debe saberlo. Por qué Dios quiso que su Hijo se encarnara. Sobre el Anticristo y su madre. Que instruido por su madre en las artes mágicas, ejerce su voluntad en diversas criaturas por permisión de Dios. Sobre su potestad y los diversos milagros que parece hacer. Palabras de Moisés sobre la visión de Dios. Que algunos, engañados por el diablo, muestran falazmente portentos en las criaturas; pero no pueden transmutarlas de otro modo. De qué diverso modo el Anticristo engaña a los suyos y por qué se le permitió esto. Sobre la muerte simulada del Anticristo, sobre la escritura de la maldición; quien contradijere esto, será muerto. Palabras de Juan. Sobre Enoc y Elías, por qué fueron reservados para ese tiempo. Palabras de ellos a los hijos de Dios. Sobre sus verdaderos signos por los cuales se rechacen los falsos del Anticristo. Que

consumados por permisión de Dios, obtendrán la recompensa de sus trabajos. Que todos los miembros de la Iglesia, por la presuntuosa arrogancia del Anticristo, serán sacudidos por el temblor, pensando él que puede penetrar los secretos celestiales. Que la potestad de Dios por virtud manifiesta postra al hijo de la perdición al modo del diablo en la condenación eterna. Que el hedor infernal y la niebla llenarán el lugar de su elación para que los engañados vuelvan. Que postrado el hijo de la perdición, la esposa de Cristo brillará con el candor de una belleza admirable para los errantes que regresan al camino de la verdad. Que nadie podrá saber el día del juicio sino Dios. El ejemplo de Sansón.

Después vi al septentrión, y he aquí que allí estaban cinco bestias, de las cuales una era como un perro ígneo, pero no ardiendo, una como un león de color leonado, otra como un caballo pálido, otra como un cerdo negro, otra como un lobo gris, y se volvían hacia el occidente. Y en el occidente, ante aquellas bestias, apareció como una colina que tenía cinco cimas; de modo que desde la boca de cada bestia se extendía una cuerda a cada cima de esa colina, todas de color negruzco, especialmente aquella cuerda que se tendía desde la boca del lobo, la cual se veía en parte negra y en parte blanca.

Y he aquí que en el oriente, vi de nuevo sobre aquel ángulo de conjunción del muro lúcido y pétreo del edificio a aquel joven que antes había visto vestido con una túnica púrpura, pero ahora apareciéndome desde el ombligo hacia abajo: de

modo que ves que desde el ombligo hasta aquel lugar donde se discierne al varón brillaba como la aurora, y allí había como una lira con sus cuerdas yaciendo transversalmente, y desde este lugar hasta los talones de los pies, esto es, hasta la medida de dos dedos transpuestos por encima tocando el tobillo, era sombrío, y desde esa medida por todos sus pies aparecía más blanco que la leche. Pero también aquella imagen mujeril que antes había contemplado ante el altar que está ante los ojos de Dios, me fue mostrada ahora aquí de nuevo; de tal modo, sin embargo, que la veía también desde el ombligo del vientre hacia abajo. Pues desde el ombligo hasta aquel lugar donde se conoce a la mujer, tenía manchas variadas y escamosas. Además, en el lugar del conocimiento mujeril, apareció una cabeza monstruosa y negrísima que tenía ojos ígneos, y orejas como orejas de asno, y narices y boca como narices y boca de león, y rechinando con un gran hiato, y aguzando horriblemente como dientes de hierro y horribles. Pero desde aquella cabeza hasta sus rodillas esa imagen era blanca y roja y como contusa por mucha contrición. Pero desde las mismas rodillas hasta dos zonas que, cruzando por encima, tocaban el talón de los pies, se veían blancas, ella aparecía sanguinolenta. And behold, that monstrous head moved itself from its place with such a crash that the whole female image was shaken in all her members. Pero también como una gran masa de mucha hez se unió a la cabeza misma, por lo cual ella, elevándose sobre un monte, intentó ascender a la altura de los cielos. Y he

aquí que, como un rayo de trueno viniendo de repente, golpeó la cabeza misma con tanta fuerza que cayó de aquel monte y emitió su espíritu en la muerte. Por lo cual de repente una niebla hedionda envolvió todo el monte mismo, en la cual aquella cabeza quedó envuelta en tanta suciedad que los pueblos que allí estaban se convirtieron en el máximo terror, permaneciendo la niebla por un tiempo algo más largo alrededor del mismo monte. Lo cual viendo el pueblo que allí estaba, sacudido por mucho temor, se decía entre sí: "¡Ay! ¡ay! ¿qué es esto? ¿qué nos parece que es esto?" ¡Ay de nosotros miserables! ¿quién nos ayudará? ¿o quién nos librará? Pues no sabemos cómo hemos sido engañados. ¡Oh Dios omnipotente, ten misericordia de nosotros! Volvamos, volvamos pues; apresuremos el testamento del evangelio de Cristo, porque ¡ay, ay, ay! amargamente hemos sido engañados. Y he aquí que los pies de la predicha imagen mujeril aparecieron blancos, devolviendo un esplendor sobre el esplendor del sol. Y oí una voz del cielo que me decía: "Aunque todas las cosas que están en la tierra tiendan a su fin, de modo que el mundo, puesto en el defecto de sus fuerzas, se encorve oprimido por muchas penurias y calamidades hacia su salida; sin embargo, la esposa de mi Hijo, aunque muy fatigada en sus hijos tanto por los preanuncios del hijo de la perdición como por el mismo perdedor, de ninguna manera sería triturada, aunque sea muy impugnada por ellos." Puesto que ella, surgiendo al fin de los siglos más robusta y válida, se volverá más bella y clara; a fin de que de este modo

proceda más suave y dulcemente a los abrazos de su amado. Lo cual también designa místicamente esta visión que contemplas. Pues ves al septentrión, y he aquí que allí están cinco bestias, que son los deseos carnales en los cuales no falta la mancha del pecado, los cinco ferocísimos cursos de los reinos temporales que se enfurecen ferozmente en sí mismos.

Una de las cuales es como un perro ígneo pero no ardiendo; porque el curso de aquellos tiempos tendrá hombres de su constitución que son mordaces, apareciendo en su propia estimación como fuego, pero no ardiendo en la justicia de Dios. Y una es como un león de color leonado; porque aquel curso sostendrá hombres belicosos, moviendo ciertamente muchas guerras, pero no contemplando en ellas la rectitud de Dios, porque en el color leonado aquellos reinos comenzarán a incurrir en la fatiga de la debilidad. Otra es como un caballo pálido; porque aquellos tiempos producirán hombres lascivos en el diluvio del pecado y saltando sobre la operación de las buenas virtudes en la velocidad de su placer, donde entonces el corazón de aquellos reinos se quebrantará en la palidez de su ruina, puesto que perderá entonces el rubor de su fortaleza. Pero otra es como un cerdo negro; porque aquel curso tiene rectores que hacen en sí mismos una gran negrura de tristeza, y envolviéndose en el lodo de la inmundicia, a saber, posponiendo la ley divina en muchas contrariedades de fornicaciones y otras abominaciones semejantes, y maquinando muchos cismas de los preceptos divinos en la santidad.

Pero la otra es como un lobo gris; porque aquellos tiempos tendrán hombres que amontonan para sí muchas rapiñas tanto en las potestades como en los demás éxitos, mostrándose en estos certámenes ni negros ni blancos, sino como grises en sus astucias: dividiendo las cabezas de aquellos reinos las derribarán, porque entonces vendrá el tiempo del enredamiento de muchas almas, donde el error de los errores se elevará desde el infierno hasta el cielo; de modo que los hijos de la luz serán puestos en el lagar de sus martirios, no negando al Hijo de Dios, sino rechazando al hijo de la perdición que intentará cumplir sus voluntades con artes diabólicas. Y estas bestias se vuelven hacia el occidente, porque estos tiempos caducos caen con el sol poniente; porque así como aquel nace y se pone, así también hacen los hombres cuando uno nace aquí y cuando aquel muere.

Por lo cual también allí en el occidente, ante aquellas bestias, aparece como una colina que tiene cinco cimas; porque la potestad dispuesta en las concupiscencias carnales en esas mismas excursiones se muestra propalada en cinco alturas, de modo que desde la boca de cada bestia se extiende una cuerda a cada cima de la misma colina; porque desde el principio de aquellos tiempos el tenor de la prolixidad se extiende hacia cada altura de la potestad dispuesta, todas de color negruzco excepto aquella cuerda que se tiende desde la boca del lobo, la cual se ve en parte negra y en parte blanca, porque esas prolixidades están en la variedad de la contumacia del placer de los

hombres. Por aquel tenor que está puesto en la voracidad de la rapiña en la parte de la negrura, extendiendo muchas iniquidades, de modo sin embargo que de ella proceden en mucha blancura de justicia quienes saldrán al encuentro para resistir al hijo de la perdición con milagros aterradores, tal como mi siervo Job mostró sobre el hombre justo que hace la justicia, diciendo: "El inocente se levantará contra el hipócrita, y el justo mantendrá su camino y añadirá fortaleza a las manos limpias" (Job XVII). Esto es así: el que es inocente de obra sanguinolenta, esto es de homicidio y fornicación y de malas obras semejantes, se excita como una centella ardiente contra aquel que siempre miente en sus obras. ¿Cómo? Porque él nombra la miel; pero devora el veneno y llama amigo a quien sofoca como a enemigo. A saber, cuando suenan palabras dulces; pero tienen malicia dentro de sí, y habla suavemente con el amigo, pero se esfuerza por matarlo en celadas. Pero el que tiene la vara, ahuyentando de sí las bestias indignas del recto camino de su corazón, tiene también caminos claros ante el sol fulgurante, porque él mismo se levanta en Dios como una centella clara y una luz clara como una antorcha fulgurante; y así circulando con las obras más fuertes y puras, les añade una coraza fuerte y una espada que incide, expulsando también de sí los vicios y conciliándose las virtudes.

Por lo cual también en el oriente ves de nuevo a aquel joven que antes habías visto sobre el ángulo de conjunción del muro lúcido y pétreo del edificio mismo, vestido con una túnica púr-

pura, porque el Hijo del hombre, el oriente de la justicia, presidiendo la fortaleza de la conjunción de la ciencia especulativa y de la obra humana que edifica hacia arriba en la bondad del Padre, cuando el mismo Hijo del hombre en la voluntad de su Padre derrama su sangre por la salvación del mundo (como se te mostró), allí él mismo también ahora sentándose en la misma altura para la confirmación de la verdad se te manifiesta de nuevo por los misterios de sus milagros, de tal modo sin embargo que ahora se te aparece desde el ombligo hacia abajo; puesto que desde la fortaleza de sus miembros, que es la de sus elegidos, donde ahora florece el mismo Esposo de la Iglesia hasta la consumación de ellos, ves muchos signos admirables y oscuros, de tal modo a saber que desde el ombligo hasta aquel lugar donde se discierne al varón, brilla como la aurora; porque desde aquella perfección cuando ya sus fieles miembros tienen la perfección de la fortaleza hasta el tiempo del hijo de la perdición, que simulará ser un varón de virtud, demostrará el fulgor de la justicia en la rectitud de quienes le veneran devotamente. Por lo cual también allí yace como una lira con sus cuerdas transversalmente; lo cual es, en aquella persecución en la que el hijo de la iniquidad inferirá muchos tormentos a los elegidos, el gozo de los cánticos de aquellos que ya, por los atroces tormentos que sufren en sus cuerpos, son desatados de los vínculos corporales, pasando al descanso.

Pero desde aquel lugar hasta los talones de los pies, esto es, hasta la medida de dos dedos

transpuestos por encima tocando su tobillo, es sombrío; porque desde esta persecución que los fieles han de sufrir por parte del hijo del diablo, hasta la doctrina de los dos testigos, a saber, Enoc y Elías, que desprecian las cosas terrenas y ponen sus trabajos en los deseos celestiales, la fe de la institución eclesiástica ha de tenerse como en duda: diciendo los hombres con mucho pesar: "¿Qué es esto que se dice de Jesús? ¿Es verdad o no?" Pero desde esa medida por encima tocando el tobillo por todos sus pies aparece más blanco que la leche: lo cual es que, desde el testimonio de aquellos testigos que esperan los premios eternos, vencido el hijo de la perdición, el Hijo antes del fin del mundo brillará blanquísimo y hermosísimo en la fe católica, de modo que entonces la verdad sea conocida patentemente por él; y que la falsedad en el hijo de la iniquidad sea rechazada en todo, como también mi siervo David atestigua, donde dice: "Pero el Rey se alegrará en Dios, serán alabados todos los que juran por él; porque ha sido obstruida la boca de los que hablan cosas inicuas" (Sal. LXII). Esto es así: la profunda ciencia, que es un gran estado en el hombre, a saber, tocando la bella forma de las lenguas de los hombres por la voluntad y disposición de Dios, armoniza con denuedo en el altar de Dios, porque conoce a Dios, y los bienaventurados corren en las alabanzas de las mentes sonoras, haciendo un torrente de palabras en la fuente purísima del fortísimo dominador: cuando en el tiempo perdido se destruyen los hiatos de los silbidos de las artes

diabólicas, que infectan torpemente las mentes de los hombres.

Pero también aquella imagen mujeril que antes habías contemplado ante el altar que está ante los ojos de Dios, ahora también se te muestra aquí de nuevo; porque la esposa del Hijo de Dios, insistiendo en las purísimas oraciones de los santos, y ofreciéndolas devotísimamente a la inquisición superna según lo que se te ha mostrado antes, ahora también se te declara en los mismos sacramentos para la aserción de la justicia; de tal modo, sin embargo, que ahora la veas también desde el ombligo del vientre hacia abajo; puesto que ella, por aquella creación por la cual ahora es promovida en la dignidad eclesiástica, se te manifiesta hasta la plenitud de sus hijos por muchos misterios de milagros para la protección de muchos. Pues desde el ombligo hasta aquel lugar donde se conoce a la mujer, tiene manchas variadas y escamosas: lo cual es que desde aquella fortaleza con la cual ahora florece digna y laudablemente en sus hijos, hasta aquel tiempo en que el hijo de la perdición intentará perfeccionar sus artes, las cuales el diablo infundió a la primera mujer, sostendrá lamentable y miserablemente variedad y dureza en la objeción de muchos vicios, tanto en males fornicarios como en mortíferos y rapaces. ¿Cómo? Porque aquellos que deberían amarla, la perseguirán acerbamente.

Por lo cual también en el lugar del conocimiento mujeril aparece una cabeza monstruosa y negrísima; porque con las artes de la primera seducción en monstruosas torpezas, y en negrí-

simas iniquidades, vendrá el hijo de la perdición enfurecido, teniendo ojos ígneos y orejas como orejas de asno, y narices y boca como narices y boca de león: cuando haciendo que Dios sea negado infunde a los hombres los actos furibundos del nefastísimo fuego y los torpísimos sonidos de la contradicción, infundiendo así el peor hedor en sus sentidos, y despedazando con crudelísima rapacidad las instituciones eclesiásticas, a saber, rechinando con un gran hiato y aguzando horriblemente como dientes de hierro y horribles; porque con un rictus voracísimo de vicios inflige pésimamente la fortaleza y la locura de su mordacidad en quienes consienten con él. Y desde aquella cabeza hasta aquellas rodillas, es blanca y roja y como contusa por mucha contrición; porque desde la pésima decepción por la cual el hijo de la perdición intentará primero seducir a los hombres suave y gentilmente, hasta aquel tiempo en que ya intentará encorvarlos e inclinarlos más cruelmente, la Iglesia sostendrá en sus hijos la blancura de la verdadera fe, pero en ella misma la angustia de un estupor sanguinolento y las máximas penurias de diversas pasiones. Pero desde las mismas rodillas hasta dos zonas que, cruzando por encima, se ven blancas tocando el talón de los pies, aparece sanguinolenta; porque cuando ya haya sostenido como el movimiento de su opresión, hasta los dos testigos de la verdad que contendrán fortísimamente a la Iglesia, mostrando ya hacia la consumación del mundo el candor de la justicia y de la rectitud, padecerá sceleratísimas persecuciones y crudelí-

simas efusiones de sangre, en aquellos que hayan despreciado a ese perdedor. ¿Qué es esto? Cuando el hijo de la perdición en su doctrina contraria ya haya recibido una confianza y fortaleza falazmente reconfortada; entonces también la Iglesia en el curso de su apresuramiento será bañada con la sangre más noble, donde también ella misma será entonces plenamente construida como habitación celestial. Pues vosotras, oh plazas de Jerusalén, brillaréis entonces en el óptimo oro por la sangre de los santos; porque el diablo será entonces extinguido, puesto que persiguió a los miembros del rey superno, de modo que él mismo será reducido a la nada ante su gran terror.

Pero oh vosotros hombres, que deseáis habitar en ellas, huid de él, y adorad a Dios que os creó. Pues en seis días perfeccionó Dios sus obras; y en el séptimo descansó de su obra. ¿Qué es esto? Seis días son los seis números del siglo; pero en el sexto se dieron al mundo nuevos milagros, como también en el sexto día Dios completó sus obras. Pero ahora el mundo, en el séptimo número del siglo antes del último día, está como en el día séptimo. ¿Cómo? Los profetas han completado sus voces, también mi Hijo perfeccionó mi voluntad en el mundo, y el Evangelio ha sido predicado abiertamente en todo el mundo, y esto por un tiempo de tiempos de un número pleno, y por más de un tiempo de años del mismo número pleno, aunque con mucha diversidad de costumbres de los hombres, sin embargo por mí ha persistido bien fundado. Pero ahora la fe católica vacila en los pueblos, y el Evangelio cojea en los

hombres, también los volúmenes más fuertes que los doctores más aprobados desentrañaron con mucho estudio se disuelven en un torpe tedio, y el alimento de vida de las divinas Escrituras ya se ha vuelto tibio. Por lo cual ahora hablo por medio de una persona que no habla de las Escrituras, ni ha sido instruida por un maestro terreno; sino que yo que soy declaro por ella nuevos secretos y muchos misterios que hasta ahora han yacido ocultos en los volúmenes, como hace el hombre que primero compone para sí el lodo: y luego de él discierne cualquier forma según su voluntad.

Oh fructuosos doctores de buen lucro, redimid vuestras almas y clamad con fuerza este discurso, ni seáis incrédulos ante él; porque si lo despreciáis, no lo despreciáis a él sino a mí que soy veraz. Pues vosotros debéis nutrir a mi pueblo bajo mi ley, teniendo cuidado hasta el tiempo prefijado de aquella curación, cuando cese todo cuidado de todos los trabajos. Pero sobre este tiempo tenéis un tiempo de tiempos de la predestinación prefijada, corriendo hacia aquel tiempo en que vendrá el hijo de la perdición. Convaleced pues y confortaos, elegidos míos, precaviéndoos de no caer en el lazo de la muerte; sino elevad el estandarte victoriosísimo de estos discursos, y arremeted sobre el hijo de la iniquidad. Pues en el error de aquellas sendas que preceden y siguen al hijo de la perdición, a quien vosotros llamáis Anticristo: imitad las huellas de aquel que os enseñó el camino de la verdad cuando apareció en carne en el mundo con gran humildad y no con soberbia. Oíd pues y entended. Pues el Espíritu dice a la Iglesia sobre

el tiempo del último error. La muerte irrumpirá en la Iglesia en la misma hora en que al fin de los tiempos venga el maldito, el hijo de la maldición; quien es la maldición de las maldiciones, tal como mi Hijo en el Evangelio atestigua sobre la ciudad del peor error, diciendo: "Y tú, Cafarnaúm, ¿acaso serás exaltada hasta el cielo? hasta el infierno descenderás" (Mat. XI). Esto es así: Oh tú, antro de iniquidad, siendo fosa de ocultamiento, y teniendo las alas de la simulación de los hipócritas, ¿cómo podrías estar en lo alto de los muros, cuando tu ojo contempla las nequicias de los vicios, que esconden la luz ardiente en las suciedades, diciendo: "¿Quién es semejante al parricida en la hipocresía, a quien los necios llaman dominador?". ¿Acaso tendrás el cielo en los milagros de los signos, cuando mojes tu dedo en el baratro? ¿Cómo? Tus obras buscarán el fondo del infierno, en cuya voracidad yacerás absorbida: de modo que también el infierno vomite aquel hedor, en el cual el mundo verá la amargura de la muerte en el perdedor de las perdiciones.

Pero la cabeza sin el vientre y sin los demás miembros no debe ser. La cabeza de la Iglesia es el Hijo de Dios, el vientre y los demás miembros que siguen, es la Iglesia con sus hijos. Pero la Iglesia aún no está perfeccionada en sus miembros y en sus hijos, sino que en el último día, cuando se complete el número de los elegidos, entonces también la Iglesia estará plena. Pero también entonces, en el último día, se producirá la turbación del orbe de las tierras; cuando yo, Dios, lave los cuatro elementos, con aquello que es mortal en

la carne del hombre, y entonces en la consumación del siglo será el gozo pleno de la prole de la Iglesia. Pues como se ha predicho, en seis días perfeccionó Dios sus obras. Cinco días son los cinco números del siglo, en el sexto se propalaron nuevos milagros en las tierras como en el sexto día fue formado el primer hombre. Pero ahora el sexto número ha terminado y se ha llegado al séptimo número; en el cual ahora el curso del mundo está puesto como en el séptimo día del descanso, porque aquel trabajo que antes tuvieron los fortísimos doctores en la profundidad de los sellos cerrados de las sagradas Escrituras: ahora siendo abierto ha de proferirse abiertamente, en la ligereza de las palabras como son las palabras de este libro, como en el séptimo día de la quietud. Pues seis días son de obra, el séptimo es de descanso. No hay otro número de días, lo que resta para ti, oh hombre, no ha de saberse; sino que está en el secreto del Padre. Pero vosotros, oh hombres, sobre este tiempo: tenéis un tiempo de tiempos en vuestro curso antes de que venga aquel homicida, que querrá pervertir la fe católica. Pero qué suceda después; ni el tiempo ni el momento habéis de saberlo sobre esto, así como ni lo que hay después de los siete días de la semana podéis saberlo; sino que solo el Padre lo conoce, quien también puso estas cosas en su potestad. Pues sobre los días de la semana o sobre los tiempos de los tiempos del siglo, no has de saber más, oh hombre.

Pero después de cinco números del siglo di al mundo los milagros celestiales; tal como también en cinco días habían sido creadas otras criaturas

antes que el hombre, las cuales están sujetas al hombre. Así también se había producido la plenitud de los infieles y de los judíos, y habían hervido diversos cismas de diversos males tanto del pueblo gentil como del judío, y la ley y la profecía ya habían sudado, y todos los pueblos tanto en los males como en los bienes habían sido probados, antes de que mi unigénito tomara carne de la virgen. Pues no se había decretado que él debiera ser enviado sino después de preceder todas estas cosas, para que toda justicia fuera probada en él, y para que toda injusticia fuera escandalizada por él. Porque si mi Hijo hubiera venido antes, esto se habría hecho como insensatamente, tal como actúa imprudentemente aquel hombre que quiere recoger sus frutos antes de que maduren, o si su encarnación se hubiera retrasado hasta el mismo fin del mundo: entonces vendría apresuradamente como aquel cazador de aves que las captura fraudulentamente, sin saber ellas cómo entraron en su red. Pero mi Hijo vino en aquel tiempo como cuando ya el día después de la hora nona tiende hacia la tarde, a saber, cuando ya alejándose la máxima virtud del día, el frío comienza a estar presente: así después de cinco números del mundo mi Hijo estuvo presente al mundo cuando el mundo ya corre hacia su ocaso. ¿Qué entonces? Pues viniendo él abrió la médula de la ley donde convirtió el agua de la ley en el vino del Evangelio, donde también hizo emanar los máximos flujos de virtudes, lo cual completó viniendo tan oportunamente; para que las virtudes eclesiásticas que el Espíritu Santo enciende

se fortalecieran con raíces firmes en los hombres, y para que la virginidad que trajo en sí mismo brotara y se dilatara en dignísimos gérmenes de flores.

Pero el insano homicida, a saber, el hijo de la perdición, vendrá en un tiempo brevísimo; cuando ya el día se aleja, ocultándose el sol en el ocaso, a saber, cuando el último tiempo ya cae y el mundo deserta de su tenor; oíd este testimonio, oh fieles míos, y entendedlo devotamente para vuestra cautela, no sea que viniendo de repente el error del mismo perdedor, sin saberlo vosotros, os precipite en la ruina de la infidelidad y de la perdición. Por lo cual armaos y preparaos para la batalla más válida, prevenidos de este modo con las más fieles municiones. Pues cuando llegue aquel tiempo en que aquel nefastísimo deceptor aparecerá horriblemente, aquella madre que parirá a este falaz al mundo, llena de vicios desde su infancia en la edad de doncella por artes diabólicas, fue nutrida en el desierto de la abyección entre hombres nefastísimos, sin conocerla allí sus padres, ni conociéndola aquellos con quienes mora, puesto que el diablo la persuade de ir allí, y allí la compone engañándola según su voluntad, como si fuera un ángel santo. Y por eso ella se separa de los hombres, para poder ser ocultada tanto más fácilmente; por lo cual también con algunos aunque pocos hombres se mezcla ocultamente en el nefastísimo latrocinio de la fornicación, y se mancilla con ellos en tanto estudio de torpeza, como si un ángel santo le mandara cumplir el fervor de aquella depravación. Y así

en el más ferviente ardor de aquella fornicación concibe al hijo de la perdición, sin saber de qué semilla de aquellos hombres lo concibió. Pero Lucifer la serpiente, a saber, el antiguo, deleitado con esta torpeza, insufla con sus artes esta coagulación por mi justo juicio, y la posee toda entera con todas sus fuerzas en el vientre de aquella madre, saliendo así aquel perdedor del vientre de su madre lleno de espíritu diabólico. Después ella evita aquella fornicación acostumbrada: y dice abiertamente al pueblo estulto e insensato que no tiene marido, ni conoce al padre de su infante; a la fornicación que perpetró, sin embargo, la llama santa. Por lo cual también el pueblo la tiene por santa y la llama así.

Así el hijo de la perdición es nutrido por artes diabólicas hasta una edad más fuerte, retirándose siempre del pueblo que le es conocido. Pero su madre lo muestra de vez en cuando, con ciertas artes mágicas, tanto al pueblo que adora a Dios como al que no lo adora; haciendo así que sea visto y amado por ellos. Quien, cuando haya llegado a la edad plena, enseñará manifiestamente una doctrina contraria; oponiéndose así a mí y a mis elegidos, y adquiriendo tanta fortaleza que en su gran poder, intentará elevarse por encima de las nubes. Pues yo, por mi justo juicio, le permito ejercer su voluntad en diversas criaturas; ya que tal como el diablo dijo al principio: "Seré semejante al Altísimo" (Is. 14) y cayó, así también permito que el mismo diablo caiga en el tiempo novísimo cuando dice en este hijo suyo: "Yo soy el Salvador del mundo". Y como todo el siglo de los

fieles conoció que Lucifer fue mentiroso, cuando en el principio de los días quiso ser semejante a Dios; así también todo hombre fiel verá que el hijo de la iniquidad es mentiroso, cuando se hace semejante al Hijo de Dios antes del último día.

Pues él es la peor bestia, matando a los hombres que lo niegan y uniéndose a reyes, duques, príncipes y ricos, y deprimiendo la humildad, y erigiendo la soberbia, y sometiendo a sí el orbe de las tierras por arte diabólica. Pues su potestad procede hasta el labio del viento; de modo que parece conmover el aire, y hacer bajar fuego del cielo, y producir relámpagos, truenos y granizadas, y también subvertir montes, secar aguas, quitar a los bosques su verdor, y devolverles de nuevo el jugo de su vigor. Pues muestra tales ilusiones en diversas criaturas; a saber, en la humedad, en el verdor y en la sequedad de las mismas. Pero también en los hombres no cesa de hacer sus engaños. ¿Cómo? Pues parecerá enviar enfermedad a los sanos, y salud a los enfermos, expulsar demonios, y a veces resucitar muertos. ¿Cómo? Pues cuando alguna vez alguien haya desaparecido de la vida, cuya alma está en potestad del mismo diablo, alrededor del cadáver de aquel que haya partido de la vida mostrará a veces por mi permiso sus ilusiones, haciendo que el cadáver de aquel se mueva como si viviera, lo cual sin embargo se le permitirá hacer a veces por una hora brevísima y no por un espacio más largo; no sea que por esta presunción la gloria de Dios sea escarnecida y menospreciada. Viendo lo cual, algunos confiarán en él; otros, sin embargo,

queriendo retener también su fe anterior, desearán no obstante que él les sea siempre propicio. A los cuales, no queriendo dañarlos más duramente, les envía ciertas enfermedades. Quienes, mientras busquen medicina y auxilio de médicos y no puedan ser curados, recurrirán a él probando si es capaz de curarlos; a los cuales, cuando vea que vienen a él, les quita la debilidad que les infligió. Por lo cual, amándolo grandemente, creerán en él. Y así muchos serán engañados, cuando ellos mismos nublan los ojos del hombre interior; a través de los cuales debieron haber mirado hacia mí, queriendo conocer en la prueba de su mente, como en una especie de novedad, aquellas cosas que ven con los ojos exteriores, y que palpan con las manos, despreciando aquellas cosas invisibles que permanecen en mí, y que deben ser comprendidas por la verdadera fe porque los ojos mortales no pueden verme, sino que muestro mis milagros en la obumbración a aquellos que quiero; pero a mí mismo nadie me verá, mientras permanezca en el cuerpo mortal, sino en la obumbración de mis misterios como hablé a mi siervo Moisés, según está escrito: "Pues no me verá el hombre y podrá vivir" (Éx. 33). Esto es tal: no pondrá el brillo de su mortalidad en la claridad de mi divinidad, aquel que es mortal, de modo que en la ceniza corruptible pueda tener vida mortal, mientras está en la mutación del tiempo transitorio, a saber, que abandona una vida y pasa a otra; puesto que todas las cosas vivas han sido consolidadas por mí, y porque yo vivo ni hay mutación alguna en mí. Pues como el mosquito

no puede vivir si se lanza a la llama del fuego, así también el hombre mortal no podría subsistir si viera el resplandor de mi divinidad, pero yo a los hombres mortales, mientras están gravados por el peso de su mortalidad, me muestro así en la obumbración; tal como un pintor declara a los hombres aquellas cosas que son invisibles a través de las imágenes de su pintura. Si tú, oh hombre, me amaras, te abrazaría, y te calentaría con el calor del Espíritu Santo. Pues cuando con tu buena intención me hayas inspeccionado, y me hayas conocido en tu fe, entonces yo también estaré contigo. Pero quienes me desprecian, se convierten al diablo, puesto que no quieren conocerme. Por lo cual yo también los desecho.

Además, el diablo se burla y engaña a los mismos de cualquier manera que le plazca: de modo que ellos piensan que es verdadero lo que sea que les haya mostrado. Y esta misma arte de su engaño la infunde el diablo a aquellos que confían en él: de modo que ellos en esta arte muestran falazmente a los hombres diversos portentos en las criaturas según su voluntad. Pero sin embargo no pueden transmutar ni los elementos, ni las otras criaturas que han sido creadas por Dios en otro modo; sino que solo a través de sus engaños, fingen ciertos monstruos como si fueran ciertas nubes en aquellos que creen en ellos. Pues también Adán, cuando buscó más de lo que debió haber tenido, perdió la gloria del paraíso; así también estos pierden la vista y el oído del hombre interior, puesto que desertan de Dios y adoran al diablo.

Según este modo, el hijo de la perdición obra los engaños de sus artes en los elementos, mostrando en ellos belleza, dulzura y suavidad según la voluntad de los hombres a quienes engaña. Pero esta potestad le fue prometida para esto, para que los fieles disciernan en la recta fe que el diablo no tiene potestad alguna en los bienes, sino solo en los males de la muerte eterna. Pues lo que sea que este hijo de la iniquidad obra, lo hace en potestad, soberbia y crueldad, no teniendo misericordia, humildad ni discreción; sino que con mando y gran estupor precipita a los hombres a esto, a que lo sigan, pues adquiere para sí muchísimos pueblos, diciéndoles que cumplan sus voluntades libremente, para que no se constriñan mucho en vigilias o en ayunos, proponiéndoles que amen solamente a su Dios, que él simula ser: a fin de que así, liberados del infierno, lleguen a la vida. Por lo cual, aquellos engañados de este modo dicen: "¡Oh, ay de aquellos miserables que fueron antes de estos tiempos, porque afligieron su vida con crueles tormentos, ignorando, ay, la piedad de nuestro Dios!". Pues él les muestra tesoros y riquezas, y les permite banquetear según sus voluntades, confirmando su doctrina con signos falaces; de modo que ellos piensan que no es necesario para ellos constreñir y castigar sus cuerpos de ninguna manera. Pero también les ordena observar la circuncisión y el judaísmo según las costumbres de los judíos, haciéndoles más leves, según su voluntad, los preceptos más fuertes de la ley, que el Evangelio con digna penitencia convirtió en gracia. Y dice: "Quien se convierta a

mí, sus pecados serán borrados, y vivirá conmigo para siempre". También desecha el bautismo y el evangelio de mi Hijo. Y escarnece todos aquellos preceptos que fueron entregados a la Iglesia. Y de nuevo dice con burla diabólica a quienes le sirven: "Ved quién y cuál fue aquel insano, que instituyó que se observaran estas cosas a través de sus mentiras al pueblo sencillo".

"Pero yo por vosotros y para vuestra gloria quiero morir, y resucitar de la muerte. Y así liberaré a mi pueblo del infierno; para que de aquí en adelante viváis gloriosamente conmigo en mi reino", lo cual aquel falaz simuló previamente haber hecho. Y después dice a sus amados: que lo hieran con la espada, y lo envuelvan en una sábana limpia hasta el día de su resurrección, estando ellos tan engañados que piensan que lo matan, y que de este modo cumplen sus preceptos, simulando después resucitar, presenta un escrito de cruel maldición como si fuera la salvación de las almas; el cual, entregándolo a los hombres por signo, ordena que lo adoren. Lo cual, si algún fiel lo rechazara por amor a mi nombre, será consumido por él con cruel tortura de tormentos, por lo cual todos los que vean u oigan estas cosas serán sacudidos con un máximo estupor de admiración y duda, tal como también Juan mi amado mostró, diciendo: "Y vi una de sus cabezas como herida de muerte, y la llaga de su muerte fue curada. Y se maravilló toda la tierra tras la bestia" (Apoc. 13). Esto es tal: yo, amador de los misterios de Dios, vi al falaz y maldito rodeando en las máximas e innumerables iniquidades toda la santidad de

los santos, y fatigándola con múltiples vicios; quien por los actos de sus mentiras asimilará el derramar su sangre en la matanza y así morir, no cayendo en su cuerpo sino en una sombra falaz, como siendo estimado herido y moribundo. Por lo cual también, en el error de sus heridas falaces, como si hubiera estado muerto, simula haber revivido como del sueño de la muerte; y así todos los hombres que están en toda la tierra cobrarán un admirable y terrible estupor en el horror de este maldito, tal como también el pueblo se estupefactó ante la magnitud y fortaleza de Goliat, cuando lo vieron de pie armado en la guerra contra ellos. Y así, como ves, las columnas de mis elegidos, tanto por estos tormentos como por los signos contrarios e inmensos y horribles que el hijo de la perdición emitirá, parecerán conmoverse con un gran estupor de pavor, emitiendo un gemido de lamentable angustia.

Pero a mis dos testigos que reservé hasta aquel tiempo en el secreto de mi voluntad, a saber, Enoc y Elías, los enviaré para que se le opongan y para que reduzcan a los errantes al camino de la verdad. Quienes mostrarán virtudes fortísimas y robustísimas a los fieles; porque cuando las palabras de su testimonio en la boca de ambos consientan igualmente entre sí, los oyentes aplicarán la fe. Pues por eso estos dos testigos de la verdad han sido reservados tanto tiempo por mí, para que entonces, al proceder ellos, su palabra sea retenida y consolidada en los corazones de mis elegidos, a fin de que de ahí el germen de mi Iglesia subsista en gran humildad. Y ellos dirán

a los hijos de Dios cuyos nombres están en el libro de la vida: "Oh vosotros rectos de corazón y elegidos en la gloriosa alabanza de las bienaventuradas gracias de la vida, oíd y entended estas cosas que os exponemos con confianza." Este maldito ha sido enviado por el diablo para que ponga en error a las almas que se someten a sus preceptos. Pues nosotros estábamos recluidos de este mundo, reservados en los secretos de Dios que están ocultos a los hombres, de modo que no estuvimos en la solicitud y angustia de los hombres. Pues para esto hemos sido reservados, y enviados a vosotros; para que contradigamos los errores de aquel perdedor. Ved pues, si somos semejantes a vosotros o en la estatura corporal o en la edad". Y todos los que quieran conocer y confesar al verdadero Dios seguirán a estos dos ancianos y veraces testigos, portando el estandarte de la justicia de Dios, desertando del inicuo error, puesto que ellos brillarán en grandes pregones tanto ante Dios como ante el pueblo; recorriendo las aldeas, y las plazas, y las ciudades, y otros lugares dondequiera que el hijo de la perdición haya exhalado su doctrina contraria, y haciendo en ellos muchos signos en el Espíritu Santo, de modo que todo el pueblo que los vea sea conducido a una máxima admiración. Por eso además estos grandes signos consolidados sobre la roca firme les serán dados, a fin de que aquellos signos contrarios y falsos sean desechados. Pues como el relámpago enciende y consume, así también hará el hijo de la perdición por su perversa iniquidad y maldad, consumiendo a los pueblos por artes

mágicas como por el fuego del relámpago. Pero Enoc y Elías con la recta doctrina, como con un golpe de trueno, aterrando a toda su cohorte la derribarán, estabilizando a los fieles de este modo.

Sin embargo, por el permiso de mi voluntad finalmente consumados por él, sigan la recompensa de sus trabajos en las cosas celestiales. Entonces, cayendo las flores de su doctrina, porque sus voces ya no se oirán en el mundo, mostrarán buen fruto en los elegidos, que desprecian las palabras y la rabia del arte diabólico, y están bien afirmados en la esperanza de la herencia superna, tal como también Salomón mostró sobre el hombre bueno y recto, diciendo: "En la casa del justo hay muchísima fortaleza, y en los frutos del impío hay conturbación" (Prov. 15). Esto es tal: el habitáculo agudo donde no hay contrición ni infelicidad: es el espejo especial del ojo de Dios en el hombre recto, en el cual el mismo ojo ve la fortaleza de sus milagros como en el apetito de una espada que hiere. Pero en los hechos que proceden, como en los frutos crecientes de un corazón soberbio, que edifica ruinas en sus propias voluptuosidades, aquella tristeza existirá, porque el corazón soberbio no confía en aquella esperanza que florece en la saciedad superna.

Pero como ves que aquella cabeza monstruosa se movió de su lugar con tanto estrépito, que toda la sobredicha imagen femenina en todos sus miembros es sacudida por ello: esto es cuando el hijo de la perdición, existiendo como cabeza de la iniquidad, se levanta con mucha arrogancia de

soberbia como de un pequeño error de maldad infundido en él, arrebatando un mayor error, a saber, queriendo ser exaltado sobre todos, esto es, cuando sus engaños están por recibir su fin, toda la Iglesia en todos sus hijos, tanto mayores como menores, es puesta en un máximo temor, esperando la insania de su presunción. Y como una gran masa de mucha hez se une a la misma cabeza, por lo cual elevándose sobre cierto monte, intenta ascender a la altura de los cielos; porque las máximas artes de las insidias diabólicas, que traen mucha inmundicia, asistiendo al mismo hijo de la iniquidad, le suministran las alas de la soberbia, y lo erigen en tanta presunción, que él mismo piensa que puede penetrar incluso los secretos celestiales. ¿Cómo? Pues cuando haya cumplido toda la voluntad del diablo seductor, de modo que por el justo juicio de Dios ya no se le permitirá en absoluto tener tanta potestad de su iniquidad y crueldad; congregará a toda su cohorte, y dirá a los que creen en él que quiere ir a los cielos. Pero así como el diablo no supo que el Hijo de Dios nació para la redención y salvación de las almas, así también este pésimo, cuando se involucre en el mal mortífero de todos los males, ignorará que el golpe fortísimo de la mano de Dios viene sobre él.

Y he aquí que, como el golpe de un trueno, viniendo de repente hiere a la misma cabeza con tanta fortaleza que la derriba de aquel monte y emite su espíritu a la muerte; puesto que la potestad de Dios manifestándose, postra al mismo hijo de la perdición con tanta virtud de su celo,

que tanto de aquella soberbia por la que se había erigido contra Dios, cae con un gran precipicio de su presunción, como que así consumado vomita su aliento vital en la muerte de la condenación eterna; porque así como las tentaciones de mi Hijo terminaron, cuando él mismo tentado dijo al diablo: "Vete, turpísimo Satanás", y él aterrado huyó; así también estas tentaciones que el hijo de la iniquidad infiere a la Iglesia, recibirán su consumación en este mi celo.

Entonces, de repente, una nube fétida comprende todo aquel monte, en la cual la misma cabeza es envuelta en tanta suciedad, que los pueblos circundantes son puestos en un máximo terror; porque un hedor inmundísimo e intolerable e infernal llenará todo el lugar de su elación, en el cual aquel pésimo acusador hervía con tanta inmundicia y hedor, que por el justo juicio de Dios ni su principio ni su fin se tengan en adelante en memoria; puesto que aquellos pueblos, viendo su cadáver postrado en tierra sin voz y bañado en mucha podredumbre: conocerán que han sido engañados, permaneciendo la misma nube algún tiempo más alrededor de aquel monte; puesto que aquel hedor, abrazando la elación diabólica, la muestra inmunda, para que los hombres seducidos por él, viendo aquel hedor e inmundicia, declinen su error y vuelvan a la verdad. Pues el pueblo circundante, discerniendo estas cosas, es sacudido por mucho temor; porque al ver estas cosas les infunde un máximo horror, de modo que profieren voces lúgubres y quejas llorosas, y dicen que han errado gravemente.

Y he aquí que los pies de la sobredicha imagen femenina aparecen blancos, devolviendo un esplendor sobre el esplendor del sol: esto es que la fortaleza del fundamento y el sustento de la esposa de mi Hijo mostrará mucha blancura de fe, y demostrará aquella belleza que supera toda belleza de la claridad terrena, cuando el hijo de la perdición, como se ha dicho, sea postrado, y muchos de los que habían errado volverán a la verdad.

Pero tras la caída de aquel impío, cuándo ocurrirá el último día en la disolución del mundo, no lo busque el hombre mortal; porque no podrá saberlo, ya que el Padre lo ha guardado en lo recóndito de su secreto. Por tanto, oh hombres, preparaos para el juicio.

Pero como se ha predicho, el hijo de la perdición con su padre el diablo y con todas sus artes será superado con gran confusión en el último tiempo por mi Hijo, el fortísimo guerrero; así como también los fortísimos enemigos de Sansón fueron derribados en su prefiguración, como está escrito en la sagrada Historia: «Y sacudidas fuertemente las columnas, cayó la casa sobre todos los príncipes, y sobre la demás multitud que allí estaba: y muchos más mató al morir que los que antes había matado vivo» (Jueces 16).

Esto es tal: al Hijo de Dios, a saber, al fortísimo Sansón, primero se le unió la Sinagoga; a quien él mismo distribuyó aquellas cosas ocultas que estaban escondidas en el Antiguo Testamento, en su admirable doctrina, abriéndole benignamente la dulzura interior de la ley que era más fuerte

que el león. Pero ella lo engañó; haciendo que sus secretos fueran burlados, no queriendo mirar hacia su doctrina, sino despreciándola con gran fasto de soberbia. Por lo cual él mismo, conmovido, predijo que el reino de Dios le sería quitado y dado a otra nación; así, en muchos prodigios, ascendiendo a la ciudad de Jerusalén con una numerosísima turba, siendo muerta la infidelidad de aquellos que alfombraron con sus vestiduras el camino, donde les devolvió por milagros lo que les había prometido, por quienes había sido entregado a través de su esposa.

Y en aquel fervor desertó de su esposa, cuando preanunció que su casa sería dejada desierta. Pero el padre de aquella esposa, a saber, la seducción diabólica; la unió a otro varón, esto es, a la infidelidad. Entonces el Hijo de Dios envió zorras astutas, a saber, los apóstoles, que quemaron las mieses de sus enemigos con el fuego del Espíritu Santo, esto es, que convirtieron los preceptos legales al intelecto espiritual, de modo que la Sinagoga fue quemada con su padre, a saber, siendo derribada la perversa infidelidad de la Sinagoga.

Después mató a los incrédulos con grandes signos y estupendos milagros; de modo que todos se estremecieron con mucho estupor, cuando decían que temían que vinieran los romanos y les quitaran su lugar y su nación. Por lo cual congregaron su concilio para perderlo, pero él se escondió en el monte, en oración cuando decía que, si era posible, pasara de él aquel cáliz.

Pero Judas Iscariote lo traicionó, entregándolo en las manos más crueles de sus enemigos. Y él

escondió la fuerza de su fortaleza, que tenía en el cabello, esto es, en su Padre; la cual es desconocida para todo el pueblo, excepto en cuanto se capta por la fe, al igual que los cabellos se ven en la cabeza del hombre. Después, cuando quiso padecer, mostró la fuerza de su fortaleza, a saber, tomando la quijada de un asno cuando decía a las hijas de Jerusalén, que no lloraran sobre él sino sobre sí mismas; matándolas así, a saber, predicándoles verísimamente el terror de los males futuros.

Y así, fatigado en la cruz cuando tuvo sed, emanó la fuente de la verdadera fe del pueblo gentil; de la cual él mismo bebiendo no se avergonzó, diciendo también que así estaba consumado. Por lo cual, cuando emitió el espíritu, descendió después a la gehena, a saber, a la mujer meretriz, rodeándolo sus enemigos cuando pusieron guardias ante su sepulcro, pero él resurgiendo de la muerte, con las dos puertas, esto es, con sus elegidos especiales y con el pueblo común que liberó del infierno, buscó el reino celestial. Pero así la hermosísima esposa, a saber, la Iglesia, unida a él, le preguntó diligentísimamente cómo podría conocer su fortaleza. Él, sin embargo, le abrió sus fuerzas no de repente, sino poco a poco y con discreción. Cómo.

Cuando primero hubieron percibido la fe católica en la antigua ley y en la nueva, algunos de ellos pensaban que debían caminar hasta la perfecta corrección, la cual era la atadura de nervios húmedos pero que aún no tenían una perfecta sequedad. Por lo cual la Iglesia, todavía ruda,

decía a muchas turbas: «Esta es la fortaleza de mi esposo». Y el pueblo, oyendo estas cosas, quería por un repentino movimiento cultivar a Dios solo en el oído de las palabras, y no conversar en la significación del Espíritu Santo. Pero así su fortaleza no fue conocida.

Después la virginidad, como cuerdas nuevas que nunca estuvieron en obra, así como también antes la virginidad no era tenida gloriosamente; fue noblemente erigida, cuya atadura ciertamente tocó fuertemente al Hijo de Dios, pero sin embargo no lo mostró plenamente. Pero la Iglesia, irguiéndose hacia arriba, decía: «Oh vosotros, amigos míos, estas son las máximas virtudes de mi esposo». Y de repente, en un gran estrépito, mucho pueblo se lanzó sobre él, diciendo: «Nosotros, en sus máximas fuerzas, lo hemos capturado». Pero ni aun así sus fuerzas fueron manifestadas.

Después, en los siete dones del Espíritu Santo, como en sus siete cabellos, la Iglesia fue solidificada, estando estos clavados con un fuerte clavo en el firmamento de los predicadores apostólicos. Por lo cual, habiéndose tejido así la red de la fe, la Iglesia clamaba: «Oh, cuán fuerte es mi esposo en sus siete cabellos». Y todos los pueblos, oyéndola, se lanzaron contra él, pensando que él no tenía mayores fuerzas. Pero tampoco de este modo fue reconocida su fortaleza.

Desde entonces la Iglesia derramó muchas lágrimas; porque ignoró la fortaleza de la santa Trinidad, diciendo que ciertamente había visto la humanidad del Hijo de Dios, pero que aún no

había entendido perfectamente su divinidad. Por lo cual él mismo, conmovido, manifestó en su amado Juan los secretos de la santa Trinidad en cuanto era lícito al hombre saber: en el honor del Padre y en el ardor del Espíritu Santo. Y así, reclinando su cabeza en el gremio de su esposa: allí descansará hasta los máximos cismas que han de ser en el hijo de la perdición; allí su fortaleza será cortada, habiéndole sido rasurados sus cabellos: cuando los hombres en aquel tiempo se esfuercen más en seguir al hijo de la perdición que a él, diciendo: «¿Qué es esto, oh Dios, que vemos tales y tan grandes milagros?». Y así su fortaleza se disuelve, cuando ya la verdadera fe parece nublarse en la ceguedad de la infidelidad.

Pero sus fuerzas resurgirán, cuando Enoc y Elías hayan aparecido. Por lo cual sacudiendo fuertemente la soberbia y la presunción, derribará al hijo de la perdición con todas las artes diabólicas y sus demás vicios, y quebrantará mucho más duramente los vicios diabólicos, cuando ya la Iglesia con el nombre cristiano pase del presente y temporal siglo a las cosas eternas, de lo que lo hizo antes cuando aún el culto divino florecía temporalmente en el mundo. ¿Qué es esto? Porque cuando ya el siglo reciba su fin, entonces tanto las persecuciones diabólicas como las fortísimas operaciones de las virtudes cesarán en los hombres incluso temporalmente.

Quien, pues, tiene oídos agudos de intelecto interior: que anhele estas palabras en el ardiente amor de mi espejo, y las escriba en la conciencia de su alma. VISIÓN DUODÉCIMA.

SUMARIO.---Que en el último tiempo el mundo se disuelve por muchas calamidades como el hombre en la hora de la muerte. Que todas las criaturas son movidas de repente y lo que en el aire o en el agua o en la tierra sea mortal devuelve la vida y lo que sea de fealdad en ellos se desvanecerá. Que los cuerpos de los muertos dondequiera que hayan estado resurgirán en la integridad de su cuerpo y de su sexo. Sobre los señalados y no señalados de los que resurgirán. Que el Hijo a quien el Padre dio potestad de hacer juicio, vendrá al juicio en forma de humanidad. El Evangelio sobre lo mismo. Que los señalados son arrebatados velozmente y sin dificultad al encuentro del justo juez y sus obras aparecerán. Que todas las flores: patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes, y monjes y otros prepósitos brillarán. Que los cielos entretanto contienen sus alabanzas en silencio cuando el Hijo profiera la sentencia judicial, abierta la conciencia de cada uno. Sobre los buenos y los malos que han de ser juzgados. Sobre los infieles que habiendo sido ya juzgados no llegan al juicio. Que terminado el juicio, surge la máxima quietud de la tranquilidad. Que la gloria de la eternidad recibe a los elegidos con grandes alabanzas, pero el infierno absorbe a los réprobos con gran aullido. El Evangelio sobre lo mismo. Cómo los elementos, y el sol, y la luna, y las estrellas, terminado el juicio, se mudan a mejor y no habrá noche. Palabras de Juan sobre lo mismo.

Después de estas cosas vi y he aquí que todos los elementos y todas las criaturas fueron sacudi-

dos con un terrible movimiento: el fuego, el aire y el agua irrumpieron, e hicieron que la tierra se moviera, relámpagos y truenos resonaron, montes y selvas cayeron: de modo que todo lo que era mortal exhaló la vida. Y todos los elementos fueron purificados, de modo que todo lo que en ellos había sido sórdido, se desvaneciera de tal modo que ya no apareciera más.

Y oí una voz con un grito fortísimo por todo el orbe de la tierra vociferando y diciendo: «Oh vosotros, hijos de los hombres, que yacéis en la tierra, levantaos todos». Y he aquí que todos los huesos de los hombres en cualquier lugar de la tierra donde estuvieran, como en un solo momento fueron congregados, y cubiertos por su carne, y todos los hombres se levantaron con sus miembros y cuerpos íntegros en su sexo: los buenos brillando en claridad, y los malos apareciendo en negrura, de modo que también la obra de cada uno se veía abiertamente en él mismo.

Y algunos de ellos estaban señalados en la fe, y otros no, de modo que de los señalados unos tenían ante su rostro como un esplendor áureo, otros como una sombra que era su señal. Pero de repente desde el oriente brilló una máxima coruscación: y allí en una nube vi venir al Hijo del hombre con aquel rostro con que había estado en el mundo, con las llagas desnudas y abiertas con coros angélicos, y sentado sobre la sede de un trono llameante pero no ardiente, y teniendo bajo sí esta máxima tempestad de la purificación del mundo.

Y los que estaban señalados fueron arrebatados a su encuentro en el aire como en un torbellino, donde también antes había visto aquel esplendor que designa el secreto del superno Creador; separados allí los buenos de los malos. Pero él con voz suave, como manifiesta el evangelio, beatificó a los justos con el reino celestial, y con voz terrible diputó a los injustos a las penas infernales como también está escrito; no habiéndose hecho allí ninguna otra inquisición o respuesta sobre sus obras, sino como la voz evangélica muestra; puesto que la obra de cada uno, fuera buena o mala, apareció manifiestamente en él mismo.

Los que, sin embargo, no estaban señalados estaban lejos en la parte del norte con la turba diabólica, ni llegaron a este juicio; pero viendo todas estas cosas como en un torbellino, esperaban el fin del juicio, y emitían dentro de sí amargos gemidos. Y así realizado el juicio, los relámpagos, los truenos, los vientos y las tempestades cesaban; y todo lo que en los elementos era transitorio, de repente se desvaneció y se hizo una máxima tranquilidad.

Entonces los elegidos, hechos de repente espléndidos sobre el esplendor del sol: con el Hijo de Dios y con las bienaventuradas legiones de ángeles en gran gozo buscaban las cosas celestiales, tendiendo los réprobos con el diablo y sus ángeles a los lugares infernales con gran aullido. Y así el cielo recibió a los elegidos, y el infierno absorbió a los réprobos. Pero de repente tantos gozos y tantas alabanzas en las cosas celestiales, y tanta

tristeza y tantos aullidos en el lago del abismo surgieron, incluso más allá de lo que el sentido humano pueda expresar.

Y pronto todos los elementos resplandecieron en máxima serenidad, como si se les hubiera quitado una piel negrísima; de modo que ya no tuvieran ningún fervor de fuego, ni espesura de aire, ni ardor de agua, ni fragilidad alguna de tierra. El sol también, la luna y las estrellas, como un numerosísimo ornato en el firmamento, brillaban con mucho esplendor y decoro: y permanecían fijos sin movimiento de circuición, de modo que no discernían más allá del día y de la noche. Y así no había noche, sino día. Y se acabó.

Y de nuevo oí una voz del cielo que me decía: Estos misterios muestran los últimos tiempos: en los cuales los tiempos temporales se trasmutarán en la eternidad de aquella coruscación que es sin fin. Pues los últimos tiempos serán fatigados por muchos peligros, y el ocaso del mundo será demostrado por varios signos. Porque como ves, en el mismo último día todo el orbe de la tierra será sacudido por terrores, y quebrantado por tempestades: de modo que todo lo que en él es caduco y mortal, termine por estas calamidades; porque entonces completado el curso del mundo, él ya no podrá durar más, sino que según la disposición divina será consumado. Como el hombre cuando ha de ser acabado, derribado por muchas enfermedades que lo previenen, de modo que incluso en la misma hora de su muerte es disuelto con mucho dolor; así también las máximas adversidades precederán al fin del mundo, y lo

disolverán en su fin con diversos terrores, puesto que los elementos mostrarán entonces sus terrores; porque ya no podrán ejercerlos más.

Por un repentino e inesperado movimiento en este fin los elementos se relajan, todas las criaturas son movidas, el fuego irrumpe, el aire se disuelve, el agua fluye, la tierra se sacude, los relámpagos hierven, los truenos resuenan, los montes se parten, las selvas caen, y todo lo que en el aire, o en el agua, o en la tierra sea mortal devuelve la vida. Pues el fuego mueve todo el aire, y el agua llena toda la tierra; y de este modo todas las cosas son purificadas, para que todo lo que en el mundo haya de fealdad, se desvanezca así como si no hubiera sido, igual que la sal se disuelve cuando se echa en el agua. Pero por el precepto divino, como se te ha mostrado, recibido para resurgir, los huesos de los muertos dondequiera que hayan estado se unen en su lugar como en un abrir y cerrar de ojos, y son cubiertos por su carne, ni son retardados de ningún modo, sino que ya hayan sido consumidos por el fuego, o por el agua, o por un ave, o por una bestia, son restituidos muy velozmente; de modo que la tierra los devuelve de este modo, igual que la sal emana del agua, porque mi ojo lo conoce todo, ni nada podrá ocultárseme. Así todos los hombres en alma y cuerpo, sin ninguna contracción y ablación de sus miembros, sino en la integridad tanto de su cuerpo como de su sexo, resurgen como en un abrir y cerrar de ojos: teniendo los elegidos el fulgor de sus buenas obras, y portando los réprobos la negrura de sus infelices actos, de modo que

sus obras no se ocultan allí, sino que aparecerán abiertamente en ellos.

Y algunos de ellos están señalados en la fe, y otros ciertamente no; de modo que de los que tienen fe, las conciencias brillen en el fulgor de la sabiduría a través de las obras de la fe, pero las de los otros aparezcan en la tenebrosidad de su negligencia, por lo cual son abiertamente discernidos, porque aquellos cumplieron la fe en las obras, pero estos la extinguieron en sí mismos. Algunos, sin embargo, no tienen el signo de la fe; porque ellos no quisieron tener el conocimiento del Dios vivo y verdadero ni en la antigua ley ni en la nueva gracia. Y entonces en la claridad de la luz eterna, pero sin embargo en una nube por la cual la gloria celestial está oculta para los réprobos, el Hijo de Dios en la forma de su humanidad y de su pasión que padeció por la voluntad del Padre para la salvación del género humano, vendrá rodeado por el ejército celestial para juzgar al mismo género humano; puesto que el Padre le dio esto, para que porque él había conversado visiblemente en el mundo, juzgue las cosas que son visibles del mundo, como él mismo muestra también en el Evangelio, diciendo: «Y le dio potestad de hacer juicio porque es el hijo del hombre» (Juan 5). Esto es tal: el Padre testifica de su Hijo. ¿Qué es esto? El Padre dio la potestad al Hijo; puesto que él permaneciendo siempre con el Padre en la divinidad, pero recibiendo la humanidad de la madre según lo que es hombre, recibió también del Padre que toda criatura sienta al mismo Hijo de Dios, así como toda criatura en la creación de su forma

subsiste creada por Dios. Y por eso todas las obras son discernidas por el Hijo en cualquier dignidad o inclinación que estén: y según aquello en que han de ser colocadas, él las coloca para que porque él mismo fue un hombre palpable y visible en el mundo, también discierna aquellas cosas que fueron visibles en el mundo según lo que es justo, a saber, apareciendo en potestad judicial terrible para los injustos, pero suave para los justos; juzgándolos así, que incluso los elementos sientan su purificación.

Entonces también aquellos que están marcados son arrebatados al encuentro del justo juez, no con dificultad sino con mucha celeridad, para que, puesto que ellos mismos tuvieron fe creyendo en Dios, también las obras de la fe aparezcan manifiestamente en ellos. Donde también la ciencia de Dios no ignora los actos de ellos, tanto en los buenos como en los malos, como te ha sido mostrado; pues allí los buenos y los malos serán separados, porque también sus obras son disímiles. Porque allí, tanto en los malos como en los buenos, aparece con toda certeza cómo buscaron a Dios ya sea en la infancia, o en la niñez, o en la juventud, o en la senectud, o en la edad decrépita.

Allí también brillan todas las flores de mi Hijo, a saber, los patriarcas y profetas que fueron antes de su encarnación, y los apóstoles que con él conversaron en el mundo, así como los mártires, confesores, vírgenes y viudas, quienes todos fielmente le imitaron, y aquellos que estuvieron al frente de mi Iglesia tanto en lo secular como en lo espiritual, y también los anacoretas y monjes,

que en la castigación y mortificación de su carne por el nombre de mi Hijo se hicieron viles, lo cual mostraron también en su vestimenta, imitando el orden angélico con gran humildad y caridad. Pero quien me busca en la vida contemplativa por eso, porque dicen que esta vida es más gloriosa que aquella, ante mí es casi nada; pero a quien me busca en la humildad en aquella conversación que fue dada por la inspiración del Espíritu Santo, a este lo exaltaré en la patria celestial en los primeros lugares.

Luego los cielos contienen de nuevo sus alabanzas en silencio, cuando el Hijo de Dios profiere la sentencia judicial tanto a los justos como a los injustos: escuchando con reverencia de honor cómo los juzga cuando suavemente otorga los gozos celestiales a los justos, y cuando terriblemente envía a los injustos a las penas infernales. Pero allí ni las excusas ni la interrogación de sus operaciones serán mayores; sino que allí las conciencias de los hombres, tanto de los buenos como de los malos, están desnudas y abiertas. Los justos, sin embargo, que allí perciben las palabras del juez equitativísimo, ciertamente hicieron muchísimas obras de justicia; pero no obstante no las tuvieron en la plenitud de la perfección mientras vivían en el mundo, por lo cual también ahora han de ser juzgados en ellas. Pero los injustos que allí sienten en sí la severidad judicial, ciertamente perpetraron malas acciones; pero no obstante no las hicieron en ignorancia de la divina majestad, que está en la iniquidad de la condenación prejuiciada de la infidelidad, y por

tanto no escaparán allí de la sentencia del mismo juez, puesto que todas las cosas han de ser ponderadas con igual peso.

Pero aquellos que no están marcados en la fe, porque ellos mismos no creyeron en Dios, tardan ínterin en la parte del norte —esto es, de la perdición— con la turba diabólica, y no llegan a este juicio; pero no obstante viéndolo en la obumbración y esperando su fin, gimen mucho en su interior. Porque ellos mismos, persistiendo en la infidelidad, no conocieron al Dios verdadero; porque ellos ni antes del bautismo adoraron al Dios vivo en el Antiguo Testamento, ni bajo el Evangelio recibieron el remedio del bautismo, sino que perseveraron en la maldición de la caída de Adán, teniendo las penas de la condenación. Por lo cual también en la infidelidad de sus crímenes ya se encuentran juzgados.

Y así finalizado el juicio, cesan los terrores de los elementos —los relámpagos, truenos y vientos en las tempestades—, y todo lo que es caduco y transitorio se deshace, ni aparecerá más, como deja de ser la nieve que se licua por el calor del sol, surgida así por divina dispensación una máxima quietud de tranquilidad. Y así los elegidos, teniendo el esplendor de la eternidad junto con su cabeza —a saber, mi Hijo— y con el glorioso ejército celestial, buscan en gran gloria los gozos celestiales; y los réprobos, junto con el diablo y con sus ángeles, tienden a los suplicios eternos en mucha contrición, donde ven eternamente la muerte eterna preparada para ellos, porque siguieron más sus concupiscencias que

mis preceptos. Y así el cielo recibe a los elegidos en la gloria de la eternidad, porque ellos amaron al dominador de los cielos, y el infierno absorbe a los réprobos, porque no rechazaron al diablo; resonando así tantas alabanzas de todos los gozos en la gloria celestial, y surgiendo tantos aullidos de todos los gemidos en el infierno, más allá de lo que el intelecto humano pueda captar. Porque aquellos poseen la vida eterna, y estos tienen la muerte eterna, tal como mi Hijo habla en el Evangelio, diciendo: "E irán estos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna" (Mat. 25). Esto es como sigue: Quienes hieden en el lenocinio de todos los males, ni tienen sed de beber lo que es justo en la suma bondad, por el camino de su infidelidad y maldad se sumergen en las penas de la perdición eterna, recibiendo tormentos infernales según sus obras. Pero los edificadores del fulgor de la celestial Jerusalén, que insisten fielmente en las puertas de la hija de Sión, brillarán en la luz de la vida eterna, la cual la virgen castísima, en la fecundidad de su virginidad, trajo maravillosamente a los creyentes.

Y como ves, los elementos brillarán con la máxima claridad y belleza una vez pactadas todas estas cosas; a saber, habiendo sido quitado todo impedimento de negrura y suciedad. Pues el fuego sin ardor rojeará entonces como la aurora, y el aire sin espesura brillará purísimo, y el agua sin el ímpetu de la efusión y sumersión permanecerá transparente y suave, y la tierra sin ninguna fragilidad ni desigualdad aparecerá fortísima y planísima, habiendo sido trasladadas todas estas

cosas a una gran tranquilidad y belleza. Pero también el sol, la luna y las estrellas —como piedras preciosísimas en oro— rojearán en el firmamento con mucha claridad y máximo fulgor; ni tendrán ya más la inquietud de su circunvolución para discernir el día de la noche, porque, acabado el mundo, ya están en la inmutabilidad. Por tanto, ninguna tiniebla de la noche aparecerá de ahora en adelante, puesto que entonces el día es indeficiente, como también mi amado Juan testifica diciendo: "Y no habrá más noche, y no necesitarán luz de lámpara ni del sol; porque el Señor Dios los iluminará" (Apoc. 22). Esto es como sigue: Quien tiene un tesoro, a veces lo retira y a veces también lo muestra; así como la noche oculta la luz, y como el día ahuyenta las tinieblas, trayendo la luz al hombre. Así no será en la mutación de los tiempos, porque entonces la sombra de la noche será ahuyentada, por lo cual las tinieblas de la noche no aparecerán de ahora en adelante, porque también aquella mutación ya no necesitará aquella luz que los hombres encienden para sí para expulsar las sombras de las tinieblas. Ni tampoco el sol abrazará entonces la mutabilidad, que ahora contiene los tiempos que se tienen en la sombra; puesto que entonces el día será sin mutación alguna, porque entonces también el dominador de todos ilumina con la claridad de su divinidad —que ninguna mutabilidad oscurece — a aquellos que en el mundo huyeron de las tinieblas por su gracia. Quien tenga oídos agudos de intelecto interior, que anhele estas palabras en

el ardiente amor de mi espejo, y las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN D

ECIMOTERCERA

SUMARIO — Sinfonía de Santa María. De los nueve órdenes de los espíritus celestiales. De los patriarcas y profetas. De los apóstoles. De los mártires. De los confesores. De las vírgenes. La voz de la armonía en las querellas sobre los revocados a los mismos grados. En la exhortación de las virtudes y en la contradicción de las artes diabólicas. Que por su inefable gracia, Dios ha de ser alabado incesantemente con el corazón y la boca. Que la sinfonía ha de ser proferida en unanimidad y concordia. Que la palabra designa el cuerpo, la sinfonía el espíritu, y la armonía la divinidad, mientras que la palabra la humanidad del Hijo. Que por la sinfonía de la racionalidad, el alma aletargada es excitada a vigilar. Que la sinfonía ablanda los corazones duros e induce el humor de la compunción y convoca al Espíritu Santo. Que el fiel debe jubilar incesantemente con toda devoción. Palabras de David sobre el mismo asunto.

Entonces vi un aire lucidísimo, en el cual oí en todas las sobredichas significaciones, de modo admirable, un diverso género de músicos en las alabanzas de los ciudadanos de los goces celestiales, perseverando fuertemente en el camino de la verdad, y en las querellas de los revocados a las alabanzas de los mismos goces, y en la

exhortación de las virtudes exhortándose a la salvación de los pueblos, a los cuales las insidias diabólicas se oponen; pero las mismas virtudes las oprimen, de tal modo sin embargo que así los hombres fieles pasan por fin de los pecados a lo celestial por la penitencia. Y aquel sonido, como voz de multitud en las alabanzas de los grados celestiales, sinfonizando en armonía, decía así: Oh esplendidísima gema, el sereno decoro del sol te ha sido infundido, fuente que salta del corazón del Padre, que es su único Verbo por el cual creó la materia prima del mundo; la cual Eva turbó: este verbo fabricó en ti al hombre, y eres aquella lúcida gema de la cual el mismo verbo extrajo todas las virtudes, del mismo modo que en la materia prima produjo todas las criaturas. Oh tú, suavísima vara frondosa de la estirpe de Jesé, oh cuán grande virtud es que la divinidad mirara a la hermosísima hija, como el águila fija su ojo en el sol, cuando el Padre celestial atendió a la claridad de la virgen, cuando quiso que su verbo se encarnara en ella. Pues en el místico misterio de Dios, ilustrada la mente de la virgen, maravillosamente salió de la misma virgen una clara flor.

Y de nuevo dijo: ¡Oh gloriosísima luz viviente, ángeles que bajo la divinidad miráis con divinos ojos con la mística oscuridad de toda criatura en ardientes deseos, de donde nunca podéis saciaros! Oh qué gloriosos goces tiene aquella forma vuestra, que está en vosotros intacta de toda obra depravada, la cual primero surgió en vuestro socio, el ángel perdido, que quiso volar sobre el pináculo de Dios que late intrínsecamente. De

donde él, tortuoso, fue sumergido en la ruina, pero los instrumentos de la caída de su sugestión instituyeron el consejo de la hechura del dedo de Dios. Pues, oh vosotros ángeles, que custodiáis a los pueblos, cuya forma brilla en vuestro rostro, y oh vosotros arcángeles, que recibís las almas de los justos, y vosotros virtudes, potestades, principados, dominaciones y tronos, que sois contados en el quinto número secreto, y oh vosotros querubines y serafines, sello de los secretos de Dios, sea la alabanza a vosotros, que miráis el lóculo del antiguo corazón en la fuente. Pues veis la fuerza interior del Padre, que de su corazón espira como un rostro.

Y asimismo decía: Oh hombres espectables que atravesasteis lo oculto mirando por los ojos del espíritu, y anunciando en la lúcida sombra la aguda y viviente luz geminando en la vara, la cual sola floreció del ingreso de la luz que echa raíces, vosotros antiguos santos predijisteis la salvación de las almas exiliadas que habían sido sumergidas en la muerte, que disteis vueltas como ruedas, hablando maravillosamente los misterios del monte que toca el cielo atravesando y ungiendo muchas aguas, cuando también entre vosotros surgió la lúcida lámpara, que precediendo ilumina el mismo monte. ¡Oh vosotras felices raíces, con las cuales la obra de los milagros y no la obra de los crímenes fue plantada por el torrencial camino de la transparente sombra! y oh tú, rumiante voz ígnea que precede a la piedra que lima subvirtiendo el abismo, alegraos en vuestro

jefe. Alegraos en aquel a quien muchos no vieron en la tierra, quienes ardientemente le llamaron.

Y de nuevo dijo: Oh cohorte de la milicia de la flor de la vara no espinosa, tú sonido del orbe de la tierra que rodeas las regiones de los sentidos insanos, banqueteando con los cerdos, a quienes expulsaste por el infundido ayudante del que pone raíces en los tabernáculos de la plena obra del verbo del Padre, tú también eres la noble estirpe del Salvador, entrando en el camino de la regeneración del agua por el cordero, que te envió con la espada entre los perros saquísimos, que destruyeron su gloria en las obras de sus dedos, estableciendo lo no manufacturado en la sujeción de sus manos, en la cual no le encontraron. Pues, oh lucidísima turba de los apóstoles, surgiendo en el verdadero conocimiento y abriendo la clausura de la maestría del diablo, lavando a los cautivos en la fuente del agua viva, tú eres la clarísima luz en las negrísimas tinieblas, y el fortísimo género de columnas que sustenta a la esposa del Cordero, en todos sus ornamentos, por cuyo gozo, la misma madre y virgen es la primera portaestandarte. Pues el Cordero inmaculado es el esposo: y su esposa es inmaculada. Y asimismo decía:

¡Oh victoriosísimos triunfadores, que en la efusión de vuestra sangre saludando la edificación de la Iglesia entrasteis en la sangre del Cordero, banqueteando con el becerro inmolado! Oh cuán grande recompensa tenéis, porque viviendo despreciasteis vuestros cuerpos, imitando al Cordero de Dios, adornando su pena, en la cual os

introdujo en la restauración de la herencia. Vosotras, flores de rosas, que en la efusión de vuestra sangre sois bienaventuradas en los máximos goces, fragantes y sudorosas en la compra que fluyó de la mente interior del consejo, permaneciendo antes de los siglos en aquel en quien no había constitución, sea el honor desde la cabeza en vuestro consorcio: quienes sois el instrumento de la Iglesia, y quienes en las llagas de vuestra sangre manasteis abundantemente.

Y de nuevo dijo: Oh sucesores del fortísimo león, dominando entre el templo y el altar en su ministración, así como los ángeles suenan en las alabanzas, y como asisten a los pueblos en el auxilio, vosotros estáis entre aquellos que hacen estas cosas siempre teniendo cuidado en el oficio del Cordero. Oh vosotros imitadores de la excelsa persona en la preciosísima y gloriosísima significación, oh cuán grande es vuestro ornato, donde el hombre procede soltando y atando en Dios a los perezosos y a los peregrinos, también adornando a los blancos y a los negros, y remitiendo grandes cargas. Pues también tenéis los oficios del orden angélico: y preveis los fortísimos fundamentos dondequiera que han de ser establecidos, por lo cual grande es vuestro honor.

Y asimismo decía: Oh hermosos rostros que miráis a Dios, y edificáis en la aurora. Oh bienaventuradas vírgenes, cuán nobles sois, en quienes el rey se consideró, cuando en vosotras prefiguró todos los ornamentos celestiales, donde también sois un suavísimo huerto fragante en todos los ornamentos. Oh nobilísimo verdor que

echas raíces en el sol y que en blanca serenidad luces en la rueda, al cual ninguna excelencia terrena comprende: tú estás rodeado por los abrazos de los divinos misterios. Tú te enrojeces como la aurora, y ardes como la llama del sol.

Y de nuevo aquel sonido, como voz de multitud en las querellas sobre los que han de ser revocados a los mismos grados en armonía, así se querellaba diciendo: Oh voz plañidera es esta de máximo dolor. ¡Ah! ¡ah! una cierta admirable victoria en el admirable deseo de Dios surgió; en la cual la delectación de la carne se escondió latente. ¡Ay! ¡ay! donde la voluntad no conoció crímenes, y donde el deseo del hombre huyó de la lascivia, porque tan pocos vienen a ti. Llora, llora pues en estos, Inocencia; tú que en el buen pudor no perdiste la integridad, y que no devoraste allí la avaricia de la garganta de la antigua serpiente, porque tan negligentemente los hombres te atienden. Oh fuente viva, cuán grande es tu suavidad, tú que no perdiste el rostro de estos en ti; sino que agudamente preveiste cómo los abstraerías de la caída angélica, quienes se estimaban tener aquello que no es lícito que esté así. Por lo cual: Alégrate, hija de Sión, porque Dios te devuelve a muchos a quienes la serpiente quiso arrancar de ti, que ahora brillan con mayor luz que la que antes habría sido su causa. Pues la luz viva dice de estos: Escandalicé a la tortuosa serpiente en su sugestión, la cual no había sido tan plena como él pensaba. Por lo cual juré por mí mismo, que en estas causas hice más y más que en ellos. Oh serpiente, tu gozo te traicionaría,

porque en tu sugestión amputé lo que nunca se encontró en tu saña, oh turpísimo iluso.

Nosotras las virtudes estamos en Dios, y en Dios permanecemos: Militamos para el Rey de reyes, y separamos el mal del bueno. Pues en el primer certamen aparecimos, donde salimos victoriosas: mientras caía aquel que quiso volar sobre sí mismo. Por tanto también ahora militemos, subveniendo a aquellos que nos invocan, y pisoteando las artes diabólicas: y conduciendo a las bienaventuradas mansiones a aquellos que quisieren imitarnos.

QUERELAE DE LAS ALMAS PUESTAS EN LA CARNE. Oh nosotras somos peregrinas. ¿Qué hemos hecho, desviándonos hacia los pecados? Hijas del rey debimos ser, pero caímos en la sombra de los pecados. Oh sol viviente, llévanos sobre tus hombros a la justísima herencia que perdimos en Adán. Oh Rey de reyes, en tu batalla luchamos.

INVOCACIÓN DE UNA ALMA FIEL. Oh dulce divinidad, y oh suave vida, en la cual llevaré la vestidura preclara, recibiendo aquello que perdí en la primera aparición: por ti suspiro, y a todas las virtudes invoco.

RESPUESTA DE LAS VIRTUDES. Oh feliz alma y oh dulce criatura de Dios, que has sido edificada en la profunda altura de la sabiduría de Dios, amas mucho.

ALMA FIEL. Oh de buena gana vendré a vosotras, para que me deis el beso del corazón.

VIRTUDES. Nosotras debemos militar contigo, oh hija del rey.

ALMA FIEL. Oh grave trabajo y oh dura carga la que sostengo en la vestidura de esta vida, porque demasiado grave me es luchar contra la carne.

VIRTUDES. Oh alma constituida por la voluntad de Dios, y oh feliz instrumento: ¿por qué eres tan débil contra esto, que Dios trituró en la naturaleza virginal? Tú debes en nosotras superar al diablo.

ALMA FIEL. Socorredme, ayudándome, para que pueda mantenerme firme.

CIENCIA DE DIOS. Mira qué es aquello de lo que estás vestida, hija de la salvación, y sé estable y nunca caerás.

ALMA FIEL. ¡Oh, no sé qué hacer, o adónde huir! ¡Oh, ay de mí, no puedo perfeccionar aquello de lo que estoy vestida! Ciertamente quiero arrojarlo.

VIRTUDES. Oh infeliz conciencia, oh mísera alma; ¿por qué escondes tu rostro ante tu Creador?

CIENCIA DE DIOS. Tú no conoces, ni ves, ni saboreas a aquel que te constituyó.

ALMA FIEL. Dios creó el mundo, no le hago injuria si quiero usarlo.

EL DIABLO. ¡Necia, necia! ¿Qué te aprovecha trabajar? Mira al mundo y te abrazará con gran honor.

VIRTUDES. ¡Ay! ¡ay! nosotras las virtudes plangamos y lloremos, porque la oveja del Señor huye de la vida.

HUMILDAD. Yo, la Humildad, reina de las virtudes, digo: Venid a mí, todas las virtudes, y os

nutriré para requerir la dracma perdida y para coronarla feliz en la perseverancia.

VIRTUDES. Oh gloriosa reina y oh suavísima mediadora, de buena gana vendremos.

HUMILDAD. Por tanto, dilectísimas hijas, os tengo en el tálamo regio. Oh hijas de Israel, bajo el árbol os suscitó Dios, por lo cual en este tiempo acordaos de su plantación. Alegraos pues, hijas de Sión.

¿Qué potestad es esta, que no haya nadie fuera de Dios? Pero yo digo: Quien quisiere seguirme a mí y a mi voluntad, le daré todas las cosas; tú en verdad con tus secuaces no tienes nada que puedas dar, porque también todos vosotros no sabéis qué sois.

HUMILDAD. Yo con mis compañeras bien sé que tú eres aquel antiguo dragón, que quisiste volar sobre lo sumo, pero Dios mismo te precipitó en lo profundo del abismo.

VIRTUDES. Nosotras, sin embargo, todas habitamos en lo excelso.

ALMA FIEL. Oh vosotras regales virtutes, cuán hermosas y cuán fulgurantes sois en lo sumo del sol, y cuán dulce es vuestra mansión; y por eso oh ay de mí, porque de vosotras hui.

VIRTUDES. Oh fugitiva, ven, ven a nosotras, y Dios te recibirá.

ALMA FIEL. ¡Ah! ¡ah! la ferviente delectación me absorbió en los pecados, y por eso no me he atrevido a entrar a vosotras.

VIRTUDES. No temas ni huyas, porque el buen pastor busca en ti su oveja perdida.

ALMA FIEL. Ahora me es necesario que me recibáis, puesto que hiedo en las llagas con las cuales la antigua serpiente me contaminó.

VIRTUDES. Corre a nosotras, y sigue aquellas huellas en las cuales nunca caerás en nuestra sociedad, y Dios te curará.

ALMA FIEL. Yo pecadora que hui de la vida llena de úlceras vendré a vosotras, para que me deis el escudo de la redención.

VIRTUDES. Oh alma fugitiva, sé robusta, y vístete las armas de la luz.

ALMA FIEL. Oh toda la milicia de la reina de las virtudes, y oh vosotros blancos lirios de ella con purpúrea rosa, inclinaos hacia mí, porque peregrina de vosotras me exilié, y ayudadme para que en la sangre del Hijo de Dios pueda resurgir. Y oh verdadera medicina Humildad, dame auxilio; porque la soberbia, imponiéndome muchas cicatrices en muchos vicios, me hirió. Ahora huyo hacia ti, y por tanto recíbeme.

HUMILDAD. Oh todas las virtudes, recibid a la pecadora que llora en sus cicatrices por las llagas de Cristo, y conducid la hacia mí.

VIRTUDES. Queremos conducirte de regreso, y no queremos desampararte, y toda la milicia celestial se alegra por ti: por tanto nos conviene sonar en sinfonía.

HUMILDAD. Oh mísera hija, quiero abrazarte, porque el gran médico sufrió duras y amargas llagas por ti.

EL DIABLO. ¿Quién eres, o de dónde vienes? Tú me abrazaste, y yo te saqué fuera; pero ahora

en tu retorno me confundes, yo sin embargo te derribaré en mi lucha.

ALMA FIEL. Conocí que todos tus caminos son malos, y por eso hui de ti; pero ahora, oh iluso, lucho contra ti.

ALMA FIEL. Por lo cual, oh reina Humildad, ayúdame con tu medicina.

HUMILDAD. Oh Victoria que venciste al mismo en el cielo, corre con tus compañeras y atad todas a este diablo.

VICTORIA A LAS VIRTUDES. Oh fortísimas y gloriosísimas soldados, venid y ayudadme a vencer a ese falaz.

VIRTUDES. Oh dulcísima guerrera en la fuente torrencial que absorbió al lobo rapaz, oh gloriosa coronada, nosotras de buena gana militamos contigo contra el iluso de las almas.

HUMILDAD. ¡Atadlo pues, oh virtudes preclaras!

VIRTUDES. Oh reina nuestra, te obedeceremos, y tus preceptos en todo cumpliremos.

VICTORIA. Alegraos, oh compañeras, porque la antigua serpiente ha sido atada.

VIRTUDES. Alabanza a ti, Cristo, rey de los ángeles. Oh Dios, quién eres tú que en ti mismo tuviste este gran consejo, por el cual destruiste el trago infernal en los publicanos y pecadores; que ahora lucen en la superna bondad; por lo cual, oh rey, la alabanza sea a ti. Oh Padre omnipotente, de ti fluye la fuente en ígneo ardor, conduce a tus hijos al recto viento de las velas de las aguas, de tal modo que también nosotras los conduzcamos de este modo a la celestial Jerusalén. Y aquellas

voces eran como voz de multitud, cuando la multitud ensalza sus voces en alto. Y el sonido de ellas de tal modo me atravesó que las entendí sin dificultad de tardanza.

Y oí una voz del mismo aire lúcido, diciéndome: Alabanzas han de darse al superno Creador con incesante voz del corazón y de la boca: puesto que él coloca con su gracia en las sedes celestiales no solo a los que están en pie y erguidos, sino también a los que caen e inclinados. Por lo cual ves, oh hombre, el aire lucidísimo: que designa la blancura del gozo de los ciudadanos celestiales, en el cual oigo en todas las sobredichas significaciones, de modo admirable, un diverso género de músicos, en las alabanzas de los ciudadanos de los goces celestiales, perseverando fuertemente en el camino de la verdad, y en las querellas de los revocados a las alabanzas de los mismos goces; puesto que como el aire comprende y sustenta aquellas cosas que están bajo el cielo, así, como oyes en todas las maravillas de Dios que te han sido mostradas, una suave y dulce sinfonía suena en el gozo, los milagros de los elegidos que existen en la ciudad superna, y que persisten en Dios con suave devoción; y en las querellas la inclinación de aquellos a quienes la antigua serpiente intenta perder, a quienes no obstante la divina virtud conduce fuertemente a la sociedad de los goces bienaventurados: profiriendo en ellos aquellos misterios que son incógnitos a las mentes humanas inclinadas a la tierra, y en la exhortación de las virtudes exhortándose a la salvación de los pueblos a los cuales las insidias

diabólicas se oponen, pero las mismas virtudes las oprimen, de tal modo sin embargo que así los hombres fieles pasan por fin de los pecados a lo celestial por la penitencia; puesto que allí las virtudes en las mentes de los fieles, para la redención de ellos resisten a los vicios por los cuales son fatigados por el hálito diabólico; pero una vez superados con fortísima fortaleza, los hombres caídos en pecados, por divina voluntad vuelven a la penitencia, cuando escudriñan y lloran los hechos anteriores, y cuando consideran y se guardan de los posteriores.

Por lo cual también aquel sonido, como voz de multitud en las alabanzas de los grados celestiales, sinfoniza en armonía, porque la sinfonía en unanimidad y en concordia rumia la gloria y el honor de los ciudadanos celestiales, de tal modo que también ella ensalza esto que la palabra profiere abiertamente. Así también la palabra designa el cuerpo, mientras que la sinfonía manifiesta el espíritu, puesto que también la armonía celestial anuncia la divinidad, y la palabra proclama la humanidad del Hijo de Dios. Y como la potestad de Dios, volando por doquier, rodea todas las cosas y ningún obstáculo se le reconoce, así también la racionalidad del hombre tiene gran fuerza para sonar en voces vivas y para excitar a las almas aletargadas a la vigilancia en la sinfonía. Lo cual también David prueba en la sinfonía de su profecía, y Jeremías mostró con voz lamentable en su llanto. Así también tú, oh hombre, que eres de una naturaleza pobrecilla y frágil, oyes en la sinfonía el sonido del ígneo ardor del pudor

virginal, en los abrazos de las palabras de la vara floreciente, y el sonido de la agudeza de las luces vivientes que lucen en la ciudad superna, y el sonido de la profecía de profundos sermones, y el sonido de la dilatación del apostolado de maravillosas palabras, y el sonido de la efusión de la sangre de los que fielmente se ofrecen, y el sonido del oficio sacerdotal de los secretos, y el sonido del grado virginal de los que florecen en el verdor superno; pues al superno Creador su criatura fiel le responde en voz de exultación y alegría, y le rinde frecuentes gracias. Pero también oyes el sonido como voz de multitud, resonando en armonía en las querellas de los revocados a los mismos grados; porque la sinfonía no solo se alegra en la unanimidad de la exultación de los que perseveran fuertemente en el camino de la rectitud, sino que también exulta en la concordia de la resucitación de los caídos del camino de la justicia y por fin erguidos a la verdadera beatitud, puesto que también el buen pastor trajo de vuelta con gozo al rebaño la oveja que había perecido. Y asimismo, como oyes, aquel sonido —como voz de multitud en las exhortación de las virtudes en auxilio de los hombres, y en la contradicción de las artes diabólicas que se oponen, superando las virtudes a los vicios y volviendo por fin los hombres por divina inspiración a la penitencia — clama en armonía. Pues hay una dulce complexión en las virtudes que atraen a los hombres fieles a la verdadera beatitud, pero una terrible acumulación en los vicios de las insidias diabólicas; no de tal modo, sin embargo, que las virtudes

no superen a los vicios, sino de modo que las virtudes los debiliten del todo y conduzcan a los que consienten con ellas, por el auxilio de la ayuda superna, a la retribución eterna por la verdadera penitencia, como también te ha sido mostrado en las voces de armonía de ellas.

Pues la sinfonía también ablanda los corazones duros, induce en ellos el humor de la compunción y convoca al Espíritu Santo. Por lo cual también estas voces que oyes son como voz de multitud, cuando la multitud ensalza sus voces en alto; porque las alabanzas de jubilaciones proferidas en simplicidad de unanimidad y caridad conducen a los fieles a aquella unanimidad donde no hay ninguna discordia, al tiempo que los hace, puestos en la tierra, suspirar con el corazón y la boca por la remuneración superna. Y el sonido de ellas de tal modo te atraviesa que las entiendes sin dificultad de tardanza; puesto que donde la gracia divina ha operado quita toda tiniebla de la obumbración, haciendo puras y lúcidas aquellas cosas que, para los sentidos carnales en la enfermedad de la carne, son oscuras.

Por lo cual quienquiera que fielmente entiende a Dios, ofrezca alabanzas incansables y fielmente y jubile a él incesantemente con fiel devoción, tal como David mi siervo, imbuido por mí del espíritu de profundidad y altura, exhorta diciendo: "Alabadle en el sonido de la trompeta, alabadle en el salterio y la cítara. Alabadle en el tímpano y el coro, alabadle en las cuerdas y el órgano. Alabadle en címbalos bien sonantes, alabadle en címbalos de jubilación; todo espíritu

alabe al Señor" (Sal. 150). Esto es como sigue: Vosotros que conocéis, adoráis y amáis a Dios con simple intención y pura devoción: alabadle en el sonido de la trompeta —esto es, en el sentido de la racionalidad—, porque cayendo el ángel perdido con los que le consentían en la perdición, las legiones de los espíritus bienaventurados permanecieron racionalmente en la verdad, y se adhirieron a Dios con fiel amor. Y alabadle en el salterio de la profunda devoción, y en la cítara del melifluo canto, puesto que al sonar la trompeta procede el salterio, y al cantar el salterio procede de la cítara, así como perseverando los ángeles bienaventurados en el amor de la verdad, luego, creado el hombre, surgieron los profetas en maravillosas voces, a quienes los apóstoles siguieron en dulcísimas palabras. Y alabadle en el tímpano de la mortificación, y en el coro de la exultación, porque tras la cítara el tímpano, y tras el tímpano el coro exulta, tal como predicando los apóstoles las palabras de la salvación: los mártires en el honor de Dios sostuvieron diversos suplicios en sus cuerpos, de los cuales surgieron luego los veraces doctores del oficio sacerdotal. Y alabadle en las cuerdas de la redención humana, y en el órgano de la divina protección, puesto que al exultar el coro se manifiestan las voces de las cuerdas y del órgano, así como mostrando la verdad los veraces doctores en el oficio de la beatitud: las vírgenes procedieron, las cuales amaron al Hijo de Dios hombre verdadero como en cuerdas, y adoraron al Dios verdadero como en órgano, cuando creyeron que él mismo era hombre verdadero y Dios

verdadero. ¿Qué es esto? Porque cuando el Hijo de Dios asumió la carne para la salvación de los hombres, no perdió la gloria de la divinidad. Por lo cual también las bienaventuradas vírgenes, eligiéndole para sí por esposo, le aprehendieron con fiel devoción: hombre verdadero en el desposorio, y Dios verdadero en la castidad. Pero también alabadle en címbalos bien sonantes —esto es, en aquellas aserciones que hacen buen sonido en el verdadero gozo—, cuando los hombres que yacen en lo profundo de los pecados, compungidos por divina inspiración hacia la superna altura, se elevan hacia arriba desde lo profundo. Y alabadle en címbalos de jubilación, a saber, en las aserciones de la divina alabanza, donde las potentes virtudes realizando fortísimamente la victoria, oprimen los vicios en los hombres, y los conducen con fuerte deseo a la beatitud de la verdadera remuneración perseverando en los bienes. Por lo cual todo espíritu que tiene la benevolencia de creer en Dios y de honrarle, alabe al Señor, esto es, a aquel que es el Señor de todos: porque es justo que aquel que desea la vida glorifique a aquel que es la vida.

Y de nuevo oí una voz del sobredicho aire lúcido diciendo: ¡Oh rey altísimo! alabanza sea a ti, que en un humano simple e indocto haces estas cosas. Pero también de nuevo una voz del cielo clamaba con máxima vociferación, diciendo: Oíd y atended, todos los que deseáis tener la remuneración superna y la beatitud. Oh vosotros hombres que tenéis corazones crédulos, y esperáis la remuneración superna: recibid estos sermones, y

ponedlos en vuestros corazones interiores, ni rechacéis esta amonestación en vuestra visitación. Pues por tanto, testigo de la verdad, el Dios vivo y veraz que habla y no calla, digo y de nuevo digo: ¿Quién podrá prevalecer contra mí? Quien esto intentare, le derribaré. Por lo cual no aprehenda el hombre el monte que no podrá mover; sino que subsista en el valle de la humildad. ¿Pero quién salta los caminos sin agua? Aquel que se ventila en el torbellino, y que divide los frutos sin refrigerio. ¿Y cómo estará allí mi tabernáculo? Pues mi tabernáculo está allí, donde el Espíritu Santo infunde su irrigación. ¿Qué es esto? Yo estoy en medio. ¿Cómo? Quienquiera que dignamente me aprehende, este no caerá ni en la altura, ni en la profundidad, ni en la latitud. ¿Qué es esto? Porque yo soy aquella caridad, a la cual ni la soberbia llameante derriba, ni los profundos casos rompen, ni la latitud de los males tritura. ¿Acaso no puedo edificar en la altura del estrado del sol? Los fuertes que muestran su fortaleza en los valles, me desprecian; los necios, en el sonido de los torbellinos me rechazan; los sabios, rehúsan mi comida, y quienquiera que se prepara una torre según su voluntad. Pero yo los confundiré en lo pequeño y en lo poco, como derribé a Goliat en un niño, y como vencí a Holofernes en Judit. Por lo cual también quienquiera que rechazare las palabras místicas de este libro, extenderé mi arco sobre él, y con las saetas de mi aljaba le traspasaré, y arrojaré su corona de su cabeza y le asemejaré a aquellos que cayeron en Horeb, cuando murmuraron contra mí. Pero también quienquiera que

profiriere sus maldiciones contra esta profecía, aquella maldición que Isaac profirió vendrá sobre él; y será colmado de la bendición del rocío celestial quien la hubiere abrazado, y quien la hubiere tenido en su corazón, y quien la hubiere producido en caminos llanos. Y quien la hubiere gustado, y puesto en su memoria, se convertirá en monte de mirra, y de incienso, y de todos los aromas y dilatación de muchas bendiciones, ascendiendo de bendición en bendición como Abraham, y la nueva desposada del Cordero le unirá a sí como columna en la presencia de Dios; y la sombra de la mano del Señor le protegerá. Pero si alguien ocultare temerariamente estas palabras del dedo de Dios, y las disminuyere por su vesania, o las desviare a un lugar ajeno por causa de algún sentido humano, y así las escarneciere, ese será réprobo, y el dedo de Dios le triturará. Alabad, alabad pues a Dios, entrañas bienaventuradas, en todos estos milagros que Dios constituyó en la blanda forma de la especie del excelso, la cual él mismo previó en la primera aparición de la costilla de aquel hombre que Dios creó del limo. Quien tenga oídos agudos de intelecto interior, que anhele estas palabras en el ardiente amor de mi espejo, y las escriba en la conciencia de su alma. Amén.